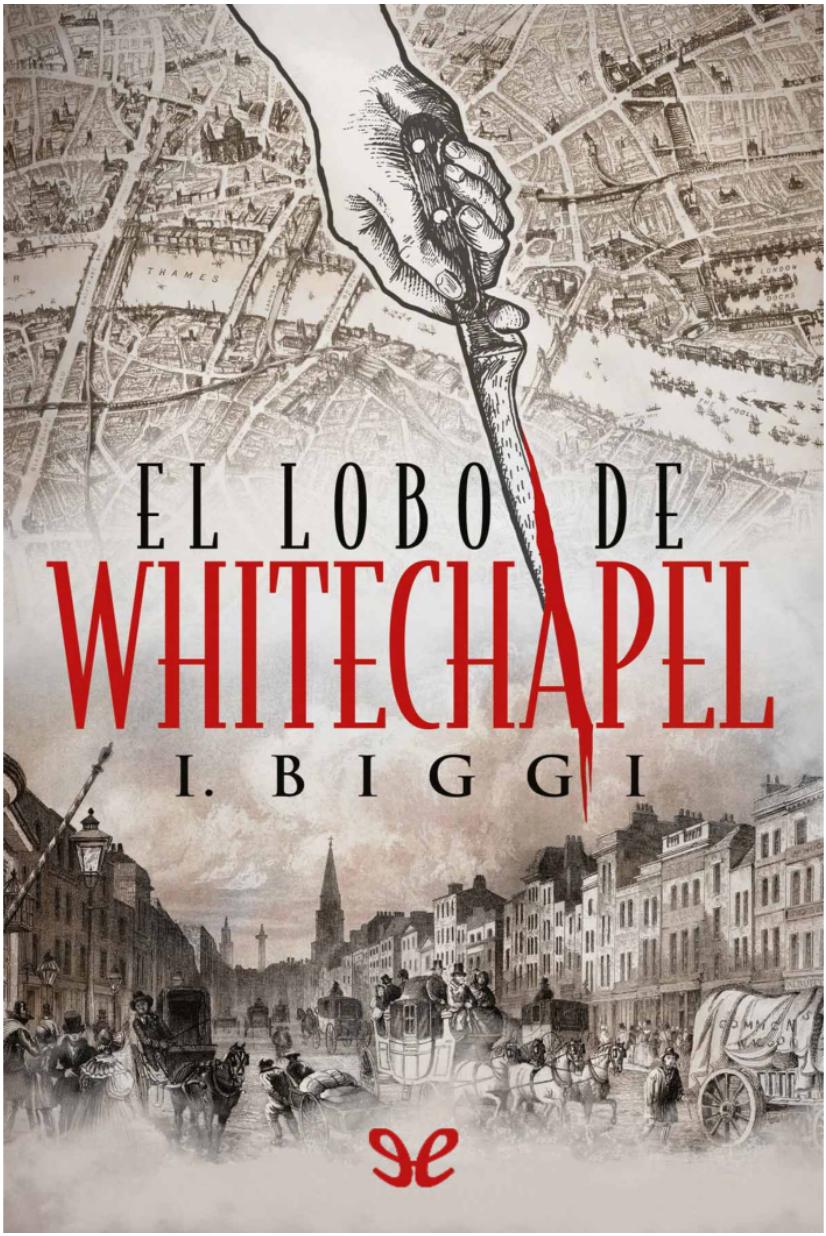
EL LOBO DE
WHITECHAPEL
I. BIGGI

En el año 1888, Europa se tambalea. A León XIII, papa de Roma, no le quedan demasiados años de vida, y ya los buitres sobrevuelan el Vaticano a la espera del próximo cónclave. Mientras tanto, monseñor Patrizi, pragmático, visionario y ambicioso, busca influir en la anglicana Inglaterra para, desde allí, extender sus tentáculos en Norteamérica. Patrizi sabe que debe jugar bien sus cartas y deshacerse de Galimberti, su más acérrimo rival, y postularse así como sucesor en el trono de San Pedro.

Sin embargo, el Imperio británico se desmorona a ojos vistas. Londres es su mejor ejemplo; la ciudad está dividida en dos: el rico West End, vestigio de los buenos tiempos, y el enfermo East End, donde se hacinan miles de personas en la más absoluta pobreza. Y no solo eso: un asesino, el primero de su especie, recorre las calles al amparo de la oscuridad destripando prostitutas y sembrando el terror. Rudo, agresivo y peligroso, por sí solo es capaz no solo de trastocar los planes de monseñor Patrizi, sino de demoler el futuro de la cristiandad.

En *El lobo de Whitechapel* Biggi nos muestra el alma real de una ciudad oscura y podrida, como la del propio asesino; porque se huele la sangre, el miedo, la inmundicia, y porque la tensión narrativa nos hace contener el aliento hasta la última página. Inolvidable.

Iñaki Biggi

El lobo de Whitechapel

ePub r1.0
Titivillus 09-05-2023

Título original: *El lobo de Whitechapel*
Iñaki Biggi, 2022
Diseño de cubierta: Pepe Far

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Rebeca, Luca, Blue y la añorada Sombra

Capítulo 1

«Asesinato en Whitechapel»
The Gloucester Citizen

Martes, 28 de agosto de 1888. East End de Londres

John Slicke contenía la respiración, suspendido sobre las puntas de sus botas. Tenía el cuerpo arqueado hacia atrás y apoyaba las yemas de los dedos en una mesa de aquella mugrienta taberna en la que se había hecho el silencio.

En el East End londinense muchos lo respetaban y otros tantos le temían. Era un *cockney* rudo que protegía bien a sus mujeres, aunque a decir de estas tenía la mano ligera, sobre todo cuando se enfadaba o cuando creía que alguna de ellas le ocultaba alguna moneda de las ganancias.

Sin embargo, el hombre que lo alzaba por el cuello y empuñaba la navaja que estaba pinchando el párpado de Slicke, del que asomaba una gota de sangre, era uno de los más temidos y odiados de los bajos fondos londinenses.

El tabernero, como el resto parroquianos que aún quedaba en el tugurio, también contenía la respiración. En medio de la tensión que se respiraba ya nadie recordaba cuál era el motivo de esa discusión, y la realidad era que daba igual. El enorme irlandés había entrado en la taberna con ganas de bronca y de eso hasta el más borracho de los presentes se había percatado. Aquel hijo de puta, ancho de espaldas como un toro, con unos brazos como troncos terminados en dos enormes manos, inspiraba terror con su sola presencia.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el matón con una siniestra sonrisa.

Su víctima, claro está, no tenía nada que decir. Tal y como sospechaban los presentes, el camorrista no había entrado en aquel antro con buenas intenciones. Fuera, en la calle, estaba lloviendo

sin parar y no resultaba agradable deambular por los hediondos callejones en busca de algún miserable con el que descargar su humor de perros. De camino había pateado un par de bultos que dormían al raso, pero la nula resistencia ofrecida le había hecho desistir y había aumentado su irritación. Necesitaba golpear algo que intentara defenderse, quebrar ese intento y darle una paliza al temerario que osara hacerle frente.

Por eso había entrado en aquella tabernucha, un tugurio, como otros muchos de Whitechapel, un barrio olvidado de la mano de Dios, lleno de ratas, mugre y gentuza. El malsano hálito de mataderos, almacenes y talleres textiles se sumaba al del cercano puerto, donde se descargaban las mercancías necesarias para alimentar a una de las ciudades más grandes del mundo.

A su entrada se hizo el silencio, tal había sido el impacto de su presencia. El tabernero había mascullado una maldición para sus adentros al reconocer al recién llegado. El irlandés, sin un saludo, se había acercado a él para pedir una cerveza. Poco a poco se habían reanudado las conversaciones. Los parroquianos continuaron trasegando y contando sus historias sin perder de vista al hosco visitante, que había terminado su bebida de un solo trago y ya pedía otra, ante la exasperación disimulada del tabernero, que sabía que no iba a cobrar la cerveza.

De espaldas a la barra, el tipo echó un vistazo al establecimiento. Con su corpulencia, sus ojos verdes, el pelo y la barba enmarañados de un vivo color naranja que contrastaba con la palidez de su rostro lleno de pecas, era el arquetipo de inmigrante irlandés y su agresivo carácter no lo desmerecía.

En una de las mesas reconoció a John Slicke, un proxeneta que entablaba negociaciones con un posible cliente, un viudo que llevaba tiempo sin gozar de los placeres de la carne. Aquel infeliz había logrado reunir parte de los cinco peniques que le pedía Slicke para echar un polvo rápido en un callejón con la prostituta beoda que lo acompañaba. En los ojos del viejo se veía su urgencia, algo que Slicke trataba de explotar exigiéndole dos peniques más de la tarifa habitual.

—Deja a ese viejo —rugió el irlandés—. Tu fulana no vale cinco peniques. Yo no me la tiraría ni aunque me pagaras.

Slicke, conocedor de la fama de aquel individuo, trató de

ignorarlo y de seguir con las negociaciones. El viudo se estaba mostrando duro y aseguraba que no tenía más dinero.

—Te he dicho que dejes a ese viejo —repitió el irlandés irguiéndose y acercándose a la mesa.

—Está bien —aceptó el proxeneta, sin que pareciera que se amedrentaba—. Tres peniques, pero tendrá que ser algo rápido. Si no se te levanta, es tu problema.

—Tampoco vale tres peniques —dijo el irlandés golpeando con el vaso encima de la mesa—. Que se lo haga gratis.

Slicke no podía permitir semejante insulto sin contestar. A cualquier otro ya le hubiera sacado su cuchillo por entrometerse en sus negocios. Había tenido demasiada paciencia con el irlandés, pero debía contestar a la provocación. De otro modo perdería el respeto de la gente, como podía adivinar por el silencio de los presentes, que, discretamente, no perdían detalle. Incluso la prostituta parecía encontrarse más despejada y atenta.

—Sería mejor que no te metieras en mis asuntos —dijo Slicke levantando la mirada.

—¿Y si no qué? —repuso el irlandés agachándose un poco y apuntando con su quijada al rufián, que aún se mantenía sentado. Con una torva sonrisa y suavizando el tono añadió—: Deja que el pobre viejo meta su pollita en esta zorra. ¿No ves que no le quedan ya muchos días?

En un movimiento mil veces ensayado, Slicke se irguió y sacó el cuchillo que llevaba sujeto en la cintura del pantalón, volcando la silla en la que estaba sentado.

Sin embargo, no fue lo bastante rápido. El irlandés estaba aguardando la reacción. Al fin y al cabo, buscar pelea había sido su intención desde que entrase por la puerta. Sin permitir que su adversario acabara de incorporarse, lanzó un puño como una bala de cañón y alcanzó a Slicke en la mandíbula. Este trastabilló hasta dar contra la pared y derrumbarse. El agresor, con una rapidez que contrastaba con su tamaño, lo levantó del suelo con una sola mano, empuñando en la otra una afilada navaja de muelles que había colocado bajo el ojo de Slicke.

—Vaya, así que el hombrecito quería hacerme daño. ¿Qué te parece si juego un poco con mi cuchillo y te saco un ojo?

Slicke decidió que era mejor cerrar la boca y se limitó a guardar

el equilibrio sin atreverse siquiera a respirar.

—¿No te parece divertido? A mí sí me lo parece. ¿Quieres que juguemos?

El proxeneta percibió que su agresor dudaba. Por alguna razón parecía buscar una provocación para acabar con él y su instinto callejero le decía que la táctica de mantener silencio y no moverse era la correcta.

No se equivocaba. El irlandés era consciente de que no podía matarlo. Llevaba un par de meses sin aparecer por el East End y había ido esa noche para descargar el mal humor reconcentrado durante todo aquel tiempo, pero sabía que no se podía permitir matar a nadie. Mucha gente lo había visto por las calles y en la taberna. Ninguno de ellos sería capaz de denunciarlo, aunque no podía arriesgarse.

Guardó la navaja y soltó a Slicke, que con una mano se frotaba el mentón sin levantar la mirada del suelo mientras se alejaba de espaldas.

—¡Bah, no vales nada! —dijo malhumorado el irlandés—. ¡Ninguno de vosotros valéis nada!, ¿me oís?

Los parroquianos guardaron silencio tratando de mimetizarse con las sucias paredes, confiando en que aquella bestia abandonara el local en busca de otras víctimas.

—¡Tabernero! ¿Qué se debe?

El pobre hombre se apresuró a afirmar que la cerveza corría por cuenta de la casa, manteniendo las distancias.

El irlandés se dirigió hacia la puerta y pateó por el camino una silla caída durante la pelea que fue a dar contra uno de los clientes, demasiado lento como para apartarse de su trayectoria.

Un suspiro de alivio salió de todas las gargantas cuando el bruto se adentró en la noche.

Florence se ajustó las enaguas y contó las escasas monedas que le había dado el marinero sumándolas a las que ya tenía. Le alcanzaba para poder dormir en un jergón compartido y aún le sobraba algo. Quizá podría convencer al señor Bells de que le permitiera una cama para ella sola. Por Dios que la necesitaba. Tiritaba, no solo por el frío y la humedad de la noche, sino también por la fiebre.

Llevaba varios días encontrándose mal. Un desagradable silbido cada vez que respiraba y la calentura le hacían temer lo peor. Sabía

que debía descansar, tomar algo caliente y no merodear por los muelles durante una temporada, pero las mujeres como ella no tenían esa alternativa.

Maldiciendo su suerte, Florence se alejó del barco amarrado donde había ofrecido sus servicios en dirección a los tétricos callejones del barrio fuera del puerto de Londres. Se acordó entonces de la señora Blantyre, la antigua ama para la que había trabajado. «Maldita vieja asquerosa», se dijo. La señora Blantyre era la esposa de un parlamentario que se jactaba de defender a las clases menos pudientes ante sus distinguidos colegas, mientras pagaba una miseria a sus sirvientes.

Florence, al igual que otras muchas criadas como ella, no tenía otra opción que ejercer como prostituta para redondear la miserable paga semanal, que apenas alcanzaba para vivir. Al principio le había dado reparo, no solo por el hecho de tener que prostituirse, algo relativamente habitual entre las mujeres de su condición, sino por el riesgo de ser expulsada de aquella *respetable* casa, si la pillaban.

¡Oh, sí! Aquella era una casa temerosa de Dios que no admitía *pecadoras* entre sus paredes. Sin embargo, al señor parlamentario no le importaba joder con sus criadas para apagar los fuegos que su piadosa esposa era incapaz de sofocar, por supuesto sin pagar la ridícula tarifa por la que aquellas desgraciadas debían vender sus cuerpos.

Durante un tiempo no había habido problemas. Florence se había acostumbrado a la rutina de tener que dedicar una parte de sus escasas horas libres a buscar clientes con los que acostarse. Durante más de un año había sido así y ya pensaba que iba a continuar siéndolo para siempre, hasta que un día se presentó el desastre: no manchaba los paños que, con la exactitud de un reloj, debía colocarse unos días al mes.

Cuando al siguiente mes sucedió lo mismo, se lo comentó a otra sirvienta, muy apurada, y esta lo hizo con la cocinera, que de aquellos temas era entendida. El veredicto no dejaba lugar a la esperanza: estaba embarazada. Aquello la convertía en una paria. Solo había una opción: reunir el dinero suficiente para ir donde una partera a que la vaciara…, pero ¿cómo conseguirlo? Ni ahorrando todo el sueldo de los próximos meses podría lograrlo, y pensar en

que la partera aceptara cobrar más adelante resultaba inimaginable.

Así que no le quedó más remedio que continuar con el embarazo, a la espera de un milagro que no llegó. Un día la beata señora Blantyre se percató de que la barriga de su criada no era lo plana que debía y el caritativo parlamentario, temeroso de que el crío que crecía en aquel vientre fuera sangre de su sangre, se había dado prisa en echarla de casa en medio de una desapacible noche, para que los vecinos no pudieran ser testigos de la ignominia que les había alcanzado.

De eso hacía cuatro años, en los que Florence había perdido el niño al poco de nacer, y desde entonces no había podido encontrar otro empleo decente, ya que la hipócrita sociedad londinense no perdonaba esos deslices. Las «hermanas del averno», como las llamaban las beatas de los barrios ricos, eran, al decir de estas damas, descarriadas que ejercían la prostitución por placer y por tanto no eran admitidas para el servicio doméstico. Cuando una mujer vendía su cuerpo quedaba estigmatizada para siempre.

Sin embargo, de nada servía lamentarse. Apartando a la maldita señora Blantyre de su mente, pensó qué hacer a continuación. Las dársenas del puerto estaban extrañamente desiertas aquella noche, pero tal vez podría encontrar algún cliente de camino a las Blackwall, las viviendas pertenecientes a la Blackwall Railway, donde pernoctaban buena parte de las prostitutas cuando tenían con qué pagar la noche.

Confiando en encontrar a algún remolón que quisiera echar un polvo al abrigo de un portal y que tuviera los tres o cuatro peniques que le pediría, con los que se podría permitir el lujo de echar un trago de ginebra en alguna taberna al calor del fuego, Florence enfiló por el malecón.

En la calle, el corpulento irlandés se subió el cuello del remendado abrigo de paño, robado semanas atrás, y echó a caminar en dirección al Támesis, donde pasaría la noche cerca de las obras del nuevo puente que estaban construyendo.

Caminaba furioso. Dio una patada a una rata que comía algún resto de basura y que con un chillido fue a chocar contra la pared, antes de incorporarse y mirar con sus ojillos al salvaje que la había golpeado. Vio en aquella mirada de odio el deseo de atacar y se preparó para patear de nuevo al roedor, pero este prefirió alejarse y

probar suerte en otro sitio.

El camorrista rio grotescamente. Ni las ratas presentaban batalla. Era temido por bestias y personas. En las peligrosas calles de Whitechapel, donde ni siquiera los policías patrullaban tranquilos, él era el único que no temía a nadie. ¡Él era quien daba miedo!

Siempre le había colmado de placer sentir el miedo ajeno, incluso de niño, en Irlanda, cuando no levantaba un palmo del suelo pero inspiraba temor por ser hijo de un campeón de boxeo, un luchador con una mortífera pegada y una capacidad inhumana para encajar los golpes. Aquel héroe local había sido uno de los muchos que habían abandonado los agotados campos irlandeses para buscar fortuna en la capital británica, arrastrando con él a su familia.

Pero en Londres los sueños de prosperidad no habían tardado en esfumarse. Cierto era que se podía encontrar trabajo, si uno estaba dispuesto a deslomarse en jornadas inacabables de hasta dieciséis horas por una miseria de jornal, que no llegaba ni para mal alimentar a una familia. A menudo, tal y como le había pasado a la familia del irlandés, era necesario que la esposa del trabajador aportara dinero al hogar, y eso solo podía conseguirlo vendiendo su cuerpo, algo que el joven hijo del héroe del boxeo no había podido digerir. De ahí su odio por las prostitutas, a las que consideraba unas fracasadas.

Él también había sido boxeador. Incluso aún de vez en cuando concertaba una pelea contra algún tipejo. Había heredado de su padre la demoledora pegada. De un zurdazo era capaz de dislocar la quijada del hombre más fuerte y dejarlo inconsciente. Pero su padre no le había transmitido la capacidad de encajar los golpes ni de sufrir, y eso le había impedido convertirse en un respetado luchador. Ahora solo peleaba contra boxeadores viejos o borrachos, o contra jóvenes inexpertos sedientos de gloria. Estudiaba a sus adversarios antes de aceptar pelear contra ellos, y si preveía un reñido combate, incluso una deshonrosa derrota, prefería evitarlo. Era más sencillo y provechoso dar palizas por dinero y maltratar a desgraciados a los que despojarlos de sus bienes.

Por Aldgate Street llegó hasta la iglesia de Aldgate de San Botolph, refugio de las numerosas prostitutas que aprovechaban este enclave, rodeado de callejones por los que era fácil escapar en

caso de que apareciera la policía, para buscar clientes. Dejó atrás el templo con un gesto provocador hacia las fulanas y se dirigió hacia el sur por una de las callejas que desembocaban en el puerto. El callejón estaba desierto y oscuro, ya que había pocas farolas de gas y varias de ellas no funcionaban. El hedor de la basura arrojada desde las ventanas y los vapores de las curtidurías, cervecerías, fundiciones y mataderos que abundaban por los alrededores se mezclaban con el tufo que subía desde el río. Un lugar ideal para tender una emboscada y desplumar o degollar a un incauto. Pocos eran los audaces que se adentraban durante el día por allí y muchos menos los que osaban hacerlo tras ponerse el sol.

El irlandés lo hizo con paso firme. Sus pisadas resonaban, ampliado el sonido por la estrechez del callejón. En la mano empuñaba su navaja, preparado para repeler cualquier ataque. Ese gesto le había ayudado en más de una ocasión cuando algún despistado ladrón no había calibrado bien a su víctima.

Estaba frustrado. Desde que había encontrado a su nuevo patrón vivía mucho mejor, de eso no cabía duda. Incluso la policía lo dejaba tranquilo. Pero su jefe le prohibía meterse en líos y por ello esa noche no había terminado por cargarse al proxeneta en la taberna.

Se estaba volviendo loco. A pesar de las evidentes ventajas de trabajar para alguien tan poderoso, al irlandés siempre le había gustado volar por su cuenta. Tenía cuentas pendientes con mucha gente y Scotland Yard no lo perdía de vista, pero se le estaba haciendo muy difícil controlar su genio. Necesitaba propinar una paliza a alguien. La última vez que había usado su navaja, preso de esa frustración, la había clavado casi medio centenar de veces en el cuerpo de una furcia a la que había cogido por sorpresa tras haberse ventilado esta a un soldado de la guarnición de la Torre.

Poseído por la rabia, había masacrado a la puta y, aunque había conseguido aliviar su ira, la urgencia por descargarla le había impedido gozar de sus actos. Había abandonado el cuerpo en las escaleras del edificio donde la había abordado. En otras ocasiones arrojaba el cuerpo con piedras en los bolsillos o atado a una cuerda con una losa al río, pero en aquella ocasión el Támesis se encontraba demasiado lejos como para acarrearlo.

El inmundo callejón tocaba a su fin y la oportunidad de dar una

tunda a alguien también. En el puerto siempre había algún marinero, un estibador, algún rufián de medio pelo o un carretero, pero también estaba la Policía del Puerto y no podía arriesgarse. La última vez que su patrón lo había sacado de comisaría ya le había advertido que no habría una siguiente.

Florence caminaba por la dársena. Sintió un doloroso retortijón en el estómago. Apretó los dientes hasta que se le pasó y continuó caminando. Aquella noche estaba resultando muy solitaria. Ni siquiera había tenido que esconderse de la Policía del Puerto. El silencio que la envolvía solo se había roto por la sirena de un barco que dejaba el puerto y se dirigía hacia el este.

Según se acercaba a los primeros edificios del barrio, su necesidad de ese trago se acentuaba. Las monedas le quemaban en la mano. Necesitaba algo que le calentara el cuerpo. Tal vez media ginebra. Eso le dejaría un par de peniques para dar a cuenta al señor Bells, suficiente tal vez para que le fiara hasta el día siguiente, permitiéndole dormir a cubierto.

¡No, no, no! Necesitaba descansar. Nada de ginebra a menos que consiguiera más dinero. El señor Bells tenía malas experiencias con las fianzas y era implacable: si no cobraba por adelantado no se dormía en su establecimiento. Sin excepciones.

Florence metió las monedas en la faltriquera para evitar tentaciones. Definitivamente debía apartar el dinero suficiente para pagarse una cama. Aún le quedaba un buen trecho hasta llegar a las Blackwall. Todavía podía encontrar algún marinero de camino a un barco o un trasnochador con ganas de follar.

Un escalofrío le recorrió la espalda y no solo por la fiebre. A su alrededor nada se movía y la niebla formaba extrañas siluetas. A pesar de estar acostumbrada a recorrer aquellos peligrosos parajes sin más defensa que un cuchillito, ridículo para enfrentarse a un agresor decidido pero suficiente como para amedrentar a un cliente poco respetuoso o mal pagador, a Florence la acompañaba el temor en los últimos meses.

En aquellas semanas un par de compañeras habían sido asesinadas brutalmente. No es que eso fuera algo extraño. En el East End la vida no valía más que unas monedas, sobre todo la de una puta, pero el salvajismo empleado las tenía atemorizadas a todas.

Florence conocía a la primera de las desgraciadas, Emma Smith,

una viuda alcohólica a la que habían asaltado y herido salvajemente. Según la policía, la mujer había tropezado fatalmente con una de las numerosas bandas de extorsionadores que sableaban a las prostitutas y a cuantos cayeran en sus manos. Pero Florence sabía que la viuda les había mentido. Emma conocía a su agresor y temía por su vida si se atrevía a denunciarlo.

Sin embargo, su silencio no la había salvado. Había fallecido al día siguiente en el Hospital de Londres, donde fue llevada por su casera, a causa de las profundas y horripilantes heridas sufridas. El hijo de puta se había ensañado con ella. Le había clavado una botella rota en sus partes, además de darle una paliza que le había dejado una oreja colgando.

A la Tabram, la segunda víctima, no la conocía. Era una «puta de soldados», una de esas mujeres que preferían buscar su clientela entre la soldadesca. A esta la habían cosido a puñaladas y la habían dejado tirada en unas escaleras. La policía había cubierto el expediente de la investigación con una rutinaria búsqueda entre las guarniciones cercanas, principalmente la de la Torre de Londres.

La noche de su muerte, la Tabram estaba acompañada por Pearly Poll, otra fulana. Habían conocido a un par de soldados y cada una se había ido con uno de ellos. Nadie había vuelto a ver a la Tabram con vida. Pearly Poll, asustada, se había escondido durante varios días hasta que la policía dio con ella y se la llevó para hacer una rueda de reconocimiento con las guarniciones.

Ella sabía algo, algo que la aterrorizaba. Queriendo terminar con todo aquello acusó a dos soldados cualesquiera, pero estos tenían sólidas coartadas. Pearly Poll fue llamada por el juez en el juicio, pero no lograron sonsacarle nada y al final cerraron el caso, como tantos otros, con la conclusión de que «el asesinato había sido llevado a cabo por persona o personas desconocidas». Así era la justicia. Nadie se molestaba por lo que les pudiera ocurrir a los desechos humanos.

La policía se había apresurado a aclarar que los dos asesinatos no tenían nada que ver, pero las mujeres de la calle sabían que algo las acechaba. Este miedo, sin embargo, ni las alimentaba ni les encontraba cobijo en las desapacibles noches londinenses, así que no les quedaba más remedio que seguir buscando clientes, rezando por no toparse con aquella bestia.

El irlandés caminaba cerca de los almacenes que rodeaban la dársena. Sumido en sus negros pensamientos, no se había dado cuenta de lo extrañamente desierto que se encontraba el puerto. Apenas había barcos atracados y en la cubierta de los pocos que lo estaban no lucía ninguna luz ni había movimiento. Con la confianza de quien no tiene nada que temer, caminaba pesadamente sin molestarse en no hacer ruido. Tenía previsto pasar la noche en el cuartucho de uno de los trabajadores de las obras que estaban realizando en el Támesis con vistas a unir ambas orillas con un nuevo puente, que a decir de la gente sería una proeza arquitectónica.

Al irlandés le preocupaban muy poco los puentes, pero le venía bien su situación, pues quedaba suficientemente cerca de Whitechapel, donde aún tenía algunas gestiones que hacer para su patrón. Sin duda, el trabajador que ocupaba junto a otros muchos el cuartucho no se alegraría de verlo, pues eso significaba que tendría que dormir en el duro suelo para que el irlandés ocupara el camastro.

Riéndose para sus adentros, vio una sombra que le venía de frente. Aguzó la mirada. ¿Un marinero? ¿Algún imprudente con intenciones de meter la mano en su bolsa? ¡Si era así se iba a llevar un buen disgusto! Continuó la marcha recordándose que no debía meterse en líos. ¡Maldito jefe que le jodía la diversión!

Desilusionado, comprobó que la figura era menuda. Un viejo marinero o un crío de los que trabajaban en los almacenes, imaginó. Nada estimulante.

Pero, para su sorpresa, la figura se dirigía hacia él.

—Hola, guapo, ¿quieres pasar un buen rato?

¡Una furcia! Debía de ser nueva por allí o tener mala vista si no lo había reconocido. A punto de contestar, vio como la figura se detenía de golpe y se llevaba las manos a la boca, ahogando un grito. Lo había reconocido. De inmediato, la mujer le apuntó con un brazo haciendo el gesto del mal de ojo y retrocedió trastabillando. Luego corrió en dirección contraria a la que llevaba el irlandés, que le dedicó unos insultos mientras se reía de buena gana.

¡Asquerosa fulana! Suerte había tenido. De habérsela encontrado en otras circunstancias ni toda la brujería le hubiera evitado lo que tenía pensado para ella. Apretaba la navaja con lujuria recordando

la sensación de penetrar con ella la carne. Podía sentir cómo se rasgaba la ropa y después la punta del arma abriendo y desgarrando hasta la empuñadura. Una y otra vez.

El recuerdo lo estaba excitando. Ahora veía a la zorra con el rostro de su madre. Un rostro muy amado, hasta el día en que supo qué hacía con otros hombres por un miserable trozo de pan.

¿Qué le había dicho la muy asquerosa? ¿Si quería pasar un buen rato con ella? Oh, sí. Sin duda podían pasar un buen rato juntos, pero no como ella esperaba. Seguro que eso era lo que aquella ramera deseaba en el fondo. Que alguien la abriera en canal y le sacara los intestinos como había hecho con otras fulanas. ¿A eso se refería la puta?

«Déjala», le decía la razón con una voz cada vez más débil que contrastaba con la de su instinto, mucho más poderosa, que le ordenaba castigar a la mujer. Sin darse cuenta, redujo la velocidad y miró hacia atrás. Ya no había ni rastro de la furcia, perdida entre la niebla. Por primera vez fue consciente de la quietud y el silencio que reinaban en el puerto. Quizá fuera una señal.

Se detuvo y, tras una breve vacilación, comenzó a desandar su camino. La puta no podía haberse alejado demasiado. Podía hacer un trabajo rápido. Se la tiraría y después la pincharía con su navaja. Nadie podría verlo. Cuando acabara con ella, arrojaría el cadáver al agua, donde, gracias a unas piedras bien sujetas, se hundiría y tardaría meses en ser encontrado.

Excitado ante la perspectiva, el bruto se apremió. Debía encontrar a la zorra antes de que esta encontrara un refugio o se metiera entre las casas. Notaba la dureza de su pene y la humedad en las manos. Había comenzado la cacería. La muy puta iba a lamentar haberse cruzado con él.

Pegado a la fachada de los almacenes, comenzó a correr al amparo de las sombras. Aquella desgraciada no podía andar muy lejos. Una enorme rata negra salió de debajo de la grúa y se cruzó en su camino, pero no perdió ni un instante con ella. En mente tenía una pieza mucho más sabrosa… ¡Allí estaba!

Confiando que el irlandés no la perseguiría, la mujer había reducido el paso. Otro error del que no tardaría en arrepentirse. Empuñando con fuerza la navaja, el gigante dejó de correr para hacer menos ruido y avanzó a grandes zancadas.

Y entonces un brillo metálico lo sorprendió. ¿Qué era aquello? Confundido, notó que las piernas se le aflojaban. Otra vez aquel brillo y después una mano agarró su pelambrera rojiza y la levantó en el aire. Con pavor e incredulidad, vio su cuerpo tendido en el suelo y se hizo de noche definitivamente para él.

El hombre que había decapitado al irlandés miró a ambos lados. Todo estaba tranquilo. La puta que había pasado instantes antes se había alejado y el sonido de la persistente lluvia habría tapado el poco ruido que pudiera haber hecho. Todo había salido a pedir de boca. Llevaba buena parte de la noche siguiendo al matón, a la espera del momento ideal.

Con cuidado de no delatarse, había seguido los pasos del irlandés, que caminaba como si la ciudad fuera suya. Su suficiencia era ideal para su perseguidor, a pesar de lo cual este extremaba las precauciones. Sabía qué debía hacer. El irlandés debía morir y su cuerpo no tenía que volver a aparecer nunca más.

Al amparo de la oscuridad lo había seguido hasta las dársenas. A punto de ser descubierto, soltó un brutal y mortal revés con el hacha de carnicero que empuñaba. La cabeza del irlandés quedó colgando a su espalda, unida aún por algunos filamentos de músculo y piel. Un segundo hachazo completó la decapitación. Agarró la cabeza por la áspera pelambrera y la metió en el saco.

Sin perder un instante y utilizando con maestría su hacha, desmembró el cuerpo y arrojó los restos al interior del saco. El torso era demasiado grande y tuvo que cortarlo por el esternón en dos partes. Una vez metidas todas las piezas dentro del saco, lo arrastró por el mojado suelo hasta el borde de la dársena. Diez pasos a su derecha había un montón de piedras, de las que usaban los barcos como lastre cuando tenían que navegar con los depósitos vacíos. Se apresuró a coger varias, las introdujo en el saco junto al cadáver troceado y lo cerró con un bramante. Con una fuerte patada, el saco cayó a las negras y pestilentes aguas. Miró a un lado y a otro, pero no parecía haber nadie que hubiera podido oír el chapuzón. Del saco ya no se veía nada. Donde había caído solo se adivinaba la silueta de unos troncos podridos y el cadáver hinchado de una rata.

En el suelo de la dársena, donde había llevado a cabo la carnicería, quedaba un reguero de sangre que no tardaría en ser borrado por la lluvia, enlodada por el hollín que todo lo cubría.

Guardando el hacha en la cintura del pantalón, el asesino se alejó rápidamente, adentrándose en las estrechas callejas de Whitechapel.

Capítulo 2

«Tercer crimen de un hombre que debe de ser un maníaco»
The Star

Jueves, 30 de agosto de 1888. East End de Londres

—¡Polly! ¡Polly Nichols!

La interpelada trató de escurrirse entre la gente que trajinaba en ese momento por Commercial Street, intentando sin éxito escapar de la mujer que gritaba su nombre.

—Hola, Margot —dijo fingiendo sorpresa cuando la que vociferaba se abrió paso entre el gentío y la agarró del brazo—. ¿Cómo estás? Hacía tiempo que no nos veíamos…

—Déjate de monsergas —contestó de malas maneras la mujer echándole su apestoso aliento—. Quiero que me devuelvas mi dinero.

Polly dio un paso atrás. Margot «la viuda» la amedrentaba, como sin duda lo había hecho con sus tres maridos anteriores, a los que había dado tan mala vida que habían preferido morirse a continuar aguantando a aquella deslenguada.

—Yo… ahora no lo tengo —contestó Polly tratando de encontrar una excusa que le permitiera escapar de la ira de la mujer, en busca de alguien que pudiera auxiliarla.

Sin embargo, el resto de viandantes pasaba a su lado evitándolas, como se evita cualquier obstáculo inanimado, ya sea un árbol o una farola. En esa zona todos estaban acostumbrados a aquellas escenas, incluso cuando terminaban con los contrincantes por el suelo, con un ojo amoratado, el labio partido o algún diente entre los adoquines. Solo había que tratar de no ser absorbido en la trifulca.

—Me debes un chelín y quiero que me lo des ahora.

La mujer, mucho más robusta que Polly, la cogió de la solapa del

abrigo marrón que llevaba y la zarandeó un par de veces.

—Espera, Margot —suplicó Polly protegiéndose la cara con las manos—. Te juro que ahora no lo tengo, pero mañana empiezo a trabajar otra vez en
Gray's
Inn. La semana que viene te daré el dinero, ¡te lo juro!

La viuda se quedó un instante parada. Sabía que aquella desgraciada no llevaría ni un penique encima y darle dos bofetones no haría que el dinero apareciera por arte de birlibirloque. Además, Polly había trabajado de veras en el
Gray's
Inn, una muy respetable residencia de abogados donde el servicio no estaba mal pagado. Quizá pudiera sacar alguna ventaja de la situación.

—Está bien, Polly. Te dejo una semana para que consigas dos chelines. Pero, como no me pagues, te juro por mi vida que te parto las piernas.

—No te preocupes, Margot —respiró la otra aliviada—. La próxima semana tendrás tu dinero.

—Espero que así sea, por tu bien —repuso la viuda soltando el abrigo de Polly—. No te olvides. La próxima semana.

Polly vio a la viuda alejarse hacia la calle Whitechapel y ella tomó el camino contrario. Necesitaba una copa para tranquilizarse y el Ten Bells estaba solo a dos manzanas de allí.

Mientras caminaba en busca de su dosis de alcohol, pensó por un momento qué haría la siguiente semana cuando no consiguiera el dinero. Para empezar, no debía un chelín a la viuda. Solo era medio chelín lo que Margot le había prestado el día que la expulsaron, precisamente del
Gray's
Inn, por presentarse borracha como una cuba a trabajar. Las puertas de la elitista residencia de abogados se habían cerrado definitivamente para Polly, pero por fortuna la viuda lo ignoraba. En cualquier caso, aún de haber sido cierto que comenzara a trabajar nuevamente como planchadora en la residencia, en ningún caso la paga le hubiera permitido reunir semejante cantidad en tan poco tiempo.

No había sido este su único empleo decente en los últimos

tiempos. Durante dos meses había tenido un buen trabajo en una casa como empleada doméstica. Además, los señores Cowdry tenían fama de portarse bien con el servicio. Aquellas semanas habían supuesto un gran cambio en la vida de Polly, hasta el punto de hacerle reunir el valor suficiente para escribir una carta a su padre contándole que había comenzado una nueva vida, y de paso preguntar por sus pequeños. Pero su padre nunca había dado respuesta.

Su viejo debía tener razón cuando afirmaba que no tenía remedio. El diablo del alcohol había regresado y, sin voluntad para ignorarlo, había robado ropa de cama para venderla en la calle y tener con qué pagar la ginebra. Sara Cowdry no había tardado en percatarse del hueco en el armario de la ropa blanca. El señor Cowdry había hecho averiguaciones y había descubierto quién había sido la autora del robo. Poco después de confesar, Polly abandonaba la mansión, consciente de que con malos informes nadie querría volverla a contratar.

Intentando olvidar el nuevo problema que se había buscado, Polly continuó sorteando a la gente que caminaba por la calle. La boca se le hacía agua pensando en la ginebra que se iba a tomar en cuanto entrara en el *pub*, prometiéndose a sí misma ingerir algo sólido junto al alcohol. Hacía casi un día entero que no había usado los pocos dientes que aún le quedaban para masticar algo.

Polly, nacida Mary Ann Walker, había cambiado su apellido por el de Nichols al casarse con William Nichols, un sirviente con un buen puesto en una respetada casa, cuya única aspiración consistía en convertirse en mayordomo. Con él había tenido cinco hijos y varias separaciones y, desde la última de ellas, tres años atrás, no lo había vuelto a ver. Ni a sus hijos tampoco.

Polly era una perdedora, una mujer apocada que nunca había podido con la vida. De estatura baja y ancha constitución, jamás había sido guapa, ni cuando aún no había caído en las garras del alcohol. Ahora, con un rostro insípido de ojos marrones, el cabello virando de castaño a gris, sin las paletas superiores de la dentadura y una cicatriz en la frente recuerdo de su niñez, no se podía decir que llamara la atención.

Sin embargo, algo debía de haber visto en ella William Nichols, pues la había desposado cuando Polly tenía veintidós años. William

era un hombre autoritario aunque respetuoso y juntos habían comenzado una vida en pareja. Ella se ocupaba de la casa y con el sueldo de su marido les alcanzaba para vivir sin demasiadas apreturas. Empezaron a llegar los niños y ahí comenzó la debacle. Como otras muchas mujeres, empezó a beber para escapar de la realidad y pronto descubrió que tenía un demonio interior que asomaba cuando estaba ebria. Enseguida se hizo evidente que solo cuando se encontraba borracha encontraba algo de paz. La ginebra se convirtió en su mejor aliada para olvidar los problemas y para hacerla sentirse más segura. Cuando bebía casi podría decirse que era feliz.

Naturalmente William no lo comprendió. Su cada vez más evidente dejadez, con la casa sucia y los niños medio abandonados, prendió el fuego de las peleas conyugales y, como consecuencia inmediata, trajo una mayor dependencia del alcohol por parte de Polly. Y así ocurrió que William la puso en la calle por primera vez.

Los diecisiete años que duró el matrimonio Nichols fueron un carrusel de separaciones y reconciliaciones, hasta que, finalmente, al cumplir los treinta y nueve, y con el menor de sus hijos con apenas dos años, Polly los abandonó por última vez.

Ahora llevaba casi cuatro años entrando y saliendo de los albergues para pobres. Eran casas de trabajo donde las condiciones para poder instalarse eran tan pésimas que muchos preferían no visitarlos. El de Lambeth, al sur del Támesis, había sido el que Polly frecuentaba más a menudo. Se había cobijado en varias ocasiones allí, siempre con la idea de comenzar una nueva vida, pero no había tardado demasiado en volver a las andadas, asfixiada por aquel lugar de dolor e infortunio.

La prostitución, que había comenzado como algo puntual para poder sufragarse comida, alojamiento y, claro está, ginebra, se había convertido enseguida en la única fuente de ingresos. Poco agraciada y ya marcada por la huella del alcohol, Polly se había convertido en otra más de aquellas desgraciadas que alquilaban su cuerpo en la esquina de cualquier callejón por tres o cuatro peniques.

—Buenas tardes, Polly —la saludó el camarero del *pub* sirviéndole un vaso lleno de ginebra, sin que ella se lo pidiera.

A Polly se le hizo la boca agua. Calculó que le quedaba

suficiente dinero como para tomar dos copas, antes de tener que ir a alguna maloliente calleja a que algún despojo quisiera metérsela por unos peniques. Pero enseguida se riñó a sí misma. Debía comer algo. Desde la tarde del día anterior solo había ingerido ginebra, nada más.

No era de extrañar que, al igual que otras muchas prostitutas del East End londinense, fuera regordeta. La mala alimentación y la calidad de la comida a la que aquellas mujeres podían acceder las hacía engordar, aunque en realidad estaban desnutridas. A Polly el estómago le crujía y, mientras echaba un vistazo a la pizarra detrás de la barra luchando con las letras para componer la palabra que anunciaba el plato del día, el camarero, apoyando un codo en la barra, se le adelantó.

—Plato de anguila y una rebanada de pan. Tres peniques.

Polly metió la mano en su faltriquera y contó las monedas que llevaba. No le llegaba. Solo tenía tres peniques. La ginebra y el plato de anguila eran cuatro. Le faltaba un penique.

—Trae —dijo el camarero, al que Polly le daba pena. Aquella mujer parecía un perro apaleado, pero nunca daba ningún problema. Era limpia, amable, no montaba follones, pagaba sus consumiciones y cuando estaba demasiado borracha y se la requería, se largaba del *pub*.

El camarero cogió los tres peniques que Polly llevaba en la mano y volvió con un plato. La ración de pastel era más pequeña de lo que servían al resto de parroquianos y solo había media rebanada de pan, pero ella no se quejó. Se sentó en una mesa libre y dio un breve trago a la ginebra. Luego tomó un trozo de pan con anguila y lo mojó en el escabeche. Le costó masticar. Echaba de menos los cinco dientes que le faltaban.

—Hola, Polly.

Polly siguió la dirección de la voz y sonrió.

—Hola, Ellen.

Ellen Holland era una amiga, si se podía llamar amiga a alguien que compartía tu suerte en el mundo y no trataba de joderte. La recién llegada también ejercía la prostitución, aunque en su caso de manera más esporádica, ya que tenía quien le pasara una pensión. Se conocían de hacía tiempo y habían compartido habitación en el dormitorio común de

Wilmott's.

Polly sopesó la posibilidad de pedirle a Ellen que la invitara a un trago, pero decidió que sería mejor guardar esa posibilidad para otro momento en el que estuviera más necesitada.

—¿No quieres sentarte? —preguntó echando un ojo ávido al vaso lleno de Ellen.

—Claro, ¿por qué no? —contestó la mujer tomando una silla y poniéndola delante de la mesa—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Dónde has estado durmiendo estas noches? Hace días que no te veo.

—He estado yendo a White House —respondió Polly encogiéndose de hombros y tomando un sorbo muy pequeño de su ginebra—. Ya sabes, allí se puede compartir cama con un hombre y me he podido ahorrar unos peniques.

Polly se refería a la casa común de Flower & Dean Street. Allí no tenían problema en que hombres y mujeres durmieran en una misma cama, lo que en la práctica lo convertía en un burdel.

Las dos mujeres continuaron hablando un buen rato. Intercambiaron chismorreos del barrio, de otras mujeres, algunas de ellas prostitutas también, de los gustos licenciosos de ciertos clientes que habían compartido, de sus sueños y esperanzas, de las que ya no les quedaban demasiadas.

—¿Sabes? —dijo Polly sacando con mucho cuidado de su abrigo una foto en la que aparecía un hombre joven para mostrársela a su amiga—. El otro día mi hijo mayor me mandó esta foto. Ya tiene veintidós años. Los mismos que yo cuando me casé con William. ¿A que es muy guapo?

Ellen Holland le echó un vistazo fingiendo interés. Ya había visto antes la foto y sabía que no era su hijo. Pero entre los desheredados estaba mal visto arruinar las mentiras piadosas de los demás. Eran ilusiones que no hacían daño a nadie y permitían que el que las confesaba tuviera motivos para levantarse otra mañana más.

—Es un buen mozo, ¿no crees? —dijo Polly mirando con arrobo la fotografía. La había robado en algún sitio; no recordaba dónde, porque estaba demasiado borracha cuando lo hizo. El hombre de la foto aparentaba tener algo más de los veintidós años que habría cumplido su hijo, pero eso no incomodaba a la mujer—. Es abogado. Trabaja en un bufete muy importante de la City.

Ellen estiró el brazo por encima de la mesa y apretó afectuosamente la mano de su amiga, que no dejaba de mirar embelesada la fotografía.

—Se casará con una chica estupenda y te dará un montón de nietos, ya lo verás —aseguró con una sonrisa melancólica.

—¡Eh, vosotras! —gritó el propietario del *pub* levantando la voz tras la barra—. Si habéis terminado, fuera.

—Venga, Polly, vámonos —dijo Ellen, levantándose de la mesa y haciendo un gesto desagradable hacia la barra.

Las dos mujeres salieron del local. Fuera había oscurecido y ya estaban encendiendo los faroles de gas, pero aún se movía bastante gente por la calle. Un carro sanguinolento de un matadero avanzaba por los adoquines y un par de mozos recogían la bosta de los caballos de tiro de la carretera.

—¿Dónde dormirás hoy? —quiso saber Ellen, cerrándose bien el remendado abrigo de hombre que llevaba. Había comenzado a llover con intensidad y, según había comentado alguno de los escasos parroquianos del *pub*, lo haría toda la noche.

—No tengo ni un penique —contestó Polly arrebujándose en su abrigo marrón—. Si consigo dinero iré a
Wilmott's,
aunque con esta maldita lluvia no sé si encontraré algún cliente.

—Creo que yo iré hacia los muelles, a ver si ha llegado algún barco —repuso Ellen—. Luego nos vemos, querida. Que tengas suerte.

Polly, a resguardo del alero del edificio, vio como su amiga se alejaba hacia Whitechapel Street. A ella no le apetecía alejarse tanto con esa lluvia, así que se encaminó hacia la iglesia de Saint Botolph, con la esperanza de hacer algún cliente por el camino.

—Hola, Polly, ¿me das un penique?

Esta giró la cabeza hacia el oscuro soportal de donde salía la voz. Costaba ver algo a través de aquella niebla, entre verdosa y amarillenta, a la que los londinenses llamaban «puré de guisantes», formada por la densa humedad que ascendía del Támesis y el grasiento hollín que despedían las chimeneas de fábricas y casas en toda la capital.

El que mendigaba era uno de los cientos de críos que malvivían en las calles del East End abandonados a su suerte. Al niño, vendido

como otros a una fábrica de telas por el orfanato en el que había sido abandonado al nacer, le faltaba un brazo a pesar de tener tan solo seis años. Pero aquella carilla sucia y llena de mocos, con unos ojos grandes y curiosos, despertaba los adormecidos instintos maternales de Polly.

—Hola, Alvin —saludó acercándose al niño—. ¿Estás solo?

—Sí. He estado con unos amigos, pero ya se han largado.

La mujer asintió revolviendo el pelo del mocoso. Alvin siempre estaba solo, aunque le gustaba fingir que tenía muchos amigos. Si en aquella zona de Londres la vida era difícil para todos, aún más dura se mostraba con los más débiles. Especialmente si se trataba de un crío al que le faltaba un brazo.

Polly había conocido al niño un año atrás, cuando lo echaron del hospital donde lo habían remendado por debajo del hombro izquierdo, dejándole un feo muñón. La mujer no se había extrañado al saber que el crío había perdido el brazo al ser atrapado en un telar donde trabajaba.

Los telares eran peligrosos y los accidentes frecuentes. Los empresarios necesitaban niños pequeños, a los que esclavizaban desde los cuatro años. El trabajo de los críos era ir en busca de los hilos cuando se rompían, y para ello se tenía que detener la máquina. Solo los más pequeños eran capaces de reptar entre la maquinaria hasta dar con el hilo y restituirlo, lo que muchas veces se hacía sin parar el ruidoso monstruo que urdía la trama de la tela.

El pobre no había tenido el cuidado necesario y la atronadora máquina en movimiento le había segado el brazo, ante el enfado del jefe del taller por las molestias y el tiempo perdido. Al crío lo habían llevado al hospital rápidamente, no tanto por el riesgo de que pudiera desangrarse como para no perder aún más tiempo de trabajo. Allí lo habían dejado, como un fardo, y se habían largado sin molestarse en volver para preguntar por su suerte.

Alvin ya era historia en la fábrica. El empresario no habría tardado en buscar otro niño, más pequeño aún, y el telar seguiría tejiendo las ricas telas manchadas con el sudor y la sangre de los explotados trabajadores, telas que serían lucidas por aquellos a los que la vida les había sonreído. Y esos críos seguirían viviendo una vida de explotación y de miseria, para morir, muchos de ellos, víctimas de la tuberculosis, el asma, las alergias o el hambre. Triste

destino el suyo, pensaba Polly.

—Estoy sin blanca, Alvin —confesó la mujer, recolocando al pillo la mugrienta gorra, que le quedaba excesivamente grande—. Tengo que buscar algo, pero ¿sabes qué? Si consigo unos peniques, luego te invito a cenar, ¿te parece bien?

Ambos sabían que era bastante improbable que eso sucediera. Si Polly conseguía hacerse con un poco de dinero, lograba evitar la tentación de bebérselo y recordaba su promesa, era prácticamente imposible que el crío siguiera en el soportal. Los moradores de la casa, los *bobbies* en sus rondas o las pandillas juveniles que causaban terror en el barrio no lo permitirían.

—Mira, Polly —dijo el niño sacando algo de debajo del desastrado abrigo con el que se protegía del frío y de la lluvia—. Es un sombrero, ¿te gusta?

La mujer tomó el sombrero entre sus manos. Era bonito y estaba bastante limpio. El niño lo habría robado en algún lugar con la intención de sacarse alguna moneda con su venta.

—¡Oh, es precioso!

—¿Te gusta? ¡Vamos, póntelo!

Polly hizo caso y se lo puso, con un toque de coquetería que hacía lustros que no lucía.

—¿Qué te parece? —preguntó, alegre, mientras se ataba las cintas por debajo del mentón.

—Que te queda muy bien. ¿Te gusta de verdad? Quédatelo. Te lo regalo.

—¡Oh, no, no! No me lo puedo quedar. Es que no tengo ni un penique.

—No te preocupes. Ya me darás algo cuando puedas. No lo he podido vender y, si me pilla la poli con él, me encerrarán.

Eso era bien cierto. Si los *bobbies* lo veían con aquel sombrero, no tardaría en ocupar un sitio en el calabozo y acabaría en manos de un juez, que dictaminaría algún castigo ejemplar.

—¡Gracias, Alvin! —dijo Polly dándole un cariñoso pellizco en el moflete al crío—. En cuanto consiga algo de dinero te pagaré este precioso sombrero. Con esta monada seguro que no tardo en encontrar algún puerco que quiera ponerme contra la pared.

La mujer se alejó, adentrándose en los callejones mal iluminados. En otros tiempos había tenido la oportunidad de

recorrer las calles del West End. Comparar aquellas hermosas plazas y avenidas, con sus flamantes faroles eléctricos, con esos sucios pasadizos, mal iluminados por escasos y anticuados faroles de gas, los que funcionaban y no habían sido inutilizados por criminales que preferían la oscuridad para sus negocios, era como comparar sus andrajos con las ropas que vestía la monarca británica, «la reina del hambre», como era conocida en los barrios más pobres.

Polly maldijo a la reina y al clima. No dejaba de llover, y cada vez lo hacía con más intensidad. Los callejones estaban prácticamente desiertos. Quizá debería haber acompañado a Emily al puerto. Aún le quedaba un buen paseo hasta llegar a Saint Botolph y debía encontrar clientes antes si quería echar otro trago y disponer de dinero con el que pagar el albergue.

Dobló un pasadizo y se encontró de frente con un carretero que tiraba de las riendas de un jamelgo. El carro transportaba un par de grandes toneles de roble que, por el esfuerzo que hacía el animal, debían de encontrarse llenos.

—Hola, guapo. ¿Tienes mucha prisa? Por seis peniques te hago lo que más te apetezca.

El hombre tiró de las riendas y estudió la mercancía que se le ofrecía.

—Dos peniques.

—¿Dos peniques? —fingió escandalizarse Polly—. Por tan poco no te follarías ni a tu mujer.

Al final acordaron cuatro. Polly se apoyó en la carreta y se subió las faldas y enaguas, ofreciéndose de espaldas al carretero, que, sin preámbulos innecesarios, se bajó los pantalones lo justo para sacar su miembro e introducírselo a la mujer.

El tipo era asqueroso. Maloliente, sudoroso. Un bruto con los dientes picados que le babeaba encima mientras la empujaba. Pero hacía tiempo que Polly había dejado de sentir asco. Todos sus clientes eran parecidos. La montaban, se subían los pantalones, le tiraban las monedas acordadas, tratando en algunos casos de pagar menos de lo pactado, y continuaban su camino como si nada hubiera sucedido.

—Toma, puta, tus cuatro peniques.

Sin más palabras, tiró las monedas a un charco lleno del agua negra del hollín y la bosta de las cabalgaduras y siguió adelante

azuzando a la bestia.

La mujer recogió el dinero, se lo metió entre la ropa para alejarlo de la vista de algún ladrón de los que se dedicaban a desvalijar a mujeres como ella y siguió andando bajo la lluvia en busca de otro cliente.

En el siguiente callejón giró a la derecha, siguiendo la peste que provenía de un matadero de caballos. Allí acababan con los pencos que por viejos o por tener alguna pata rota ya no eran de utilidad para sus dueños, que los vendían como comida. Polly siempre había tenido suerte en aquellas fábricas de carne de las que emanaba un insoportable hedor proveniente de la mezcla de sangre y excrementos de los aterrorizados animales, cuyos relinchos lastimeros podían escucharse a muchas yardas de distancia.

Se acercó al portón de madera donde se apoyaban dos matarifes, con los delantales de cuero llenos de sangre. Cerca de ellos, unos famélicos perros lamían la sangre que salía del matadero y corría hacia las alcantarillas.

—Hola, chicos. ¿Os apetece pasar un buen rato?

Los hombres se giraron y la observaron de arriba abajo. El más joven escupió al suelo y entró en el matadero sin decir ni media palabra, pero el viejo calibró la oferta y pareció contentarse con lo que veía. Esta vez el precio acordado fueron tres peniques y lo hicieron de pie, uno frente al otro, bajo el arco de entrada al matadero.

Una vez terminada la transacción, Polly continuó andando. No estaba mal. En menos de quince minutos había conseguido siete peniques y aún quedaba tiempo para conseguir algún cliente más.

Frente a ella se abrió entonces la puerta de una taberna, y salieron dos hombres, que le dedicaron unas soeces palabras antes de alejarse. Polly se animó a entrar, convenciéndose de que un trago le sacaría el frío del cuerpo; además, siempre cabía la posibilidad de encontrar otro cliente dentro del local.

—Un vaso de ginebra —pidió al camarero, relamiéndose los labios, mientras se prometía que solo tomaría una.

Al final se tomó tres ginebras, antes de salir de la taberna acompañada de un tipo muy borracho que apenas se mantenía en pie. Bastante ebria, a Polly le costaba mantener la estabilidad. Apoyada en el hombro del tipo, lo condujo hacia un estrecho

pasadizo frente a la taberna y se dispuso a abrir el pantalón del hombre, que era incapaz de hacerlo por sí solo. Apoyada la espalda contra la pared y con el tipo medio caído sobre ella, Polly tomó su lánguido miembro con una mano y se lo puso entre los muslos, apretándolos para que se creyera que la tenía dentro.

A Polly le costó un buen rato lograr que el flácido miembro se tornara algo más tieso. Habían acordado cuatro peniques, se dijo, pero con todo el tiempo que estaba empleando le iba a sacar cuanto tuviera.

—Vamos, que no tengo toda la noche —se quejó irritada.

Pero el tipo no era capaz de mantenerse de pie y abrir los ojos, así que finalmente Polly dejó que se cayera al suelo. Sin perder un instante, le registró los bolsillos maldiciendo su suerte: aquel cabrón solo tenía tres peniques. Ni siquiera llevaba encima los cuatro acordados. Había estado un buen rato tratando de excitar a ese perro sarnoso y todo por tres miserables peniques.

Polly se arregló la ropa y, tras escupir al hombre, que yacía dormido encima de la mugre de los adoquines, se alejó por el pasadizo.

A pesar de estar bastante bebida, se dio cuenta de que algo pasaba en el cielo. Ya eran cerca de las diez y, en vez de estar de color negro, se veía un fulgor rojo que lo iluminaba. Polly no podía saberlo, pero un gran incendio se había declarado en la zona de los muelles y las llamas alumbraban la noche.

En la esquina de las calles Middlesex y Ellison, Polly se topó con «Cabeza zanahoria», un agente pelirrojo con muy malas pulgas al que le encantaba hacer uso de su cachiporra. El policía, a resguardo de la lluvia por su capote, estaba haciendo la ronda llevando en la mano la linterna con que la alumbró.

En medio del sopor alcohólico, la mujer encontró la clarividencia necesaria para no interponerse en el camino de Cabeza zanahoria y no responder a la actitud desafiante de este. En el barrio todos conocían al violento policía y, empapado como estaba por la lluvia, a buen seguro habría estado encantado de tener una mínima excusa para aporrear a una mujer a gusto y llevársela detenida por cualquier minucia con tal de estar un buen rato a resguardo en la comisaría.

Hacía dos años que las Leyes de Enfermedades Contagiosas

habían sido derogadas. Estas polémicas leyes habían sido redactadas con el objetivo de evitar el contagio de enfermedades sexuales. En su aplicación, la policía podía detener a cualquier mujer sospechosa de ejercer la prostitución y someterla a controles sanitarios de carácter obligatorio con el fin de determinar si estaba infectada con alguna enfermedad venérea. Si tal era el caso, la pobre infeliz se veía encerrada y aislada durante meses en un hospital, en condiciones parecidas a las de una cárcel.

Y Polly, al igual que el resto de sus compañeras, sabía que la policía lamentaba amargamente la abolición de estas leyes que les habían permitido, durante un par de décadas, cometer todo tipo de tropelías, a sabiendas de que las mujeres no podrían defenderse. Por supuesto, los nostálgicos *bobbies* no habían tardado en idear diferentes subterfugios para poder seguir avasallándolas.

Sin mirar atrás, Polly continuó andando por Middlesex hasta llegar a Aldgate Street. Desechó la idea de llegar hasta Saint Botolph's Aldgate, la conocida como «iglesia de las prostitutas» debido a que, al estar situada en un cruce de varios callejones, las fulanas podían esfumarse cuando aparecían los policías. En su lugar, decidió acercarse a Whitechapel Road en busca de más clientes. Pero antes se tomaría otro trago.

La campana de una iglesia tañía las once de la noche cuando Polly echó el ojo a un posible cliente. El hombre parecía un marinero y deambulaba por la calle. La mujer sacó el sombrero que le había regalado Alvin, que llevaba a buen recaudo bajo el desastrado abrigo marrón, y, encasquetándoselo de una forma que a ella le parecía insinuante, se acercó al tipo.

En ese instante apareció otro *bobby* de ronda. Polly se detuvo al momento e intentó retroceder sin llamar la atención, pero el policía ya la había visto. No así el posible cliente, que, borracho como debía de ir, no se percató de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el policía a Polly, alumbrándola con su linterna—. ¿No estarías insinuándote a un hombre borracho, verdad?

—¡Oh, no! —protestó débilmente la mujer—. Solo estaba dando un paseo.

—¿Un paseo? A otro perro con ese hueso. ¿O es que te has

pensado que soy tonto? Lárgate antes de que termines en el calabozo.

Polly, amedrentada, no contestó y se alejó tal y como le habían ordenado. Del supuesto marinero ya no quedaba ni rastro, así que, viendo que los que transitaban por la calle eran aún más pobres que ella, decidió entrar a un bar y tomarse una ginebra.

Una hora y dos ginebras más tarde, sin un penique y muy borracha, Polly abandonó el Frying Pan. En la calle seguía lloviendo y tenía toda la pinta de que el aguacero continuaría toda la noche. La mujer tenía sueño y estaba deseando tumbarse a dormir, pero en la calle no podía hacerlo, no tanto por la lluvia como por los *bobbies*.

Los agentes de la policía metropolitana tenían órdenes estrictas de no permitir pernoctar en calles y plazas. En cuanto una de aquellas almas sin hogar cerraba los ojos al abrigo de un portal, un banco o recostada en el frío suelo de un callejón, no tardaba en aparecer un policía para levantarla de allí con un enérgico «¡Circule!».

Decidió que iría a dormir a
Wilmott's.
No tenía los cuatro peniques que costaba la cama, pero, en su razonamiento embotado por la bebida, creyó posible engañar al patrón para que al menos le permitiera sentarse con la espalda apoyada en la pared, fuera de la calle.

Dando tumbos, llegó hasta el número 18 de Thrawl Street, donde se encontraba el alojamiento, y, tratando de escurrirse sin ser vista, llegó hasta la cocina de la casa. Buscó un hueco discreto para acostarse, pero al parecer otros habían tenido la misma idea que ella y se habían hecho con los mejores escondrijos.

Sin embargo, de poco les valió. El patrón se conocía todos los ardides y, antes de que Polly cogiera el sueño, entró vociferando por la puerta de la cocina. Los que estaban dormidos se pusieron en pie de un brinco, tan acostumbrados estaban a ser apaleados o despojados cuando dormían.

—Está bien, está bien —protestó Polly cuando el patrón la empujó con el extremo de un palo tan grueso como su muñeca para que se largara de allí—. No tengo tus asquerosos cuatro peniques, ¿pero ves este sombrero tan bonito? Dentro de un rato tendré el

dinero y será mejor que entonces tengas una cama para mí en esta pocilga.

—Ah, ¿sí? —contestó el patrón insistiendo con el extremo del palo—. Pues cuando los consigas vuelves, pero mientras, a la calle, si no quieres que te dé una buena tunda.

Mojada, ebria y sin dinero, Polly vagó por los callejones sin rumbo. Ya era muy tarde y las únicas personas con las que se cruzaba eran desposeídos como ella, incapaces de encontrar un rincón en el que descansar. Necesitaba tomar otra copa. En el sopor del alcohol se preguntaba dónde podría mendigar un trago, pero en ninguna taberna fiaban.

—¡Polly!

Con dificultad, la mujer fijó la mirada en la dirección de donde provenía la voz. Era su amiga Ellen Holland, que se acercaba a buen paso con las mejillas arreboladas.

—¡Hola, Polly! ¿Te has enterado de lo que ha pasado? —preguntó excitada la mujer—. Ha habido una explosión en los muelles y los almacenes de South Quay han empezado a arder. Vengo de allí. Debía de estar todo lleno de botellas de brandi y ginebra que no dejaban de estallar. Los bomberos no consiguen apagar el fuego. ¡Madre mía, qué calor! Aquello es un horno. ¡Y qué multitud! Al final el tejado se ha derrumbado y el viento ha llevado las llamas hasta un barco que estaba en el muelle. Tenías que haber visto cómo ha prendido. Las velas y cuerdas han comenzado a arder. Los marineros arrojaban cubos de agua a los mástiles. El fuego se ha extendido también a un almacén que se encontraba lleno de carbón. Un hombre que tenía un almacén de telas al lado ha intentado salvar su mercancía sacándola a la calle, pero la ha tenido que volver a meter corriendo porque la gente se la llevaba. Mira, ¿te gusta?

Polly, que no había entendido casi nada de la atropellada conversación de su amiga, se la quedó mirando sin reaccionar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ellen volviendo a guardar la tela robada dentro de su empapado abrigo—. Has bebido demasiado. Voy a
Wilmott's,
¿por qué no te vienes conmigo?

—No puedo, Ellen, no tengo ni un maldito penique.

—Vaya. ¿Y qué vas a hacer?

Polly se encogió de hombros. Se le estaba empezando a aligerar la bruma alcohólica, lo suficiente al menos para saber que en el estado en el que se encontraba no la dejarían entrar en ningún sitio. Estaba condenada a vagar cual fantasma hasta al amanecer.

—¡Toma! —dijo Ellen, un tanto avergonzada por dejar a su compañera allí tirada—. Al menos come algo. Seguro que no has probado bocado. Me lo ha dado un marinero al que me he trabajado.

Polly cogió el trozo de tocino que le tendía y, agradecida, vio como su amiga se alejaba en busca de un necesario descanso. Ellen tenía mejor cabeza que ella. Había sacado suficiente dinero para pagarse la cama y además habría cenado a costa del marinero, al que, por si fuera poco, no le habría cobrado menos de cinco peniques.

Con tristeza, siguió con la mirada a su amiga hasta que se perdió de vista al doblar una esquina. De nuevo estaba sola. En una calle oscura, hedionda y bajo la lluvia. Si ahora se desplomara muerta en el suelo, nadie la socorrería. Se quedaría allí tendida hasta que llegara un *bobby* que, con su cachiporra o con la puntera de la bota, trataría de obligarla a levantarse, hasta caer en la cuenta de que aquel cascarón no tenía vida. Entonces llamaría a sus compañeros, quienes traerían un mugriento carro donde la tirarían encima y la taparían con una aún más mugrienta sábana para ocultar el cuerpo a los ojos de la gente.

Tratando de alejar tan perniciosos pensamientos, Polly continuó andando por Whitechapel Road hasta llegar a
Buck’s
Row. Aquel era un siniestro callejón que solamente disponía de una farola de gas en una de sus esquinas con una tímida luz que apenas alcanzaba a iluminar unos metros a su alrededor. Polly solía llevar a sus clientes a callejones así, para que se desfogaran con ella por unas miserables monedas.

—Buenas noches.

Polly pegó un respingo y miró al hombre que se encontraba ante ella observándola.

—¡Hola! —contestó, tratando de imprimir un tono seductor a su voz que impidiera reflejar el susto que se había llevado—. ¿Buscas

algo, cariño?

El hombre no contestó y se limitó a mostrar una moneda de medio chelín. A Polly se le abrieron los ojos, ¡seis peniques! El doble de lo que cobraba últimamente. Con aquello, más lo que le pudiera sacar extra, tendría para dormir esa noche, tomarse un trago de ginebra antes de ir al alojamiento y, tal vez, comer algo más que el trozo de tocino con el que la había obsequiado Ellen Holland.

Con su mejor sonrisa, mostrando la falta de dientes y unas encías ennegrecidas, Polly acompañó a su cliente hasta el rincón más oscuro de la callejuela, guiándolo de la mano como si de un muchacho al que fuese a desvirgar se tratara.

No tuvo ocasión de proferir ni un grito. Desde atrás, unas manos se cerraron sobre su cuello, asfixiándola y cortando el riego de sangre en sus carótidas.

El destino fue misericordioso con la pobre desgraciada, ahorrándole el espectáculo de sentir cómo un enorme y afilado cuchillo cortaba su cuello dos veces de un lado a otro, hasta alcanzar la columna vertebral. Un chorro de sangre brotó de las heridas, pero no fue todo lo abundante que podría esperarse, ya que el corazón, privado del oxígeno, había dejado de bombear.

Para cuando el hombre la dejó en el suelo, la vida ya se había escapado de aquel miserable cuerpo. Mary Ann Nichols, Polly, dejaba este mundo discretamente, tan sola y abandonada como se había encontrado toda su vida. De su abrigo abierto en la caída escapó la fotografía de aquel muchacho que, no siendo su hijo, le había dado fuerzas para levantarse cada mañana en los últimos tiempos. La instantánea, navegando entre los charcos de un agua sucia que se teñía con el rojo de la sangre, llegó hasta una alcantarilla y allí desapareció.

Capítulo 3

«¿Está el East End fuera de control?»
The Times

Viernes, 31 de agosto de 1888. Arlington, Londres

El ministro de Interior, Henry Matthews, fue conducido por el mayordomo hasta el despacho del primer ministro, lord Salisbury. A pesar de la hora intempestiva, el lacayo no se extrañó al recibir a tan importante caballero y no perdió tiempo en anunciar su presencia. Conocía de otras ocasiones al ministro Matthews y era consciente de que a lord Salisbury no le agradaba que lo mantuviera esperando.

El ministro tomó asiento en una butaca de cuero y aguardó pacientemente la llegada del hombre que se encontraba al frente del Gobierno del país más importante del mundo, el mismo que lo había elegido a él, Henry Matthews, para dirigir el ministerio del Interior. Un nombramiento que a buen seguro debía de haberle acarreado grandes quebraderos de cabeza, ya que Matthews era el primer católico que había llegado a ocupar un puesto en el Gobierno.

Sin embargo, ahora la mente del ministro no estaba para tales reflexiones. No tenía claro cuál podría ser el motivo por el que lord Salisbury le había mandado acudir a su domicilio en Hatfield House, pero algo grave debía de ser, dada la premura con la que se había solicitado su presencia.

Matthews había sido despertado por su secretario particular a las ocho y media de aquel viernes. Se había mostrado extrañado al serle comunicada la orden llegada desde Arlington Street para que se personara en el menor plazo de tiempo posible. Apenas había podido asearse un poco antes de vestirse. Matthews había encargado a su secretario que se informara con los periódicos de la mañana, por si hubiera alguna noticia que pudiera arrojar pistas sobre el sorprendente requerimiento, pero en la prensa no había

nada que amenazara, al menos en apariencia, la estabilidad siempre precaria del Gobierno.

—Buenos días, Henry —saludó lord Salisbury haciendo su entrada en el despacho por las dos puertas dobles que un criado abría servilmente. Su corpulencia, adornada con una barba majestuosa y unas pobladas cejas, imponía respeto—. Lamento haberle molestado tan pronto.

Mientras Matthews quitaba importancia a la molestia y tomaba asiento de nuevo, no pudo por menos que estudiar con curiosidad al primer ministro buscando en su rostro algo que le indicara en qué situación se encontraban.

—¿Ha leído la prensa? —preguntó este tomando asiento a su vez en la cómoda butaca de madera y cuero tras la enorme mesa del despacho.

—Apenas he podido echarle un vistazo por encima —repuso Matthews sorprendido. Así que la emergencia venía en los diarios matinales y ni él, ni su secretario, habían sido capaces de interpretarlos.

Sin responder, el primer ministro le entregó un ejemplar del diario *Star*, doblado por la mitad y de forma que le quedara ante los ojos la primera página, donde con grandes letras el titular rezaba: «Horrible asesinato de una mujer en Whitechapel».

Matthews entendió por qué no había encontrado nada alarmante en su apresurado vistazo a los periódicos: solo había hojeado el *Times* y el *Morning Post*, los periódicos conservadores de más tirada, y el liberal *Daily Chronicle*. Algo había visto de pasada sobre un asesinato en el East End, pero no le había prestado excesivo caso. Claro que aquellos eran periódicos serios, no como el *Star*, un diario de nuevo cuño que buscaba desesperadamente aumentar su tirada con todo tipo de sensacionalismos.

No le costó averiguar el motivo de la inquietud del primer ministro. Bajo el gran titular, había otro no tan grande pero igualmente legible y mucho más incendiario: «¿Está el East End fuera de control?».

—Esta madrugada una mujer ha sido asesinada en Whitechapel —comenzó a explicar lord Salisbury con su voz grave y pausada—. Al parecer, la naturaleza de su muerte ha sido horrible.

Matthews esperó a que su interlocutor continuara. El asesinato

de mujeres en el East End era algo bastante común. El barrio estaba atestado de inmigrantes, gente de baja estofa, violenta y alcoholizada, que se amontonaba en calles sucias y peligrosas. De hecho, rara era la semana en la que no aparecía una mujer con el cuello rajado y no siempre asesinada, ya que cortarse el cuello era una forma de suicidio ampliamente utilizada. Qué podía tener aquel crimen de extraordinario era algo que se le escapaba, pero a buen seguro tendría que ver con el segundo titular.

—Esta mañana he recibido una llamada de la reina —añadió el primer ministro con tono grave.

Matthews se envaró en su asiento. Su majestad, la reina Victoria de Inglaterra, la respetada soberana del poderoso Imperio británico, que vivía retirada en su palacio y que apenas se dejaba ver desde la muerte de su marido, el príncipe Alberto, acaecida casi tres décadas atrás, no acostumbraba a llamar ni a inmiscuirse en temas que no resultaran de importancia para el gobierno de la nación y de su imperio.

—La reina está preocupada —señaló lord Salisbury—. La prensa está utilizando estos desgraciados crímenes para desprestigiar al Gobierno y a la monarquía.

—¿Crímenes? —preguntó Matthews—. No tengo constancia de que haya aumentado su número.

—Eso no tiene relevancia, Henry —contestó lord Salisbury con un aspaviento—. Lo importante es el daño que titulares como este hacen a nuestras instituciones: «¿Está el East End fuera de control?».

El primer ministro dejó sobre la mesa el ejemplar del *Star* con una mezcla de hastío y repugnancia.

—Su majestad me ha preguntado qué está haciendo la policía y por qué no ha sido detenido el demente que ha hecho esta barbaridad. Le he dado mi palabra de que el culpable será llevado ante la justicia sin demora.

—Hablaré con el comisionado, primer ministro —repuso Matthews adoptando un tono solemne.

—Precisamente el comisionado Warren forma parte del problema —señaló lord Salisbury, pasándose la mano por la barba —. La prensa no le ha perdonado la forma en la que gestionó el año pasado los disturbios de Trafalgar Square. Llevan tiempo reclamando su cabeza, y estoy convencido de que utilizarán estos

crímenes para obligarnos a cesar al comisionado que usted nombró.

El ministro de Interior se mordió la lengua ante la velada e injusta acusación de lord Salisbury. Ciertamente, Matthews había sido quien nombrara comisionado al general Warren, reclamado para tal fin de tierras africanas, donde comandaba las tropas imperiales, pero simplemente porque correspondía a su ministerio hacerlo. El primer ministro no ignoraba que Matthews jamás había visto con buenos ojos tal nombramiento y que este había sido imposición de su majestad, la reina Victoria, que consideraba beneficioso para la policía, y los ciudadanos en general, un poco de mano dura por parte de un general del glorioso ejército británico.

Y ahora, para desentenderse de su parte de responsabilidad por no haber tratado de desengañar a la reina sobre la idoneidad de ese nombramiento, Salisbury lo señalaba a él como único responsable de haber entregado el mando de la policía metropolitana a un hombre incapaz de entender la diferencia entre un cuerpo de policía y un ejército en territorio hostil, tal y como había quedado reflejado el año anterior en lo que tristemente era conocido como Domingo Sangriento.

Las revueltas habían comenzado por el descontento de parte de la población, la menos afortunada, que exigía trabajo y pan. También se habían sumado los que reclamaban libertad para Irlanda y, en concreto, para uno de sus más importantes dirigentes, William
O'Brien.
La protesta había ido en aumento hasta el punto de que, el segundo domingo del noviembre anterior, unas diez mil personas se habían dado cita en Trafalgar Square para exigir soluciones al Gobierno.

El comisionado Warren había creído encontrarse en las tierras africanas al mando de sus tropas de la guarnición de Suakim contra enemigos extranjeros, y las consecuencias fueron terribles. Dio orden a los más de dos mil policías a pie y a los cuatrocientos soldados a caballo, acantonados para disolver la manifestación, de que cargaran con toda la fuerza posible. La estrategia había terminado con dos muertos y centenares de heridos, provocando más revueltas y la simpatía de aquellos británicos que no habían participado en las manifestaciones.

Y, por si a los londinenses les podía quedar alguna duda sobre a

quién achacar la responsabilidad de los graves incidentes, allí había estado la prensa para poner nombre y apellidos al culpable, aprovechando la grave torpeza del general para erosionar el gobierno de lord Salisbury.

—Tal vez no fuera mala idea dejar caer a Warren —sugirió el ministro de Interior—. Por desgracia, el general no parece en disposición de hacerse con el mando efectivo de la policía. Me temo que hay un ambiente de crispación entre los miembros de Scotland Yard. Aumentan el desánimo y el desconcierto. Precisamente en la noche de ayer, el jefe de detectives me presentó su renuncia irrevocable.

El ministro de Interior se refería a James Monro, hasta la víspera jefe del Departamento de Investigación Criminal, formado por detectives que vestían de paisano en el ejercicio de sus funciones. Monro y el comisionado Warren eran enemigos declarados. Hasta la fecha, Matthews, principal defensor de Monro, había logrado que la sangre no llegara al río, pero los últimos acontecimientos habían terminado con la paciencia de este, precipitando su dimisión.

El problema principal venía de lejos. El anterior comisionado, Henderson, había dejado la dirección del Departamento Central en manos de Monro, quien se había acostumbrado a depender directamente del Ministerio de Interior. Pero esta situación había cambiado totalmente con la llegada de Warren. El nuevo comisionado había tomado el control absoluto del Departamento, lo que no había sido del agrado de Monro, que pretendía seguir operando al margen de su autoridad.

Para infortunio de Matthews, que veía en Monro un capacitado mando, Warren se había negado a dejarse doblegar. El general era un fiel defensor de los uniformes y no le gustaba la existencia de policías de paisano. Su afán por controlar el Departamento Central y su intención de debilitarlo era lo que había terminado por forzar la dimisión de Monro.

—¿Cree usted que Warren no es el hombre apropiado para continuar al frente de la policía? —preguntó lord Salisbury frunciendo el ceño.

—Me temo que no, primer ministro. Sus hombres no creen en él. Es un hombre autoritario, con mentalidad militar. Un general a la vieja usanza partidario de la mano dura. No cree en los nuevos

métodos y se muestra reacio a cualquier sugerencia.

—¿Qué me dice de ese hombre que ha presentado su dimisión? —inquirió lord Salisbury.

—James Monro. Ya le hablé de él hace algún tiempo. Ha dirigido el Departamento de Investigación Criminal con notable acierto. Sus hombres lo aprecian. Un hombre volcado en su trabajo y muy respetado. Considero que es la persona idónea para ponerla al frente de Scotland Yard. Sin duda, una gran pérdida.

—En ese caso no lo deje marchar, Henry —apuntó el primer ministro—. Manténgalo a su lado. Búsquele un puesto. La reina sigue confiando en Warren, pero estoy con usted: el general no es la persona adecuada para dirigir la policía metropolitana.

Matthews asintió satisfecho. En realidad, ya se había adelantado a las palabras de Salisbury y había ofrecido a Monro un puesto de asesor en su ministerio. Esto lo mantendría al día sobre lo que sucedía en el Departamento y le permitiría tener cerca a Monro cuando el comisionado Warren volviera a meter la pata, algo que Matthews consideraba del todo inevitable.

—Bueno, Henry —añadió el primer ministro dando la audiencia por terminada—. Quiero que se le dé a este asunto la máxima prioridad. No podemos permitirnos más revueltas ni más titulares poniendo en entredicho la autoridad del Gobierno. Haga lo que sea necesario, pero quiero que el caso se cierre de inmediato.

—Hablaré con el comisionado Warren, primer ministro —repitió Matthews poniéndose en pie para marcharse—. Buenos días.

Los grandes titulares con que los principales periódicos británicos abrían sus ediciones sorprendieron a los londinenses. Si existía una metrópolis en la que no faltara la violencia cotidiana, esa era Londres. Allí se hacinaban millones de personas de todas las nacionalidades e idiomas, la inmensa mayoría con un denominador común: ser pobres. La muerte violenta no era nada extraño, y aún menos la de aquellas mujeres que vendían su cuerpo en cualquier callejón.

«El monstruo», como lo llamaba la prensa, caminaba con alegría. Tal era su euforia que no se había acostado aún. Había tomado varias gotas de cocaína y ahora se sentía estupendamente. Pletórico, poderoso y temible.

Mientras paseaba bajo un sol que se atrevía a asomar entre las

nubes, se le cruzaba, casi rozándole, gente insípida y vulgar. Aburridas hormigas que iban de un lugar para otro preocupadas por sus miserables vidas, sin comprender que él podría arrebatárselas en cualquier momento, como había hecho con aquella fulana unas horas antes.

No le gustaban las prostitutas. En realidad, no le gustaban las mujeres, aunque estaría más cerca de la verdad afirmar que no le gustaban las personas en general. Ni tan siquiera los animales a los que había atormentado y arrancado la vida durante su infancia. Pájaros, gatos, perros…, lo que fuera que tuviese la mala fortuna de caer en sus manos. Ver el dolor en los ojos de sus víctimas era el mayor placer que cabía imaginar.

Claro que ahora podían respirar tranquilos. Desde que segara la vida a una persona por primera vez, las bestias ya no tenían nada que temer. Había sido también una prostituta. La había acuchillado a conciencia.

Sentir como el alma abandonaba la carcasa entre lamentos porque aún no le había llegado su hora. Escuchar como su víctima imploraba una compasión que a él le era desconocida. Saborear las saladas lágrimas del martirizado cuando llegaba al paroxismo del dolor. La humillación a que se sometía, en la ingenua creencia de que mendigar la piedad de su torturador le permitiría seguir respirando un día más, unas horas más…

No. No le gustaban las prostitutas. Pero no era ese el motivo por el que las elegía. Ni siquiera por considerarlas indignas de vivir o inferiores al resto de los mortales. Si las mataba era por un motivo mucho más práctico: las putas eran invisibles. Nadie las echaba de menos. Nadie lloraba su muerte. Nadie buscaba venganza o justicia. Muchos, incluso, justificaban su muerte por considerarlas unas perdidas. La policía, si el cadáver aparecía, lo achacaba a un piadoso suicidio. No se preguntaba cómo una prostituta podría llegar a rebanarse la garganta con tanta fuerza que las vértebras mostraran rastros de la hoja.

No. Si la policía encontraba a una mujer de la calle con la cabeza colgando de los músculos de la espalda, no se extrañaba de que alrededor no hubiera un arma con el filo cubierto de sangre. Simplemente deducía que alguien se la habría llevado, habida cuenta de que su dueña ya no la iba a necesitar nunca más.

Scotland Yard estimaba que al menos mil doscientas mujeres ejercían la prostitución en Whitechapel. Un cálculo conservador, ya que no incluía a las que lo hacían de manera esporádica ni a los niños. Uno de cada dieciséis hogares funcionaba como burdel. Cualquiera podía follar con una de aquellas desgraciadas por el valor de un vaso de ginebra, una hogaza dura de pan o unas medias que no estuvieran demasiado gastadas.

La realidad es que había demasiadas putas en el East End como para que alguien se preocupara por la desaparición de un par de ellas. Por eso le había sorprendido ver a los mocosos vendedores de diarios lucir unos cartelones en los que se podía leer «Asesinato en Whitechapel» gritando a pleno pulmón:

—¡El *Star*! ¡Compre el *Star*! ¡Asesinato en Whitechapel! ¡Compre el *Star*!

Compró un ejemplar. El titular proclamaba: «Carnicería en Whitechapel. La policía, desconcertada». Sin dar crédito a sus ojos, leyó el artículo que acompañaba a los titulares.

> *Otra mujer encontrada mutilada en Whitechapel. Un policía descubre a una mujer tendida en el suelo con un corte en la garganta.*
>
> *Apenas el horror y la sensación causada por el descubrimiento de la mujer asesinada en Whitechapel recientemente habían tenido tiempo de atenuarse, otro descubrimiento, que por su brutalidad resulta aún más impactante, sacude el East End.*

—Caballero, ¿le gustaría comprar unas violetas?

Se volvió furioso hacia la vendedora que le plantaba el ramo de violetas debajo de la nariz. Era una mujer entrada en carnes, mal vestida y con un desagradable labio leporino que dejaba a la vista su espantosa dentadura.

Le repugnó de inmediato. Sin una sola palabra, le lanzó una mirada colérica, suficiente para que la mujer, a pesar de estar acostumbrada a todo tipo de desaires, reculara y se escabullera con gesto asustado.

«Otra puta», pensó. Mientras la mujer se alejaba, la siguió con la mirada. Se imaginaba cómo el cuchillo rebanaría aquel grasiento cuello y luego se hundiría en su nauseabunda tripa una, dos, diez veces, antes de rajar de abajo arriba la carne, desde su pútrida

cueva hasta donde quedaban los colgajos que tenía por pechos.

Tomo aire. No podía delatarse. Leer la importancia que la prensa daba a sus andanzas nocturnas lo había alterado y excitado. No debía permitir que aquella ramera y sus apestosas flores restasen ni un ápice de su entusiasmo. Había sido una magnífica noche. Y pronto habría otras aún más placenteras.

Más calmado, continuó su lectura:

> *El anterior asesinato, en el que la mujer recibió una treintena de puñaladas, debió de ser también obra de un maníaco, y la policía ya ha llegado a la conclusión de que hay un loco suelto en Whitechapel culpable de los últimos asesinatos, víctimas inocentes de su frenesí asesino.*

La prensa había relacionado este crimen con el anterior y quién sabe si con algún otro. Cerró el periódico y estudió pensativo el titular. No había contado con aquella posibilidad. ¿Sería cierto que la policía creía que el autor de los asesinatos era una única persona o era sencillamente una invención del rotativo para vender más ejemplares?

Abandonando el periódico en la tapia donde había estado leyendo, se alejó dándole vueltas al asunto. Debía reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Todo aquello le había pillado por sorpresa, y no le gustaban las sorpresas.

Mientras lord Salisbury despachaba con el ministro de Interior, en Victoria Embankment, donde se encontraba la sede central de Scotland Yard, el comisionado sir Charles Warren estaba reunido con el inspector jefe, Donald Swanson, y el superintendente de la División H de Whitechapel, Thomas Arnold.

Warren los había convocado de urgencia aquella mañana para informarse sobre los hechos sucedidos esa madrugada en las calles del East End, causantes del revuelo provocado en el barrio más pobre de la ciudad. Warren había leído la prensa y no se le escapaba que se encontraba en el ojo del huracán. Al igual que sus superiores, había digerido mal el titular que cuestionaba si el East End se encontraba realmente fuera de control.

No era este el único tema que quería tratar con ellos. La noche anterior, el secretario del ministro de Interior le había comunicado

la dimisión de su jefe del Departamento de Investigación Criminal, James Monro, y aunque Warren se había alegrado de perderlo de vista, el hecho de que la dimisión no se la hubiera presentado a él en persona lo había humillado.

Mientras asignaban el cargo a alguien, debería colocar un jefe interino que dirigiera el Departamento Central y, por antigüedad y experiencia, el elegido había sido el inspector jefe Donald Swanson, al que Warren había comunicado la noticia aquella misma mañana, instantes antes de que llegara el superintendente Arnold.

En ese momento, uno en calidad de jefe interino del Departamento Central y el otro como jefe de la División donde se había cometido el crimen, lo estaban informando de lo que se sabía, que no era mucho.

—A la mujer la han encontrado muerta a las cuatro menos cuarto de la madrugada en Buck Street, cerca del Hospital de Londres —exponía el superintendente—. El agente asignado en aquella zona ha descubierto el bulto mientras hacía su ronda. Se ha llamado a un médico sin demora, pero este tan solo ha podido certificar la muerte. Al parecer el cadáver mantenía cierto calor corporal, lo que indica que la muerte había sido reciente. El doctor ha mandado llevarse el cuerpo, y esta tarde realizará la autopsia.

—¿Nada más? —preguntó exigente el comisionado.

—Aún no, comisionado —respondió con tranquilidad el superintendente—. Se ha interrogado a los vecinos, por si hubieran escuchado o visto algo raro durante la noche, pero según parece nadie ha oído nada.

—Aunque hubiesen visto al asesino cortarle el cuello a esa mujer, nadie diría nada —apuntó Warren con desdén.

—Así es, comisionado —asintió el superintendente Arnold—. En Whitechapel la gente no siente mucho aprecio por la policía y no se muestra demasiado colaboradora.

—¿Su departamento dispone de alguna otra información? —preguntó Warren dirigiéndose al inspector jefe.

Swanson, que siempre se había mantenido en un discreto segundo plano al lado de Monro, al que apreciaba y del que lamentaba su marcha, se puso rojo al contestar:

—Nada por el momento, comisionado.

—Muy bien, señores —dijo Warren extendiendo un plano sobre

la mesa de su despacho en el que empezó a señalar emplazamientos con el dedo índice, como si de una campaña militar se tratara—. En los últimos meses ha habido al menos tres asesinatos en esta zona.

Los lugares señalados correspondían a los puntos donde habían aparecido los cadáveres de las mujeres, en la parte este de Londres.

—¿Existe algún indicio que nos lleve a pensar que los crímenes hayan sido cometidos por una misma persona?

—No, comisionado —repuso el superintendente, ante el silencio del jefe interino de detectives—. Nada apunta a que se trate del mismo criminal.

—La prensa no opina igual —rebatió Warren.

—Como usted bien sabe, comisionado, la prensa busca el lado más morboso de la noticia. Un asesino que mata a varias personas vende más que tres asesinatos diferentes.

—En el primero de ellos —apuntó Swanson tratando de demostrar que estaba al tanto de la situación—, el de una mujer llamada Emma Smith, los agresores fueron tres personas, una de ellas un muchacho.

—Así es —confirmó el superintendente Arnold—. Sin embargo, el segundo crimen es probable que lo cometiera un soldado con el que la víctima se había marchado para ejercer la prostitución.

—Entre la soldadesca hay mucho canalla —concedió Warren envarado, levantando un dedo—. Sé de lo que hablo. Aunque no creo que un soldado mate a una mujer.

—Entiendo, comisionado —insistió Arnold, al que la obsesión de su superior por todo lo relacionado con el ejército le molestaba—. Pero en principio es la única pista de que disponemos. La mujer, junto con una compañera, entabló conversación con dos soldados y posteriormente cada una se fue con uno de ellos. El que se marchó con la mujer asesinada fue quien la vio por última vez antes de que unos vecinos encontraran el cuerpo en unas escaleras.

—Unas vulgares prostitutas —señaló el comisionado—. De acuerdo. Dígame, superintendente, ¿pueden ocuparse ustedes del caso o necesitan la ayuda del Departamento Central?

—A pesar de que un poco de ayuda nunca viene mal, no veo necesario molestar al Departamento con esto. Encontraremos al asesino, comisionado —contestó Arnold.

—De acuerdo —dijo sir Charles Warren poniendo ambas manos

firmemente sobre el plano de la ciudad como si esta le perteneciera —. Por ahora continuarán sus hombres al frente del caso. Sea implacable. No podemos permitir que la gente piense que el East End está fuera de control como insinúan estos libelos, o se nos echarán encima. Esos barrios están llenos de bandas callejeras, agitadores, extranjeros y prostitutas. Chusma que no dudará en utilizar cuanto les sea posible para alterar el orden y traer la anarquía, y créanme cuando les digo que no será mientras yo esté al cargo que esa gentuza pueda llegar a pensar siquiera en derribar el orden establecido. Eso es todo.

Cada vez más perplejo, el asesino removía con la cucharilla su taza de té abstraído en el tintineo que producía el metal al chocar contra la loza. Llevaba un buen rato haciendo lo mismo, y en una mesa cercana un hombre de frondoso mostacho y lentes redondas había dejado su periódico para mirar a quien perturbaba su paz.

El motivo de la sorpresa era de nuevo la insospechada importancia que estaban adquiriendo sus andanzas nocturnas. Y no era únicamente la prensa la que mostraba un morboso interés por los asesinatos y teorizaba sobre quién podría haber sido el culpable de lo que calificaban con epítetos como salvaje, brutal, horroroso, inhumano y otros del mismo calibre.

No, no solo era la prensa y su ansia de expandir ese morbo entre los londinenses, con el ánimo de multiplicar la tirada de sus diarios. También, y esto resultaba aún más chocante, el Gobierno mostraba inquietud por los hechos y había ordenado al jefe de policía que se tomara el caso con la mayor seriedad y encontrara al asesino.

El asunto no dejaba de tener su gracia, se decía aquel hombre. La mujer a la que había arrebatado la vida recientemente, una vida vacía con un pasado yermo y un futuro aún más desolador, jamás, ni en sus mejores sueños, habría podido llegar a imaginar que el primer ministro llegara a conocer de su patética existencia.

Sin embargo, así era. Por inconcebible que resultara, la máxima autoridad del país más rico e influyente del mundo, del imperio que reinaba en mares y costas lejanas, sabía quién era esa Polly Nichols que aparecía en los diarios y que estaba en boca de todos los londinenses.

Todo aquello era un ejercicio de hipocresía, pensaba el asesino. Daba igual que murieran prostitutas todas las semanas. A nadie le

importaba realmente que hubiera asesinatos impunes, salvo, claro está, cuando la víctima era un hombre de bien, un aristócrata, un miembro del *establishment*. No obstante, hoy Londres entero estaba horrorizado porque alguien le había cortado el cuello a una puta. Y ese horror podía devenir en pánico o en indignación, según fuera el deseo de quienes propagaban la noticia. Y esa indignación o pánico podían degenerar en altercados o en revueltas.

Era esto lo que asustaba al Gobierno y por lo que había tomado cartas en el asunto el primer ministro. Sobre sus dirigentes aún sobrevolaba el fantasma de lo sucedido un año atrás en las revueltas de Trafalgar Square y las repercusiones que habían tenido. A duras penas habían podido solventar el levantamiento que por poco se extiende después de la brutal represión de la policía.

Ante el temor de que se volvieran a repetir aquellos hechos, era lógico que lord Salisbury hubiera presionado para que Scotland Yard se tomara el caso con la mayor seriedad. Al parecer, el comisionado tenía previsto enviar a Whitechapel a varios detectives del prestigioso Departamento de Investigación Criminal y reforzar sus comisarías con un gran número de agentes y sargentos.

Este hecho tenía dos consecuencias a los ojos del asesino, una buena y una mala. La mala, por supuesto, que el riesgo de ser atrapado aumentaba y la dificultad para moverse por el barrio en busca de una nueva desgraciada también.

Por otro lado, ¿cómo no disfrutar con aquel emocionante reto? Demostrar a la policía que era más inteligente que ellos. Que podía pasar por delante de sus ojos, matar y desaparecer sin que llegaran a verlo. Aquello resultaba demasiado estimulante como para rechazarlo y abandonar la caza.

Además, estaba el embriagador poder que aquello le otorgaba. ¡Sin pretenderlo tenía en sus manos la llave para desestabilizar las honorables instituciones británicas! El miedo y la indignación popular acarrearían enfrentamientos y revueltas. Ese fuego, bien alimentado, podría hacer tambalear al Gobierno, ¡quién sabía si incluso a la monarquía! Y no había que olvidar que la reina, además de monarca del Reino Unido, era la cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra.

Sin dejar de dar vueltas con la cucharilla al té ya frío, le costaba disimular una sonrisa de excitación. Su travieso pasatiempo se

había convertido en una apasionante partida de ajedrez en la que conseguir hacer jaque a la reina y llevarse por delante la monarquía, el Gobierno e incluso la Iglesia de Inglaterra. ¿Cómo podría un hombre como él resistirse a tal desafío?

Si el comisionado Warren había pensado que con su arenga a sus subordinados la preocupación por lo sucedido en Whitechapel aquella madrugada había terminado, no tardó mucho en comprobar que se hallaba en un error.

Poco después de despedir de su despacho al jefe de detectives Swanson y al superintendente Arnold, el secretario personal del ministro de Interior le transmitía la orden de presentarse en su despacho a la mayor brevedad.

La relación entre ambos hombres nunca había sido fluida, pero en estos momentos tocaba fondo. Dos semanas atrás habían mantenido una de aquellas reuniones ordinarias que acostumbraba a convocar el ministro para informarse de cuanto fuera de interés en el transcurrir de la vida en la capital británica. El comisionado Warren sospechaba que, en realidad, la intención del ministro era dejar claro quién era el que mandaba. La conversación había derivado en un cruce de reproches que acabó con la amenaza por parte del comisionado de presentar su dimisión. Ambos sabían que Matthews no podría aceptarla, por mucho que así lo deseara. No al menos mientras la reina, su gran valedora, mantuviera su confianza en él.

La agria disputa había ensanchado aún más el abismo que los separaba. Sus posturas eran irreconciliables. El ministro era conservador y católico, mientras que sir Charles Warren era liberal y devoto anglicano, y no compartían ninguna opinión.

Para el comisionado resultaba molesto encontrar un católico en el Gobierno británico. Durante mucho tiempo, los católicos no habían podido sentarse en el Parlamento, y Warren estaba convencido de que el intento por abrir el ejercicio de la política a los papistas degeneraría en un intento de manipulación desde Roma. Esta concesión de la reina era para muchos ingleses una humillación, cuando no una traición. Especialmente para Warren, que no aceptaba tener que rendir cuentas a un papista como Matthews.

Y ahora, muy a su pesar, el comisionado había tenido que acudir

a Whitehall, donde una secretaria lo había hecho esperar casi una hora hasta ser recibido por el ministro. Warren había necesitado de todo su autocontrol para no marcharse y dejarlo plantado.

Por fin el ministro había tenido a bien recibirlo. Sir Charles Warren, hecho una furia, acompañó al secretario hasta el despacho de Matthews, que no mostró el menor interés en disculparse por la larga y descortés espera.

—Buenos días, comisionado —empezó Matthews sin más preámbulos—. Le imagino al tanto de lo ocurrido esta madrugada y del eco que ha suscitado en la prensa matutina.

—Ciertamente, señor ministro —respondió Warren de pie frente al escritorio donde Matthews tenía desplegados varios diarios con diversas variantes alarmistas de los mismos titulares.

—«¿Está el East End fuera de control?» —leyó el ministro, mostrándole el diario—. Eso mismo es lo que se pregunta el Gobierno, comisionado.

—Sin ningún género de duda, señor ministro —contestó con seguridad Warren—. Lo sucedido esta madrugada ha sido lamentable, desde luego, pero nada sugiere que la policía metropolitana no sea capaz de controlar la situación. Precisamente, hace dos horas me he reunido con el nuevo jefe del Departamento de Investigación Criminal, que he nombrado interinamente, y con el superintendente de la División de Whitechapel. Ambos están convencidos de que este desgraciado suceso ha sido algo puntual y en ningún caso cometido por las mismas personas que en los últimos meses han asesinado a otras dos mujeres.

—No opina igual la prensa —replicó Matthews haciendo suyas las palabras de lord Salisbury.

—La prensa, señor ministro, carece de la información que manejan mis hombres. Está más interesada en hacer crecer sus ventas que en ofrecer una información veraz.

—En cualquier caso, están arruinando la reputación de la policía metropolitana —repuso enfadado el ministro—. Le recuerdo que nos ha costado mucho tiempo y esfuerzo que los ciudadanos vieran en los agentes de policía a sus protectores. ¡Y ahora estos crímenes nos están convirtiendo en el hazmerreír!

—Londres, y especialmente el East End, ha crecido de manera descontrolada en los últimos años, señor ministro —se defendió

Warren, irritado—. Más de lo que lo ha hecho su policía. El número de agentes es claramente insuficiente. El Londres de hoy, con sus cinco millones y medio de habitantes, tiene menos de nueve mil policías para protegerlo, mientras que hace cuatro décadas, con la mitad de habitantes, la fuerza disponible era de casi seis mil agentes. Esto no podemos obviarlo, y es algo de lo que he informado reiteradamente a este ministerio sin que se hayan atendido mis peticiones.

—¡No trate de evadir sus responsabilidades! —repuso Matthews dando una palmada sobre uno de los diarios que reposaban sobre el escritorio—. Es función de este ministerio considerar el número de agentes que son necesarios para garantizar el orden en las calles, y la suya que estos agentes lleven a cabo su cometido de la manera más diligente. Sus hombres, comisionado, se muestran apáticos y desorientados. Faltos de motivación, desmoralizados.

—La mayoría son unos inútiles. El cuerpo está repleto de borrachos e indisciplinados.

Matthews ignoró el comentario; tomó una hoja que tenía en el escritorio y leyó en voz alta:

—«La mayoría de los policías lamentamos lo que tuvimos que hacer. La gente que nos trataba con amabilidad y respeto ahora lo hace con burla y desprecio…».

—¡Eso es un vergonzoso libelo, anónimo, por supuesto, redactado por un grupo de agentes holgazanes y problemáticos que deberían ser expulsados del cuerpo!

—Convertirlos en buenos policías es la misión que se le asignó, comisionado —acusó el ministro agriamente—. Su talante autoritario los desanima a ellos y enfurece a los ciudadanos. Esto no es el ejército. Usted ahora no es un general, es un comisionado de policía.

Sir Charles Warren estaba lívido. Nadie, jamás en toda su vida, se había atrevido a hablarle así.

—¡Sé muy bien dónde estoy y cuál es mi responsabilidad!

—Permítame que lo dude… Dígame, comisionado. ¿Sabe por qué el señor Peel escogió el color azul para el uniforme de los policías?

El ministro de Interior se refería a Robert Peel, padre de la policía metropolitana. Warren conocía perfectamente quién había

sido Peel y los motivos que lo habían llevado a no vestir de rojo a los policías, pero no dijo nada.

—Para diferenciarlos de los soldados —contestó Matthews a su propia pregunta—. No quería que los ciudadanos vieran en ellos a sus enemigos. ¿Se da cuenta? Quería evitar que confundieran a la policía con el ejército.

El ministro recogió varios diarios de encima de la mesa y, tras echarles un vistazo, los fue empujando hacia el otro lado de la mesa, el que ocupaba el comisionado.

—Mire, el *Star* de hoy: «Sir Charles debe irse». En el *Pall Mall Gazette* se alaba su abnegada labor en África y se ruega al Gobierno que lo devuelvan allí. El *Daily News* dedica toda una página a mostrar las desavenencias que mantiene usted con sus hombres a causa de su deformación militar.

—Permítame recordarle, señor ministro, que desde que fui nombrado comisionado el número de arrestos de delincuentes se ha duplicado.

—Le contestaré con las palabras del señor Peel: «La efectividad de la policía no se mide por el número de arrestos, sino por la ausencia de crimen». Y lo que ha sucedido hoy es precisamente un crimen. ¡Y de la peor especie!

Ambos hombres se quedaron en silencio midiéndose con la mirada. Sir Charles Warren tenía fama de intimidar, pero enfrente se erguía un hombre muy inteligente, difícil de doblegar.

—Me siento cuestionado —dijo finalmente Warren con voz ronca—. Creo que la única salida sería presentar mi dimisión. No puedo aceptar que mi autoridad sea cuestionada por quien carece de experiencia.

—La autoridad se debe basar en la confianza y la responsabilidad, comisionado —explicó Matthews, haciendo un esfuerzo por no enojarse todavía más—. No le he hecho venir para reclamar su dimisión, sino para concretar las medidas que va a tomar la policía en la resolución de este caso.

—El superintendente Arnold, como máximo responsable de la División H de Whitechapel, está al mando —explicó Warren—. Le he dado instrucciones para que destine sus mejores hombres al caso.

—No es suficiente —cortó el ministro con tono autoritario—. Debe intervenir el Departamento de Investigación Criminal.

—Disculpe, señor ministro, pero lo veo innecesario. El superinten…

—No es una sugerencia, comisionado. Quiero que destaque en la zona a los mejores detectives del departamento y que lo haga de inmediato.

—¿Se me permite preguntar el motivo, señor?

Matthews se echó hacia atrás en su butaca, calibrando la respuesta.

—Estamos en el punto de mira de todo el Reino Unido —dijo tras una pausa—. La prensa, los ciudadanos, no solo aquí en Gran Bretaña, sino en el mundo entero, están pendientes de ver cómo solventamos esta crisis. Tal vez se trate de una simple prostituta, pero existe un descontento social que no podemos obviar. Debemos ofrecer una imagen de que el Gobierno y la policía se toman en serio la seguridad de sus ciudadanos.

—Si la gente se entera de que el Departamento Central interviene —repuso Warren sin dar su brazo a torcer—, pensará que, efectivamente, el East End se nos ha ido de las manos y será contraproducente. El mensaje que enviaremos será que la policía de Whitechapel es incapaz de resolver sus problemas.

—Conozco su aversión hacia los detectives de paisano, comisionado. Aprovecho la ocasión para informarle de que sir Robert Anderson reemplazará a Monro al frente del Departamento de Investigación Criminal. Como sabe, este se encuentra indispuesto y tardará algún tiempo en ocupar su cargo. Entiendo que, entretanto, ha nombrado un jefe interino.

—He puesto al cargo al inspector jefe Donald Swanson —contestó sir Charles Warren, al que Robert Anderson, amigo íntimo del dimitido Monro, no le gustaba nada.

—¿Swanson? Creo que no lo conozco. En cualquier caso, no importa, no ocupará el cargo mucho tiempo. Escoja usted personalmente a los detectives que van a reforzar la División de Whitechapel. Serán necesarios más agentes. Disponga la fuerza, comisionado.

—Sigo manteniendo mis reservas sobre la idoneidad de tal decisión.

—La prensa y los agitadores van a usar estos crímenes para menoscabar la labor del Gobierno, de la monarquía y de la propia

policía. Quiero que ponga la máxima diligencia en cerrar este caso y lo quiero de inmediato. No podemos permitirnos más revueltas como las que usted reprimió torpemente el año pasado.

Ante la falta de respuesta por parte del comisionado, que se había puesto rojo, Matthews añadió como colofón:

—Destine los recursos necesarios y ponga fin a este desastre. El Gobierno no quiere volver a escuchar nada de que el East End se encuentra fuera de control. Puede retirarse.

Capítulo 4

«Carnicería en Whitechapel. La policía desconcertada»
The Star

Sábado, 1 de septiembre de 1888. Islington, Londres

—¡Señor, señor!

Sumergido aún en el sueño, el inspector Frederick George Abberline escuchaba el cuchicheo como si le llegara de muy lejos. Lo había acoplado a la escena que estaba soñando: era una tarde soleada e iba paseando con Martha, su primera esposa, por el canal de Angel, en el distrito donde ahora residía. Unos cisnes nadaban apaciblemente por sus aguas y el inspector observaba su reflejo en la superficie espejada mientras Martha lo miraba con ojos perdidos.

—Señor Abberline, lo llaman por el aparato.

—¡Frederick! —dijo Emma, su actual esposa, sacudiéndolo suavemente por el hombro—. Despierta. Penny dice que te están llamando por el teléfono.

De pronto el sueño se rompió y, abriendo los ojos de golpe, el inspector se incorporó en la cama como movido por un resorte. Lo estaban llamando por lo que Penny, la criada, llamaba «el aparato», un teléfono que Frederick había hecho instalar en su casa hacía unos meses. Que él recordara, era la segunda vez que sonaba.

Echando la ropa de cama a un lado, el inspector se puso en pie, se calzó las pantuflas y una bata a la que ajustó velozmente el cinturón y abrió la puerta del dormitorio bruscamente, asustando a Penny, que aún permanecía al otro lado.

—El aparato, señor —repetía la pobre mujer, alarmada—. Ha estado sonando el timbre. No sabía si debía despertarlo y lo he cogido. He preguntado «¿diga?», como me ha contado mi prima que se debe decir, y alguien preguntaba por el inspector Abberline.

La criada iba hablando mientras seguía al inspector por el pasillo hacia el saloncito donde estaba el teléfono. Sin hacer caso a la cháchara de la mujer, Abberline se atusó el poco cabello ralo que

aún le era fiel y que dejaba crecer para peinarlo de un lado a otro del prácticamente desnudo cráneo, como si el requirente fuera capaz de verlo a través del tubo negro del auricular.

—Inspector Abberline al teléfono —dijo, mientras ponía orden en sus pobladas patillas unidas al bigote—. ¿Con quién hablo?

—¿Inspector Abberline? Lo llamo del Yard —contestó una voz que llegaba con mucho ruido y escaso volumen—. El inspector jefe Swanson requiere su presencia con la mayor celeridad.

—¿El inspector jefe Swanson? —preguntó extrañado Abberline, enarcando las cejas.

—Exacto, señor. Debe presentarse en el Yard de inmediato.

La comunicación se cortó sin dar tiempo a Abberline a preguntar nada, ni siquiera a despedirse. Pensativo, dejó el tubo en la horquilla.

—¿Qué sucede, Frederick? —dijo inquieta Emma, que durante la conversación se había acercado en silencio. Por detrás de ella, en pie, firme como se está cuando llegan malas noticias, aguardaba Penny restregándose inquieta las manos.

—Era el Yard —contestó Abberline mirando un cuadro de la pared sin verlo—. Me han dicho que debo presentarme de inmediato. El inspector jefe Swanson quiere verme cuanto antes.

—¿Donald? —se extrañó Emma—. ¿Es que ha sucedido algo?

—No lo sé —respondió Abberline poniéndose en pie—. Debo vestirme. Cogeré un coche.

—Penny, prepara un té para el señor —ordenó Emma tomando el control de la situación.

—No hay tiempo —apuntó el inspector—. Salgo de inmediato.

—¿Quieres que avise para que envíen un coche? —preguntó solícita Emma. Estaba inquieta. Conocía al inspector Donald Swanson y a su esposa. No es que ambos matrimonios fueran amigos, pero tenían una buena relación. Que no fuera el propio Swanson quien hubiese llamado resultaba extraño.

—Sí, gracias, Emma —contestó Abberline desde el otro lado de la puerta del baño, donde estaba haciendo las abluciones matinales —. Será lo mejor. A estas horas me costará encontrar uno libre en la calle.

Emma dio instrucciones a Penny y esta salió a la calle a buscar a alguno de los pilluelos que holgazaneaban por allí para que, a

cambio de un penique, corriera a buscar un coche para su marido.

Minutos después, bien trajeado, con una camisa de duro cuello almidonado y blanco impoluto, y corbata ajustada, el inspector aguardaba la llegada del coche en el zaguán de su casa sin atreverse a bajar hasta la acera.

Como los últimos días, aquella noche había llovido. La calzada estaba llena de agua con barro, hollín de las chimeneas y estiércol sin recoger de las cabalgaduras. La asquerosa mezcla era amasada por las ruedas de carros, carretas, coches y ómnibuses, y extendida entre los adoquines. Un carruaje que circulara rápido y pisara uno de aquellos charcos podía arruinar el traje de un transeúnte despistado que caminara peligrosamente cerca.

Por fin apareció un coche de punto. En el pescante, cubierto con un sombrero y la amplia capa, el cochero, látigo en una mano y riendas en la otra, tiró de estas para que los caballos se detuvieran junto al bordillo.

—¡Al Yard! —ordenó el inspector, bajando deprisa las escaleras no bien el coche se hubo detenido frente al portal—. ¡Y sin perder un instante!

Abberline abrió la portezuela, subió al interior y, tras cerrar apresuradamente, dio unos golpes en el techo para que el cochero supiera que ya estaba instalado y debían de partir raudos.

El coche de punto era un viejo carruaje de los que las familias poderosas se desprendían cuando adquirían uno nuevo. Como todos aquellos que recorrían las calles londinenses, había conocido tiempos mejores y, con la madera hinchada, las ballestas chirriantes y el latón enmohecido, ofrecía un servicio público a los habitantes de la capital. Su interior húmedo, maloliente y decididamente nada cómodo al menos estaba cerrado. Con el día desapacible que hacía, aquello suponía una ventaja frente a los cabriolés descubiertos.

Sin embargo, el inspector no sintió el bamboleo, ni los olores, ni la humedad, enfrascado como estaba en sus pensamientos. Al igual que a su querida Emma, le había extrañado que no fuera el propio Swanson el que le hubiera llamado. Y, por otra parte, a pesar de encontrarse Swanson en el escalafón por encima de Abberline, no era habitual que diera aquel tipo de órdenes.

«Así que van a ser verdad los rumores», concluyó Abberline dando vueltas distraídamente al sombrero entre las manos. El día

anterior había tenido que presentarse en el Yard para terminar el papeleo sobre su último caso. En la sede central de la policía metropolitana había un notable movimiento y cierto nerviosismo. Por los pasillos se murmuraba que, finalmente, Monro, el jefe del Departamento de Investigación Criminal Central al que pertenecía Abberline, se había rendido en su batalla particular contra el comisionado Warren y había presentado su dimisión.

De ser esto cierto, Abberline lo lamentaría de veras. Monro había demostrado ser un jefe capacitado y respetuoso con sus hombres, al contrario que sir Charles Warren. El comisionado, además, no parecía sentir demasiada simpatía por el Departamento de Detectives. Para él, los policías debían vestir de impecable uniforme que permitiera al ciudadano reconocerlos de inmediato. Los agentes de paisano, los disfraces, las vigilancias a escondidas y otros ardides que usaba el departamento no eran de su agrado y no perdía ocasión para demostrarlo.

Abberline solo llevaba un año en el Departamento Central de Scotland Yard. Antes de eso había trabajado en el Departamento Local de Whitechapel, el barrio más peligroso del ya de por sí peligroso East End, que conocía bien.

El ahora inspector había comenzado su andadura en la policía metropolitana hacía ya veinticinco años, tres días antes de cumplir la veintena, y había sido destinado a la División N, en Islington, precisamente al barrio donde varios años después iría a vivir.

Las condiciones para poder entrar en la policía metropolitana eran duras: medir más de un metro setenta, tener menos de treinta y cinco años, poseer buena salud, además de estar dispuesto a trabajar seis días a la semana, doce horas al día. Estaba severamente castigado beber encontrándose de servicio y solo se podía entrar en un *pub* si era durante la persecución de un delincuente. Si uno quería casarse, la futura esposa, a la que no se le permitiría trabajar, debía recibir el visto bueno del cuerpo. Y todo esto por una libra semanal.

Antes de convertirse en *bobby*, Frederick Abberline había trabajado de relojero. Quizás un trabajo que requería tanta paciencia y detalle le había preparado para ejercer como policía, ya que solamente dos años después de ingresar en el cuerpo había sido promocionado a sargento, siendo reconocido por sus jefes como un

hombre sereno, discreto, comedido, disciplinado y cumplidor, buen conocedor del crimen en la zona en la que se desempeñaba.

Su dedicación y discreción le habían servido para entrar en la selecta Rama Especial, el departamento que se encargaba de vigilar a la Hermandad Republicana Irlandesa, una organización secreta dedicada a luchar contra la ocupación británica y a movilizar a los irlandeses con el objetivo de lograr la independencia, cuyos miembros eran los temidos fenianos, terroristas a los que les gustaba colocar bombas. Sin embargo, no era aquel el trabajo que más le gustaba y volvió a vigilar las calles, para ser de nuevo ascendido a inspector en la División H, Whitechapel. Su carrera laboral iba viento en popa. No así la personal, pues se había casado con Martha Mackness, pero había enviudado apenas unos meses más tarde en circunstancias desgraciadas.

Tras su segundo matrimonio con Emma Beament, con la que seguía felizmente casado, le había llegado la oportunidad que buscaba: el ingreso en el Departamento de Detectives, primero en la División de Whitechapel y más tarde en el prestigioso Departamento de Investigación Criminal central, donde trabajaban los mejores detectives con las más modernas técnicas de investigación, por las que eran reconocidos en el mundo entero.

Eso había sido el año anterior, siete meses antes. Siete meses de trabajo apasionante con retos de considerable dificultad para poder presentar ante el juez a los criminales que enturbiaban la paz de las calles londinenses.

—Estamos llegando, señor —anunció el cochero desde el pescante.

Abberline emergió de sus pensamientos y se preparó para pagar el importe de la carrera. Depositó las monedas en la mano enguantada del cochero y saltó con destreza a la acera guardándose de pisar ningún charco. Se encontraba frente al edificio principal de la policía metropolitana, el conocido popularmente como Scotland Yard.

Aquel no era el edificio original del que la policía había adoptado su nombre popular. En su origen, la sede había estado situada en el número cuatro de Whitehall Place. El edificio, que no había tardado en quedarse demasiado pequeño para albergar al cuerpo de policía, tenía un patio en la parte de atrás conocido como

«el patio escocés» porque se suponía que allí se había encontrado antiguamente la residencia de los reyes de Escocia. Y precisamente ese insignificante patio había terminado por dar el nombre que ya todos asociaban a la policía metropolitana: Scotland Yard.

—Buenos días, inspector Abberline —saludó un canoso sargento sentado tras un mostrador—. El inspector jefe Swanson ha dejado ordenado que se persone en su despacho en cuanto llegue, señor.

Abberline, expectante por tanta premura, subió a la segunda planta, donde se encontraba el despacho del inspector jefe. Para su sorpresa, el despacho se hallaba desierto.

—Si busca al inspector jefe Swanson, se ha trasladado a la tercera planta —le explicó otro sargento haciendo un significativo gesto con las cejas hacia el techo.

A Abberline ya no le quedaron más dudas. Swanson ocupaba el despacho que hasta el día anterior había pertenecido a Monro. Eso solo podía significar que este finalmente había dimitido o había sido cesado.

Ante la puerta del despacho, y a pesar de la confianza que tenía con Swanson, Abberline se arregló la corbata y se reajustó la chaqueta del traje. Tras comprobar que todo estaba bien y que los ralos cabellos quedaban pegados al cráneo, el inspector dio unos golpes con los nudillos en la puerta, a la que habían quitado la placa donde hasta el día anterior se leía: ASISTENTE DE COMISIONADO JAMES MONRO.

Abberline obedeció la orden y traspasó la puerta, que cerró a sus espaldas. El inspector jefe Swanson estaba al teléfono. Ante sí, sobre el escritorio, tenía una montaña de papeles. Con la mano que no sujetaba el auricular, señaló la silla al otro lado de la mesa para que Abberline tomara asiento. Este aguardó en silencio a que Swanson terminara la conversación. Al entrar se había llevado una desagradable sorpresa al observar el rostro de su superior. En las últimas horas parecía haber envejecido diez años. Sin duda los recientes acontecimientos eran culpables de tal deterioro.

—Buenos días, Frederick —saludó el inspector jefe, colgando el auricular en la horquilla. Preguntó y se aflojó un poco la corbata—. Le agradezco que haya venido tan pronto.

—Buenos días, inspector jefe —dijo cortésmente Abberline.

Desde hacía años llamaba a Swanson por su nombre de pila,

pero, dadas las circunstancias, no se le hubiera pasado por la cabeza llamarlo Donald, algo que al parecer el inspector jefe agradeció.

—Imagino que le habrá sorprendido todo esto —dijo Swanson, abarcando con los brazos el despacho en el que ahora estaba instalado, sin duda mucho más grande y mejor amueblado que el que tenía hasta el día anterior—. Como sabrá, Monro presentó ayer su dimisión.

Abberline guardó silencio.

—El comisionado Warren espera que el Ministerio de Interior nombre un nuevo jefe para el departamento —continuó Swanson pasándose la mano por el cabello—. Entretanto me ha puesto a mí al frente.

—Enhorabuena —se limitó a decir Abberline, precavido.

—Gracias. Desde luego será algo interino —contestó Swanson, que continuó con un tono de voz más bajo—. La dimisión no ha debido de resultar del agrado de Matthews. El ministro no quiere que Warren se haga demasiado poderoso, así que a buen seguro nombrará a alguien de su confianza para que ocupe este despacho. He oído decir que podría tratarse de Anderson.

El tono de confidencia empleado por Swanson reflejaba su nerviosismo. Era un buen policía, de los que le gustaban a Abberline. Dedicado, discreto e inteligente. Tenía todos los atributos para ser un magnífico inspector. Pero no era un político ni un gestor. A buen seguro, no debía de sentirse a gusto en aquel sillón.

—Tal vez ese nombramiento tampoco guste al comisionado —se atrevió a apuntar Abberline discretamente.

Estaba claro que escoger a Anderson sería un duro golpe para Warren. Anderson era amigo personal de Monro y gozaba también de la confianza del ministro Matthews. Al comisionado le había costado mucho esfuerzo desembarazarse de Monro y la llegada de Anderson echaría por tierra esos esfuerzos.

—Sin duda —asintió Swanson reflexivo—. De cualquier modo, extrañaré a Monro. Era un gran hombre.

Abberline no podía estar más de acuerdo. El ya dimitido asistente de comisionado había sido un buen jefe, celoso guardián del honor de sus hombres, a los que defendía a capa y espada frente a las veleidades de los políticos y a la despectiva intromisión del

comisionado Warren. Exigente, como debía ser un buen jefe, había liderado los más complicados casos a los que se había tenido que enfrentar el Departamento Central y, gracias a una dedicación exhaustiva y una cuidadosa labor, habían podido presentar ante la justicia a un considerable número de criminales. Buena parte de estos éxitos se debían a la eficaz gestión de Monro al frente del departamento desde los tiempos del anterior comisionado. En Scotland Yard todos reconocían su excelente labor y su capacidad de mando. Todos salvo Warren, por supuesto.

—Bueno, Frederick —dijo el inspector jefe dando carpetazo a los asuntos internos del departamento—. Quisiera que me pusiese al tanto de su último caso y de qué modo ha quedado cerrado. Sé que lo llevaba en el más absoluto secreto, pero debo conocer el asunto y el desenlace.

—Por supuesto, señor —contestó Abberline estirándose de la pernera del pantalón para igualar la raya—. Como sabrá, el caso me fue confiado por el propio comisionado Warren. Las órdenes eran que solo debía rendirle cuentas a él en persona hasta que concluyera el caso, tras lo cual informaría al asistente señor Monro.

—Lo comprendo.

—A finales de mayo, se produjo un robo en la mansión londinense del parlamentario lord Middleton. El parlamentario reside en su domicilio de Mayfair junto a su mujer y su hermano, el señor Killian Middleton, además del servicio. El matrimonio no tiene hijos.

El inspector Swanson asentía escuchando con atención.

—Sobre las ocho de la noche del día 27 de mayo —continuó Abberline—, cuando el matrimonio se encontraba en el teatro y el hermano del parlamentario acudía a una fiesta, alguien entró en la mansión, maniató al servicio y llevó a cabo el robo.

Abberline hizo una pausa para comprobar que el inspector jefe no tenía ninguna pregunta. Pese a lo poco pormenorizado de su exposición y viendo que este guardaba silencio, prosiguió.

—El ladrón se hizo con nueve mil libras. Una considerable cantidad, desde luego —dijo Abberline al ver como el inspector jefe enarcaba las cejas.

—No había oído nada sobre ese robo —apuntó Swanson.

—Lord Middleton no quería que nada de esto trascendiera.

Según parece, temía que fuera utilizado por sus rivales políticos para atacarlo, de modo que se dirigió personalmente al comisionado Warren. El comisionado entendió que yo podría llevar el caso y me lo asignó. Mis instrucciones eran mantener absoluta discreción en mis investigaciones y no enturbiar la vida de lady Middleton, por lo cual solo pude interrogar a la servidumbre en ausencia del matrimonio y se me permitió una breve visita a la mansión para mostrarme el lugar donde se encontraba guardado el dinero en una caja de caudales.

—Veo que no le ofrecieron muchas facilidades.

—Debo reconocer que supuso un grave inconveniente —reconoció Abberline—. El servicio lo componen diecisiete personas entre criadas, doncellas, ama de llaves, lacayos, mayordomo, jardineros, lavanderas, cocineras, mozos de cuadra y demás. Apenas conseguí estar unos minutos interrogando a cada uno de ellos. Ya sabe usted cómo son estos interrogatorios: la servidumbre se muestra temerosa de que su puesto de trabajo peligre y se cierra en un mutismo difícil de quebrar.

Swanson sabía a qué se refería Abberline. Los criados, personas simples, tenían miedo a la policía y a que esta los acusara, con razón o sin ella, de cualquier delito. Ser llevado ante el juez, bien porque la policía encontrara algo en tu contra o bien porque habías sido escogido como cabeza de turco, suponía la cárcel, trabajos forzados o incluso la muerte. Que la policía estaba para garantizar la seguridad y la propiedad de los ciudadanos era algo que no incluía a las clases más bajas, meros chivos expiatorios de todos los males de aquella sociedad hipócrita y pusilánime.

—¿Qué me dice de la caja de caudales? —preguntó Swanson, ya inmerso en el papel del investigador.

—Una Bauche adquirida el año pasado.

—¿Una «coraza»? —dijo Swanson aludiendo al sobrenombre con el que se conocía a esa caja por su inexpugnabilidad.

—Sí. La caja estaba anclada al suelo. Imposible de mover. El ladrón la golpeó repetidamente con un mazo y luego trató de apalancarla.

—El ladrón conocía la combinación —señaló el inspector jefe sin dudar un segundo.

—Así lo pensé yo —asintió Abberline—. Pregunté a lord

Middleton cuántas personas estaban al tanto de la combinación y me aseguró que solamente él, nadie más.

Swanson frunció el ceño y adelantó el cuerpo apoyando los codos sobre el escritorio totalmente absorto.

—¿Fingió el robo?

—Debo confesar, señor, que yo me hice esa misma pregunta. El ladrón no permaneció en la casa más de una hora y, como sabemos, resulta imposible forzar una Bauche con un mazo y una palanca, y mucho menos en tan poco tiempo.

—El ladrón la golpeó para fingir que había sido forzada.

—De nuevo coincidimos, señor —asintió Abberline una vez más —. Pero el parlamentario parecía del todo sorprendido e indignado porque hubieran podido forzar la coraza. De hecho, estaba decidido a denunciar a Bauche por lo que él consideraba una estafa, ya que le habían garantizado que era inviolable.

—Y lo es.

—Cierto. Pero si lord Middleton no era culpable, y mi instinto me decía que no lo era, el delincuente no conocía la reputación de la Bauche y pensó que golpeándola y causándole daños en la cerradura, algo que a buen seguro hizo una vez abierta la caja, podría engañarnos haciéndonos creer que la había logrado abrir por la fuerza bruta.

—¿Cómo procedió usted?

—Estaba claro que solo alguien del entorno más cercano del parlamentario podría conocer la combinación. Lord Middleton sabe de memoria la combinación y no la guarda por escrito. Si era cierto que no se la había confiado a nadie, la única posibilidad era que alguien lo hubiera visto manipulando la caja.

—Alguien muy cercano —señaló Swanson levantando el índice —. Incluso podría tratarse de un miembro de la servidumbre, el mayordomo, por ejemplo.

—Pensé en ello —dijo Abberline—. Incluso en alguna visita, algún amigo de la familia o alguien relacionado con la política que hubiera ido a verlo. Pero no tardé en descartarlo. Lord Middleton es un hombre muy cabal, ciertamente desconfiado. Todo un caballero. Jamás manipularía una caja fuerte delante de un criado o de alguien ajeno a la casa, aunque fuera un viejo amigo.

—Se reducen mucho las posibles alternativas —repuso el

inspector jefe—. Si no fue el propio parlamentario, solo quedan la esposa y el hermano de lord Middleton.

—Efectivamente. Por eso centré la investigación en ellos dos. Desde la más absoluta discreción, debo añadir. Lord Middleton no es un hombre afable al que se le pueda importunar. Hacerlo partícipe de mis sospechas hubiera tenido lamentables consecuencias. Decidí investigar a ambos y vigilarlos sin levantar sospechas.

—Difícil tarea.

—Desde luego. No podía arriesgarme a ser descubierto ni por ellos ni por lord Middleton. No dudo de que, de haberme sorprendido, se habría quejado de inmediato al comisionado y yo hubiera sido relevado del caso y quién sabe si algo peor.

—¿Qué averiguó? —preguntó Swanson con la curiosidad propia del oficio.

—No tardé mucho en descartar a la esposa —explicó Abberline —. Apenas sale de casa. Es de naturaleza enfermiza. Carece de familiares cercanos, no tiene deudas ni aficiones caras.

—Así que solo queda el hermano.

—El señor Killian Middleton —asintió Abberline—. Dos años más joven que su hermano el parlamentario. Toda su vida ha estado a la sombra de él. Es el *alter ego* de lord Middleton: lisiado y enfermizo. No heredó nada a la muerte de su padre, quien lo dejó al cuidado de su hermano mayor, heredero de todos los bienes y títulos.

—Un buen motivo para ser rencoroso —apuntó Swanson.

—Desde luego. Pero hay más. El señor Middleton es un jugador empedernido. Acostumbra a apostar fuertes sumas con resultados diversos. Hace aproximadamente un año, la fortuna le sonrió e hizo una pequeña fortuna capaz de liberarlo de la caridad fraterna, pero lo perdió todo y algo más en pocos meses. Su hermano tuvo que responder por él y saldar las deudas.

—Un oprobio considerable, imagino.

—Por supuesto —confirmó Abberline—. Según parece, tuvieron una fuerte discusión a raíz de aquello. Lord Middleton le advirtió de que no volvería a hacer frente a sus deudas y ambos hermanos estuvieron un tiempo distanciados. No fue fácil averiguar cómo le había ido al señor Middleton tras ese revés sin levantar la liebre.

Pero lo conseguí.

—El señor Middleton continuaba jugando, claro está.

—Correcto —asintió Abberline—. Y perdiendo. Aproximadamente su deuda ascendía a cinco mil setecientas libras. Uno de sus acreedores es un prestamista de Birmingham. Un tipo desagradable que tiene por costumbre romper las piernas de quienes no pagan.

—Un buen motivo para cometer el robo —comentó Swanson—. ¿El señor Middleton tenía coartada?

—Y muy sólida. Había acudido a una fiesta benéfica para recaudar fondos destinados al Ejército de Salvación, ofreciendo un generoso donativo que levantó la admiración de los presentes, por lo que todo el mundo lo recuerda.

—Muy oportuno. ¿De dónde salió el dinero para el donativo?

—Lord Middleton se lo dio a su hermano —repuso Abberline—. Este llegó a la fiesta sobre las seis de la tarde, acompañado de uno de los lacayos de lord Middleton, que le servía tanto de cochero como de ayudante, ya que necesita valerse de muletas para poder andar. Según algunos de los testigos con los que he hablado, en un momento de la fiesta el lacayo derramó una copa de vino sobre Killian, el cual entró en cólera y montó una desagradable escena que incomodó a los invitados.

—Y que todos recordarían. Muy oportuno de nuevo.

—A pesar de que los anfitriones se esforzaron en calmar los ánimos del señor Middleton, el enfado le duró prácticamente toda la noche, incluso durante la cena.

—Queda claro que necesitó un compinche —argumentó Swanson—. ¿Algún compañero de juego?

—Mi intuición me decía que no. Como he dicho, la reprimenda que le echó a su criado resultó excesiva a juicio de quienes he entrevistado. Este, un hombre joven y fuerte, pareció cohibido y fue obligado a retirarse del salón. Nadie recordaba haberlo visto, ni sabía dónde estuvo, hasta que terminó la cena. Hablé con la servidumbre que atendió a los invitados durante la fiesta benéfica y ninguno era capaz de dar razón del asunto. El único que afirmaba haberlo visto durante ese tiempo…

—El señor Middleton.

—Exactamente. Él era la coartada del criado. La cena se alargó

durante dos horas aproximadamente, tiempo más que suficiente para que el lacayo cogiera un coche, ya que no podía tomar el que habían utilizado para acudir a la fiesta para no levantar sospechas y llegar a la mansión familiar. Allí amordazó al resto del servicio, que esa noche no era muy numeroso ya que lord Middleton les había concedido la tarde libre. Entró en el despacho del parlamentario y abrió la caja con la combinación que el señor Middleton le habría facilitado. Una vez cometido el robo, regresó a la fiesta.

—Un plan rudimentario pero eficaz.

—Sobre todo porque el señor Middleton, conocedor de la naturaleza discreta de su hermano el parlamentario, contaba con que este preferiría dar por perdida esa fortuna antes que permitir que los diarios provocaran un escándalo a su costa. Y no andaba muy desencaminado, ya que lord Middleton solamente contó lo sucedido al comisionado Warren. Incluso su propia esposa desconoce lo sucedido, ya que cuando el matrimonio regresó a casa del teatro lady Middleton se encontraba indispuesta y se acostó de inmediato. Fue el propio parlamentario quien encontró al servicio maniatado y amordazado y la caja de caudales abierta. A pesar del mal momento, tuvo la frialdad de ordenar a los criados que nadie comentara nada, ni siquiera entre ellos, bajo la amenaza de ser despedidos con malas referencias.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando me sentí seguro de cómo habían acaecido los hechos, tras confirmar que el señor Middleton había zanjado todas sus deudas, presenté el fruto de mis investigaciones al comisionado Warren, y este solicitó una reunión con lord Middleton.

—Supondría un disgusto para el parlamentario —dijo el inspector jefe.

—Menor de lo esperado, al menos en apariencia —confesó Abberline encogiéndose de hombros—. No podemos olvidar que se trata de un caballero. Mantuvo la compostura mientras yo desgranaba mi relato. Al principio fue reacio a considerar la posibilidad de que su hermano tuviera algún tipo de relación con el robo, pero las pruebas circunstanciales hablaban por sí solas. Es cierto que yo carecía de otro tipo de pruebas debido a que mi investigación se hallaba coartada por la discreción y el silencio que se me habían impuesto. Sin embargo, no cabía la menor duda de

que su hermano era el culpable.

—Nada de esto ha trascendido —dijo Swanson sorprendido—. No ha habido juicio ni detenciones.

—Ni las habrá —contestó con gesto serio Abberline, al que no le gustaban las componendas—. Lord Middleton se negó a denunciar a su hermano. Tras escucharme, me hizo salir de su despacho y se quedó con el comisionado, con el que mantuvo una charla. Cuando salió, el comisionado Warren me expuso la decisión que el parlamentario había tomado: el señor Middleton embarcaría en el primer navío que se dirigiera hacia las Américas con la condición de no regresar nunca más, bajo la amenaza de ser detenido.

—Poco castigo para semejante miserable —señaló Swanson.

—Sobre todo si lo comparamos con el que sufrirá el lacayo —asintió Abberline, al que se le notaba en el gesto su desacuerdo—. El criado fue acusado de un supuesto robo menor en la mansión y encerrado sin juicio y sin posibilidad de defensa en la prisión de Brixton.

El inspector jefe Swanson silbó suavemente entre dientes. Brixton, una de las cárceles más duras de Londres. Famosa por su rueda, un artilugio en forma de rodillo de algo más de un metro de diámetro que en su parte externa estaba cubierto de travesaños. A este enorme rodillo, colocado horizontalmente sobre un eje que le permitía rotar, se encadenaban los presos de manera que, pisando los travesaños como si de escalones se tratara, hicieran girar el artilugio, en una escalera sin fin, hora tras hora y día tras día. Un trabajo agotador, temido incluso por los prisioneros más duros.

—El pobre diablo estará encerrado cuatro o cinco años —continuó Abberline con cierta amargura—. Y después, cuando lord Middleton considere que el tormento ha sido suficiente, lo meterán también en un navío. Pero este no se dirigirá a América, sino a Australia. No permitirán que ese hombre vuelva a pisar Inglaterra en su vida.

Durante ocho décadas, Gran Bretaña había vaciado sus atestadas cárceles enviando a los presidiarios a Australia para la exploración del continente australiano. Allí los presos hacían el trabajo más duro en un sistema nuevo de esclavitud. Decenas de miles de personas habían sido deportadas hasta 1868. Ahora, veinte años después, el criado infiel seguiría los pasos de aquellos hombres

arrojados de su patria.

—No es un final muy justo —dijo el inspector jefe, reclinándose sobre el respaldo y mirando con simpatía a Abberline.

Swanson sabía por propia experiencia que aquellas cosas sucedían muy a menudo: los pobres siempre pagaban los platos rotos y los ricos quedaban libres de culpa. El hermano de lord Middleton, instigador del robo en casa de su propio hermano, sería silenciado con una vida regalada en el Nuevo Mundo. Ciertamente no podría regresar, pero tendría la posibilidad de disfrutar de una buena vida.

En cambio, el criado, que había sido arrastrado a cometer el robo por el aristócrata y por la pobreza, pagaría con su propia vida. Se quebraría en la rueda y después, físicamente destrozado, viviría como un esclavo el resto de su miserable existencia, llevando a cabo los peores trabajos en una tierra inhóspita llena de bandidos y delincuentes.

—Frederick —dijo Swanson pasados unos instantes, cambiando el tono de voz por uno más formal. El momento de confianza entre colegas había acabado—. Lo he hecho llamar porque tenemos un nuevo caso.

Abberline se abstuvo de replicar que acababa de cerrar un caso que le había privado de días de asueto y que el anterior jefe, Monro, le había recompensado con un permiso. De eso solo habían pasado dos días, y la víspera ya había tenido que acudir al Yard para cumplimentar papeleo pendiente. El tan ansiado permiso, se dijo Abberline, iba a limitarse a una tarde, que había aprovechado para acudir al teatro con Emma, a ver la representación que estaba en boca de todo Londres, la obra de Robert Louis Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*.

—¿De qué se trata? —preguntó diligente ocultando su chasco.

—Imagino que tendrá noticia de lo acontecido la madrugada de ayer en Whitechapel —contestó el inspector jefe tomando una carpeta que descansaba en un rincón del escritorio—. Una mujer fue asesinada. Le cortaron la garganta y le abrieron el abdomen.

Abberline había leído lo sucedido en el periódico vespertino. Los diarios estaban tratando el asesinato con todo el morbo posible para aumentar sus tiradas y no tenían ningún decoro a la hora de evitar los detalles más escabrosos.

—La mujer se llamaba Mary Ann Nichols, conocida como Polly —leyó Swanson de un informe contenido en la carpeta—. Mediana edad. Prostituta. Asesinada sobre las cuatro menos cuarto de la madrugada del viernes en
Buck's
Row. Aquí está el informe de la autopsia realizada por el doctor Llewellyn, el médico que confirmó la muerte sobre el terreno.

Abberline cogió el informe y le echó un rápido vistazo sin dejar de escuchar al inspector jefe: «… graves heridas en la garganta… el cuerpo y las extremidades aún estaban calientes… no llevaba muerta más de media hora… incisión de aproximadamente cuatro pulgadas de largo que se extendía desde un punto inmediatamente debajo de la oreja… varias incisiones en el abdomen… cuchillo de hoja larga y afilada empleado con gran violencia…».

—El caso lo ha llevado el inspector Edmund Reid de la División H, igual ya lo conoce.

Abberline había oído hablar de él. Reid había sido destinado a Whitechapel como detective poco después de que Abberline se marchara a la oficina del Departamento Central, por lo que no habían tenido ocasión de coincidir. Por lo que sabía, el inspector Reid era un buen detective al que quizá le faltara algo de ambición para dejar el East End e ir a la central de Scotland Yard.

Sin embargo, había algo que no le cuadraba. Tanto Reid como otros detectives de la División H eran perfectamente capaces de ocuparse del caso. ¿Por qué intervenía el Departamento Central?

—Este caso es especial —dijo Swanson, echando el cuerpo para atrás sobre el respaldo, como si hubiera leído la mente de Abberline —. La prensa le está dando mucha importancia, y lo están usando para minar la estabilidad del Gobierno. Ya sabe, barrios marginados, sin ley, con una policía ineficaz para garantizar la seguridad de los menos afortunados,
etc.

—Entiendo —contestó Abberline.

El inspector conocía bien aquel distrito y sabía que la descripción que acababa de hacer Swanson se atenía a la realidad. Whitechapel era lo peor del East End, ya de por sí problemático. En dos millas cuadradas se aglomeraba un vasto número de personas a las que la vida les había repartido malas cartas. La gente no tenía

trabajo y si lo tenía era muy mal remunerado. Ya no se alquilaban pisos en los edificios, sino habitaciones, que resultaba mucho más rentable. La especulación buscaba medrar incluso a costa de los más miserables. En una sola habitación malvivía una familia entera, y en ocasiones esta se veía en la obligación de subarrendar un pequeño espacio de la pieza a otras personas para poder hacer frente al alquiler.

La miseria pululaba por todas partes y empujaba a mujeres y niños a la prostitución como único medio de supervivencia. En uno de cada dieciséis hogares se ejercía la prostitución. Si una mujer perdía su empleo se veía abocada a hacer la calle para poder subsistir.

Esta miseria absoluta conllevaba una desbocada tasa de alcoholismo, brutalidad y violencia. Las peleas eran cotidianas y los asesinatos, en especial de prostitutas, algo frecuente, al igual que los malos tratos, las palizas, los robos y la extorsión. En los diarios todos los días aparecían noticias, que ya a nadie llamaban la atención, en los que el lector podía encontrar crónicas de mujeres golpeadas o pateadas hasta la muerte, aplastadas, apuñaladas o quemadas, y no siempre por desconocidos, sino, en muchas ocasiones, por sus propios maridos o compañeros.

Solo el año anterior, en los distritos más pobres, habían sido asesinadas setenta y seis personas, niños incluidos. Y esta pavorosa cifra no incluía a aquellos que desaparecían de la noche a la mañana sin que nunca más se volviera a tener noticias de ellos.

—La prensa está relacionando este asesinato con otros sucedidos últimamente —continuó exponiendo Swanson tomando otra carpeta —. En concreto con los de Emma Smith y Martha Tabram, aunque debo decir que no hay nada que pueda llevarnos a pensar que hayan sido cometidos por la misma persona. A la primera la mataron introduciéndole un objeto en sus partes pudendas, lo que le ocasionó una peritonitis fatal. A Tabram la mataron de treinta y nueve puñaladas. Ambas mujeres, al igual que Nichols, tenían una edad parecida y eran prostitutas, pero es muy probable que a la primera la matara una de las pandillas de extorsionadores y a la segunda un soldado de permiso.

Las pandillas de extorsionadores a las que se refería Swanson solían estar compuestas por hombres y niños que se dedicaban a

exigir dinero a las prostitutas y a las personas más débiles a cambio de protección. Cuando las víctimas no les pagaban, lo cual era muy a menudo porque no tenían modo de hacerlo, las pandillas les propinaban un correctivo que solía ir desde una paliza a cortarles una oreja o desfigurarles el rostro dejándoles una profunda cicatriz.

—El comisionado Warren quiere dar una muestra de autoridad —explicó Swanson—. No va a tolerar que la prensa siga escribiendo titulares en los que se pone en duda la aplicación de la ley en esos barrios. Para ello se va a reforzar la División H de Whitechapel y me ha pedido que escoja a los mejores hombres.

Swanson tomó otro papel del escritorio y se lo pasó a Abberline.

—Quiero que dirija usted la investigación. Los inspectores Moore, Andrews y Nairn lo acompañarán, junto a los sargentos Godley, McCarthy y Pearce. Los inspectores del Departamento Local se pondrán a sus órdenes, así como el resto de agentes y sargentos. El superintendente Arnold ha prometido la máxima colaboración.

Abberline guardó silencio. Conocía a su nuevo superior lo suficiente para saber que aún no había terminado y que lo que quedara por decir no iba a ser de su agrado.

—Escuche, Frederick —dijo el inspector jefe retrepándose en su sillón, que de repente le resultaba incómodo—. Le voy a ser sincero. Su nombramiento me ha sido ordenado por el comisionado en persona. Yo no le hubiera encargado el caso. No me malinterprete… Sabe sobradamente que tengo en alta estima su trabajo, de ahí precisamente que no crea necesaria su presencia en esta investigación.

El inspector jefe se tomó un breve descanso mientras ordenaba los papeles que tenía sobre el secante.

—Según parece —prosiguió, levantando la mirada del escritorio —, el comisionado ha quedado muy satisfecho de cómo ha llevado usted el caso del parlamentario y ha insistido en que lo ponga al frente de Whitechapel. Sabe que su reputación en el barrio y en la prensa local es muy reconocida, y considera que su presencia será una garantía para los diarios de que Scotland Yard y el Gobierno se toman en serio lo sucedido. Un golpe de efecto para calmar la tensión en el East End.

Justo lo que tanto Swanson como él detestaban. Un nombramiento político no con vistas a una mejor labor, sino para

agradar a los propietarios de los periódicos y a sus lectores.

—Además —añadió el inspector jefe clavando la mirada en Abberline—, el comisionado está convencido de que usted encontrará al asesino. Y que lo hará muy pronto.

En la mente de Abberline se encendió una luz. ¿Estaba sugiriendo Swanson lo que él pensaba que estaba sugiriendo?

—A pesar de que la prensa ha relacionado el asesinato de Nichols con los de Tabram y Smith —el inspector jefe no le retiraba la mirada—, le repito que nada hace pensar que tal cosa sea cierta. En el East End los asesinatos son tan frecuentes como los suicidios.

Abberline se mostró de acuerdo. Siendo el número de muertes violentas tan alto, se necesitaba algo más que tres cadáveres para suponer que fueran obra del mismo autor.

—Ambos sabemos que una de las formas más comunes de quitarse la vida es rajarse el cuello. Por supuesto, no digo que sea el caso. Nadie sería capaz de cortarse por sí mismo la garganta hasta alcanzar la columna vertebral.

«Y mucho menos de abrirse después el estómago», pensó Abberline, pero no dijo nada.

—Es de vital importancia que el asesino sea apresado de inmediato —concluyó bruscamente el inspector jefe—. El comisionado ha dado su palabra al ministro de Interior de que esta semana el culpable se hallará ante el juez.

Swanson estaba sugiriendo lo que Abberline se temía. El Gobierno y Scotland Yard necesitaban poner rostro a un asesino, y daba igual si este había matado o no a Nichols, Tabram o Smith. Esto no era lo que Abberline opinaba que debía ser el trabajo de la policía, pero guardó silencio.

—A mí tampoco me gusta, Frederick. Lo siento.

—Lo entiendo, señor. ¿Cuándo comienzo?

—De inmediato. El superintendente Arnold y el inspector Reid esperan su llegada en la comisaría de Commercial Street. Allí le facilitarán un despacho y cuanto necesite.

—Entendido —respondió Abberline, haciendo el gesto de levantarse.

—Una última cosa —añadió el inspector jefe con gravedad, echando el cuerpo hacia delante—. Vaya con cuidado. La prensa no le va a quitar ojo de encima. No se fíe de ningún periodista. Han

olido sangre y harán cuanto sea necesario para aumentar sus ventas y minar al Gobierno y al comisionado. Si es necesario le arrojarán a usted a los cascos de los caballos.

—Tendré cuidado —respondió Abberline terminando de ponerse en pie—. Gracias, señor.

—Buena suerte, Frederick.

Capítulo 5

«La tirada del periódico *The Star* llegó ayer a 298 000 ejemplares»
The Star

Sábado, 1 de septiembre de 1888. Londres

Thomas Power O'Connor, más conocido como Tay Pay, revisaba la prensa del día con aire crítico sentado tras su enorme escritorio. En su opinión, siempre era necesario estudiar al enemigo, sobre todo cuando ese enemigo era de la entidad del *Pall Mall Gazette*, *The Globe*, *The Evening Mail* o *The Evening Post*, por no mencionar al *Times*.

Como editor y fundador del recién nacido *The Star*, Tay Pay debía hacerse un hueco entre la numerosa prensa londinense para evitar ser devorado por los grandes diarios y para ello había tomado la decisión, no muy bien recibida por parte de sus colaboradores, de modernizar el estilo de redacción y de formato, siguiendo el nuevo periodismo que se estilaba en los Estados Unidos.

Como acostumbraba a decir a cuantos no veían claros los nuevos métodos, debían hacer algo nuevo que les diferenciara de lo que ya había o de lo contrario terminarían por ser engullidos por sus poderosos rivales.

Y Tay Pay sabía de lo que hablaba, no en vano había estado trabajando en varios de estos inamovibles y decimonónicos periódicos, con formatos encorsetados y una manera de ofrecer las noticias a sus lectores ya pasada de moda.

Porque Tay Pay era un visionario a la vez que idealista y había logrado convencer a varios amigos y colaboradores para que invirtieran 40 000 libras en un nuevo vespertino que saldría a la calle bajo el nombre de *The Star*. Y, reuniendo un equipo de escritores y editores de primer nivel, el diario había salido a la calle el 17 de enero de 1888.

En el primer número, Tay Pay prometió a sus lectores defender la causa de los desfavorecidos e ilustrar las necesidades y penalidades de las clases trabajadoras, señalando en su primer editorial:

> *Los ricos, los privilegiados, los prósperos no necesitan ningún defensor. Los pobres, los débiles, los pisoteados requieren el apoyo y la palabra de todo hombre y mujer para que se interpongan entre ellos y el mundo.*

Y así lo había hecho, dando voz a las clases más humildes, a los desheredados y a sus reivindicaciones sociales y laborales desde Stonecutter Street, muy cerca de la catedral de San Pablo, donde The Star Newspaper Company tenía sus oficinas.

No había resultado fácil abrirse paso entre la vieja prensa, que miraba con desconfianza los nuevos métodos del recién llegado y su clara ideología liberal, que chocaba con fuerza contra el conservadurismo londinense. La competencia era feroz. Durante años los periódicos habían estado sujetos a diversos impuestos que los hacían muy caros para el común de los ciudadanos. Tampoco es que esto importara demasiado, ya que quienes no disfrutaban de una acomodada posición solían ser iletrados.

Pero esto había cambiado con la Ley de Educación, que hizo obligatoria la educación primaria. Esta batalla sin cuartel contra el analfabetismo, sumada a la supresión de los gravosos impuestos, conllevó que muchas más personas fueran capaces de leer los periódicos, lo que provocó una masiva circulación de diarios matinales y vespertinos y revistas. La gente quería saber y surgieron muchos nuevos periódicos que se peleaban por saciar esta sed de noticias. En cuatro décadas el número de periódicos había pasado de algo más de una docena a casi doscientos.

La lucha encarnizada por conseguir una buena cuota de ventas había exprimido el ingenio y algunos periódicos, entre ellos *The Star*, habían abogado por un nuevo periodismo de investigación que en muchas ocasiones rayaba el sensacionalismo. Si un diario se especializaba en sacar a relucir los escándalos financieros y políticos, otro lo hacía con los escándalos sociales.

The Star había nacido con la intención de denunciar la miseria

en la que vivía una gran parte de la población y no perdía ocasión para, justa o injustamente, atacar al Gobierno conservador y a la policía metropolitana, que solamente defendía los intereses de los más afortunados, y más en concreto a su comisionado, sir Charles Warren, al que Tay Pay desde sus editoriales no perdía ocasión de atacar despiadadamente.

Por un penique, un ejemplar de cuatro páginas que salía seis días a la semana daba la palabra a muchos londinenses olvidados por otros periódicos, posicionándose contra las políticas gubernamentales y defendiendo las acciones sindicales, como por ejemplo las manifestaciones que habían desembocado en el Domingo Negro, brutalmente reprimidas por el general Warren, con un desprecio por las vidas de los ciudadanos que lo convertían en poco menos que un criminal.

Tay Pay, buen conocedor de la naturaleza humana, intuyó cuál era el foco de interés de sus lectores y les proporcionó lo que reclamaban: junto con su postulado de defensor del hombre común frente a los atropellos de la autoridad, una mezcla de historias de interés humano, sabrosos escándalos de todo tipo y morbosas noticias de crímenes auténticos.

Crímenes como los que habían tenido lugar en Whitechapel, el peor barrio de la peor zona de la ciudad, y por lo que ahora estaba esperando a uno de sus mejores redactores, al que había mandado a investigar los escabrosos detalles del último asesinato.

—Adelante —dijo sin levantar la mirada del *Daily Telegraph*, que estaba hojeando en ese momento.

—Ya estoy aquí, señor
O’Connor
—saludó el redactor Frederick Best, quitándose el sombrero mientras traspasaba la puerta de cristal del despacho desde el que el editor controlaba cuanto sucedía en la redacción.

—Sí, ya te veo —masculló Tay Pay, al que no le gustaba andarse por las ramas—. ¿Y bien?

—Vengo de la vista previa que el juez Baxter ha celebrado en el Instituto de los Jóvenes Obreros —explicó el redactor tomando asiento frente a su jefe.

—¿Qué tal si me dices algo que no sepa? —repuso Tay Pay con mal genio.

—La mujer se llamaba Mary Ann Nichols, más conocida como Polly. Prostituta. Le cortaron el cuello y luego la abrieron de arriba abajo. Han tomado declaración a varias personas, pero nadie ha arrojado luz sobre el asesinato —dijo Best ignorando el habitual mal humor de su jefe—. Nadie vio nada, nadie oyó nada. También ha declarado un tal doctor Llewellyn. Fue el médico que acudió al lugar y que ha practicado la autopsia.

—¿Ha dicho algo interesante ese doctor?

—Ha hecho una descripción detallada de las heridas —contestó el redactor, que con una sonrisa ladina añadió—: Y lo más interesante: en su experta opinión, el asesino tiene amplios conocimientos del cuerpo humano y de cómo extraer los órganos.

—¿Un médico? —preguntó Tay Pay, poniéndose en tensión por la novedad.

—Tal vez —respondió el redactor encogiéndose de hombros—. También podría, según Llewellyn, tratarse de un carnicero. Parecía muy indignado cuando el juez Baxter mencionó la posibilidad de que fuera un médico.

—No me extraña, corporativismo —dijo el editor echando un vistazo al reloj de bolsillo que llevaba colgando en su chaleco—. ¿Eso ha sido todo?

—El viejo Baxter ha aplazado la vista hasta el lunes a petición de la policía.

—¿La policía ha pedido un aplazamiento? —dijo muy sorprendido el editor—. ¿Para qué?

—No lo sé. Como de costumbre, la policía no suelta prenda. Según ellos, no han tenido tiempo para examinar posibles indicios.

—¿Han pedido un aplazamiento para buscar indicios? —preguntó Tay Pay cada vez más extrañado—. ¿Quién lo ha pedido?

—Bueno, estaban los inspectores Helston, Spratling, Reid y… Abberline.

—¿Abberline? ¿Han puesto a Abberline al frente del caso?

Si aquello se confirmaba, supondría un buen golpe de efecto por parte del comisionado Warren. Abberline era sobradamente conocido en el East End, respetado por sus compañeros y superiores, admirado por la prensa y temido por los delincuentes. ¿Qué había llevado a Warren a poner a Abberline al frente de la investigación?

En realidad, aunque habían publicado lo contrario, Tay Pay no pensaba que los asesinatos cometidos en Whitechapel hubieran sido llevados a cabo por la misma persona. Los crímenes no se parecían entre sí y lo único que les unía era que habían sido perpetrados en una zona pequeña, en un relativamente breve espacio de tiempo y que el culpable no había sido detenido.

Pero en Whitechapel el asesinato de prostitutas no era algo inusual. Muchas de esas desgraciadas eran arrojadas al Támesis con piedras para que no afloraran a la superficie y cuando, por el movimiento de las mareas, algún cuerpo emergía, estaba completamente irreconocible y nadie lo reclamaba.

Sin embargo, el propio Tay Pay había adoptado la postura editorial de cargar los tres últimos asesinatos a un misterioso criminal porque aquello elevaba las ventas. La muerte violenta de una vulgar prostituta no resultaba interesante, pero un maníaco sediento de sangre vagando por las oscuras calles de Londres en busca de víctimas a las que abrir en canal dispararía las ventas.

Y con esa estratagema se redimía Tay Pay ante sus propios ojos. El escándalo podía extender más la denuncia social sobre aquellos barrios abandonados por el Gobierno, donde la policía solo actuaba para apalear a los que vivían en la más absoluta miseria. Barrios hambrientos y apestados a los que la maravillosa luz eléctrica que iluminaba el West End aún no había llegado, donde las ratas campaban a sus anchas y donde la mitad de los críos no llegaban a cumplir los cinco años.

—El viejo Baxter no ha dejado pasar la ocasión para poner en aprietos al Yard —añadió Best riendo al recordar la escena—. Un par de vigilantes de la morgue habían desnudado y lavado el cuerpo de la finada antes de que llegara el doctor a practicar la autopsia. Baxter les ha preguntado si no les habían dado órdenes de no tocar el cadáver y los pobres diablos han respondido que la policía no les había dicho nada. Por supuesto el inspector Helston ha dicho que sí les había ordenado no tocar el cadáver. El juez lo ha fulminado con la mirada.

Sí, sin duda Baxter les habría hecho pasar un mal trago a los inspectores del Yard. Era conocida la antipatía del desagradable juez por el comisionado Warren y por cuantos tenían que ver con la policía metropolitana.

Tay Pay tampoco estaba dispuesto a perdonar nada al comisionado Warren, pero sentía respeto por el inspector Abberline, un buen policía que había destacado en varias investigaciones, así que, al menos por el momento, le darían un respiro al Yard y concentrarían sus críticas en el inepto general y también en el ministro de Interior, Henry Matthews.

—Bueno, muchacho. Espero que hayas terminado el artículo —dijo el editor a modo de despedida—. Quiero salir con la noticia esta tarde.

Frederick Best se levantó y, sin abrir la boca, le tendió a su jefe un par de hojas de papel llenas de apretada escritura, bajo el título *Horror en Whitechapel*, y esperó a ver qué cara ponía.

HORROR EN WHITECHAPEL. TERCER CRIMEN DE UN MANÍACO

La víctima del último horror en Whitechapel, la mujer que fue encontrada ayer por la mañana en Buck Street completamente destripada y con la cabeza casi arrancada de su cuerpo, fue en un primer momento imposible de identificar. Sin embargo, al extenderse la noticia del asesinato, primero una mujer y luego otra se acercaron para ver el cuerpo, y finalmente la señalaron como Polly Nichols.

Hay una terrible y significativa similitud entre este terrible crimen y los dos misteriosos asesinatos de mujeres ocurridos en el mismo distrito en los últimos tres meses. En cada caso, la víctima ha sido una mujer de moral relajada, cada crimen se ha cometido en las horas oscuras de la mañana y, lo que es más importante, cada asesinato ha sido acompañado de una mutilación espantosa. En el segundo caso, el de Martha Tabram, se recordará que le fueron infligidas no menos de treinta puñaladas. Se pensó que algunas de sus muchas heridas habían sido causadas por una bayoneta y se dijo que fue vista con un soldado poco antes de su muerte. El primer asesinato, que por extraño que parezca no despertó mucho interés, se cometió en la calle Osborne. La mujer en ese caso estaba viva cuando fue descubierta, pero inconsciente, y murió en el hospital sin recuperar el sentido, por lo que no tuvo la oportunidad de poner a la policía sobre la pista de su diabólico asaltante, cuya identidad sigue siendo un misterio…

Sentado ante una mesa en un *pub*, el asesino leía con atención el periódico comprado a un mocoso que voceaba por la calle el titular del día.

Se encontraba de espaldas a la cristalera que daba a la calle con el fin de aprovechar la escasa luz que proporcionaba la farola de la esquina. El interior del *pub* carecía de buena iluminación. En cambio, estaba invadido por una densa humareda, proveniente en su mayor parte de los cigarros que fumaban los ruidosos clientes que, entre canciones, risas y apuestas a voz en grito, se relajaban de la jornada ante una pinta de cerveza, aprovechando de paso alguno de ellos para degustar un trozo de pastel de carne, plato estrella del local.

No conseguía salir de su asombro. La prensa continuaba haciéndose eco de cuanto tuviera relación con los asesinatos de aquellas vulgares putas.

Para él, la violencia era parte de la vida. Al menos lo había sido de la suya desde que tuviera uso de razón. La había empleado su padre, un desgraciado borracho que les pegaba a él, a su hermano pequeño y a su madre, allí en Gorizia, el pueblo esloveno donde había nacido.

En Gorizia, Dragan había aprendido también lo que era pasar hambre, otra forma de violencia a la que los condenaba su padre, que se bebía lo poco que ganaba trabajando en lo que salía. Aquello obligaba a su madre, la débil Orsola, a ejercer la prostitución de forma esporádica, para tener algo que dar de comer a sus hijos. Cuando eso ocurría, el padre, herido en su orgullo, les pegaba con más fuerza aún, mientras trataba de encontrar las monedas escamoteadas por Orsola, para gastárselas en vino.

Durante su niñez y luego su adolescencia, Dragan había pasado de sufrir la violencia de los muchachos mayores a ejercerla él en los más pequeños. Cuando Nejc Mlekuc, su maldito padre, murió, él ya había comenzado a matar animales. Primero aves y ratones que atrapaba en trampas, y más tarde gatos y perros a los que atormentaba antes de clavarles su cuchillo, robado a un granjero.

Con siete años había prendido fuego al gato que su hermano ocultaba a sus padres. Sin embargo, el horripilante espectáculo de la pobre bestia maullando mientras trataba de librarse del tormento había sido demasiado breve, y Dragan había tenido que diseñar

martirios más sofisticados y largos que aplicar a cuanto ser vivo cayera en sus manos.

Hasta que un día, en una deriva que parecía inevitable, asesinó a una persona. Una prostituta. Fue el día en que su padre, tras atizar una buena tunda a toda la familia hasta encontrar las monedas que guardaba Orsola, se había largado a la taberna. El muchacho lo había seguido con su cuchillo, sin tener muy claro qué iba a hacer con él.

A escondidas, había visto cómo su padre hablaba con una mujer de la calle y le proponía un trato. Ella había accedido y se habían alejado hasta un prado al borde de las casas. Allí la mujer se había aprovechado de la ebriedad del maltratador para robarle el dinero, su dinero, el dinero que había ganado su madre vendiendo su cuerpo para que pudieran comer, y se había largado, después de atizar una patada en la entrepierna al borracho, dejándolo tendido sobre un montón de boñigas.

Dragan se había sentido impotente, sin saber qué hacer. Necesitaba con desesperación dar rienda a su violencia. La víctima más lógica era su padre, por supuesto. Pero el viejo le daba miedo, así que eligió a la prostituta, que, despistada contando las monedas, se alejaba de allí.

Llorando de rabia, la atacó por atrás. De un empujón la tiró contra un murete de adobe. La mujer se raspó toda la cara y se abrió una ceja. Al ver cómo empezaba a manar la sangre, sus sanguinarias pulsiones se exacerbaron, en una espiral de ira y violencia imparable. Dragan empuñó su cuchillo y se lanzó a por ella.

La fulana no se amilanó y respondió con más fiereza de lo que el muchacho hubiese podido imaginar. Rodaron los dos por el suelo, hasta que por fin Dragan se puso a espaldas de la prostituta, estiró del nacimiento de su cabello para exponer el cuello y de un tajo la degolló.

Aquel asesinato había supuesto el nacimiento de algo nuevo. Un hito en su vida. Por primera vez se había sentido poderoso de verdad. Ese día, en un mesiánico renacimiento, el último hilo de cordura, si es que todavía le quedaba, se había roto al sentir como, junto al chorro de sangre que manaba de la garganta seccionada, se escapaba la vida de aquella mujer.

Un año después, su padre moría en condiciones nunca aclaradas, pero que nadie había tenido voluntad de esclarecer. Orsola, ya viuda, respiró aliviada, pidió ayuda a un hermano eclesiástico y la familia volvió a Cervignano del Fulli, donde ella aún tenía algunos familiares.

El tío cura llevó a Dragan y a su hermano pequeño a un colegio, lejos de Orsola. Allí comenzó una nueva forma de violencia para el mayor de los Mlekuc, con normas incomprensibles y una implacable disciplina impartida a base de palos.

Poco duró Dragan en la escuela, de la que escapó en cuanto tuvo oportunidad. Sin cumplir los dieciséis años, se plantó en Nápoles, donde robó para sobrevivir hasta ser pillado por miembros de la camorra local que protegía a los vendedores. Le dieron una paliza de muerte y, cuando vieron que el chico se mostraba duro como una roca, no dudaron en reclutarlo.

No era el muchacho, sin embargo, alguien que pudiera conformarse con ser el último del escalafón y, a la vez que ascendía, su ambición le llevó a pensar que el capo local era más estúpido de lo que aparentaba. Se quedó con dinero producto de las extorsiones a los vendedores, de la prostitución, el chantaje y los robos. En aquella ocasión tuvo más suerte. De haber sido atrapado, la paliza sí que hubiera resultado mortal.

Huyó de Italia, un país que nunca más volvió a pisar, y vagó por diversos lugares, viviendo de lo que salía, en negocios siempre relacionados con la violencia. Era inteligente, sabía encontrar la ocasión, tenía una personalidad que subyugaba a sus oponentes y lo convertía en faro para los más obtusos, consiguiendo que lo sirvieran fielmente. No obstante, su ambición y su desprecio por los demás eran su perdición.

Tuvo que huir de nuevo, y esta vez tomó un destino ciertamente sorprendente: Irlanda, de donde salían barcos y más barcos llenos de gente que escapaba de las terribles consecuencias de la gran hambruna, se convirtió en su nueva patria.

No era cierto, como se decía, que en Irlanda no hubiera comida. La había y mucha. Pero los irlandeses no tenían dinero para comprarla. Los propietarios preferían vender sus productos a Londres y a otras ciudades que pagaban bien, aumentando tanto los precios que a los campesinos solo les quedaban las patatas como

único sustento. Cuando llegó el «tizón», el hongo que acabó con el tubérculo, los desgraciados tuvieron que ver cómo miles de barcos abandonaban sus puertos doblegados por la carga de maíz, trigo, cabezas de ganado y otros productos mientras ellos se morían de hambre.

En Irlanda, Dragan supo encontrar su sitio. Los terratenientes tenían problemas con sus hambrientos campesinos, a pesar de los más de doscientos mil soldados enviados por los ingleses para evitar el levantamiento de la población, y precisaban de hombres decididos y sin escrúpulos que les permitieran seguir llenándose los bolsillos.

Puso su experiencia en la camorra napolitana al servicio de la empresa. Reclutó un pequeño número de matones, no muchos, pues no quería abarcar demasiado porque suponía demasiado esfuerzo, riesgo y poderosos enemigos, y se ocupó de que los campesinos revoltosos no molestaran a sus amos.

Al cumplir los treinta y cinco se sintió demasiado cansado para seguir con una labor tan física y que, con las nuevas leyes, estaba declinando, y se instaló en Dublín, donde comenzó una nueva etapa de estafas a navieras y otras empresas poderosas y extorsiones a comerciantes de la ciudad.

Claro que la capital irlandesa no proporcionaba tantas víctimas fáciles como su etapa en los latifundios, así que tuvo que recurrir a las prostitutas y a los sintecho para poder dar rienda suelta a sus instintos más bajos, que, por otro lado, se habían vuelto aún más refinados.

En Dublín tomó contacto con el movimiento independentista irlandés, los conocidos como fenianos. Había colaborado con ellos y también se había aprovechado del miedo que inspiraban para sus propios fines. Le traía sin cuidado el tema de los nacionalismos y las religiones. Solo reconocía dos virtudes: el poder y la violencia.

Su vida parecía estar asentada. Tenía dinero, era importante y temido, sus enemigos no eran de entidad y todas las puertas de la ciudad estaban abiertas para él. Por desgracia, en ese momento, tuvo lugar el incidente conocido más tarde como «los crímenes de Phoenix Park».

En el parque más grande de toda Irlanda, un grupo de fenianos había asesinado al recién nombrado secretario de Estado de Irlanda,

lord Frederick Cavendish, y a su vicesecretario, Thomas Burke, acuchillados con alargadas y muy afiladas hojas quirúrgicas.

Dragan no había tenido nada que ver con aquellas muertes, pero la policía había levantado la alfombra en Dublín y cuantos hubieron mantenido cualquier tipo de relación con los independentistas habían sido arrestados y presionados. Como no quería verse implicado, no tuvo reparos en delatar a algunos de los culpables, a cambio de que parte de sus estafas fueran olvidadas.

Al grupo terrorista, con informantes dentro de la policía, no le había costado conocer la identidad de los chivatos, y pronto cayó el primero. Sin perder un instante y antes de que le llegara el turno, Dragan volvió a escapar, y en esta ocasión eligió Inglaterra, donde adoptó una nueva identidad y se ocupó de ofrecer un perfil bajo, confiando en que los fenianos no supieran de su existencia.

Le había costado tiempo y esfuerzo establecerse en el país más poderoso del mundo. Debido a las circunstancias y para no llamar demasiado la atención, había tenido que comenzar de cero, con más astucia que fuerza bruta. Reinventar su vida una vez más, bajo una tapadera prácticamente perfecta. Ahora era un londinense más. No uno cualquiera, sino el asesino del que hablaban los principales periódicos del país con gran temor.

Y no solo se trataba de la prensa. El Gobierno y la policía también parecían mostrarse muy inquietos por lo que sucedía en las calles del East End. Sin duda, los incendiarios artículos de los principales periódicos londinenses ridiculizando al comisionado Warren y a sus hombres, tanto como al ministro de Interior, el vilipendiado papista sir Matthews, habían provocado aquella reacción. Los pomposos mandatarios no acostumbraban a mostrar interés por lo que pasaba más allá del este de la ciudad y se veían desbordados por la implacable presión a la que estaban siendo sometidos.

Dragan no dejaba de percibir la ironía de todo aquello. Ni en el mejor de sus sueños hubiera podido vislumbrar el alcance de sus travesuras. Por de pronto, Scotland Yard había reforzado el distrito de Whitechapel con un amplio contingente de policías e inspectores cuyo objetivo sería apresarlo. Esto no hacía sino más interesante aún su trabajo. ¿Serían capaces de dar con él? Imposible, se dijo. Como afirmaban los periódicos, la policía metropolitana era torpe e

ineficaz. Aquellos brutos borrachos no veían más allá del fondo de una botella.

Si los diarios continuaban en la misma línea de culpar al Gobierno de cuanto ocurría y aprovechaban sus crímenes para cuestionarlo, la dimisión del comisionado de la policía, incluso la del ministro de Interior, Henry Matthews, aparte de inevitable, difícilmente calmaría los ánimos.

La perspectiva de hacer tambalear al *establishment* lo excitaba. Notaba las palmas de las manos húmedas, el pulso acelerado y un calor en las mejillas que intentó refrescar con un trago a su media pinta de cerveza negra con una buena capa de espuma, que le dejó un canoso bigote sobre la comisura de los labios.

Aquel rancio gobierno de anacrónicos políticos, con su presuntuoso primer ministro, lord Salisbury, y aquella desagradable mujer, la reina Victoria, al frente, se merecía todos los sinsabores.

Sonriendo perversamente imaginó cómo sería acercarse por detrás a la soberana, asfixiarla con las manos hasta que dejara de oponer resistencia, dejarla en el suelo y, tirando del nacimiento del cabello hacia atrás para exponer el cuello, rajarle el gaznate con una cuchillada que alcanzara la columna, antes de sajar su panza y extraer las vísceras.

Perdido en su ensoñación, hizo un despreocupado gesto a un limpiabotas, que insistía en limpiarle los botines y dejárselos como un espejo, para que se largara.

La imagen de la monarca ensangrentada y él de pie ante su cadáver con el útero o tal vez el hígado en la mano era estimulante. La puta con la que había acabado el día anterior no había terminado de satisfacer sus deseos. Pero eso tenía fácil solución. La siguiente vez se tomaría más tiempo. La próxima perra realmente sería descuartizada y podría contemplar su cabeza separada del torso.

Y de regalo vería desmoronarse, como una torre de naipes, a todo un gobierno y una casa real, se dijo mientras se frotaba distraído una antigua cicatriz del antebrazo, como le sucedía cuando estaba alterado. Todo eso sería muy pronto. Ahora que sus planes de diversión habían tomado un nuevo y más extenso horizonte, tal vez no debiera dejar pasar demasiado tiempo para volver a salir de cacería. Aún exultante, terminó su media pinta, se

limpió los labios, plegó el diario, que abandonó sobre la mesa, y se levantó. Londres pronto tendría noticias suyas de nuevo. «Prepárate, Scotland Yard, el lobo anda suelto y no habrá lugar seguro para las ovejas», murmuró para sus adentros.

No lejos de allí, en Spitalfields, se encontraba la comisaría de Commercial Street, la más importante de las cuatro que tenía el distrito del East End y donde se encontraba la sede del Departamento Local. En ella, el superintendente Thomas Arnold conversaba con el inspector Edmund Reid, el detective que había estado a cargo de las investigaciones de los dos primeros asesinatos, los de Emma Smith y Martha Tabram.

Arnold ya le había comunicado al inspector la llegada de refuerzos y que sería el inspector Abberline quien se situaría al frente de la investigación. Reid había recibido la noticia con sentimientos contradictorios: alivio por la importante ayuda y celos por la intromisión de sus hermanos mayores, los del Departamento Central.

De hecho, el inspector Reid ya había estado aquella tarde intercambiando unas palabras con Abberline durante la vista previa llevada a cabo por el juez Baxter en el Instituto de los Jóvenes Obreros, donde habían acompañado al jurado hasta la morgue de Old Montague a ver el cuerpo de la última víctima. La expectación era enorme, y en el edificio utilizado como sala de vistas se había amontonado una enorme cantidad de gente con ganas de presenciar la vista.

—¿Quién llevó a cabo el reconocimiento del cadáver? —preguntó el superintendente Arnold, sentado recto como una vara ante su escritorio despejado de papeles.

—El padre de la víctima, un tal Edward Walker —contestó el inspector Reid sin necesidad de revisar sus notas—. Un herrero sin trabajo que vive en el distrito de Camberwell. No estaba muy seguro de que fuera su hija, ya que hacía tres años que no la veía y el alcohol la había tratado mal. Pero tenía una marca en la frente que según Walker su hija se había hecho de niña.

—¿Qué hay del marido?

—William Nichols. Un maquinista impresor de una rotativa. Vivían separados desde hace siete años.

—¿Así que no lo podríamos calificar de sospechoso? —preguntó

el superintendente.

—Creo que podríamos descartarlo, señor. He comprobado su versión, y la noche del jueves al viernes la pasó en su casa con su actual mujer. Ella y dos vecinos lo han confirmado.

—¿Qué hay de las declaraciones ante el juez?

—Su señoría llamó al agente John Neil.

El inspector se refería al agente de la División H de Whitechapel que había sido el primer policía en llegar al lugar de los hechos en el cumplimiento de su ronda. Reid, junto al superintendente Arnold, ya habían interrogado al apurado agente, que aseguraba no haber visto ni oído nada.

Según Neil, temeroso de una reprimenda por parte de sus superiores, media hora antes de encontrar el cuerpo había pasado por la zona y todo estaba tranquilo. Sin embargo, en la siguiente ronda había observado una figura tendida en la calle que a duras penas se distinguía, ya que estaba aún oscuro y la única luz era la que proporcionaba una farola al final de la calle y la de la linterna que él portaba. Pensando que pudiera tratarse de un borracho, se había acercado y no había tardado en comprobar que se trataba de una mujer y que estaba muerta.

A la luz de la linterna, Neil había visto la enorme herida que le cruzaba de lado a lado la garganta y se había dado cuenta de que su cuerpo aún estaba caliente, por lo que dedujo que la muerte había tenido lugar poco antes. Según el agente, había tocado su silbato de latón atrayendo la atención de un compañero. Este había sido avisado por dos carreteros que habían visto el cadáver y habían corrido a buscar ayuda.

El agente Neil se había quedado custodiando el cuerpo mientras su compañero iba en busca del doctor Llewellyn, un médico que vivía cerca de allí. Este no había podido más que certificar la muerte de la mujer y había ordenado llevarla al depósito en una carretilla.

Lo que Reid se imaginaba, pero no había dicho, era que Neil no habría hecho todas las comprobaciones que aseguraba haber llevado a cabo. El inspector también había patrullado con su uniforme azul aquellas hediondas y peligrosas calles donde se escurrían entre las sombras los peores criminales de Londres y sabía qué solía pasar cuando uno encontraba un cuerpo tendido en la

calle. En tales casos, los agentes no se afanaban en buscar ayuda. Aquello era el East End, un barrio superpoblado. Que alguien hubiera liberado de sus penas a uno de aquellos desgraciados no resultaba extraño. Y tampoco que un infeliz decidiera rebanarse la garganta y acabar con todo.

A pesar de las promesas del agente, Reid hubiera apostado la paga de la semana a que Neil no había llamado a ninguna puerta solicitando testigos por dos motivos: primero, porque no habría considerado que se tratara de un asesinato, y segundo, porque en aquella zona nadie abría la puerta a la policía, y menos a esas horas de la madrugada.

Algo similar le habría sucedido al doctor Llewellyn, sin duda molesto por haber sido sacado de la cama a aquellas horas. En Whitechapel la gente moría de tuberculosis, sarampión o viruela. Y lo hacía a cualquier hora, en plena calle y sin asistencia médica, así que no se habría tomado la molestia de examinar a conciencia el cadáver, limitándose a certificar la muerte y dar la orden de trasladarlo al depósito de cadáveres.

Para infortunio del médico, durante la autopsia había quedado en evidencia su falta de rigor profesional cuando, desnudo el cuerpo, había comprobado que las heridas del cuello no eran las únicas y que la víctima había sido objeto de una verdadera carnicería. Una falta de profesionalidad que el juez Baxter no había perdido ocasión de remarcar ante el jurado, para vergüenza e ira del doctor.

—¿Qué me dice de la sangre? —preguntó el superintendente Arnold—. Según tengo entendido había poca cantidad. ¿Pudo ser asesinada en otro lugar y abandonada en
Buck’s
Row?

—No lo sé, señor —respondió el inspector Reid con un gesto de fastidio—. Ciertamente se encontró poca sangre cuando se levantó el cuerpo y la calle no tardó en ser limpiada.

—Un error tremendo —aseguró Arnold molesto.

—Desde luego, señor —se apresuró a corroborar Reid—. Pero el doctor Llewellyn había dejado entrever que no se trataba de un asesinato y los agentes trataron de evitar un espectáculo morboso. Mucha gente se había arremolinado alrededor y se preveía jaleo con

los agitadores de siempre, que, aprovechando el suceso, se encontraban arengando a la turba con las consignas habituales sobre el abandono del East End por parte del Gobierno y otras similares.

—En cualquier caso, un gravísimo error —repitió el superintendente, que no tenía en mente olvidar tamaño tropiezo.

—Respecto a la escasez de sangre en el lugar —continuó Reid, creyendo preferible no insistir en las justificaciones sobre lo que él mismo consideraba un desatino—, podría haber otra explicación.

—¿Cuál sería esa explicación? —preguntó con interés el superintendente.

—El doctor Llewellyn, en su informe, habló de unos moretones en el cuello y en la boca. Según el doctor, parecían haber sido realizados con la mano derecha, deduciendo de ello que el asesino le habría tapado la boca con la mano derecha y cortado el cuello con la izquierda, de ahí que sugiriera que el asesino es zurdo.

—¿Y?

—Cuando observamos el cuerpo en el depósito pude ver estos moretones, y tengo una teoría diferente que explicaría su existencia y el motivo por el que encontramos tan poca sangre debajo del cadáver.

El superintendente entrecerró los ojos, concentrado en las palabras del inspector Reid.

—Creo que el asesino la abordó por detrás y la estranguló con las manos para que no chillara. Después la dejó en el suelo y le cortó el cuello.

—Si ya estaba muerta antes de cortarle el cuello —concluyó el superintendente entendiendo por dónde iba el razonamiento de Reid—, la presión arterial habría desaparecido y no manaría tanta sangre de la herida.

—Exactamente, señor.

—Muy interesante —dijo Arnold cogiéndose la barbilla entre los dedos índice y pulgar—. Sería conveniente que contemplara esta posibilidad con el inspector Abberline.

—Por supuesto, señor.

—Inspector, tengo entendido que el juez Baxter ha llamado la atención al inspector Helston.

—Creo, señor, que el juez se ha equivocado, si me permite

decirlo —señaló Reid un tanto molesto—. Como sabe, el juez no acostumbra a ver con buenos ojos la labor de la policía y tiene por hábito hacerlo notar.

—Lo sé, inspector. Sin embargo, el juez lo acusaba de una negligencia grave.

—El juez Baxter ha elegido dar crédito a la versión de los encargados de la morgue, desestimando la del inspector Helston sin ningún tipo de indicio o prueba.

—¿Qué ha sido lo ocurrido? —preguntó el superintendente, al que no le gustaba que los policías fueran amonestados.

—El juez ha interrogado a los dos encargados del depósito de cadáveres —explicó Reid a regañadientes—. Eso ha sido después de dejar en evidencia el trabajo del doctor Llewellyn. Este, muy enfadado, ha aducido haberse encontrado el cuerpo de la víctima ya desnudo y lavado al ir a efectuar la autopsia. Obviamente el juez ha querido saber el motivo de tal irregularidad y los encargados de la morgue han declarado que nadie les había indicado que no manipularan el cadáver. El juez les ha preguntado si la policía no les había prohibido tocar el cuerpo y ellos han contestado que no.

—¿El juez ha preguntado al inspector Helston al respecto?

—Por supuesto, señor. Y Helston ha dejado bien claro que fue preciso en sus instrucciones: nadie debía tocar el cuerpo hasta que llegara el doctor Llewellyn, acompañado de la policía, para practicar la autopsia. Pero el juez, como he dicho antes, ha preferido dar credibilidad a los dos encargados del depósito y desacreditar al inspector Helston, que se ha mostrado muy contrariado.

—De acuerdo —dijo el superintendente dando por cerrado ese capítulo—. ¿Ha sucedido algún otro hecho de relevancia?

—El juez Baxter ha aplazado la vista previa hasta el lunes, cuando continuará con los interrogatorios. El inspector Abberline le ha rogado que nos diera algo más de tiempo para llevar a cabo las diligencias pertinentes, pero el juez solo nos ha concedido ese escaso margen. Después ha proferido unas palabras a modo de conclusión en las que ha criticado la labor del doctor Llewellyn y, cómo no, la de la policía.

—Era de esperar.

—Desde luego, señor. Pero también ha enviado un ácido

mensaje a las autoridades de la ciudad. Con mucho sarcasmo, ha agradecido a la comisión del Instituto de los Jóvenes Obreros la utilización de la sala para la vista previa, señalando que el East End carece de un depósito de cadáveres que reúna unas mínimas condiciones y de una sala de tribunal, algo de lo que en el West End sí disponen. Eso ha enardecido los ánimos hasta tal punto que el presidente del jurado se ha levantado para criticar al ministro Matthews por no ofrecer una recompensa a quien dé una pista sobre el asesino.

—Esto se nos está yendo de las manos —dijo el superintendente Arnold meneando la cabeza—. Debemos detener con premura al asesino antes de que empiecen los desórdenes. Mañana vendrán los detectives del Departamento Central. Quiero plena cooperación. Cuento con usted para ello.

—Por supuesto, señor.

En el cruce de Turner Street y Whitechapel Road, muy cerca de donde había aparecido el cadáver de Polly Nichols, tres prostitutas desafiaban a la lluvia bajo un tejadillo mientras comentaban con horror los últimos chismorreos sobre los asesinatos.

—Le arrancó las tripas —afirmaba una de ellas, satisfecha al ver la expresión de miedo de sus compañeras—. Dicen que tenía marcas de dentelladas en el hígado. Se lo había comido casi entero. ¡Es un diablo!

—Es un médico, eso es —repuso otra muy segura de lo que hablaba—. Un médico pervertido de esos que ganan mucho dinero y que suelen venir por aquí a divertirse. He oído que la policía sabe quién es pero que no lo detienen porque es un tipo muy importante.

El asesino pasó cerca de las tres mujeres, que lo ignoraron, escandalizadas como estaban por las noticias que corrían de boca en boca por el barrio. En Whitechapel no se hablaba de otra cosa: un loco vagaba sediento de sangre por el East End armado con un gran cuchillo y nadie se ponía de acuerdo sobre cuántas mujeres había destripado. Como sucedía con todos los rumores, a cada nueva versión el número y la violencia de los crímenes crecía.

El hombre continuó andando por Commercial Street hacia el mercado de Spitalfields, donde tenía previsto cenar en uno de los puestos de comida, al abrigo de la lluvia. Las palabras de las mujeres no paraban de dar vueltas en su cabeza. Llevaba

escuchando todo el día cosas parecidas. En cualquier rincón que hubiera dos o más personas charlando, el tema era el mismo. Algo sorprendente si se tenía en cuenta que, en el barrio, raro era el mes que no era asesinada una mujer, fuera puta o no.

Ese temor que se respiraba entre los vecinos, principalmente entre las mujeres, lo estimulaba. ¡Hablaban de él! Se sentía poderoso. Si aquellas putas supieran con quién se acababan de cruzar…

En el mercado había bastante gente pululando. Los puestos de comida tenían frente a ellos clientes que se alineaban en las alargadas mesas, combinando la comida con la bebida y la charla. El asesino fue deslizándose entre las mesas hasta encontrar una no demasiado ocupada. Aguardó paciente a que lo atendieran.

No se veía ningún policía de ronda. Muy distinto era durante las horas diurnas, cuando el mercado estaba abarrotado de puestos de verduras y frutas, carne y aves, sedas y lino irlandés, así como algunos de cacharrería que vendían herraduras, clavos, herramientas, hornillos y quincallería. Entonces la presencia de los *bobbies* era constante. Otra prueba más de que, para las autoridades, los crímenes contra la propiedad eran más graves que los cometidos contra las personas.

Apareció el encargado del puesto y, sin intercambiar una palabra, le puso delante una escudilla llena de un estofado de inciertos ingredientes, grasiento y poco apetecible, un pedazo de pan y media pinta de fuerte cerveza. Luego recogió las monedas que había dejado sobre la mesa.

Cogió un trozo de pan, lo untó en el mejunje y se lo llevó a la boca sin ningún gesto que denotara si era de su gusto o no. Comía en silencio, sin levantar la mirada de la escudilla. En el East End no solía ser recomendable quedarse mirando a nadie y prefería evitar líos. Le bastaba con escuchar cuanto se comentaba a su alrededor:

—A esa desgraciada le han hecho un buen trabajo —decía un hombre achaparrado que llevaba vestimenta de marinero—. Ya estaba avisada. El mes pasado le dieron una paliza y perdió varios dientes. Se negaba a pagar a las bandas.

—No han sido las bandas —repuso otro tipo con las dos manos alrededor de la jarra de cerveza, como si tuviera miedo a que se la arrebataran—. Tengo un primo en la policía y me lo ha asegurado.

Ha sido un maldito extranjero, eso es lo que me ha dicho mi primo.

—Pues mi mujer ha estado en el juzgado esta mañana, durante la vista, y han asegurado que el que la ha matado es un médico.

El asesino seguía en silencio con su cena, sin perder ripio de lo que se decía a su alrededor.

—Yo os voy a decir quién ha sido —dijo otro hombre que ya había bebido demasiado, con la voz estropajosa—. Un judío. Esos marranos matan a las mujeres con las que se acuestan.

—¡Es cierto! Y hacen velas para sus rituales con la grasa del cuerpo de sus víctimas —confirmó una prostituta, a la espera de que alguien solicitara sus servicios, dejándose sobar el muslo por un baboso—. Las necesitan para sus misas o lo que sea que hagan.

Terminada la cena, el asesino se levantó y se marchó sin abrir la boca, dejando a los presentes desarrollando todo tipo de teorías, a cada cual más absurda: un judío, un gorila, un médico, una mujer, un policía, un soplón de Scotland Yard, un pastor anglicano…

Volvió por Commercial Road como en una nube. Todo el mundo hablaba de él. Y seguirían hablando, porque habría otras putas que probarían su cuchillo de hoja larga y afilada.

Un escalofrío le recorrió la espalda al rememorar, de forma tan vívida que parecía real, la sensación de la hoja cortando el gaznate con facilidad. Una, dos veces. Solo se había atascado un instante al rozar con el hueso de la columna vertebral. Después le había levantado la falda y había manejado con destreza el cuchillo, rajándole el vientre de arriba abajo en varias ocasiones.

Evitó a un par de borrachos que daban patadas a otro tipo tirado en el suelo a las puertas de un bar y escuchó el ruido de los silbatos de latón que usaban los *bobbies*, señal de que los gritos de los contendientes habían llegado a oídos del policía de ronda y este llamaba a algún compañero para instaurar de nuevo la paz a base de romper un par de cabezas con sus porras de madera.

Se metió en un oscuro callejón, por si acaso. No quería tener nada que ver con la poli. Allí flotaba un hedor casi sólido que tiraba para atrás, pero siguió su camino sin echar siquiera un vistazo a un hombre que, con los pantalones y los calzones en los tobillos, disfrutaba de una felación que le practicaba una furcia de a penique, mientras un grupo de mocosos les tiraba piedrecillas con unas cerbatanas hechas de caña.

La oscuridad. Su elemento. A la gente le gustaba la luz, por eso pedían más y mejores farolas que espantaran las sombras de la noche. Pero para él esas sombras eran sus amigas. Entre ellas se sentía seguro. Como una suave y cálida manta, lo envolvían protegiéndolo de las perversiones de ese despiadado mundo.

Avanzó pegado al muro adentrándose cada vez más en la negrura. Atrás dejó el griterío, los silbatos, el hedor, los críos con sus cerbatanas, el cliente satisfecho y la furcia que, hastiada, le había echado una apática mirada a su paso. Y entonces desapareció.

Capítulo 6

«Indignación en Whitechapel»
The Nottingham Evening Post

Lunes, 3 de septiembre de 1888. Vaticano

Cómodamente sentado a la mesa donde tomaba el desayuno, en el amplio salón de su apartamento, monseñor Patrizi levantó la mirada de los periódicos para refrescar los ojos. Frente a él, en la pared del fondo, había un *Salvator Mundi*, copia de una obra de Leonardo da Vinci llevada a cabo por uno de sus aprendices. En la pintura, Cristo tenía levantada la mano derecha dando la bendición, mientras en la izquierda sostenía una bola de roca cristalina que simbolizaba la esfera celeste.

El cardenal se quedó mirando la pintura. La serenidad de Cristo parecía observarlo y bendecirlo. A monseñor le fascinaba desde hacía muchos años, y hacérsela llevar a su apartamento del Palacio Apostólico había sido una de sus primeras decisiones nada más ser nombrado secretario de Estado por su santidad, León XIII.

Se dio un masaje en las sienes con ambas manos y exhaló un suspiro de alivio. Le dolía la cabeza, producto, sin duda, del escaso reposo.

De áspero cabello azabache, ojos oscuros, nariz afilada y delgados labios, su rostro armonizaba con un cuerpo proporcionado y el conjunto no delataba los cuarenta y cinco años que ya había cumplido, pero en las últimas semanas las pocas canas que tenía se habían multiplicado.

Aún eran las cinco y cuarto de la mañana, pero Patrizi ya estaba terminando su desayuno. Como de costumbre, le habían sido servidos un *cappuccino* y unos deliciosos *biscotti*, que se hacía traer exprofeso de la provincia de Prato, en la Toscana.

Tomando la taza con cuidado, el cardenal dio un sorbo y volvió a mirar el horizonte, que ya comenzaba a clarear. Aquel iba a ser

otro día caluroso, como estaba siendo todo el verano. Los trinos de los pájaros y sus veloces vuelos de un lado para otro en busca del sustento atraían la mirada de monseñor a través de la ventana, abierta de par en par en un intento de refrescar la estancia. En un rato, no mucho, las aves empezarían a buscar la sombra hasta que la caída de la tarde les permitiera volver a volar en busca de la cena.

Una corneja tuvo el atrevimiento de posarse sobre el alféizar de la ventana. Con su elegante plumaje gris y negro, no parecía impresionarse por la cercanía del poderoso cardenal. Patrizi la observó un momento, reposando la espalda sobre el respaldo aterciopelado del sillón que ocupaba. Esas aves siempre le recordaban una época de su infancia.

La infancia. Aquellos tiempos habían pasado hacía ya mucho. Según constaba en su brillante expediente escolar, Ignazio Patrizi procedía de la provincia del Udine y había crecido en el seno de una adinerada familia de aristócratas. Los Patrizi eran muy respetados en la región por sus esplendidas donaciones, con las que hacer frente a los cuantiosos gastos que precisaba el mantenimiento de la catedral de Santa María de la Anunciación, patrona de la ciudad.

El patriarca de la familia, gran devoto y con amplios contactos entre la curia romana, no había necesitado rogar demasiado para que Ignazio fuera aceptado en el elitista Seminario Vaticano y posteriormente en la Universidad Gregoriana, donde sus maestros no tardaron en percatarse de la extraordinaria capacidad de la que gozaba el joven para aprender idiomas.

Este don divino y su facilidad para la diplomacia le habían permitido ir escalando puestos en el seno de la Iglesia. Tras ser nombrado sacerdote, el joven Patrizi se había doctorado en Derecho Canónico y Civil y, después de ocupar distintos puestos en la jerarquía eclesiástica, fue nombrado nuncio apostólico en España.

Había sido una larga y empinada carrera hasta llegar a lo más alto y solo la providencia, la suerte dirían algunos, le había permitido estar en el lugar y momento exacto para ser nombrado secretario de Estado por León XIII, a la muerte de Ludovico Jacobini, anterior ocupante del cargo, cuando todas las voces señalaban a monseñor Galimberti para ocupar tan distinguida

posición.

Patrizi, hombre prudente, inteligente y ambicioso, virtudes necesarias para un buen político, quizá no tanto para un buen pastor de la Iglesia, se había destacado como mano derecha de su santidad. Aparentemente servicial sin ser lisonjero, discreto sin resultar etéreo, se había ido aupando sobre otros tal vez más preparados, pero sin duda menos previsores. Le había costado lo suyo llegar hasta donde estaba y no se lo pondría fácil a sus rivales.

Ahora, plácidamente acomodado en el saloncito de su residencia, un piso por debajo de los apartamentos del papa León, y a pesar de llevar más de un año ocupando aquel cómodo alojamiento, privilegio de su cargo, aún se felicitaba cada mañana por el lujo de sentir en el rostro la brisa cargada del aroma de las flores que llegaba desde los jardines.

Al poco de ocupar aquellas estancias, se había hecho instalar una gran mesa de recia madera en la sala principal, donde acostumbraba a desayunar mientras leía la prensa, que le era entregada todos los días para su estudio.

Aquel era sin duda el momento preferido de Patrizi a lo largo de su agotadora jornada de reuniones, burocracia, lectura de informes, audiencias, firmas y toma de decisiones, casi siempre criticadas. Mientras Roma aún dormía, monseñor disfrutaba del silencio, el aroma de las flores, el final de la noche y el nacimiento de un nuevo día.

Era el único instante que le pertenecía a él. A él y al Cristo que lo contemplaba y con el que compartía largas charlas sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Su mirada serena, que transmitía paz, le permitía ver las cosas con más claridad. Con esa mirada balsámica, una taza de *cappuccino* y un *biscotti*, los problemas eran menos y de más fácil solución.

Aunque no todo era tan placentero. Monseñor se enfrentaba cada jornada a una montaña de diarios provenientes de todos los rincones del mundo civilizado que debía repasar para hacerse una idea de lo que acontecía y poder transmitírselo más tarde al santo padre en la audiencia que mantenía cada mañana a las ocho en punto.

El cardenal tomó otro *biscotti* y dio un mordisco a la galleta crocante, sin perdonar un díscolo trozo de almendra que se le cayó

sobre el regazo. Saboreando las reminiscencias de la vainilla y del vino dulce toscano de la receta de los dulces, tomó otro periódico del montón y revisó la primera página, antes de concentrarse en las noticias de corte político, que eran las que le concernían.

Prensa italiana, francesa, inglesa, alemana… Monseñor era un políglota que dominaba seis idiomas y se defendía en algún otro más. La práctica le permitía, de una sola ojeada, hacerse una idea del contenido de los periódicos. Todavía era verano y la actividad política era mínima en toda Europa, pero el cardenal sabía que *uomo avvisato, mezzo salvato*, algo así como «hombre precavido vale por dos», y no era buena idea que Gioacchino Pecci, nombrado León XIII, lo pillara ignorante en algún tema importante.

El cardenal ni se inmutó cuando el silencioso criado entró en la estancia. Tratando de no molestar a su amo, el servil Andrea Greco retiró platos, taza, cafetera, cubiertos, servilleta y el mantel individual de impoluto blanco, para recoger después las minúsculas migas que habían caído y retirarse a la cocina. Allí faenaba Rosella, su esposa, que preparaba ya el almuerzo.

Los dos criados eran los únicos sirvientes que precisaba el cardenal para satisfacer sus necesidades. A Patrizi, de natural desconfiado, no le gustaba ver pulular a su alrededor doncellas, mayordomos y amas de llaves a los que no conocía. La familia Greco, sin embargo, era otra cosa. De obediencia y fidelidad perruna, mujer y marido se dejarían matar antes que traicionar al eminentísimo monseñor que los había arrancado de las garras del hambre.

Los Greco habían sido granjeros que habían visto arruinada su miserable hacienda, donde plantaban remolacha azucarera, patatas y hortalizas, por culpa de las fracasadas guerras contra el Imperio austriaco décadas atrás. Al principio de su fulgurante carrera, el ahora cardenal había ocupado una parroquia en la región y fue allí donde conoció al matrimonio.

Solo hablaban un piamontés muy cerrado, que incluso al cardenal le costaba entender cuando alguno de los esposos tenía algo que comunicarle, cosa absolutamente extraordinaria. Ninguno de ellos entendía nada de italiano y mucho menos de cualquier otra lengua, lo que había sido determinante para que Patrizi los tomara a su servicio. El matrimonio había llorado de agradecimiento por

aquel gesto que entendían piadoso, y desde entonces lo habían acompañado donde fuera.

Ajeno al ajetreo del criado, monseñor mostró interés por una noticia que le había llamado la atención. Tenía entre manos el diario francés *Le Figaro*, que en su portada mostraba un dibujo de una portentosa construcción que se estaba levantando en París, con motivo de la Exposición Universal que habría de celebrarse el siguiente año en la capital francesa.

«La torre de los trescientos metros», la llamaban, pero ya era más conocida como la Torre Eiffel, por el excéntrico ingeniero que la había ideado. Patrizi había tenido la oportunidad de verla en un viaje que lo llevó a la bella Ciudad de la Luz al poco de ser nombrado secretario de Estado. Por entonces la construcción se encontraba en los comienzos, pero ya se podían apreciar los cuatro pilares de imbricados hierros que tendían a juntarse. Ahora, en el dibujo del periódico, las patas de la gigantesca torre se habían juntado en una primera plataforma y, una vez unidas, continuaban su ascensión hacia el cielo. La noticia trataba de la inminente huelga convocada por los cientos de obreros que trabajaban en aquella gigantesca construcción que, a decir de sus diseñadores, se convertiría en la estructura más alta levantada por el hombre.

La mastodóntica mole tenía más detractores que defensores. Al menos trescientos artistas de todo tipo la habían calificado de «inútil y monstruosa», y el ciudadano parisino, acostumbrado a las edificaciones sólidas en piedra, renegaba de ella.

A monseñor Patrizi la torre no le gustaba. Claro que no era un entendido en la materia. Cuando supo de tal estructura y de sus características, su único pensamiento fue cómo podría resistir el viento con tamaña altura. Cuando lo comentó informalmente con el santo padre, este había hecho mención a la Torre de Babel y la perdición de sus constructores por tratar de abordar los cielos.

Pero a Patrizi no le preocupaba que la torre se cayera o que los obreros comenzaran a hablar en diferentes idiomas. Su interés residía en saber si aquella huelga podría llegar a tener algún efecto pernicioso en el Gobierno francés, actualmente aliado y valedor de la Iglesia ante el mundo, en un momento tan delicado.

Fatigado y convencido de que la huelga no tendría ninguna repercusión que no fuera una mayor demora, ya llevaba un año de

retraso, el cardenal dejó el periódico, se recostó sobre el respaldo y se permitió cerrar unos segundos los ojos.

Últimamente dormía mal. Una vieja pesadilla que creía olvidada había regresado semanas atrás. La primera vez lo había achacado a una cena especialmente abundante, pero cuando se empezó a repetir con más frecuencia acabó por preocuparse.

La pesadilla era siempre la misma. Pastoreaba por un prado un rebaño que en ocasiones era de ovejas y en otra de cabras. Mientras los animales pastaban él se quedaba dormido. Cuando despertaba dentro del sueño, lo hacía sobresaltado. Una opresión en el pecho y el corazón desbocado le advertían de un peligro que era incapaz de identificar. Miraba a su alrededor, donde la noche se había echado encima. El rebaño se mostraba asustadizo y balaba con desconsuelo.

Entonces lo veía. Un enorme lobo negro de pelo enmarañado. Era tuerto. Una de las órbitas estaba vacía y en la otra el globo ocular era amarillo y brillaba entre las sombras. Patrizi se levantaba y cogía un bastón del que se solía servir, dispuesto a defenderse. Sin embargo, el lobo no se mostraba temeroso y, tras mirarlo retadoramente, se adentró en el rebaño y comenzó a diezmarlo. Este por algún extraño motivo, no huía. Los aterrorizados balidos se mezclaban con los espantosos chasquidos que hacía la bestia al destrozar huesos, arrancar carne y masticar vísceras humeantes.

Al cabo de un rato no quedaba ningún animal vivo y el silencio invadía el lugar. En medio de aquella carnicería, temblando de miedo y de rabia, Patrizi continuaba aferrando el bastón, consciente de que no tendría la valentía necesaria para enfrentarse a la bestia. El lobo, con las fauces goteando sangre y el pelo apelmazado teñido de rojo, se volvía hacia él. Aquel rostro demoníaco ya no era el de un lobo. Por un instante, a Patrizi le pareció conocerlo.

En ese momento se despertaba en su cama jadeando y empapado de sudor. La mandíbula le dolía de tanto apretar los dientes y notaba la espalda tensa como la cuerda de un arco. La pesadilla siempre era la misma y siempre se despertaba cuando estaba a punto de reconocer el verdadero rostro de la fiera. Ya no se volvía a dormir en toda la noche.

La pesadilla era tan vívida y horrible que a monseñor le costaba mucho descansar las noches siguientes temiendo que se repitiera. Y se repitió. Una semana después de la primera vez, volvió a soñar lo

mismo al poco de haberse acostado y se presentó a la audiencia de la mañana con el papa León sin haber descansado en toda la noche.

En esta ocasión solo pasaron tres noches hasta que volvió a ver a la espantosa alimaña. Y esa vez fue todavía peor, porque el lobo, justo antes de despertarse, le había sonreído. Una sonrisa que a Patrizi lo había aterrorizado aún más.

¿Qué representaba ese lobo? ¿A quién pertenecía aquella diabólica sonrisa? El cardenal era un hombre cabal, inteligente y reflexivo. No obstante, aunque nunca se le pasaría por la cabeza reconocerlo, creía en las premoniciones. Y aquella anunciaba un desastre.

Todavía con los ojos cerrados, recostado en el sillón sintiendo la brisa en las mejillas recién afeitadas, monseñor recordó una vez más que él no era el único que había tenido una revelación similar. El mismo León la había sufrido unos años antes. Todavía podía recordar el rostro demudado del santo padre, con los ojos abiertos como platos, durante la celebración de la santa misa en su capilla privada.

Monseñor aún no ocupaba el cargo que ahora detentaba, pero había asistido, junto con un puñado de cardenales escogidos, a la íntima celebración y, como todos ellos, se había quedado muy impresionado por la reacción de su santidad. El por entonces secretario de Estado, Ludovico Jacobini, había corrido a interesarse por la salud del pontífice, no en vano esta era reconocida como delicada y él un hombre de avanzada edad, pero León lo tranquilizó mientras se sentaba en un escabel que alguien había traído para él.

Todos habían abandonado las estancias con caras de preocupación, dejando solos al santo padre y al secretario de Estado, que hizo llamar de inmediato al médico personal de León. Algunos de ellos tenían motivos para mostrarse inquietos. El relevo en el sillón de Pedro conllevaba cambios y no siempre para mejor. Estar bendecido por un Papa podía resultar fatídico al llegar el siguiente.

Más tarde corrieron los rumores sobre lo sucedido al pontífice. Según las murmuraciones, el más poderoso boletín de noticias del Vaticano, León había tenido una visión en la cual se le habían aparecido espantosos demonios que blasfemaban y se reían de Dios. En la visión, el mismo Satanás se mostraba desafiante y se burlaba

del Altísimo amenazando con destruir la Iglesia y llevarse a todos al infierno, entrando en batalla con el mismo arcángel san Miguel.

Naturalmente, todos habían apuntado a la edad del pontífice. León ya era septuagenario y aquella alucinación era para muchos una prueba de senilidad. Todos, salvo Patrizi. Él nunca había olvidado el rostro del santo padre ante la aparición y se había tomado muy en serio la advertencia, un aviso del peligro que corrían todos.

Una discreta tosecilla hizo que el secretario de Estado volviera a la realidad. Su secretario personal, el padre Giacomo della Chiesa, había aparecido tan silencioso como de costumbre y anunciaba la presencia del capitán de la Guardia Suiza, el pintoresco ejército vaticano, reminiscencia de unos tiempos en que los Estados Pontificios poseían tierras y soldados.

Con un simple gesto, le dio a entender a su secretario que hiciera pasar al capitán y trató de despejarse, apretándose los ojos con los dedos. Iba a ser una dura jornada. Ya eran cerca de las siete y aún no había preparado la audiencia con el santo padre.

—Eminencia.

—Capitán —saludó Patrizi, invitando al recién llegado con un gesto a que se acercara a la mesa—. ¿Qué le trae por aquí?

—Traigo noticias de Boscoreale —se limitó a contestar el militar, un hombre corpulento, con un cabello más rubio que castaño y unos ojos claros que transmitían tranquilidad y decisión.

Monseñor asintió suavemente al escuchar el nombre del municipio napolitano, animando al capitán de la Guardia Suiza, que se encontraba de pie frente a él recto como una espada, a continuar. Otro quebradero de cabeza.

—Alonzo Luca se encuentra ingresado en el hospital de Nápoles.

—¿Y cómo se encuentra?

—No morirá.

Patrizi volvió a asentir con la cabeza y se sumió en sus pensamientos. Dio por concluida la audiencia, haciendo un leve gesto al militar para que se retirara. Mientras observaba cómo se cerraba la puerta, su mano fue al bolsillo de su sotana, donde tenía una pequeña medalla de san Miguel que manoseaba cuando necesitaba reflexionar.

Alonzo Luca, un vulgar capo de la camorra napolitana que

controlaba el municipio de Boscoreale, pensando erróneamente que tenía más poder del que verdaderamente ostentaba, había calculado mal osando enfrentarse a la Iglesia, y más concretamente a monseñor Patrizi.

La historia había comenzado con un asunto de cuernos. En Boscoreale había un párroco al que le gustaban más las faldas que los rezos. El atolondrado cura no había sido capaz de guardar su miembro viril bajo la sotana ni siquiera cuando la mismísima mujer del capo había ido a confesarse.

En un pueblo napolitano resultaba del todo imposible guardar los secretos, y el camorrista se había enterado de lo que todos en el pueblo sabían: que unos hermosos cuernos lucían en su cabeza.

Alonzo Luca había propinado una soberana tunda a su casquivana esposa y, si no había descalabrado al cura, era porque este por esas fechas se encontraba en Roma.

Nada de todo esto hubiera llegado a oídos del secretario de Estado si no fuera porque el lujurioso párroco resultaba ser un viejo amigo del pontífice. León y él habían compartido sus años de estudio y aún, muy de vez en cuando y cuando la ocasión lo permitía, departían amistosamente un rato.

Ahora, y ante el temor de que el capo camorrista tratara de lavar su honor arrancándole la parte de su anatomía que tantos problemas le causaba, el atemorizado párroco se resistía a volver a Boscoreale y amenazaba con dar cuenta al santo padre de su precaria situación.

Patrizi había tratado de tranquilizarlo, asegurándole que él se ocuparía de solucionar el embrollo y que no era necesario inmiscuir a su santidad, pero la noticia de que el lascivo párroco era amigo personal de León XIII había volado hasta Boscoreale y el cornudo había creído ver abrirse ante sus narices un paraíso de oportunidades.

El secretario de Estado había enviado al capitán de la Guardia Suiza a Boscoreale con el encargo de alcanzar un acuerdo con el mafioso local que posibilitara no convertir en eunuco al párroco pecador. Alonzo Luca, mediante todos los aspavientos posibles y las más amargas lamentaciones, había respondido que su honor exigía el derramamiento de sangre.

Ciertamente un jefe de la camorra que se preciara no podía dejar

pasar un insulto así. Patrizi no habría puesto pegas a que el párroco sufriera una buena paliza, pero el santo padre no vería con buenos ojos la muerte de su amigo, aunque estuviera justificada, y aquello era con lo que amenazaba Luca si no se le compensaba la injuria.

Perfecto conocedor del carácter italiano, no le había llevado demasiado tiempo vislumbrar las intenciones del jefe mafioso. Por supuesto, se trataba de un asunto diplomático. Como secretario de Estado, tenía acceso a los fondos de la Iglesia, pero lo que el capo local pretendía era contar con el apoyo de Roma para extender sus tentáculos, algo que Patrizi, desde luego, no estaba dispuesto a facilitarle.

Al final, viendo que un acuerdo con el cornudo iba a resultar imposible, el cardenal había jugado una peligrosa baza que hubiera preferido evitar: había aceptado una invitación de un importante capo napolitano para asistir al bautizo de una de sus nietas.

Esta clase de invitaciones eran frecuentes, ya que todos los jefes de la Camorra buscaban la legitimación de sus organizaciones mediante el apoyo de la Iglesia, y Patrizi, sistemáticamente y con elegancia para no ofender a aquellos bárbaros, las solía declinar.

Pero en esta ocasión aceptó, para sorpresa de su anfitrión. Tratado como un príncipe durante toda la fiesta, agasajado y adulado, había encontrado el momento para tener una conversación con el *Don* de la provincia, un napolitano apellidado Martinelli, endulzando su oído con palabras de respeto hacia su bondad con la gente, su devoción católica, su probidad y buen hacer, su justicia y equidad para con los que no tenían ni su categoría, ni su sapiencia para los negocios.

Con delicadeza, había dejado caer lo importante que era mantener el orden de las cosas y lo triste que era no conocer cuál es el lugar de cada uno, y la cantidad de gente que trataba de rebelarse ante estas leyes de la naturaleza, como hacía ese Alonzo Luca, que estaba buscando «desordenar lo ordenado», extendiendo su control de los negocios más allá de su territorio.

La conversación había durado unos minutos más, tras los cuales monseñor Patrizi se había excusado y abandonado la fiesta, entre gestos de agradecimiento hacia el honradísimo capo y abuelo del recién bautizado, que se había puesto a los pies de la Iglesia y del santo padre.

Ahora el capitán de la Guardia Suiza le había trasmitido el mensaje que esperaba. Alonzo Luca estaría una temporada en el hospital recuperándose de la paliza recibida, y ese tiempo sería aprovechado por Martinelli para extender su territorio, anexionándose el pueblo de Boscoreale.

Por si acaso, monseñor trasladaría al irredento párroco al territorio donde reinaba Martinelli y cuidaría de que no se metiera en más problemas, o al menos que eligiera con más cuidado donde introducía su inquieto miembro viril.

Nunca había sido un amante de la violencia. Le gustaba mucho más la diplomacia, la batalla dialéctica, derrotar al enemigo con sabias palabras. Como decía aquel poeta inglés: «La pluma es más poderosa que la espada». Pero no se engañaba y comprendía que, en muchas ocasiones, hay mentes demasiado simples como para reconocer otro idioma que el de la sangre.

Con un suspiro de resignación ante tanta estupidez, Patrizi tomó otro periódico, un ejemplar del *New York Times*. Le echó un rápido vistazo, ya que en el campanario habían dado las siete y media y no podía permitirse el lujo de llegar tarde a la audiencia matutina.

Estaba a punto de dejar el diario americano a un lado cuando un titular le llamó la atención: «Brutal asesinato en Whitechapel, Londres».

No era el único titular sobre asesinatos que había podido leer aquella mañana, pero por alguna extraña razón continuó leyendo el artículo.

> *La víctima es una mujer que, alrededor de las tres de la madrugada, fue golpeada por un hombre desconocido y atacada con un cuchillo. La mujer intentó escapar y varias personas en las casas adyacentes escucharon sus gritos de socorro. Sin embargo, nadie le prestó atención y cuando la encontraron al amanecer yacía muerta en otra calle a varios metros de la escena del ataque. Su cabeza estaba casi separada de su cuerpo, literalmente cortado en pedazos, y una herida le llegaba desde la pelvis hasta el esternón. Se trata del tercer asesinato de este tipo que se ha cometido últimamente. La anterior víctima fue apuñalada treinta y nueve veces hace tan solo dos semanas. Otra mujer fue asesinada también dos meses atrás de manera brutal. Las tres*

mujeres pertenecían a la clase social más baja y los tres asesinatos fueron cometidos en el mismo distrito, aproximadamente a la misma hora y con la misma brutalidad inhumana. La policía ha concluido que el mismo hombre ha cometido los tres asesinatos y que el peligroso lunático continúa en libertad. El miedo es intenso en el distrito y las mujeres de Whitechapel temen salir sin protección después del anochecer.

El cardenal pensó distraídamente en ese miedo a salir después de medianoche del que hablaba el artículo. No sería el de las elegantes damas de buena posición, sino el de las desgraciadas prostitutas obligadas a recorrer las oscuras callejuelas para sacarse su sustento.

Lo sorprendente no era que alguien hubiese matado a unas mujeres de la calle. Ocurría a diario en todos los rincones del mundo. Lo verdaderamente extraño era que un periódico americano se hiciera eco de un asunto de esa índole ocurrido en Inglaterra, a casi seis mil kilómetros. A buen seguro tendrían crímenes mucho más cercanos. ¿Por qué le concedían tanta importancia?

La noticia tenía diez días, lo que tardaba el barco en cruzar el Atlántico, y estaba escrita por el corresponsal del periódico en Londres. Ahora que recordaba, había leído algo en los diarios londinenses. Intrigado, dejó el *New York Times* y revisó entre el montón de periódicos hasta encontrar lo que buscaba.

¿Tenemos un maníaco asesino suelto en el este de Londres? Parece como si así fuese. Nada tan atroz, tan diabólico, tan inhumano, o más bien, no humano, como los tres crímenes de Whitechapel que han tenido lugar fuera de las páginas de Poe o De Quincey. El misterio descifrado de Los asesinatos de Whitechapel sería una novela de detectives tan espantosa como Los asesinatos de la calle Morgue. Motivo racional para estos espantosos crímenes no parece haber ninguno. El asesino debe de ser un monstruo.

Según afirmaban los rotativos londinenses, no cabía duda sobre el hecho de que los tres abominables crímenes hubieran sido cometidos por un mismo hombre.

Hay una terrible y significativa similitud entre este dantesco crimen y los dos misteriosos asesinatos de mujeres ocurridos en el mismo distrito en los últimos tres meses. En cada caso la víctima ha sido una mujer de carácter abandonado, cada crimen se ha cometido en las horas más oscuras de la madrugada y, lo que es más importante, cada asesinato ha sido acompañado por una mutilación espeluznante. En el segundo caso, el de Martha Tabram, se recordará que se le infligieron no menos de treinta puñaladas. El primer asesinato, que por extraño que parezca no despertó mucho interés, se cometió en la calle Osborne. La mujer estaba viva cuando fue descubierta, pero inconsciente, y murió en el hospital sin recuperar el sentido y sin tener ocasión de ofrecer una pista que ponga a la policía sobre los pasos de su diabólico agresor. Su asesinato sigue siendo un misterio.

Los británicos no aportaban ningún detalle sobre la identidad del asesino y se despachaban contra la incapacidad de la policía y en especial de su jefe.

La policía no tiene ninguna teoría con respecto al asunto, excepto que existe una pandilla de rufianes en el vecindario que, chantajeando a las mujeres de clase desafortunada, toma venganza con quienes no encuentran dinero para pagarles. Cuando sir Charles Warren haya terminado de pelearse con su servicio de detectives, tal vez ayude a los ciudadanos del East End de Londres a atraparlo.

Los editoriales aprovechaban esta noticia para cargar contra el comisionado, al que tenían entre ceja y ceja desde el año anterior, cuando se produjo el conocido como Domingo Sangriento. Warren se encontraba ahora en la cuerda floja, odiado por los ciudadanos, atacado por los diarios y rechazado por el Gobierno de su majestad.

La prensa no ahorraba descalificaciones al general ni a los hombres que comandaba. El prestigio de Scotland Yard estaba en entredicho, su escasa popularidad reducida a cero y el peligro de revueltas populares era más que evidente.

Para incendiar aún más los ánimos, los diarios británicos hacían hincapié en las terribles condiciones de vida que se daban en el East End. Barrios atestados de inmigrantes judíos, polacos e irlandeses,

donde las mujeres debían vender sus cuerpos para poder sobrevivir, donde la vida no valía nada. Una zona depauperada en la que más de la mitad de los niños moría antes de cumplir los cinco años. Hombres y mujeres alcoholizados que morían de hambre hacinados entre la porquería, la enfermedad y las ratas.

—Eminencia. ¡Eminencia!

Monseñor Patrizi, abstraído en la lectura, levantó la mirada. Frente a él se hallaba el padre Giacomo della Chiesa. Por el gesto extrañado con que lo miraba y su tono de preocupación, imaginó que algo ocurría.

—¿Qué sucede, padre Giacomo? —preguntó con un punto de irritación.

—Eminencia, son las ocho menos cuarto.

—¿Cómo dice?

—La audiencia con su santidad, eminencia. Faltan quince minutos para las ocho —repuso el padre Giacomo, sorprendido—. ¿Os encontráis bien?

—Me encuentro perfectamente —contestó el cardenal, haciendo con la mano un gesto de impaciencia—. ¿Quince minutos ha dicho?

Monseñor Patrizi se levantó de la mesa y, cerrando el último periódico leído, se apresuró a terminar sus abluciones antes de salir precipitadamente de su apartamento y subir al piso superior, donde recorrió largos pasillos hasta llegar a las dependencias de su santidad, el papa León XIII.

Distraído por la visita del capitán de la Guardia Suiza con la solución al problema del párroco lúbrico y más tarde con la lectura de la actualidad en los barrios bajos londinenses, no había tenido tiempo de preparar el resumen que debía presentar al pontífice, por lo que tuvo que aceptar las notas que le ofrecía el padre Giacomo. Por fortuna, no había ocurrido nada especialmente relevante en el mundo durante la última jornada.

Meditabundo, monseñor Patrizi no oyó el sonido proveniente de un campanario cercano, que informaba de que eran las nueve y media de la mañana. Caminaba distraído manoseando la medalla de san Miguel, enfrascado en sus pensamientos. La audiencia con el santo padre había resultado más corta de lo habitual y, una vez liberado de sus deberes, Patrizi había abandonado el Palacio Apostólico y cruzado la puerta de Santa Ana para dejar atrás los muros del

Vaticano antes de llegar al río Tíber y encaminarse hacia la basílica de Santa María de los Ángeles y de los Mártires, donde debía dar misa aquella mañana.

Con su andar absorto, no se percató de que caminaba pegado a los muros del palacio de El Quirinal, antigua residencia de los papas cuando estos aún poseían los Estados Pontificios y que desde hacía una década servía de domicilio a los reyes de Italia, primero a Víctor Manuel y, a la muerte de este, a su hijo Humberto.

León había vuelto a las andadas. Cuando Patrizi hubo terminado de exponer la crónica sobre lo ocurrido la jornada anterior en el mundo y tratado de manera superflua algunos detalles sobre diversos informes que deberían ser analizados más en profundidad, el papa León había comentado con ligereza las noticias llegadas desde Alemania.

Según parecía, monseñor Galimberti, el cardenal aliado de los teutones, consideraba factible la predisposición del canciller Bismarck para con el Vaticano y no descartaba que, junto a su aliado, el Imperio austriaco, forzaran al Gobierno italiano, el otro miembro de la Triple Alianza, a una negociación sobre los Estados Pontificios que le habían sido arrebatados a la Iglesia.

Por supuesto, todo esto no eran más que tonterías nacidas del calenturiento cerebro de Galimberti, pero, a pesar de su irritación, al oírselas repetir al pontífice, Patrizi había tenido que hacer un esfuerzo por mantener la compostura y fingir congratularse con mansedumbre por la buena nueva. Monseñor no había llegado a saber a ciencia cierta si León creía en tales estupideces o simplemente era una trampa que le tendía para estudiar su reacción.

Monseñor Galimberti era un intrigante. Se había visto alejado de la carrera por situarse en el puesto preferente para ser papable que suponía la secretaría de Estado y trataba por todos los medios de recuperar el terreno perdido. Conseguir que Italia devolviera los Estados Pontificios le aseguraría *de facto* ser elegido como sucesor del trono de Pedro. Pero eso no iba a suceder.

Patrizi no podía negar los evidentes logros de su rival. Era reconocida su decisiva gestión para acabar con la *kulturkampf*, la lucha política por los derechos y el autogobierno de la Iglesia católica dentro de las fronteras alemanas. Lamentablemente, este

éxito había despertado en el pontífice vanas ilusiones de recuperar su Estado.

Por fortuna, León pronto se desencantó y comprendió que el paso dado por Bismarck para limar asperezas con la Iglesia de Roma no incluiría forzar a los italianos a devolverle lo que le habían quitado. Iracundo, a la muerte de su secretario de Estado, Ludovico Jacobini, había nombrado sucesor a Ignazio Patrizi contra todo pronóstico, ya que el candidato reconocido por todos era el propio Galimberti.

Al margen de rivalidades personales, Patrizi tenía una pobre opinión de monseñor Galimberti. Obviamente no tenía visión de futuro. Abogaba única y exclusivamente por un pacto con los alemanes que, más allá de permitirles recuperar los Estados Pontificios, supusiera una alianza contra franceses e italianos, a los que el cardenal caído en desgracia consideraba enemigos del Vaticano.

Pero estaba equivocado. Ciertamente Alemania era una potencia en Europa. Y si había un hombre en el Viejo Continente capaz de devolverles las tierras incautadas, ese sin duda era Bismarck. Pero el canciller alemán ni quería ni necesitaba cumplir la voluntad del pontífice. Era reacio a dar más poder aún a la Iglesia y además nadie lo presionaba para hacerlo, ni siquiera el creciente partido político católico alemán, que se mostraba díscolo frente a las exigencias del santo padre.

Cuanto más lo pensaba más convencido estaba. La Iglesia debía olvidarse de una vez por todas de recuperar aquellos territorios de los que había sido despojada. Se encontraban en una encrucijada histórica clave. Los tiempos de un Papa soberano habían acabado. Tocaba reinventarse y la dirección que tomaran determinaría si saldrían reforzados o languidecerían hasta desaparecer.

Debían crecer, aumentar el número de fieles, expandirse, adentrarse en nuevos territorios. El mundo debía percibir que la Iglesia tenía poder para quitar y poner reyes y gobernantes. Debían hacerse respetar y encontrar su lugar en la nueva disposición política, donde cada vez eran más las repúblicas y menos las monarquías. Solo si su influencia en los gobiernos extranjeros era temida podrían sobrevivir. Había millones de cristianos repartidos por el mundo. El Papa, a través de ellos, debía ser capaz de poner y

quitar gobernantes. Nunca más el soberano de un pequeño Estado, sino un determinante poder en la sombra.

Ni León ni Galimberti eran capaces de ver todo esto. Aún seguían anclados a un glorioso pasado que jamás retornaría. Y tampoco eran capaces de comprender una triste realidad: que el Viejo Continente era sobre todo eso, viejo. Nada tenía ya que hacer la anciana Europa frente a los nuevos países que más pronto que tarde dirigirían el devenir del mundo: los Estados Unidos y Rusia, con sus millones de habitantes, sangre nueva que la Iglesia debía acoger bajo su manto.

Rusia estaba en manos de los cristianos ortodoxos, que se mostraban beligerantes con todo lo que oliera a Roma, y mientras el zar Alejandro estuviera en el trono tomar esa plaza se preveía complicado, cuando no imposible.

En cambio, los Estados Unidos era un vergel donde cosechar. Un nuevo mundo, inmenso y en ebullición. Millones de personas a las que convertir en músculo para Roma. Si eran capaces de extender su credo más allá del Atlántico, la voluntad de la Iglesia sería escuchada.

Y para conseguir la llave con la que acceder a ese nuevo mundo, primero debían domar a la nación más poderosa en las últimas décadas. Aquella cuyos barcos cruzaban todos los mares, la que poseía más colonias y era considerada, incluso por sus rivales, motor económico del mundo. Esa nación, ahora en decadencia económica, era el Reino Unido. Y Patrizi tenía motivos para creer que Roma podría conseguir su objetivo.

Una sonrisa torva iluminó el rostro preocupado del secretario de Estado. Le constaba que tanto la reina Victoria como el Gobierno del primer ministro Salisbury estaban preocupados por la misma razón que el cardenal se mostraba optimista: la Iglesia anglicana bajo el mandato de la monarca, al igual que la economía de la nación, estaba en declive. Algunos de sus mejores teólogos y eclesiásticos, deseosos de recuperar las tradiciones más antiguas y en contra de la secularización y del yugo de la emperatriz británica, estaban abrazando el catolicismo.

Por otra parte, el número de católicos llegados desde Irlanda y desde el Viejo Continente había aumentado sustancialmente, y el trato que recibían de manos del gobierno de Salisbury no era de su

agrado; de ahí las recientes revueltas a las que Victoria se estaba enfrentando, que amenazaban con ir a más.

Nunca antes había tenido Roma más llano el camino para extender sus tentáculos a través de las islas británicas. Una reunificación con los anglicanos era posible, aunque no sencilla. De conseguirla, conquistar los Estados Unidos de América debería ser una cuestión de tiempo.

«El auge de la Iglesia de Roma pasa por conquistar esas orgullosas islas», se dijo monseñor mientras se encaminaba hacia la entrada de la basílica de Santa Ana. Por su cabeza pasaban las reflexiones una y mil veces estudiadas y calculadas: la decadencia de la Iglesia de Inglaterra, la invasión de irlandeses católicos que se diseminaban por Londres huyendo del hambre, las iracundas revueltas, el descontento de los marginados contra el Gobierno de su majestad por las durísimas condiciones de vida. Y ahora ese misterioso y salvaje asesino incendiando aún más los ánimos, otro quebradero de cabeza para el primer ministro Salisbury.

Patrizi había llegado hasta las puertas de la basílica, donde aguardaba un sacerdote que se apresuró a besar su anillo. Sumido en sus reflexiones, le dio su bendición con la mano en la que todavía sujetaba la medalla, tocando con la punta de los dedos la coronilla del cura. En su cabeza resonaban aún las palabras leídas:

> *… su cabeza prácticamente separada del cuerpo y una espantosa y profunda cuchillada que la abría desde la pelvis hasta el esternón. La mujer, a la que la policía identificó como Mary Ann Nichols y conocida en Whitechapel como Polly Nichols…*

Capítulo 7

«Los barrios pobres de lord Salisbury»
The Star

Lunes, 3 de septiembre de 1888. Londres

El inspector Frederick Abberline cerró el cajón superior de la cómoda y se ajustó el revólver British Bulldog en la pistolera de cuero que había mandado confeccionar a un habilidoso guarnicionero y que llevaba bajo el brazo izquierdo mediante un ingenioso sistema de correas para que no se moviera, resultase cómoda y se disimulara bajo la chaqueta.

El inspector trató de ignorar la mirada preocupada de su esposa. Emma odiaba aquel trasto de aspecto amenazador, cuya única utilidad era, a su entender, acabar con la vida de otras personas. No le gustaba que su marido la portara y siempre evitaba trastear en el cajón superior de la cómoda de su habitación, fingiendo que, si no veía el arma, esta no existía.

El Bulldog tampoco gustaba a Abberline. El inspector, como antiguo y fino relojero que había sido antes de entrar en la policía, apreciaba la precisión del mecanismo del arma, un revólver con un barril para cinco balas y un cañón corto, fabricado por la Philip Webley & Scott en Birmingham, pero le inquietaba el estruendo cuando, percutido el casquillo, la pólvora explotaba y el arma retrocedía violentamente.

De hecho, Abberline en raras ocasiones practicaba el tiro, que, por otra parte, quizá debido a ese temor al estallido, no se le daba demasiado bien. A cambio, mantenía el arma en un estado impecable. La había desmontado y vuelto a montar, después de limpiar hasta la más minúscula mota de polvo y haberla engrasado minuciosamente en más ocasiones de las necesarias, algo que le resultaba relajante.

Esta antipatía por el arma era la culpable de que el inspector la portara en raras ocasiones. Eran pocos los agentes de la ley que

tenían permiso para llevar armas, únicamente algunos miembros del Departamento de Investigación Criminal y los de la Rama Especial, por lo que no era extraño que los inspectores no llevaran armas de fuego en el curso de sus investigaciones, luciendo como única defensa una corta cachiporra de madera.

Sin embargo, en esta ocasión Abberline había estimado necesario el revólver. No se podía olvidar que regresaba a Whitechapel con la misión de atrapar a un peligroso criminal, o tal vez varios, que podría pertenecer a una banda de las que proliferaban por las calles del East End. En esos oscuros callejones, un hombre poco fornido armado con una cachiporra era una presa fácil en manos de aquellos desalmados, fuera un inspector de Scotland Yard o no.

—¿Vendrás a almorzar, Frederick? —preguntó preocupada Emma, sin dejar de retorcerse las manos.

Abberline miró afectuosamente a su mujer. No le había dicho nada para no asustarla, pero ella no ignoraba los peligros que acarreaba el nuevo caso. Los periódicos no dejaban de llenar sus portadas con los espeluznantes crímenes de Whitechapel, y, aunque ella no los leía, la gente en la calle murmuraba.

No era la única que se mostraba inquieta. Detrás de su esposa, Penny, la criada, fingía estar ocupada, pero a la vista estaba que compartía la inquietud de su señora. La sencilla mujer había visto espantada aquel artilugio que el inspector llevaba en el costado y a buen seguro se estaría preguntando el motivo.

—No creo, Emma —respondió Abberline poniendo cariñosamente una mano sobre el brazo de su esposa—. Me temo que estaré bastante ocupado con la investigación por el asesinato de esa pobre infeliz. Además, hoy continuará la vista. No me esperes a cenar tampoco.

Si Emma se había mostrado preocupada, las palabras de su marido no hicieron sino incrementar su desazón. A ella le esperaba una larga jornada en el domicilio, ya que, como esposa de un miembro de la policía metropolitana, no podía tener un trabajo, y hasta que llegara la noche tendría que ocuparse del almuerzo, que tomarían ella y Penny, de la limpieza y de algunas decisiones sobre las compras, como revisar el género que traerían los pescaderos, carniceros y verduleros a casa.

Pero lo peor serían las solitarias horas vespertinas, cuando las tareas domésticas ya estuvieran terminadas y en su cabeza rondase la incertidumbre de qué estaría haciendo su marido, si estaría en peligro y cuándo regresaría a casa.

Con sentimiento de culpa, el inspector besó a su esposa y se encaminó hacia la puerta. Le había comentado a Emma la promesa de Monro, su recién dimitido jefe, de darle unos días de asueto tras el caso del robo en la mansión del parlamentario. Emma, entusiasmada, había planeado un sinfín de actividades, como la asistencia al teatro para ver la inquietante obra *El extraordinario caso del doctor Jekyll y mister Hyde*. El cambio de planes había supuesto un jarro de agua fría, y Abberline debería compensarla de alguna manera.

En la calle, la lluvia había ofrecido una tregua a los londinenses, que, como hormigas, iban de un lado para otro. Carretas con mercancías de todo tipo, sacos, barriles, cajas de madera y toneles eran tiradas por sufridos jamelgos, junto a coches de punto con dos rocines, ómnibuses de dos y cuatro caballos, coches particulares impolutos con el cochero vestido de librea y cabriolés de un solo tiro. Aquello era el progreso, solía decirse el inspector. Calzadas atestadas y el ruido infernal de los cascos de las monturas y de las llantas metálicas de las grandes ruedas de madera, que se mezclaban con los gritos de los vendedores ofertando sus mercancías, las discusiones y otros síntomas de que la ciudad estaba viva.

Abberline dejó pasar un par de coches y levantó la mano al ver llegar a un cabriolé. La temperatura era agradable y la lluvia había cesado, lo que convertía a los cabriolés de dos ruedas en una alternativa más apetecible que los grandes y a menudo malolientes coches de punto, con sus cuatro ruedas que dificultaban el giro por las estrechas calles.

Además, tenía otro motivo para escoger un cabriolé. Hacía casi un año que no pisaba Whitechapel, y había pensado que sería una buena idea tomar contacto con el barrio antes de adentrarse en la investigación. Ver cómo respiraba el East End, lo que había cambiado, reconocer viejos lugares, las zonas por las que había hecho las rondas y a los maleantes. Tomar el pulso al distrito. Y para eso nada mejor que coger uno de aquellos pequeños y abiertos

vehículos desde donde estudiar el entorno.

Al cochero no le hizo mucha gracia saber el destino que pedía su cliente. Cuidaba más su cabriolé que a la niña de sus ojos y trataba a toda costa de evitar merodear más al este de la City. Poniendo mala cara y murmurando entre dientes, fustigó a su montura y dio un giro abrupto al carruaje para volver por donde había venido.

—Vaya más despacio —exigió Abberline cuando comenzaron a pisar las primeras calles de Spitalfields.

El inspector se había dado cuenta de la desgana con la que el cochero había acogido el destino ordenado y de su intención de volverse cuanto antes a lo que seguramente consideraría territorio más civilizado, para lo cual había llevado al trote al pobre caballo atizándolo con el látigo sin contemplaciones.

—¿Dónde quiere que lo deje, señor? —preguntó el cochero desde el pescante, que en los cabriolés se situaba por detrás de la cabina, a suficiente altura como para que el cochero pudiera dirigir la montura.

—Vamos a dar una vuelta por las calles.

—¿Cómo ha dicho, señor? —dijo el cochero, alarmado.

—He dicho que daremos una vuelta. Yo le iré indicando.

La presencia de un solitario policía en un coche abierto y sin uniforme recorriendo Whitechapel podría ser considerada una temeridad por cualquier persona mínimamente sensata. Sin embargo, Abberline estaba tranquilo. A plena luz del día, ningún maleante se atrevería a tomarla con él. Los habitantes de aquel barrio podían parecer brutales, pero no eran estúpidos. Atacar a un policía nunca salía barato.

El cochero maldijo su suerte lo bastante alto como para que su cliente lo oyera, pero el inspector tenía otras cosas en las que pensar. Sentía de nuevo el pálpito de la zona más degradada de aquella ciudad, una de las más grandes del mundo.

Dos mundos en una misma ciudad. Por un lado, la City, con sus limpias calles bien pavimentadas, iluminadas con hermosas farolas eléctricas, repletas de elegantes bancos y caros comercios con escaparates en los que se paraban pudientes comerciantes, estiradas damas, banqueros, políticos y cuantos tenían allí sus negocios.

Y por el otro, las calles estrechas, sucias, a las que les faltaban adoquines, iluminadas con viejos faroles de gas, con gentes

encorvadas, malcaradas y peor vestidas, niños famélicos y de rostro tiznado por el hollín, en las que los comercios no tenían bonitos escaparates ni apetecibles mercancías.

Whitechapel, además de un almacén de miseria, paro, vicio y depresión, era la buhardilla de Londres, donde se almacenaba todo lo necesario para que el corazón de la ciudad latiera, pero sin que quedara a la vista. Allí malvivían buhoneros, deshollinadores, exterminadores de plagas, mozos de cuerda, de almacén y de cuadra, carreteros, abrecoches, estibadores, quincalleros, modistas, vendedores ambulantes, chatarreros, barrenderos, pintores, tramoyistas… Y junto a ellos, y viviendo a su costa como parásitos, aventureros, timadores de cartas y dados, ventajistas, buscavidas, delincuentes, mendigos y prostitutas.

Bajaron por Commercial Street, por el mercado de Spitalfields, hasta llegar al cruce con Flower & Dean, calificada como una de las calles más infames y peligrosas de la metrópoli, donde el cochero hizo un amago de negarse a entrar. La voz perentoria del inspector le dio a entender que él no era de esos a los que se puede amedrentar.

Pasaron por el cruce de Osborn Place con Brick Lane, donde había sido atacada Emma Smith, la mujer que había fallecido al día siguiente de su brutal agresión a causa de las heridas. Abberline no perdía ojo a los detalles. Por supuesto, nada hacía recordar el asalto que había sufrido la pobre mujer meses atrás.

Era todavía muy pronto, pero ya había por la calle algunas prostitutas buscando clientes mañaneros, mujeres con cara de no haber descansado en toda la noche, bolsas oscuras en los ojos, cabello desgreñado y que lanzaban espantosas sonrisas que dejaban vislumbrar oscuras cavernas donde debería haber dientes.

En un portal, al comienzo de un callejón por donde apenas podrían pasar dos personas hombro con hombro, un tipo apoyado silbó al paso del cabriolé. Abberline no consiguió reconocer al individuo, pero este sin duda lo había reconocido a él y había avisado mediante el silbido a sus secuaces, dondequiera que estuvieran cometiendo algún tipo de fechoría, de que la poli andaba cerca.

Continuaron por Osborn Place hacia Whitechapel Street pasando por George Yard, donde había aparecido Martha Tabram, asesinada

de treinta y nueve puñaladas. El cochero, cada vez más enfadado, no dejaba de lamentar haber visto la mano alzada del inspector requiriendo sus servicios.

Llegaron a Whitechapel Road cruzando por delante del Hospital de Londres, donde se veía una enorme cantidad de gente. Brazos en cabestrillo, vendas en diversas partes del cuerpo, personas apoyadas en muletas, todos entrando y saliendo del pestilente edificio. El cochero, ante el pavor del contagio, había azuzado al caballo y Abberline le tuvo que decir de nuevo que aflojara el paso.

Realmente el barrio no había cambiado tanto en su ausencia, se dijo el inspector mirando a un lado y otro: vendedores ambulantes, mujeres haciendo la calle o vendiendo flores y baratijas, borrachos, niños famélicos, golfos, gente sin hogar sentada sobre pequeños fardos que eran el total de sus pertenencias. Miseria, dolor, falta de esperanza y de futuro. Perdedores a los que la vida hundía inmisericorde para que no pudieran salir a la superficie a respirar.

En una esquina, Abberline se quedó mirando a un tipo que estaba atracando a un pobre viejo al que quería quitar algo que el hombre defendía con sus escasas fuerzas. El tipo de pronto dejó en paz al viejo, como si hubiera visto llegar al inspector. Sin embargo, lo había pillado de espaldas, por lo que no habría podido ver llegar el cabriolé. Alguien lo había avisado. Abberline miró hacia todos lados hasta cruzar la mirada con la del «Hurón», un especialista en desvalijar casas.

El Hurón lo miraba con una sonrisa desdeñosa. Había reconocido al inspector y sin duda había sido él quien había avisado al tipo que estaba atracando al viejo y que ya desaparecía por un callejón lateral. Abberline aguantó unos instantes la mirada al Hurón y la retiró, enviándole un mensaje de que él también lo había reconocido, pero que no le resultaba interesante en ese momento.

El cabriolé continuó dirigiéndose hacia el este mostrando al inspector la misma miseria de la que había logrado escapar un año antes al ser destinado al Departamento Central. Tipos parados en la calle con cara de satisfacción porque habían conseguido llenar la panza, en una felicidad primaria más acorde a las bestias que a las personas. Tipos desesperados porque aún no habían logrado llevarse algo a la boca. Todos sucios por el hollín que lo manchaba todo y se metía por cualquier hueco.

Aquellos hombres no temían a Dios, pensó el inspector, tampoco al infierno. Llevaban demasiados años viviendo en él. ¿Cómo podrían temer a la ley o a la policía?

La desesperación se respiraba en cada esquina. Madres que no podían dar de comer a sus críos. Mujeres que serían esclavizadas por maridos alcohólicos que las maltratarían sin que pudieran hacer nada, ya que, si denunciaban y los apresaban, ¿quién traería dinero para llenar el puchero? Sin recursos, aquellas desgraciadas y sus hijas terminarían empinando el codo y cayendo en la prostitución con once, trece, quince años.

Abberline había conocido a más de un marido que, desesperado por no conseguir trabajo ni dinero para alimentar a su prole, había decidido matar a toda su familia y esperar tranquilamente a que la policía lo encerrara.

Todo aquello era el infierno de Whitechapel, un lugar en el que, en muchas ocasiones, la muerte suponía un descanso. Allí la gente vagaba por la calle o se sentaba en los zaguanes de los portales durante horas sin nada que hacer ni sitio donde ir. Y por las noches era aún peor. Entonces erraban como muertos vivientes entre las sombras, azuzados por la policía para que no se asentaran en ningún sitio y continuaran su fantasmal deambular.

—Gire a la izquierda —ordenó el inspector.

El cochero, de muy malas pulgas, tiró de las riendas, enfiló el caballo hacia el callejón que se abría al costado y se adentraron en Buck's
Row, donde había aparecido muerta Mary Ann Nichols, alias Polly. El callejón era como otros muchos; no parecía haber sido el escenario de un asesinato. Abberline miró hacia los lados y tomó nota mental de cuanto observaba. En una de las ventanas, cerca del punto exacto donde había aparecido Polly, una vieja contemplaba el elegante cabriolé y al verse observada desapareció tras una cortina.

Desalentado, Abberline golpeó con el puño en el techo.

—Lléveme a la comisaría de Commercial Street.

El cochero suspiró aliviado.

—Buenos días, inspector Abberline —dijo el sargento de guardia de la División H, un hombre de anchos hombros y enormes bigotes, situado tras un mostrador a la entrada de la comisaría—.

Bienvenido de nuevo.

—Gracias, sargento Badham. ¿Está el superintendente Arnold?

Pese a ser la comisaría más grande de la zona de Whitechapel, no se veía demasiado movimiento en su interior. Los agentes de servicio estarían pateando sus zonas y, a no ser para traer a algún detenido o por algún otro motivo de peso, no podían abandonar las rondas y merodear por las instalaciones, no hasta que el largo servicio de doce horas hubiera concluido.

—En su despacho, señor. Lo aguarda.

Tras dar las gracias, Abberline fue en busca del superintendente. El inspector había tenido que dejar una buena propina al cochero del cabriolé que lo había llevado hasta allí, a pesar de lo cual el hombre no había mejorado su humor. El paseo por lo peor del East End lo había puesto muy nervioso. Incluso había sacado a pasear el látigo con el que fustigaba al caballo cuando en Old Montague Street, cerca de la morgue donde aún aguardaba el cadáver de Mary Ann Nichols, un grupo de críos había abordado el coche para pedir unas monedas.

Frederick Abberline conocía de sobra los trucos que acostumbraban a utilizar aquellos mocosos con las pocas personas pudientes que osaban entrar en aquel barrio y que tenían la feliz ocurrencia de abrir el monedero en busca de algún penique suelto que arrojarles, por lo que no tuvo nada que objetar cuando el cochero hizo silbar el látigo y los chavales salieron corriendo en estampida, quejosos de haber perdido una ocasión para hacerse con una buena bolsa.

Sorteó un par de desvencijados bancos, anclados al suelo del largo y estrecho pasillo, en los que esperaban a ser atendidas dos mujeres, sin duda miembros del Ejército de Salvación, para exponer alguna de sus innumerables quejas, y un hombre con un ojo morado y medio cerrado que estrujaba su gorra entre las manos. Saludó a dos agentes a su paso, un veterano al que ya conocía y un recién llegado, que se las tenían tiesas tratando de separar a tres prostitutas, a cada cual más bebida, de un tipo que tenía pinta de ser su chulo.

Mientras recorría el pasillo, Abberline se fijó en el estado de su antigua comisaría. Prácticamente nada había cambiado, si acaso algunos desconchados más en el techo y unos lamparones en las

paredes de incierto color. Siendo de día, no era necesaria la iluminación artificial, pero no pudo evitar darse cuenta de que esta seguía consistiendo en antiguas lámparas de gas. La mágica electricidad aún no había llegado a la División
H.

El inspector intercambió saludos con más policías uniformados que realizaban diversas gestiones antes de regresar a la calle y con algunos otros vestidos de paisano que pertenecían al Departamento de detectives local. La mayoría le devolvió el saludo con alegría y respeto, pero otros se limitaron a hacer un gesto con la cabeza. Abberline había pasado catorce años destinado en aquella comisaría. Era normal que no todos se alegraran de volverlo a ver por allí.

—Pase, Abberline —dijo el superintendente, que, tras señalar un asiento delante de su mesa, añadió—: Bienvenido de nuevo.

—Gracias, señor —contestó el inspector tomando asiento.

—Le han preparado un despacho. Los inspectores Moore y Andrews se instalarán en el despacho del Departamento de Detectives. He dado instrucciones a mis hombres para que muestren la máxima colaboración. Tengo entendido que la vista sobre la mujer continúa hoy, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—En ese caso no lo entretendré más —repuso el superintendente a modo de despedida—. El inspector Edmund Reid lo espera para ponerle al corriente del estado de la investigación.

Abberline abandonó el despacho, anduvo unos metros más hacia el fondo y tocó de nuevo con los nudillos en una puerta en la que se podía leer en una placa de latón: DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN CRIMINAL DIVISIÓN H. Desde dentro alguien dijo «Adelante», y el inspector abrió la puerta. En la espaciosa sala había varias mesas llenas de papeles, una pizarra grande en una pared, algunas fotos expuestas y diverso material de escritorio. Dos de las mesas se encontraban ocupadas, una por un antiguo compañero de Abberline y el otro por un desconocido.

—Hola, Frederick —saludó el primero sin levantarse de la mesa ni hacer ademán de estrecharle la mano.

—Hola, Walter —contestó Abberline aceptando la frialdad del recibimiento.

Walter Beck llevaba destinado varios años en el Departamento Local de Whitechapel. Odiaba el barrio y su sueño era acabar en el Departamento de Investigación Criminal central, donde, según él, se investigaban los casos que de verdad merecían la pena. Más veterano que Abberline, había recibido con disgusto que los jefes escogieran a este en vez de a él al producirse una vacante en Scotland Yard y explicaba a quien quisiera escucharlo que el único mérito del inspector era inclinar sumisamente la cabeza ante los jefes.

Por supuesto, estos comentarios habían llegado a Abberline, que se los había tomado con tranquilidad. Walter Beck no era un mal policía, pero no era tan brillante como se consideraba a sí mismo. Nunca llegaría al Departamento Central y, como mucho, con los años ascendería a inspector jefe local.

Pero Abberline no podía indisponerse con nadie en esos momentos. Necesitaría de la colaboración de todos y si para lograrla debía dejar pasar ciertas cosas, lo haría. Beck no sería el único que lo acogería con frialdad, incluso con cierta animosidad.

—Inspector Abberline. Es un placer tenerlo con nosotros.

El que lo saludaba formalmente, rodeando la mesa para estrecharle la mano, era el desconocido, el inspector Edmund Reid, un hombre con aspecto agradable, cabello que ya raleaba y que lucía un bigote de afiladas puntas. Era de baja estatura, tanto que Abberline se preguntó cómo podría haber dado la altura mínima para entrar en la exigente policía metropolitana.

—Lo mismo digo, inspector Reid —respondió Abberline apretando la mano que se le ofrecía.

La intensidad en el apretón de manos de Reid gustó al inspector. Ni floja que indicara desinterés, ni al estilo de un tornillo de carpintero como para intentar imponerse. Era un apretón profesional, de un policía al que seguramente no le gustaría que alguien de fuera llegara para entrometerse en su investigación, pero que ofrecería toda su colaboración para llevarla a buen puerto, pues a la postre era de lo que se trataba.

—Tiene un despacho preparado, inspector Abberline —dijo Reid señalando la puerta de entrada—, pero si le parece podríamos sentarnos en mi mesa, donde tengo amontonados los informes.

—Por supuesto, inspector —contestó Abberline apartando la

silla situada frente al escritorio para tomar asiento. Entablar buenas relaciones era uno de sus puntos fuertes—. Llámeme Frederick, por favor. Creo que vamos a estar una temporada juntos. ¿Puedo llamarlo Edmund? Gracias.

El inspector Beck no pudo con tanta cortesía y, dando un resoplido, abandonó el despacho.

—Si le parece, vayamos al grano —dijo Reid tras cerrarse la puerta y sin hacer ningún esfuerzo por justificar la actitud de su compañero.

—Se lo agradeceré. No tenemos demasiado tiempo antes de que el juez Baxter retome la vista.

—Primer caso —empezó Reid tomando una carpeta de cartón escasamente poblada con los informes de la mujer asesinada meses atrás—. Emma Elizabeth Smith, de cuarenta y cinco años. Debo decir que no es la primera prostituta asesinada, ni mucho menos, como usted sabe perfectamente. Pero el hecho de su encarnizamiento es lo que nos ha llamado la atención. Viuda con dos hijos a los que no veía nunca, alcohólica. Asaltada en el cruce de Osborn Street con Brick Lane. Volvió a la pensión de George Street, donde vivía con una espantosa herida y la tuvieron que llevar al Hospital de Londres, donde murió al día siguiente.

Abberline conocía los casos, pero dejó que Reid continuara la exposición para ver si le llamaba la atención algún detalle.

—No sabemos mucho más —admitió este—. Cuando llegamos al hospital, la mujer ya había fallecido. El cirujano que la atendió, el doctor George Haslip, nos contó que la mujer había llegado sin sentido, habiendo perdido mucha sangre y con terribles heridas en sus partes, causadas a su parecer por un objeto contundente, no un cuchillo, que le habría sido introducido a la fuerza por sus partes pudendas, lo que causó una peritonitis y, posteriormente, la muerte.

—¿Antes de llegar al hospital la mujer habló con alguien? ¿Contó qué es lo que le había ocurrido?

—Las primeras declaraciones decían que, al parecer, Smith había contado a su casera que la habían asaltado entre dos y cuatro hombres y que uno de ellos podría ser un muchacho —dijo Reid alargando las palabras como si nada de aquello lo convenciera—. Interrogué personalmente a la patrona, una vieja muy desagradable, si me disculpa la expresión, a la que no le gusta en absoluto la

policía y poco dada a colaborar.

Algo típico en el East End, se dijo Abberline.

—Según pude sonsacarle, la fallecida le contó que los atacantes habían sido dos y no recordaba nada de que uno de ellos pudiera ser un muchacho.

—¿No había dicho que habían sido entre dos y cuatro atacantes?

—Eso le pregunté, pero se mantuvo firme. Smith le había dicho que eran dos hombres. También me dijo, antes de cerrarme la puerta en las narices, que Smith había llegado muy borracha, así que no daba crédito a sus palabras. Me temo que no sacamos en claro nada del resto de los interrogatorios, de ahí que el expediente sea tan liviano. Aquí tiene el informe de la autopsia.

Abberline tomó el informe y le echó un vistazo mientras atendía las explicaciones del inspector Reid, que seguía desgranando toda la información reunida en la investigación: vida de la víctima, sus últimos días, familiares, amigos, fotografías del lugar del crimen y de la pobre desgraciada, sospechosos, pertenencias que portaba en el momento de la agresión, declaraciones de los testigos…

—El veredicto —concluyó Reid cerrando la carpeta—: asesinato cometido por alguna de las pandillas que vagan por la zona aterrorizando a los vecinos.

—No se esforzó demasiado el jurado.

—Digamos que tenían prisa por cerrar el caso —confirmó Reid tomando otra carpeta, algo más rellena—. Siguiente caso: Martha Turner, conocida como Martha Tabram. Treinta y nueve años. Casada. El 6 de agosto, hacia las tres de la madrugada, un cochero que regresa a casa descubre un cuerpo en los edificios de George Yard en Spitalfields en el descansillo del primer piso. Creyendo que se trata de un borracho, pasa de largo, y dos horas más tarde un vecino llama a la policía al ver un charco de sangre al lado del cuerpo.

—¿Algún vecino utilizó la escalera antes de las tres de la madrugada que pudiera acotar la hora del asesinato? —preguntó Abberline.

—En efecto. Un residente en el edificio asegura que bajó sobre las dos para dirigirse al puerto a trabajar. Según manifestó en su declaración, a dos calles de allí se dio cuenta de que se había olvidado una de las herramientas que usa para descargar los sacos

de los barcos y tuvo que regresar a por ella, así que pasó tres veces por la escalera sobre esa hora y no había ningún cuerpo.

—Eso implica que la mujer murió entre las dos y las tres de la madrugada.

—Exactamente —dijo Reid extendiendo otro informe de autopsia—. El doctor Killeen llevó a cabo la autopsia y afirma que el asesino habría asestado treinta y nueve puñaladas que podrían haber sido infligidas por dos armas distintas.

—¿Un asesino que usa dos armas o dos asesinos?

—Es lo que nos preguntamos —dijo Reid estirando de una de las puntas del bigote—. Curioso cuando menos, ¿verdad? Dos armas, en el caso de Smith al menos dos personas… La mujer, una prostituta de las que se trabajan a los soldados, había estado con otra compañera en un *pub* donde habían conocido a dos soldados y cada una se había llevado a uno de ellos. La compañera, una tal Mary Ann Connelly, tardó varios días en presentarse. Al parecer tenía miedo a posibles represalias. Ya sabe usted cómo es la gente en este distrito.

Claro que Abberline sabía cómo eran los habitantes del East End. Recelaban de la policía y nunca veían nada, escuchaban nada ni sabían nada. Si sabían que la policía quería hablar con ellos, gozaban de una increíble facilidad para esfumarse, por lo que no era extraño que la tal Connelly hubiera pasado varios días desaparecida.

—Llevamos a la mujer a revisar la guarnición de la Torre de Londres para ver si reconocía a alguno de los soldados. Al principio dijo que no era ninguno de ellos, pero, cuando la presionamos para que lo volviera a comprobar, señaló a dos. Confirmamos fuera de toda duda que los dos señalados no tenían nada que ver, ya que aquella noche ambos estaban de servicio en la Torre.

—Los señaló para poder largarse —apuntó Abberline.

—Sin duda —confirmó Reid, alzando las cejas en señal de impotencia—. El caso es que los soldados con los que habían estado las dos mujeres se presentaron por propia voluntad. Reconocieron haber estado con ellas, y el que se había ido con la víctima aseguró haberla dejado con vida cerca de Finch Street, antes de regresar al cuartel donde debía presentarse junto a su compañero a medianoche. Lo hemos comprobado, y es cierto.

—Por tanto no han podido ser los soldados —reflexionó Abberline—. La mujer se encontró con su asesino más tarde.

—Si terminó su trabajo con el soldado antes de que este se reintegrase en su guarnición, aún tuvo tiempo de buscar algún otro cliente.

—Habrá que interrogar de nuevo a los testigos y a la tal Connelly. A esas horas en los edificios George Yard hay mucho movimiento. Alguien tuvo que oír o ver algo.

El inspector Reid asintió con la cabeza y continuó resumiendo el detallado informe de la investigación, tal y como había hecho con la exposición del caso de Emma Smith. Al terminar con la última hoja concluyó:

—El veredicto fue asesinato por persona o personas desconocidas.

Abberline lanzó una mirada al reloj situado a su espalda. Todavía quedaba algo más de una hora para que diera comienzo la vista por el caso Nichols y quería prepararse bien antes de entrar en la sala. Por si acaso trataría de no perder la noción del tiempo: el juez Baxter era conocido por ser intransigente con la impuntualidad. Si llegaban tarde, Baxter era muy capaz de prohibirles la entrada.

—Mary Ann Nichols, alias Polly —dijo Edmund Reid, cogiendo el siguiente expediente—. También prostituta. Cuarenta y tres años. Casada y con cinco hijos. No vivía con ellos. Según el marido, la había abandonado por su alcoholismo y por dedicarse a la prostitución para conseguir dinero para beber. Sin embargo, el padre de la víctima asegura que el marido se lio con una vecina con la que convive desde que Mary Ann abandonó el hogar.

—¿Podría tener algo que ver el marido?

—No lo creo. Llevaban más de siete años separados y tres sin verse. Al principio el marido le pasaba dinero a Mary Ann, pero ya hace tiempo que lo dejó de hacer, aduciendo que la mujer ejercía la prostitución, y el juez le dio la razón. Aparte de los hijos, dos de los cuales, los más mayores, viven con el padre de Mary Ann y los otros tres con el marido y la nueva mujer de este, parece que nada más les une.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Sobre esto al principio hubo algo de confusión. Parece ser que

un carretero, un tal Charles Cross, que pasaba por allí sobre las tres de la madrugada, encontró lo que pensaba que era un fardo de ropa. Al ir a mirar, se dio cuenta de que se trataba de una mujer. En ese momento apareció otro trabajador del mercado de Spitalfields, Robert Paul, y ambos fueron a buscar a un patrullero. Instantes después apareció el agente John Neil, que cumplía su ronda; él se encontró con el cuerpo. Posteriormente llegaron los agentes Thain y Mizen, este último avisado por los dos trabajadores del mercado.

—¿Quién interrogó a esos hombres?

—El inspector Spratling, que llegó sobre las cuatro y media al lugar.

Reid, viendo que Abberline no tenía más preguntas, continuó con la explicación:

—Los agentes fueron en busca del doctor Llewellyn, que reside cerca, el cual certificó la muerte y señaló que no llevaría más de media hora muerta. Ordenó su traslado a la morgue. Hay algo extraño en esto.

Abberline levantó la cabeza del informe de la autopsia que estaba leyendo.

—El doctor Llewellyn —explicó Reid— no se dio cuenta del alcance de las lesiones. En el examen, en el lugar donde apareció el cuerpo, apreció dos cortes en la garganta muy profundos que iban de un costado a otro, pero no vio las heridas que el asesino le había hecho en el abdomen. Fue después, en la morgue, cuando se percató de la gravedad de la agresión. Según él, el lugar estaba demasiado oscuro para poder examinar el cuerpo con precisión.

—Veo en el informe del doctor Llewellyn que había muy poca sangre: «Una copa y media de vino» —dijo Abberline mostrando los papeles—. También dice que el cuerpo pudo ser trasladado hasta allí.

—Sí, ya lo he leído —repuso Reid arrastrando las palabras.

—¿No está de acuerdo?

—Hablé con los tres agentes. Coincidían con Llewellyn en que la calle estaba muy oscura y que no se podía ver prácticamente nada. Lo he comprobado personalmente, y la única iluminación es una farola de gas en el extremo opuesto de la calle.

—Así que no pudieron cerciorarse de la cantidad de sangre derramada…

—Eso es. Dieron por buena la versión del médico de que la mujer había sido degollada, sin otras lesiones. Imaginaron que se trataba de un asesinato producto de alguna pelea, ajuste de cuentas o extorsión y no tomaron medidas para preservar el escenario. Fue en la morgue, al proceder a la autopsia, cuando el doctor Llewellyn se percató de las heridas en el abdomen y de la bestialidad del crimen. Pero para entonces ya se había limpiado la calle y no quedaba ningún resto de sangre ni de otro tipo de indicios.

—¿Habían limpiado la sangre? —preguntó Abberline sorprendido—. ¿Por orden de quién?

—Fue iniciativa de los propios agentes —repuso escuetamente Reid.

Abberline se imaginó lo sucedido: otra prostituta asesinada, un reguero de sangre perturbando la paz de los vecinos, un médico molesto por haber sido sacado de la cama y unos patrulleros cansados de estar toda la noche cumpliendo la misma ronda cada veinte minutos. Ante esta situación, los agentes, una vez retirado el cadáver, habrían optado por borrar cualquier huella que atrajera, como la miel a las moscas, a los vecinos sedientos de morbo. Nunca se sabía. El East End era un polvorín, y cualquier incidente podía convertirse en la mecha que lo hiciera explotar.

Al fin y al cabo, se trataba de una vulgar prostituta, se justificarían todos, de las que había más de mil en aquel barrio. ¿Quién la iba a echar de menos? En el East End, el promedio de vida era de treinta años frente a los cincuenta del West End, la zona rica de Londres. La gente moría de tisis, viruela, sarampión, hambre o de una paliza. Más de uno pensaría que morir asfixiado era más caritativo que hacerlo enfermo, tosiendo sangre, ardiendo por la fiebre o hambriento, todo esto en medio de una larga agonía.

—Eso quiere decir que nadie sabe cuánta sangre se derramó —resumió Abberline retomando la conversación.

El inspector Reid guardó un silencio revelador. Poca sangre podía significar que la mujer había sido asesinada en otro lugar y que la habían trasladado hasta allí. Algo muy arriesgado para el asesino, sin duda, ya que podía ser descubierto arrastrando el cuerpo. Pero ahora sería difícil saberlo con certeza.

—Según el informe del doctor Llewellyn —dijo Abberline cambiando de tema—, el asesino podría ser zurdo.

Aquello, de ser cierto, podía ser una buena pista.

Abberline vio cómo Reid se masajeaba el mentón, como si no estuviera muy convencido.

—¿No está de acuerdo?

—Verá —dijo Reid mostrando una notable cautela—, el doctor piensa que la víctima daba la espalda a su asesino y que este la estranguló desde atrás para luego rajarle el cuello de derecha a izquierda, lo que sería lógico en un zurdo…

—Y usted no lo ve así…

—Como le expliqué al superintendente Arnold, y por supuesto es una simple teoría mía, el asesino tal vez se vio de frente con ella, le echó las manos al cuello y la estranguló. No tiene golpes en la cabeza, lo que me lleva a pensar que no se desplomó, sino que el asesino la dejó con cuidado en el suelo, tal vez para no hacer ruido. Parcialmente de costado, podría haber hecho los cortes con la mano derecha.

Abberline no dijo nada, pero estaba de acuerdo con Reid. Resultaba mucho más fácil estrangular a una persona de frente que de espaldas. Además, si le había quitado la vida de esa manera, el corazón ya no bombearía, con lo que desaparecería la presión arterial y la cantidad de sangre derramada sería muchísimo menor que si la hubieran degollado viva.

Al inspector le agradaba ver que Reid respondía a la buena fama que tenía.

—Veo que el doctor Llewellyn descarta que este crimen tenga algo que ver con los otros dos —dijo Abberline—. En su opinión, las armas utilizadas son diferentes y el tipo de lesiones no concuerdan.

—Es una opinión muy extendida —repuso Reid con voz neutra.

—Que usted no comparte…

Reid se encogió de hombros con una sonrisa burlona. Llevaba muchos años al pie del cañón como para no poner en duda las versiones oficiales.

—Nadie quiere tener en la calle a un asesino de tres mujeres. Es mejor pensar que los asesinatos no tienen relación entre sí. Un solo asesino dispararía la alarma entre la población. En Londres mueren todos los años muchas prostitutas de forma violenta. A la gente no le sorprende. En cambio, un único criminal matando mujeres…

—¿Y qué le lleva a pensar que se trate de un único criminal?

—No lo sé —confesó Reid—. Tal vez las horripilantes heridas infligidas. Hemos visto muchas mujeres muertas, pero nada con esta violencia y en tan poco espacio de tiempo. Digamos que es un pálpito.

—En cualquier caso, es un pálpito compartido —aseguró Abberline, depositando el informe de la autopsia sobre la carpeta abierta en la mesa—. La brutalidad de los ataques y la ausencia de indicios sugieren cierta premeditación. Las tres mujeres fueron abordadas sin testigos. Nadie vio ni oyó nada de nada en un barrio superpoblado. Yo también creo que nos enfrentamos a un único criminal.

Abberline se puso en pie y comenzó a andar de un lado para el otro pellizcándose el mentón con dos dedos pensando en el siguiente paso, mientras Reid guardaba un respetuoso silencio. Al final Abberline echó un vistazo al reloj y chasqueó los dedos. ¡Quedaban menos de veinte minutos para que diera comienzo el juicio!

—Quiero una lista con todos los carniceros, matarifes, médicos, cirujanos y cuantos trabajan en la morgue. Hay que volver a interrogar a todos los testigos: la casera de la pensión donde vivía Emma Smith y el médico que la atendió al llegar al hospital. Los soldados que estuvieron con Tabram y su compañera y a esta, a quienes encontraron su cadáver y al resto de vecinos del edificio, a los que encontraron a Mary Ann Nichols. Quiero interrogarlos personalmente. Quiero verles las caras. También volveremos a interrogar a todos los agentes que hayan estado implicados: los que estuvieron con las víctimas y los que estaban de ronda en el lugar de los hechos. Lo mismo con los médicos que certificaron las muertes y los que llevaron a cabo las autopsias.

El inspector Reid seguía con dificultad toda la lista de personas que el inspector Abberline quería investigar, apuntando en su libreta línea tras línea. Aquello les llevaría semanas. Y Abberline continuaba dictando.

—Vamos —dijo el inspector en cuanto Reid hubo terminado de tomar las últimas notas, cogiendo el sombrero de hongo y la chaqueta que había dejado colgada en un perchero—. Tenemos que correr. No quiero que el juez Baxter se irrite con nosotros más de lo que acostumbra.

Abberline abrió la puerta del despacho y salió, seguido de cerca por el inspector Reid. En la sala de guardia había un gran escándalo: unos agentes habían detenido a un buen número de camorristas implicados en una reyerta en la que al menos uno de ellos había salido mal parado. Guiados por el sargento de guardia Badham, los agentes trataban de poner paz, procurando mostrarse conciliadores, pero porra en mano.

Los dos inspectores no perdieron un instante y salieron de la comisaría a la carrera en busca de un coche que los trasladara hasta el Instituto de los Jóvenes Obreros, donde se celebraría la vista.

Capítulo 8

«Un réprobo, mitad bestia mitad hombre, anda suelto»
The Star

Lunes, 3 de septiembre de 1888. Vaticano

Solo con enorme esfuerzo el secretario de Estado conseguía mantener un rostro hierático y aparente atención a la diatriba de León XIII. En realidad, Ignazio Patrizi prácticamente no escuchaba nada de lo que decía el Papa. Tampoco importaba demasiado. Nada nuevo podría añadir el pontífice sobre el tema que le obsesionaba: su derecho a tener un estado propio, con su ejército, que le permitiera codearse con los demás soberanos del mundo.

Eran casi las ocho y media de la mañana, se encontraba en el despacho privado de su santidad y bastante tenía con doblegar el sueño y la irritación. No había conseguido dormir prácticamente en toda la noche, una más, y la obcecación del pontífice, que se comportaba como un niño al que le hubieran quitado su juguete preferido, no ayudaba a aliviar su malestar.

León XIII se consideraba a sí mismo un gran estadista y conocedor del vasto mundo. En realidad, vivía en un mundo paralelo ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. «¿Y cómo podría ser de otro modo?», se preguntaba Patrizi. El papa Pecci jamás abandonaba la Ciudad del Vaticano, el último reducto de terreno que le quedaba, como si temiera que su ausencia fuera aprovechada por Humberto, el rey italiano, para apoderarse de la ciudad sagrada.

—Un Papa necesita un Estado —repetía una y otra vez el pontífice—. ¿Cómo puede tratarse de igual a igual con otro monarca si carece de estado propio? Debemos recuperar los Estados Pontificios o terminaremos por desaparecer.

Desde luego, el peligro de que la Iglesia católica desapareciera era una posibilidad. Sin embargo, la solución no podía pasar por luchar por algo que jamás retornaría. El secretario de Estado, que

traspasaba las murallas de la ciudad con bastante asiduidad para reunirse con representantes de todas las naciones, sabía que era un tema cerrado: el Papa nunca volvería a ser un rey. Ningún país, por católico que fuese, movería un solo dedo para iniciar una guerra diplomática contra el recientemente constituido reino de la Italia unificada, miembro de la Triple Alianza junto al Imperio alemán y el austrohúngaro.

—Hace unos días mantuvimos una audiencia con el cardenal Galimberti —comentó León, notando que su secretario de Estado no prestaba toda la atención que debiera a sus palabras—. Vino ex profeso desde Viena para comunicarnos buenas nuevas.

Patrizi no pudo evitar apretar las mandíbulas al oír mencionar a su adversario, un gesto que no pasó desapercibido para el pontífice. León podía comportarse como un niño, pero no era tonto en absoluto. Más de un cardenal que se había confundido con las suaves maneras del pontífice podía dar cuenta de su grave error de apreciación. Y monseñor Patrizi lo tenía muy presente.

—Nos comunicó que en estas últimas semanas ha mantenido contactos con el canciller Bismarck —dijo el Papa en tono intrigante —. Según nuestro querido Luigi, el canciller está un tanto dolido con nuestro acercamiento a su enemigo natural, Francia, y muestra grandes deseos de que la Iglesia vuelva a apoyarse en el Imperio alemán.

Patrizi, con las manos unidas sobre las rodillas, se limitó a asentir con suavidad esbozando una ligera sonrisa de sumisión, aunque por dentro desdeñaba aquellas sandeces. Sabía, y no solo por sus fuentes privadas, que Galimberti no se había acercado al canciller Bismarck, aunque lo había intentado. Sin embargo, los alemanes estaban furiosos por el giro que Roma había dado al aliarse con Francia y por el inesperado nombramiento de Ignazio Patrizi como secretario de Estado en vez del deseado Galimberti.

Además, por mucho que los adulara Bismarck, Alemania no necesitaba al Vaticano. Cierto que aún la voz del Papa era escuchada en el mundo entero, pero era innegable que su peso era cada vez menor. Y el canciller alemán conocía el precio por volver a tener al Papa de su lado: la devolución de los Estados Pontificios a costa de su aliado italiano, algo que no estaba dispuesto a aceptar.

—Sin duda son buenas noticias —insistió el Papa presionando a

Patrizi.

El secretario de Estado no quería caer en la trampa. León podía parecer un amable patriarca, pero debajo de aquella máscara se ocultaba un autócrata, de lo cual podían dar fe sus predecesores al frente de la secretaría de Estado, que se habían visto obligados a someterse al pontífice cual peleles, a riesgo de ser depuestos.

La historia de aquel pontífice con aspecto de cariñoso abuelo estaba plagada de evidencias que contradecían su fama de hombre profundamente piadoso y frugal en sus necesidades terrenales.

Gioacchino Vincenzo Pecci había nacido en el Carpineto hacía setenta y ocho años. Con ocho años había comenzado su andadura por las escuelas romanas, un largo periplo hasta doctorarse en Teología. Animado por sus superiores, se había decidido por la carrera diplomática y pasó muy pronto al servicio del entonces papa Gregorio XVI. Fue nombrado delegado pontificio en el beligerante Benevento, infestado de bandidos y contrabandistas, y lo había gobernado con autoridad, consiguiendo suprimir la anarquía reinante en la provincia con severas medidas que permitían intuir su puño de hierro en guante de seda.

Con cuarenta y tres años, y tras pasar un tiempo en Inglaterra y haber sido obispo en Perugia, fue nombrado cardenal, y ya no dejó de ascender hasta llegar al papado. En un cónclave muy breve, el cardenal Pecci alcanzó el pontificado, y ahí se destapó su verdadera naturaleza. Ya como Papa, se había dado prisa en reclamar a sus nuncios que transmitieran su autoridad a donde los enviara y había afianzado su poder, eso sí, sin perder la sonrisa y con esa aura de fragilidad y santidad que lo envolvía, lo cual no era óbice para desembarazarse de quien osaba poner en entredicho sus órdenes.

Entre sus fieles eran muy valorados los supuestos dones de León, divulgados por sus numerosos aduladores, que lo presentaban como piadoso entre los piadosos y un santo asceta. Se levantaba a las cinco de la mañana, hincaba la rodilla en su reclinatorio de terciopelo, donde tenían lugar las primeras oraciones del día, y después, auxiliado por su ayudante de cámara, se aseaba y vestía los ropajes propios de su cargo. Acto seguido decía misa, y a continuación asistía a una segunda misa celebrada por alguno de sus capellanes.

Ese ritual cotidiano venía seguido de un ligero desayuno, antes

de recibir, en la primera audiencia del día, al secretario de Estado, con el que trataba asuntos de política y actualidad. Tras más oraciones y audiencias, un breve almuerzo seguido de siesta. Por la tarde acostumbraba a dar un paseo por la alameda del Vaticano y luego rezaba el rosario, al que se mostraba muy devoto. A continuación, llegaba el turno para la lectura y una ligera cena antes de retirarse a sus habitaciones. Según sus admiradores, la luz no se apagaba antes de medianoche, enfrascado como estaba en el estudio.

Sin embargo, la realidad era algo diferente. León dormía poco por culpa del insomnio, al igual que la frugalidad en su alimentación estaba condicionada por su frágil constitución, que no le permitía copiosas comidas. El paseo por los jardines era en uno de sus majestuosos carruajes, hasta el cual era llevado en una silla de mano, la *portantina*, por los *sediari*. Tampoco sus lecturas se limitaban a las que ilustraba la Madre Iglesia, pues añadía otras que concernían al poder terrenal.

Todo esto, sin embargo, no le importaba a Patrizi lo más mínimo. Si el pueblo quería un Papa pío, por él no había ningún problema. Su misión consistía en vigilar el carácter volátil del pontífice y prever sus imprevistos giros en su política y en sus lealtades.

Como ahora.

—Estoy convencido —manifestó monseñor Patrizi con voz suave — de que su eminencia, monseñor Galimberti, habrá sentido una gran alegría al transmitir a su santidad esas palabras.

León guardó un peligroso silencio. Patrizi tenía que andarse con cuidado. Debía evitar que el veleidoso pontífice notara en exceso su antipatía por Galimberti.

Con inescrutable indiferencia, León continuó ponderando las ventajas de una posible ruptura con Francia y el estrechamiento de lazos con Alemania. Patrizi guardaba un cauteloso mutismo, sabiendo que en realidad lo que el Papa pretendía era que él se descubriese. Por el momento, al menos, este no se atrevería a dejar de lado a los franceses, por más que odiara la reciente Tercera República francesa y su laicismo. El Papa, antisocialista furibundo y contrario a la democracia, no podía ver con buenos ojos esa política, pero al nombrar a Patrizi había contrariado a los alemanes,

cuya forma de gobierno era mucho más acorde a sus postulados, y estos no perdonarían fácilmente la traición.

Monseñor no tardó en volver a sumirse en sus pensamientos, dejando que el Papa disertara sobre la política internacional, el errático caminar de los fieles portugueses y españoles y el fin de la esclavitud en Brasil, logro en el que su encíclica *In plurimis* había tenido, en su opinión, mucho que ver.

Desconectado de la charla, el secretario de Estado ahogó un bostezo. Le ardían los ojos por las noches en vela. La pesadilla se repetía una y otra vez, vívida y aterradora. Siempre él pastoreando un rebaño, en abruptos montes de dura hierba, y la llegada sigilosa del lobo, que se adentraba entre las ovejas. La bestia se acercaba hasta él, pero Patrizi no lograba verle bien el rostro. De sus fauces, en las que asomaban unos afilados y amarillentos colmillos, caía una espesa baba. El hedor que el animal desprendía resultaba insufrible. Patrizi, sobrecogido por aquella presencia, era incapaz de reaccionar y la alimaña, con los labios amenazadoramente contraídos, le lanzaba su aliento fétido.

Entonces el cardenal se incorporaba con el corazón desbocado, empapado de sudor, con la seguridad de conocer a esa bestia infernal y la certeza de que ya no volvería a dormir en toda la noche. Pasaba lo que restaba hasta la madrugada caminando febrilmente de un lado a otro de la habitación.

El día anterior aún había sido peor que los demás, ya que la bestia había aproximado su boca al oído de Patrizi. En la pesadilla, aguantando la respiración para no vomitar, este había escuchado como aquella abominación profería una palabra: «Aleksej».

Patrizi dejó a un lado la pesadilla y se puso en tensión. León había dejado de hablar de América del Sur, de los pérfidos franceses, de los ortodoxos rusos o del odiado presidente italiano Francesco Crispi y había nombrado al Reino Unido.

—Estamos algo preocupados por la labor del cardenal Manning —decía, acariciándose el anillo del Pescador, grabado con la imagen de san Pedro pescando en un bote y rodeado por el nombre que había adoptado al llegar al pontificado—. Los obispos de las diócesis inglesas nos imploran que hablemos con él.

Patrizi intentó disimular la alarma que le habían producido aquellas palabras y meditó la respuesta. Desde luego, había que

impedir a cualquier precio que León tratara con el arzobispo de Londres. Henry Manning era un hombre notable y muy orgulloso que había abandonado la Iglesia anglicana, donde ocupara el distinguido cargo de arcipreste de Chichester, por sus desavenencias con esta. El que Manning hubiera abrazado el catolicismo y fuese nombrado arzobispo de Westminster por el predecesor de León, Pío IX, había supuesto un mazazo para la corona inglesa y para los anglicanos en general. *De facto*, se convertía así en la cabeza visible de la Iglesia católica en Inglaterra.

Sin embargo, Manning había mantenido cierta afinidad con su antiguo credo, y su lealtad para con Roma podía resquebrajarse si no se le tenía en la consideración que requería su cargo, algo que el Vaticano no se podía permitir de ningún modo, a juicio de Patrizi. Manning tenía que convertirse en la llave que permitiera la reunificación de ambas iglesias bajo la autoridad del Papa, tal y como ya se atrevían a sugerir algunas autoridades eclesiásticas anglicanas.

Pero el motivo por el que el secretario de Estado se había alarmado no era exclusivamente este. Inglaterra era aún, sin discusión, el motor del mundo. Durante las últimas décadas, el Reino Unido había producido las dos terceras partes del carbón mundial, que alimentaban las nuevas máquinas de vapor que habían revolucionado la economía; la mitad del hierro, de los tejidos de algodón y de los productos fabricados en metal, y prácticamente todo el acero. Habían multiplicado por cinco el comercio internacional en tan solo una treintena de años.

No obstante, las islas británicas estaban cediendo ante el empuje de otras potencias, y la más emergente era Estados Unidos, que, a Patrizi no le cabía duda alguna, terminaría por convertirse en el nuevo gigante económico.

Era Norteamérica el objetivo de monseñor Patrizi. Esta iluminación era algo que escapaba al alcance de León y de su principal enemigo, Galimberti, quien continuaba pensando en Alemania como potencia mundial indiscutible. Aquella cabeza obtusa no podía entender que Alemania se había quedado tan atrás que incluso Francia la había adelantado.

El mundo había cambiado gracias a aquellas monstruosas máquinas que vomitaban vapor. Quien las dominara, dominaría el

mundo. Roma nunca podría competir en este campo, así que su única vía de supervivencia pasaba por conseguir influir en el resto de países. La Iglesia católica debía ser capaz de guiar el rumbo de las naciones poderosas como el cochero que guía a los caballos de un carruaje. Y si Estados Unidos, como creía Patrizi, se convertía en aquel carruaje, la única forma de subirse al pescante que tenía Roma era a través de Inglaterra.

—Monseñor Manning es un ferviente seguidor de las doctrinas de su santidad —dijo Patrizi con voz suave, tratando de mostrarse convincente—. Lleva a cabo una notable labor entre la comunidad católica de las islas.

—El apoyo que presta a la revuelta irlandesa puede convertirse en un grave problema.

—Monseñor vela por el bienestar de su rebaño —señaló el secretario de Estado, intentando que León no percibiera sus palabras como un enfrentamiento con su postura—. Lo cierto es que el Gobierno británico se muestra muy duro con las condiciones de los más desfavorecidos. Casi se podría hablar de una nueva forma de esclavitud.

Había mencionado a propósito el tema de la esclavitud, sabedor de lo orgulloso que el Papa se mostraba sobre sus logros en la abolición de esa práctica.

—Sus propuestas están muy cerca del socialismo y la anarquía —objetó León sin dar su brazo a torcer—. Es tarea del pastor cuidar del rebaño, no convencer a las ovejas de que los prados en los que pastan son propiedad de los animales. Su enfrentamiento con el Gobierno británico puede provocar una brecha insalvable. Tal vez sería conveniente llamar a Manning a Roma para tratarlo con él.

Patrizi se removió inquieto en su asiento. La idea que proponía el pontífice podía acabar en desastre. De ningún modo Manning, al que el secretario de Estado profesaba un gran respeto, aceptaría ningún tipo de amonestación. Los celos que el Papa sentía por el arzobispo inglés, una eminencia reconocida en todo el mundo, no podían cerrarles las puertas del Reino Unido.

Si Inglaterra era la llave para conquistar Estados Unidos, Henry Edward Manning era el mecanismo que precisaban para abrir de par en par las puertas, por el momento apenas entornadas, de la capital británica. Nada ni nadie debía poner en peligro este

objetivo.

Por fortuna para el secretario de Estado, fue el propio León el que cambió de tema y comentó, con aparente preocupación, el terrible caso del párroco español de una aldea de Buenos Aires que tres meses atrás había acabado a martillazos con la vida de su esposa y su hija. A pesar de la brutalidad del suceso, Patrizi lo acogió con un suspiro de alivio. Sin embargo, no debía engañarse. Solo era una tregua. León volvería a sacar el tema. Convencido de ello, el cardenal se preguntó si no sería conveniente adelantarse a los acontecimientos y mantener una charla con el arzobispo inglés.

Monseñor Henry Manning admiraba el enorme solar con aire satisfecho, ajeno a la animadversión que sus actividades despertaban en el pontífice. Se mostraba relajado observando el avance de las obras de la que debería llegar a ser la catedral de Westminster y sede del arzobispado, el mayor templo del catolicismo en Inglaterra.

Lo acompañaban John Francis Bentley, prestigioso arquitecto que, al igual que monseñor Manning, se había convertido al catolicismo, y su obispo auxiliar, el padre Liam Connery. Bentley, que se había hecho cargo del proyecto, señalaba la zona del solar donde todavía se podían ver restos del edificio que había sido la prisión de Westminster Bridewell.

Bentley explicaba a los hombres de la Iglesia sus intenciones para aquella parcela, y Manning se dejaba arrullar por sus palabras, imaginando ya las fachadas, el alto campanario, los techos, las arcadas, las naves y los pilares de mármol.

Estuvieron un rato más, no demasiado, porque el octogenario cardenal ya no soportaba estar de pie mucho tiempo, y se despidieron del arquitecto para tomar asiento en el coche que los había traído hasta allí.

El carruaje se puso en marcha. Monseñor Manning se mostraba muy contento con lo que había visto, aunque la realidad era que todavía quedaba mucho para que se comenzaran a cavar los cimientos de la construcción.

—¿Qué le ha parecido el señor Bentley? —preguntó el cardenal dirigiéndose a su obispo auxiliar.

—Sin duda es un gran hombre, eminencia —respondió el padre Connery, mirando por la ventanilla. En realidad, no había prestado

atención a las palabras del arquitecto. Él solo había visto un solar lleno de ruinas y era consciente de que la obra tardaría muchos años en erigirse.

Monseñor echó una mirada a su ayudante y no dijo nada. El padre Connery era un sacerdote extraño. Inteligente y capacitado, un tanto reservado, aunque tal vez demasiado vanidoso. De lo que no cabía duda era de su capacidad como gestor y administrador.

Llevaba poco tiempo a su lado. Desde el fallecimiento del llorado padre James Legros, Liam Connery había ocupado su puesto, y no lo había defraudado. Precisamente había sido el padre James quien se lo recomendara. El cardenal había pedido a su obispo auxiliar un hombre de confianza que pudiera encargarse de las gestiones para hacer frente a la importante operación económica que se les presentaba, cuando cuatro años atrás adquirió los terrenos donde se levantaba la prisión, con la idea de convertirlos en el gran templo del catolicismo en el Reino Unido. Y aquel sacerdote surgido de una remota parroquia irlandesa se había convertido con el tiempo en su mano derecha, alguien indispensable para monseñor Manning, que lo había propuesto enseguida como su obispo auxiliar tras la muerte inesperada del padre Legros.

De alguna forma, el padre Connery había conseguido unos ingresos extraordinarios mediante opíparas donaciones y dinámicas colectas, administrando los fondos con sapiencia y raciocinio, lo que había permitido acelerar costosos trámites, licencias y toda la burocracia propia de las grandes obras.

Desde luego no se trataba de un hombre santo, reconocía el arzobispo. «De todo hay en la viña del señor», pensaba. El padre Connery nunca llegaría a los altares ni probablemente conseguiría una diócesis, pero tal vez pudiera entrar algún día en la curia romana, tan necesitada de buenos gestores. En cualquier caso, monseñor esperaba que ese día tardara en llegar, al menos el tiempo suficiente para ver cómo se remataba el campanario de su nueva catedral.

Monseñor Manning estaba convencido de que la nueva catedral supondría un punto de inflexión para la expansión del catolicismo en las islas. La cantidad de fieles llegados sobre todo de Irlanda había hecho del catolicismo un credo cada vez más importante. Ya habían conseguido cambiar las leyes para que sus representantes

pudieran llegar al Parlamento, como lo había hecho el ministro de Interior, Henry Matthews. Poco a poco, la semilla del catolicismo germinaría y el sueño de monseñor de ver reunificada la Iglesia anglicana y la católica se vería cumplido.

No obstante, para que ese día llegase era necesario que los fieles tuvieran un templo acorde a las necesidades. Una catedral que los llenara de orgullo, que los sobrecogiera y les mostrara el poder de Dios. Y, por ahora, Manning no podía quejarse. Aquella misma mañana, el arquitecto que había elegido para llevar a cabo tan ambicioso proyecto había puesto color a sus sueños.

—Tengo entendido que esta semana debemos hacer frente a uno de los pagos —comentó Manning.

—Así es, eminencia —contestó el padre Connery retirando la mirada de la calle y fijándola en el cardenal de manera un tanto altiva—. Será uno de los últimos pagos que quedan por satisfacer, y la deuda por el solar quedará cancelada.

Monseñor no quiso preguntar de cuánto dinero estaban hablando ni cómo había podido Liam llevar a cabo aquel milagro económico. Lo importante era que pronto podrían firmar el contrato con Bentley y empezar con los planos.

Abberline vertió agua de la jarra en la jofaina y, tras lavarse las manos, se refrescó la cara y se humedeció la nuca para despejarse. Estaba extenuado. Llevaba dos días interrogando personalmente a testigos, llamando de puerta en puerta en casas, comercios, mataderos, fábricas y cualquier edificio cercano a los lugares donde habían aparecido las víctimas. Había hablado con vecinos, vigilantes, trabajadores, carniceros, matarifes. Había visitado la Torre de Londres para hablar con los soldados que habían estado con la segunda víctima, Martha Tabram, y mandado llamar a los hombres que habían encontrado los cuerpos.

Y no había conseguido nada. Nadie sabía nada, nadie había visto ni oído nada. A las tres mujeres parecía haberlas asesinado un fantasma. Sin embargo, el inspector Abberline era un hombre racional, un hombre que creía en Darwin y su famosa teoría de la Evolución, un policía relativamente culto convencido de que los fantasmas solo existen en las mentes calenturientas y en los cuentos infantiles con los que se atemorizaba a los niños si no se terminaban la cena.

Los interrogatorios habían sido difíciles. La gente desconfiaba de la policía y se mostraba abiertamente hostil o en absoluto colaboradora. El que podía, fingía no encontrarse en casa cuando la policía llamaba a la puerta. Se detenía a cualquiera que despertase mínimas sospechas, encendiendo un peligroso fuego de rebelión entre los habitantes del East End. Las quejas de vecinos respetables y honrados comerciantes no habían tardado en amontonarse sobre la mesa del comisionado Warren.

Abberline había tenido que asignar los trabajos a sus ayudantes, reforzar la presencia de policías uniformados y agentes de paisano o disfrazados en las calles y *pubs*. Cada día había tenido que rendir cuentas al superintendente Arnold, que le presionaba para cerrar el caso rápidamente. Ni el juez Baxter, con el que había tenido que hablar para solicitarle aplazamientos en la vista con el fin de profundizar en la investigación, ni los doctores que habían examinado los cadáveres se habían mostrado colaboradores.

Y a pesar de todos aquellos esfuerzos, de las horas empleadas, que lo habían mantenido alejado de su domicilio y de su muy preocupada esposa Emma, y de las noches sin dormir recorriendo *pubs*, garitos y locales de la peor reputación, no había logrado ni una miserable pista.

Por si fuera poco, había tenido que revisar las declaraciones tomadas. Las que no habían sido negligentemente redactadas, habían sido abiertamente manipuladas. Para empezar, el doctor que había examinado a la primera víctima, Emma Smith, aseguraba que difícilmente la desdichada podría haber develado nada a los policías que aseguraban haberla interrogado a su llegada al Hospital de Londres, pues había llegado sin sentido y no lo había vuelto a recuperar.

El médico que había llevado a cabo la autopsia de Martha Tabram le había dicho que, en su opinión, la pobre desgraciada había sido apuñalada con dos armas distintas y que quizás una de ellas podría haber sido una bayoneta como las empleadas por los soldados. El forense que había hecho la autopsia a Polly Nichols aseguraba que en el lugar donde había aparecido se había encontrado poca sangre y que el asesino podría ser zurdo… o no.

Ni siquiera había podido descartar sospechosos. El soldado que había estado con Tabram aseguraba haberla dejado mucho antes de

que apareciese su cadáver para reunirse con su compañero y regresar a la guarnición, donde debían haberse presentado a medianoche, pero el inspector había podido comprobar que los soldados en realidad habían sido castigados por regresar más tarde de su hora, y no podían ser descartados. Otro tanto podía decirse de los que habían hallado el cuerpo de Tabram en el descansillo del edificio, sin una coartada mínimamente sólida. Los cocheros que habían encontrado a Nichols, muy desconfiados, no habían conseguido tampoco con sus declaraciones llenas de contradicciones convencer de su inocencia al inspector.

Por más que le doliera, Abberline debía confesar que la única certeza que tenía era que las tres mujeres habían muerto asesinadas. Todo lo demás era incertidumbre. Seguía sin tener la menor idea de cuántos culpables habían participado ni los motivos.

Echó un vistazo al reloj de la pared que había en el despacho donde lo habían instalado mientras durase la investigación. Marcaba las siete. En la calle hacía rato que había anochecido, y en la comisaría de Commercial las lámparas de aceite habían sido encendidas. Abberline se masajeó las sienes. No había almorzado y aún le quedaba mucho trabajo. Quizá se viera obligado a utilizar de nuevo el teléfono para comunicarle a su querida Emma que esa noche tampoco iría a casa.

Daría una vuelta por Whitechapel, acompañado por alguno de los sargentos, para vigilar que sus órdenes en el despliegue de los agentes se cumplieran con diligencia, aunque antes debería cenar algo.

Animado por la perspectiva de abandonar el despacho durante un rato, Abberline se puso la chaqueta que colgaba del perchero, recogió su sombrero y abrió la puerta. Antes de salir a la calle se asomó al despacho del Departamento. No había nadie. Abberline asintió satisfecho. Creía en el trabajo de calle, en los interrogatorios y las tomas de declaración. Necesitaban encontrar pistas, testimonios, testigos, algo que sirviera para dar con el asesino.

Volvía a llover. Aún había movimiento de carros y carretas de un lado para otro. Frente a la comisaría, dos carreteros habían tenido algún percance y se imprecaban y amenazaban, sabedores ambos de que, encontrándose frente a una comisaría, su rival no tendría los redaños de comenzar una pelea.

—Buenas noches, Frederick —saludó una voz desde la oscuridad.

El inspector se giró mientras se ajustaba el cuello de su chaqueta.

—Buenas noches, Edmund —contestó Abberline, reconociendo al inspector Reid.

—¿Se va a casa?

—Pensaba cenar. Tengo intención de recorrer el barrio esta noche.

—¿Recordando las rondas? —dijo Reid con una sonrisa.

—No me vendría del todo mal —respondió Abberline, aceptando la broma—. Me he vuelto un poco blando. ¿Usted ya ha cenado?

—Me disponía a hacerlo. Confío en que mi mujer ya tenga preparada la cena. ¿Le gustaría acompañarnos?

—Muy amable por su parte, pero creo que voy a declinar su invitación. Necesito pensar.

—Claro, por supuesto —repuso Reid tocándose el ala del sombrero—. En ese caso, hasta mañana.

Abberline le deseó buenas noches de nuevo y observó cómo el inspector se alejaba entre las sombras. Conocía a aquel hombre desde hacía pocos días y ya había desarrollado cierto afecto por él. Era un buen policía, trabajador, con dedicación y un buen olfato, algo imprescindible en la profesión. Cuando aquello acabara, quizá podría recomendarlo a sus superiores del Departamento Central.

Echó a andar por Commercial Street en dirección sur. Buscaba un tugurio en el que no se comía del todo mal y que entraba dentro de la zona donde antaño había efectuado su ronda nocturna. Estaba en un callejón sin nombre que olía a detritos, ya que carecía de alcantarillado y los vecinos aún tenían la costumbre de arrojar el contenido de los orinales por la ventana, sin previo aviso.

Giró en White Row y continuó andando por el dédalo de callejones que se entrecruzaban sin ningún orden. La calle no estaba desierta, y de vez en cuando se cruzaba con algún rostro conocido, aunque, embozado en la chaqueta y el sombrero, él ocultaba el suyo.

En una esquina se encontró a un hombre apoyado con desgana en la pared de ladrillo. Abberline, sin disminuir el paso, barrió con la mirada los alrededores en busca del acompañante. Dio con él en

la siguiente esquina. El inspector sabía qué iba a ocurrir. El tipo apoyado le pediría algo mientras su compañero se aseguraba de que no hubiera ningún policía por las cercanías, y luego ambos se reunirían y tratarían de desplumarlo.

Continuó andando, fingiendo no escuchar el silbido de alerta que profirió el tipo apoyado en la pared para avisar a su compinche de que iba a comenzar la acción.

—Buenas noches, caballero —dijo el tipo, incorporándose. En su rostro malcarado flotaba una sonrisa a la que le faltaban unos cuantos dientes, con la que el tunante trataba de disipar las sospechas de quien se iba a convertir en su víctima—. ¿Le sobra un cigarrillo?

—No, no fumo —contestó Abberline sin dejar de controlar lo que sucedía a su alrededor.

—¡Qué contrariedad! —repuso el tipo dando un paso hacia él—. Pero seguro que un caballero tan distinguido como usted lleva en la bolsa alguna moneda de la cual se pueda desprender.

Abberline guardó silencio y esperó a que el compinche se acercara un poco más, antes de abrirse la chaqueta y dejar ver la identificación que llevaban los policías que vestían de paisano en el interior de la solapa, a la vez que empuñaba la culata de su revólver, sin llegar a sacarlo de su funda.

El efecto entre ambos maleantes fue instantáneo. El primero se giró y salió corriendo, mientras su compinche, que aún no estaba lo suficientemente cerca como para haber visto la identificación ni el arma, se quedó un instante confuso, hasta que su cerebro le previno de que, si su camarada ponía pies en polvorosa, tal vez fuera buena idea ir tras él.

Abberline se cerró la chaqueta. Le temblaban las manos de la tensión. Dos maleantes en un desierto callejón del East End londinense no era algo que se pudiera tomar a la ligera. Aguardó unos instantes pensando qué camino seguir. Si continuaba en la dirección que traía, debería pasar por un estrecho pasaje donde igual aquellos delincuentes, recuperado el ánimo, le tendían una emboscada. Tras sopesarlo, decidió correr el riesgo.

Con la chaqueta abierta y la mano en la empuñadura, Abberline siguió andando pegándose a la pared opuesta de donde se abría el cruce para tener un buen ángulo de tiro y ver con tiempo a sus

posibles agresores. Pero en el cruce no había nadie, y unos metros más allá salían voces de una puerta donde los parroquianos trataban sus asuntos junto a unas jarras de cerveza.

Abrió la puerta y entró en el local, que olía a una mezcla de verduras hervidas, sudor, orín, tabaco y otros efluvios. Media docena de individuos miraron al recién llegado. Las conversaciones se interrumpieron mientras el inspector se movía entre la barra y las tres mesas para ocupar una de ellas, que permanecía libre.

Con un gesto de contrariedad, el tabernero se despidió de dos de sus seis clientes, que prefirieron continuar bebiendo en algún otro local donde no hubiera presencia de policía, y los demás, quizá sin demasiados temas pendientes con la ley que les hiciesen temer la presencia del inspector, decidieron que podían respirar el mismo aire que él y continuaron en su sitio sin abrir la boca.

Abberline esperó pacientemente a que el tabernero remolón llegara por sí solo a la conclusión de que no se marcharía sin ser atendido, algo que tardó aún sus buenos minutos. Entretanto estudió el local. Continuaba igual que cuando lo conociera años atrás, como si el tiempo no hubiera pasado por él. Quizá las paredes estaban algo más tiznadas de hollín, pero lo demás, incluido el tabernero, no había cambiado mucho. En la barra, un sifón para escanciar la cerveza que elaboraba el propio tabernero. Cada vez eran menos los *pubs* que servían cerveza propia, ya casi todos ofrecían las grandes marcas: Allsopp, Watney, Guinness, Bass, Worthington…, pero al tugurio no le había alcanzado la modernidad y se continuaba sirviendo aquella cerveza floja y aguada fabricada con grano de cebada de baja calidad, el único que se podía permitir aquel local.

En la pared, detrás de la barra, había un espejo desportillado y un trozo de pizarra negra donde había escritos cuatro nombres a los que Abberline echó una ojeada sin hacer ningún comentario. Pertenecían a los «secos», parroquianos habituales que habían acumulado alguna deuda con el tabernero y a los que no se les serviría bebida alguna hasta que su nombre fuera borrado de la pizarra.

—Hay anguila en escabeche —le dijo el tabernero cuando se dignó a acercarse a la mesa.

Abberline se limitó a asentir con la cabeza y aguardó a que

llegara su cena. Tres clientes más abandonaron la taberna, y solo quedaron el inspector, el tabernero y otro tipo que llevaba dormido sobre la barra desde que él entrara. El dueño del local, resignado a quedarse sin más compañía al menos hasta que aquel polizonte se largara, regresó a la mesa con un plato en el que flotaban unos trozos de anguila en un charco de vinagre, un mendrugo, un bol con col hervida y un vaso de su peor cerveza.

—Una noche tranquila —comentó Abberline, ajustándose su pañuelo al cuello a modo de servilleta mientras el tabernero ponía en la mesa los platos y una cuchara.

El hombre hizo un ruido con la boca que podía considerarse un asentimiento y acabó de servir la cena.

—Quizá la gente tenga miedo —dijo el inspector sin darse por vencido—. Por lo de los asesinatos.

—¿A quién le importan tres viejas putas? —contestó el otro encogiéndose de hombros—. ¿Ha vuelto por eso?

—¿Qué se oye en el barrio?

El hombre volvió a encogerse de hombros y negó con la cabeza.

—¿Qué quiere que se oiga? Aquí a las putas las han matado toda la vida.

—Pero no así.

—¿Y cómo las han matado? —dijo el tabernero con una sorpresa que parecía genuina.

Abberline esperó a ver si el tabernero añadía algo, mientras daba cuenta de la anguila. Viendo que no tenía más que añadir, dijo:

—Estoy seguro de que alguien comentará algo sobre el asunto. Todos queremos que haya paz en el barrio. Este tipo de problemas no son buenos para el negocio, ¿no cree? Mayor presencia policial, registros, comprobaciones, redadas, inspecciones… Ya sabe cómo son estas cosas. ¿Me mantendrá informado si por casualidad llega algo a sus oídos?

El tabernero entendió lo que insinuaba el policía y, tras asentir sin muchas ganas, volvió a la barra y dedicó su atención a lavar unos vasos en un tonel de agua turbia para después secarlos con un trapo que había conocido mejores días.

Al inspector no le molestó su aparente indiferencia. Estaba prácticamente seguro de que el tipo jamás acudiría a la policía,

aunque supiera la identidad del asesino. En el East End no se delataba a un compañero de infortunio por más que hubiera cometido el más salvaje de los crímenes. La gente arreglaba entre sí sus diferencias, a veces pagando los servicios de alguna banda, por mucho que los mayores perjudicados por este silencio absurdo fueran los propios habitantes del barrio.

Sin embargo, a pesar de no entender esta postura, Abberline estaba satisfecho. Había conseguido lo que quería: por una parte, tomar la temperatura a la inquietud que se respiraba en Whitechapel por los asesinatos. Cualquiera que leyese los diarios pensaría que el barrio era zona de guerra. No obstante, el tabernero se había sorprendido de verdad de que las autoridades hubieran mandado refuerzos de Scotland Yard, lo que indicaba que no se había extendido el pánico entre sus habitantes, algo que Abberline ya sospechaba.

Por otra parte, y esto todavía resultaba mucho más interesante, había podido memorizar con discreción los nombres escritos en la pizarra hasta pagar sus deudas. Tres de los cuatro nombres los conocía bien; el cuarto, sin embargo, le resultaba desconocido, aunque parecía un apellido polaco mal escrito.

De los tres conocidos, uno era un chulo que llevaba a un par de mujeres viejas; otro era un ladrón que trabajaba en el puerto aprovechando los descuidos para hacerse con cualquier cosa de valor, y el último era Tom Gardener, un ladrón de cadáveres.

Los ladrones de cadáveres se dedicaban a desenterrar cuerpos en los cementerios para luego venderlos en las escuelas de Medicina, bien para disecciones o para las clases de anatomía. Robar cadáveres era considerado un delito menor. Los ladrones de cuerpos no se llevaban la ropa o las joyas que pudiera tener el finado, ya que, en ese caso, el castigo era muy superior. Cuando la policía atrapaba a uno de ellos, el juez solía castigarlo con una multa o, si no podía pagarla, con un tiempo en la cárcel. Al fin y al cabo, los jueces entendían que se trataba de un mal necesario, ya que las escuelas de Medicina no disponían de suficientes cadáveres con los de aquellos que eran ejecutados por el verdugo en cumplimiento de una sentencia.

Los ladrones acudían por la noche al cementerio. Con palas de madera, para hacer menos ruido, cavaban en una tumba reciente de

la que tenían conocimiento, bien por haber vigilado el camposanto, bien mediante sobornos a los empleados del cementerio, que a menudo participaban de estos asaltos. A los deudos del finado no les quedaba más remedio que vigilar la tumba durante el tiempo suficiente para que la putrefacción convirtiera al cuerpo en no deseado. Los más pudientes enterraban a sus familiares en ataúdes reforzados de hierro o rodeados por una jaula de metal que impidiera sacar el cuerpo.

En ocasiones, los ladrones utilizaban otro método algo más trabajoso para llegar hasta el cuerpo sin despertar las sospechas de los familiares. Levantaban una capa de césped a unos metros de la tumba y cavaban en diagonal hasta dar con el ataúd, que abrían desde un costado, por donde sacaban el cuerpo antes de replantar el tepe de césped.

Se trataba de un negocio lucrativo, ya que abundaban los clientes, ya fueran médicos particulares, escuelas de Medicina, artistas u otras personas interesadas en los despojos, que en ocasiones se vendían por trozos. Los que se dedicaban a ello constituían una especie de gremio no formalizado en el que resultaba muy difícil ser admitido. Cada banda acostumbraba a actuar en un cementerio o una zona concreta y solían respetar el territorio de las demás, evitando disputas que solo traían quebraderos de cabeza para todos.

Pero no todos los ladrones de cadáveres se integraban en grupos. Algunos, pocos, optaban por trabajar en solitario, lo cual conllevaba el riesgo de caer en manos de una de las bandas a las que trataban de evitar. Acostumbraban a robar cadáveres de mujeres, menos cotizados que los de los hombres por las escuelas de Medicina debido a la diferente musculatura, más fácil de estudiar en el caso de los hombres, y las bandas, siempre que no interfiriesen en sus intereses, solían dejarlos en paz.

Uno de estos solitarios ladrones de cuerpos era Tom Gardener, el tipo cuyo nombre Abberline había leído en la pizarra de la taberna. Se trataba de un hombre huidizo que apenas se relacionaba con nadie. Si no había cambiado de domicilio, «Topillo», llamado así por su ocupación y por su pequeña envergadura, que le permitía reptar por los túneles que horadaba para llegar hasta los ataúdes, continuaría viviendo en una pequeña habitación en los edificios

George Yard, donde había aparecido el cuerpo de Tabram.

Gardener había sido detenido en numerosas ocasiones por robar cuerpos, y además multado y encarcelado, algo que, como al resto de ladrones de cadáveres, le merecía la pena, dados los beneficios que obtenía. Sin embargo, Topillo había tenido la desgracia de robar en una ocasión el cadáver de la madre del juez que lo habría de juzgar, y el magistrado lo había mandado a la prisión de Brixton, donde fue sometido a caminar en la rueda, una forma de trabajo forzado tremendamente dura.

Cuando Gardener salió de la prisión, su cuerpo estaba quebrantado, y aún más su espíritu. El juez le había advertido de que, si lo detenían de nuevo por el mismo motivo, volvería a sufrir dicho suplicio. Aterrorizado, Gardener había dejado de robar cadáveres, pero la necesidad de ingresos le había empujado a reincidir. Abberline ya se había aprovechado de esta circunstancia en el pasado, cuando lo había detenido y, ante el terror y desesperación del ladrón, lo había convertido en su confidente a cambio de no llevarlo ante el vengativo juez.

Los soplones estaban muy mal vistos en el East End. Cualquiera que colaborase con la policía se convertía de inmediato en escoria y era repudiado por sus amigos y familiares, así que nadie se atrevía a colaborar y a los policías les costaba mucho hacerse con un confidente. Abberline había dispuesto de tres o cuatro durante su pertenencia al Departamento de Detectives de Whitechapel. Topillo era el peor de ellos, el más huidizo y al que más costaba sonsacar.

Pero Gardener estaba marcado en la pizarra de la taberna, lo cual quería decir que estaba sin blanca, y cuando Topillo no tenía dinero solo había una cosa que podía hacer: acercarse al cementerio católico de San Patricio, su zona habitual de trabajo, donde se ocupaba de una de las esquinas al norte del camposanto. Por si acaso, Abberline no perdería de vista la esquina norte de aquel cementerio.

El inspector apartó los platos, apuró el vaso de cerveza, se limpió la comisura de los labios con el pañuelo con el que se había protegido la ropa, eructó con discreción y dejó sobre la mesa unas monedas, suficientes para abonar la cena. Con cuidado, echó la silla para atrás, saludó al tabernero, que ahora se mostraba más alegre al verlo partir, y salió a la oscura noche, dispuesto a regresar a

comisaría y preparar la patrulla nocturna.

Capítulo 9

«El destripador ataca de nuevo»
The Star

Viernes, 7 de septiembre de 1888. Whitechapel, Londres

La amplia sala común de
Crossingham's
Lodging House, en el 35 de la calle Dorset, estaba llena. Aún no eran las doce de la noche y ya se arrastraban con estrépito los bancos que rodeaban las mesas donde se servían las comidas, para adosarlos a las paredes y que fueran ocupados por aquellos que no habían podido reunir los cuatro peniques que costaba una cama simple, ocho si era más amplia. Hombres y mujeres mezclados, que en la pobreza del East End no se contemplaba la mojigatería de la sociedad victoriana, iban tomando asiento en los bancos, hombro con hombro, después de aflojar al dueño de la pensión los dos peniques que costaba pernoctar bajo techo de aquella manera.

Cuando todos se hubieron sentado, el encargado se dispuso a pasar una soga por debajo de los brazos de aquellos infelices, sentados con la espalda apoyada en la pared de una punta a otra de la estancia, con el fin de que, cuando se durmieran, sentados y apretados, la soga impidiera que cayesen de los bancos. A pesar de la incomodidad de tal forma de dormir, peor sería el brusco despertar, cuando el encargado retirase la cuerda y los cuerpos, inconscientes y laxos, rodaran por los suelos para enfrentarse a una nueva y dolorosa jornada.

Poco a poco el tumulto fue amainando. Las conversaciones acababan, y los ruidos propios de una pensión donde se alojaban cerca de trescientas personas se reducían, dejando solo las toses, algún eructo o una ventosidad recibida tanto con rechifla como con improperios.

El encargado tensó la cuerda sin contemplaciones para que los

que ocupaban la zona central no se escurrieran por debajo de ella y después la aseguró a una argolla empotrada en la pared. Una vez realizada la tarea, se dispuso a expulsar a aquellos que, carentes de unas míseras monedas, no tenían con qué pagar la noche, ni siquiera apilados como sacos de harina, que tal parecían aquellos cuerpos rotos, dolidos y consumidos apoyados unos en otros, sujetos por las cuerdas.

Entre excusas, imprecaciones, maldiciones y súplicas, el encargado, acostumbrado a estas artes, fue empujando a los más pobres sin miramientos hacia la puerta de salida. Aquella noche todos ellos dormirían en la calle, algo que no quitaría el sueño al posadero, que ya repasaba mentalmente las ganancias del día.

Una de las personas que abandonaron la pensión de la calle Dorset, miserable entre las más miserables del mísero Whitechapel, era Annie Chapman, conocida por todos como Annie «la Morena».

Annie era una mujer de baja estatura, obesa y poco agraciada, lo cual podía servir para describir a la mayoría de las mujeres del East End. A sus cuarenta y siete años, tenía el pelo ralo y canoso, el rostro ajado y lleno de arrugas, los ojos azules, y le faltaba algún que otro diente, lo que le hacía aparentar al menos una década más.

Acostumbrada a la vida en la calle, a pesar de ser verano la mujer iba abrigada con un par de enaguas, un corpiño *beige*, falda negra, medias de lana a rayas rojas y blancas, botas de cordones, un pañuelo blanco con el reborde rojo anudado al cuello y un abrigo negro y largo que le llegaba más abajo de las rodillas. Por dentro de la falda portaba un bolsillo para el dinero que, en ese momento, estaba tan vacío como su estómago.

La historia de Annie, como la del resto de sus compañeras, era triste. Era hija de los amoríos entre un soldado y una mujer de cabeza ligera, hermana de cinco varones, todos ya fallecidos, cuatro de ellos en una epidemia de escarlatina. Su padre, licenciado y sin trabajo, había optado por quitarse la vida degollándose delante de su mujer y de Annie, imagen que la acompañaría de por vida.

Annie, su madre y su hermano se habían instalado en Knightbridge. Se ganaban la vida alquilando habitaciones y trabajando como sirvientes en hogares acomodados. De los inquilinos, uno resultó ser John Chapman, chófer de un rancio aristócrata tan rico como déspota. Annie se enamoró del apuesto

conductor y, encontrándose ella cerca de la treintena y él al menos quince años mayor, no tardaron en contraer matrimonio.

Pronto habían llegado los hijos, pero de nuevo sin suerte. Con doce años, Emily, la primogénita, había muerto a causa de una meningitis, y los padres, ya afectados por la discapacidad del pequeño John, habían comenzado a coquetear con el alcohol y su demonio los había poseído. A John Chapman se le agrió el carácter y se volvió violento. Maltrataba a Annie y a la única hija que les quedaba con palizas que terminaban en el Hospital de Londres o con ambos en comisaría.

El efecto del alcohol en la propia Annie no era mucho mejor. Su carácter suave y un tanto narcisista, caracterizado por unos inocentes desvaríos de grandeza, se convertía en desagradable y agresivo. Al final llegó un punto en que la convivencia se hizo insoportable y el matrimonio se disolvió, según dijo Annie a sus pocas amistades de mutuo acuerdo, aunque la realidad fue muy diferente.

En el acuerdo de separación, el señor Chapman se comprometía a entregar diez chelines semanales a Annie, una cantidad respetable, teniendo en cuenta que una empleada de una fábrica podía llegar a ganar unos siete chelines a la semana trabajando sesenta horas. Annie Georgina, la hija, se había largado de casa para enrolarse en un circo que recorría Francia y jamás volvieron a saber nada de ella.

Annie podría haber rehecho su vida, pero el alcohol ya la había atrapado entre sus garras. Durante un tiempo consiguió vivir con los diez chelines de la pensión. Una habitación de alquiler compartida con otras dos mujeres, que suponía dos chelines semanales, le permitía destinar el resto a la ginebra. Sin embargo, pronto su salud se vio comprometida, agravada además por la temida tisis. Y, para colmo, el fallecimiento de John Chapman la privó de la asignación.

Los dos últimos años, Annie había malvivido con labores de ganchillo, vendiendo flores artificiales que perfumaba con colonia barata y haciendo cajas de cerillas, lo cual le daba para malcomer y pernoctar tres noches a la semana en la pensión, siempre que no se lo gastara en ginebra en cualquier garito de mala muerte.

La mujer aún conservaba parte de su dignidad y, a pesar de

tener un amante que la ayudaba económicamente de vez en cuando, no había caído tan bajo como otras, que vendían su cuerpo por unos peniques. Sin embargo, su situación, de carácter cada vez más impredecible y agresivo, había entrado en un tobogán de perdición por el que se deslizaba sin freno. En los últimos meses, incapaz de seguir trabajando, había estado entrando y saliendo de los albergues públicos para indigentes, durmiendo en la calle el resto de las noches a escondidas de la policía.

Esta infeliz era la que arrastraba los pies por los callejones sin pavimentar de Whitechapel encaminándose hacia ninguna parte. Cojeaba a causa de los golpes recibidos en un altercado con otra mujer cuatros días atrás, en el que se había llevado la peor parte: moretones en la cara, uno de los ojos un tanto inflamado y con la visión borrosa, dolor en las costillas y la rodilla tumefacta.

—Hola, Annie —la saludó Harry Vauxhall, otro de los inquilinos habituales que tampoco había conseguido aquella noche el dinero suficiente para una cama. Vauxhall era un hombre mayor y consumido que llevaba un codo en un ángulo poco natural, recuerdo de su paso por la cárcel—. ¿Dónde piensas dormir hoy?

—No sé —contestó Annie encogiéndose de hombros y siguiendo su camino.

—Podríamos probar en George Yard, en el patio del White Hart.

—¿Donde mataron a la Tabram? —respondió Annie con un escalofrío—. No, gracias. Creo que prefiero buscar otro lugar.

—Venga, Annie —la animó Vauxhall—. Vamos juntos, no tienes nada que temer. Además, la ronda la hace el «bermellón», y a ese le gusta más echarse un sueñecito en un portal que revisar los patios. Nos dejará en paz, ya lo verás.

A Annie le caía bien el viejo Harry Vauxhall, un pobre hombre que se había pasado una larga temporada en la cárcel, al ser pillado robando unos trozos de carbón con los que calentar la habitación que compartía por la que por entonces era su mujer. Pero no estaba dispuesta a dejarse manosear mientras dormía. No, iría al Britannia a ver si le fiaban una cerveza y quién sabe si incluso algún mendrugo de pan, ya que llevaba desde el día anterior sin probar bocado.

Vauxhall, viendo que la mujer no aceptaría su propuesta, hizo un galante gesto llevándose la mano buena a la gorra a modo de

saludo y dobló la esquina para encaminarse a los edificios George Yard, donde tenía previsto dormir aquella noche.

Sola de nuevo, Annie se encaminó hacia Commercial Street, donde se encontraba el *pub*. Por fortuna no llovía y, aunque no hacía calor, aquella no sería una noche excesivamente desagradable si al final tenía que pernoctar al raso. Claro que, quizá, en el Britannia se topara con Edward Stanley, su amante esporádico y por el que se había peleado con aquella zorra de Eliza Cooper, una vulgar ramera que pretendía quedarse con Stanley, un albañil al que todos conocían como «el Pensionista», ya que el hombre proclamaba a los cuatro vientos haber servido en el ejército de su graciosa majestad como oficial del Regimiento de Essex.

Annie estaba convencida de que Stanley era un impostor. El hombre apenas sacaba lo suficiente como para ir tirando con su trabajo. De haber tenido una pensión del ejército, sumada a lo que ganaba como albañil, Stanley no habría tenido que vivir en aquel agujero de la plaza Osborne donde habitaba.

Si Stanley decía la verdad o no le era indiferente a Annie, quien ya sabía lo que era mentir e inventarse un pasado más agradable y feliz. Ella misma siempre había contado a quien quisiera escucharla que su marido había sido veterinario y, en ocasiones, según su estado de ánimo, lo doctoraba en Medicina, rememorando un pasado feliz en Windsor, a veinticinco millas de Londres.

Pero lo que importaba era que Stanley era un buen hombre y la trataba bien, no le exigía demasiado y, cuando podía, le pagaba la estancia en

Crossingham's

Lodging House. Incluso las noches en que la casera de la pensión de la plaza Osborne donde moraba Stanley se ausentaba, este la hacía entrar a escondidas para que los demás inquilinos no se percataran.

El Britannia ocupaba toda la esquina de Dorset con Commercial, en un edificio de tres plantas, como todos los de la zona. La entrada en chaflán estaba iluminada con unos farolillos de gas y sobre estos, al lado del nombre del local, había un letrero que anunciaba Allsopp, la cerveza que se dispensaba en aquel *pub*. Al traspasar el umbral, Annie quedó inmersa en el bullicio y la densa neblina provocada por el tabaco y las lámparas de aceite. Una veintena de parroquianos, pinta en mano, charlaban de sus asuntos sin prestar

demasiada atención a cuanto los rodeaba. En una esquina, un tipo al que llamaban «Ardilla», Annie nunca había sabido su nombre verdadero, entregaba a varios hombres boletos a cambio de dinero, sin duda para apuestas ilegales de boxeo.

En la barra, el camarero la miró con el ceño fruncido. No le gustaban los moscones ni los polis y, aunque Annie no figuraba entre los segundos, era bastante evidente que se hallaba sin blanca, por lo que, para el encargado del local, pertenecería al primer grupo. Annie evadió la mirada inquisitoria y siguió buscando una cara amiga.

—¡Stevi! —exclamó al reconocer en la punta de la barra a un cochero con el que ya había coincidido en un par de ocasiones y al que le había logrado sablear unas pintas de cerveza.

El hombre al que Annie había llamado a gritos se giró hacia la puerta y suspiró imperceptiblemente. Sentía simpatía por aquella mujer que cuando estaba sobria era agradable, aunque siempre estuviera sin un penique y uno tuviese que correr con los gastos de la comanda. Sin embargo, cuando estaba bebida era preferible no estar cerca.

—Hola, Annie —saludó, haciendo un gesto al camarero para que tirase media pinta.

Sentada en un taburete al lado del cochero, Annie estiró su jarra durante la siguiente hora, habida cuenta de que Steven no estaba por la labor de sacar más rondas. Annie volvió a hablar de la grandeza perdida de una vida de ensueño en Windsor como esposa de un médico y unos hijos maravillosos, de vestidos, teatro, fiestas a las que eran invitados, sin perder ni un instante de vista la entrada del *pub*, buscando ávidamente por encima del hombro de Steven la llegada de su amante, que le permitiría cenar algo antes de dormir.

Pero, aunque la puerta se abrió una y otra vez, por ella no asomó nadie conocido que la pudiera invitar a un trago y, cerca de las dos de la madrugada, cuando ya le quedó claro que aquella noche no tendría un techo sobre su cabeza, Annie se volvió a internar en la negra noche. Un escalofrío le recorrió la espalda, seguramente causado por la debilidad. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que comió caliente. Se ajustó bien el abrigo. Quizá no fuera mala idea aceptar la invitación de Harry Vauxhall e ir a dormir con él. El viejo trataría de sobarla, pero ella

no se lo permitiría. No más de lo imprescindible.

Sumida en sus pensamientos, la mujer no se percató de que era el centro de atención de alguien que no se dejaba ver. La pierna le dolía cada vez más, y la postura que había mantenido encima del taburete en el Britannia no la había ayudado. Ahora tenía la rodilla aún más hinchada y tumefacta, a pesar de que ya habían pasado cuatro días desde que aquella golfa la golpeara.

Se detuvo y flexionó un par de veces la rodilla en el aire, apoyando la mano en un muro para mantener el equilibrio. Se dio cuenta tarde de la inmundicia que impregnaba la pared y, maldiciendo, se limpió como pudo en el agua grasienta que llenaba un charco; prefirió no saber qué era lo que había tocado.

En la calle imperaba el silencio. Nada se movía. Annie continuó andando y giró en Hanbury Street. De una ventana le llegaron los ruidos de una discusión, una mujer gritó y se oyó el golpe de algo pesado que se caía. Annie tenía suficiente experiencia en malos tratos como para imaginar que la autora del chillido habría gritado para intentar defenderse del puñetazo o la patada que le eran lanzados y que la arrojarían al suelo.

Annie maldijo a aquel hijo de perra al que le salía tan barato dar una paliza a su mujer y también a John Chapman, su exmarido, por la vida de malos tratos primero y por haber muerto dejándola sin recursos después. Al final maldijo a todos los hombres en general por hacer daño a las mujeres, primero golpeándolas y matándolas, y luego promulgando leyes para protegerse ellos mismos y convertirlas a ellas en objetos vulnerables.

—Te equivocas —escupió Annie al rostro velado del individuo que se interponía en su camino—. No soy ninguna ramera. Busca a otra a la que meter tu asquerosa polla.

El extraño guardó silencio, pero no se movió. Annie decidió ignorarlo y seguir su camino. Rodeó al tipo y siguió andando. Entonces, de repente, sintió cómo unas poderosas manos se cerraban como un torno alrededor de su cuello, por encima del pañuelo blanco con reborde rojo, apretando inmisericordes. Boqueando, la mujer trató de separar aquellas mordazas, tratando inútilmente de evitar que la arrastraran al interior de un portal. A punto de perder el sentido, aún tuvo tiempo de ver el reflejo de la farola de gas en una larga hoja metálica.

—¡Esto es inadmisible!

—Estamos haciendo todo lo posible…

—¡Excusas, comisionado, solo excusas!

El comisionado Warren guardó un silencio furioso y se esforzó en estirar una minúscula arruga de su impecablemente planchado pantalón del uniforme. Lo habían sacado de la cama hacía una hora y aun así presentaba un aspecto marcial, perfectamente aseado y descansado, alerta para entrar en combate.

En cambio, el ministro de Interior lucía el porte de quien se había acostado tras una copiosa cena y había visto su sueño bruscamente interrumpido. Llevaba la misma ropa que el día anterior, y su cabello se obstinaba en alborotarse. Unas grandes ojeras violáceas junto a un corte en la mejilla derecha producto de un apresurado afeitado completaban el cuadro, radicalmente opuesto al del jefe de policía.

Ambos se encontraban en el despacho de Henry Matthews en Whitehall, donde la presencia del comisionado Warren había sido requerida con urgencia poco después de que trascendiera la muerte violenta de otra mujer en el East End. El hecho de que el comisionado debiera acudir a Whitehall antes incluso de acercarse al lugar de los hechos, o al menos recabar algo de información sobre lo ocurrido a través de sus hombres, dejaba a las claras el nivel de preocupación por parte del Gobierno ante tan terribles asesinatos.

—¡Por el amor de Dios! Tan solo ha pasado una semana desde el asesinato de aquella mujer —decía el ministro, que, abandonando toda compostura y protocolo, se paseaba agitado por la estancia—. Y ahora otra. ¿Sabe lo que esto supone, comisionado? El primer ministro Salisbury está muy preocupado. La propia reina pregunta qué está haciendo la policía.

—Señor ministro, tiene mi palabra de que Scotland Yard está haciendo cuanto puede —repitió Warren sintiéndose atacado—. Buscar a un asesino en Whitechapel es como buscar una aguja en un pajar. Ni siquiera sabemos si se trata de un único criminal. Personalmente, tiendo a pensar que esas muertes no guardan ninguna relación.

—¿De verdad, comisionado? —replicó airadamente Matthews seleccionando un ejemplar del *Times* de un montón de periódicos

que tenía sobre el escritorio—. Permítame ilustrarle. Este diario es de hace cinco días.

—Ya tuve oportunidad de leerlo, señor ministro, y le aseguro…

Obviando las explicaciones del jefe de la policía metropolitana, el ministro Matthews acercó el periódico a la lámpara que tenía sobre la mesa del escritorio y comenzó a leer:

—«La policía ha abandonado la hipótesis de que los espantosos crímenes ocurridos en Whitechapel hayan sido cometidos por la plaga de pandillas de maleantes que infestan el East End de Londres y admite que los asesinatos de estas pobres mujeres acaecidos en los últimos meses son obra de un criminal sanguinario. A pesar de que la insistencia por parte de la primera víctima, Emma Smith, de haber sido atacada por un grupo de hombres sustrajo la atención de los investigadores sobre la posibilidad de encontrarse ante un diabólico asesino, Scotland Yard tiene el convencimiento de que la desgraciada mujer, salvajemente empalada a buen seguro por una barra de hierro, resultó ser la primera víctima de este ser perverso».

—Esa noticia carece de cualquier fundamento, señor ministro —replicó Warren, tratando de no alterar su compostura—. El inspector jefe Swanson, en sus partes diarios sobre el estado de la investigación, me asegura que no hay nada que relacione los tres asesinatos anteriores con el de esta madrugada.

—El inspector jefe, por supuesto —contestó Matthews aprovechando la ocasión para lanzar un nuevo ataque—. Sería más apropiado que esos partes se los proporcionara el ayudante de comisionado, que para tal fin se estableció ese cargo, pero usted ya se encargó de que el anterior ocupante de ese despacho se viera en la necesidad de presentar su dimisión.

—El señor Monro…

—Las cuatro mujeres eran prostitutas —cortó el ministro—, han sido asesinadas en unos pocos centenares de yardas y eran tan miserables que no tenían nada que se les pudiera robar. Y todas ellas han sido asesinadas de un modo similar. ¿Qué más necesita saber Scotland Yard para estar seguro de que el culpable es un maldito pervertido?

—Eso es absurdo —se atrevió a responder Warren, alterado por primera vez—. Las tres primeras mujeres fueron asesinadas de maneras completamente distintas. Solo la última víctima y la de

esta mañana podrían presentar algún tipo de similitud.

—Mire esto, comisionado —dijo Matthews tendiéndole una hoja por encima del escritorio y simulando una calma que estaba lejos de poseer—. Es una publicación que saldrá a la luz esta misma mañana. El *Police Chronicle & Guardian*.

El comisionado Warren cogió la hoja.

> *La policía cree tener una pista para capturar a los autores del crimen, y ciertas personas están siendo sometidas a vigilancia. Sin embargo, no se espera que haya detenciones hasta la conclusión de la aplazada investigación del juez, cuando se puedan obtener pruebas importantes que señalen al asesino o asesinos, a menos que los sospechosos intenten abandonar antes el barrio.*

—Desafortunado —comentó Warren dejando la hoja sobre el escritorio—. Muy desafortunado. Por desgracia, no hay tiempo para retirarlo. Debo señalar que el artículo es anterior a lo sucedido hoy.

—Pero hará creer al público que la policía poseía firmes sospechosos y no ha impedido este nuevo crimen, ¿no le parece, comisionado?

El ministro taladraba con la mirada al antiguo general, que no sabía qué contestar.

—Creo que debo insistir, señor ministro —dijo Warren al cabo de un rato—, en la falta de personal. No tengo suficientes hombres para cubrir toda la zona. Aquello es un laberinto lleno de callejuelas, patios y esquinas. Además, sus habitantes no ven con buenos ojos a mis agentes.

—Extraño sería lo contrario, ¿no le parece? —respondió Matthews sin soltar la presa—. Sobre todo, si seguimos permitiendo que los asesinen.

El ministro se echó hacia delante en su silla y puso los antebrazos sobre el escritorio.

—La reina está recibiendo cartas, al igual que el Gobierno. Somos el Imperio británico, comisionado, y Londres es su capital. Los ojos del mundo entero están puestos en Whitechapel. Debemos transmitir un mensaje de firmeza. Hacerles saber que el Gobierno se preocupa de sus ciudadanos. No podemos dejar que piensen que un salvaje es capaz de poner en jaque al Reino Unido y dejar en evidencia a su policía. Destine más hombres al East End si lo

considera necesario, pero haga algo.

—Si destinamos más hombres a Whitechapel —repuso Warren indignado—, debilitaremos la vigilancia en otros distritos, señor ministro. Haría falta un gran número de agentes para poder cubrir el barrio.

—Sería algo puntual, ¿no cree? Un gran contingente de policías no tardaría sino unos pocos días en capturar a ese criminal y después podrían reintegrarse en sus puestos.

—No podemos determinar cuánto tardaríamos en atraparlo. El asesino podría asustarse ante tal despliegue y aguardar a que nos relajáramos.

Warren miró fijamente al ministro antes de continuar.

—Tal vez haya una solución…

Matthews juntó las palmas de las manos como si se dispusiera a entonar un rezo y puso las yemas de los dedos debajo de la barbilla, preparándose para lo que estaba por venir.

—¿Y es?

—Desplegar al ejército.

Como un resorte, Matthews se puso en pie y dio un golpe en la mesa.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Ya no recuerda lo que sucedió el año pasado? ¿Quiere otro Domingo Sangriento? ¡No seré yo quien autorice semejante disparate!

—En ese caso, señor ministro —replicó un muy ofendido comisionado—, no me deja más alternativa que presentar mi dimisión.

—Como usted no ignora, nada me haría más feliz que aceptarla, comisionado —repuso Matthews, aún rojo de indignación por la propuesta del general, mientras se inclinaba sobre la mesa y apoyaba en ella los puños cerrados—. Sin embargo, no es el momento, como seguro que usted podrá comprender. Estamos inmersos en una grave crisis. La reina pide resultados. El Gobierno pide resultados. Yo le exijo resultados. Usted fue nombrado comisionado para ocuparse de las crisis. Resuelva esta.

Warren se disponía a responder, pero el ministro concluyó:

—Quiero más detenciones, quiero que levante Whitechapel y lo ponga boca abajo. No voy a permitir que continuemos siendo el hazmerreír. No voy a tolerar nuevas excusas para que haya

levantamientos populares. Se acercan las elecciones municipales en Londres y los radicales van a aprovecharse del descontento popular. Haga su trabajo. Se trata de un simple criminal. Un desgraciado del East End. Un animal salvaje. Atrápelo, comisionado. ¡Y hágalo ya!

El inspector Abberline, con rostro serio y preocupado, accedió al patio trasero del número 29 de la calle Hanbury y examinó el cuadro que se presentaba ante él. Gente encaramada a la valla que separaba el patio de la calle, donde se arremolinaba un grupo cada vez más numeroso de curiosos llegados al olor de la sangre. En las ventanas, asomados como quien asiste a un colorido desfile, decenas de vecinos examinaban los movimientos de la policía mientras proferían todo tipo de comentarios. Aquella marabunta, con sus gritos histéricos, abucheos a los policías, berridos de vendedores ambulantes, silbidos, jaleos, maldiciones y todo tipo de imprecaciones, acompañada por el bullicio de las asustadas cabalgaduras y los carros que se abrían paso, resultaba ensordecedora.

En el suelo, tapado por una lona embreada, había un bulto ante el que se disponía un grupo compuesto por el médico de la policía George Bagster Phillips, el inspector Joseph Chandler, dos agentes uniformados de la policía metropolitana y dos ciudadanos, un hombre y una mujer.

Los sobrepasados *bobbies* trataban de establecer un cordón de seguridad sin demasiado éxito, asediados a preguntas y reproches por parte de los curiosos. Desde las ventanas, los vecinos, sumergidos en el anonimato, insultaban a los policías y no dudaban en arrojar alguna porquería si la ocasión les era propicia.

—Buenos días, inspector Abberline —saludó el inspector Chandler al advertir la presencia del recién llegado—. Lamento haberlo tenido que llamar.

Chandler era inspector del Departamento Local, el oficial de guardia al frente de la comisaría de Commercial Street aquella mañana. Había sido el primero en llegar a la escena del crimen, acompañado de otros agentes, para hacerse cargo de las investigaciones preliminares. Al aproximarse al lugar, se habían tenido que abrir paso a codazos entre los curiosos que ya comenzaban a arremolinarse en torno al patio.

El oficial enseguida había advertido que el crimen presentaba muchas características en común con los que estaban alterando el barrio en las últimas fechas, y, tras hacer llamar al médico de distrito de la policía, se había apresurado a dar aviso a otros oficiales superiores, entre ellos a Abberline.

—Buenos días, inspector —contestó Abberline—. ¿Qué es lo que tenemos?

—Otra mujer. Aún falta confirmarlo, pero probablemente se llame Annie Chapman, conocida como Annie «la Morena». Residente en la calle Dorset. Es una vieja conocida: peleas, borracheras… La han encontrado esta mañana. Tiene el cuello rajado de lado a lado tan profundamente que la cabeza está prácticamente desprendida del cuerpo. También tiene rajado el abdomen y sacados los intestinos, que el asesino ha dejado colocados sobre uno de los hombros. Nada agradable, señor.

—Ya me imagino —dijo Abberline agachándose y levantando la tela que cubría el bulto lo justo para ver el rostro de la finada.

—Hemos encontrado las pertenencias de la víctima junto al cuerpo, extrañamente ordenadas, si me permite la apreciación, señor. El doctor Phillips estima que la muerte se produjo un poco antes de las cuatro y media de la mañana, ¿no es así, doctor?

El interpelado, un hombre de frente ancha y despejada con veinte años de experiencia en asuntos policiales, se quitó los anteojos que había estado utilizando para examinar a la víctima y asintió:

—Yo diría que entre las cuatro y las cuatro y media sería una hora aproximada bastante acertada. El cadáver presenta hinchazón en rostro y lengua, como si hubiera sido asfixiada, aunque todavía no puedo asegurar que esa fuera la causa de la muerte. Presenta también magulladuras en la cara y en el pecho que no son recientes. La mujer se las causó hace tres o cuatro días. Le han cortado el cuello de izquierda a derecha. Dos incisiones bien diferenciadas. El abdomen está abierto, una parte de los intestinos seccionada y el mesenterio parcialmente arrancado. Es todo lo que le puedo decir por el momento.

—¿Los cortes son precisos?

—Si se refiere a si el asesino posee ciertas habilidades —respondió el médico, limpiando los anteojos con un paño mientras

miraba el bulto cubierto con la tela—, yo diría que sí. Al menos debe de tener conocimientos anatómicos básicos para poder extraer los órganos limpiamente. Tiene buen manejo del escalpelo. Yo mismo creo que no hubiera podido hacer todo esto en menos de un cuarto de hora.

—Gracias, doctor. ¿Cuándo llevará a cabo la autopsia?

—Esta tarde a primera hora, inspector. Buenos días.

Dicho esto, el médico se cubrió la cabeza con su sombrero de copa y abandonó el patio.

—El cuerpo fue encontrado por un carbonero —dijo Chandler cuando el médico se hubo marchado, señalando al hombre que aguardaba inquieto al lado de uno de los agentes uniformados—. Se llama John Davis y vive en este portal, en el tercer piso. Dice que anoche se acostó pronto, que se ha despertado hacia las tres y que no se ha vuelto a dormir hasta las cinco de la madrugada. Se ha levantado a las seis menos cuarto para ir a trabajar.

—Así es, inspector —afirmó Davis, un hombre de mediana edad y aspecto insignificante con las manos de un gris mortecino, producto de los años en contacto con el carbón—. Estoy seguro de que me desperté a esa hora porque oí las campanadas de la iglesia.

—¿Qué hizo después? —preguntó Abberline.

—Me vestí y me fui a trabajar —respondió el hombre, mirando con espanto el bulto—. Cuando salí al patio me encontré el cuerpo.

—¿El portal de la casa estaba abierto?

—Siempre lo está, inspector. Por aquí anda mucha gente.

—¿Qué hizo cuando encontró el cuerpo?

—Salí corriendo a la calle y fui buscando a algún policía, hasta llegar a la comisaría y hablar con el sargento de guardia.

—¿Su ventana da al patio? —preguntó Abberline mirando la fachada hacia arriba.

—Así es, inspector.

—¿Y ha oído usted algo extraño esta noche?

—Nada en absoluto, inspector. Y tengo un sueño ligero y buen oído.

—Muchas gracias, señor Davis —lo despidió Abberline—. Más tarde volveremos a hablar. Ahora puede irse.

—Esta es la señora Elizabeth Long —presentó el inspector Chandler a la mujer que aguardaba unos pasos más atrás, una vez

Davis se hubo alejado—. Asegura que vio a la víctima poco antes de que apareciera muerta.

—Buenos días, señora —saludó Abberline cortésmente, en un intento de tranquilizar a la buena mujer, que se hallaba visiblemente inquieta ante tanto policía—. ¿Qué es lo que ha visto?

—La he visto a ella —respondió la mujer señalando el bulto del suelo—. Iba a trabajar al mercado, donde cuido de los carruajes junto a mi marido, y al pasar por esta calle he visto a un hombre y a esta mujer hablando. Eran las cinco y media; lo sé porque acababa de escuchar la campana de la cervecera Black Eagle.

Como muchas otras fábricas, la cervecera de Spitalfields anunciaba con una campana el comienzo del turno de trabajo matinal.

—El hombre —continuó diciendo la señora Long— le ha preguntado a la mujer: «¿Lo harás?», y ella ha contestado que sí. No he podido escuchar nada más porque tenía prisa. Los sábados hay mucho trabajo con los carros y los puestos de venta en el mercado de Spitalfields, y eso atrae a muchos sinvergüenzas, como la llama la polilla, que vienen para ver qué pueden robar de las bolsas de la gente honrada. Precisamente el sábado pasado a una vecina mía…

—Disculpe, señora Long —interrumpió Abberline, que no estaba interesado en lo que le había sucedido a la vecina de la buena mujer—. Ha dicho que ha visto a un hombre con la difunta. ¿Ha podido verle la cara?

—Era extranjero —afirmó ella tajante—. Aunque ya había comenzado a amanecer, la calle todavía se encontraba a oscuras. Ella me daba la espalda, pero él estaba de frente. Llevaba un sombrero de cazador marrón, de esos con ala, que le dejaba el rostro en sombra, y creo que un abrigo oscuro, aunque no estoy segura. Era un hombre gallardo pero harapiento, que parecía haber pasado tiempos mejores.

—Así que no le ha visto la cara.

—No, no he podido. Ya le he dicho que la sombra que hacía el sombrero no dejaba ver la cara. Seguro que lo llevaba precisamente para que no se la pudieran ver y hacer todo tipo de fechorías y…

—¿Conocía usted a la fallecida?

—Por supuesto que no la conocía —contestó la señora Long, indignada porque alguien pudiera pensar que se relacionaba con

mujeres de la calle.

—¿Y está segura de que se trataba de ella? Ha dicho que le daba la espalda. ¿Cómo está tan segura de que se trataba de la misma mujer?

—Bueno, llevaba el mismo abrigo. También el pelo era igual, desgreñado y gris. Y estaba gorda como ella.

—Muchas gracias, señora Long —repuso Abberline, que, haciendo un gesto a uno de los sargentos, añadió—: Necesitaremos su declaración. El sargento se la tomará.

Abberline y Chandler se alejaron de la mujer y se acercaron al cadáver, que en ese momento estaban subiendo a una carretilla con el fin de trasladarlo al depósito.

—La señora Long asegura que vio a la asesinada sobre las cinco y media —apuntó Abberline—. Sin embargo, el doctor Phillips ha dicho que la hora de la muerte ha sido antes de las cuatro y media. Una hora antes.

—La descripción que ha dado de la mujer que estaba acompañada del tipo del sombrero coincide con la de la mayoría de las mujeres del East End —señaló el inspector Chandler—. Tal vez no fuera ella.

—Es posible —convino Abberline—. También podría ser que los cálculos del doctor Phillips fueran erróneos. Tal vez el cadáver se haya enfriado más rápido por algún motivo que desconocemos.

—Otro hombre, un tal Albert Cadosch, ha testificado que sobre las cinco y media de la mañana pasó por aquí cerca y escuchó el grito de una mujer que decía «¡No!», y enseguida un golpe, como si algo cayera golpeando contra la cerca del patio. Asegura no haber visto a nadie por los alrededores.

—¿Se ha encontrado algo cerca del cadáver?

—Dos pastillas, según el doctor Phillips para afecciones pulmonares —enumeró Chandler de memoria—. Un trozo de sobre con el trazo de una letra M y un sello postal de «Londres, 28 agosto de 1888», un trozo de muselina, un peine, dos anillos y dos cuartos de penique.

—¿Algo más?

—Sí —contestó Chandler señalando en dirección a una fuente adosada a la fachada del patio, utilizada por los vecinos para lavar ropa, herramientas de trabajo e incluso asearse ellos mismos—. Bajo

esa fuente, hemos hallado un delantal de cuero empapado de agua.

—¿Un delantal de cuero? —repitió Abberline sobresaltado, girando bruscamente la cabeza hacia donde señalaba el inspector Chandler.

Llevaban días escuchando hablar de «Delantal de cuero». La prensa se había hecho eco de uno de los muchos rumores que recorrían Whitechapel acerca de un malvado que aterrorizaba a las mujeres que permanecían en las calles cuando ya había anochecido. En los corrillos, todas afirmaban haberse topado en algún momento con ese ser perverso que empuñaba un cuchillo, vestía un largo delantal de cuero manchado con sangre y merodeaba por el East End en busca de víctimas, pero, a pesar de eso, nadie lo conocía ni era capaz de dar sino una vaga descripción.

Por supuesto, la policía no había hecho ningún caso a estas historias de alcahuetas, dando por sentado que se trataba de rumores morbosos sin fundamento para asustar a los vecinos en corrillos callejeros. Patrañas a las que la prensa daba pábulo de buen grado, ya que ayudaban a vender más ejemplares de los diarios. Sin embargo, ahora se encontraba un delantal de cuero en el lugar del crimen. «¿Tendrán esos chismes algún atisbo de realidad?», se preguntó Abberline.

—Esta noche apenas ha llovido —comentó Chandler refiriéndose al delantal que habían recogido bajo la fuente calado de agua—. Se diría que alguien tuvo algún motivo para limpiarlo, ¿no le parece?

—¿De sangre, tal vez? ¿Han preguntado a los vecinos si es de alguien de la casa?

—Estamos en ello.

—Muy bien. Interrogaremos a todos los vecinos de esta casa y de las colindantes. En las fábricas, obreros que acostumbren a pasar por aquí, también carreteros. Registren los mataderos de los alrededores. También visitaremos todas las casas de alojamiento del barrio para ver si alguien ha entrado esta mañana con sangre en sus manos o en la ropa, o con una actitud sospechosa. Los *pubs*, los hospitales, por si hubiera sido herido. Buscaremos a cuantos utilicen delantal de cuero en el barrio: zapateros, remendones, herreros…

—Necesitaremos mucha gente.

—Desde luego —convino Abberline pellizcándose la barbilla—. También habrá que visitar a médicos, estudiantes de Medicina,

carniceros, matarifes, ayudantes de las morgues y cuantos tengan trato con cadáveres, ya sean de personas o animales.

El inspector Chandler había comenzado a tomar nota ante la vastedad de las tareas, utilizando para ello una pequeña agenda que se había sacado del bolsillo de la chaqueta y un trozo de lápiz que humedeció con la lengua.

—¡Abberline!, ¿de nuevo en las cloacas? —inquirió de pronto una potente y cavernosa voz a sus espaldas.

—¡Sargento! —exclamó Chandler, amonestando al policía uniformado que se les acercaba.

—Déjelo, inspector Chandler —dijo Abberline poniéndose en guardia ante lo que se le venía—. El sargento Thick es un viejo conocido. ¿Qué tal, sargento? Hace mucho tiempo.

—Tal vez no el suficiente, ¿verdad, Abberline?

El sargento, un tipo robusto, con un mostacho poblado amarillento y caído, era un personaje famoso en la policía metropolitana. Llevaba dos décadas recorriendo las calles de Londres, y a pesar de ello solo había logrado ascender a sargento. Hombre de carácter explosivo, testarudo e inconformista, era tan temido por los maleantes como por los oficiales de Scotland Yard, que huían de su afilada lengua y su implacable y estricto cumplimiento de la ley, lo que le había valido el sobrenombre de Johnny «el Recto».

—Había oído que Scotland Yard iba a mandar a su mejor hombre —ironizó el sargento remetiendo los pulgares por dentro del cinto.

Al sargento Thick no le importaba que su exagerada costumbre de decir las verdades de la manera más descarnada le metiera en líos, algo que ya había ocurrido anteriormente en varias ocasiones.

—Así es —respondió Abberline sin ofenderse y permitiendo que el inspector Chandler los dejara solos—. Pero estaba ocupado, por eso me mandan a mí.

—¿Esperan los jefazos detener a ese hijo de perra? ¿O todo esto solo es un apaño para que los londinenses piensen que Scotland Yard vela por ellos?

Como siempre, el incómodo sargento no tenía pelos en la lengua y se atrevía a preguntar con todo descaro lo que otros muchos solo osaban hacer en susurros con gente de su plena confianza.

—¿Qué quiere decir, Thick?

—En el East End todos piensan que el culpable de estas salvajadas no es del barrio —repuso el sargento, encogiéndose de hombros—. Creen que habría que mirar hacia el West End.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué piensan eso? —quiso saber Abberline, interesado.

—Si viviera por aquí ya lo habrían encontrado, ¿no le parece? —dijo el sargento bajando un tanto su ronca voz—. Un hombre lleno de sangre no pasaría desapercibido en Whitechapel. Los albergues y las pensiones están atestados. No existe la intimidad en el East End. Además, tendría que cambiarse de ropa o lavarla para quitar las manchas. Aquí nadie se puede permitir cambiar de pañuelo, no digamos de abrigo.

—¿Eso es lo que se comenta en la calle?

—Así es —afirmó el sargento de la policía metropolitana—. Y lo que me pregunto yo es: ¿se detendrá al culpable, sea quien sea?

—No lo dude, sargento.

—¿Aunque sea alguien importante? —volvió a preguntar Thick entrecerrando los ojos, fijos en el inspector.

—Esa es mi intención.

—¿Y se lo permitirán?

Abberline se quedó callado mirándolo.

—Escuche, Abberline. —Thick bajó aún más la voz para que solo pudiera escucharlo el inspector, lo que unido a la ronquera complicaba entender bien qué decía y obligaba a Abberline a aguzar el oído—. Últimamente se ve gente rara por el East End. Gente que no pertenece a este ambiente viene en sus carruajes en busca de emociones, ¿entiende lo que quiero decir? Llegan con sus trajes, sus bastones y sus sombreros de copa porque están hastiados de sus insulsas vidas, y aquí pueden saciar los vicios que esconden en lo más recóndito de sus almas: mujeres, niños, opio y cualquier tipo de perversión que libre del aburrimiento a esos degenerados. Los burdeles ya no son los que conocíamos. Ahora hay todo tipo de actos bestiales contrarios a la naturaleza. Y sus clientes tienen mucho dinero, Abberline.

—¿Gente poderosa? —preguntó el inspector con un asomo de extrañeza.

—Muy poderosa —recalcó Thick, y dio un paso hacia delante,

acercando tanto su boca a la oreja del inspector que a este le parecía sentir las gruesas cerdas del bigote rozándolo—. Jueces, reputados médicos, senadores, algún ministro… Incluso el nieto de la reina, el príncipe Albert.

Abberline se quedó de una pieza. Con un último asentimiento de cabeza, el irritante sargento se dio la vuelta y comenzó a empujar a los curiosos que, aprovechando su descuido, habían ido ganando terreno.

Entre la multitud, un hombre, cubierto con una larga capa y una gorra encasquetada hasta las cejas, comenzó a alejarse cuando el robusto policía le puso su manaza en el pecho. Ya había visto lo suficiente y no quería que se notara su excitación. La policía, la misma que lo maltrataba en cuanto tenía ocasión, se mostraba desbordada, confundida y pendiente de sus actos. Y la gente del barrio hablaba de él con el espanto reflejado en sus rostros.

Aquello era una nueva sensación para él. Una sensación de poder, igual o superior a la que sentía cuando cortaba con su cuchillo. Whitechapel aprendería a respetarlo. Y pronto lo haría Londres entero.

Capítulo 10

«El espíritu de Annie “la Morena” aún anda por Whitechapel clamando venganza y justicia»
Daily Telegraph

Lunes, 10 de septiembre de 1888. East End de Londres

El barullo en la comisaría de Commercial Street era atronador. Policías de uniforme y de paisano lidiaban a gritos con un montón de individuos, algunos de ellos detenidos como sospechosos de tener algo que ver con los asesinatos y otros por estar borrachos, pelearse, causar altercados o simplemente haberse burlado de los agentes. Todos ellos se mostraban reacios a colaborar con la policía y se quejaban a gritos por el trato que se les dispensaba.

En la calle, el alboroto no era menor. Personas de todas condiciones se apelotonaban en corrillos frente a las puertas de la comisaría a la espera de ver desfilar a investigadores o sospechosos. Cada vez que aparecía un agente cogiendo por el cogote a algún tipo al que había colocado los pesados grilletes de hierro, la muchedumbre la emprendía con el desgraciado, al que amenazaban con colgar de la farola que había en la esquina.

Tratando de mantenerse ajeno a todo este caos, el inspector Abberline se había encerrado en su despacho. Sentado en su silla frente al escritorio, había colocado sobre el secante los pies descalzos; la chaqueta y el sombrero colgaban del perchero, el último botón de la camisa estaba abierto, y la corbata negra estaba abandonada sobre la mesa.

El inspector se había tapado la cara con su pañuelo después de humedecerlo en la jofaina. Mantenía la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, con la esperanza de que el dolor de cabeza que amenazaba con taladrarle el cráneo disminuyera. Sentía las pulsaciones por la presión en los ojos, pum, pum, pum… Cualquier movimiento suponía un tormento.

No solo era el espantoso dolor de cabeza lo que lo atormentaba. Llevaba desde el domingo con fuego en el estómago, producto de una pésima alimentación, un exceso de té ingerido para combatir el sueño, la falta de este y el estado de nervios en el que estaba sumido desde que el sábado, hacía de eso únicamente dos días, fuera sacado de la cama para acudir apresuradamente al patio de la calle Hanbury.

Pum, pum, pum… Abberline no recordaba cuánto tiempo había pasado desde que tomara la infusión de sauce, pero no parecía haberle hecho ningún efecto. La taza vacía se había confundido con otras que habían contenido té y otras más con infusión de jengibre para el ardor, junto a un vaso en el que había disuelto sal de fruta Eno.

Nada de todo esto había funcionado. El inspector trataba de evadirse de su cuerpo y aislarse, pero el tic tac del reloj que pendía de la pared se lo impedía. Tenía que dormir un rato. El día se presentaba muy agitado: al mediodía comenzaba la vista con el juez Baxter en el Instituto de los Jóvenes Obreros, con la consiguiente visita al depósito de cadáveres para que el jurado pudiera echar un vistazo a los restos de la mujer asesinada; y cuando la vista terminara tendría lugar una desagradable reunión con el comisionado Warren y el superintendente Arnold para tratar el estado de la investigación.

Pum, pum, pum… El martilleo incesante vino acompañado de una llamarada ascendiendo desde el estómago que le obligó a eructar. Dormir. No había cerrado los ojos desde el sábado. Había sido un fin de semana atroz.

El mismo sábado por la mañana, después de que los agentes se llevaran el cuerpo sin vida de Annie Chapman en la desvencijada carretilla de la policía, la misma donde habían transportado al depósito a Polly Nichols, Abberline había ordenado despejar el patio sin ninguna clase de miramientos.

Los agentes, comandados por el contundente sargento Thick, se habían empleado a fondo contra los curiosos, manejando sus porras con eficacia entre una lluvia de inmundicia que los vecinos arrojaban desde las ventanas. Solo cuando el propio Thick recogió del suelo un trozo de ladrillo que le había pasado rozando antes de estrellarse en el suelo del patio y lo tiró violentamente al azar

contra una de las ventanas de las que había podido partir el proyectil, los vecinos comenzaron a retirarse prudentemente.

Abberline había ordenado desalojar a los vendedores ambulantes que estaban haciendo su agosto, vendiendo refrescos, pasteles de carne y anguila, castañas y periódicos, en los que ya venían detalles del morboso suceso. A un par de ellos, que se habían resistido a perder el negocio, les habían retirado el carro con la mercancía y al menos uno de ellos se había llevado un buen par de porrazos de recuerdo.

El inspector, temiendo un motín, ya que los ánimos estaban cada vez más caldeados, había mandado a un agente en busca de refuerzos, y mientras estos llegaban para terminar de limpiar la zona pudo escuchar los comentarios que pasaban de boca en boca: la gente del barrio hablaba de las pandillas que obligaban a las prostitutas a aceptar su protección y que apaleaban a las pobres mujeres si estas se negaban a pagarles.

Abberline estaba bastante seguro de que aquellas pandillas no tenían nada que ver con los últimos asesinatos, pero se guardó de manifestarlo; era preferible que la gente pensara eso a la alternativa de un asesino sediento en busca de mujeres a las que degollar, sacarles los intestinos y robar sus partes pudendas.

Decidió entrar en el edificio e inspeccionar los aledaños. Por supuesto, con toda aquella gente subiendo y bajando era difícil que aún quedara algún indicio, si es que el asesino había llegado a acceder, pero nunca se sabía.

Por el portal de donde se había retirado el cadáver entró al descansillo. Unas voces le llamaron la atención. En silencio, subió al primer piso. Un hombre y una mujer discutían acaloradamente, pero se callaron en cuanto lo vieron. Abberline se percató de que la mujer tenía en la mano un montón de monedas de cuarto de penique y que con su cuerpo cerraba el paso al hombre, que, por su vestimenta, de mejor calidad de la que se gastaba en aquel barrio, era evidente que no vivía en aquel portal.

Asqueado, el inspector comprendió lo que estaba sucediendo. La mujer estaba exigiendo dinero al hombre por dejarlo subir y poder ver desde alguna ventana el patio, donde aún se podía apreciar algún resto de sangre. El edificio tenía dos entradas; una, la del patio, que estaba custodiada por la policía, y otra en la parte de

atrás, por donde la mujer había dejado acceder a los curiosos.

Sin contemplaciones, arrojó al suelo de un manotazo todas las monedas que empuñaba la sorprendida mujer y agarró al fisgón por el cuello del traje sacándolo en volandas a la calle, sin hacer el menor caso a sus airadas protestas. Después de echarlo con viento fresco, ordenó a uno de los agentes de uniforme que revoloteaban por el lugar que se apostara en la entrada, con firmes instrucciones de no dejar pasar a cualquier persona ajena al edificio.

Sabía que no iba a servir de nada. Los curiosos accederían por otros portales a otras ventanas y habría más vecinos que aprovecharían la ocasión para hacer negocio a costa del terrible crimen. Al fin y al cabo, aquello era Whitechapel. Allí todo tenía un precio y todo servía para negociar, incluso la muerte, por despiadada que fuera.

Terminada la inspección preliminar en la calle Hanbury, Abberline se había dirigido a la comisaría de Commercial Street, donde ya se encontraban el resto de detectives de Scotland Yard, junto a un numeroso contingente de policías uniformados. También había llegado el superintendente Arnold para informarse, discutir las acciones a tomar y disponer de inmediato las primeras órdenes.

En la abarrotada sala, Abberline había desgranado el plan de acción: registrarían todas las pensiones y albergues, tanto de Whitechapel como de Spitalfields sin excepción. Debían interrogar a cuantos ocupantes encontraran y preguntar por quienes no se hallasen en la pensión en ese momento. Si alguno no había pasado la noche allí, si alguien había aparecido con manchas de sangre, con aspecto sospechoso o se había comportado de una manera extraña. Había que apretar a los caseros de las pensiones y albergues, amenazándolos si fuera necesario con cerrarles su negocio en caso de que no cooperaran.

Además de pensiones y albergues, los policías deberían visitar y comprobar burdeles, casas de tolerancia, locales de vicio donde se permitían el juego, la bebida sin límite y todo tipo de actos sexuales contrarios a las buenas costumbres. Lo mismo harían con los *pubs* y tabernas que acostumbraban a cerrar tarde o abrir pronto. Debían interrogar a los vigilantes de las fábricas y a todos los vecinos de la calle Hanbury y sus adyacentes.

—¡Alguien ha tenido que oír o ver algo! —había repetido una y

otra vez Abberline, tratando de que sus hombres lo entendieran—. No se trata de un fantasma. El malnacido que ha hecho esto es alguien de carne y hueso y tenemos que atraparlo.

Los agentes se removían nerviosos. Aquella iba a ser una tarea de incalculable magnitud. Algunos agentes no terminaban de entender que la muerte de unas miserables putas justificara todo aquel despliegue y tanto trabajo.

—Vamos a dar la vuelta al barrio como si de un calcetín se tratara. No dejen piedra sin remover. Cojan a sus confidentes y apriétenlos. Interroguen a todo el mundo, y si alguien les resulta sospechoso, lo traen aquí y lo vuelven a interrogar.

Los agentes se habían desperdigado en silencio, pero Abberline dudaba de que se afanaran como les había solicitado. Aún recordaba sus servicios de patrullero y las interminables rondas en solitario por las oscuras y peligrosas calles durante doce horas diarias, seis días a la semana. Unas rondas que uno de los comisionados fundadores, el señor Rowan, había establecido en el espacio que una persona podía patrullar en veinte minutos a una velocidad de tres millas a la hora. Esto suponía que un agente cubría veinticuatro millas en una jornada de trabajo día tras día, recorriendo una y otra vez la misma calle, los mismos portales, viendo a las mismas personas, todo ello con el rígido uniforme, el gorro, la porra, los dos juegos de esposas, uno para los adultos y otro para los niños, el silbato para comunicarse con sus compañeros y, si la ronda era nocturna, un pesado farol lleno de aceite con el que alumbrarse entre aquella bruma que calaba los huesos.

Durante el servicio, el agente no podía sentarse a descansar ni salir del perímetro de su zona, mucho menos entrar en un *pub*, a no ser que fuera por un arresto o similar. Tampoco podía entablar conversación con los ciudadanos, más allá de lo imprescindible para recabar información, ofrecer una explicación o tomar una queja.

Viendo esa realidad, algo que obviamente no alcanzaban a ver los elegantes oficiales del cuerpo, que cobraban sueldos desmesuradamente más altos que los agentes, resultaba absurdo pensar que meramente a base de presiones, controles y castigos los patrulleros iban a implicarse más en su labor. Ningún agente del East End sentía simpatía alguna por aquellas mujeres desagradables, deslenguadas y alcoholizadas, y más de uno pensaría que se lo

tenían bien merecido.

Abberline había tenido que convencer al superintendente de que la idea de suspender los permisos semanales hasta nueva orden no iba a beneficiar en absoluto a la investigación. La idea de quedarse sin el único día de fiesta por un tiempo indefinido, «a recuperar una vez se cerrara el caso», algo que por experiencia los policías sabían que no se cumpliría, los pondría en contra y no resultaría de ninguna ayuda.

Confiando en que su arenga hubiera calado entre los agentes y sabiendo que se cazan más moscas con miel que a manotazos, Abberline había repetido la charla en Leman Street, Arbour Square y King David Lane, las otras tres comisarías de Whitechapel.

Al mediodía del sábado había asistido a la autopsia de Annie Chapman. La puerta de la morgue, cerrada a su llegada, había tenido que golpearla varias veces con el puño antes de que uno de los ayudantes le abriera. El hombre lo había mirado primero con desconfianza, después con cierto interés, seguramente pensando que podría reportarle algún beneficio tratar con el individuo que llamaba insistentemente y, al ver la acreditación de Abberline, con mala cara.

Sin mediar palabra, el inspector había entrado en el depósito y había pasado directamente a la sala donde se practicaban las autopsias. En un primer plano, la mesa de porcelana, sucia y con algún descantillado, ocupada por el cadáver de la mujer asesinada. Junto a ella, otra mesa auxiliar con diverso material para abrir el cadáver: sierras, escalpelos, pinzas, fórceps, lancetas, cuñas y taladros, junto a una palangana llena de agua, por el momento limpia, y una jarra grande con más agua.

En los laterales de la amplia sala, otros cuatro cuerpos a la espera de ser enterrados descansaban en unas inestables camillas, cubiertos por unos sudarios mil veces utilizados.

Unas escotillas en lo más alto de dos de las paredes estaban abiertas para airear y dispersar las miasmas, a pesar de lo cual el hedor de la descomposición y de los productos químicos utilizados en el depósito volvía irrespirable el aire.

El médico no levantó la mirada del cuerpo que tenía en la mesa de disección, dejando a las claras que tampoco sentía simpatía por el inspector, y dijo:

—No hay indicios de la parte superior de la vagina, el útero y los dos tercios posteriores de la vejiga. Han sido extraídos de manera limpia, evitando el recto y posibles lesiones en el cuello uterino. No hay rastros de alcohol en el estómago y muy poca comida. Esta mujer presenta síntomas de gran privación alimentaria.

—¿Cuál es la causa de la muerte, doctor?

—Estrangulamiento —contestó el médico, señalando el rostro hinchado del cadáver—. La lengua que sobresale y el abotargamiento de la cara me llevan a pensar que la mujer estaba muerta cuando le cortaron el cuello.

—Eso explicaría la ausencia de sangre, imagino.

—Ciertamente —asintió el médico—. Si la mujer hubiera estado muerta cuando la degollaron, habría desaparecido la presión arterial, lo que reduciría drásticamente el flujo sanguíneo en la herida.

—¿Qué me puede decir del arma?

—El instrumento utilizado en la garganta y el abdomen, en mi opinión, es el mismo. Seguramente un cuchillo muy afilado con una hoja larga y delgada de unos veinte centímetros de longitud.

—¿Una bayoneta? —preguntó Abberline recordando el asesinato de Martha Tabram, la prostituta que se había ido con un soldado.

—De ninguna manera —contestó tajantemente el médico meneando la cabeza—. Yo me inclinaría por un instrumento de los que se usan para autopsias. Tampoco un bisturí. Un cuchillo de un matarife tal vez, no de un carnicero.

—¿Un cuchillo de un zapatero o de alguien que trabaja con cuero?

—Demasiado corto —repuso el doctor Phillips.

—¿Qué me dice de la hora de la muerte? —preguntó Abberline recordando la discrepancia entre la hora facilitada anteriormente por el galeno y la declaración de los testigos que habían visto a la víctima con vida una hora después de dicha estimación—. Esta mañana ha dicho que sobre las cuatro y media. ¿Podría haber sido más tarde?

—Es posible —admitió el médico, dejando las pinzas en una jofaina con agua—. La madrugada ha sido un tanto fresca, tal vez haya fallecido un poco más tarde.

—¿Y sobre las pastillas que se encontraron al lado del cadáver?

—Como le he comentado al inspector Chandler, la mujer sufría una afección pulmonar que trataba con esas pastillas —contestó el médico encogiendo los hombros—. Con escasos resultados, debo añadir. Estaba gravemente enferma. Si no la hubieran asesinado, la enfermedad probablemente la habría matado en unas pocas semanas.

La conversación duró un rato más, pero el inspector apenas pudo sacar algún otro dato que pudiera arrojar algo de luz al asesinato. Tras despedirse del doctor Phillips, abandonó la morgue para dirigirse de nuevo a la comisaría de Commercial Street, donde continuaba el caso con los numerosos detenidos y la gente que esperaba de mala gana para presentar declaración.

Una tensa conversación telefónica con el comisionado Warren para informarle de los escasos resultados obtenidos hasta el momento y un emplazamiento a una reunión para el lunes dieron pie a una tarde del sábado dedicada a interrogar a aquellos testigos que más prometían. Pero, por más que los exprimió, no le quedó más remedio que admitir su derrota. Ninguno de los testimonios arrojó el más mínimo hilo del que tirar para avanzar con la investigación.

Pasada la hora de la cena, y sabiendo que iba a pasar la noche del sábado en la calle interrogando a los propietarios de los *pubs* y a los numerosos parroquianos, trató de avisar a su mujer para que no se preocupara, pero la línea telefónica de su casa se hallaba cortada y tuvo que mandar recado de que pasaría la noche trabajando, con una nota entregada a un coche de punto.

Acompañado por un sargento de paisano, el inspector recorrió los *pubs* de la zona. Sus propietarios no se mostraban especialmente alegres de verlos. Prácticamente todos habían sufrido ya la visita de la policía para interrogarlos, y ser de nuevo interpelados en sus locales, a la vista de unos incómodos clientes, no era nada bueno para el negocio.

El domingo resultó tan infructuoso como el día anterior. Al llegar la noche, habían registrado doscientas pensiones y albergues e interrogado a cientos de personas. Decenas de detenidos puestos en libertad tras pasar unas desagradables horas en las comisarías. Al final, las buenas gentes del barrio, las mismas que reclamaban

mano dura, que apresaran al asesino y que la policía hiciera algo, comenzaron a acusar a los agentes de hostigamiento y crueldad, llegando hasta tal punto las quejas que los propios agentes decidieron dejar de apresar detenidos por el caso del asesino de Whitechapel.

La confusión adquiría tintes dramáticos: locos sedientos de protagonismo se inculpaban, dificultando aún más la labor de la policía y encendiendo los ánimos de cuantos aguardaban en las puertas de las comisarías que, ante los gritos de los enajenados admitiendo su culpa, habían intentado lapidarlos.

Además de estos, llegaban a las comisarías personas que denunciaban a aquellos vecinos con los que tenían cuitas. Una mujer que se presentó apoyada en un bastón con el que se dedicó a golpear una y otra vez la mesa del detective que la atendía hasta que se lo arrebataron, acusó al menos a cuatro vecinos de su inmueble de ser el asesino y un tipo aseguró que su propia esposa era quien estaba detrás de los crímenes.

También hubo disturbios a lo largo del East End. Un tipo poco escrupuloso que poseía un pequeño espectáculo de figuras de cera en Whitechapel Road había desempolvado unas figuras, las había embadurnado con pintura roja simulando sangre y había abierto la exposición voceando: «¡Los horribles crímenes de Whitechapel! ¡Vean a las víctimas de George Yard,
Buck's
Row y Hanbury Street!». Abberline había ordenado clausurar el museo por la decencia pública, temiendo que encrespara aún más a la gente.

Por la calle se vendían recuerdos morbosos: retales de ropa de las víctimas, el cuchillo supuestamente utilizado por el asesino, daba igual que estuviera desafilado e incluso mohoso. Ciudadanos respetables del West End llegaban en ómnibuses, coches y carruajes para, sin bajarse de ellos, empaparse del ambiente y poder después en las charlas de sus elegantes cafés referir cómo habían afrontado el peligro, palpando con sus propios dedos la maldad en ese barrio de vicio y perdición abandonado por Dios, entre los gritos de horror y admiración de sus aburridos contertulios.

Ya habían aparecido conocidos videntes exigiendo hablar con los oficiales a cargo del caso. Uno de ellos hablaba de las fases

planetarias como desencadenantes de los ataques, otra decía que el asesino sufría una posesión diabólica que le obligaba a buscar víctimas con el periodo menstrual para poder beber la sangre. Varios de ellos aseguraban poder conducir a la policía hasta el asesino. Todos ellos fueron desalojados de las oficinas sin contemplaciones.

Junto a los videntes estaban los expertos consejeros, ofreciendo disparatadas teorías y medidas para atrapar a aquella bestia infernal, desde detener a todas las prostitutas al caer el sol hasta dotarlas de silbatos para que pudieran pedir auxilio. Incluso las beatas componentes del Ejército de Salvación, que ofrecían comida a cambio de oraciones a los numerosos y hambrientos pobres que poblaban Londres, se juntaban frente a las comisarías con rezos y canciones.

Lo más grave de aquella histeria colectiva que se estaba propagando por el East End eran los intentos de linchamiento que se habían producido a lo largo del fin de semana. Un hombre se había librado de milagro de morir apaleado cuando una mujer, sintiéndose observada por él, había empezado a grita: «¡Es él, el asesino!». El pobre desgraciado, perseguido por las hordas histéricas, había tenido que correr para salvar el pellejo.

Pum, pum, pum… Medio adormilado, el inspector Abberline oyó los golpes, pero esta vez no provenían del interior de su cabeza. Alguien estaba llamando a la puerta. Esperó un momento para ver si el molesto visitante se largaba, pero de nuevo llamaron a la puerta. Con un gesto dolorido, se retiró el pañuelo de la cara y se incorporó:

—¿Sí?

—Traemos a Tom Gardener, inspector —dijo una voz detrás de la puerta.

—¿A quién? —preguntó Abberline tratando de despejar la cabeza.

—¡Tom Gardener!

Abberline frunció el ceño, intentando descubrir si ese nombre le debía resultar familiar. Por fin se le hizo la luz. Topillo. El ladrón de cadáveres que había mandado buscar.

—Un momento —le dijo a la puerta. Con rapidez, se calzó los botines y se los abrochó. Hizo lo mismo con la camisa, la corbata y

el chaleco. Se miró al espejo para comprobar que se encontraba presentable y en forma para el interrogatorio que se avecinaba y, tras decidir que, salvo el rostro fatigado, el cual no tenía ninguna solución, el resto tenía un aspecto aceptable, dio su conformidad para que entraran.

Se abrió la puerta y entró un agente uniformado sujetando del brazo a un tipo pequeño, fibroso, pobremente vestido, con las manos manchadas de tierra y en ellas una gorra tan sucia como el resto de las prendas. El individuo tenía un rostro duro, de ojos hundidos, prominentes cejas, el pelo ralo y un bigotillo color zanahoria. En su mirada se veía que era un tipo seco, desconfiado y solitario.

—Lo he pillado abriendo una tumba en el cementerio de Saint Patrick. Se estaba llevando el cuerpo cuando lo encontré.

Tanto Abberline como el propio ladrón de cuerpos sabían que esto no era cierto. El inspector había destinado al agente al cementerio católico donde solía actuar Topillo con la esperanza de que este acudiera a su coto, a sabiendas de que el tipo estaba sin un penique. Durante cuatro noches, y tras informarse de qué tumbas habían sido ocupadas recientemente, el policía se había emboscado tras una lápida confiando en ver llegar al profanador.

—Bueno, Gardener —dijo el inspector, dirigiéndose al ladrón de cuerpos—. Parece ser que has vuelto a las andadas.

El tipo se limitó a mirar impávido a su interrogador, sin abrir la boca. No entraría tan fácilmente en el juego de Abberline. Topillo era un tipo duro. Había nacido en el East End y a buen seguro no lo había abandonado en la veintena larga de años que había cumplido, salvo para visitar el cementerio. Un hombre solo, y más aún con aspecto insignificante, debía ser muy duro para sobrevivir tantos años en aquella jungla. Y Abberline sabía que era respetado incluso por el resto de bandas de ladrones de cuerpos.

Topillo tenía fama de ser una tumba como aquellas que solía profanar. Siempre trabajaba solo, no se metía con nadie, veía, escuchaba y callaba. «Vive y deja vivir» era la consigna de Gardener, que también sabía defender muy bien sus intereses. A un tipo así, un inspector de Scotland Yard no lo amedrentaría y Abberline no lo ignoraba.

Sin embargo, en esta ocasión el inspector tenía un as debajo de

la manga. A buen seguro, el juez que había mandado a Topillo a caminar por la rueda por haber profanado la tumba de su querida madre, a la que Gardener había despiezado y vendido por trozos, se mostraría muy interesado en saber que el ladrón de tumbas había vuelto a las andadas.

—Su señoría el juez Richardson tiene muchas ganas de volver a verte. ¿Te acuerdas del juez Richardson?

Por supuesto que se acordaba, pero Topillo continuó en silencio.

—Mira, Gardener, sabes como yo lo que pasará si te llevo ante el juez Richardson. Irás a Brixton y caminarás de nuevo en la rueda hasta que se te rompan las rodillas.

—Ha sido una trampa —se limitó a decir el ladrón.

—¡Por supuesto que ha sido una trampa! —confirmó Abberline sin dejar de mirar al tipo—. ¿Es eso lo que vas a alegar cuando te encuentres frente al juez Richardson?

—¿Qué quiere?

—Atrapar al tipo que está matando a esas mujeres.

—Yo no sé nada.

—Pues es una pena, porque tendrás que explicarle al juez qué hacías robando un cuerpo en el mismo cementerio del que te llevaste el de su difunta madre.

Gardener volvió a sumirse en su pertinaz silencio, y Abberline le permitió que madurase las consecuencias de no colaborar.

—Realmente no sé nada —terminó por decir el ladrón de cuerpos.

—¿Ha sido alguna de las bandas que extorsionan a las prostitutas?

—No.

—¿Alguna de las pandillas del barrio?

—No.

—La primera mujer dijo que la habían atacado dos hombres y un muchacho.

—Eso se lo inventó la policía. Los *bobbies* habían tenido problemas con algunas de estas pandillas y buscaban un motivo que les permitiera abrir cabezas. Ningún poli habló con la mujer.

Aquello confirmaba las sospechas de Abberline.

—¿Algún proxeneta castigando a sus chicas? ¿Algún cliente con gustos retorcidos?

—No. Además, la última ni siquiera era puta.

—¿La mujer que mataron el sábado no era prostituta? —preguntó sorprendido el inspector.

—Eso es lo que se dice.

—¿Qué más se dice?

—Que el tipo no es de por aquí.

—¿De Whitechapel?

—Del East End. No es uno de los nuestros.

—¿Alguien que viene a matar?

—Vienen por muchos motivos.

Eso era lo mismo que había dicho el sargento Thick. Gente de bien que venía al barrio para satisfacer sus instintos más sombríos. La hipocresía de la moral victoriana dando rienda suelta a las más bajas pulsiones.

—¿Cómo se explica que en Whitechapel, un lugar superpoblado, alguien ajeno al barrio pueda moverse con semejante impunidad y nadie vea ni oiga nada?

—No lo sé, dígamelo usted —contestó Topillo con impertinencia —. Usted es el policía.

Abberline se quedó pensativo. Estaba claro que aquel tipo no sabía nada, lo que era lo mismo que decir que en el barrio nadie sabía nada. ¡Pero eso era imposible! ¡Alguien tenía que saber algo!

—La gente del barrio está más interesada que usted en atrapar al asesino —dijo Gardener hablando por primera vez sin ser preguntado—. Es malo para los negocios. Para los legales y para los ilegales. Demasiada atención. Demasiada policía. Las bandas están inquietas y buscan por su cuenta.

—¿Lo entregarán si lo cogen?

—No. Lo matarán y lo harán desaparecer. No habrá más asesinatos, la policía se aburrirá y todo volverá a ser como antes.

Eso tenía toda la lógica de Whitechapel. El crimen era endémico, pero controlado. Aparecer en los diarios todos los días solo acarreaba problemas para todos.

El reloj de pared anunció las diez y rompió el ensimismamiento del inspector. La vista en el Instituto de los Jóvenes Obreros estaba a punto de empezar, y al juez Baxter no le gustaba que se entrara una vez comenzada. Además, estaba claro que Topillo no podía ofrecer ninguna información más.

—Escucha, Gardener —dijo Abberline, poniéndose en pie y acercándose al perchero para coger la chaqueta y el sombrero—. Si te enteras de algo, quiero que vengas a contármelo. Si llego a saber que me ocultas cualquier cosa, te la verás con el juez Richardson. Será mejor que no lo olvides.

Hizo un gesto al agente que había detenido al ladrón de tumbas para que lo pusiera en libertad, se abrió paso entre la marabunta que armaba jaleo en la comisaría y ganó la puerta, alcanzando a levantar la mano para detener un coche que le llevara al Instituto de los Jóvenes Obreros.

La vista no aportó demasiado, pero atrajo a gran cantidad de público, hasta el punto de que el juez Baxter ordenó a la policía que mantuviera a la gente lejos del edificio. Los once miembros del jurado habían examinado el cadáver, la ropa y las pertenencias de la víctima antes de comenzar con los interrogatorios. El primero en declarar fue John Davis, el hombre que había descubierto el cadáver. Aparte de protestar enérgicamente por haber perdido el día de trabajo, lo que le supuso una dura reprimenda por parte del juez, no pudo arrojar ninguna pista.

Después llamaron a la señora Richardson, vecina del inmueble, quien afirmó que el delantal de cuero encontrado en la escena del crimen pertenecía a su hijo y que lo había dejado ella misma dos días atrás allí para que se secara, ya que lo había tenido que lavar por encontrarse lleno de moho.

Otros testigos fueron llamados a declarar, pero sus testimonios aportaron aún menos, así que finalmente el juez Baxter aplazó la vista para días después, y los presentes abandonaron el Instituto de los Jóvenes Obreros para ir a almorzar.

Dado que todavía era pronto y que para su reunión con el comisionado Warren y el superintendente Arnold aún faltaban cuatro horas, Abberline decidió tomar un coche y, sin pasar por la comisaría, regresar a casa, donde con un poco de suerte podría almorzar algo rápido y dormir una pequeña siesta.

—¿Inspector Abberline? —preguntó un agente a la puerta del instituto.

—¿Sí? —repuso Abberline, sospechando que sus planes se acababan de quedar en nada.

—Han detenido a Delantal de cuero, inspector —dijo el agente,

bajando la voz para que solo Abberline pudiera escucharlo—. Lo han trasladado a la comisaría de la calle Leman.

Olvidando por completo el almuerzo, Abberline salió a la carrera en busca de transporte, y azuzó al cochero para que se apresurara. ¿Habrían detenido al famoso Delantal de cuero? El inspector era reacio a pensar que semejante personaje existiera, pero nunca estaba de más asegurarse.

Descendió del coche frente a la comisaría, y un par de agentes tuvieron que abrirle paso entre la multitud concentrada que voceaba pidiendo justicia y que amenazaba con tomar el cuartelillo al asalto. A buen paso, descendió al húmedo sótano, donde había media docena de celdas.

—¡Abberline! —tronó una voz conocida en una esquina del pasillo.

—Sargento Thick —saludó Abberline dirigiéndose al irreverente policía.

—He sido yo el que lo he hecho llamar —dijo Thick con su inconfundible voz ronca—. He detenido a un hombre al que se conoce como «Delantal de cuero». Es un zapatero polaco. Un judío. Se llama John Pizer. Tiene antecedentes por varias reyertas con putas del barrio a las que intimida para robarles. Una mujer denunció hace tiempo que Pizer la había amenazado con un cuchillo diciéndole que la iba a despedazar.

Esta historia coincidía con la que circulaba por el barrio desde la muerte de Polly Nichols. Había comenzado por la sospecha de que el asesino pudiera tratarse de un matarife o alguien que trabajara utilizando cuchillos, y hubo quien sugirió que los matarifes utilizaban amplios delantales de cuero, lo cual era apropiado para no mancharse con la sangre de las víctimas. Rápidamente la prensa había adoptado este rumor como si fuera cierto. Sin duda «Delantal de cuero» resultaba más sugerente que «el asesino de Whitechapel» para los titulares de los periódicos. Así, el nombre se había ido aireando y algunas personas habían recordado que había un judío al que se la llamaba así y que odiaba a las mujeres.

—¿Lo ha interrogado? —preguntó Abberline.

—No a fondo. Aguardaba su llegada —respondió el sargento Thick.

Ambos policías se aproximaron a la celda donde se encontraba

encerrado el hombre y, nada más verlo, Abberline lo descartó como el asesino. Aquella piltrafa humana era imposible que fuera el que buscaban.

Pizer era un hombre consumido, todo pellejo y hueso. Un alcohólico al que no podía quedarle mucha vida. Pensar que un tipo famélico como aquel hubiera podido asfixiar y destripar a varias mujeres resultaba inconcebible. Sin duda era más fácil que ellas lo hubieran acogotado a él.

—¿Está seguro de que es él? —preguntó cuando salieron de la celda y dejaron al desgraciado balbuceando sobre el jergón.

—Desde luego. Lo conozco desde hace años —contestó Thick encogiéndose de hombros con una sonrisa socarrona—. Si le soy sincero, yo tampoco creo que ese pelele pueda matar a nadie.

—¿Y por qué lo ha traído?

—Porque lo iban a linchar —repuso Thick—. Ya habían dado con él. En el barrio no es muy apreciado, todos saben que lo llaman Delantal de cuero y conocen sus antecedentes.

—¿Ha dicho algo?

—Dice que desde que mataron la semana pasada a aquella mujer no ha vuelto a salir a la calle por miedo, ya que la gente está buscando a un judío y temía por su vida. Su familia lo confirma.

—No es mucho.

—No, pero le he preguntado qué hacía la noche de la muerte de Nichols. No sé si recordará que aquella noche hubo dos incendios en los muelles. Pues bien, asegura que estuvo viendo el incendio que se produjo a la misma hora en que asesinaban a la mujer. Y pone de testigo a un policía.

—¿Lo ha comprobado?

—He mandado llamar al agente. Debería llegar de un momento a otro.

Tuvieron que esperar aún un buen rato a que este llegara, y Abberline lo aprovechó para interrogar a Pizer. Para cuando el agente convocado hizo su aparición, el inspector ya había terminado de descartar que Pizer tuviera relación con los crímenes, pero por si acaso preguntó al policía si recordaba haber hablado con el detenido en alguna ocasión.

—Sí, señor —repuso con presteza el agente—. La noche de los incendios. En el muelle, señor. Lo encontré rebuscando entre las

cajas; me pareció sospechoso y lo abordé.

—¿Recuerda a qué hora fue eso?

—Sobre las tres y media, señor. Lo recuerdo porque era el momento en el que el fuego había cogido más fuerza y, al ir a desalojar a unos cuantos curiosos, me lo encontré.

—La hora en la que mataron a la mujer —intervino el sargento Thick.

—Sí, no pudo ser él. Gracias, agente. Puede retirarse.

—¿Qué quiere que haga con él? —preguntó Thick.

—Será mejor que lo mantengamos encerrado un par de días, hasta que se calmen las cosas. Si lo ven salir de aquí lo lincharán —contestó Abberline con gesto de fastidio. Otra pista que se iba al garete. Definitivamente deberían olvidarse de aquel hilo en la investigación que les había hecho perder el tiempo—. ¡Maldita sea! Espero no volver a oír nada del puñetero delantal.

De mal humor, el inspector Abberline abandonó la comisaría de Leman y tomó un cabriolé hasta la comisaría de Commercial Street. Con la estúpida historia de Delantal de cuero había perdido la posibilidad de acercarse a su casa, tomar un buen almuerzo y descansar un rato antes de enfrentarse al comisionado. Ahora, en cambio, apenas tendría tiempo para comer algo y asearse.

La carrera en el coche abierto lo despejó e hizo detener el vehículo para bajarse y comprar en un puesto ambulante dos patatas asadas y un poco de pescado que se llevó para comerlo en su despacho.

En la comisaría de Commercial el ajetreo seguía siendo el mismo que por la mañana. Sin hacer caso de nadie, Abberline se metió en su despacho, cerró la puerta, colgó del perchero el sombrero y la chaqueta y, aflojándose la corbata y la camisa, se sentó ante el escritorio para dar cuenta de su triste almuerzo. Mientras comía, varias ideas rondaban en su cabeza: el conocimiento que el asesino mostraba del barrio, el descaro y la osadía que exhibía, esa cierta puesta en escena que le había parecido percibir, la abominable crueldad de los crímenes…

Media hora más tarde, tras haber arrojado a la basura una de las patatas y las sobras del pescado, haberse tomado una infusión de jengibre y un vaso de sal de frutas, el inspector, con el estómago en llamas, salió de nuevo de la comisaría para dirigirse a Scotland

Yard.

—Adelante —dijo una voz profunda y seca.

Abberline eructó discretamente para aliviar la acidez y entró en el despacho. En su interior, el comisionado Warren, sentado tras el escritorio, dialogaba a través de este con el superintendente Arnold. Los dos hombres parecieron quedar sorprendidos del estado de agotamiento del inspector, pero ninguno hizo comentario al respecto.

—Buenas tardes, inspector —dijo el comisionado, sentado con rigidez militar—. Siéntese.

Abberline hizo como se le pedía y esperó a que el comisionado hablara primero. La educación castrense del jefe de la policía era notoria, y no convenía ganarse la reprimenda antes de comenzar siquiera la reunión.

—Bien, inspector. ¿Cuál es la situación? —preguntó el comisionado con gesto adusto.

—En los dos últimos días hemos registrado más de doscientos albergues —enumeró Abberline de memoria—, visitado *pubs* y toda clase de tugurios. Se ha tomado declaración a matarifes, carniceros, ayudantes de la morgue, personal del Hospital de Londres, cocheros, vecinos de los inmuebles cercanos a donde aparecieron las mujeres, vigilantes nocturnos. También se ha interrogado a soplones, confidentes, proxenetas, prostitutas, alcahuetas. Se ha detenido a decenas de personas, pero han quedado en libertad.

—¿Con qué resultado?

—Por el momento ninguno, comisionado —tuvo que confesar Abberline sintiendo que el rubor le subía al rostro.

—¿Considera que los cuatro asesinatos están conectados?

—No me cabe duda, señor.

—Así que descarta que haya sido alguna de esas pandillas criminales.

—Sí, señor —asintió Abberline—. Si hubiera sido una pandilla, en el barrio se sabría. Mis informadores lo rechazan.

—¿Extorsionadores de prostitutas? —preguntó el superintendente Arnold tomando la palabra por primera vez.

—Tampoco, señor —contestó Abberline volviéndose hacia el superintendente—. Además, la última mujer no era prostituta.

—¿Cómo? —exclamó el comisionado un tanto sorprendido.

—Chapman vivía en la calle. Hasta hacía poco había tenido varios trabajos, una pensión e ingresos. Su situación había empeorado, pero no había caído en la prostitución.

—Entonces descartamos las pandillas criminales y a los extorsionadores.

—Creo que se trata de un solo hombre —dijo Abberline.

—¿Y por qué motivo?

—Como he dicho, de haber sido una pandilla, el barrio lo sabría. Alguien hubiera delatado a alguno de los pandilleros. Hemos recogido decenas de denuncias contra gente del barrio que aún estamos comprobando y no aparece mencionado ninguno de estos individuos. Nadie ha visto ni oído nada. Tiene que ser un solo hombre, quizá con algo de ayuda.

—¿Qué más nos puede decir?

—Solo son suposiciones, comisionado —contestó dubitativo Abberline—, pero yo diría que el culpable no pertenece al barrio, aunque sin duda lo conoce bien.

El comisionado y el superintendente se miraron.

—¿Un extranjero? ¿Un marinero o un comerciante?

—Las calles de Whitechapel son dédalos intrincados, señor. Imposibles de controlar, incluso con el despliegue de agentes que tenemos en estos momentos. Callejones, patios interiores, callejas, portales, pasadizos. Es fácil perderse si no se conoce bien. Apenas hay iluminación. Una persona que no conociera bien la zona difícilmente habría podido escapar sin que nadie la viera. Y el asesino ha escapado cuatro veces. Conoce muy bien el barrio.

—¿Y por qué piensa que no es del East End, entonces?

—Por la misma razón que descarto las pandillas. En Whitechapel nadie se mueve sin que alguien lo sepa. Viven amontonados. Una persona que volviera de madrugada a casa, con manchas de sangre en las manos o la ropa, no pasaría desapercibida. Además, el doctor Phillips asegura que el asesino tiene conocimientos de anatomía, lo que descarta a una gran parte de la población. Pudiera tratarse de un matarife, un carnicero, alguien que se gane la vida con un trabajo de este estilo, pero los órganos humanos no corresponden totalmente con los de las bestias que se sacrifican.

—¿Está sugiriendo que se trate de un médico?

—Es una posibilidad. En Whitechapel viven varios, y todos están siendo investigados.

—Un médico tendría posibilidad de moverse discretamente, con una vivienda propia, y se justificaría la presencia de manchas de sangre y horarios intempestivos —apuntó el superintendente.

—Como he dicho, es una posibilidad. En cualquier caso, el criminal dispone de algún lugar en el East End donde esconderse.

—¿Un estudiante de Medicina quizá? Estaría buscando practicar con cuerpos humanos.

—Desde luego, señor. También lo estamos investigando.

—Un extraño a esas horas despertaría más interés que un vecino —apuntó el comisionado.

—En un primer momento desde luego, señor. Pero sería difícil de describir. Quien se cruzara con él lo vería un instante, con mala iluminación. Un vecino pasaría desapercibido, pero cuando se supiera del crimen alguien podría recordar haberlo visto cerca del lugar. Creo que el asesino tiene cierto nivel de inteligencia, lo que nuevamente descarta a una parte de la población de Whitechapel.

—¿Y por qué lo cree así?

—En mi opinión, los crímenes no son producto del azar. El asesino sale a cazar a su víctima, calcula sus riesgos, que son muy altos, y tiene un plan de fuga. Es un tipo narcisista, quiere que veamos lo que es capaz de hacer. Juega con la policía.

—¿Que juega con la policía? —preguntó enojado el comisionado.

—Así lo creo, señor —contestó con tranquilidad Abberline—. En este último crimen, el asesino se ha tomado la molestia y corrido el riesgo de llevar a cabo una puesta en escena. Colocó los intestinos de la mujer sobre un hombro, las piernas estiradas con los pies en el suelo y las rodillas giradas hacia fuera. Las pocas pertenencias de la mujer se encontraban en el suelo a su lado, bien ordenadas. Se tomó su tiempo con riesgo de ser descubierto. Nos manda un mensaje: no podéis atraparme.

—¿Y por qué habría de mandarnos un mensaje? —quiso saber el superintendente Arnold revolviéndose en su silla.

—Como recordarán, al asesino le salió mal el primer crimen. La mujer sobrevivió al ataque, aunque murió al día siguiente. En el segundo, su único deseo era matar a esa mujer, y para asegurarse de

que lo conseguía lo hizo al abrigo de las paredes de un edificio. Yo creo que, a partir de ese momento, el criminal se dio cuenta de que había atraído nuestra atención. La prensa empezaba a hablar de él. Visto el éxito que había tenido con la segunda mujer, el asesinato de Nichols podría haber sido cometido también en un lugar seguro, pero prefirió hacerlo en la calle, para que todo el mundo hablara de él. Entonces aparece Scotland Yard y toma las riendas del caso. ¿Y qué hace? ¿Se esconde? ¿Actúa en otro barrio o en otra ciudad? ¿Vuelve a buscar un sitio seguro? No. A pesar de estar el barrio lleno de policías, mata al descubierto, se toma su tiempo adornando el escenario del crimen y expone el cadáver. Londres está conmocionado, la prensa solo habla de él, Scotland Yard lo busca. Para el asesino se ha convertido en un juego.

—¿Un radical que busca desestabilizar?

—Podría ser —concedió Abberline—. Pero no lo creo. Primero, si fuera descubierto sería linchado por sus propios adeptos. Está matando a los suyos. Y por otra parte hay formas más eficaces para lograr la desestabilización. Pienso que se trata de un asesino al que todo este caos que ha organizado le ha sorprendido y ahora disfruta de su poder y de la fama.

—¿Qué hay de la descripción que publican los diarios?

El inspector ya había leído esa vaga descripción facilitada por los periodistas: según ellos, el criminal medía alrededor de un metro setenta, tenía un rostro atezado y enjuto desagradable de mirar, largos mechones de cabello negro, unos siniestros labios finos, bigote y patillas.

En realidad, todo había salido del mismo sitio: el *Star*, el periódico más crítico con la policía y el Gobierno. Uno de sus redactores afirmaba haber recorrido todos los rincones del East End y entrevistado a medio centenar de testigos que habían facilitado esa descripción. Al inspector no le había sorprendido que, casualmente, coincidiera con la imagen que el populacho tenía de un judío. Encontrada una víctima propiciatoria, otros diarios se habían sumado al linchamiento.

—Nada en absoluto, comisionado. Me inclino a pensar que es producto de su imaginación para crear un interés morboso y vender más ejemplares, señor.

—¿Y ese tal Delantal de cuero?

Abberline les explicó de dónde había sacado ese nombre la prensa. Les habló del zapatero judío John Pizer, al que había detenido el sargento Thick y que él había dejado encerrado para evitar su linchamiento.

—Ha resultado una pérdida de tiempo, si me lo permite, señor.

—¡No tenemos nada! —dijo enojado el comisionado Warren—. El East End está lleno de policías, y ese maníaco se ríe de nosotros. La prensa nos está dejando en ridículo.

—Whitechapel es un laberinto, comisionado —dijo el superintendente Arnold saliendo en defensa de sus hombres—. Aunque desplegáramos el doble de hombres, eso no garantizaría que lográramos detenerlo.

—El vecindario ha organizado un Comité de Vigilancia y ha pedido al primer ministro que ofrezca una recompensa pecuniaria —dijo Warren.

—Estamos desbordados de denuncias falsas, comisionado —repuso juiciosamente Arnold—. Si se ofrece una recompensa, las denuncias se multiplicarán por diez. Y los comités de vigilancia siempre dan más problemas que soluciones. Ya ha habido un par de linchamientos. Los judíos no se atreven a salir de sus casas. El inspector ha dejado encerrado a un hombre inocente para que no lo maten. Esa chusma es incontrolable.

—Tal vez, superintendente, pero el primer ministro ha autorizado el comité. Respecto a la recompensa, por el momento ha sido denegada.

Los tres hombres guardaron silencio, hasta que Abberline lo rompió:

—Hay una última cosa.

Sus superiores lo miraron fijamente.

—Parece ser que en los últimos meses ha habido mucho movimiento en Whitechapel por las noches —dijo Abberline, escogiendo las palabras—. Personas influyentes e importantes que vienen con oscuras intenciones y visitan locales poco recomendables. Gente que al parecer utiliza Whitechapel como siniestro patio de recreo.

—¿Está refiriéndose a alguien en particular? —preguntó el comisionado Warren taladrando con la mirada al inspector.

Ante el estupor de sus dos interlocutores, Abberline les habló de

los rumores que colocaban al príncipe heredero Albert, nieto de la reina Victoria, en las noches de Whitechapel.

Capítulo 11

«La policía y la fuerza de detectives de Londres es, probablemente, la más estúpida del mundo»
The New York Times

Viernes, 14 de septiembre de 1888. Vaticano

—Monseñor —dijo el sacerdote un tanto incómodo—. El prelado Arcoverde continúa esperando para ser recibido.

El secretario de Estado no pareció darse por enterado y siguió sumido en la lectura del periódico que tenía extendido frente a él. Sin saber qué hacer, el padre Giacomo della Chiesa se retiró discretamente, cerrando la puerta del despacho tras de sí y preparándose para recibir otra tanda de lamentos de quien afuera aguardaba impaciente.

El cardenal Patrizi había oído perfectamente los avisos de su secretario, pero no tenía ninguna prisa en atenderlos. No tenía interés alguno en recibir al ambicioso sacerdote que se había permitido rechazar el nombramiento como obispo coadjutor de San Salvador de Bahía por parte de la Santa Sede, propuesto por él mismo.

Joaquim Arcoverde de Albuquerque Cavalcanti, prelado nacional de su santidad, había confesado con impostada humildad no hallarse preparado para tan alto cargo, pese a que el nombramiento conllevara el derecho a la sucesión de la sede episcopal cuando esta quedara vacante.

Realmente el secretario de Estado no podía enfadarse con el tozudo brasileño, en el que veía rasgos de su propia personalidad. El sacerdote tenía prisa por ascender en la escala eclesiástica y sospechaba que la sede de San Salvador de Bahía aún tardaría en desocuparse, así que con esa renuncia lo que había pretendido en realidad era encontrarse libre para una nueva oportunidad más interesante o cercana en el tiempo.

Arcoverde gozaba de la protección de Patrizi, que admiraba sus capacidades. El cardenal esperaba que se convirtiera en su hombre fuerte en América del Sur, por eso se había tomado con filosofía la pequeña afrenta sufrida. El mundo es de los valientes, y para enfrentarse al poderoso secretario de Estado uno debía serlo, y mucho. Claro que todo acto de valor tiene sus consecuencias y aquella audiencia iba a ser una de ellas.

Patrizi sabía, porque así se lo había manifestado el día anterior su propio secretario, el padre Giacomo, que el prelado gozaba de poco tiempo para ser atendido, ya que debía partir de inmediato para Brasil, donde ejercía como director del colegio Pernambucano en Recife. Arcoverde había expresado en su solicitud de audiencia, con esa falsa humildad que acostumbraba, su intención de ser recibido por el secretario de Estado para saludarlo, agradecerle su confianza y trasladarle cierto malestar extendido entre los feligreses brasileños. Ahora el barco estaba prácticamente a punto de zarpar y el prelado seguía esperando en el pasillo.

Monseñor Patrizi no había necesitado preguntar qué tipo de malestar era ese que ponía tan nervioso al ambicioso prelado. Tenía sus propias fuentes. Una cosa es que confiara y apreciara la labor de sus apadrinados y otra que los dejara volar libremente sin una discreta supervisión. La ambición era útil, pero nunca se daba por satisfecha mientras existieran objetivos superiores, lo que conllevaba un peligro potencial para su mentor.

Lo que daba vueltas en la cabeza de Arcoverde, el malestar al que se refería, era la abolición de la esclavitud que se había aprobado en Brasil mediante la llamada Ley Áurea cuatro meses atrás y que, pese a gozar del apoyo de una gran parte de la población brasileña, había supuesto un mazazo para los terratenientes, privados de mano de obra gratuita.

Patrizi nada tenía en contra de la esclavitud. Era innegable que no todos los hombres habían nacido para ser libres, pero no se podía obviar que Brasil era el último reducto de los esclavistas y que tarde o temprano esta práctica tendería a desaparecer. O al menos a cambiar. Por supuesto, siempre habría quien se beneficiase del esfuerzo de los demás. Era ley de vida.

Sin embargo, dado que la batalla estaba perdida y que el papa León había mostrado su apoyo incondicional a la abolición, nada se

podía hacer para satisfacer a los terratenientes, y, siendo Patrizi un hombre pragmático como lo era, no iba a realizar ningún esfuerzo por llevar la contraria al santo padre. Así que la brevísima audiencia concedida a Arcoverde, si es que esta se llegaba a celebrar, supondría un escarmiento para el prelado de Recife, un toque de atención en toda regla que le serviría para recapacitar y para entender que la ambición y el orgullo deben de ser controlados en todo momento.

No obstante, la admonición no era el único motivo por el que el secretario de Estado demoraba el recibimiento del prelado brasileño.

En su obsesión por controlar los sucesos acaecidos en el mundo y más en particular en el Reino Unido y los Estados Unidos, sus grandes objetivos, se hacía mandar desde las islas una nota diaria con las crónicas más importantes que los corresponsales americanos en Londres mandaban a sus periódicos. Esa artimaña le servía para evitar tener que esperar diez días a que el barco trajera los ejemplares desde el otro lado del Atlántico y que las noticias estuvieran ya desfasadas cuando él pudiera leerlas.

De esta manera le había llegado una reseña, en apariencia inocua, que para un conocedor de la política internacional podría llegar a tener consecuencias. El diario norteamericano *The New York Times* iba a publicar un inquietante artículo, muy agresivo con el Gobierno británico, sobre los asesinatos que asolaban el East End londinense, donde el día anterior había tenido lugar otro espantoso crimen.

Concentrado en la lectura, monseñor había dejado que se enfriara su café. Algo dentro de él se volvía a remover. Llevaba dos noches en las que, de puro agotamiento, había conseguido conciliar el sueño al menos unas horas. Ahora, una voz interior le decía que esa noche el lobo de sus pesadillas volvería a visitarlo y a devorar todo su rebaño.

El cardenal se permitió una maldición. Odiaba los cabos sueltos y no controlar el curso de los sucesos. En sus planes de futuro, el Reino Unido debía mostrar una cierta calma que le permitiera extender sus tentáculos en las islas. Una calma que, en las últimas semanas, se estaba viendo perturbada por aquellas muertes, aunque monseñor no pudiera explicarse cómo el asesinato de unas vulgares

prostitutas podía llegar a tener tanta importancia. Sin embargo, lo inquietaba. Aquellas palabras del periodista tenían alguna trascendencia, aunque de momento Patrizi no pudiera precisar cuál.

> *El desalmado asesino de Whitechapel ha asesinado esta mañana a su cuarta víctima, pero los detectives siguen sin tener idea de quién es. Hay pánico en el East End. El cuerpo de detectives de la policía londinense es…*

—… probablemente, el más estúpido del mundo.

El inspector jefe Swanson dobló el periódico y lo tiró encima de su escritorio. Frente a él, Abberline, que lo había estado escuchando con atención, no hizo ningún comentario. Al extenuado inspector no le podía extrañar ya nada de lo que publicara la prensa, a pesar de que un ataque de semejante calibre, y proveniente nada menos que de Estados Unidos, no era como para dejar indiferente a nadie. Aquello lo leerían millones de personas.

Era mediodía y los dos policías habían pedido unos sándwiches para comer, pero ninguno les había hincado el diente. Abberline, con una pierna cruzada sobre la otra, se permitió cerrar unos instantes los ojos ante la indulgencia del jefe interino del Departamento de Investigación Criminal central, que sabía lo que era sufrir la tensión de un caso aparentemente irresoluble.

Abberline había dormido aquella noche en su casa por primera vez desde que el sábado anterior fuera llamado por la muerte de la cuarta víctima. Había llegado tarde, rechazado la cena recalentada que le ofrecieron y, sin casi intercambiar una palabra, se había acostado, observado con preocupación por su esposa, que notaba en aquel rostro nuevas arrugas, ojeras y la tez macilenta.

A pesar de haber dormido de un tirón, aquellas horas apenas habían aliviado el tremendo cansancio que embargaba al inspector, y a las siete de la mañana se había levantado en silencio para no despertar a su mujer. Tras asearse y tomar una taza de té, había llamado a un coche para acercarse al cementerio de Manor Park, donde en una sencilla tumba y dentro de un ataúd de olmo costeado por sus familiares sería enterrada Annie Chapman.

El entierro se había llevado en el máximo secreto para no atraer la atención de curiosos ni de la prensa. Solo habían acudido unos

pocos familiares, policías y el enterrador. El día estaba nublado y llovía un poco. En el cementerio no había más presencia que la de la triste comitiva. Nadie lloró ni se lamentó. Incluso Abberline vio en el rostro de algún presente una expresión de alivio: por fin podrían despreocuparse de aquella mujer para siempre.

¿Qué había ido a buscar Abberline a aquel cementerio? Ni él mismo lo sabía. Tal vez esperaba la presencia de un desconocido, un testigo, alguien que la conociera lo suficiente como para arrojar algo de luz, quién sabe si incluso el propio asesino para certificar el horror de sus andanzas. Pero allí no había nadie que mostrara ningún sentimiento por aquella mujer, a la que en su último viaje la había abandonado hasta su amante, y a la que despedían con una placa sobre el ataúd en la que se podía leer: ANNIE CHAPMAN MURIÓ EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1888, A LA EDAD DE CUARENTA Y SIETE AÑOS.

No le había sobrado tiempo al inspector de Scotland Yard para llegar puntual a la apertura de la nueva vista por el asesinato que iba a presidir el juez Baxter. Este había tomado declaración al inspector Chandler sobre cómo había tenido noticia del crimen y sus primeras disposiciones, y, a continuación, había declarado el sargento Baugham, como encargado de trasladar el cuerpo de la finada hasta el depósito de cadáveres.

Después de criticar la labor de la policía, en especial la del inspector Chandler, Baxter había llamado al forense, el doctor Phillips, que volvió a explicar cómo había encontrado el cuerpo, los datos de la autopsia, el método utilizado en su opinión por el asesino y las características del arma con la que se habría perpetrado el crimen.

Nada de todo aquello había resultado de interés para el inspector Abberline, quien, una vez terminada la vista y asistido a la tradicional ronda de quejas por parte del juez Baxter sobre la actuación de la policía metropolitana, se había apurado en alcanzar la puerta para tomar un coche y acudir a la reunión con el inspector jefe Donald Swanson en Scotland Yard, en cuyo despacho se encontraba ahora tratando de vaciar su mente.

Precisamente fue este el que interrumpió el silencio que se había instalado para preguntar con voz amable:

—¿Dónde estamos, Frederick?

—¿Dónde estamos? —repitió Abberline masajeándose los ojos—. ¿Dónde estamos? —Y tras otro breve silencio y un suspiro confesó

—: No lo sé. Hemos peinado el barrio. Visitado todas las pensiones, burdeles, tabernas legales o no, comercios, fábricas y casas cercanas al lugar donde aparecieron las víctimas, y los sitios que estas frecuentaban. Se ha apretado las clavijas a los chulos, matones, informadores, alcahuetas. A todo aquel que maneja un cuchillo. Hemos interrogado a quienes juran que son el asesino y a los que juran lo contrario. Ya no me queda demasiada gente por interrogar.

El inspector jefe Swanson movió la cabeza, comprensivo. Él mismo estaba asombrado con aquel caso que se salía de toda lógica. Nunca habían visto semejante violencia, ni a un asesino que matara cuatro mujeres en tan poco tiempo. Un asesino fantasma al que nadie era capaz de ver ni de oír.

Habían doblado la presencia de agentes en el turno de noche, sacándolos de otras comisarías, pero seguían igual que al principio. Cuando caía el sol, las calles y los *pubs* de Whitechapel tenían casi más agentes de policía, uniformados, de paisano, incluso disfrazados, que vecinos del barrio. Y para nada.

—¿Qué hay del tipo que detuvieron ayer, ese tal Isenschmid? —preguntó el inspector jefe Swanson.

—Un carnicero. El año pasado estuvo recluido en el asilo de Colney Hatch diez semanas. El médico que lo atendió le diagnosticó delirios. Amenazó con matar a la reina. Fue dado de alta en diciembre, volvió con su esposa y encontró un nuevo trabajo. Hace tres días un par de médicos lo denunciaron a causa de sus extraños hábitos, sugiriendo que pudiera tratarse del asesino. El inspector Reid acudió al domicilio, pero no se encontraba presente. No obstante, pudo hablar con la esposa. Según declaró, su marido se había vuelto violento, la había amenazado de muerte y siempre portaba cuchillos por motivos de trabajo. Juraba estar atemorizada y convencida de que Isenschmid era el asesino de las mujeres. Reid esperó a que el hombre regresara, y lo detuvo.

Abberline hizo una pausa, imaginando lo que les había podido costar a los policías reducir a aquel fornido lunático.

—Llamamos a la propietaria del *pub* Prince Albert y a unos cuantos parroquianos, convencidos de que lo identificarían como el hombre que el día del asesinato había entrado en el local con sangre en las manos pidiendo una pinta de cerveza. Pero solo uno de ellos lo reconoció, aunque más tarde se contradijo. Ese hombre

está trastornado y es muy violento. Confieso que ayer noche regresé a casa convencido de que lo teníamos. Pero esta mañana ha llegado el jarro de agua fría: la noche que mataron a Chapman estaba durmiendo la borrachera en una celda de Chelsea. Lo retendremos hasta que lo encierren de nuevo en un manicomio.

Abberline se quedó pensativo, como si estuviera lamentando la suerte de que su sospechoso no fuera el que buscaba, y de pronto dijo:

—¿Cómo puede una persona matar a cuatro mujeres y desaparecer sin que nadie se dé cuenta?

Swanson esperó. Sabía que con aquella pregunta retórica el inspector Abberline se estaba cuestionando a sí mismo. Isenschmid había pasado al olvido.

—No levanta sospechas —dijo Abberline mirando el techo del despacho, y añadió para justificarlo—: Es imposible que nadie lo haya visto.

Eso era algo que estaba fuera de toda duda. El East End nunca dormía, siempre bullía de actividad, dentro o fuera de la legalidad. Encontrar un callejón sin presencia humana, ya fuera de prostitutas, proxenetas, cacos, policías, borrachos, mendigos, familias enteras durmiendo en la calle, carreteros, marineros, soldados de permiso, matarifes, almaceneros, trabajadores de decenas de gremios que entraban o salían del trabajo… era prácticamente imposible.

—El asesino se ha cruzado con varias personas. Tanto en su búsqueda de la víctima como después de haberla descuartizado. ¿Por qué ninguna de estas personas sospechó de él?

—Está claro que no despierta desconfianza.

—Tiene que ser alguien con un motivo para andar por esas calles de madrugada, cuya presencia no extrañara a quienes se encontrase.

—Pensé que sospechaba de alguien ajeno al barrio —comentó Swanson.

—Sigo pensando lo mismo. De otro modo, sería prácticamente imposible mantener su identidad en secreto, al final algún vecino lo reconocería. Creo que debe de ser alguien que no sea del vecindario, pero cuya presencia no cause extrañeza.

—¿Cómo puede una persona que acaba de matar a una mujer, posiblemente con las manos y la ropa manchadas de sangre, no

despertar sospechas? —preguntó Swanson retrepándose en su asiento.

—Tiene que llevar más ropa con la que tapar las manchas. Un abrigo, una capa.

—Un policía, un sacerdote o un pastor —enumeró Abberline frotándose las sienes—. No despertarían sospechas, tendrían un motivo para andar por la calle y podrían taparse las manchas con sus vestimentas.

—Tanto un falso policía como uno auténtico que se moviera fuera de su zona correrían serio peligro de tropezarse con el agente asignado a ese distrito —señaló Swanson, nada convencido—. ¿Y una mujer?

Abberline ya había oído la teoría de que pudiera tratarse de una asesina. No era del todo descabellada. Una partera, por ejemplo, podría moverse libremente sin despertar sospechas, incluso manchada de sangre, y tendría los conocimientos anatómicos necesarios para destripar a sus víctimas. Los defensores de esa idea añadían que incluso podría llevar consigo un cochecito de bebe en cuyo interior acomodar el cadáver de sus víctimas y dejarlas en un lugar distinto a donde se había perpetrado el crimen, lo que explicaría la escasa presencia de sangre junto a la víctima. Era una posibilidad, claro, y Abberline no iba a descartarla *a priori*, pero algo le decía que aquella pista no era la correcta.

—Tendría que ser una mujer robusta para poder inmovilizar a su víctima. Según el doctor Phillips, para asfixiar a una persona no es necesario poseer una gran fuerza, pero ¿y si la víctima se hubiera resistido?

—¿Tal vez un hombre disfrazado de mujer? —apuntó el inspector jefe.

—Tal vez —asintió Abberline, suspirando de nuevo—. O un basurero, uno de esos que van con su carrito barriendo las calles, si es que en el East End hay alguno. Ese es el problema. No conseguimos descartar prácticamente a nadie.

—¿Qué me dice de sus conocimientos anatómicos para destriparlas? Según algunos cirujanos consultados, las heridas no indican una excesiva pericia.

—Sí, lo sé. El testimonio del doctor Phillips afirmando que el asesino debía ser un entendido le ha granjeado pocas simpatías

entre sus colegas —aseguró Abberline—. Sin embargo, hemos llevado a cabo un pequeño experimento. Dos matarifes expertos intentaron extirpar el hígado a unos perros muertos en una sala mal alumbrada, prácticamente a oscuras, tal y como tuvo que trabajar el asesino.

—¿Y? —preguntó el inspector jefe Swanson mostrando gran interés por el resultado.

—Una carnicería —aseguró Abberline—. Destrozaron varios órganos y necesitaron diversos cortes para poder hacerlo. Aquello quedó todo lleno de sangre y trozos de carne.

—¿Y qué deduce de ello, Frederick?

—En primer lugar, que el asesino sabe lo que hace. Indudablemente tiene conocimientos médicos más completos que los de un simple descuartizador de ganado.

—Un médico o cirujano.

—También podría tratarse de un estudiante de Medicina o de alguien que la haya ejercido en el pasado —dijo el inspector Abberline ajustándose el nudo de la corbata—. Otra conclusión sería que nuestro asesino dispone de luz.

—¿Se alumbra con algún tipo de farol? —preguntó Swanson entrecerrando los ojos al añadir—: ¿Como las linternas de los policías?

Otra vez un detalle que apuntaba a un policía.

—Tal vez alguien lo alumbra y vigila que nadie los interrumpa —sugirió Abberline, poniendo palabras a una idea que se le había ocurrido con motivo del experimento de disección.

—¿Un ayudante? —repitió Swanson frunciendo las cejas, pensando en las implicaciones de tal idea. Si desaparecer era difícil para un solo hombre, que lo hicieran dos…—. ¿Qué hay de los marineros?

—Hemos examinado los barcos atracados en el puerto en las fechas de los asesinatos —contestó Abberline encogiéndose de hombros—. Ningún barco coincidió en dos o más de esos días. Claro que los marineros van y vienen. Se han pedido las listas de enrolamiento, para cotejarlas, pero no tengo mucha fe en que encontremos algo.

Swanson hizo un gesto de asentimiento. Los marineros solían dar nombres falsos y a veces embarcaban sin registrarse. Las

autoridades portuarias intentaban controlar tales infracciones, pero el trabajo era duro y los sueldos, miserables, así que las navieras hacían todo tipo de trampas.

—¿Sigue pensando que el asesino es un «nocturno», Frederick?

El inspector jefe se refería a algo de lo que ya habían hablado anteriormente. Abberline sospechaba que el asesino mataba a las mujeres antes de acostarse y no después de madrugar. Podría parecer que la teoría no tuviera demasiada trascendencia, pero, si el inspector estaba en lo cierto, muchos de los habitantes del East End podrían ser eliminados, ya que, por sus trabajos, debían levantarse muy temprano. Claro que podría tratarse de alguien que no tuviera un trabajo, o que esos días no hubiera sido contratado.

—Estoy convencido de ello. Necesita cierta planificación; no puedo creer que lo deje todo a la improvisación. Podría tener suerte una vez, dos… No cuatro. Creo que escoge a sus víctimas. Tal vez las conoce, o se limita a observarlas hasta ver cuál puede convertirse en su objetivo. Requiere tiempo. Tabram y Nichols murieron sobre las tres y media de la madrugada. La primera, Smith, fue agredida incluso un poco antes de esa hora. Chapman, sobre las cinco y media. Tiene que ser alguien que haya trasnochado, no un madrugador.

—El autodenominado Comité de Vigilancia de Whitechapel ha pedido de nuevo por escrito al ministro de Interior una recompensa —comentó Swanson—. Algunos prohombres ya han hecho donaciones para contratar detectives privados.

—Lo que nos faltaba. Más gente sugiriendo ideas descabelladas y molestando por las calles.

A Scotland Yard estaba llegando un aluvión de cartas diarias de gente que decía ser un buen ciudadano y que apuntaba teorías de todo tipo, algunas verdaderamente absurdas. Estas misivas también le eran ofrecidas a la prensa, la cual estaba encantada, pues redundaba en una mayor tirada de sus diarios, y no se privaba de ofrecer las suyas propias, siempre con el objetivo de ridiculizar al comisionado Warren, al ministro de Interior Matthews o a ambos: que si el asesino era un gorila escapado de un zoológico, que si la policía debía equipar a sus agentes con botas de suela de goma para que el asesino no los oyera acercarse, que si había que traer perros para seguir el rastro del asesino. Que si los propios agentes debían

disfrazarse de mujeres y caminar provocativamente por el East End. Que si el asesino era un espía ruso enviado por su gobierno para desestabilizar a la monarquía británica. Que si había que instaurar toque de queda por la noche y detener a todas las mujeres que se vieran por la calle a partir de la medianoche. Que si las prostitutas debían ser provistas de un silbato como el de los policías para dar la alerta cuando observaran algo extraño. Que si el asesino era un judío y usaba la grasa de los cuerpos para hacer velas negras que usaría en sus ritos. Que si era un médico que compraba úteros…

Al principio todas esas notas, junto con las acusaciones y confesiones, llegaban a manos del propio Abberline, que se veía abrumado por tanto papel. Ahora solo le llegaban las que pudieran aportar alguna información útil.

—El ministro ha declinado ofrecer la recompensa —dijo Swanson tranquilizando a Abberline, y añadió—: De momento.

El inspector jefe Swanson tomó una carpeta que tenía sobre la mesa y se la ofreció por encima del escritorio a Abberline.

—Me han dado esto para usted, Frederick. No puede salir de este despacho. Es la lista de los compromisos de su alteza el príncipe Albert en los últimos seis meses.

Abberline se apresuró a tomar la carpeta y abrirla para estudiar su contenido con interés.

—En dos de las cuatro fechas de los crímenes estaba fuera de Londres —dijo sin dejar de revisar los documentos—. En el de Chapman, el viernes tuvo una recepción en York y el domingo una cacería. Regresó el lunes.

—Se ha comprobado discretamente su presencia en los actos. No se ausentó de ninguno de sus compromisos.

—York está a unas horas en tren —apuntó Abberline, terminando de leer la última hoja.

—No tomó ningún tren, Frederick. Él no es nuestro hombre.

El inspector miró fijamente a su superior. No era una orden para que dejara en paz al príncipe, segundo en la línea de sucesión al trono británico. Era un convencimiento personal fruto del estudio de las pruebas.

—Es una buena noticia.

—Desde luego. Así que será mejor no volverlo a mencionar.

—Claro.

—Hay otro tema —dijo Swanson modulando la voz—. Es un poco espinoso. Se refiere al doctor Winslow.

Esta vez el suspiro de Abberline fue más prolongado y profundo que los anteriores. Conocía de sobra al célebre doctor, el cual ya se había inmiscuido en algunas de sus investigaciones. El hombre era un conocido alienista al que le gustaba demostrar cuán inteligente era. Ciertamente algunas de sus aportaciones se habían mostrado interesantes, pero su deseo de publicidad y su desmesurado ego hacían de él un personaje incómodo.

Sin embargo, el presuntuoso médico especialista en enfermedades mentales tenía cierta influencia sobre importantes personajes, incluso sobre la propia reina, que le daban un crédito muy superior al que en verdad merecía.

—¿Qué ha diagnosticado en esta ocasión nuestro querido doctor?

—El *Times* ha publicado una carta enviada por el doctor Winslow. Al parecer, no tiene duda de que todos los crímenes han sido perpetrados por la misma persona. Un lunático metódico e irresponsable de clase social alta. En su opinión, se trata de alguien que ha escapado o ha sido dado de alta de un manicomio. Considera que deberíamos solicitar a todos los asilos del país un listado de aquellos pacientes que se hayan escapado o hayan sido dados de alta desde el año pasado y averiguar su paradero.

—¿Desde el año pasado solamente? —preguntó Abberline permitiéndose una sonrisa sardónica—. Bueno, al menos no lo ha extendido a los últimos diez años.

—El doctor Winslow piensa que su primera víctima fue una mujer a la que nunca se pudo identificar, cuyo cuerpo apareció en noviembre del año pasado.

—¿Y Scotland Yard ha recibido presiones para que prestemos oídos a sus sugerencias?

—Algo así, Frederick. El doctor está molesto porque no le hacemos caso, así que ha comentado a ciertas personas relevantes que él sería capaz de dar con el asesino en tan solo dos semanas, si se le diera carta blanca.

—¿Dos semanas? El doctor está perdiendo facultades.

Ahora fue Swanson el que sonrió.

—Otra de sus sugerencias es retirar del caso a Scotland Yard y

poner en su lugar a un batallón de enfermeros enrolados de los mejores manicomios del país, dado que ellos están acostumbrados a tratar con este tipo de locos.

—¡Vaya! —exclamó Abberline divertido, alzando las cejas según el inspector jefe exponía la propuesta del ególatra alienista—. Sí que está molesto el doctor. No ha debido de gustarle que hayamos rechazado todas sus propuestas hasta el momento.

—No, no mucho. ¿Qué hay de los pacientes de los manicomios? ¿Hemos encontrado algo?

—Nada firme —contestó Abberline con un gesto de duda. La idea que apuntaba el doctor Winslow acerca de pacientes dados de alta o fugados ya había sido contemplada por Scotland Yard, que había solicitado los nombres de todos ellos a los asilos de lunáticos de toda la isla—. Muchos nombres. Hemos localizado a algunos, pero todavía quedan bastantes de los que no sabemos si están vivos o muertos, si han vuelto a ingresar en algún otro centro con diferente nombre o se han marchado del país. Hay dos o tres nombres prometedores. En especial, uno de ellos.

—¿Es conocido?

—Michael Ostrog, ruso. Un tipo inteligente y meticuloso. Y peligroso. Le quitó el revólver a un superintendente de policía en la comisaría hace unos años. Detenido varias veces por diversos robos y estafas, la última vez el año pasado. Durante el juicio fingió estar loco para no ir a la cárcel. El caso es que consiguió engañar al juez y lo internaron en un manicomio del condado de Surrey. Fue dado de alta en marzo, con la condición de que debería informar regularmente de su paradero a la policía, pero ha desaparecido sin dejar rastro. Hay un problema: tiene casi sesenta años, lo que no coincide con las descripciones que tenemos. Pero es judío, extranjero y… médico.

—Habrá que seguir esa pista —dijo el inspector jefe Swanson echando un vistazo por encima del hombro de Abberline al reloj que colgaba de la pared—. ¿Alguna otra cosa?

—Creo que no, señor —contestó Abberline poniéndose en pie, entendiendo que el tiempo que le podía conceder su superior se había agotado—. He concertado una entrevista con un alienista, el doctor Daniel Hack Tuke, un prominente experto en enfermedades mentales, autor de numerosos tratados sobre la locura. Tal vez

pueda ayudarnos sin el histrionismo del doctor Winslow.

—Muy bien, Frederick. Manténgame informado.

—Sí, señor.

De nuevo en su despacho, Abberline daba buena cuenta de otro trozo de pastel de carne que se había hecho traer de una taberna cercana. Continuaba con el ardor de estómago, pero gracias a las infusiones de jengibre, las sales de frutas y la noche de descanso, que aunque breve y escasa había ayudado, el fuego en el estómago había perdido parte de su intensidad. Sobre la mesa del escritorio había extendido su pañuelo; encima tenía el pastel de carne, ya un tanto seco y frío, y a mano una cerveza de baja graduación que haría fruncir el ceño al superintendente si llegaba a verla.

Estaba esperando la llegada de un curioso personaje, un excéntrico galeno que afirmaba tener información relevante del caso y que se negaba a hablar con nadie que no fuera Abberline. El inspector dudaba de que dicha información tuviera alguna relevancia, como insistía el doctor Granville, pero este había amenazado, en caso de no ser recibido por el inspector, con ir directamente a los periódicos. Teniendo en cuenta que toda la prensa se disputaba la opinión de cualquier experto de medio pelo que estuviera en posesión de una teoría, por más descabellada que esta fuera, Abberline pensó que podría perder un rato en atenderlo. Ya tendría tiempo de despacharlo si el galeno venía con historias de caníbales devoradores de entrañas o alguna otra absurda patraña.

Mientras masticaba el poco apetecible pastel, releyó los informes redactados por los inspectores que habían estado al mando en el momento de los crímenes. Los tres primeros, el de Smith, Tabram y Nichols, eran obra del inspector Edmund Reid. Abberline no podía sino reconocer su riguroso trabajo. El inspector local se había mostrado exhaustivo y minucioso. En cambio, Chandler, encargado de elaborar el informe de Annie Chapman, no se había mostrado tan puntilloso.

Unos golpes en la puerta interrumpieron una lectura que no ofrecía nuevos detalles. Abberline, con la boca llena, tragó apresuradamente, ayudó a bajar el bocado con un trago de cerveza, envolvió en el pañuelo el resto del pastel de carne y lo metió junto a la botella en uno de los cajones del escritorio antes de dar su permiso para que entraran.

—Inspector, el doctor Granville.

Abberline hizo un gesto al agente para que dejara pasar al médico y observó impertérrito la entrada en tromba del galeno, esperando pacientemente a que el policía que lo había traído hasta allí cerrase la puerta y los dejara solos.

—Inspector Abberline —dijo el médico sin esperar permiso para tomar asiento—. Soy el doctor Joseph Montier Granville. Es un placer que haya podido recibirme.

Granville era un tipo fornido, vestido con un traje de elegante corte, que no podía disimular una barriga sobresaliente, pero que sin duda era lo último en moda. En la cabeza llevaba una chistera, que el doctor dejó sobre el escritorio junto a un maletín negro, ignorando la mirada de Abberline. Lucía un espectacular bigote con las puntas retorcidas hacia arriba, abundantemente enceradas para que se mantuvieran puntiagudas. El rostro era redondo, fofo y con unos ojos saltones que no cesaba de mover.

Abberline no necesitó mucho más para intuir que aquella entrevista iba a ser una pérdida de tiempo. El pomposo galeno se quitó los guantes blancos que llevaba, los metió dentro del sombrero y dejó apoyado en el escritorio su bastón con empuñadura de plata labrada.

—Usted dirá en qué puedo servirle —invitó escuetamente Abberline.

—Sé quién es el asesino —soltó su interlocutor tras una teatral pausa, pensando que serviría para atraer la atención del policía.

—¿Sabe quién es el asesino? —preguntó Abberline echando el cuerpo hacia delante.

—Bueno, no exactamente —reconoció el galeno con una sonrisilla de vendedor de lociones milagrosas—, pero tengo los datos que usted necesita y que permitirán a Scotland Yard atrapar al asesino.

Granville chasqueó los dedos para demostrar cuán rápido podría echar el guante la policía al criminal una vez tuvieran esos datos en su poder. Como Abberline no dijo nada, el médico explicó:

—El asesino es una mujer.

Si el doctor Granville esperaba una eufórica reacción del silencioso inspector, se llevó una desilusión. Abberline apenas cambió de postura; simplemente juntó las manos entre sí para

entrelazar los dedos.

Entre los dos hombres cayó un incómodo silencio. El doctor Granville perdió parte de su solemne seguridad en sí mismo y carraspeó antes de continuar.

—Dicho así, parece poca cosa, pero si me permite un instante le explicaré cómo he llegado a esta conclusión y los detalles que servirán para la detención del criminal.

Abberline hizo un gesto con la mano, invitando al médico a continuar.

—Le pondré en antecedentes y trataré de ser breve —empezó Granville, intuyendo que el policía no le daría demasiado margen—. ¿Está usted al corriente del origen de la palabra «histeria»? Proviene de una palabra griega: *hystera*, que en griego significa «útero». Ya en sus escritos, Platón se refería a la histeria como una enfermedad propia de las mujeres. Los antiguos pensaban que el útero vagaba por el cuerpo causando todo tipo de enfermedades y trastornos a las hembras. La medicina medieval diagnosticaba esta enfermedad y achacaba sus síntomas a la abstinencia sexual, ¿me sigue a dónde quiero llegar?

Abberline no lo seguía a ninguna parte y ya estaba comenzando a discurrir una forma poco hiriente de deshacerse de su visita, pero no tuvo oportunidad de decir nada ya que el médico continuó con su disertación:

—Los remedios eran los esperados: mantener relaciones con el marido, en caso de estar casada; el matrimonio, en caso de soltería, y un masaje de una partera en sus partes pudendas como último recurso.

Abberline no se escandalizaba fácilmente, pero los derroteros de aquella conversación empezaban a perturbarlo.

—En el tercer caso, y por prescripción facultativa, una comadrona se impregnaba un dedo en aceite de flores y…

La cara de Abberline indicó al doctor Granville que sería mejor saltarse esa parte.

—Bien…, ya se puede imaginar —dijo Granville moviéndose algo incómodo en la silla. En la base del nacimiento de su impecablemente ordenado cabello asomaba una línea de humedad —. A día de hoy, con la medicina mucho más avanzada, los médicos seguimos achacando a esta enfermedad uterina diversos trastornos y

dolencias, aunque actualmente este tipo de tratamiento a base de masajes se deja en las manos más expertas de los médicos, insistiendo hasta que la paciente alcanza lo que llamamos «paroxismo histérico».

Abberline se podía hacer una idea de en qué consistía ese «paroxismo histérico» al que su mujer llegaba sin necesidad de ningún masaje, pero continuó sin abrir la boca.

—Lógicamente, por motivos de mantener la decencia, este tratamiento se lleva a cabo en presencia del marido o de la madre de la paciente.

Abberline se permitió una minúscula sonrisa. ¡Como si aquello mejorase la situación!

—Hay tratados enteros de destacados especialistas confirmando cuanto le estoy explicando —se defendió un tanto ofuscado el galeno—. En ellos se afirma que una de cada cuatro mujeres sufre en algún momento de su vida esta enfermedad.

El rostro del inspector era pétreo.

—Como puede imaginar, este tratamiento resulta agotador para el galeno que lo practica. Yo he inventado una máquina…

—Doctor Granville… —cortó Abberline tratando de no mostrarse demasiado maleducado—. Sin duda lo que me está contando es sumamente interesante, pero…

—La mujer que busca está casada —saltó el galeno elevando una cuarta el tono de voz—, busca un hijo con su marido, pero ella es frígida y no fértil, por lo tanto, odia a las mujeres que sí lo son; y a las prostitutas, porque su marido desfoga con ellas sus ardores.

El único ardor que había en aquella estancia era el del estómago del inspector, pero el galeno había conseguido atraer la atención del policía.

—El marido es comerciante —aseguró Granville algo más tranquilo tras comprobar que aún no sería despachado—. Pasa temporadas fuera de casa, lo que facilita que la asesina se mueva con cierta libertad. Además, debe tener una posición desahogada que le permita cambiarse sus ropas manchadas de sangre.

—Gracias, doctor Granville —dijo Abberline cuando quedó claro que el médico ya había proporcionado un puñado de incontestables pistas que habrían de llevar a Scotland Yard a apresar a esa misteriosa y frígida asesina.

—¡Yo podría sanarla!

—¿Cómo dice?

Granville abrió su maletín y extrajo unas hojas en las que se veía el esquema de un artefacto que al inspector se le antojó infernal, lleno de poleas y correas, lo que podía ser un pequeño motor de vapor y un émbolo con el tallo forrado de algún material parecido al cuero, imitando un enorme glande.

—Este aparato es de mi invención, inspector. Gracias a él he curado el mal de la histeria a un alto número de pacientes.

El inspector Abberline ya había tenido más que de sobra con todo aquello, y de manera tajante despidió a su visitante haciéndolo acompañar hasta la calle por uno de los agentes que estaban en la comisaría. De nuevo había perdido el tiempo y a buen seguro no valdría para que el pomposo doctor se abstuviera de visitar la redacción de algún diario. Ya lo podía imaginar: «La policía busca a una mujer con apatía sexual como la asesina de Whitechapel. El doctor Granville, dispuesto a sanarla con su nuevo invento».

Abberline suspiró, algo que últimamente no dejaba de hacer, se puso en pie, cogió la chaqueta y el sombrero del perchero y salió del despacho. Caminaba por el pasillo cuando lo llamó el inspector Reid.

—Disculpe, Frederick —dijo este hablando en voz baja—. Ha venido a verme un hombre, y me gustaría que escuchara lo que tiene que decir, si no está demasiado ocupado.

Abberline estaba deseando marcharse a casa, pero tenía en buena consideración a Reid y, si él se lo pedía, quizá mereciese la pena. En cualquier caso, esperaba que el tipo no tuviera algún otro aparato de tortura que mostrarle.

—Buenas tardes —saludó al entrar en el despacho, donde solo se encontraban Reid y el tipo en cuestión.

Se trataba de un hombre cerca de la cincuentena, prácticamente calvo y con una recortada barba. Era muy pequeño. Sentado en la silla, los pies apenas tocaban el suelo. Iba bien vestido y lucía en sus ojos la mirada de quien está acostumbrado a ser despreciado.

—Este es el señor Connor Byrne. Es astrólogo.

Abberline intentó no delatar su asombro. Reid no le haría perder el tiempo con un loco que hablara sobre cartas astrales y sandeces de ese tipo. Sin embargo, el astrólogo era un tipo intuitivo y se

percató enseguida de que Abberline pensaba que su trabajo no era más que superchería.

—Solo he venido a ayudar en lo que pueda, inspector.

—Y se lo agradezco de veras, señor Byrne —contestó Abberline tomando una silla para sentarse al lado del astrólogo mientras Reid rodeaba la mesa y se sentaba enfrente—. Temo que esta investigación me está dejando agotado. Disculpe, ¿qué es lo que quería contarnos?

—Creo que el asesino actúa según las fases de la luna.

Abberline encajó estoicamente la aseveración. ¿Eso era todo?

—A la primera mujer la mataron en cuarto menguante, la segunda fue asesinada en luna nueva, la tercera en cuarto menguante de nuevo y la última otra vez en luna nueva.

Abberline echó el peso del cuerpo hacia atrás y se apoyó en el respaldo de la silla. Ciertamente, si los datos eran correctos, sería algo más que una casualidad. Y él no acostumbraba a creer en las casualidades.

—No son exactas las fechas, hay alguna variación, desde luego —se apresuró a añadir el astrólogo.

—¿Y a qué cree usted que son debidas estas coincidencias? —preguntó el inspector, volviéndose a inclinar hacia delante con interés.

—La astrología es una ciencia muy compleja que atrae a gran cantidad de estudiosos, pero también, por desgracia, a farsantes sin conciencia que la utilizan para medrar en su propio beneficio, como usted no ignora. La luna ejerce una enorme influencia sobre nosotros y nuestros actos, y más aún sobre aquellos que han perdido el juicio, de ahí que se les llame lunáticos. Que el asesino cometa sus crímenes con las fases lunares puede no tener ninguna explicación lógica para usted, pero sí para él. Si estoy en lo cierto, volverá a matar entre las noches del 25 y el 30 de septiembre, coincidiendo con el cuarto menguante del día 27.

Abberline, perplejo, miró a Reid, que aguardaba expectante, y volvió a estudiar los ojos de aquel hombre que decía saber cuándo cometería el asesino su próximo crimen.

Capítulo 12

«Mi demonio había estado encerrado mucho tiempo en la jaula y escapó rugiendo»
El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde

Lunes, 17 de septiembre de 1888. Londres

—Usted dirá en qué puedo ayudarlo, inspector.

—Permítame agradecerle su gentileza por recibirme, doctor.

Se encontraba en el despacho del reputado alienista Daniel Hack Tuke, situado en la primera planta de una elegante casa en la mejor zona de Westminster, a la vuelta de la esquina de Victoria Street. Aquel despacho imponía. Espacioso, elegantemente amueblado, con maderas nobles y cuero de buena calidad que olía a la cera de abejas con la que había sido tratado. Una gruesa alfombra amortiguaba los pasos. La estancia invitaba a la calma, la tranquilidad y el descanso, y reflejaba la personalidad de su propietario, un hombre enjuto, de tez pálida, larga y poblada barba blanca, con entradas en su ancha frente y unos ojos que lucían una mirada franca, la de un hombre curioso al que le gustaba aprender y que mostraba atención por lo que tuviera que decir su interlocutor. Sentado en una silla de respaldo alto con los brazos descansando sobre los reposabrazos recubiertos de fieltro granate, mostraba su disposición a escuchar y su disgusto por ser molestado sin motivo, algo que Abberline tendría presente. Por experiencia sabía que cuanto mayor era la reputación del galeno, peor era el trato que dispensaba a la policía, y el doctor Tuke era una de las mayores celebridades en su campo.

—Estoy al frente de la investigación sobre unos asesinatos ocurridos en el East End de Londres en los últimos meses —comenzó Abberline, tomando nota de que al alienista le gustaba ir al grano y no perder el tiempo en convenciones sociales tales como ofrecer un té a las visitas—. Tal vez se encuentre usted al corriente

del caso.

Abberline había concertado la cita con la esperanza de que un especialista en la mente pudiera colaborar en una investigación que por el momento no avanzaba. Para ello, el inspector jefe Swanson había tenido que convencer al comisionado de la idoneidad de la consulta y buscar a un entendido en la materia, que además fuera lo suficientemente discreto como para poderle confiar algunos aspectos aún no divulgados de la investigación.

—Lo he seguido superficialmente a través de la prensa —dijo el alienista. Su tono era suave, profesional, y su timbre un tanto agudo, pero sin llegar a ser estridente. Una voz que llamaba a la calma y que a buen seguro habría practicado con un buen número de pacientes—. Un conocimiento muy superficial como para formarme una opinión.

Eso le gustó a Abberline. Por fin había dado con alguien que reconocía no tener suficiente información como para poder aconsejar a la policía, escribir en los diarios o hacer manifestaciones absurdas.

—Tal vez le gustaría echar un vistazo a los expedientes —aventuró el inspector, mostrándole una carpeta que llevaba guardada en un portafolio, y se apresuró a añadir—: Solo es un breve resumen, no quisiera hacerle perder el tiempo.

Sin una palabra y con movimientos breves, el alienista tomó la carpeta, se ajustó unos anteojos y encendió una lámpara de sobremesa para iluminar la lectura. Durante unos minutos, Tuke se mantuvo abstraído sin que su rostro delatara sus pensamientos, dejando sobre la mesa las hojas según las iba leyendo.

Después de una primera lectura volvió a releer algún párrafo antes de escuadrar el expediente, introducirlo en la carpeta y dejarla sobre la mesa. Volvió a colocar los brazos sobre los reposabrazos y esperó a que Abberline rompiera el silencio.

—¿Qué estamos buscando?

—A un psicópata —contestó el alienista con su tono sosegado.

—¿Un loco?

—Un enfermo mental —corrigió Tuke—, aunque sobre esto no hay un consenso entre el estamento médico. Psicópata es un término bastante nuevo que ha comenzado a usarse en Alemania en los últimos años. Básicamente se refiere a aquellos individuos cuyo

comportamiento desvela unas actitudes antisociales, una empatía y una capacidad reducida de sentir remordimientos y una personalidad desinhibida.

Abberline había oído hablar de los psicópatas, y para él estaba asociado a los locos peligrosos que era urgente sacar de la calle.

—Como verá, las características que definen a estos individuos son excesivamente difusas. Esta alteración no se comporta como el resto de las enfermedades. Una persona puede tener tuberculosis o no tenerla. No sucede igual con la psicopatía. No podemos, al menos no hoy en día, afirmar que una persona es psicópata o no lo es. En todo caso podemos aventurar que se trata de una persona más o menos psicópata. De hecho, todos llevamos el germen de la psicopatía en nuestro interior, solo que unos, por diversos motivos, lo desarrollan más que otros. Y debe tener en cuenta que no todos los psicópatas acaban cometiendo crímenes. Una persona sin escrúpulos que utiliza a sus convecinos para ascender en la escala social o económica a costa de cualquier transgresión moral también pudiera tratarse de un psicópata.

—¿A qué se refiere con falta de empatía y de remordimientos?

—Bien. Si tomamos en cuenta lo que conocemos vulgarmente por loco, una persona que se cree la reencarnación del rey Guillermo, o que va desnuda por la calle gritando que unos enormes insectos lo están devorando, vemos que el psicópata no se comporta de la misma manera. A diferencia de estos, el psicópata sabe lo que hace, sabe que convencionalmente sus actos son reprobables, sabe que puede haber un castigo por ello y es capaz de entender que con estos actos causa dolor en sus semejantes. Sin embargo, no es capaz de compartir ese dolor, de ponerse en el lugar de la víctima. No le importa provocar ese dolor ni siente remordimientos. Para un psicópata, los demás somos simples objetos de los que puede disponer libremente para lograr sus fines.

—¿Quiere decir que un psicópata nunca se detiene ante los límites que establece la ley?

—Una persona mentalmente sana se rige por un código de comportamiento establecido por las convenciones sociales —expuso Tuke apoyando la explicación con un gesto de la mano—. Este código sirve para diferenciar lo que está bien de lo que está mal. Cuando alguien siente la tentación de llevar a término un acto

reprobable, sus inhibiciones morales, junto al temor a un posterior castigo, son lo que le disuade de llevarlo a cabo.

Abberline hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para indicar que seguía el razonamiento del alienista.

—Sin embargo, un psicópata no se gobierna por este código socialmente admitido, sino por uno propio, y solo padece sentimiento de culpa cuando infringe este código que él se ha hecho a su medida. Esto no quiere decir que ignore cuáles son las convenciones sociales. De hecho, las utiliza en su propio interés cuando le son favorables, pero no se siente obligado a cumplirlas. Esto lo despoja de ese freno que llamamos moral y le facilita llevar a cabo sus deseos.

—¿Entonces no se trata de un desquiciado que escoge su víctima al azar?

—Yo diría que no. Si dividimos a los criminales entre organizados y desorganizados, los segundos cometen sus crímenes aprovechando la ocasión. Acostumbran a ser seres insociables, sin familia ni amistades. Quienes los conocen los rehúyen. Los psicópatas, en cambio, corresponden al primer grupo. Un psicópata busca el objetivo, el momento y el lugar más oportuno para ejecutar sus deseos de la manera más sencilla, satisfactoria y carente de riesgo. Planeará sus ataques comprobando las rondas policiales, las rutas de huida. Se proveerá de un arma, un escondite, utensilios que le sirvan tanto para cometer el crimen como para salir impune.

—¿A qué se debe esta enfermedad?

—No está claro. Para algunos especialistas, existe una disposición psicopática congénita. Para otros es algo ambiental o aprendido. En mi opinión, hay factores heredados, como malformaciones en el cerebro, y otros ambientales, tales como el alcohol, las drogas o un entorno violento.

—¿Esta enfermedad de la que habla tiene cura?

—Actualmente, no —respondió categórico el alienista sin cambiar de tono de voz—. Seguramente algún día la tenga, pero no será en años venideros.

—Si no he entendido mal, doctor, un criminal desorganizado no suele tener familia y amigos. ¿Un psicópata sí?

—Es muy posible. Su vida social será normal y mantendrá unas amistades superficiales.

—Damos por supuesto que todos los crímenes han sido cometidos por la misma persona —comentó Abberline, interesado en la opinión del alienista al respecto.

—Con las oportunas reservas, estoy convencido de ello.

—Sin embargo, los métodos utilizados para asesinar a estas mujeres son bastante diferentes entre sí —recordó el inspector—. A la primera la dejó herida y murió por las lesiones infligidas al día siguiente. A la segunda le propinó treinta y nueve puñaladas por todo el cuerpo. La tercera y cuarta víctima fueron evisceradas.

—Creo que se trata de una evolución lógica —afirmó Tuke poniendo la yema de los dedos de una mano sobre la carpeta—. El asesino ha ido refinando su metodología. Mediante el ensayo-error se ha ido definiendo, explorando y afianzando aquello que le produce más satisfacción. En esto no nos diferenciamos del resto de los seres vivos, inspector. Tendemos a repetir aquellos actos que nos proporcionan placer y abandonamos los que no lo hacen. Para su hombre, la metodología empleada para dar muerte a sus últimas víctimas le ha proporcionado un mayor deleite que cuando acuchilló salvajemente a las primeras mujeres.

El alienista se pasó la mano por la barba antes de continuar.

—Pienso que hay un segundo motivo para que esté cambiando su metodología. Como he dicho, estos individuos suelen ser narcisistas y buscan la admiración de sus semejantes. En este caso se podría pensar que el asesino, con este cambio en su forma de comportarse, aparte de obtener la satisfacción propia de la violencia que utiliza, goza con la puesta en escena. Por supuesto estoy especulando, pero me ha parecido apreciar una cierta disposición intencionada de los cadáveres en sus dos últimos crímenes.

Abberline, que también se había dado cuenta de eso, no comentó nada, a la espera de que el alienista se explicara.

—Tal vez su hombre se ha percatado del revuelo que ha provocado su barbarie. La prensa, el vulgo, la policía. Todo el mundo habla de él. Incluso el Gobierno ha tomado cartas en el asunto. Esto debe de haberle supuesto una sensación embriagadora de poder. Disculpe si le molesto, pero el criminal está disfrutando al ridiculizar a las autoridades sembrando el terror entre las gentes.

—¿Ese sería el motivo por el que continúa cometiendo sus crímenes en Whitechapel?

—Tal vez no lo fuera al principio, pero creo que sí lo es ahora —dijo Tuke—. Es de imaginar que en sus primeros crímenes escogiera un lugar que conocía bien, donde abundaran las posibles víctimas, dando por hecho que la muerte de estas no provocaría un excesivo revuelo. Tal vez esto último ha alterado sus planes y ahora ha entrado en un juego con la policía. Estos individuos necesitan demostrar que son superiores y más inteligentes que los demás, y creo que ahora los está retando a ustedes.

—¿Por qué las mata? ¿Por qué escoge prostitutas?

Abberline ya tenía una idea hecha sobre las motivaciones, pero quería confrontarla con la del especialista en enfermedades mentales. El médico se comportaba como un hombre respetuoso, sin esa suficiencia propia de los de su gremio. Escuchaba las preguntas y ofrecía unas respuestas comedidas, estudiadas y carentes de prejuicios, algo que el inspector necesitaba.

—Las mata por placer —repuso Tuke convencido—. Creo no confundirme, pero en mi opinión el criminal halla ese placer en el ensañamiento con el cuerpo. Por el resultado de los análisis llevados a cabo por mis colegas en sus informes y autopsias, llego a la conclusión de que algunas de las víctimas han muerto por asfixia y posteriormente han sido rajadas y amputadas. Es decir, el asesino obtiene el placer sajando, al margen de que la víctima continúe con vida o no. No acuchilla para matar, sino que mata para acuchillar.

Abberline no había caído en ese detalle y se preguntó si la diferencia señalada ayudaría en algo en la captura del desalmado.

—Respecto al motivo por el que escoge prostitutas, resulta obvio. Son mujeres desprotegidas a las que tiene fácil acceso, con las que puede retirarse a un lugar escondido sin despertar sus recelos y a las que nadie echará de menos.

—¿Entonces descarta que el móvil pueda ser la venganza? —preguntó el policía, exponiendo varias teorías con las que trabajaba Scotland Yard—. ¿Alguien al que una prostituta haya contagiado alguna enfermedad? ¿Un puritano convencido de acabar con la lacra de la prostitución? ¿Un maníaco religioso, tal vez? Incluso alguien cuya madre o esposa se haya dedicado al oficio.

—He leído en la prensa varias de estas teorías expresadas por colegas míos. Por supuesto, es posible que sean ciertas, aunque sea parcialmente. Sin embargo, no las comparto. Me atrevería a

asegurar que, en circunstancias más propicias, a su hombre no le importaría matar a otro tipo de mujer, incluso a hombres. No obstante, correría más peligro: una mujer pudiente probablemente provocaría una mayor alarma y obligaría a las autoridades a tomar medidas drásticas. Asesinar a un hombre no cabe duda de que tendría repercusiones mucho más graves, por no hablar de que la mayor fuerza física de un varón podría resultar desastrosa para sus intenciones, si tuviera oportunidad de defenderse. Una mujer, prostituta y del East End, es la víctima adecuada, inspector.

—¿Por qué no la viola, doctor? Confío en que no le moleste la pregunta.

—En absoluto, inspector —rechazó el alienista, haciendo un gesto con la mano—. Entiendo lo que dice. La explicación no es sencilla. En mi opinión, y quiero recalcar que otros colegas quizá no la compartirían, el empleo de un cuchillo para apuñalar a la víctima supone un sucedáneo del acto sexual para el asesino. La penetración violenta de la hoja en la carne de su víctima debe de resultar para él un sustitutivo más placentero que la cópula. Tal vez sufra alguna disfunción sexual o sienta rechazo al contacto con una mujer.

—¿Podría tratarse de una mujer?

—¿Una venganza por un marido que contrata los servicios de meretrices? ¿Una mujer que no puede tener descendencia propia y siente celos de otras hembras a las que ve «completas»? Sí, no veo nada que lo impida. Una mujer relativamente robusta, acostumbrada a trabajar con sus manos, tendría suficiente fuerza como para asfixiar a sus víctimas. Una vez muertas o perdido el conocimiento, dispondría del cuerpo a su antojo. Sin embargo, me inclino a pensar que se trata de un hombre.

—¿Por qué motivo?

—La experiencia me dice que los crímenes violentos son más propios del sexo masculino. Por supuesto ha habido mujeres que han utilizado un cuchillo para matar, pero suelen escoger métodos más discretos, como el veneno.

—En su opinión, ¿el asesino tiene conocimientos de anatomía?

Aquella era una de las cuestiones que más preocupaban al inspector Abberline. La consulta a diversos especialistas había deparado resultados opuestos, pero el policía temía que las opiniones vertidas tuvieran más que ver con el sentimiento del

honor que con la idea de tener que enfrentarse a un colega asesino.

—Es difícil pronunciarse sin haber asistido a las autopsias. Mi campo de estudio son las enfermedades mentales. Muchos eminentes colegas estarían en disposición de ofrecerle dictámenes más cualificados, pero a mi juicio el criminal dispone de suficientes conocimientos anatómicos como para llevar a cabo tales disecciones. A pesar de la violencia de las sajaduras, creo que no han sido efectuadas impulsivamente.

—¿Su autor podría ser médico o estudiante de Medicina?

—No veo por qué no —repuso Tuke alzando mínimamente las cejas—. Nadie está libre de sufrir este trastorno, incluidos los miembros de mi gremio, inspector. Sin embargo, creo que pueden descartar que estas lesiones hayan sido practicadas con fines académicos o para posibles ventas de órganos.

El robo del útero de la última víctima, Annie Chapman, había levantado estas sospechas, pero Abberline compartía la idea del alienista en sentido contrario.

—Dígame, doctor, ¿podría tratarse de dos asesinos? —preguntó el inspector exponiendo una teoría que le rondaba desde hacía tiempo por la cabeza—. Me refiero a dos criminales que colaboran entre ellos.

—Desde luego —respondió Tuke sin mostrar extrañeza por la pregunta—. Es una posibilidad.

—¿Se trataría de dos psicópatas?

—Es posible… —admitió Tuke, no muy convencido—. Pero me inclino a pensar que no. El padre de la psiquiatría, Philippe Pinel, un médico francés dedicado al estudio de las enfermedades mentales, en su *Tratado de la locura* clasificó las enfermedades mentales en cuatro tipos: manía, melancolía, idiocia y demencia. Bien, creo que si se tratara de dos criminales, uno de ellos sería psicópata y el otro entraría en la definición de idiocia. Un débil mental.

—¿Cómo podrían fiarse uno del otro? —preguntó Abberline—. Correrían un enorme riesgo.

—En absoluto. La relación no sería entre iguales. El psicópata, un ser manipulador, seductor, inteligente y traicionero, sabe encontrar las necesidades irracionales del débil y convencerlo de poder satisfacerlas. Le proporciona una sensación de falsa

seguridad. Así, no le sería difícil conseguir de él una lealtad inquebrantable, como la de un perro por su dueño. Por su parte, el idiota no estaría en disposición de exigir nada, ya que no sería consciente de estar siendo manipulado, y en cualquier caso no tendría manera de evitarlo. Mientras sea útil a sus intereses, el psicópata no lo traicionará.

Abberline había confiado en que el médico descartara la idea. Ya era difícil encontrar a un asesino como para encontrar dos. No obstante, era una línea de investigación que debería tener en cuenta. Sorprendido, vio a través de la ventana que ya estaba declinando la luz exterior. Afortunadamente, el alienista no parecía tener prisa.

—¿Diría usted que el criminal conoce el East End de Londres? —preguntó el inspector, sabiendo que era una pregunta que debía responder la policía.

—No me cabe la menor duda. Como le he explicado, es una de las características de los psicópatas: dominar su entorno, estudiar las costumbres de sus víctimas, los posibles peligros y las rutas de huida.

—¿Entonces es alguien que vive allí?

—Sobre eso tengo más dudas. Conoce la zona, pasa tiempo allí, pero yo diría que no vive en Whitechapel. Los psicópatas son individuos inteligentes. La experiencia que yo he tenido con ellos me indica que no suelen poseer un empleo estable sino una fuente de ingresos que les permita satisfacer sus bestiales instintos: un trabajo liberal, una pensión, herencias. Creo que eso descarta a una gran parte de la población del East End.

—¿Tal vez tenga algún negocio allí? ¿Un comerciante?

—Tal vez —respondió Tuke, dubitativo.

—¿Por qué sus víctimas no recelan de él? —preguntó Abberline, cambiando de ángulo el interrogatorio—. ¿Lo conocen quizá?

—Pudiera ser. Pero no necesariamente. Esas mujeres están acostumbradas, por desgracia, a sufrir toda clase de abusos. Sus condiciones de miseria no les permiten rechazar clientes, por desagradable que esto nos pueda resultar. Además, no debe olvidar que estos individuos saben manipular a sus víctimas y mostrarse respetables. Su hombre no tendría problema para convencer a una prostituta de retirarse a un lugar más apartado, y menos aún si le

mostrara algunas monedas.

—Creo que estoy abusando de su paciencia —dijo Abberline al oír el tañido de una campana a través de los cristales de los ventanales. Llevaban tres horas de entrevista—. Me quedarían unas pocas preguntas, si usted no tiene inconveniente.

Tuke hizo un gesto de invitación con la mano y continuó con la misma postura esperando la siguiente cuestión.

—¿Es el asesino un cazador nocturno o madrugador?

Tuke guardó silencio unos instantes, sorprendido por la pregunta.

—Bien —dijo finalmente, mesándose la barba—. Es una pregunta difícil de contestar. Entramos en el campo de la especulación. Claro que usted necesita una respuesta que le permita acotar la búsqueda… Temo errar y causarle una pérdida de tiempo en su investigación encaminándolo por una ruta equivocada. Aun así, con todas las reservas posibles, le diré que en mi opinión es un cazador de la noche. Y le explicaré el motivo. En casi todos los casos que he estudiado de asesinos organizados, la noche ha sido el momento elegido para acabar con sus víctimas. Es cuanto puedo decirle. Y recuerde que estamos especulando.

—Gracias, doctor. Lo tendré en cuenta. Permítame que le haga otra pregunta: ¿podría estar influido el asesino por las fases de la luna?

Tuke alzó las cejas de nuevo, cada vez más sorprendido, y enseguida las frunció como si estuviera haciendo memoria. Finalmente tomó la carpeta de encima de la mesa y sin abrir la boca echó un rápido vistazo a su contenido.

—Entiendo dónde quiere ir a parar, inspector. Veo que, efectivamente, los asesinatos han coincidido con la posición de la luna. Interesante.

Tuke volvió a cerrar la carpeta y dejarla sobre la mesa.

—Desde la antigüedad se ha conectado algunas formas de locura con la influencia de la luna en las personas. Sería muy largo exponer qué es lo que ha dado origen a esta creencia, que hoy día se sigue manteniendo. Imagino que usted habrá hablado con alguna persona de las que se llaman a sí mismas astrólogas y le habrá ofrecido lo que considera pruebas irrefutables de este poder. En mi opinión, no se trata de otra cosa que de supercherías. Me niego a

considerar la posibilidad de que ese astro pueda tener ninguna influencia en nosotros.

Abberline asintió con la cabeza en silencio. Ya se imaginaba que aquella teoría irracional no sería bienvenida por un reputado alienista que había dedicado toda su vida al estudio racional de la mente.

—Ahora bien —añadió Tuke alzando las dos palmas de la mano, como si le doliera tener que aceptar lo que iba a decir—, que este poder resulte absurdo no implica que el criminal no pueda considerarse perturbado por tal influencia. La sugestión, inspector, es un arma muy poderosa. Si el asesino cree que la fase de la luna es vital para sus actos criminales, haría bien en tenerlo en cuenta en su investigación.

—Por supuesto, doctor. Lo tendré presente —se apresuró a decir Abberline—. Hay una cosa que me preocupa: ¿puede una persona matar a otra de una forma tan brutal e instantes después actuar como si nada hubiera pasado, de modo que quien se cruzara en su camino no tuviera ningún motivo para sospechar?

Al inspector no se le borraba de la cabeza la escena presenciada en el teatro Lyceum la noche anterior a ser asignado al caso del asesino de Whitechapel, cuando había presenciado en compañía de su esposa y en la que el célebre actor Richard Mansfield llevaba a cabo la transformación del respetado doctor Jekyll en el aborrecible monstruo mister Hyde.

—Un psicópata podría, sin duda. Este trastorno está catalogado como una manía sin delirios, pero con grave daño en la capacidad afectiva. Es decir, el psicópata lleva a cabo sus aberraciones plenamente consciente de sus actos. Una vez saciados sus malsanos apetitos, continuaría aparentando ser un respetable ciudadano.

Para Abberline aquello resultaba inconcebible. ¿Cómo podría una persona matar a otra de manera tan inhumana y no quedar afectado? El inspector se imaginaba al criminal enardecido, con el corazón desbocado, una mirada extraviada, perdida toda compostura. ¿Cómo podía alguien llevar a cabo semejante carnicería y parecer una persona respetable instantes después?

—Una persona así, ¿se delataría en un interrogatorio policial? ¿Habría algo que pudiera revelar al interrogador que se encuentra ante un asesino?

—Me temo que no. Como he dicho antes, son personas muy inteligentes, manipuladoras y seductoras. Incluso aunque usted tuviera la certeza de que el preso es su hombre, él lograría hacerle dudar. He leído en la prensa que la policía ha llevado a cabo cientos de interrogatorios. No me extrañaría en absoluto que alguno de los interrogados fuera su hombre, inspector.

Abberline se quedó en silencio, derrotado. Había confiado en conseguir de aquella entrevista un hilo del que tirar para poder atrapar a aquella bestia despreciable y se iba con las manos vacías. Tan vacías como antes de la entrevista. Seguía sin tener nada. Aquel diablo estaba jugando con él y tras varias semanas de investigación continuaba como al principio.

—Una última pregunta, doctor —dijo frotándose nerviosamente la frente con los dedos como para despejar malos pensamientos—. ¿Volverá a matar?

—No tiene alternativa —contestó Tuke suavemente. Sabía que ante él tenía a un hombre llevado al extremo—. Nunca lo dejará. Para él matar es como el opio. Lo necesita. Y cada vez lo necesitará más y más a menudo.

—¿Eso significa que el plazo entre asesinatos será cada vez menor?

—Sí. Y los crímenes serán de naturaleza más salvaje.

—¿Cómo terminará todo esto?

—Ustedes lo atraparán y lo encerrarán… o morirá.

—¿Eso cree? —cuestionó Abberline agotado.

—El criminal tiene su poder de autocontrol cada vez más deteriorado. Su mente se está disgregando. Ha entrado en una espiral de destrucción de la que no podrá salir, y acabará perdiendo por completo el juicio. —El alienista se tomó un descanso y finalmente, sin variar el tono de voz, sentenció—: Si no lo detienen antes, él mismo acabará con su vida.

A casi dos mil kilómetros del despacho del alienista, monseñor Patrizi se daba aire con un abanico a la sombra de unos cipreses en los jardines romanos. Aún no había bajado el calor y la brisa apenas movía las hojas. De una fuente cercana manaba un chorrito que apenas humedecía el ambiente, pero cuyo rumor actuaba como un potente somnífero.

Monseñor Patrizi pasaba la tarde de aquel lunes sin más

compañía que los molestos mosquitos y algunas avispas que acudían a refrescarse a la fuente. Había pretextado una leve indisposición para no tener que acudir a una recepción menor en uno de los palacios de la capital del nuevo estado italiano. Realmente su salud era excelente, pero con aquel bochorno no se encontraba en disposición de ver determinados rostros, especialmente el del presidente Francesco Crispi.

—Eminencia, el santo padre requiere su presencia —dijo una voz a su espalda.

Patrizi se espabiló de golpe. Se había vuelto a quedar adormilado, y el abanico descansaba inane sobre su regazo. Levantó torpemente la vista para enfocar a su secretario, el padre Giacomo, que se mostraba apurado por haber turbado su descanso.

—¿Cómo ha dicho?

—El santo padre requiere su presencia —volvió a decir el padre Giacomo esta vez un poco más alto, visto que su superior ya parecía encontrarse en buenas condiciones—. Lo ha mandado llamar, excelencia, y lo recibirá en la Capilla Sixtina.

Patrizi parpadeó con fuerza unas cuantas veces para sacudirse de encima el sopor y se puso en pie dispuesto a cumplir el requerimiento. ¿Qué se le habría antojado ahora al pontífice?

El cardenal era partidario de enfrentarse a las malas noticias cuanto antes, así que no perdió tiempo y se encaminó hacia el Palacio Apostólico. Franqueadas las puertas custodiadas por dos guardias suizos, caminó apresuradamente por los pasillos, bastante más frescos que los jardines del exterior, hasta llegar a la antigua capilla magna.

Allí encontró a su santidad, el papa León XIII, sentado en un escabel frente al fresco del pintor Luca Signorelli. Aquella era la obra favorita del santo padre, que gustaba de admirarla a solas cuando sus tareas lo permitían. Para el secretario de Estado, que no era ningún entendido en arte, el que el Papa escogiera el trabajo de Signorelli frente al de Botticelli, Perugino, Pinturicchio o el propio Miguel Ángel suponía todo un misterio.

—¿Queríais verme, santidad?

—Buenas tardes, eminencia —contestó distraídamente el pontífice, aún absorto en la pintura mientras estiraba la mano para que el cardenal besara el anillo del Pescador—. Deseábamos charlar

con vos.

El Papa se dignó a mirar a monseñor Patrizi, que aguardaba expectante, sin añadir una sola palabra hasta que su secretario personal hubo abandonado la capilla y cerrado las puertas.

—Hemos recibido esto —dijo una vez se encontraron a solas, sacando de la bocamanga de la sotana blanca un rollo de papel cerrado con una cinta carmesí que aún contenía restos del lacre con el que había sido sellado.

Sin decir nada, Patrizi tomó el rulo, lo desenrolló y estudió con atención un texto que venía escrito con delicada caligrafía, debajo del cual había una colección de ampulosas firmas.

—Es una carta de nuestros hermanos anglicanos —explicó el santo padre con satisfacción—. Un buen número de primados, de los más prestigiosos miembros de la comunidad anglicana, respalda esta petición.

—Entiendo, santidad —repuso el cardenal, al que una vena le latía dolorosamente en la frente, sin dejar de leer el escrito. Una serie de altos cargos de la Iglesia anglicana estimaba que, actualmente, se daban las circunstancias para que su credo volviera al amparo de la Iglesia católica bajo el manto de la autoridad del Papa y rogaban a este que diera los pasos necesarios para una pronta reunificación.

—También nos ha llegado esto otro —añadió León mostrando en alto un escrito con sellos diplomáticos—. Una queja de su majestad la reina Victoria de Inglaterra por lo que ella llama «injerencia». Según la monarca, Roma se comporta de manera desleal con el Gobierno británico al criticar sus medidas políticas y sociales, soliviantando a los ciudadanos y alentando el descontento entre su población.

—Algo grave, no cabe duda —replicó monseñor Patrizi, al que el latido de la vena amenazaba cerrarle un ojo.

Aunque el cardenal había tratado de mantener la calma, aquella carta suponía el peor de los presagios para sus planes de futuro. Justo cuando más necesarias eran la calma y la diplomacia, la reina Victoria enviaba una protesta formal. Por no hablar del pésimo momento elegido por el grupo de pastores anglicanos para ponerse a las órdenes de Roma, lo que sería interpretado por la soberana, autoridad máxima de la Iglesia anglicana, como un motín y una

rebelión.

—Tal vez deberíamos hacer algo al respecto —sugirió el secretario de Estado para romper el silencio.

—Desde luego —respondió el pontífice, dando un manotazo sobre el reposabrazos del escabel—. Sin duda es una gran oportunidad la que se nos brinda. El Gobierno británico atraviesa un momento de notable debilidad, y su Iglesia carece de timón. La propia reina Victoria no es demasiado popular entre sus súbditos en estos instantes. Creo que sería un terrible error no aprovechar las circunstancias.

Patrizi, que no esperaba tan incendiarias declaraciones, se quedó sin palabras. No podía estar más en desacuerdo. Lo que sin duda supondría un terrible error sería forzar un pulso a la monarca británica. Tal vez el actual Gobierno británico resultara un tanto inestable, la situación en la capital fuese de descontento y la viuda de Windsor, invisible para el pueblo debido al luto guardado desde la muerte de su marido el príncipe Alberto, no gozara del fervor popular. Pero obviar que el Reino Unido era aún la primera potencia mundial y que el Vaticano apenas conservaba una pequeña parte del ya de por sí débil poder de antaño se antojaba muy peligroso.

—Desde luego, el escrito de nuestros hermanos es una magnífica noticia —dijo, tratando de encontrar un tono diplomático que no revelara su alarma.

—Por supuesto que lo es —replicó León con mirada febril. Ya estaba imaginando las implicaciones de la reunificación de ambas iglesias bajo su báculo—. Eminencia, creo que sería conveniente convocar a monseñor Manning. Él debe ser nuestro embajador ante los primados ingleses. Aún goza de gran prestigio entre ellos.

Si el arzobispo de Westminster continuaba gozando de gran prestigio entre los dirigentes de la Iglesia anglicana era, precisamente, por no dejarse manejar ni aceptar disposiciones de sus superiores que atentaran contra sus ideas. Si Manning era presionado para forzar el acuerdo con los primados, ya no deberían preocuparse por la reacción de la reina Victoria y sí ir reservando pasajes en los barcos que salieran de las islas hacia el continente.

Mientras esto reflexionaba monseñor Patrizi, buscando una salida a tamaño despropósito sin granjearse la enemistad del

pontífice, León XIII había vuelto a concentrar su atención en el fresco del pintor italiano. El secretario de Estado estaba a punto de hablar cuando se percató de que no era necesario. Probablemente el fresco en el que Moisés bendecía a los suyos a las puertas de la muerte no fuera el mejor de la célebre capilla, pero serviría para que el cardenal pudiera retirarse sin tener que contradecir al santo padre.

No cabía duda de que el Papa tenía previsto algún movimiento. No se iba a contentar con dejar pasar el tema una vez más. ¿Se atrevería a convocar a Manning ante su presencia sin notificárselo a Patrizi? Monseñor no se decidía a poner sobre aviso al testarudo arzobispo inglés. Dándole vueltas a todo esto, se dirigió a su apartamento, bajo un horizonte lleno de nubes que amenazaban tormenta.

El obispo auxiliar del cardenal Manning, Liam Connery, abandonó la sede de la naviera Peninsular Steam Navigation Company en Londres. En ese momento no llovía, y decidió dar un paseo para tomar el aire. Seguro de que su cochero lo seguiría con el carruaje, no se molestó en avisarlo y continuó andando por la elegante acera.

Acababa de terminar otra de aquellas interminables reuniones de las que últimamente abundaban en exceso. «Milagro económico», se dijo el obispo para sus adentros con una sardónica sonrisa. No podía dejar de sorprenderle que el arzobispo, monseñor Manning, un hombre a todas luces inteligente, todavía creyera en los milagros. A Connery le quedaba la duda de si el cardenal realmente así lo consideraba o prefería fingirlo para no tener que profundizar en la enigmática cuestión del origen de aquellos fondos que parecían llover del cielo y que permitían avanzar con el proyecto de su nueva catedral.

El obispo auxiliar había aprendido hacía mucho que los milagros no existían y menos aún los económicos. Para conseguir mucho dinero partiendo de cero solo existía un camino, y no era el de la oración precisamente.

Liam Connery era un sacerdote descreído. Rozando ya el medio siglo, con una altura superior a la media, un fuerte cabello oscuro que llevaba corto y unos ojos casi negros bajo unas tupidas cejas arqueadas en un rostro duro, tenía una presencia imponente que no dudaba en aprovechar para sus fines. Y bien que lo precisaba para

arrancar las ricas donaciones que obtenía de poderosos hombres de negocios y miembros de la aristocracia. Algunos de aquellos adinerados caballeros se habían hecho a sí mismos y resultaban difíciles de doblegar, por más que se les amenazara con escándalos, problemas laborales causados por los sindicatos o directamente con atentar contra su integridad física.

Porque esta era la fuente del «milagro económico» al que se refería monseñor Manning y que había permitido a Connery llegar hasta el arzobispado tras la muerte de su descubridor y antecesor en el cargo, el obispo auxiliar James Legros.

Connery se había hecho notar en Bristol hacía unos años. Su extraordinaria capacidad para gestionar los dineros de la diócesis había llamado la atención de Legros, que se lo había llevado a Londres. La tarea encomendada en la capital no era desdeñable: debía conseguir fondos suficientes para levantar una catedral en el menor plazo de tiempo posible.

A Connery no le había asustado la tarea. De hecho, aburrido ya de Bristol, había hecho lo posible para llegar a la metrópoli y ascender en la jerarquía. Si era dinero lo que monseñor Manning necesitaba, él se lo proporcionaría a cambio de hacer su santa voluntad y que nadie tratara de indagar sobre el oscuro origen de aquellas donaciones.

Se había aprovechado de unos viejos conocidos, con los que había mantenido tratos durante años en Dublín, donde se había curtido durante décadas y con los que tenía cuentas que saldar. El grupo independentista irlandés, los temidos fenianos, habían accedido a prestarle su colaboración a cambio de una buena tajada en el reparto del dinero obtenido por la extorsión.

Armado de la soterrada amenaza terrorista, de su autoestima y de su poder de convicción, Connery había comenzado a visitar a empresarios, banqueros, políticos y aristócratas, como ya lo hiciera antes en Bristol. Algunos de aquellos elegantes caballeros, católicos convencidos, no habían resultado tan difíciles de convencer para que aligeraran sus carteras. Sin embargo, otros, en especial los rancios aristócratas que no concebían perder una sola libra de su peculio, necesitaron de una gráfica descripción de las consecuencias por no colaborar en una obra tan pía como la construcción de una catedral para enaltecimiento de Dios nuestro señor.

El hecho de que prácticamente la totalidad de ellos fueran fervientes anglicanos y despiadados antipapistas hizo que, en algunos casos, Connery se viera obligado a pasar de las amables palabras a los duros hechos. Hubo fábricas y almacenes que sufrieron incendios o roturas de cristales, negocios en los que se produjeron huelgas, e incluso algún avaro se había llevado una paliza o había visto cómo salían a la luz vergonzosos secretos de familia.

Al final todos se avenían a colaborar y donaban importantes sumas de libras, de las que una parte acababa en las arcas del grupo terrorista, la gran mayoría en las costosas obras de la nueva catedral y un buen pellizco en los bolsillos del obispo auxiliar.

El problema era que Connery ya comenzaba a estar harto. Por una parte, había alcanzado su techo. A pesar de que Manning fuera un anciano, aún se le veía con fuerzas para continuar en el cargo y, además, el nombramiento de su sucesor vendría desde Roma, por lo que las opciones de seguir medrando dentro de la jerarquía eclesiástica, como había hecho hasta entonces, quedaban absolutamente frenadas en seco.

Además, estaba el asunto de aquella ciudad. Indudablemente Londres era una gran metrópoli. Nadie ponía en duda que había sido la más importante del mundo. Aquel era el problema: que lo «había» sido. Tal vez los prohombres londinenses se quisieran engañar, pero la decadente capital había tocado techo, al igual que Connery, y empezaba su declive. Pronto sería sustituida por otras ciudades mucho más pujantes, casi todas ellas norteamericanas.

Ya no había nada allí que lo atrajera. «Bueno, casi nada», se recordó. Había probado todos los placeres que la ciudad podía ofrecer a sus habitantes más adinerados, muchos de ellos inconfesables: burdeles con elegantes coristas y otros más sórdidos, exclusivos clubes de fastuosos salones, restaurantes selectos, orgías a las que acudía más de un miembro del Gobierno, incluso de la realeza, aristocráticas fiestas. Todo aquello ya lo aburría. Incluso los indecorosos fumaderos de opio regentados por asiáticos, como al que iba a acudir en cuanto se cansara del paseo, ya no le eran satisfactorios.

Tenía gracia que una parte importante de ese opio que llegaba a Londres lo hiciera a bordo de los barcos de la naviera que acababa

de abandonar, cuyo presidente había resultado un hueso duro de roer. Como buen escocés, había costado convencerlo de la oportunidad que se le ofrecía para colaborar, con una importante suma de dinero, en la construcción del templo. Por fortuna, la empresa tenía una junta de accionistas el mes próximo y la amenaza velada de Connery sobre una posible convocatoria de huelgas lo había ablandado.

Había otro motivo más que lo inducía a buscar nuevos aires. Cada vez resultaba más complicado obtener dinero. Había sangrado demasiado a las gallinas de los huevos de oro y estas se mostraban cada vez más reticentes a dejarse extorsionar impunemente. Y no podía obviar las exigencias de los fenianos de aumentar considerablemente su trozo en el reparto de la tarta.

Nueva York parecía un buen destino. Se había convertido en la ciudad más grande y próspera de todos los Estados Unidos. Sin duda, un universo ilimitado de oportunidades.

Con este pensamiento, salió a la calzada y observó cómo su cochero azuzaba a los caballos para llegar hasta él. Una pipa de opio le sentaría bien. Lo sumiría en un agradable sueño que lo privaría de la consciencia durante un buen rato.

Capítulo 13

«Los comerciantes de Whitechapel exigen más policía»
North Eastern Daily Gazette

Viernes, 21 de septiembre de 1888. Londres

—Su majestad está muy preocupada, Henry. Ha recibido innumerables cartas solicitando su mediación para que se resuelva esta situación. Teme más revueltas y, si he de serle sincero, yo también.

El ministro de Interior Henry Matthews, sentado frente al recargado escritorio que ocupaba buena parte del despacho que el primer ministro, lord Salisbury, tenía en su domicilio, asentía con la cabeza, descorazonado. También a él le llegaban amargas quejas. Extraño era el día en que el correo no contenía una o más cartas de alguna organización o asociación exigiendo una mayor implicación del ministerio que él dirigía para acabar con la ola de crímenes que asolaba el East End.

Desde la muerte de la última víctima, Matthews había ordenado al comisionado Warren que duplicara la fuerza en Whitechapel y que, siguiendo el consejo de la prensa y de «honrados ciudadanos particulares deseosos de colaborar con la policía», desplegara por calles, patios, tabernas, casas de acogida y cercanías de la zona portuaria a un cierto número de policías disfrazados de mujer como señuelos.

Warren, indignado, se había mostrado airadamente contrario a lo que consideró «una idea peregrina, destinada a convertir a la policía metropolitana en el hazmerreír del populacho». Matthews le había hecho ver que la policía *ya* era el hazmerreír. Pero en algo tenía razón el comisionado: no resultaría fácil hacer pasar a los fornidos agentes de frondosos mostachos por desvalidas damas, así que había sugerido que los disimulara como mendigos, trabajadores, marineros y parroquianos de los *pubs*.

En el barrio ya se cantaban groseras canciones sobre la incapacidad de los policías para echar el guante al criminal, ridiculizando los disfraces que a regañadientes vestían los agentes, fácilmente identificables por las pesadas botas del uniforme, que se negaban a cambiar por otro calzado más discreto.

—El comisionado Warren asegura que sus hombres hacen cuanto pueden —señaló el ministro de Interior, tamborileando con los dedos en los reposabrazos de su sillón—. Se han retirado numerosos agentes de otros distritos para reforzar la vigilancia en Whitechapel por la noche. No podemos quitar más policía sin correr el riesgo de que los delincuentes campen a sus anchas.

—¿Sabe Warren lo que hace? —preguntó lord Salisbury con voz preocupada.

—Warren está solo —contestó Matthews alzando los hombros—. Sigue pensando que se trata de una guerra contra un enemigo reconocible. Está convencido de que amontonar la tropa, sembrando de agentes uniformados cada rincón del barrio, es la solución.

—Y usted no lo comparte, ¿verdad, Henry?

—Los hombres de la metropolitana no están motivados. He acudido personalmente, por supuesto de incógnito, en un coche cerrado a estudiar la zona. El barrio es un laberinto inextricable, imposible de controlar. Los policías deambulan de un lado para otro. No sería muy difícil para un desalmado cometer cualquier tropelía sin ser detectado.

—Usted es partidario de cesar a Warren —afirmó el primer ministro, mesándose la poblada barba—. Sin embargo, la reina sigue confiando en que su buen hacer al frente de las tropas de nuestro ejército mejorará la eficacia de Scotland Yard.

—Londres no es África, primer ministro, y sus gentes no son los bóers a los que el comisionado está acostumbrado. Si fuera por Warren, las tropas acantonadas habrían tomado ya las calles de Whitechapel.

—No podemos permitirnos otro desastre como el del año pasado —exclamó lord Salisbury, recordando con desagrado el Domingo Sangriento, cruelmente sofocado por el comisionado y que había recibido la condena unánime de toda la prensa nacional y extranjera—. Mire lo que escribe el *Daily Telegraph*.

El primer ministro se ajustó unas gafas sobre el puente de la nariz y tomó de la mesa un diario en el que había subrayados algunos párrafos, que procedió a leer:

—«Nos preguntamos si la policía, acosada por los asesinatos, es lo suficientemente inteligente y lo suficientemente enérgica como para encontrar la pista del criminal, y si en Scotland Yard hay una sola cabeza lo suficientemente clarividente y una sola mano lo suficientemente fuerte como para dirigir la persistente, implacable e inexorable investigación que debe hacerse en cada patio y callejón, no solo en Whitechapel, sino también en el Londres marítimo, entre los personajes de la ribera del Támesis y en los muelles a bordo de cada embarcación, hasta que brille algo de luz».

—Scotland Yard está descabezada desde que Monro se vio en la obligación de presentar su dimisión por las graves desavenencias con Warren. Ahora dirige el Departamento Central un inspector jefe al que, en mi opinión, le queda grande el cargo.

Lord Salisbury había escuchado estas palabras con semblante grave y había continuado leyendo:

—«El planteamiento y la dirección de la investigación criminal son totalmente ajenos a los atributos de sir Charles Warren, y se debe informar al Gobierno, del que deriva la autoridad del comisionado, de que no es suficiente con que tengamos en Scotland Yard un líder valiente y experimentado, también necesitamos a un funcionario a quien se le pueda confiar la gestión de un departamento cuyo objetivo y deber sea la detección de un delito».

—No puedo mostrarme más de acuerdo con el *Daily Telegraph*, primer ministro —convino Matthews, haciéndose eco de la opinión vertida por el periódico.

—El diario también tiene palabras para usted, Henry: «Ya hemos tenido suficiente con el ministro de Interior, el señor Henry Matthews, quien no sabe nada, no ha escuchado nada y no tiene la intención de hacer nada en asuntos sobre los cuales debería estar completamente informado y preparado para actuar con energía y premura. Ya es hora de que este ministro indefenso sea promovido fuera del camino de algún hombre más competente».

El ministro de Interior se puso rojo como la grana ante tan despiadado ataque. No era justo, y los diarios lo sabían. Su jefe de policía había sido una imposición de la reina Victoria, pero los

periódicos, ante el temor de responsabilizar a la soberana por semejante nombramiento, la habían tomado con él.

—Estas opiniones se exponen en todos los periódicos, Henry. Si el descontento se esparce, provocará una revuelta aún mayor que la del año pasado. No podemos permitir que estos asesinatos sean la chispa que provoque un incendio de magnitudes insospechadas. Se lo pregunto otra vez: ¿debemos destituir a Warren?

—Ya sabe mi respuesta, primer ministro —contestó Matthews, que no estaba por la labor de convertirse en cabeza de turco para lord Salisbury en caso de que las cosas no discurrieran como debían. No había querido nunca al general Warren al frente de Scotland Yard. Si decidían echarlo, otro debería enfrentarse a las iras de la reina, poco dada a reconocer errores propios—. En mi opinión, el señor James Monro, el antiguo ayudante del comisionado al frente del Departamento de Investigación Criminal, es la persona idónea para hacer frente a esta crisis y devolver el prestigio a la policía metropolitana.

—Tal vez sea el momento oportuno —meditó en voz alta el primer ministro, que tampoco quería ser quien forzara el cese del general protegido de la monarca—. Es evidente que la prensa apoyaría un relevo al frente de Scotland Yard.

—Y los votantes también —apuntó el ministro de Interior con un toque de sarcasmo.

—Pero tal vez sería visto como un síntoma de debilidad —reflexionó Salisbury, ajeno a la mordacidad del comentario—. Las elecciones municipales están al caer, y el Partido Radical lleva semanas liderando esta cruzada por las condiciones del East End. Relevar en estos momentos a Warren tal vez fuera tomado como un reconocimiento tácito de que los radicales tenían razón.

Matthews guardó silencio. Si el primer ministro quería una cabeza de turco en caso de que la situación empeorara, tendría que ser la de otro. El ministro de Interior tal vez no fuera la persona más diplomática, agradable o políticamente correcta del gabinete, pero incluso sus más encarnizados enemigos debían reconocer que era un hombre sumamente inteligente, demasiado como para subir por su propio pie al patíbulo.

—Hable de nuevo con Warren, Henry —añadió Salisbury después de comprobar que el ministro no estaba dispuesto a

inmolarse en su lugar—. Presiónelo. Está en juego la estabilidad del país. Debe terminar con esta barbarie. Inglaterra necesita un culpable. El pueblo tiene que ver a ese criminal colgando de una cuerda. Debe poner al frente de Scotland Yard a un hombre capaz. A alguien respetado, no a un vulgar inspector.

Matthews se limitó a asentir. Las palabras de Salisbury carecían de contenido y ambos lo sabían. El sucesor de Monro ya había sido elegido, pero sir Robert Anderson, indispuesto cuando fue llamado para ocupar el cargo, estaba esperando, con muy buen criterio, a que terminara la actual crisis antes de ocupar su despacho al frente del Departamento de Investigación Criminal.

—¿Qué hay de la Rama Especial?

El ministro Matthews se envaró ante la pregunta, pero se obligó a que su rostro no mostrara sorpresa.

La Rama Especial era una unidad formada siete años atrás para combatir a la Hermandad Republicana Irlandesa, que pertenecía nominalmente a la policía metropolitana, pero en la práctica dependía directamente del ministro de Interior, sin necesidad de dar cuentas al comisionado, algo que sir Charles Warren no parecía comprender. Los miembros de la Rama Especial eran cuidadosamente elegidos entre los agentes de policía más destacados. Se los captaba por sus aptitudes, entre las que la discreción era una de las más importantes, y una vez dentro de la unidad debían permanecer aislados, sin contacto alguno con viejos compañeros o jefes.

A Henry Matthews no le agradaba la existencia de esta unidad y trataba de evitar en lo posible saber en qué andaba metida. Para el ministro de Interior, católico recalcitrante, la policía debía ser una institución respetable, honrada a carta cabal, cercana a los ciudadanos y dispuesta a prestar auxilio, y no veía con buenos ojos un brazo independiente del cuerpo de policía ejerciendo su trabajo con engaños, coacciones, cambalaches, y todo tipo de trampas y malas artes.

—¿Está trabajando la Rama Especial en Whitechapel? —preguntó el primer ministro entrecerrando los ojos y tomando entre las manos el platillo con la taza de té que les había servido su mayordomo hacía ya un buen rato.

—Así es —contestó Matthews, apoyando la respuesta con un

breve pero decidido asentimiento.

En realidad, no tenía ni idea, pero la mayoría de los independentistas irlandeses vivían en las calles del East End, así que no era descabellado dar por sentado que sus escurridizos y taimados agentes se encontraban en las calles del barrio.

—Tal vez ellos tengan alguna información —sugirió lord Salisbury volviendo a dejar el platillo con la taza sobre el escritorio y secándose el bigote y la barba con una servilleta de lino blanco inmaculado, rígida por el almidón—. También me gustaría un informe pormenorizado sobre las actividades de los radicales. Si hay algún riesgo real de levantamiento, no puede cogernos de sorpresa.

—Lo comprobaré de inmediato, primer ministro.

A fuerza de ignorar ese lunar que suponía la unidad secreta de la policía metropolitana, a Matthews no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que alguno de sus agentes, camuflados entre los moradores de Whitechapel, hubiese escuchado algún rumor, visto algo u oído alguna conversación que pudiera ser una pista para atrapar a aquel sangriento criminal. Respecto a la posibilidad de nuevas revueltas incitadas por la gentuza del East End, era algo que daba por supuesto.

—Bien, Henry —dijo lord Salisbury poniéndose en pie y dando la reunión por concluida—. Creo que no debemos perder más tiempo. La gravedad del asunto no lo permite. Téngame informado de los avances.

El ministro de Interior se levantó a la par que el jefe del gabinete del Gobierno, se despidió y abandonó Hatfield House, guiado por el silencioso mayordomo, que lo acompañó hasta la salida.

Matthews bajó los cuatro escalones de piedra y subió al carruaje que lo aguardaba dando instrucciones a su cochero para que lo condujera a Whitehall. Instantes después, un lacayo abría la portezuela del vehículo y un ministro muy preocupado se apeaba para entrar en el palacio donde se encontraba su despacho.

—Que se presente John Littlechild, de inmediato —ordenó de mal talante a su secretario personal nada más verlo, mientras este se acercaba con un fajo de documentos preparados para la firma del ministro. El secretario se abstuvo de replicar nada y se limitó a marcharse por donde había venido para cumplir la orden.

Media hora más tarde, mientras Matthews atendía algunos

temas pendientes, escuchó unos golpecitos en la puerta y respondió para que entraran.

El hombre que entró en el despacho delante del servil mayordomo era el comandante de la Rama Especial, el inspector jefe de detectives John Littlechild, un tipo robusto de anchas espaldas y musculosos brazos, vestido con un traje barato pero impecablemente planchado, con un rostro anguloso de ojos impenetrables en el que destacaba un formidable mostacho y el cabello perfectamente recortado.

—Señor ministro —saludó el jefe de la Rama Especial.

A Littlechild le había sorprendido la urgente llamada, pero no lo dejó entrever. Aquella era la primera vez que entraba en el despacho de quien se suponía era su jefe directo. Sin embargo, no era ningún secreto que al ministro no le gustaba en absoluto la existencia de la Rama Especial, motivo por el que siempre delegaba en subalternos cuanto tuviera que ver con la opaca unidad.

—Le supongo al corriente de los asesinatos ocurridos en Whitechapel —dijo Matthews yendo al grano y con evidente desagrado—. ¿Saben ustedes algo?

—No, señor.

—¿Están sus hombres trabajando en Whitechapel?

—Desde luego, señor.

—Los radicales, anarquistas e independentistas irlandeses están aprovechando estos crímenes para indisponer a la gente contra el Gobierno. No podemos permitir que haya más revueltas. Quiero que todo sospechoso de ser un agitador sea vigilado estrechamente, no importa si es feniano o anarquista, y quiero informes diarios de las actividades de los dirigentes del Partido Radical. Si alguien está gestando una sublevación debo ser informado de inmediato y los cabecillas detenidos sin demora. ¿Tiene usted suficientes hombres?

—Son muchas personas las que habrá que vigilar.

—Hablaré con el comisionado Warren para que le asigne personal extra hasta que todo esto acabe. Necesitará una lista de nombres, facilítesela. A partir de hoy y hasta nuevo aviso, quiero que se presente todos los días a primera hora para informar. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

El jefe de la Rama Especial salió del despacho tan inmutable

como había entrado. A partir de ese día tendría una nueva labor: informar a su superior de cuanto sucedía en las cloacas de Whitechapel. Pero el inspector jefe no era dado a facilitar ningún tipo de información, y menos a un hombre que lo despreciaba, por muy ministro que fuera.

—Por favor, doctor Winslow, pase, pase —dijo el inspector Abberline abriendo de par en par la puerta de su despacho para que el famoso alienista entrara.

El doctor Lyttelton Stewart Forbes Winslow, con su andar pomposo y pagado de sí mismo, accedió al despacho entregando su elegante chistera y su bastón con puño repujado en plata para que el inspector lo pusiera a resguardo. El alienista era un hombre de estatura mediana, grueso, con la cabeza pelada como un huevo y unas hirsutas patillas canas que se enlazaban con un frondoso bigote. Iba impecablemente trajeado y lucía una pajarita colorida que a buen seguro le suponía un motivo de orgullo.

Abberline había aceptado entrevistar a Winslow siguiendo los consejos del inspector jefe Donald Swanson, que temía que el mediático alienista perjudicara la reputación de la policía con sus inflamados ataques. Swanson opinaba que una reunión con Winslow serviría para calmar su egolatría y de paso averiguar si detrás de todo aquello se escondía un asesino.

—Le presento al inspector Edmund Reid —dijo Abberline, cerrando la puerta y colgando la chistera y el bastón en el perchero —. Colabora en la investigación.

Reid se puso en pie y saludó cortésmente al médico, que se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Por favor, si es tan amable —dijo Abberline solícito, mostrando una silla frente a su escritorio. Reid ocupaba un costado del mismo, como si se mantuviera al margen de la conversación que habría de tratarse entre los dos hombres.

El doctor Winslow inspeccionó la silla que se le ofrecía simulando comprobar la existencia de alguna inmundicia que le pudiera arruinar su costoso traje; cuando decidió que la prenda sobreviviría a la experiencia, tomó asiento lentamente.

—Bueno, doctor Winslow, espero que sepa perdonarnos la tardanza al recibirlo —comenzó Abberline, que también había tomado asiento—. Ya sabe cómo son estas investigaciones. Mucho

trabajo y pocos hombres para llevarlo a cabo.

—Desde luego —repuso el alienista alzando las cejas en un gesto displicente—. Confío en que semejante torpeza no tenga funestas consecuencias.

—Por supuesto, doctor —dijo el inspector Abberline mostrándose conciliador.

Quedaba claro que Winslow iba a seguir ignorando la presencia del inspector Reid, a quien a buen seguro consideraba indigno de su mente preclara. El doctor debía de haberse sentido profundamente dolido al saber que no sería recibido por el comisionado en persona ni, en ausencia de este, al menos por el inspector jefe del Departamento Central. Había dado por supuesto que el cuerpo de policía se mostraría sumamente agradecido al poder contar con un destacado especialista como él y que sería entrevistado en su propio gabinete, o tal vez en la sede central de Scotland Yard. Sin embargo, había tenido que tragarse el orgullo y aceptar ser recibido por un simple inspector en una precaria comisaría del East End.

—Quiero que sepa, doctor Winslow, que hemos seguido al pie de la letra sus acertados consejos respecto de investigar a los internos fugados o puestos en libertad de los hospitales mentales.

El pecho del alienista amplió su circunferencia varios centímetros. Era evidente que captar la ironía no era una de sus virtudes. Parecía un pavo exponiendo su cola de colores.

—Bien hecho. Confío en que no sea demasiado tarde. Dígame, inspector, ¿han conseguido algún resultado?

—Aún no, doctor —respondió evasivo Abberline—, pero seguimos en ello. Según tengo entendido, usted cree que el asesino ha matado ya a cinco mujeres.

—Sin duda —contestó enérgicamente Winslow sintiéndose cada vez más cómodo—. La primera fue una mujer sin identificar asesinada en otoño del año pasado.

—Y cree tener una idea de quién podría ser el asesino…

—Por supuesto. He estudiado este caso en profundidad, y con mi larga experiencia en la resolución de otros terribles crímenes me atrevo a ofrecerle una atinada descripción del hombre que buscan. Se trata de un monomaníaco homicida con ideas religiosas víctima de una mórbida creencia como emisario divino. Este hombre, inspector, está convencido de seguir los designios del Señor

acabando con la pecaminosa existencia de estas hetairas.

Abberline, con las manos enlazadas bajo la barbilla y los codos sobre el escritorio, se mostraba absorto con las explicaciones del alienista.

—Scotland Yard pierde el tiempo visitando lupanares, tabernas, casas de acogida y pensiones del East End —continuó Winslow, satisfecho de haber captado la atención de Abberline—. Deberían dirigir sus miradas al West End, inspector. El criminal es un hombre de buena posición social, que no guarda recuerdos de sus actos como homicida en cumplimiento de un sacro deber.

—¿Quiere decir que este hombre, después de asesinar y desgarrar a sus víctimas, no recuerda lo sucedido?

—Exactamente. Este demente comete sus crímenes en el paroxismo de un ataque de locura.

—Es una buena teoría, doctor —señaló Abberline, que enseguida cambió de tema—. Tengo entendido que se ha entregado a la investigación de este caso. Incluso ha pasado algo de su precioso tiempo vigilando las calles de Whitechapel.

—Está bien informado, inspector. Creo que puedo ser de gran ayuda. Mi exhaustivo conocimiento de la mente humana me permite aconsejar y dirigir a quienes solicitan mi colaboración. He pasado muchos días y largas noches por las calles del East End recopilando información. Esas desgraciadas mujeres han llegado a confiar plenamente en mí y me traen cuantos rumores, noticias o pequeños detalles llegan hasta ellas, lo que me ha permitido llevar a cabo el análisis que pongo a su disposición.

—Estoy seguro de que su colaboración va a ser crucial para la resolución de este caso, doctor —dijo Abberline, poniéndose en pie para recoger del colgador la chistera y el bastón del alienista—. Trasladaré a mis superiores sus sugerencias. Le estoy muy agradecido por su colaboración y le vuelvo a pedir disculpas por recibirlo tan tarde y en este despacho, doctor Winslow.

—En absoluto, inspector —dijo el alienista, un tanto sorprendido por la brevedad de la entrevista—. Es mi obligación como buen inglés colaborar con la policía. Si en algo más puedo ayudarlo, no dude en visitarme.

—Gracias, doctor, lo haré. Tenga usted un buen día.

Winslow abandonó la estancia con la cabeza alta, sin despedirse

del inspector Reid, que durante toda la conversación se había mantenido al margen.

—Bueno, Edmund —dijo Abberline con un suspiro una vez el alienista se hubo marchado—. ¿Qué le parece?

—Que no es él —contestó el inspector Reid bastante convencido —. Aunque según su doctor Tuke, no seríamos capaces de reconocerlo si fuera el asesino.

Abberline aceptó el comentario con una sonrisa desmayada. Había confiado a Reid su entrevista con el prestigioso especialista en enfermedades mentales y las sospechas de que el excesivo interés del doctor Winslow por colaborar con la policía e implicarse en el caso estuviera motivado por un desmedido afán de protagonismo, que le hubiera impulsado a ser quien degollara y destripara a aquellas pobres mujeres.

Abberline había expuesto estos temores al doctor Tuke y, aunque este no había descartado tajantemente la idea, lo había estimado improbable.

—En cualquier caso, me inclino a pensar como usted —coincidió Abberline, volviéndose a sentar en su silla—. Creo que podríamos tacharlo de nuestra lista de sospechosos.

—Aunque no era mala opción —comentó Reid esbozando una sonrisa—. El doctor Winslow no carece de conocimientos anatómicos, sin duda ha practicado con el escalpelo, conoce al dedillo el barrio y parece capaz de hacer cualquier cosa por aparecer en los diarios.

Abberline sonrió de nuevo. En un primer momento había pensado solicitar al inspector jefe Swanson que lo acompañara durante el velado interrogatorio, pero al final se había decantado por Reid, al que cada vez apreciaba más. A él y a su fino sentido de observación.

—Dígame, Edmund. ¿Está al corriente del pasado de nuestro querido doctor Winslow?

El inspector Reid conocía del personaje algunos datos que eran de dominio público y así lo manifestó.

—La primera vez que escuché hablar del doctor Winslow —dijo Abberline acomodándose en su asiento— fue a mi mentor, el inspector George Holmes, por el asesinato de un tal Isaac Frederick Gold. Este hombre era un comerciante que fue asesinado en un tren

cuando se dirigía a su domicilio. El autor del crimen, un tal Percy Lefroy Mapleton, fue visto bajar del tren cubierto de sangre. El hombre manifestó haber sido agredido y fue llevado a un hospital para que le curaran sus heridas. Allí el médico sospechó que la gravedad de las heridas no justificaba la cantidad de sangre que empapaba a la supuesta víctima y se lo contó a la policía. Cuando descubrieron el cuerpo de Gold en el tren, arrestaron a Mapleton. ¿Sabe quién era el juez que llevó el juicio? Efectivamente, nuestro querido Wynne Edwin Baxter. El tal Mapleton logró escapar, pero, con ayuda de los periódicos que publicaron un retrato del «asesino del ferrocarril», fue detenido de nuevo precisamente por nuestro director interino al frente de Scotland Yard, el inspector jefe Donald Swanson.

Reid conocía parte de esta historia; se estudiaba en la academia por haber sido la primera vez que la policía empleaba el dibujo de un sospechoso, realizado por un dibujante siguiendo las declaraciones de los testigos.

—Mapleton lo tenía todo en contra —continuó Abberline—. Testigos que lo habían visto cubierto de sangre, los empleados del ferrocarril, incluso una mujer que aseguraba haber visto a dos hombres peleándose en el compartimento donde apareció el cadáver. A Mapleton se le incautó una cadena de oro, un exclusivo reloj y una gran cantidad de dinero que resultó ser propiedad del muerto. Después se demostró que estaba arruinado y que había tomado el tren con el único propósito de robar el dinero a cualquier pasajero. Gold tuvo la mala suerte de ser ese pasajero.

—¿Y qué tiene que ver el doctor Winslow en todo esto? —preguntó Reid curioso.

—Junto con el abogado del acusado, Winslow fue la única persona que mantuvo la inocencia de Mapleton durante todo el proceso. No le sirvió de nada. Al final, también fue acusado de haber asesinado a un teniente del Cuerpo de Ingenieros Reales, algo que admitió, aunque más tarde se retractó. Lo colgaron.

—Aquello resultaría un duro golpe para el alienista, imagino.

—Desde luego —contestó Abberline recostándose en la silla y cerrando los ojos para descansar la vista—. Pero continuó entrometiéndose en la labor de la policía y de los magistrados. Aún era una voz respetada. Hasta que llegó el proceso de Weldon.

Abberline se refería a otro caso famoso del que todos los agentes de policía habían escuchado hablar en un momento u otro, ya que había copado las portadas de los diarios durante todo el proceso.

La señora Georgina Weldon era una cantante de ópera que había llevado una vida agitada, casada con Harry Weldon, un antiguo oficial de los húsares. Cuando el matrimonio llegó a su fin, algo que resultaba evidente para todo Londres salvo para el enamorado señor Weldon, este tuvo que pasar a su casquivana mujer, que a la sazón había cambiado la ópera por el espiritismo, una suculenta pensión de mil libras al año. Completamente arruinado, el hombre intentó hacer lo que sus amigos le aconsejaron: tratar de internar a su exesposa en un manicomio, apoyándose en su afición por el espiritismo para acusarla de lunática. Desesperado, Weldon pagó a un par de médicos, uno de ellos el famoso doctor Winslow, para que la declararan demente y fuera internada a la fuerza.

Pero Weldon había infravalorado a Georgina. La mujer se había percatado de la maniobra y, aunque según la ley no podía denunciar a su esposo, lo hizo con el resto de los involucrados en la trama, entre ellos al alienista.

—El caso Weldon generó a Winslow una considerable cantidad de enemigos entre el estamento médico —dijo Abberline, abriendo el cajón inferior del escritorio para colocar los pies en alto—. Ahora sigue con sus pantomimas, tiene clientes distinguidos y frecuenta el juzgado, pero sus colegas no quieren ni oír mencionar su nombre.

—Quizá piense que el caso del asesino de Whitechapel podría relanzar su carrera —sugirió el inspector Reid—. Lo que no es prueba en su contra, por supuesto. Además, tiene coartada.

—Para el asesinato de Tabram, nada más —señaló Abberline sin cambiar de postura—. Y no definitiva, Edmund.

—La noche que la asesinaron, Winslow asistía a una recepción en Manchester. No pudo ser él.

—Tuvo tiempo material para tomar el tren de la noche —señaló Abberline incorporando un poco la cabeza, abriendo los ojos y señalando con un dedo a Reid.

—Muy justo. Para eso habría tenido que abandonar la recepción antes de que terminara, tomar un coche hasta la estación, volver a Londres y tomar otro coche desde Saint Pancras hasta Whitechapel. Posible, pero extremadamente difícil.

—Cierto. Pero no lo voy a descartar por el momento —respondió Abberline tozudo—. Entretanto, tendremos que seguir con los interrogatorios… ¡Alguien tiene que saber algo!

No lejos de allí, el asesino yacía en la cama. Sentada sobre él, a horcajadas, la joven esposa de un viejo aristócrata cabalgaba voluptuosamente, gimiendo, con los ojos cerrados. A la baronesa se le agitaba el largo cabello como si de las crines de uno de los veloces purasangres que coleccionaba su marido se tratara. Ese cabello que ahora se desparramaba sobre sus hombros y pechos, al compás del movimiento de las caderas, tan solo minutos antes estaba recogido en un complicado peinado.

El asesino no recordaba el nombre de la baronesa ni le importaba lo más mínimo. Para él no era sino otra presa de caza menor. Una liebre abatida sin demasiado mérito a la que, como se hace con un gazapo, había cegado deslumbrándola en una noche oscura.

La había conocido días atrás en una fiesta. La baronesa no le había prestado atención. No obstante, había detectado en aquella mujer un instinto animal dormido que la empujaba a la lujuria.

Había llegado acompañada de su esposo, un rico barón al menos veinte años mayor que ella y con dificultades para caminar debido a un exceso de peso. Mientras este conversaba de temas relacionados con los costes del transporte de mercancías, que cada vez recortaban más los beneficios, su mujer había entrado en un círculo de sufridas y aburridas esposas que charlaban sobre los últimos rumores de sociedad.

El asesino había observado el terreno eligiendo y descartando presas hasta decidir que aquella mujer, no en exceso bella, pero sí dotada de un cuerpo acogedor con grandes senos y poderosas caderas, podría ser una pieza a cobrar.

No le había costado esfuerzo entablar conversación. Tenía un don para embelesar a las hembras. No necesitaba mostrarse cautivador ni zalamero. Incluso comportándose de una manera un tanto desagradable, como a veces le gustaba hacer, las mujeres caían seducidas, presas de su encanto, lo cual restaba emoción a la caza y la hacía aburrida. Ahora prefería la caza mayor y las insufribles esposas se habían convertido en un simple entretenimiento que le ayudaba a pasar el rato.

Aquella vez había resultado aún más fácil de lo habitual. Diez minutos después de saludarla, ya había deslizado la mano por sus nalgas, sintiendo cómo ella tensaba los músculos de los glúteos, no por sorpresa o desagrado, sino para que él apreciara la tersura de su carne. Con una de sus lascivas sonrisas y un susurro destinado a ser escuchado exclusivamente por ella y hacerla humedecer, la había despachado con un sonrojante requiebro sobre su busto y lo que haría con él después de arrancarle el corpiño.

Dos días había tardado la mujer en acercarse a su casa. En la mojigata sociedad victoriana, donde estaba muy mal visto que una mujer montara sola en un cabriolé, la baronesa se había jugado su reputación accediendo sin compañía a un domicilio particular.

El asesino le había abierto la puerta personalmente y había notado el rubor que le coloreaba el rostro y la obligaba a respirar más rápido de lo habitual. Después del cortés saludo y una rápida mirada a la calle por si alguien se mostraba curioso ante la escena, había cerrado la puerta y la había aferrado por la espalda, arrinconándola contra la pared. Luego había apretado sus pechos con violencia hasta arrancarle un quejido de dolor.

Aquella actitud sin duda debía de ser algo nuevo para la joven y consentida aristócrata, habituada a toda clase de miramientos y delicadezas. Sin embargo, las manos del asesino no sabían de caricias y sí de infligir dolor.

Con brusquedad, le bajó el costoso vestido hasta los pies y la dejó en paños menores. Metió la mano por el profundo valle que formaba su escote, alzado por las ballenas del corsé, extrajo un pecho y pellizcó dolorosamente el pezón. Hizo lo mismo con el otro, mientras ella se desataba nerviosamente los lazos de su ropa interior.

La prenda cayó al suelo, y él se quedó mirando con una sonrisa desdeñosa aquellas tetas pálidas, blandas y bamboleantes de pezones pequeños y sonrosados, dejando que ella gimiera impaciente mientras con ojos entreabiertos se llevaba la mano al pubis por encima de las enaguas.

No tardó en quedarse como había llegado al mundo, y la pertinaz mirada del hombre la azoró hasta el punto de cubrirse el busto con un brazo y la entrepierna con la mano contraria. Pero él no se lo permitió. Con dureza, apartó los brazos y continuó

contemplando, en un incómodo silencio, aquellas carnes blancas.

Sin previo aviso, agarró una de las delicadas manos femeninas y la guio hasta su entrepierna. La baronesa no tardó en rodear con sus dedos el falo por encima del pantalón, presionando y soltando, arriba y abajo. Desposeída de toda voluntad, se frotó contra el cuerpo del hombre y lanzó una especie de sofocado bramido.

El asesino continuó inmóvil, observando con desinterés el celo de aquella hembra a la que le vibraban todos los músculos y que pedía lastimeramente ser penetrada. Los gemidos de la baronesa eran cada vez más intensos; el deseo la obligaba a retorcerse y aferrar el miembro del hombre con voracidad, luchando por extraerlo de su encarcelamiento.

Cuando lo logró cayó de rodillas frente a él, tomó la verga henchida con las dos manos y la llenó de besos y lametones ante la pasividad del hombre, que parecía estar muy lejos de allí. La baronesa siguió con el juego, llenando de saliva el pene tumefacto, lubricándolo, pasando sus abultados y húmedos labios desde la base al glande hacía arriba, y de allí a la velluda base de nuevo.

De pronto, el asesino pareció despertar de su letargo. Agarró con brusquedad la dorada melena y con la otra mano su miembro viril. Dolorosamente, presionó la cabeza del glande, como si de un ariete se tratara, sobre la boca entreabierta de la mujer y lo introdujo sin miramientos hasta el final, ignorando los esfuerzos de esta por retroceder, dominada por las arcadas.

Por fin permitió que se levantara y volvió a aferrarle los pechos. La baronesa disputaba una lucha interna entre dar rienda a su lujuria o mostrar su ofensa por el trato que recibía, pero el hombre no dejó que esta disputa se alargara, y la besó en el cuello, provocándole una descarga eléctrica.

Derrotada y perdida, la mujer se dejó arrastrar por la excitación y volvió a ronronear, llegando a morder con frenesí en el cuello a su amante, que, sin inmutarse, le propinó un bofetón que dejó a la sorprendida baronesa la marca de la mano en su mejilla.

Con esa mezcla de lubricidad y violencia, la despojó de cualquier voluntad y la guio, como el ganado al matadero, hacia una de las habitaciones. No la que ocupaba habitualmente, por supuesto.

Sentado sobre la cama con los pies apoyados en la alfombra, la

obligó a arrodillarse ante él. La agarró por la nuca con las dos manos y la forzó a tragarse la verga. Esta vez poco a poco, sin prisas.

La gozó un rato en esa postura guiando la cadencia a su voluntad y finalmente se recostó sobre el lecho, permitiendo que fuera ella quien tomara la iniciativa. La baronesa se sentó de inmediato sobre el estómago del hombre y, mientras se frotaba contra él, le obligó a extender los brazos sobre la ropa de cama, creyendo castigarlo al no permitirle penetrarla. Sin embargo, la mente del hombre había vuelto a alejarse y miraba a la mujer como si fuese un simple espectador de aquellos espectáculos eróticos que se ofrecían en algunos tugurios de Londres.

La mujer cedió a sus propios deseos, y con un voluptuoso movimiento de caderas enfiló el falo hacia los recovecos de su interior, sintiendo como fuego cada centímetro que avanzaba la verga entre sus pliegues. Subía y bajaba, muy despacio al principio y acelerando según su excitación se acentuaba, apretando los músculos en torno al miembro erecto.

El asesino, pasivo observador, la dejaba hacer sin reaccionar. La baronesa, ante tan sorpresiva pasividad, optó por darse ella las caricias que no recibía del hombre, tocándose los pechos y la entrada de su húmedo sexo.

Con un alarido, que arrancó una despectiva sonrisa en el asesino, y una serie de espasmos, la baronesa alcanzó el clímax. Las sacudidas iban acompañadas de estertores violentos, hasta que la mujer no soportó más y se descabalgó. Hecha un ovillo y recorrida aún por los calambres de su excitación, era observada sin disimulo por el desapasionado asesino.

—¿No te ha gustado? —preguntó inquieta al comprobar que él no había alcanzado el orgasmo.

—Claro, querida —contestó el asesino sin borrar la taimada sonrisa—. Pero aún tendrás que esforzarte un poco más.

Confundida, la baronesa volvió a tomar el falo, se lo introdujo y comenzó a cabalgar con fuerza, sin entender qué sucedía para que el hombre no la gozara como ella lo había hecho.

El asesino, tumbado boca arriba, sabía que no era culpa de la mujer. Por mucho que ella hiciera, no lograría que llegara a eyacular. No sin ayuda.

Cerró los ojos y se imaginó a la baronesa en un callejón oscuro y solitario a su merced, con los ojos abiertos por el terror de la comprensión. Un largo cuchillo rebanaba el blanco cuello de oreja a oreja hasta que la hoja rozaba el hueso de la espina dorsal, para después comenzar a sajar el abdomen y extraer los órganos empapados de sangre en la que la baronesa se ahogaba.

Entonces sí. En el momento en que los despojos de la hembra se esparcían por el suelo, el asesino llegó al éxtasis. Con un gruñido, se abandonó.

Con la mirada velada, aún desnudo y tendido en la cama, observó de nuevo con desinterés cómo la mujer recogía sus prendas y trataba de arreglarse el tocado. Pasado el fervor, la baronesa se mostraba muy molesta. En la febril mirada se notaba que había gozado como nunca antes y que ese mismo gozo, y la forma en que había sido obtenido, la llenaban de vergüenza. Al mismo tiempo, sentía crecer su indignación por haber sido utilizada como una vulgar criada calmando los ardores de su amo.

Terminó de arreglarse lo mejor que pudo y buscó la mirada de él. Sin embargo, él no tenía nada que decir. Se limitó a levantarse del lecho, ponerse un batín de seda color borgoña, acompañarla hasta la puerta y observar con indiferencia cómo se marchaba con un último bufido de rabia.

Antes de cerrar la puerta, por costumbre, el asesino volvió a echar un vistazo a la calle mientras se frotaba distraído la cicatriz del antebrazo. Todo estaba correcto. Nadie parecía tener interés en la puerta de su casa. Aún le dio tiempo de ver cómo la baronesa tomaba un coche. El hombre sabía que, por mucho que ella se mostrara furiosa por cómo la había tratado, más pronto que tarde volvería a llamar a su puerta. No obstante, él no le abriría. Nunca gozaba dos veces de la misma hembra, y cada vez le costaba más satisfacerse montándolas.

Ahora lo que le excitaba era la caza mayor, mucho más peligrosa. Mirar a los ojos a la víctima mientras le robaba la vida; después cortarla para vaciar su interior, su sexo y su dignidad, y luego dejarla tirada en la calle, descuartizada.

Sintió que se volvía a excitar. Hacía casi dos semanas desde que le sacara los intestinos a aquella zorra, y los estimulantes efectos habían perdido parte de la vitalidad que le aportaban. Pronto

debería regresar a las infectas calles de Whitechapel y escoger una nueva víctima a la que liberar de su miserable existencia.

Capítulo 14

«El ejército del vicio de Londres»
The Star

Martes, 25 de septiembre de 1888. Whitechapel. Londres

Lizzi Haslip salió del *pub* Tower Bridge del brazo de un cliente. Ambos estaban bastante ebrios. A diez pasos de la puerta del local, mientras caminaban por Finch Street en busca de un callejón lo suficientemente oscuro y solitario como para no ser molestados, el cliente, un tipo sucio y desarreglado llegado en un barco de ganado del que había sido desembarcado por emborracharse estando de guardia, tuvo que detenerse para orinar contra la fachada de una casa, apoyándose con ambas manos en la pared.

Lizzi «Hag», como se la conocía en el East End, era una prostituta barata, de las de a tres peniques el servicio, que acostumbraba a rondar por aquella zona y que pagaba religiosamente a la banda de extorsionadores que controlaba esa parte del barrio. A sus cuarenta y tres años, con una figura huesuda que la hacía más alta aún de lo que ya era, desgarbada, con una melena pajiza que a veces parecía rubia y otras pelirroja, un rostro poco agraciado de dientes prominentes y una nariz ganchuda que le daba su sobrenombre de «loro» y «ridícula», la desgraciada mujer tenía cada vez más difícil conseguir clientes y a menudo tenía que esperar a que estuvieran borrachos para llevárselos.

La historia de Lizzi Hag era muy similar a la del resto de prostitutas que alquilaban su cuerpo para poder comer y, sobre todo, beber. Se había casado con Henry Haslip, un estibador de los muelles robusto y pendenciero al que le gustaba meterse en una buena pelea los sábados por la noche, cuando trasegaba mala cerveza en compañía de otros brutos como él. En ocasiones, el estibador no se desfogaba lo suficiente o era detenido por la policía antes de tiempo, y cuando eso ocurría continuaba zurrando a su

esposa al llegar a casa.

De haber podido, Lizzi se habría separado de su marido, incluso lo hubiera denunciado a la policía, pero tenía dos hijos, los pequeños Katherine, de siete años, y Dylan, de cinco. Si el juez metía a Henry en la cárcel, ¿quién daría de comer a los críos? Así que a Lizzi solo le quedaba rezar, algo que sus padres, católicos furibundos, le habían enseñado a golpes, para que su esposo volviera del *pub* tan borracho que no pudiera ni maltratarla.

Siendo como era de carácter apacible y poco exigente, Lizzi no pedía más a la vida que poder ir tirando con los ocho chelines semanales que ganaba Henry, si es que este no se gastaba una parte bebiendo con sus compadres, alimentar a sus hijos y que los golpes recibidos no le hicieran visitar el Hospital de Londres, algo que no siempre resultaba posible.

Un buen día, Henry se encontraba lastrando un barco llegado con reses que debía partir vacío hacia su lugar de origen. El trabajo era pesado, aunque al menos para subir la carga al barco se ayudaban de una grúa. Todo iba bien, pero, en un momento dado, el que manejaba la grúa se despistó y golpeó con la pluma un mástil de la nave, desgarrando así la red, ya bastante deteriorada, y liberando las decenas de piedras que iban destinadas a las bodegas, con la mala fortuna de que alcanzaron a tres de los estibadores. Dos de ellos habían muerto de manera fulminante y el otro había quedado con una pierna tan destrozada que nadie era capaz de distinguir a qué correspondía cada fragmento machacado, si era hueso o músculo.

Dios había sido misericordioso con Henry y se lo había llevado sin sufrimiento. Sin embargo, se había olvidado de Lizzi y los pequeños. El armador del barco culpó del incidente al encargado del muelle, y este al capitán del barco. El caso es que nadie quiso pagar ninguna indemnización a las desoladas familias, y mucho menos poner una pensión a las viudas.

Sin los ocho chelines semanales, Lizzi tuvo que abandonar la habitación que tenían alquilada, llevar a sus hijos a casa de sus padres en Enfield, en el límite de Londres, y ponerse a buscar trabajo. Probó suerte con la venta de puntillas de ganchillo, aunque no era muy mañosa; hizo de cerillera, cuidó niños, trabajó de criada, fabricó flores de papel… Pero todos aquellos trabajos

estaban muy mal pagados. La desesperación por no conseguir recuperar a sus hijos y los eternos reproches de sus padres cuando iba a ver a los pequeños, que la acusaban de ser la culpable de atraer la ira divina, la sumieron en un estado de depresión del que se mostró incapaz de salir.

Como último recurso, y obedeciendo a los dictados de sus padres, Lizzi intentó buscar otro marido que los pudiera mantener, sin mostrarse demasiado exigente en sus pretensiones. Pero cerca de la cuarentena, y con un rostro que ella misma reconocía como ridículo, fue consciente de que las oportunidades no abundaban, pero sí la cantidad de mujeres en su misma situación.

Un pastor anglicano se apiadó de su situación y la acogió en su casa junto a sus hijos. Un hombre de Dios al que no parecía importarle que Lizzi Hag fuera católica, que los mantenía con dignidad sin pedir nada a cambio, sin reclamar las atenciones de Lizzi y mostrándose cariñoso con sus hijos. En realidad, era demasiado cariñoso, especialmente con la pequeña Katherine, como pudo comprobar la mujer una tarde en que volvió pronto de una visita y se encontró al pastor «pastoreando» a la niña.

De todo esto habían pasado ya tres años, en los que Lizzi Haslip había ido cayendo sin remisión a lo más profundo de los infiernos. Olvidada por todos, incluidos los pequeños Dylan y Katherine, se había ido sumergiendo en el alcohol, buscando consuelo en la botella, y un medio de supervivencia en la prostitución. Se vendía para beber y bebía para olvidar que se vendía. Todo a su alrededor le hacía daño, en un mundo que no estaba hecho para las mujeres, y mucho menos para las mujeres débiles y con problemas. La ginebra se convirtió en su mejor amiga, su consejera y su amante. Un bálsamo con el que buscar una tregua con la vida.

—¡Eh, zorra! —dijo el borracho, que se mantenía en pie a duras penas—. Ven aquí.

Lizzi se acercó a ayudarlo sin dejar de pensar en que necesitaría un buen rato para que aquel pequeño apéndice que el borracho no había conseguido meterse en los calzones se irguiera.

—Ven aquí, guarra —repitió el cliente pasando el brazo por encima de los hombros de Lizzi para sostenerse—. Gánate mi dinero.

Con paciencia, la mujer lo condujo hasta un oscuro callejón

donde no podrían pasar tres personas hombro con hombro, y una vez allí volvió a manipular aquellos mugrientos calzones para extraer el miembro, que no parecía dispuesto a cobrar vida.

Media hora después, Lizzi Haslip volvía a entrar en el Tower Bridge dispuesta a gastarse en ginebra lo que le había sacado al borracho, que ahora yacía dormido fuera del *pub*.

—Hola, Hag —dijo una voz a sus espaldas en cuanto se hubo acercado a la barra para que el camarero la atendiera—. ¿Qué tal llevas la noche?

—Hola, Pumpkin —contestó Lizzi, sin necesidad de girarse para reconocer al hombre de rostro anaranjado que le había hablado.

—Dime, guapa, ¿tienes algo para mí?

Lizzi suspiró con un gesto de fastidio y se metió la mano en la faltriquera que llevaba escondida debajo del delantal, donde había guardado los cuatro peniques cobrados a su último cliente.

—Solo tengo esto.

—¿Me tomas por tonto?

—No tengo más.

—Pues tendrás que darte prisa, porque no tengo toda la noche.

—Venga, Pumpkin —dijo la mujer con voz lastimera—. Déjame que te pague mañana.

—No, cariño. No puedo permitirlo y lo sabes. ¡Venga! Tienes aquí a un montón de tipos tan borrachos que no serán capaces de darse cuenta de que tienes el pico de un loro por nariz. Vamos, mueve el culo y saca a la calle a algún zoquete de estos antes de que me harte y te dé una tunda.

Resignada, se separó de la barra y comenzó a moverse, yendo de un parroquiano a otro hasta dar con un tipo con la piel y la ropa tiznados de hollín. Lizzi no tendría mucha competencia con aquel deshollinador, pues de todos era sabido que dejaban un rastro grasiento muy difícil de limpiar por mucho que se restregara, motivo por el que ninguna de sus compañeras quería llevárselo a un callejón.

Lizzi condujo al tipo hacia la salida del Tower Bridge y al pasar por la barra, cerca del extorsionador al que llamaban Pumpkin, este le guiñó un ojo con una sonrisa maliciosa y aprovechó para darle un sonoro cachete en el trasero.

La mujer guio los pasos del deshollinador hacia el mismo

callejón donde se había dejado penetrar por el marino borracho un rato atrás. Como siempre, el lugar se encontraba desierto y apenas se distinguían los contornos del edificio, pues la única farola que había en las cercanías estaba apagada.

—Vamos, monada. Intenta no mancharme mucho el vestido —dijo Lizzi inclinándose hacia delante y apoyándose en la tapia del callejón con una mano mientras con la otra se levantaba el vestido y se bajaba las enaguas.

El deshollinador, entre la ginebra y la oscuridad, tuvo ciertas dificultades para introducir el miembro. Lizzi tuvo que moverse para que el hombre acertara. Por fin se acoplaron, el tipo dio unas torpes sacudidas, volvió a guardarse el pene, pagó lo convenido y regresó al *pub* de donde habían salido, sin prestar ninguna atención a la mujer.

Lizzi se metió los seis peniques en la faltriquera. Hacía tiempo que no obtenía unos honorarios tan altos, y encima no había tenido que hacer grandes esfuerzos, ya que el cliente, consciente de que por su trabajo ninguna mujer quería acostarse con él, no había regateado y había tenido la decencia de terminar pronto sin pedir ningún tipo de extra. Acostumbraba a cobrar entre tres y cuatro peniques, dependiendo de la necesidad que tuviera ella de dinero y el cliente de sexo. Un penique más si el cliente era caprichoso. Eran las tarifas del East End, por eso los seis peniques fueron bien recibidos.

La mujer dispuso sus ropas y se apresuró a regresar al *pub*. Aún tendría que hacer uno o dos servicios más si quería que Pumpkin la dejara en paz y, cuando el extorsionador se contentara, necesitaría algún cliente más para poder seguir bebiendo aquella noche.

—Hola, guapa —dijo un hombre escondido entre las sombras.

Lizzi dio un respingo. Estaba a una esquina del Tower Bridge enfrascada en sus cálculos mentales y no se había percatado de aquella presencia.

—Hola —contestó, aún sobresaltada.

—¿Estás disponible?

—Para ti lo estoy —respondió Lizzi exhibiendo una sonrisa. El tercer cliente en un cuarto de hora. Hacía tiempo que no tenía tanto éxito. Debía de estar especialmente bonita—. ¿Quieres que la pequeña Lizzi te divierta un poco?

—Claro. Me gustan las mujeres como tú. Altas y delgadas.

—¡Qué galante! Te advierto que no soy barata, aunque seguro que eso no es un problema para ti —sugirió Lizzi, confiando en que el hombre estuviera dispuesto a soltar unos cuantos peniques.

—¿Qué te parece un chelín?

A Lizzi se le abrieron los ojos como platos. ¡Un chelín entero!

—Por un chelín, la pequeña Lizzi te hará muy feliz —dijo cuando se recuperó de la impresión—. Vamos a un lugar más tranquilo.

Por temor a que alguna otra buscona más atractiva se cruzara en su camino y el cliente la prefiriera en su lugar, Lizzi trató de apremiarlo tomándolo del antebrazo, pero el tipo se soltó de inmediato.

—Vaya, eres un poco tímido. No te preocupes, Lizzi sabe cómo hacérselo a los hombres tímidos.

Caminando delante, la prostituta lo guio hacia la oscuridad bendiciendo su suerte. ¡Un chelín! Con eso y los seis peniques que le había sacado al deshollinador bastaría para que Pumpkin se contentara, y aún le sobraría para beber el resto de la noche.

—Ven, aquí estaremos bien.

Lizzi se dio la vuelta y se apoyó contra la pared de cara al hombre, que parecía dudar.

—Ven, ¡no seas tímido! No te voy a comer.

—¡Eh!, ¿qué estáis haciendo ahí?

Un punto de luz pálida proveniente de una linterna de aceite se movía vacilante al fondo del callejón. El cliente, sorprendido, retrocedió de espaldas unos pasos antes de darse le vuelta y largarse corriendo.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —dijo Lizzi desesperada, viendo como su chelín echaba a volar—. Vuelve, solo es un maldito *bobby*.

El punto de luz se hacía más grande y ya silueteaba al policía que lo portaba.

—¿Qué estabas haciendo? —ladró el recién llegado alumbrándola con su linterna—. ¡Largo de aquí, no te quiero volver a ver!

—¡Cabrón! —gritó iracunda la mujer—. Me has jodido el negocio. Eres un cabrón de mierda.

—Calla, puta borracha —contestó el policía largándole un

sopapo en toda la cara—. Ten cuidado con lo que dices si no quieres pasarte el resto de la noche en una celda. Y ya has oído lo que te he dicho. No te quiero ver por aquí en lo que queda de noche.

Lizzi, con la cara roja por el bofetón y lágrimas de enfado e impotencia, salió del callejón y se encaminó de nuevo al Tower Bridge. Necesitaba un trago.

Lizzi Haslip no era la única que estaba furiosa. El asesino iba maldiciendo mientras se alejaba entre los intrincados callejones, manteniéndose entre las sombras. ¡Maldito policía! Había frustrado su plan y por poco no lo había atrapado.

Inquieto, rememoraba lo sucedido para comprobar si el policía podía tener motivos para sospechar de él y, en tal caso, qué descripción podría facilitar a sus compañeros. Por de pronto, no se había escuchado el estridente pitido de los silbatos con que los *bobbies* pedían refuerzos. Eso quería decir que el agente de la metropolitana no tenía motivos para perseguirlo, así que no sospechaba nada. Sobre qué podría recordar de él si más tarde se le ocurría preguntarse quién era aquel hombre que había reaccionado como si tuviera algo que ocultar, el asesino concluyó que la descripción sería bastante vaga. Quizá la altura y algo de la vestimenta. Cierto era que la linterna lo había enfocado, pero se encontraba demasiado lejos como para que aquella triste luz desvelara algo.

Sin embargo, en este repaso mental había algo que activó sus alarmas. Un rostro. Un tipo pequeño, escurridizo, que pasaba por allí y que, este sí, se había sorprendido bastante por su reacción y se había quedado mirando con atención. Ese hombre sí había sospechado. Su mirada lo había delatado. Quizá no supiera con quién se había cruzado, pero llegaría a encontrar la respuesta. Y ese tipo le había visto el rostro, se lo había cruzado al pasar por debajo de una farola. Y había visto algo más que no debería haber visto. Ese tipo con rostro de hurón podía llegar a convertirse en un peligro.

—¡Maldición, maldición, maldición! —rugió sin dejar de rascarse la sinuosa cicatriz que recorría su antebrazo derecho, recuerdo de su paso por la camorra napolitana, que le molestaba especialmente cuando se alteraba.

Debía controlarse. Precisamente él era el motivo por el que la policía infestaba Whitechapel, recorriendo todos los vericuetos del barrio. Por su culpa, los callejones solitarios y oscuros donde las meretrices llevaban a cabo sus transacciones no eran ya respetados por los agentes.

Poco a poco el ataque de ira fue remitiendo y la presión en el pecho, también. Todo iba bien. El policía no había sospechado de él, y el tipo que se parecía a un hurón no aparentaba ser de los que corría adonde la policía para soplarle nada. Ese hombrecillo insignificante era otro error de la naturaleza que se aferraba a la vida con uñas y dientes, lo que significaba que no querría meterse en problemas. Y para cualquier habitante de aquel inmundo barrio hablar de lo que fuera con la policía no podía significar otra cosa que problemas.

En un desmesurado ejercicio de autocontrol, se dijo que por aquella noche lo mejor era retirarse. Había estado a punto de ser sorprendido, lo que significaba que había relajado el celo y la meticulosidad con que llevaba a cabo sus trabajos. Y ahora se encontraba totalmente alterado. La rojez en su antebrazo, que se rascaba como si tuviera sarna, lo confirmaba. El cuerpo le pedía buscar a otra ramera y hacérselo pagar, pero en el estado de excitación en que se encontraba el riesgo podía ser fatal. Era mejor dejarlo para otra ocasión.

Frustrado, asestó una patada a una valla de madera y se obligó a ponerse en marcha. Hacia las sombras. Lejos de la tentación y del peligro. A su escondite.

Topillo también escogía los callejones más oscuros y solitarios, incluso los más apestosos y mugrientos, sabedor de que eran los que sus convecinos trataban de evitar. En realidad, todo Whitechapel hedía, pero algunos callejones lo hacían especialmente. Eran estrechos pasadizos donde se abrían las puertas traseras de mataderos y curtidurías, y en los que se arrojaban todo tipo de inmundicias. Por ellos solo transitaban quienes deseaban ser evitados, gentes que preferían la fetidez y la oscuridad a encontrarse con según qué personas.

Gardener era uno de estos solitarios, y ahora se movía con su sigilo habitual de sombra en sombra, caminando a buen paso mientras repasaba mentalmente lo que acababa de presenciar.

Aquella noche el ladrón de cadáveres se la había tomado libre. Tenía un encargo: un estudiante de Medicina le había prometido un buen dinero si le conseguía una cabeza en buen estado, y Topillo ya había encontrado un aspirante. El problema era que lo acababan de enterrar aquella misma tarde y, a buen seguro, los familiares lo velarían al menos un par de días. Así que había decidido que esa noche no se ensuciaría las manos de tierra. Visitaría un par de tabernas clandestinas, de esas tan miserables que carecían incluso de nombre, se tomaría unos tragos y dormiría por la mañana en la habitación de dos camas que compartía con otros tres tipos. A Gardener le tocaba el turno de medianoche hasta mediodía y luego le cedía el lecho a un gordo ayudante de pastelero que trabajaba por las noches.

Se dirigía hacia uno de aquellos tugurios cuando había oído alarmado el grito del policía llamando la atención a alguien. Llevado por la costumbre, se había cobijado aún más entre las sombras, en tensión, presto a salir corriendo. Como un conejo asustado, husmeó el aire tratando de localizar el origen del peligro. Entonces vio a un hombre de espaldas en un callejón muy estrecho, que se giró y puso pies en polvorosa, seguido de otro tipo que se encontraba más alejado y al que los gritos del policía no habían dejado indiferente.

Topillo se había mantenido inmóvil, con los nervios en tensión. Sigiloso y precavido. Observando. Y entonces había visto cómo lo miraba el hombre que escapaba. Era el rostro del mal. El rostro de un ser salido del averno. Y el ladrón de cadáveres había sentido un escalofrío recorriéndole la espalda.

Toda su vida había sido un superviviente. En la calle donde se había criado había aprendido unas cuantas lecciones de manera muy dolorosa. Una de ellas, que había convertido en ley de vida, era que no debía meterse en la vida de nadie. Nunca inmiscuirse en lo ajeno. Gracias a ello había conseguido que las bandas que trabajaban en el cementerio lo dejaran en paz, lo mismo que sus vecinos y la propia policía.

Sin embargo, estaba seguro de haber visto el alma negra de un tipo muy peligroso. Un demonio que, absorto en la fuga, no había tenido la precaución de cerrar sus puertas interiores. Y sabía que el tipo había sido consciente de su propia desnudez.

El agente Albert Lamb, destinado en la comisaría de Leman Street, perteneciente a la División H de Whitechapel, llevaba a cabo su ronda por Fieldgate Street. Era cerca de la hora del almuerzo y Lamb, hambriento, no veía la hora de poder hincar el diente al emparedado de jamón asado que se había traído de casa.

Mientras caminaba con la boca llena de saliva, iba observando la calle aún mojada, aunque llevaba un par de horas sin llover. De vez en cuando saludaba a algún vecino o comerciante, reñía a otros y ponía paz en discusiones demasiado calientes. Aquella era la voluntad del jefe Peel cuando fundara la policía metropolitana casi sesenta años atrás: una relación cercana al ciudadano en la que los agentes llegaran a conocer personalmente a los vecinos.

Acababa de lidiar en una disputa por el paso de un carruaje en un cruce estrecho taponado por un carro lleno de carbón sin que resultara necesario echar mano a la porra de madera, solventando la trifulca con una severa reprimenda al carbonero por impedir el paso al resto de los usuarios de la vía. No era la primera vez que debía enfrentarse al sucio carbonero, que parecía considerar las calles de Whitechapel como de su propiedad. La siguiente vez, le había avisado, no sería tan clemente y se llevaría una buena multa.

A Lamb le gustaba el turno de mañana. Durante diez años había tenido que hacer ronda de noche, mucho más aburrida, desagradable y peligrosa. Sin embargo, durante el día la ciudad cobraba vida, las gentes se movían de un lado para otro como hormigas, el trabajo no resultaba tan arriesgado y le permitía intercambiar saludos con los vecinos, lo cual aliviaba la larga jornada de doce horas. Además, se podía ver más lejos, ya que, de noche, incluso con la tímida luz de las farolas de gas y de la linterna, todo permanecía en tinieblas.

De noche todos los gatos eran pardos. Los pocos transeúntes con los que el agente se cruzaba eran maleantes, putas, borrachos, trabajadores yendo o viniendo a las fábricas y mendigos deambulando de un lado para otro, esperando la mañana para poder acudir a los albergues. Había peleas, robos, palizas y hasta asesinatos. Los policías debían enfrentarse, casi siempre en solitario, a las pandillas que aterraban al barrio y a criminales peligrosos. Entonces las horas pasaban muy despacio, todas las calles parecían iguales y el agente tenía que luchar contra las ganas de sentarse en

un banco y echar una cabezadita.

—¡Agente!

Lamb giró la cabeza hacia el origen de la llamada y suspiró.

—Buenos días, señora Dooley.

—Los judíos me han vuelto a tirar su mierda en mi ropa.

Lamb hizo acopio de paciencia. La señora Dooley era una viuda ya mayor conocida en todo el barrio. Vivía sola en un piso de la calle Greenfield y vencía el aburrimiento cotilleando. Si alguna vez había estado bien de la cabeza, debía de haber sido hacía tantos años que ya nadie lo recordaba.

Al igual que otros compañeros, Lamb había estado varias veces en casa de la señora Dooley por denuncias que ella misma formulaba, unas veces acercándose a la comisaría de Leman, otras interpelando a los patrulleros en sus rondas. Eran denuncias producto de su mente trastornada. ¿Quién no había oído hablar del fantasma de su marido, que se le presentaba muchas noches para atormentarla y no dejarla dormir? O cuando denunciaba la desaparición de los gatos callejeros a los que daba de comer y que los policías sospechaban que acababan en más de una olla de sus vecinos.

Cierto que, si bien la mujer era una chiflada, los agentes debían confesar que no resultaba peligrosa. No montaba escándalos, no se desnudaba por la calle ni comenzaba a gritar a todo el mundo. Y en ocasiones se presentaba en la comisaría con un bizcocho cubierto por un sucio paño, que el sargento de guardia agradecía tanto como prisa se daba en deshacerse de él, dado el sospechoso olor que despedía.

Hablar con la señora Dooley era todo un arte. De hecho, cuando un agente nuevo era destinado a Leman, el resto de la plantilla se las arreglaba para que tuviera un encuentro con la mujer, y no se perdían detalle del rostro del novato cuando trataba de entender lo que la viuda decía. Hablaba con voz chillona, comiéndose las palabras, dando por sentado que su interlocutor sabía de qué versaba la historia, mezclando los temas y tan rápido que complicaba aún más la comprensión.

Por eso Lamb, que la conocía bien, esperó unos segundos antes de preguntar con voz calmada:

—¿Qué me dice de unos judíos?

—Los judíos. Mire la ropa. Toda llena de porquería. Y los hijos de puta se mean en mi puerta.

Sobre los judíos a los que se refería la mujer, Lamb tenía dudas. Que él supiera en la casa no vivían judíos. Claro que podían haber cambiado los inquilinos, algo que sucedía continuamente.

—¿Esos judíos a los que se refiere son sus vecinos?

—¡Claro! Viven encima de mí. Ya los conoce usted. Ellos mataron a Jesucristo. Los echaron de Jerusalén y viven en mi casa. Mire la ropa.

Difícilmente podía Lamb ver nada de aquella ropa en la que insistía la mujer. Como sabía que la señora Dooley no cejaría hasta que le hiciera caso, decidió acompañarla hasta su casa para averiguar qué era lo que sucedía y de paso comprobar si seguía en condiciones de continuar viviendo sola o ya iba siendo hora de ingresarla en un hospital mental.

Siguiendo por la calle Fieldgate, giraron en el siguiente cruce hacia la izquierda y se adentraron por Greenfield. La casa de la señora Dooley era la tercera de la izquierda según entraban, y el policía se dirigió hacia allí sin esperar que la mujer lo guiara. En el primer piso, la mujer abrió la puerta. La casa constaba de dos habitaciones y, a pesar de que el olor a excremento de gato era penetrante, parecía encontrarse decentemente ordenada.

—¡Mire, mire!

El agente Lamb se asomó a la ventana donde la señora Dooley tenía tendida la colada. Un nauseabundo hedor emanaba de la ropa, que lucía un sospechoso tono amarillento con fragmentos sólidos de color marrón. El policía no necesitó explicaciones para adivinar el origen de todo aquello.

—¿Esto lo han hecho sus vecinos? Creo recordar que en el piso de arriba vivía un matrimonio con un montón de críos.

—Unas personas maravillosas, no como estos marranos de ahora, que matan a Cristo y manchan mi ropa.

La familia de «personas maravillosas» que anteriormente había vivido allí era una gente sin oficio ni beneficio que empleaba a su camada de críos para practicar la mendicidad mientras los padres robaban cuanto cayera en sus manos y que habían sido denunciados repetidamente por la señora Dooley.

—¿Seguro que han sido ellos?

—Sí, sí, sí, seguro. La puta tiene clavos en las ventanas, pum, pum, pum, y no las puede abrir.

—Espere aquí, señora Lamb. Iré a hablar con ellos.

—Tenga cuidado, agente. Son peligrosos. Mataron a nuestro señor.

Lamb subió al piso superior, dio unos golpes en la puerta y un hombre con facciones judías abrió la puerta, atemorizado. En una estancia, una mujer zurcía unas prendas sentada en una banqueta y, frente a ella, otra banqueta parecía ser la utilizada por el hombre para remendar gastadas botas de cuero. Lamb explicó lo sucedido, y la cara del hombre palideció a la vez que negaba vehementemente tener nada que ver con todo aquello. Para el policía era evidente que no mentía. Seguro que había sido la vieja loca quien había tirado el contenido de su bacinilla sobre su propia ropa para denunciar a los nuevos vecinos.

—Ya he hablado con ellos, señora Dooley —dijo Lamb una vez hubo bajado al piso inferior—. Afirman que se trató de un accidente y que no volverá a suceder.

—Marranos, eso son —y añadió, bajando la voz conspirativamente—: Como el hombre de abajo. Es el asesino.

—¿A qué asesino se refiere?

—Al que mata putas, señor agente. Ese hombre malvado. Pero ahí está todo el día con sus caballos. Menos cuando mata y viene tarde. Es mudo, ¿sabe? Se llama Thomas Withers.

A Lamb le costó sacar conclusiones de aquella verborrea inconexa. Tenía pinta de ser otra de aquellas historias inventadas por la mujer, pero tenían instrucciones de investigar cualquier pista sobre el asesino de Whitechapel, así que decidió bajar al patio, donde, según la señora Dooley, vivía su sospechoso vecino, que guardaba allí el coche con el que trabajaba y los dos caballos.

En la calle, Lamb encontró una caja medio rota de madera, de las utilizadas para transportar mercancía y que alguien se llevaría para alguna chimenea. La puso boca abajo, se subió encima, tras comprobar que aguantaba su peso, y miró tras la valla. Allí estaba el coche y al lado, mordisqueando un poco de heno, dos caballos bien acicalados que estaban siendo peinados por un hombre con un cepillo.

Lamb tocó a la puerta de la cochera y aguardó. Como no recibió

respuesta, volvió a llamar. Mismo resultado. Golpeó más fuerte y avisó de que era la policía la que llamaba. Finalmente salió el hombre que estaba con los caballos.

—¿Es usted Thomas Withers?

El hombre asintió con la cabeza y siguió callado. Era un hombre fuerte, de estatura media y rostro huraño.

—¿Le importa que pase? —preguntó el agente Lamb. En realidad, no tenía motivo, pero estaba claro que el hombre no iba a cooperar, lo cual era algo habitual en el East End—. ¿Vive usted solo? —dijo el agente cuando el hombre le franqueó el paso. Otro asentimiento—. ¿Son suyos los caballos y el coche?

El hombre no parecía especialmente nervioso por la presencia del policía. Según la vecina, el hombre era mudo, por lo que Lamb tuvo que entenderse con él mediante gestos, apuntando las respuestas con un lapicero en una pequeña agenda para luego redactar el oportuno informe: «Vive solo, antes vivía con su madre, que ya murió. El coche y los caballos son heredados de su padre, que también era cochero. La casa es de su propiedad».

—¿De dónde venía ayer por la madrugada? —preguntó Lamb escrutando el rostro. Aquello era información que le había dado la vieja Dooley. Que el agente Lamb recordara, no había constancia de ningún asesinato a lo largo de esa noche, pero quería rematar el informe sin cabos sueltos.

El hombre dio a entender con gestos que había llegado de trabajar.

—¿Tan tarde?

El tipo se encogió de hombros.

Lamb hizo unas cuantas preguntas más antes de marcharse. Aquel tipo no solo era mudo, sino que también parecía idiota. A juicio del policía era imposible que se tratara del asesino. En la comisaría, charlando con el resto de los compañeros, habían llegado a la conclusión de que el asesino era un médico o un cirujano. Los más veteranos en el cuerpo, que se jactaban de tener buen ojo para aquello, aseguraban que nadie que careciera de estudios médicos podía haber hecho aquellas barbaridades. Lamb cerró su cuaderno y lo guardó. Más tarde se encargaría del informe.

El inspector Charles Pinhorn era el encargado de revisar y catalogar todos los informes que llegaban del medio millar de agentes que

patrullaban las calles del East End. Desde que Scotland Yard se hiciera cargo de la investigación, el inspector Abberline había dado orden de filtrar todos los informes que los agentes debían cumplimentar con cualquier sospecha, intervención, denuncia e incluso rumor que estuviera relacionado con el asesino de Whitechapel, y Pinhorn había sido designado para ese trabajo que suponía cada jornada leer una montaña ingente de papel.

El inspector leía el informe y, si le parecía relevante, le daba entrada, lo sumaba a la repleta bandeja de informes para ser revisados y abría fichas de los posibles sospechosos. En caso de que del informe se infiriera que no había motivos para incluirlo como sospechoso a investigar, el inspector abría ficha igualmente del individuo y lo archivaba.

Acababa de añadir a la bandeja de sospechosos a un carnicero ruso. Era un tipo con antecedentes por agresión con cuchillo, violento con la policía y al que le gustaba golpear a las putas con las que se acostaba. Según el informe, era diestro con el cuchillo y capaz de desollar, abrir en canal y destripar una res en menos tiempo del que necesitaba el inspector para leer el informe. La única pega era que el hombre tenía la carnicería y su vivienda en Croydon, diez millas al sur del Támesis, aunque quizá le hubiera dado por conocer Londres.

Pinhorn recolocó la torre de papel y tomó el siguiente informe: «Agente interviniente PC 602H, asignado a la comisaría de Leman. Acude a un domicilio por una discusión entre vecinos. La demandante es una vieja conocida de la policía que no está en sus cabales. Se hacen las comprobaciones pertinentes y el agente da por finalizada la intervención. Posteriormente, la mujer manifiesta sus sospechas de que el hombre que habita la cochera de debajo de su casa pueda ser el asesino de mujeres. Asegura que el cochero regresó de madrugada la víspera de la intervención acompañado por otro hombre. Añade además que a veces viene acompañado de hombres a dormir. Afirma también que las madrugadas de los días que asesinaron a aquellas mujeres el cochero había llegado muy tarde, aunque a las preguntas del agente no es capaz de recordar qué días fueron».

«Un chapero», se dijo el inspector, y procedió a cumplimentar una nueva ficha con los datos del cochero: «Thomas Withers, treinta

y dos años, soltero, domicilio en Greenfield Street. Metro setenta de altura, bigote fino, tez clara, pelo castaño oscuro. Vive solo en la casa de sus padres, ya fallecidos. Presumiblemente retrasado». Pinhorn puso esta apreciación entre comillas para que se supiera que se trataba de la opinión del agente que había llevado a cabo el interrogatorio del sospechoso.

Una vez terminado, el inspector pasó un secante por el papel, lo archivó en la W de Withers y tomó el siguiente informe.

El cardenal Ignazio Patrizi se movía de un lado a otro de su despacho como un león enjaulado. Eran las cuatro de la mañana y aún no había conseguido dormir ni un instante. Se había acostado a su hora acostumbrada, después de tomar una cena ligera y una infusión de melisa, valeriana y lúpulo que le había ayudado a relajarse y quedarse adormilado. Pero, cada vez que estaba a punto de adentrarse en el sueño, una alarma interior se disparaba y lo despertaba bruscamente con la sensación de falta de aire, presión en el pecho y aterrado.

Tal vez debiera darse un paseo por los jardines vaticanos en busca de la brisa nocturna, el sonido tranquilizador de los grillos y la calma de la noche. Sin embargo, las horas inusuales para deambular por los patios interiores de las murallas lo habrían expuesto a miradas inquisitivas. Era curioso que, en un reducto como aquel, donde sus residentes eran hombres de Dios, siempre hubiera alguien fisgando, aunque fuese a las cuatro de la madrugada, dispuesto a lanzar rumores. Ese era el motivo por el que no solicitaba un somnífero al médico. Nadie debía conocer las debilidades del secretario de Estado.

La pesadilla había vuelto la noche anterior. Tal vez el cansancio extremo la había alejado ofreciéndole una breve tregua, pero de nuevo estaba allí. Y había regresado aún más aterradora. La pesadilla había comenzado como de costumbre: Patrizi de niño pastoreando el rebaño, la caída de la noche y la aparición del lobo. La bestia comenzaba la matanza y la noche se volvía roja por la sangre. En ese momento, el lobo se giraba y le sonreía a él, y Patrizi creyó reconocer aquel rostro repulsivo que hasta entonces se le había mostrado velado.

Quien le sonreía perversamente era Galimberti, su mayor adversario, el cardenal al que todos habían augurado que ocuparía

el cargo que detentaba Patrizi y que a la muerte de León ocuparía la silla de Pedro. Ese era el significado de la premonición: monseñor Galimberti, el defensor a ultranza de la vía alemana, era la amenaza que pendía sobre el futuro de la Iglesia.

Sin embargo, con la clarividencia no había llegado el ansiado descanso, al contrario. Esta había resultado la antesala del horror. Los pobres animales descuartizados, cuya sangre manchaba el hocico de la bestia, se habían convertido en atormentados mártires. Seres humanos tendidos en un baño de sangre, desventrados, con los ojos saliéndoseles de las cuencas y la boca abierta en un infinito grito de agonía. Y aquella aberración salida del averno lo había llamado: «¡Monseñor, monseñor!».

Zarandeado con suavidad por su preocupado ayuda de cámara, el perruno Andrea Greco, que seguía con el soniquete «monseñor, monseñor», había conseguido escapar de la pesadilla e incorporarse en el lecho empapado.

No podía seguir así. Pese al riesgo de que los buitres supieran del terror nocturno que lo estaba desquiciando, la próxima noche se haría recetar algún brebaje que le permitiera descansar sin sueños.

Recordando con espanto la pesadilla, a monseñor Patrizi le dio la hora de levantarse. Por la ventana ya entraba la primera luz de la aurora, y unos discretos golpecitos en la puerta le indicaron que el desayuno estaba dispuesto y su secretario, el padre Giacomo, a punto de llegar con los periódicos y los informes.

La audiencia con el santo padre fue más breve de lo habitual. El secretario de Estado fue desgranando, con tono apático y consumido, los temas que procedían. Tampoco León parecía estar en su mejor forma y se mostraba distraído y poco participativo.

Al final de la audiencia, cuando ya estaba todo tratado y parecía que el Papa iba a ponerle punto final, este pareció salir de su abstracción.

—Queremos que convoquéis al cardenal Manning, eminencia. Y pronto. Deseamos mantener una conversación con él.

Una sensación de vértigo hizo que Patrizi asiera con fuerza los brazos de su asiento. Como se temía, el Papa no había olvidado el tema y se mostraba decidido a dar el paso hacia el desastre. Y él no estaba en condiciones de evitarlo. Su mente, otrora lúcida y brillante, estaba inmersa en una niebla densa, como la que

acostumbraba a caer en Londres, que le impedía pensar con claridad.

En su ansia por conseguir la reunificación con la Iglesia anglicana, León estaba dispuesto a quemar todas sus naves. El regreso del hijo pródigo elevaría a los altares a quien lo consiguiera. Y el viejo Papa veía en esa reunificación la única vía para lograr la santidad, incapaz de comprender que con su decisión los ponía a todos en peligro.

—¿Para cuándo tiene pensado su santidad esa audiencia? —preguntó Patrizi tratando de ganar tiempo. Necesitaba pensar. Aclarar la mente. Descansar. Si lo conseguía, podría hacer frente a la crisis.

—Cuanto antes —repuso el Papa mirando desafiante a su secretario de Estado—. Sentimos que este momento es clave.

—Tal vez la reina Victoria no vea con buenos ojos esa convocatoria —sugirió Patrizi a la desesperada.

—No nos debe preocupar lo que pueda opinar esa bastarda, amante de un infiel —contestó seco el pontífice, utilizando una forma de hablar ruda muy poco común en él.

Con «bastarda» se refería a la sospecha de que la reina Victoria de Inglaterra fuera producto de un adulterio. En su familia no existían antecedentes de la hemofilia que padecían algunos de sus hijos y nietos. Se sabía que la probabilidad de desarrollar la enfermedad de manera espontánea era ínfima, por lo que lo más probable era que uno de los progenitores de la reina hubiera engendrado a esta fuera del matrimonio. En concreto su madre, la princesa alemana Victoria de Sajonia-Coburgo-Saalfeld.

Por supuesto, esto no era más que una sospecha sin fundamento, pero lo cierto es que el rumor recorría todas las cortes europeas.

Respecto de la acusación de infidelidad del pontífice, esta tenía su origen en un escándalo que había sacudido las islas en los últimos meses. Para celebrar el año anterior su jubileo de oro, Victoria había organizado diferentes eventos y un grandioso banquete, para lo cual había contratado a mucho personal, incluidos dos indios musulmanes, tal vez para dar colorido al convite. Al finalizar las festividades, uno de estos indios se había quedado al servicio personal de Victoria con el pretexto de enseñar a la reina urdu, uno de los idiomas hablados en la India, ejerciendo

posteriormente de secretario personal de esta, lo que había desatado todo tipo de rumores.

—Hay otro asunto del que debemos tratar con monseñor Manning —añadió el Papa en tono más comedido.

Patrizi se puso en guardia y esperó en silencio.

—Se trata de su auxiliar, ese irlandés —continuó León al cabo de unos instantes—. Un hombre de comportamientos indecorosos, totalmente impropios del cargo que ocupa.

—¿Comportamientos indecorosos?

—Desde luego. Tenemos noticias de que suele visitar antros de perversión de todo tipo. Lupanares, orgías, fumaderos de opio. Ese estilo de lugares. Es una mala influencia para el arzobispo.

—No creo que el arzobispo…

—Por supuesto que no —zanjó el pontífice molesto—. No nos referimos a las depravaciones. Ese auxiliar es irlandés, ¿qué se puede esperar de un salvaje así? No querríamos saber qué costumbres tenía en su tierra natal.

Patrizi no se atrevió a decir nada ante tal estallido de mal humor.

—Me refiero al apoyo que ofrecen a esos terroristas irlandeses. Los fenianos. Un grupo que va poniendo bombas.

—Ponen en apuros al Gobierno de Salisbury, lo cual puede ser beneficioso para nosotros…

—¡No! Son terroristas. Solo buscan sembrar el caos. Republicanos, anarquistas… No debemos mezclarnos con esa calaña. Irlanda es una tierra de brutos, sin ley ni orden. Las islas enteras deben permanecer sumisas a la corona británica y sus fieles bajo el manto de la Iglesia de Roma. Nada de repúblicas.

El silencio se impuso en la sala mientras el pontífice, con el rostro un tanto congestionado, cogía aire.

—Desde que monseñor Manning escogió a ese auxiliar —continuó León—, la diócesis cada vez nos es más esquiva. No comprendemos las intenciones de Manning, pero deseamos que vuelva al redil. Debe expulsar a ese obispo y aceptar definitivamente que Inglaterra se debe a Roma como el resto de las diócesis.

—Desde luego, santidad —se apresuró a coincidir Patrizi, que no veía nada claro el asunto—. No obstante, el viaje es largo y

tortuoso. Monseñor Manning ya no es joven. Tal vez pudiéramos mandar a un emisario que le trasladara las resoluciones de su santidad.

—No lo creemos así. El arzobispo inglés es muy orgulloso. No le gustará recibir instrucciones de un emisario. Y es urgente que, por el momento, se olvide de la construcción de su catedral y priorice la tarea de canalizar el descontento de los primados de la Iglesia hereje y de los ciudadanos británicos.

El secretario de Estado se devanaba la cabeza buscando una solución que evitara el desastre.

—Tal vez, si el emisario tuviera cierta ascendencia sobre el cardenal Manning —sugirió Patrizi siguiendo con la treta de ganar tiempo—, el arzobispo lo escuchara.

—¿Y en quién estáis pensando, eminencia? —preguntó curioso León.

—Quizá podría ir yo en vuestra representación, santidad —propuso Patrizi—. Estoy convencido de que sabré trasladarle vuestros deseos y que Manning me escuchará.

—¿Mi secretario de Estado viajando como nuncio?

León se quedó en silencio un buen rato estudiando la propuesta.

—De paso —añadió Patrizi—, podría llevar a cabo una reunión con los principales primados anglicanos disidentes para conocer de primera mano cuáles son sus inquietudes. De una manera discreta, por supuesto.

El pontífice ladeó la cabeza en señal aprobatoria.

—Sí, podría ser una buena idea. Necesitamos conocer sobre el terreno de qué apoyos gozamos y cuál es la situación en el Reino Unido. Además, un hombre sagaz como vos podría llegar a fundadas conclusiones sobre los movimientos del cardenal Manning hablando con él en su propio terreno.

El Papa dio por acabada la audiencia. Patrizi se levantó, besó el anillo del Pescador y abandonó la estancia en un mar de incertidumbre. Sin duda había logrado relajar las pretensiones del pontífice, pero no había ganado más que algo de tiempo, ya que Manning desoiría las instrucciones y tarde o temprano León volvería a reclamar su presencia. El santo padre más que león era zorro: con esa maniobra propuesta por Patrizi se evitaba un enfrentamiento directo con el iracundo arzobispo inglés, a quien

debía agradecimiento por su apoyo para ocupar la silla de Pedro.

Pero algo le decía a monseñor Patrizi que, al margen de los deseos del caprichoso pontífice, su presencia en Inglaterra era necesaria. Y sus pálpitos siempre habían sido certeros.

Capítulo 15

«Suyo afectísimo, Jack el Destripador».

Jueves, 27 de septiembre de 1888. Catedral de Saint George. Londres

—El secretario de Estado del Vaticano ha anunciado su visita.

—¿Patrizi?

El obispo no había podido evitar apretar las manos en torno a los reposabrazos de la silla en la que se encontraba sentado. El gesto, involuntario, no escapó a la mirada escrutadora del arzobispo inglés, el cardenal Manning. Este había convocado a su ayudante para comunicarle la sorprendente noticia y la respuesta de extrañeza había confirmado sus sospechas.

—¿Para cuándo? —preguntó el obispo auxiliar Connery.

—Inminente —respondió el cardenal con tono seco.

—¿Ha comunicado el motivo de su visita? —volvió a preguntar el obispo, consciente de que su nerviosismo lo estaba delatando. Tenía motivos de sobra para mostrarse alterado, sin necesidad de aquella inoportuna recepción.

—Según la Santa Sede, se trata de una visita de cortesía. El secretario desea conocer el estado de las obras de la nueva catedral, visitar la diócesis y entrevistarse con algún político británico para transmitir los saludos de su santidad.

«¿El estado de las obras?», se preguntó Connery. ¿Qué estado de obras si no había más que un solar vacío?

—¿Cree que podríamos enseñarle algunos planos?

—Tal vez algún boceto —respondió evasivo el obispo auxiliar. Sabía que Bentley, el afamado arquitecto, tenía avanzado el proyecto, pero que no lo mostraría hasta asegurarse el cobro de la imponente obra. Precisamente el día anterior se había reunido con él para uno de los pagos. Estaban al día; Connery se había asegurado de ello para tranquilizar al cardenal Manning y que este lo dejara en paz, pero Bentley era un tipo astuto, además de inteligente, y se había percatado de sus dificultades financieras. El

contable del prestigioso arquitecto había estado haciendo incómodas preguntas sobre la financiación, para conocer la procedencia de las sorprendentes cifras que se estaban moviendo en relación a los ingresos ordinarios que la Iglesia católica obtenía en las islas.

—Confío en que no habrá ningún problema —dijo el arzobispo, inquieto ante el silencio de su ayudante.

—Desde luego que no —respondió Connery, ya rehecho de la noticia y tratando de buscar un posible beneficio en ella. Por si acaso y para no delatarse, siguió sujetando con fuerza los brazos de su silla.

—Me alegro —dijo Manning con un suspiro de alivio—. Monseñor Patrizi tiene que llevarse una buena impresión. Por supuesto, el motivo aducido no es sino una excusa. La Santa Sede no cree en esta magnífica obra. Tienen prisa. No están dispuestos a esperar años para iniciar la unificación con la Iglesia anglicana. Conozco bien a León.

Connery no contestó. Seguía sumido en sus turbios pensamientos con la mirada perdida en un punto lejano.

—La visita del secretario de Estado me parece del todo inconveniente —continuó Manning dando por sentado que su auxiliar le prestaba atención—. No es buena idea venir a presionarnos. Las prisas nunca han sido buenas consejeras. La reunificación de las dos Iglesias llegará, quiera Dios que más pronto que tarde. Sin embargo, tratar de forzar esa comunión está destinado al fracaso. Muchos de nuestros hermanos anglicanos están a favor de este movimiento. Creen en verdad en ello. ¿Pero cómo evitar su natural recelo si tratamos de obligarlos a someterse a la voluntad de Roma?

El obispo auxiliar asentía mecánicamente muy lejos de allí. Se le estaba ocurriendo que tal vez aquella inesperada visita pudiera convertirse en una buena oportunidad. Aquello era lo que caracterizaba a los grandes hombres, pensaba, que sabían obtener beneficio de la adversidad.

—León es sumamente predecible —decía el cardenal Manning hablando para sí mismo, absorto en su línea de pensamiento—. Siente cerca el fin de su vida y quiere pasar a la historia como el Papa que recuperó la unidad de la madre Iglesia. Tal vez crea que

esa utopía le servirá para presionar al Estado italiano y recuperar así sus Estados Pontificios.

—¿Y piensa su eminencia que se equivoca? —preguntó Connery. En realidad, le traía sin cuidado la opinión de su superior, que, por otra parte, conocía de sobra, pero ahora que se había recobrado del susto inicial quería dejar hablar al cardenal, al que en ocasiones le gustaba escucharse.

—Totalmente —aseveró Manning moviendo enérgicamente las manos antes de quedarse unos instantes callado meditando—. Por otra parte, su secretario, monseñor Patrizi, es un hombre mucho más pragmático. ¿Lo conoce?

—No personalmente.

—Patrizi es un hombre inteligente y astuto. Ha llegado a detentar el cargo sabiendo moverse entre las sombras. Es consciente de la posición que ocupa, idónea para sentarse en la silla de Pedro en un futuro. Y de la cantidad de enemigos que tiene. A buen seguro, la idea de venir ha sido suya. No puede enfrentarse a León, pero sabe que no es prudente presionarnos, así que transmitirá el mensaje del pontífice convenientemente endulzado.

—Tal vez pueda convertirse en un aliado.

—No se confunda. En el fondo, Patrizi comparte los mismos objetivos que el Papa, pero por distintos motivos. Quiere asegurarse la nominación en el próximo cónclave y para ello necesita un gran triunfo.

El obispo auxiliar dejó que el cardenal siguiera divagando y se volvió a sumir en sus pensamientos sin dejar de asentir de vez en cuando. Uno de los motivos que traía al secretario de Estado a Londres tenía que ser el óbolo de San Pedro, la contribución anual de Inglaterra a la Santa Sede, una costumbre nacida diez siglos atrás y extendida ya por el mundo entero que suponía un enorme beneficio para las arcas del Vaticano.

Sin embargo, ese año Connery había decidido, en su huida hacia delante, gestionar personalmente esa pequeña fortuna. Sin conocimiento del cardenal Manning, y mucho menos el permiso de Roma, la había destinado al pago de las costosas obras de la aún sin comenzar catedral y, además, para apaciguar las exigencias del movimiento independentista irlandés.

Por supuesto, había recibido noticias de la tesorería vaticana

reclamando la contribución desde las islas, pero no había creído conveniente responder, lo que habría llamado la atención del secretario de Estado al que estaban a punto de recibir.

A Connery, de enorme ego y aún más alta autoestima, se le empezaba a tambalear la confianza ante el cúmulo de problemas que lo acechaban. Odiaba la incertidumbre, no estaba acostumbrada a ella. Y ahora se tropezaba con ella por todas partes. Tal vez se tratase de una señal. Inglaterra ya no era un buen hogar para él. La idea de un cambio de aires se le antojaba cada vez más seductora.

En Scotland Yard, el inspector a cargo de la investigación del criminal más buscado en el East End sostenía una misiva entre las manos, concentrado en su lectura.

Querido jefe:

Constantemente oigo que la policía me ha atrapado, pero no me echarán mano todavía. Me he reído cuando parecen tan listos y dicen que están tras la pista correcta. Ese chiste sobre «Delantal de cuero» me hizo partir de risa. Odio a las putas y no dejaré de destriparlas hasta que me harte. El último fue un trabajo grandioso. No le di tiempo a la señora ni de chillar. ¿Cómo me atraparán ahora? Me encanta mi trabajo y quiero empezar de nuevo, si tengo la oportunidad. Pronto oirán hablar de mí y de mis divertidos jueguecitos. Guardé algo de la sustancia roja en una botella de cerveza de jengibre para escribir, pero se puso tan espesa como la cola y no la he podido usar. La tinta roja servirá igual, espero, ja, ja. En el próximo trabajo le cortaré las orejas a la dama y las enviaré a la policía para divertirme. Guarden esta carta en secreto hasta que haya hecho un poco más de trabajo, y después publíquela sin rodeos. Mi cuchillo es tan bonito y afilado que quisiera ponerme a trabajar ahora mismo si tengo la ocasión. Buena suerte.

Sinceramente suyo,

Jack el Destripador

PD: No me importa dar mi nombre de guerra. Ahora dicen que soy médico, ja, ja…

Abberline terminó de leer la carta, levantó la mirada y la fijó primero en el inspector jefe Swanson y después en los visitantes, el director de la Central News Agency, el señor Edward Spender, el fundador y editor del periódico liberal *The Star*, Thomas Power O'Connor,
y el periodista del mismo diario vespertino, Benjamin Best, al que la fama le había llegado a raíz del caso.

Los cinco hombres se encontraban en el despacho del inspector jefe, donde Abberline se había presentado, como tenía costumbre, para informar a su superior del estado de la investigación en el caso de los asesinatos de Whitechapel. Al entrar, los otros cuatro hombres ya se encontraban acomodados en sofás y sillones formando un cuadrado en torno a una mesa baja. Parecían llevar un rato conversando y el inspector jefe Swanson sostenía en sus manos la carta que acababa de leer Abberline. Los presentes mantenían un porte severo, salvo Best, que lo había observado con una sonrisilla mientras Abberline se aproximaba a la mesa.

—¿Y bien? —preguntó finalmente el inspector viendo que nadie decía nada.

—Bueno —respondió el editor del *Star*—, creo que es evidente de qué se trata. Una carta enviada por el asesino de Whitechapel.

—Recibimos todos los días docenas como esta —dijo Abberline con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. No alcanzo a comprender qué tiene de especial.

El inspector jefe Swanson se removió inquieto en su silla, tras el escritorio. A pesar de tener una opinión muy pobre de sus invitados, se trataba de personas influyentes. Spender era cuñado de William Saunders, un político del Partido Liberal con escaño en la Cámara de los Comunes y fundador de varios periódicos además de la Central News Agency.

Este servicio de distribución de noticias había logrado eclipsar a competidores como la Press Association y Reuters, gracias en parte a distribuir noticias sensacionalistas y con notable carga inventiva. Sin embargo, estas prácticas le habían otorgado mala reputación entre los periodistas y también en Scotland Yard, donde estaban furiosos por su tendencia a mentir e inventarse las noticias, normalmente en contra de la policía metropolitana.

Por su parte, O'Connor, o Tay Pay, como le gustaba ser conocido

al fundador y editor del *Star*, pertenecía al Partido Nacionalista de Irlanda y era considerado un radical involucrado en la lucha por la independencia irlandesa. Decir que su consideración por la policía británica era escasa resultaba un ejercicio de optimismo desmesurado.

Y, por último, sobre el tercer hombre no había mucho que decir. Benjamin Best era un oscuro periodista de pluma afilada y sin conciencia, capaz de vender su alma al diablo, si es que no lo había hecho ya, por ascender en el escalafón de su profesión y al que el caso del asesino de Whitechapel había encumbrado. Una alimaña que no tenía reparos en difundir los datos más escabrosos, distribuir infundios o inventarse las noticias cuando estas escaseaban.

Tres hombres de ideas tan dispares difícilmente podrían convertirse en aliados, pero no tendrían inconveniente en soliviantar a la chusma, echar por tierra el trabajo de Scotland Yard y arruinar la carrera de un par de inspectores, si eso les servía para alimentar su ego.

—Creo que lo que el inspector Abberline trata de decir es que no tenemos la certeza de su autenticidad —señaló el inspector jefe Swanson tratando de mostrarse conciliador—. Su autor no aporta ninguna prueba.

—Bueno, dice que a su próxima víctima le cortará las orejas —repuso Tay Pay señalando con el índice la misiva que aún sostenía Abberline—. Y nos pide que guardemos el secreto sobre ello. Sin duda sería una prueba de su autoría, ¿no les parece, caballeros?

—Desde luego, desde luego —se apresuró a confirmar Swanson antes de que Abberline pudiera intervenir—. Lo sería en tal caso, qué duda cabe. Sin embargo, esperemos por el bien de todos que no tengamos que llegar a encontrarnos otro cadáver para autentificarla.

—Por supuesto —convino el editor del *Star* poniéndose colorado ante la insinuación de que por sus palabras pudiera concluirse que deseaba lo contrario—. En este terrible caso, como en todo lo que concierne al bienestar de nuestra comunidad, nuestro diario está abierto a colaborar con Scotland Yard.

—Podrían comenzar por no dar tanta publicidad a estos asesinatos —sugirió Abberline.

—¡Eso es del todo imposible! —estalló Tay Pay—. No podemos

ocultar información de tamaña importancia a nuestros lectores. Le recuerdo que la declaración de política editorial del *Star* es nuestro compromiso para dotar de voz a los pobres, los débiles y los humillados.

—Lo cual les honra —volvió a intervenir Swanson—. Pero tal vez podrían matizar un tanto esa información.

—¿Me está sugiriendo acaso que censure nuestra información y no la compartamos con nuestros lectores? —replicó el editor entrecerrando los ojos—. Este país, al menos hasta donde yo sé, tiene libertad de prensa y bajo ningún concepto vamos a recortar o tergiversar las noticias al gusto de Scotland Yard.

El inspector jefe tomó aire. A pesar de ser el superior de Abberline y tener la obligación de calmar los ímpetus, en realidad su sangre era más caliente que la del propio inspector. Tal vez no debería haber intervenido. Ahora apenas conseguía conservar la suficiente sangre fría para evitar decirle a aquel presuntuoso lo que opinaba de su moral, que le permitía inventar cualquier tipo de falacia si esta servía para atacar al Gobierno, a Scotland Yard o quien fuera que se opusiera a su lucha por la independencia irlandesa.

—Creo que es una buena idea —intervino Abberline viendo el brete en el que se encontraba su superior—. Guardaremos el secreto tal y como nos pide su autor y, si ocurre otro crimen, Dios no lo permita, y el asesino le corta las orejas a su víctima, al menos sabremos que ha sido nuestro hombre el autor de esta carta.

Swanson aceptó agradecido las palabras comedidas de Abberline y asintió gravemente con la cabeza, dando a entender que aquella había sido su opinión desde el comienzo. Tay Pay, que además de radical era astuto, no se dejó engañar, aunque fingió hacerlo. A su lado, Spender, receptor de la carta, también asintió. Al fin y al cabo, él ya se había guardado una copia, para lo cual había contratado los servicios de un falsificador al que a veces recurría, consiguiendo un duplicado exacto al original.

El único que no mostró conformidad fue Benjamin Best. El periodista lucía de nuevo una falsa sonrisa que no escapó a Abberline. Aquel desalmado había encontrado un filón en Whitechapel y de ninguna manera se iba a privar de aprovecharlo.

—Caballeros —dijo Tay Pay levantándose de su silla, demasiado

pequeña e incómoda para su corpachón—, creo que eso es todo. Confío en dejar esta prueba en buenas manos, inspector jefe.

—No lo dude, señor O'Connor —respondió Swanson incorporándose también y forzando una educada sonrisa—. Le daremos la importancia que se merece. Buenos días, caballeros.

Una ceja se levantó imperceptiblemente en el rostro del editor del *Star* ante la velada insinuación, pero no añadió nada. Se limitó a ponerse el sombrero y se dispuso a abandonar el despacho.

—¿Me podrían indicar dónde se encuentra el lavabo? —preguntó Best sin abandonar su falsa sonrisa.

—Yo lo acompañaré —se ofreció amablemente Abberline, que se había acercado a la puerta para franquear la entrada a los invitados.

Mientras Spender y Tay Pay bajaban las escaleras en dirección a la salida del edificio, Abberline condujo por los pasillos a Benjamin Best hasta los lavabos de la planta noble y, solícito, abrió la puerta para que este pasara. Con un gesto de agradecimiento, Best entró en un excusado y al terminar se lavó las manos.

—¡Oh, estaba usted aquí! —exclamó el periodista sin poder evitar un respingo de sorpresa.

A su espalda, Abberline lo miraba con gesto serio.

—Confío en que usted no tenga nada que ver con esa carta —dijo el inspector, acercándose más de lo que las normas de urbanidad requerían.

—¿Cómo dice? —respondió nervioso el periodista.

Best mantenía la sonrisa, pero había perdido la confianza y el temor se reflejaba en sus ojos, lo que confirmó las sospechas del inspector de que el periodista ocultaba algo.

—Escucha, alimaña —susurró Abberline, acercándose aún más y obligando al atemorizado gacetillero a retroceder hasta chocar contra la pared—. Si la basura que escribes se interpone en mi camino de algún modo, te haré tragártela. ¿Lo has comprendido?

Best asintió incómodo. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Tome, séquese las manos —dijo Abberline estampándole en el pecho una toalla doblada cogida de un estante.

—Esa carta es falsa, señor.

El inspector jefe Swanson suspiró. Sentado frente a su escritorio,

tenía el rostro enterrado entre las manos y el peso del cuerpo sobre los codos, apoyados en la mesa.

—Eso me temo —replicó el inspector jefe y, dando un puñetazo sobre la mesa, añadió—: Malditas cartas. Espero que el juez castigue con severidad a esa señorita Coroner y sirva de ejemplo.

Swanson se refería a una mujer joven detenida en la ciudad de Bradford, acusada de «incitar a la ruptura de la paz» por enviar cartas a la prensa local y al jefe de policía, haciéndose pasar por el asesino de Whitechapel y asegurando que su próxima víctima se la cobraría en Bradford. Maria Coroner había confesado a los inspectores que la habían detenido que lo único que pretendía era hacerse famosa.

—No lo creo —dijo Abberline tomando asiento de nuevo frente a su superior—. Es una chica agraciada, de familia respetable. Trabaja en una de las tiendas más importantes de Bradford. El juez le echará una reprimenda y la mandará para casa.

—Así será —convino Swanson con un gesto de fastidio. Cansado, giró la cabeza hacia el ventanal y miró distraído el cielo encapotado —. Dígame que no ha sucedido nada en el lavabo que yo deba saber, Frederick.

—No ha sucedido nada que usted deba saber, señor.

—Eso me tranquiliza —respondió Swanson en un tono que desmentía sus palabras, volviendo a mirar el dosier que tenía ante sí —. En fin, no ha sido más molesto que una pequeña pérdida de tiempo —comentó refiriéndose a la improductiva reunión con la prensa—. En la carta no viene ningún dato que nos pueda dirigir en una dirección equivocada, así que no le demos más importancia. Dígame, Frederick, ¿qué tenemos?

El inspector jefe había permanecido unos días fuera de Londres atendiendo obligaciones inherentes a su nuevo cargo, lo que lo había alejado del día a día de la investigación, algo que pretendía remediar cuanto antes.

—No demasiado, señor.

Ahora era Abberline el que suspiraba. Más calmado tras su enfrentamiento con el periodista, volvía a la terca realidad.

—Tiene un par de detenidos, ¿no es cierto?

—Así es, señor. Uno de ellos es un judío al que, como al famoso Delantal de cuero del que le hablé, retenemos para evitar que lo

vuelvan a linchar. En realidad, se encuentra en el Hospital de Londres bajo vigilancia. Lo atraparon los del maldito Comité de Vigilancia. Disculpe la expresión.

Swanson hizo un gesto con la mano quitándole importancia y animando a Abberline a continuar.

—Los del Comité le dieron una buena tunda. El pobre hombre tiene un par de costillas rotas, la mandíbula desencajada y otras lesiones. Al parecer, el tipo requirió los servicios de una prostituta y, al terminar, la mujer quiso que le pagara más de lo convenido por ser judío. El hombre no tenía más dinero, y la prostituta empezó a golpearlo y a insultarlo. Alertados por el alboroto, los del Comité de Vigilancia, que estaban dentro de un *pub*, imagino que recobraron fuerzas y salieron en tropel, y la mujer, viendo su oportunidad, empezó a gritar acusándolo de ser el asesino.

—Imagino que los del Comité, después de varias pintas de cerveza, verían la posibilidad de dar una buena somanta a alguien.

—Así es. Por suerte para él, el agente de ronda en la zona pudo llegar antes de que le abrieran la cabeza y rescatarlo.

—Maldito Comité —masculló Swanson—. Solo consigue desviar la atención de nuestros hombres. ¿Detuvieron a alguno?

—No, señor. Los ánimos estaban muy caldeados, y el agente bastante tuvo con evitar que lo mataran. Tocó el silbato como un demente hasta que aparecieron más policías y lograron restablecer el orden.

—Por lo menos demostró redaños.

Abberline asintió, sabedor de a qué se refería su superior. Días atrás un agente se había visto obligado a renunciar como miembro de la policía metropolitana. En Bermondsey, al sur del Támesis, un hombre había robado la bufanda de seda de una niña arrancándosela del cuello. Un agente que acudió alertado por los gritos de los presentes había entablado una feroz lucha con el corpulento asaltante para poder apresarlo, tocando su silbato para que algún compañero se acercara a socorrerlo. El agente que se encontraba más próximo no tardó en llegar, pero, al reconocer al ladrón como un delincuente peligroso, se había quedado quieto, limitándose a mirar cómo los dos contendientes rodaban por el suelo.

Al final habían tenido que ser algunos ciudadanos los que se

acercaran a comprobar qué ocurría, auxiliando al policía en apuros y colaborando con él hasta reducir, esposar y meter al asaltante en el «carro de la carne», el carruaje enrejado que utilizaba la policía para trasladar a los detenidos.

Temiendo un escándalo que minara aún más la pobre impresión que los londinenses tenían de quienes estaban llamados a velar por su integridad y la de sus bienes, el superintendente había presionado al cobarde policía para que renunciara a su cargo, dando por zanjado el asunto.

—¿Quién es el otro detenido?

—Charles Ludwig, un súbdito alemán de cuarenta años —desgranó Abberline de memoria—. Lo detuvieron borracho por una pelea en la calle, en los Minories, cerca de Whitechapel. Amenazaba con un cuchillo a otro hombre al que ya había infligido un par de cortes de poca importancia. Cuando los agentes lo prendieron, se revolvió violentamente. Ahora está en la comisaría de Leman Street. Lleva poco tiempo en Londres, pero ya es conocido. Era buscado por intentar cortar el cuello a una prostituta en Minories con una navaja de afeitar.

Swanson entrecerró los ojos prestando toda su atención.

—Un agente de la City, de ronda en la madrugada, oyó un grito pidiendo socorro proveniente de un callejón que conduce a unos túneles ferroviarios, una zona reconocidamente peligrosa. El agente topó con Ludwig acompañado de una prostituta. Cuando les preguntó qué estaban haciendo allí, él repuso que nada y como la mujer no parecía llevarle la contraria, aunque se mostraba asustada, decidió acompañarla fuera de allí. Al cabo de un rato, la mujer le confesó que el hombre había tratado de cortarle el cuello y que no lo había denunciado antes porque estaba aterrorizada. El agente regresó corriendo al callejón, pero el tipo ya se había largado, así que facilitó una descripción a sus compañeros y continuaron buscándolo. Hasta que lo detuvimos en Minories.

—¿Podría tratarse del asesino?

Abberline se encogió de hombros, alzando a la vez las cejas.

—No lo sabemos. Yo apostaría a que no. No parece tener nociones de anatomía y probablemente su conocimiento del East End no sea muy profundo. Ni siquiera habla inglés. Las ocasiones en que hemos tenido que vérnoslas con él se encontraba ebrio. Nuestro

hombre no puede actuar bebido, o ya estaría detenido. Es pronto para descartarlo, claro está, pero dudo que tengamos suerte.

—¿Lo ha interrogado usted personalmente?

—Sí. No ha sido fácil. El tipo es un pendenciero y no se muestra muy cooperador. Respecto a las noches de los asesinatos de las mujeres, no ha sabido ofrecer una coartada fiable, lo cual no quiere decir nada. Estos camorristas no suelen estar en disposición de brindarlas.

—No lo deje hasta que esté convencido de su inocencia. Si el juez le pone algún impedimento, dígamelo y hablaré con el comisionado Warren.

Abberline asintió mostrando su conformidad.

—¿Ha arrojado algún fruto el dispositivo especial montado estas noches en el East End? —quiso saber el inspector jefe.

—Por desgracia no, señor. Tampoco tenía demasiadas esperanzas. Era un palo a ciegas.

—Ya imagino —asintió Swanson, comprensivo, antes de cambiar de tema—. ¿Qué hay de ese tema del influjo de la luna? ¿Usted cree que el asesino se deja influenciar por ella?

—Como explicó el alienista, el doctor Tuke, en este caso no es relevante si la luna afecta o no a nuestro temperamento, sino el hecho de que el asesino así lo crea. Hasta ahora los cuatro asesinatos han sido llevados a cabo siguiendo un patrón relacionado con las fases lunares.

—Esta noche es cuarto menguante —señaló Swanson.

—Cierto. Sin embargo, según el astrólogo que nos ofreció esta pista, el asesino tendría de margen hasta la noche del día 30.

—Cuatro noches más…

—Tampoco podemos descartar que lo haya intentado estos días —apuntó Abberline—. Quizá no ha podido llevar a cabo sus planes por el dispositivo desplegado. Han sido cientos de agentes y otros tantos sin uniforme los que han patrullado callejones, patios y despoblados.

—¿Tal vez alguno de nuestros hombres se ha topado con él, lo ha asustado y no ha caído en la cuenta?

—Pudiera ser, señor. Si el asesino ha merodeado en busca de una nueva víctima y se ha visto rodeado por la presencia de agentes, seguramente se habrá retirado. O tal vez, como usted

indica, incluso haya tenido contacto con los agentes y estos no le hayan dado la importancia que se merecía.

—¿Dejó claro que todos los agentes debían presentar un informe detallado sobre lo sucedido durante su ronda?

—Desde luego, señor. Se han revisado todos los informes, sin encontrar nada sospechoso, lo cual no quiere decir nada, a mi entender. El East End es pródigo en peleas, agresiones, escándalos, alborotos. Los agentes de ronda no dan abasto. Si uno de ellos ha tenido un leve encuentro con el asesino, seguramente habrá carecido de importancia para él y no lo habrá reflejado.

—Supongo que les ha recalcado la importancia de cualquier detalle, por nimio que sea.

—Por supuesto, señor. Pero hay que verlo desde el punto de vista del agente. Después de doce horas recorriendo el mismo trayecto, fatigado y probablemente con algunos altercados de los que informar, no otorgará importancia a un encuentro casual con un tipo que no haya despertado demasiadas sospechas y se apresurará a dar cuenta de los incidentes que no permitan ser ignorados.

El inspector jefe Swanson agitó la cabeza, comprensivo. A diferencia de sus superiores en el escalafón y de los políticos que reclamaban resultados, él también había hecho las interminables rondas durante años, caminando en un radio de calles pequeño, hora tras hora, un día y otro, sin ver el momento de poder desprenderse de su pesado uniforme, el incómodo casco, las botas y la lámpara de aceite que tenía que acarrear.

—No veo que este inconveniente se pueda solucionar.

—Al inspector Reid se le ha ocurrido algo, señor. Hemos dado instrucciones a los sargentos para que recaben información de sus agentes a lo largo de la noche.

—Se supone que esa es una de sus funciones, si no me equivoco.

—Pero no así. Ahora los sargentos harán una ronda en la cual pasarán por todos los puestos de los agentes a su cargo cada hora y apuntarán cualquier detalle de lo ocurrido, tenga importancia o no.

—No creo que se hayan mostrado entusiasmados…

—No lo han hecho. Un motivo más para que extremen su celo. Cuando el asesino sea por fin detenido, ellos volverán a su antigua rutina. Se mostrarán implacables.

El secretario de Estado viajaba en silencio sumido en sus pensamientos. A su lado, el padre Giacomo della Chiesa, atento como siempre a los deseos de monseñor, estudiaba unos documentos extraídos de su carpeta. Ocupaban un departamento privado en uno de los vagones del tren con dirección a Florencia, una de las primeras etapas hasta su destino en Londres. Sentado a contra marcha, monseñor Patrizi no dejaba de pensar en aquel maldito viaje en el que se había visto obligado a embarcarse por culpa de los caprichos del pontífice, empeñado en llamar a su presencia al cardenal Manning. Si para Patrizi, que aún no había cumplido la cincuentena, el viaje iba a suponer una tortura, no quería imaginar lo que hubiera significado para el octogenario arzobispo inglés semejante odisea.

Lo que sí resultaba sencillo adivinar era el humor y la predisposición con los que hubiera afrontado monseñor Manning la ya de por sí delicada audiencia, tras dos interminables días de incómodo transporte, tomando varios trenes, otros tantos coches de posta y un barco con el que salvar las agitadas aguas del canal de la Mancha.

Patrizi estaba preocupado por cómo se tomaría Manning aquel asalto a su diócesis. Por lo poco que conocía al tozudo anciano, estaba convencido de que no se mostraría demasiado feliz. ¿Cómo podría plantearle las exigencias del pontífice? No desde luego de manera cruda. Debía evitar a cualquier precio que el arzobispo se sintiera ofendido. Manning era una pieza clave para sus propósitos y precisaría de toda su paciencia y diplomacia para atraerlo a su causa.

No podía ignorar las presiones a las que se enfrentaba el arzobispo de Londres. El catolicismo en la capital británica suponía un pequeño esquife a la deriva rodeado de tiburones a la espera de que empezara a hacer agua. Un paso en falso y la reina Victoria no dudaría en hacer volcar la embarcación.

Porque el papa León, desde su castillo rodeado de altos muros que jamás abandonaba, podía engañarse menospreciando el poder real de la soberana a la que creía, como muchos británicos, retirada del mundo. Pero nada más lejos de la verdad. Pocas cosas sucedían en cualquier rincón del mundo de las que la emperatriz británica no se mantuviera al corriente.

Debía contentar al pontífice, no ofender a su anfitrión, no despertar recelos en el gobierno británico y desarrollar planes de futuro para asegurarse la supervivencia de la Iglesia, para lo cual resultaba necesario que él sucediera a León en la silla de Pedro. Difícil combinación.

Mientras el secretario de Estado vaticano se acercaba a la capital británica, el *pub* Ten Bells tenía las puertas cerradas tras una larga noche en la que había habido de todo: canciones, peleas, discusiones, gritos, risas y discursos; todo regado con barriles de cerveza y botellas de ginebra.

Algunos de estos discursos habían corrido a cargo de representantes del Partido Radical y otros de los delegados del Partido Parlamentario Irlandés. Pero uno había destacado por encima del resto. El conferenciante, un fogoso hombre apuesto, robusto, decidido y belicoso, era el dirigente del grupo anarquista cuyo vozarrón había enardecido los corazones de los presentes.

—¿Qué es lo que hace la policía? —decía el tipo subido a una silla con aquel trueno de voz que hacía vibrar las paredes—. Yo os lo diré: ¡nada! Scotland Yard asegura que ha traído a sus mejores perros para protegernos. ¿De quién?, pregunto yo. ¿De un asesino que destroza a nuestras mujeres? Llevan semanas buscándolo y ¿qué han conseguido? Nada de nada. ¿Y sabéis por qué? Porque el asesino no es uno de nosotros. No vive en Whitechapel. Ni siquiera en el East End. ¡No! El asesino es uno de ellos, un médico que vive tranquilamente en su mansión del West End y que solo viene aquí para matarnos. O un cabrón de policía. O un gran señor aburrido de su esposa al que le gusta matar. ¿Y sabéis qué los hace iguales a todos ellos? Que nos desprecian. Que se creen superiores a nosotros. Nos explotan, nos matan de hambre, nos hacen vivir como perros entre ratas y basura, mandan a sus matones para molernos a palos o mandarnos a la cárcel si osamos enfrentarnos a ellos, y ahora también se divierten rajando a nuestras mujeres. No os engañéis. No hay un solo asesino. Todos ellos son asesinos y disfrutan de nuestra desgracia. ¡Todos ellos!

El público asentía y aplaudía. Entre los asistentes había un puñado de mujeres, muchas de ellas prostitutas, que se sentían reflejadas en lo que les había ocurrido a sus compañeras. También

había marineros, trabajadores, gente sin trabajo… Algunos eran despojos atacados por la tisis, el garrotillo, las fiebres y otras tantas enfermedades. A otros les faltaba algún miembro, a uno un ojo, otro tenía tal joroba que debía caminar mirando al suelo y otro más lucía un enorme bocio.

Aquellos eran los miserables del East End a los que en el reparto les habían tocado muy malas cartas, despojos que jamás saldrían de aquel barrio, no al menos con vida. Hombres que morirían jóvenes, pero con apariencia de tener cien años, y mujeres que lo harían habiéndose vendido a cuantos tuvieran unas monedas con las que pagar.

Lo que no había, los organizadores se habían asegurado de ello, era policías. Aquella era una asamblea clandestina, y sus participantes podían ser detenidos tan solo por escuchar aquellas palabras, acusados de alterar la paz. Últimamente el barrio estaba infestado de *bobbies* vestidos de mujeres, mendigos, desarrapados o trabajadores, pero a nadie engañaban ya.

Claro que aquello no era del todo exacto. Un miembro de la policía metropolitana había conseguido burlar el celo de los organizadores y se había infiltrado entre los presentes, quedándose cerca de la puerta del *pub* con una cerveza en la mano.

Se trataba de un tipo de rostro vulgar adornado con bigote, de complexión normal y una altura que a duras penas alcanzaba los cinco pies y medio exigidos para entrar en la policía. El hombre vestía ropas muy usadas y una gorra y, como el resto de los presentes, asentía enérgicamente de vez en cuando, intercambiando algún que otro comentario con sus convecinos a favor del orador.

El infiltrado pertenecía a la Rama Especial, el elitista grupo compuesto por agentes rigurosamente escogidos para controlar a los partidarios del movimiento independentista irlandés, que en sus ataques terroristas con explosivos habían llegado a demoler parte del edificio de Scotland Yard, aparte de atentar contra edificios emblemáticos británicos como la Torre, el Puente de Londres o la Cámara de los Comunes, entre otros.

La presencia del agente en el *pub* aquella noche venía dada precisamente por la presencia de uno de los oradores, el representante anarquista que en las últimas fechas había subido el tono de sus protestas y estaba preparando lo que parecía un

levantamiento popular en toda regla.

—La reina no se preocupa de nosotros, el Gobierno no se preocupa de vosotros, Warren no se preocupa de los nuestros. La policía no vela por el East End —tronó el conferenciante, apoyando su proclama con gestos vehementes—. Lo único que quieren es mantener el poder y aplastar la revolución. Porque nos tienen miedo. Saben que somos muchos. Nadie se va a ocupar de nosotros. Solo nos tenemos los unos a los otros.

No se podía negar que el orador mostraba elocuencia. Los presentes estaban prendados de sus palabras y se enardecían con cada frase. Las mujeres lo miraban embelesadas por su porte, su voz poderosa y la pasión que mostraba. Los hombres lo secundaban subyugados por su liderazgo y su discurso, compartido por todos ellos. Aquel hombre era un faro al que seguir en medio de un mar embravecido durante la noche. Era imposible no inflamarse ante su llamada y él lo sabía.

—La unión hace la fuerza, compañeros. ¡Unámonos! Derroquemos a quienes nos explotan —gritó el orador, alzando los brazos con el rostro rojo y salpicando gotitas de saliva a los que se encontraban en primera fila—. ¡Que sientan nuestro aliento en su nuca!

El agente de la Rama Especial, que no perdía de vista al cabecilla anarquista, presintió movimiento y se dispuso a abandonar discretamente el Ten Bells. Sin hacer ruido, alcanzó la puerta y, ya en la calle, tras mirar a ambos lados, dirigió sus pasos hacia la esquina del otro lado de la calle, donde no alcanzaba la mísera luz que arrojaba la farola más cercana.

Minutos después se volvió a abrir la puerta del *pub*, y el hombre con bocio salió a la calle y enfiló por Commercial Street hacia Aldgate, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor, jadeando ruidosamente para tomar aire. El agente, oculto en las sombras, permitió que el tipo se alejara un poco antes de comenzar a seguirlo.

A buen seguro el orador continuaría un rato aún con su discurso apasionado llamando a la revolución de las masas, pero el hombre de la Rama Especial sabía que no era más que un charlatán a sueldo. El verdadero cabecilla de los violentos grupos anárquicos era aquel hombre con el cuello hinchado a punto de reventar.

Mientras el agente de la Rama Especial seguía por las calles del East End al dirigente anarquista, otro hombre, también oculto de miradas inquisitorias, fisgaba por el hueco que dejaba el cristal roto de una ventana, no muy lejos de allí. Desde su puesto de vigía observaba con rabia cómo otro hombre fornicaba en un camastro. La prostituta apremiaba al hombre para que se diera prisa, pero el tipo, demasiado bebido, tenía problemas para seguir el ritmo.

—¿Qué pasa, querido? —le preguntaba la fulana, molesta y a la vez riéndose de las dificultades de su cliente—. ¿No estás acostumbrado a follar con una chica guapa? Vamos, seguro que sabes cómo hacerlo, que no tengo toda la noche.

Al final el tipo gruñó algo, se apartó y se levantó con dificultad del camastro. Se puso los pantalones sin ropa interior y tiró sobre el lecho unas monedas, que ella se apresuró a recoger. El hombre abandonó el cuarto, que daba directamente al patio donde estaba el fisgón, y tomó el camino hacia la taberna en la que había contratado a la prostituta, dispuesto a seguir bebiendo.

En la habitación, la chica se levantó, se arregló la falda y las enaguas, se ajustó el corpiño y se acercó a un espejo desportillado que había sobre un pequeño tocador, donde se recompuso la larga melena para salir de nuevo en busca de más clientes.

A través del hueco, el curioso aguantó la respiración cuando la chica se acercó a un fuego que calentaba el hogar, cuya luz era demasiado débil como para alejar la oscuridad, pero suficiente para permitir admirarla con detenimiento.

Mary Jane Kelly era muy guapa. Alta, estilizada, de cabello rubio y ojos azules que el mirón no alcanzaba a ver desde fuera de la casa, pero conocía bien, de busto generoso y piel blanca como la leche. El hombre suspiró de deseo. Estaba enamorado desde que ella llegara a la ciudad cuatro años atrás.

Entonces ella era una preciosa muchacha a la que los caballeros del West End pagaban con generosidad por disfrutar de sus encantos. Visitaba elegantes salones, recibía regalos caros y bebía champán. La llamaban «señorita», y la policía no se atrevía a poner la mirada en ella.

Después había llegado el alcohol, y con él los alborotos y las peleas. Era una mala bebedora y se volvía agresiva cuando empinaba el codo, gritando y cantando a voz en grito, lo cual no era

bueno para sus clientes, a los que en general les gustaba pasar desapercibidos.

Al final había acabado en Whitechapel. Aún era muy cotizada, pero sus honorarios ya no tenían nada que ver con lo que había cobrado en el West End, aunque por el momento le resultaba suficiente como para permitirse alquilar un pequeño cuarto para ella sola y no tener que vivir amontonada con decenas de mujeres en un albergue maloliente.

El mirón se apartó de la ventana cuando Mary Jane salió y se mantuvo escondido en una esquina del patio. Ya se había resguardado allí en otras ocasiones y sabía dónde apostarse para resultar invisible. Mientras aguardaba, volvió a rememorar la ocasión en la que había logrado intercambiar un par de palabras con ella antes de que se alejara. No pudo disfrutar mucho del agradable recuerdo, ya que enseguida volvió a escuchar unos pasos y la risa inconfundible de Mary Jane. Regresaba con un nuevo cliente, un tipo vulgar con un bigote y restos de cera fijadora en el cabello para tratar de aparentar ser un señorito. Algo debía de haber dicho que había causado la hilaridad de la chica. Sus risas molestaron al hombre. Ella contestó con una obscenidad que enfadó aún más al cliente. A solo dos pasos de la puerta del cuarto, el tipo la agarró del cuello y empezó a estrangularla violentamente.

La joven se debatió primero con furia y después con desesperación. La presa era firme. Asfixiada y sin poder pedir ayuda, los intentos por escapar cada vez eran más débiles. Con el rostro abotargado y los ojos saliéndose de sus órbitas, comenzó a perder el sentido, dejándose llevar por el atacante, que no aflojaba.

El fisgón salió de su escondite y se acercó silenciosamente hasta la pareja. De sus medias sacó un cuchillo que llevaba escondido y lo enterró en el cuello del hombre, girando a la vez la cabeza del moribundo para que la sangre que salía a borbotones no lo manchara.

Sin perder un instante, tomó a una inconsciente Mary Jane en brazos, la introdujo en la habitación y la acostó sobre el infecto camastro, sin que hubiera recuperado aún el conocimiento. Perdió un tiempo precioso mirándola con ternura, la besó con delicadeza en una mejilla y salió a ocuparse del hombre.

El tipo estaba tirado tal y como había caído, regado por su

propia sangre. Al otro lado del patio había un montón de basura, y había visto unos sacos de los utilizados para almacenar el lúpulo con el que fabricar la cerveza. Eran sacos deshilachados que ya no servían para su cometido, pero que alguien había guardado, tal vez para utilizarlos como manta por la noche o para hacer remiendos con ellos. Cogió uno de los que parecían en mejor estado y con esfuerzo metió el cadáver en su interior. Tuvo que retorcer el cuerpo para que pudiera entrar y, cuando lo logró, lo cerró con un cordel. Se lo cargó al hombro. Debía andar con cuidado. La policía escudriñaba cada rincón del barrio. Si lo pillaban con aquel bulto a cuestas, estaba perdido.

Confió en su buena estrella. Nadie lo vería. Como las otras noches. Oculto en la densa oscuridad, se puso en marcha y dejó atrás el patio sin dejar de pensar en ella. Cómo se sorprendería Mary Jane cuando supiera quién había sido su salvador. Se rendiría a él, el hombre más poderoso de Londres. Lo amaría para siempre y él la convertiría en una reina lejos de allí, lejos de los hediondos y peligrosos callejones de Whitechapel, donde los desalmados aguardaban en cada esquina.

Capítulo 16

«El catolicismo es una plaga moral y política»
The Bulwark or Reformation Journal

Sábado, 29 de septiembre de 1888. Catedral de Saint George. Londres

—¿Qué tal ha sido el viaje, eminencia?

Monseñor Patrizi, arrellanado en un sofá del inmenso salón del arzobispado, se obligó a esbozar una leve sonrisa.

—Bien, bien. Algo largo y fatigoso, como todos los viajes.

El arzobispo sonrió a su vez, sin necesidad de esforzarse. Era un hombre de naturaleza circunspecta, pero amable.

—Siempre he sospechado que Dios nuestro señor puso los mares para separar a los hombres. El mareo es nuestro castigo por haber inventado esos enormes barcos.

Patrizi sonrió abiertamente esta vez. El anciano cardenal bromeaba, por supuesto, pero lo hacía con calidez. De no ser por la verdadera naturaleza del viaje, a buen seguro el secretario de Estado vaticano habría gozado de aquella entrevista con una de las mejores mentes de la cristiandad. Monseñor Manning no era el simple arzobispo de una diócesis tan complicada como Londres, en el corazón del anglicanismo.

No, era un hombre brillante. Se había enfrentado a los prelados anglicanos y al propio Gobierno británico iniciando el regreso a la madre Iglesia católica, una decisión muy meditada y también arriesgada, por qué no decirlo. Se había convertido en una peligrosa punta de lanza del catolicismo en las islas y, aun así, la reina Victoria lo respetaba, algo que solo podía estar al alcance de un gran hombre, dotado de una inteligencia excepcional. Sería conveniente que monseñor Patrizi no lo olvidara durante aquella audiencia que se presumía tensa, a pesar de la cálida bienvenida que el cardenal Manning le había dispensado.

En ese momento, se abrieron las puertas dobles del salón y apareció el mayordomo, un hombre mayor al que aún no le

temblaba demasiado el pulso como para llevar en equilibrio una bandeja de plata con una tetera, una cafetera, un servicio de tazas, platillos y cubiertos, además de un plato con galletas, bizcochos y un azucarero. Silencioso, el criado depositó la bandeja en la mesita que había entre los sofás, dispuestos en forma de U, y fue repartiendo con precisión su contenido frente a los presentes, ofreciendo un respiro a monseñor Patrizi.

Aún no se le había pasado el continuo mareo de barcos, trenes y carruajes de caballos. Estaba exhausto. Ya no era capaz de recordar la última vez que había descansado bien. Le obsesionaba el sueño repetitivo que lo despertaba cada noche cubierto de sudor, sin aliento, con los músculos de la espalda dolorosamente contraídos. Las cabezadas por agotamiento no conseguían desvanecer esa bruma que se le había instalado en la cabeza y que ralentizaba el funcionamiento de su fino intelecto, algo que, contra un rival tan formidable, podía resultar fatal. Y estaba, además, el otro asunto…

El mayordomo terminó su ritual con orgullosa precisión y en absoluto silencio alcanzó una taza de té, sin azúcar ni leche, al anciano arzobispo. Tras buscar su conformidad, se encaminó hacia las puertas dobles.

Patrizi aprovechó el acto de coger su taza para observar al arzobispo. Aparentaba una calma absoluta a pesar de aquella audiencia que le había sido impuesta. Con el rabillo del ojo, echó un rápido vistazo al tercer hombre que ocupaba la estancia, sentado en el sofá de su izquierda. Se trataba del obispo auxiliar Connery, hombre de confianza de Manning, sobre quien el Papa lo había prevenido. Un hombre dolorosamente conocido para Patrizi. Aún no se había molestado en servirse de la bandeja y se limitaba a observar sin demasiada discreción al invitado llegado de Roma.

Su presencia disgustaba enormemente al secretario de Estado. El cardenal debía de ser consciente de que la audiencia era privada. Incluso el hecho de que Patrizi hubiera ordenado a su propio ayudante, el padre Giacomo della Chiesa, que aguardara fuera tendría que haber sido determinante para que Manning hubiera hecho otro tanto.

Sin embargo, ahí estaba el obispo. El rostro hierático, con aquellos ojos oscuros que parecían dos pozos y el esbozo de una desagradable sonrisa en los labios. Aquella sonrisa insidiosa…

Patrizi prefirió ignorarlo y centrarse en el arzobispo. Tal vez Manning estaba demasiado mayor y precisaba de un apoyo constante.

—¿Cómo se encuentra el santo padre?

—Bien, bien —repuso Patrizi, echándose hacia atrás en su asiento—. Envía sus saludos. Sé que le hubiera gustado verlo en persona.

—A mí también —asintió el arzobispo con un gesto de pena, que, a los ojos escrutadores del secretario de Estado, parecía sincero —. Pero ninguno de los dos somos ya jóvenes para estos viajes extenuantes.

Siguieron intercambiando algunas frases de cortesía sobre conocidos comunes, chascarrillos de la Ciudad Santa. Una conversación ligera antes de entrar en materia, de la que el silencioso obispo auxiliar se mantuvo al margen.

—Confío en que el santo padre se muestre satisfecho con el trabajo que llevamos a cabo en esta diócesis.

Patrizi tomó aire. A pesar de que el arzobispo se había expresado con absoluta naturalidad, no se le había pasado el giro en la conversación. Se habían acabado las gentilezas y era momento de entrar en materia.

—Desde luego. La labor que están haciendo aquí le complace enormemente. Es consciente de la dificultad de su misión. El número de fieles crece sin tregua, lo mismo que el de pastores anglicanos que, siguiendo su estela, eminencia, desean regresar al seno de nuestra madre Iglesia.

El cardenal Manning guardaba un respetuoso silencio, sin retirar la mirada de Patrizi. Era este, en función de su alto cargo, quien detentaba la máxima autoridad en aquella sala, pero el arzobispo no parecía afectado por ello.

—De hecho, ese es uno de los asuntos que me ha traído.

El cardenal asintió en silencio.

—El Papa ha recibido una emotiva carta, firmada por varios prelados y pastores anglicanos, en la que se insta a Roma a dar un firme paso hacia la reunificación de las dos iglesias.

Manning se mostró imperturbable, lo que confirmó las sospechas de Patrizi de que el anciano arzobispo estaba al tanto de la misiva.

—Por desgracia, no es esta entrañable noticia de nuestros

hermanos la única que ha cruzado el canal de la Mancha. Casi al mismo tiempo, el Papa ha recibido un mensaje en el que su majestad, la reina Victoria, se queja amargamente de lo que ella considera una inaceptable injerencia nuestra en su gobierno.

El arzobispo asintió gravemente, pero no repuso nada. La existencia de aquella queja tampoco le era desconocida.

—En la carta de su majestad, ¿se ilustra en qué consiste exactamente esa injerencia de la que habla?

Comenzaba el camino espinoso.

—Son varios los puntos en los que se apoya para justificar la queja, acciones todas ellas que, en su regia opinión, tratan de menoscabar la autoridad del Gobierno británico y la suya propia, siendo una de naturaleza delicada, causa por la que su santidad, el papa León, me ha pedido que trate con usted.

Si el cardenal Manning se había dado por enterado sobre la velada sugerencia de continuar la audiencia en privado y deshacerse de su obispo auxiliar, no dio la más mínima muestra de ello.

—Este delicado asunto —continuó el secretario de Estado, una vez hubo comprobado que el obispo auxiliar iba a seguir sentado donde se encontraba— es el supuesto apoyo que esta diócesis está ofreciendo al movimiento independentista irlandés.

—El colectivo irlandés es uno de los que más fieles aporta a nuestra diócesis, como su santidad sabe muy bien. Sus integrantes pertenecen al escalón social más bajo y es nuestra responsabilidad y obligación velar por las condiciones en las que se encuentran, a menudo lastimosas.

—Por supuesto —asintió Patrizi—. Es muy loable el trabajo que en ese sentido están desarrollando. Sin embargo, las críticas al gobierno de Salisbury, que la monarca tilda de continuas…

—La denuncia de los abusos que el Gobierno está cometiendo con nuestros fieles es justa y necesaria.

—Pero alentar el enfrentamiento extremista no lo es —intervino Patrizi, perdiendo la sonrisa—. El movimiento irlandés cuenta con toda nuestra simpatía, siempre que no se ejerza la violencia.

—En eso creo que estamos de acuerdo —dijo el cardenal, enarcando las cejas, muestra de extrañeza por primera vez—, como no podría ser de otra forma. ¿Es acaso de tal naturaleza la queja de

la reina?

—Su majestad asegura que se está ofreciendo apoyo a los fenianos —aseguró Patrizi—. Y no solo logístico, sino también económico. Concretamente, la nota afirma que la Iglesia católica está sufragando el terrorismo.

El cardenal Manning, sorprendido, dirigió una fugaz mirada a su obispo auxiliar, que seguía sin abrir la boca.

—Debe de haber algún error, eminencia —afirmó el arzobispo sin perder la calma—. Su majestad sabe muy bien que esta diócesis se declara, contundentemente, en contra de cualquier tipo de violencia.

—A su santidad le gustará saberlo —dijo Patrizi, volviendo a dejar la taza sobre la bandeja—. No obstante, me temo que su simple palabra no despejará las dudas de la reina.

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer?

En esta ocasión fue Patrizi el que echó un rápido vistazo al convidado de piedra, que parecía limitar su papel al de figura decorativa.

—Déjeme que lo medite un poco, y más tarde volvemos sobre ello —dijo por fin el secretario, consiguiendo que el arco en las cejas del arzobispo fuera aún más acusado.

Ambos eran conscientes de que cualquier medida que sirviera para apaciguar a la soberana sería ampliamente discutida en Roma. Sin embargo, Patrizi no estaba dispuesto a discutirlo delante del obispo auxiliar. Además, el Papa lo había dejado muy claro. Ese obispo no era conveniente; debía ser destituido de inmediato, algo que podía resultar complicado. Una simple palabra del pontífice podía significar una sentencia en Roma, pero la fuerza de su voz disminuía con la distancia y se esfumaba al otro lado del mar.

—Como he manifestado antes —cambió de tercio el secretario de Estado—, su santidad se muestra agradablemente sorprendido sobre este acercamiento de la Iglesia anglicana, gracias, sin duda, a su buen hacer, eminencia.

—Sin embargo…

—Siempre hay un sin embargo, claro —repuso Patrizi con una sonrisa forzada, habida cuenta de que su intento de rebajar la tensión había fracasado—. Su santidad, como sin duda bien sabe, es una persona activa, decidida. Alguien a quien no le gusta ver cómo

crece la hierba a sus pies, si su eminencia entiende lo que quiero decir.

—¿Su santidad considera que no hacemos lo suficiente? —preguntó Manning, al que la retórica ya no le servía.

—No, por favor. No se trata de eso. Le repito que su santidad admira su labor. No obstante, convendrá conmigo en que la situación actual, tanto en la política mundial como en nuestra madre Iglesia, se encuentra en un momento crítico. Usted mismo lo afirma en sus epístolas.

—Lo sé muy bien, eminencia, y todos nuestros esfuerzos van en esa dirección.

—No me cabe duda —repuso Patrizi levantando las manos en un gesto de conciliación—. El Papa lo sabe. Sin embargo, no tenemos tiempo. Su santidad considera que tal vez su labor apostólica debería ser…

—¿Más agresiva?

—Agresiva. No me gusta esa palabra. Al menos no sería la que yo usaría. Europa es débil, y la Iglesia católica lo es más aún. En unos años, América y Rusia dictarán los destinos del mundo. En Rusia tenemos las puertas cerradas, así que no nos queda mucho donde elegir. Si no logramos hacernos fuertes en América, me temo que nuestro futuro se vea comprometido.

—Y cree que Inglaterra puede ser la clave para conseguirlo.

—Francamente, sí. Una Iglesia reunificada nos proporcionaría una posición de fuerza frente al Gobierno británico y sus esferas de influencia, lo que nos abriría importantes puertas al otro lado del Atlántico.

—¿Y esta conclusión es del Papa o suya, eminencia?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si es su santidad quien habla a través de usted o es su propia voz. Conozco bien a Pecci y sé cuáles son sus preocupaciones actuales. Es un buen hombre, pero, como todos, tiene sus debilidades. Sueña con recuperar los Estados Pontificios y dejar de ser un vasallo del Gobierno italiano. Y cree que, si se da la reunificación de las dos Iglesias, los demás países presionarán para que le restituyan lo que considera que es suyo. Y es viejo, por eso tiene prisa.

El rostro del secretario de Estado permaneció impasible.

—En cambio —continuó el cardenal Manning en el mismo tono tranquilo—, usted es un hombre joven. Joven, inteligente y ambicioso. Sabe de sobra que los planes de su santidad son una quimera. Europa languidece, América despunta, y el futuro de la Iglesia pasa por el nuevo continente. Parece razonable. Pero no será mientras el actual Papa o yo mismo caminemos por el mundo. Usted piensa que lo verá. Y se pregunta si, tras la muerte de nuestro querido León, alguien osaría enfrentarse en un concilio a quien hubiera conseguido la reunificación de la Iglesia.

Patrizi no había movido un solo músculo. Hablar así del pontífice y sugerir que pudiera estar equivocado no solo era una falta de respeto, sino que podía suponer una grave admonición. Por no hablar de la embarazosa acusación personal. Pero no había cruzado media Europa para indisponerse con aquel tozudo arzobispo, sino para ganarlo para su causa.

No era Manning alguien a quien se pudiera doblegar fácilmente. Se había enfrentado a la Iglesia anglicana, al Gobierno británico y a su majestad, la reina Isabel. El propio Papa no saldría victorioso en un pulso como el que se palpaba. El arzobispo había nacido anglicano y se había convertido al catolicismo por ideales. Ninguna presión le haría abjurar de ellos. Si se veía en la tesitura de elegir entre la obediencia ciega o seguir el dictado de su conciencia, Patrizi no albergaba dudas de que escogería esto último.

—Todos buscamos el bien de la Iglesia…

—Pero no todos seguimos el mismo camino, eminencia. Espero que mis palabras, por un exceso de sinceridad, no le hayan molestado. Usted sabe bien que en el concilio en el que el por entonces cardenal Pecci fue elegido pontífice yo abogué en su favor. Y continúo pensando que era lo mejor, aunque, como usted sabe, lo mejor no siempre es lo bueno.

Patrizi se sobresaltó.

—No nos andemos con rodeos, eminencia —prosiguió Manning sin perder la calma—. Pecci fue una elección estratégica. Fue escogido porque su candidatura era admisible para todas las partes antagónicas y en previsión de que su papado no se extendiera en el tiempo. Pero no fue una elección que nadie deseara.

—Son muy duras sus palabras.

—Y ciertas. Aunque podría no ser su caso. Usted reúne todas las

condiciones para ser un gran pontífice. Y no crea que lo estoy adulando gratuitamente. Su mayor rival, Galimberti, está acabado. Nunca será Papa. Usted tiene un gran futuro. Pero a misa no se va con prisa, como dice el refrán, ¿no cree?

—Le agradezco su fe en mí, monseñor. Sin embargo, por el momento el santo padre goza de buena salud, y confío en que así continúe. Lo que no es óbice para mostrar mi preocupación por el futuro de la Iglesia. Si prosigue su lento declive, tarde o temprano terminará por desaparecer.

—Y usted debe evitarlo, eminencia. Pero no acelerando esa decadencia. La Iglesia anglicana no está preparada para la reunificación, por mucho que unos cuantos prelados y pastores lo hayan solicitado a Roma. La carta que ha recibido su santidad tiene su origen en cierto malestar de algunos miembros de la Iglesia anglicana por no conseguir cargos a los que creían tener derecho, no se confunda. Y ni son muchos ni son representativos. Créame: si Roma les da pábulo, cometerá un error. La reunificación se alejará, y Victoria no lo olvidará.

—Agradezco su sinceridad, monseñor.

—Pero no está convencido, y eso es porque usted no conoce la idiosincrasia británica —dijo Manning incorporándose de su asiento y rechazando con un gesto la ayuda de Patrizi—. Permítame que se lo ilustre. El Reino Unido aún sigue siendo el motor del mundo, algo de lo que los británicos están muy orgullosos. Debe entenderlo. Vivimos aislados, rodeados de agua, y eso exacerba el nacionalismo. A pesar de ello, tenemos colonias en todos los continentes, los mares nos pertenecen y mandamos en los mercados económicos. Y su majestad, la reina, es el símbolo de esta supremacía.

Patrizi tuvo que volverse para seguir con la mirada al arzobispo. Con pasos cortos, paseaba por la estancia estirando sus anquilosadas piernas.

—Este poderío hace que los inversores sigan apostando por el Reino Unido. Es una cuestión de poder e influencia. Si la reina, máxima autoridad de la Iglesia anglicana, mostrase debilidad o perdiera soberanía en cualquier esfera de poder, todo esto se tambalearía. Podría llegar a suponer el fin del Imperio británico y que este perdiera el liderazgo de la economía mundial.

—Inglaterra no tiene nada que hacer frente a las nuevas

potencias.

—Pero los británicos son ciegos a esta realidad. Por supuesto, el Gobierno y la reina son plenamente conscientes de ello, no son tan tontos. La pérdida de poder y la desaceleración económica son ineludibles. Sin embargo, no pueden reconocerlo o permitirse que alguien lo ponga en duda. La transición debe ser pausada. Gran Bretaña dejará de ser lo que fue y se adaptará. Pero necesitará tiempo para asumirlo.

—¿Y considera que una posible reunificación sería contraproducente?

—No se trata de lo que yo considere, eminencia, sino de lo que considere la reina. Victoria no cierra las puertas a una reunificación, pero sabe que ningún británico, como pueblo soberbio y vanidoso que somos, estará dispuesto a depositar el poder que ahora detenta la soberana en un Papa extranjero que jamás ha pisado estas tierras, y lo digo con el mayor de los respetos. Si accediera, perdería el trono y quién sabe qué más.

—¿Es para tanto?

—Su majestad está recibiendo muchas presiones por parte de un sector del Gobierno y de los más importantes prohombres británicos para volver a restringir la presencia y el poder de Roma en el Reino Unido. Le exigen que vete a los católicos en el Gobierno. La monarca ha tratado de conciliar hasta ahora. Una concesión más, por nimia que sea, le podría costar la corona.

—¿Y qué propone, monseñor?

—Como dijo una de nuestras más célebres plumas: «Las grandes obras no son llevadas a cabo por la fuerza, sino por la perseverancia».

La conversación siguió un buen rato en los mismos términos. Patrizi sabía que el análisis del arzobispo era certero, pero sentía que no tenían el tiempo que este reclamaba y que el tozudo anciano no se plegaría a las órdenes recibidas desde Roma. Hizo un gran esfuerzo por no reflejar la decepción que sentía. Que Manning no llegara a ser un aliado no suponía que debiera enemistarse con él. En eso radicaba la diplomacia. Y quién sabía, tal vez en el futuro precisara de su apoyo, a la muerte de León.

Con todo esto en mente, se obligó pacientemente a escuchar los planes, a largo plazo, de lo que Manning consideraba que debía ser

la hoja de ruta en una posible fusión de las dos Iglesias: acercarse a los hermanos anglicanos, tender puentes hacia el Gobierno británico, un buen trato con la casa real basado en un respeto y reconocimiento mutuos y, por supuesto, el aumento en el número de fieles. Para lo cual, repitió por enésima vez el cardenal, la obra en ciernes de la nueva catedral era un movimiento estratégico.

«La nueva catedral», se dijo Patrizi con hastío. Un inmenso templo que aún carecía de cimientos y que precisaría de largas décadas hasta poder abrir sus puertas a la cristiandad.

El anciano se sumergió en un mar de datos sobre plazos, costes, permisos y licencias. Se le iluminaron los ojos al hablar de la elegancia en sus formas que los planos dejaban entrever. Alabó el reconocido arte del arquitecto escogido para erigir el espléndido templo de Dios. Mencionó los contratiempos que no cesaban de aparecer y se lamentó de los denuedos de algunos políticos, como el alcalde de la ciudad, un furibundo antipapista, por entorpecer el avance de las obras, algo de lo que monseñor Patrizi podría tratar en su reunión de cortesía con el ministro de Interior británico, el señor Henry Matthews.

—Sé que mis palabras no lo satisfacen, eminencia —dijo el arzobispo volviéndose a poner en pie con esfuerzo—. Usted es un hombre de acción, cosa que admiro. Yo, en cambio, soy más partidario de la fina lluvia que empapa estas islas que de los monzones que arrasan otras tierras. No sé si entiende dónde quiero llegar…

—Desde luego, y le agradezco la franqueza con la que me ha hablado.

—Entiendo que no es lo que usted esperaba. Ahora le queda una ardua tarea: informar a nuestro amado santo padre. Ya sabemos que *Roma locuta, causa finita*. Y, desde luego, León ha dictado sentencia sobre este asunto. —El arzobispo se permitió una sonrisa irónica—. Y el Papa es infalible, ¿verdad?

Patrizi asintió en silencio. Sabía muy bien qué opinaba el anciano arzobispo sobre el dogma de la infalibilidad pontificia, establecida por el Concilio Vaticano I casi dos décadas atrás.

—No lo envidio, eminencia —concluyó el cardenal Manning, sin mostrar ningún signo de temor por las consecuencias que pudieran derivarse de su rebeldía—. Confío en que Dios, nuestro señor, lo

guíe en esta empresa en la que se ha embarcado. La Iglesia tiene que perdurar y crecer. Sin embargo, debe hacerlo como la marea que sube lenta pero inexorablemente, no como una de esas monstruosas olas que asolan las costas y lo destruyen todo.

Patrizi extendió su mano para que el arzobispo la tomase y besara su anillo y volvió a asentir en silencio.

—Y ahora, sé que sabrá perdonarme. Soy viejo y me encuentro cansado.

Lo cierto era que al arzobispo se le notaba extenuado, y el secretario de Estado vaticano así lo entendió.

—Lo dejo con mi mano derecha, el padre Liam Connery. Él es el artífice de todo esto y quien más sabe de cuanto rodea a esta diócesis. Por eso he querido que nos acompañara. Él podrá resolver cualquier duda que tenga, eminencia.

Los dos altos mandos eclesiásticos se agarraron un momento por los antebrazos con auténtica simpatía, para sorpresa de monseñor Patrizi, poco acostumbrado a esta autenticidad en el nido de cuervos de donde provenía, y después el cardenal Manning abandonó la estancia con paso lento.

El obispo auxiliar, que durante toda la audiencia se había comportado como uno de esos muñecos de cera de pavoroso parecido humano que madame Tussaud exponía en su museo y que se habían convertido en uno de las atracciones de Londres para aquellos que gustaban de sensaciones fuertes, cobró vida al cerrarse las puertas dobles.

Sin abrir la boca, se acercó a la biblioteca situada a un costado del escritorio del arzobispo y abrió una vitrina de cristal, tras la que se apreciaban los lomos de una colección de libros. Con la puerta acristalada salió una fina plancha de madera en la que estaban pegados los lomos, dejando en el armario el hueco suficiente para una selección de botellas de diferentes licores, vasos de cristal de roca y copas de fino talle. Con tranquilidad, el obispo auxiliar se sirvió una generosa medida de *whisky* en un pesado vaso de cristal tallado y, sin ofrecer a su invitado, volvió a tomar asiento, esta vez en el sofá que había ocupado el cardenal Manning.

—*Povej mi, mali brat, zakaj si prišel?* —preguntó el obispo con una sonrisa aviesa.

—¡Te he dicho que no hables en ese idioma! —respondió al instante en italiano monseñor Patrizi, mordiendo las palabras con rabia.

—Bueno, bueno —repuso el otro sin perder la sonrisa. Alzó las manos en señal de paz y pasando al italiano repitió—: Dime, hermanito, ¿por qué has venido?

—Te agradecería que te dirigieras a mí como «eminencia».

El secretario de Estado tomó aire. Necesitaba tranquilizarse. No podía permitir que lo sacara de sus casillas nada más comenzar la conversación. Pero sabía que era una batalla perdida. Aquel hombre de profundos ojos negros y sonrisa despiadada siempre había logrado hacer de él su voluntad.

—Eminencia —repitió el obispo, paladeando el término como había hecho con el *whisky*—. Claro, por supuesto. Dígame, eminencia, ¿cuál es el motivo que lo ha traído hasta aquí? ¿Una visita de cortesía a su hermanito?

—Nos pueden oír —murmuró Patrizi, notando que el rubor le subía a las mejillas. Estaba acalorado. Todo el ejercicio de mentalización que había llevado a cabo durante el agotador viaje se había ido al garete en un instante.

—Tranquilo, nadie nos está escuchando —dijo el obispo haciendo un despreocupado aspaviento con la mano—. Me alegro de volver a verte. Estás espléndido.

Monseñor Patrizi volvió a sentarse, separado de su hermano mayor por la mesita donde seguía estando el servicio de té, que ahora soportaba, además, el vaso de *whisky* al que el obispo ya había dado un par de placenteros sorbos.

Los dos hermanos se mantuvieron la mirada. El obispo Connery con sonrisa torva y un inquietante brillo en los ojos, y monseñor Patrizi con rostro de preocupación. Tenía la mano enterrada en el bolsillo, donde manoseaba nerviosamente la medalla de san Miguel.

Hacía años que no se veían.

La última vez había sido en España, cuando Patrizi aún no había ascendido a lo más alto de la cúpula eclesiástica y era arzobispo en Madrid, donde había sido destinado como nuncio romano.

Por entonces, Ignazio Patrizi tenía una visión de la Iglesia más platónica y un concepto de la curia más amable. Era estudioso, buen diplomático y un orador convincente que dominaba seis

idiomas y se defendía en un par de ellos más. Sabía que su mundo era aquel, entre los altos muros y el olor a incienso, entre libros y misas. La ambición aún no había asomado el rostro, y se contentaba con llevar a cabo cuanto supusiera la gloria de Dios y de su Iglesia.

No había sido su hermano mayor quien arruinara esa visión, por supuesto, pero su visita había desvanecido el sueño en el que había creído vivir durante todos aquellos años, enfrentándolo a la realidad de sus raíces y al convencimiento de que sus días dorados habían llegado a su fin.

Una fría noche, en vísperas de Navidad, alguien llamó a la puerta de la residencia arzobispal y su asistente anunció un nombre que el confiado nuncio llevaba más de veinte años sin escuchar. El fantasma que entró en la sala y obligó a Patrizi a sentarse porque las rodillas no le respondían era, no cabía duda, su desaparecido hermano mayor, o al menos una versión desmejorada. Flaco, aterido, sin afeitar, con el pelo lacio colgándole por encima del rostro.

Durante interminables días, el ahora obispo auxiliar aprovechó para descansar y recuperarse al amparo de la obligada hospitalidad de su hermano pequeño, mientras desgranaba su azarosa vida desde que abandonara el colegio donde habían sido recluidos.

Con horror, Patrizi fue escuchando un relato que en ninguna pesadilla habría podido imaginar. El paso de su hermano por la camorra, su precipitada huida de Italia para evitar ser asesinado, el deambular por toda Europa hasta escapar a Irlanda, donde había ejercido como matón sanguinario y estafador. Una existencia delictiva que le había proporcionado un alto nivel de vida hasta cometer lo que calificó como una estupidez: delatar a los fenianos asesinos de unos poderosos prohombres británicos.

Era esta estupidez lo que lo había obligado a huir de nuevo y regresar al viejo continente. Allí, sin saber dónde esconderse, se había enterado de que su hermano pequeño había sido nombrado arzobispo y, bajo el nombre de Ignazio Patrizi, residía en la capital de España.

Una semana más tarde, ya plenamente recuperado, su hermano le había confesado con todo descaro lo que pretendía de él, y Patrizi, estupefacto, empalideció.

—¿Así que eres tú quien maneja el asunto de la nueva catedral?

—dijo monseñor tratando de recuperar la entereza. Nunca hablar con su hermano había resultado fácil, y en aquella ocasión lo sería mucho menos. Al menos su agotamiento había desaparecido como por arte de magia; sus sentidos estaban alerta y su cerebro, lúcido.

—Pues sí, ¿qué te parece? —contestó Connery con alegría—. Soy el responsable de la construcción de la mayor catedral que tu Iglesia se haya atrevido a levantar en estas islas. ¿No es asombroso?

—¿Y cómo va?

—Bien, bien —contestó evasivo el obispo, tomando el vaso de la bandeja.

—Es un proyecto ambicioso.

—Lo es.

—¿Cómo has conseguido los fondos necesarios?

Connery fingió escandalizarse por un tema tan poco espiritual.

—Donaciones, ya sabes —terminó por decir.

—¿Es por eso que el arzobispado no ha enviado a Roma el óbolo de san Pedro?

—Vaya. Alguien se ha ido de la lengua. ¿A eso has venido?

—En parte. ¿Por qué no lo hemos recibido?

—Hacía falta aquí —señaló divertido el obispo—. ¿Sabes lo que cuesta levantar una catedral? Nuestro querido arzobispo Manning no tiene ni idea. Cree que el dinero llueve del cielo.

—No tienes autoridad para quedártelo —repuso Patrizi enojado —. Pero solamente con eso no has podido reunir suficiente dinero, ¿verdad?

Connery se limitó a dar un sorbo a su copa y paladearlo.

—Esos rumores que han llegado a Roma sobre supuestas extorsiones de alguien relacionado con esta diócesis, respaldado por los terroristas irlandeses, son ciertas, ¿me equivoco? Palizas, negocios en llamas…

—Bobadas. Ya sabes cómo son los ricos. Siempre quieren quedar bien. Hablas con ellos, les planteas las dificultades terrenales para levantar un gran templo de adoración, acceden a colaborar con las migajas, pero luego se arrepienten y hacen acusaciones infundadas.

—Esos ricos a los que te refieres son en su mayoría anglicanos y no creo que tengan ningún interés en una catedral católica.

—Ah, ¿sí? —contestó Connery con despreocupación.

—¿Aún mantienes relación con esos terroristas?

—Yo mantengo relación con mucha gente, ¿acaso no lo sabes?

Era evidente que la conversación no le estaba gustando al obispo auxiliar, y Patrizi se preguntaba por qué. Los fenianos habían querido matarlo por traicionarlos. Era evidente que habían llegado a un acuerdo, pero al mencionarlos se había puesto nervioso y no dejaba de frotarse aquella cicatriz.

—Dime, hermanito —dijo Connery deseoso de cambiar de tema —, ¿cuál es en realidad el propósito de tu presencia aquí?

Ya no se encontraba tan tranquilo. La mirada había perdido parte de su brillo y parecía más perturbada de lo que Patrizi recordaba. El secretario sentía la llegada inminente del desastre y manoseaba sin cesar la medalla de san Miguel como si así pudiera conjurar el peligro.

—¿Tienes algo que ver con esas muertes? —soltó de golpe.

Antes de acabar la frase, el corazón de Patrizi ya dio un vuelco.

—¿Muertes? ¿Qué muertes? —preguntó Connery, fingiendo descuido y observando el licor de su vaso al trasluz.

—Las de esas mujeres —replicó Patrizi. Su hermano se había recuperado en un instante, pero, por un momento, al escuchar la pregunta que atormentaba al secretario de Estado desde hacía semanas, el brillo de su mirada lo había delatado.

—¿Qué mujeres? —volvió a preguntar el obispo adoptando un aire de simulada concentración—. ¡Ah!, te refieres a las putas.

—¿Las has matado tú? —dijo Patrizi con un hilo de voz.

San Miguel no lo iba a auxiliar. Sus peores presagios se cumplían. Desde que leyera los recortes de prensa sobre aquellas espantosas muertes, una terrible sospecha, al principio tenue, se había ido abriendo paso como un zarcillo entre sus pensamientos, extendiéndose más y más, arrinconando en una esquina de su mente el último retazo de esperanza. Pero este también había sucumbido.

—Vaya, ¿así que te has dado cuenta? —comentó Connery con una risotada. Se había llegado a plantear la posibilidad de negarlo, pero sabía que sería en vano—. ¿A eso has venido hasta aquí, a preguntarme por la muerte de unas putas?

Había formulado la pregunta con fingida sorpresa.

—¿Cómo has podido?

El silbido en el que se había convertido la voz de monseñor estaba impregnado de rabia, incomprensión, dolor y amargura.

—¿Que cómo he podido? —repitió el obispo sin dar crédito a la indignación de su hermano—. ¡Eran putas! ¿A quién le importa? En Londres las hay a miles. Todos los días aparece alguna de ellas con el cuello rajado o flotando en el Támesis.

—¡Pero tú eres obispo!

—¡Yo soy tan obispo como tú cardenal! —repuso Connery, destilando veneno—. ¿A quién quieres engañar? Mírate. Con esos ropajes de representante del gran pontífice y esos aires de importancia. Somos los hijos de un borracho y una puta, hermanito. Dos cabreros.

—¡Cállate!

—Al menos yo sé quién soy. No finjo. A ti se te ha subido el cargo a la cabeza, muchacho. No eres más que un simple cabrero que se ha puesto una elegante sotana.

Patrizi era incapaz de rebatirlo. La sensación de desastre lo paralizaba. No obstante, se dio cuenta de que su hermano no estaba tan tranquilo como aparentaba. Se frotaba el antebrazo cada vez con más intensidad. Aquello era algo nuevo. En todos los años que habían compartido la casa familiar, nunca había visto que nada pudiera alterar a su hermano mayor, lo que, para él, mucho más inseguro, lo convertía en una especie de héroe.

Los Mlekuc eran una familia pobre que malvivía en la casa pobre de un casero pobre en un pueblo pobre lleno de familias como la suya, olvidado en un remoto rincón del grandioso Imperio austriaco.

Nejc Mlekuc, un borracho que se ganaba la vida con lo que encontraba, había arrastrado a Orsola, una poco agraciada mujer italiana, hasta aquellas duras tierras, sacándola de la aldea de sus padres, y le había hecho la vida imposible y un montón de hijos, de los que solamente habían sobrevivido dos: Dragan, el mayor de ellos, y Aleksej.

Los dos niños habían compartido con su madre los malos tratos de Nejc, que se recrudecían especialmente cuando este no conseguía algún trabajo, lo que le impedía comprar aquel vino áspero que tanto le gustaba, o cuando en una buena racha tenía para beberlo en abundancia.

Entonces era cuando el bruto mostraba su peor cara. Cualquier excusa era buena para pegarles una paliza con sus manos ásperas.

Que la comida estuviese fría o que no hubiera suficiente. Que uno de los críos se cruzara en su camino. Que su mujer le ocultara alguna moneda o ver salir a uno del pueblo de su casa, aquella habitación mal ventilada compartida por toda la familia, en la que la pobre mujer se abría de piernas por unas monedas para poder poner algo en la mesa.

Todo servía para descargar su frustración, su mal humor, su rabia. Abría la mano y la blandía sobre el que en ese momento estuviera más cerca; a menudo sobre la pobre mujer, que se ofrecía de escudo para proteger a sus hijos.

Hasta que, un día, el hombre levantó la mano para golpear a Dragan y este agarró un palo afilado endurecido al fuego que solía utilizar para atormentar a las cabras que debía cuidar y lo puso bajo el cuello del maltratador. Patrizi lo tenía todo grabado en la memoria. Su madre abrazándolo, con los ojos desorbitados y un grito contenido a punto de escapar. Él mismo aferrado a ella con el rostro escondido en su vestido, viendo de refilón cómo la punta del palo blandido por su hermano, un niño enfrentado a un gigante, retenía la mano de este en el aire. Estaba aterrado.

Nadie dijo nada, ni en ese momento ni después. El borracho escapó de la casa, y la madre corrió a abrazar a Dragan. A partir de entonces, las palizas fueron repartidas entre la madre y el hijo pequeño, Aleksej, sin que el bruto volviera a atreverse a levantar la mano al hermano mayor. Algo había visto aquel salvaje en la mirada del chico, al que doblaba en peso y tamaño, que lo llevó a evitarlo hasta el día de su ignominiosa muerte, que, para descanso de todos, no tardó en llegar.

La relación entre los dos hermanos, si es que aquello se podía llamar relación, era de absoluta dependencia por parte del pequeño. Todo lo que tenía de fuerte, decidido y cruel el mayor, lo tenía de indeciso, dócil y acobardado el menor.

Dragan se había convertido en un abusón, con su hermano y con el resto de niños del pueblo. Siempre estaba inmerso en peleas en las que raramente se metía a pecho descubierto, mostrando una sorprendente facilidad para rodearse de otros matones, más grandes que él, a los que embarcaba en sus fechorías, tanto fuera robar como dar palizas o atormentar a cuantos seres vivos cayeran en sus manos.

Para el delicado Aleksej, Dragan era tanto una amenaza como un orgullo. Nadie osaba enfrentarse a su hermano en el pueblo, y este miedo lo protegía de otros matones que no fueran su hermano mayor.

De esta manera, el pequeño de los Mlekuc había crecido sintiendo una extraña amalgama de sentimientos contradictorios hacia su hermano: fascinación, odio, miedo, admiración, repulsión. Todo este conglomerado anulaba su propia personalidad y lo convertía en un pelele en manos de Dragan.

Tras la muerte del padre, la familia regresó a la ciudad udinesa de Cervignano del Friuli, de donde era natural Orsola. Allí el tío materno había acogido sin demasiado entusiasmo a los dos chavales y los había metido en un colegio.

Aquello había supuesto el cielo para el pequeño Aleksej. Descubrió que aquel mundo de estudio y disciplina encajaba de maravilla con su naturaleza plácida, tanto como repelía a su hermano Dragan, que no tardó en fugarse, lo que supuso un renacimiento para Aleksej. Lejos de su hermano, llegó a pensar que jamás lo volvería a ver. Rodeado de libros, paz espiritual y sabios profesores, se dedicó en plenitud al estudio, algo que no pasó desapercibido para el patriarca de la familia Patrizi, un conocido mecenas que accedió a adoptar a ese chico al que se le adivinaba un futuro prometedor.

A esto era a lo que se había referido Dragan. Ser adoptado por una familia rica, cercana a la curia vaticana, no era nada extraño ni un deshonor. Pero un niño adoptado nunca llegaba a formar parte integral de la noble familia y, en la carrera eclesiástica, solo podía aspirar a convertirse en párroco o tal vez obispo de alguna poco deseada diócesis.

Pero a Aleksej Mlekuc lo había aupado la influencia de su mecenas. El patriarca no había tardado en comprobar que el potencial del pequeño rebasaba sus propias expectativas y, deseoso de colocar una pica en la cúpula de la Iglesia a la que servía, no había dudado en sobornar y falsificar documentos para que aquel niño fuera considerado de su propia sangre y pudiera optar a las más altas instancias.

Ignazio, nombre escogido por el patriarca, no lo había defraudado, y su ascenso hasta la cúpula vaticana había llenado de

orgullo a su benefactor, que no había podido ver cómo su protegido era nombrado arzobispo, pues falleció un año antes de la ceremonia.

Aquellos habían sido los años buenos de Aleksej, ahora Ignazio Patrizi, en los que el ya arzobispo, menos ambicioso que su padre adoptivo, feliz e integrado en su cargo, se había dedicado a lo que creía era su destino: cantar las alabanzas de Dios y difundir su palabra.

Sin embargo, todo aquello había cambiado al adentrarse en la implacable rueda de la burocracia vaticana, con sus egos, sus conspiraciones, su corrupción. Con el tiempo, su visión celestial de la Obra se había ido transformando, al principio de manera inapreciable, en una mirada mucho más mundana. Donde todo era un cielo azul, se habían ido acumulando formaciones de nubes oscuras que habían convertido su vida en un páramo gris del que ahora no podía escapar.

Y aquel drástico cambio, del joven sosegado e idealista al adulto ambicioso, precavido y pragmático, había cerrado su círculo una noche en la que un fantasma del pasado, que creía desaparecido y del que durante años se había preguntado cómo había podido ejercer semejante influencia sobre su persona, se había aparecido en su casa, en Madrid, donde ejercía orgulloso como representante del pontífice en España.

Y ahora, en aquella estancia del arzobispado londinense, lejos de la tierra que los había visto nacer, los dos hermanos Mlekuc volvían a reunirse sin que nada pareciera haber cambiado a lo largo de tanto tiempo. De nuevo era Dragan el que se imponía, el que mancillaba cuanto tocaba, el que conseguía lo que quería, y otra vez le tocaba a Aleksej el papel del hermano pequeño que se doblegaba y acataba, sin que el saberlo y sentirse enfadado consigo mismo pudiera evitarlo.

—Quiero que vuelvas conmigo a Roma —dijo, tratando de recuperar la compostura y de imprimir un tono enérgico a sus palabras.

—¿Volver? —preguntó el obispo, divertido—. ¿Te has vuelto loco? No puedo regresar. En Italia me buscan para matarme. ¿Acaso lo has olvidado? ¿O es eso lo que pretendes?

Patrizi se contuvo de nuevo. No se le había pasado por la cabeza

la posibilidad, aunque debía reconocer que la muerte de su hermano supondría el fin de un montón de problemas. Lo había dicho sin pensar, una idea peregrina e improvisada. Su hermano no volvería a poner un pie en Italia, donde los miembros de la camorra, que tenían sus raíces incrustadas incluso dentro de los muros de la Ciudad Santa, lo estaban esperando.

—Estás enfermo —masculló Patrizi desesperado.

De pronto, sin saber cómo, su vieja pesadilla se le apareció en una visión. El rebaño de cabras que pastoreaba de niño en las montañas de su Eslovenia natal, el abominable lobo que lo diezmaba, el terror ante las fauces de la bestia… Una bestia, se dio cuenta impotente, que no mostraba el rostro de su rival, monseñor Galimberti, sino el de su maldito hermano Dragan. Ahora lo veía claro.

Aquella abominación iba a suponer la ruina de la Iglesia y la que acabara con los sueños del cardenal Patrizi. Si se llegara a saber que un obispo era el asesino de Whitechapel y que su protector era su propio hermano, nada menos que el secretario de Estado vaticano, la mano derecha de su santidad el papa León XIII, un impostor, los enemigos no tardarían en arrojarse encima y destrozar inmisericordes su Obra.

—Me pediste una nueva vida —protestó monseñor, recordando la conversación mantenida en Madrid, en la que Dragan había exigido ser ocultado en Inglaterra, en el seno de la Iglesia católica, a cambio de no revelar la verdadera identidad de Patrizi—. Me suplicaste que te diera una oportunidad.

—¿Te supliqué? —preguntó Connery con una risa desagradable —. Yo no te supliqué nada. No necesito suplicar.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber Patrizi, furioso.

—¿Por qué? —repitió su hermano, sorprendido—. Porque me divierte. ¿Qué otro motivo podría tener? No las había visto en mi vida.

—¿Te das cuenta del peligro en el que nos has puesto a los dos?

—Calma, Aleksej —contestó el obispo, levantando las manos—. No hay por qué alterarse. No he puesto nada en peligro, hermanito. Solo he matado a unas furcias.

—La policía está detrás de ti. La prensa de todo el mundo aguarda tu detención.

—Increíble, ¿no te parece? —repuso Connery con tono triunfal —. Todo el mundo está pendiente de mis travesuras.

—¿Y qué harás cuanto te atrapen?

—¡Nadie me va a atrapar! La policía es estúpida. Puedes estar tranquilo. La prensa lo está aprovechando para atacar al gobierno de Salisbury con esas pamplinas de los desheredados y los barrios olvidados. Lo que por otra parte es beneficioso para ti, ¿no crees? ¿No es eso lo que le has pedido a Manning? Necesitas presencia en el parlamento británico. Esas muertes te abrirán las puertas. Se está gestando una revuelta. Si sabes jugar tus bazas, podrás cumplir tus objetivos. ¿Y gracias a quién será, hermanito?

—¡No! Esta locura tiene que acabar, ¿me entiendes? —exclamó Patrizi, enfrentándose por primera vez en su vida a su tiránico hermano—. ¡Acabar! Y tienes que abandonar Inglaterra de inmediato.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —preguntó Connery, aunque lo cierto era que el nuevo tono de su hermano lo había descolocado—. ¿Pretendes acaso que vuelva a cuidar cabras?

El obispo se levantó de su asiento. Había tardado solo un instante en recobrarse y volvía a comportarse como el demonio que era.

—No regresaré contigo, pero te diré lo que vas a hacer tú.

Patrizi intentó incorporarse, pero Dragan, sin ningún miramiento, lo empujó y lo hizo sentar, acercando su rostro hasta ponerlo a la altura del de su amedrentado hermano, que miraba el fondo insondable de aquellos negros ojos.

—Volverás a Roma. Y lo harás hoy. Le dirás a tu querido santo padre que Manning se ha mostrado receptivo y que acatará sus órdenes. Del resto me encargo yo. Nadie me atrapará. Sigue con tu vida y guarda silencio, y, cuando llegue tu momento, podrás sentarte en esa silla de Pedro que tanto te gusta. —Connery se incorporó y lanzó una carcajada—. ¿Ya has pensado qué nombre elegirás? ¿Adriano, Sixto? ¿O tal vez… Inocencio?

Volvió a reírse desagradablemente de su propio chiste, mientras el secretario de Estado trataba de recuperar el aliento.

—Vuelve a tu nido de cuervos, hermanito —se despidió Dragan, dando por concluida la reunión y encaminándose de nuevo al mueble bar para servirse otra copa—. Aunque antes quiero que me

hagas un último favor.

Capítulo 17

«Jack el Destripador vuelve a asesinar. Doble evento en el East End»
London Daily Post

Sábado, 29 de septiembre de 1888. Londres

—¡Abberline! —llamó desde la calle el sargento Thick al ver al inspector entrando en la comisaría de Commercial Street.

Este se dio la vuelta, alertado por aquel vozarrón inconfundible que siempre presagiaba malas nuevas.

—Sargento Thick —saludó pacientemente Abberline, sosteniendo aún la puerta a medio abrir—. Hace días que no lo veía. ¿Qué tal se encuentra?

—Podría estar mejor —repuso Thick, metiendo los pulgares en el cinturón y sin moverse de la acera, donde aguardaba a que Abberline entendiera que deseaba hablar a solas con él.

El inspector, con un suspiro mental, apeló al estoicismo y se acercó hasta el sargento, que se balanceaba sobre las punteras de sus botas reglamentarias.

—Hace unos días, vino detenido un tipo con el que usted mantuvo una charla y posteriormente fue puesto en libertad, ¿lo recuerda? —preguntó Thick tratando de bajar el tono de su poderosa voz—. Tom Gardener, un ladrón de cuerpos. Lo llaman Topillo.

Abberline entrecerró los ojos tratando de imaginar por dónde podría trascurrir la conversación. Había intentado que aquella detención se mantuviera en secreto, y lo que menos deseaba era que agentes como Thick estuvieran al tanto de sus movimientos.

—Lo recuerdo, ¿qué sucede con él? —contestó el inspector, tratando de no mostrar demasiado interés. El nombre de Topillo en boca del sargento ahuyentaría irremediablemente al ladrón de cuerpos y entonces Abberline ya podría ir despidiéndose de una

posible fuente de información fiable—. ¿Se ha metido en problemas?

—Bueno, si llama meterse en problemas a estar muerto con un pico clavado en la espalda sobre una tumba removida, entonces sí, se ha metido en problemas.

—¿Lo han asesinado? —preguntó Abberline, alarmado—. ¿Cuándo?

—El cuerpo ha aparecido esta mañana en el cementerio de Saint Patrick, donde Topillo solía faenar. El vigilante del cementerio ha ido a dar una vuelta y se lo ha encontrado frío como un témpano. La punta del pico le salía por el pecho. Debió de ser doloroso, ¿no cree?

—¿Hay alguna pista de quién ha podido ser? —dijo Abberline, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

—Según las apuestas que han hecho los chicos, habrá sido alguna banda rival de ladrones de cuerpos para reducir la competencia. Pero creo que a usted no le va a gustar esta teoría.

—¿Y por qué no habría de gustarme?

—Porque, cuando ha llegado la noticia de la muerte, el sargento de guardia ha recordado que Topillo vino hace un par de días preguntando por usted.

—¿Qué? —exclamó Abberline a voz en grito—. ¿Y no me avisaron?

—El sargento de guardia dice que llegó sobre mediodía, preguntó por usted, le dijeron que no estaba y que podía esperar, volver más tarde o dejar el recado. Topillo no quiso dejar ningún recado y se largó como alma que lleva el diablo.

Abberline, rojo de repente por la furia, se tapó el rostro con las manos y guardó silencio unos segundos, intentando calmarse.

—No ha sido una banda rival —dijo al cabo de un rato como hablando para sí mismo—. Si hubieran sido ellos, no lo habrían dejado tirado. Hubieran vendido su cuerpo, como hacen con los que desentierran.

El sargento Thick no tuvo nada que oponer a esta lógica.

—Mandé detener a Gardener con las manos en la masa y lo amenacé con llevarlo ante el juez al que robó el cadáver de su madre —se molestó en explicar Abberline. Ya no importaba que el sargento supiera el motivo por el que había ordenado la detención

del ladrón de cadáveres. Al fin y al cabo, Thick era el único que había mostrado iniciativa y se había fijado en sus movimientos—. Le di instrucciones para que me hiciera llegar cualquier información que le llegara sobre el asesino.

—Gardener nunca ha sido un soplón —repuso Thick sin cuestionar cómo sabía Abberline que el ladrón de cadáveres iba a ir al cementerio a desenterrar un cuerpo—. ¿Cree que alguien lo vio entrar en la comisaría buscándolo a usted y, temiendo que se hubiera convertido en un chivato, lo matara?

—O tal vez conociera la identidad del asesino y este lo haya silenciado para siempre. ¡Maldita sea! Tenían que haberme avisado.

—En comisaría todo el mundo conocía a Topillo y nadie sabía del trato que tenía usted con él, así que el sargento de guardia no pudo imaginar que fuera un confidente. Todos los días llega gente preguntando por usted, por el oficial al mando, por el encargado de la investigación…

—Lo sé, lo sé —concedió Abberline con desesperación. Estaba seguro de que el ladrón de cuerpos tenía información vital que ofrecerle, y ahora esta se había evaporado definitivamente. «¿Qué es lo que Topillo se ha llevado a la tumba?», se preguntaba el inspector.

—Lo perdí todo —sollozó Liz «la Larga», secándose con la manga de la camisa una lágrima que no terminaba de descolgarse por su huesuda mejilla—. A mi marido, John Stride, el hombre más bueno del mundo. Y a mis cinco hijos.

La mujer ya no pudo soportar más y se derrumbó sobre la mesa del *pub*
Pope's
Head llorando lastimeramente. Apiadándose de la desafortunada mujer, el hombre que se sentaba frente a ella hizo un gesto al tabernero para que trajera otra ginebra.

En otra mesa de la esquina, un parroquiano dio un codazo a su compadre, que apuraba una pinta, y con una sonrisa ladina se apostó dos peniques a que el tipo caía en manos de Liz. El compadre estudió un momento al incauto, un hombre que ya no era joven, vestido con un traje que ya tenía brillos del uso, un rostro vulgar, adornado con un pequeño bigote y el cráneo más pelado que

una sandía. Seguramente un tenedor de libros o un empleado de banca de baja categoría.

Aceptó la apuesta. El tipo tampoco parecía tan tonto y a todas luces se le veía cicatero, tal vez incluso fuera escocés. El tabernero se acercó a la mesa de la desconsolada mujer y el hombrecillo con una bandeja en la que hacía equilibrios un vaso de ginebra rebajada con agua, y sin mediar palabra la puso ante Liz, aguardando a que el hombre la abonara, algo que lo confundió y le hizo recelar.

—¿Y dices que tu marido y tus hijos murieron en el naufragio? —preguntó el tipo, con la mosca detrás de la oreja. Por el gesto del aburrido tabernero, este parecía haber escuchado tan extraordinaria historia más de una vez.

—Sí —dijo la mujer con el rostro compungido bañado en lágrimas—, y cuando trataba de escapar subiendo por el mástil, una zorra me golpeó en la boca para poder subir ella y me arrancó los dientes. ¡Mira!

El tipo echó una rápida mirada a aquella gruta hedionda en la que faltaban todos los dientes del lado izquierdo de la mandíbula inferior y asintió, admitiendo la prueba, para que ella cerrara la boca cuanto antes.

—¿Por el mástil? ¿Pero el *Princesa Alicia* no era un vapor?

—¡Mis niños! —chilló la mujer comenzando a sobreactuar, viendo que su presa se escapaba del anzuelo—. Hubiera dado mi vida por la de mis hijos.

El tipo le acercó la copa de ginebra, dijo unas palabras que ella no entendió, se puso rápidamente en pie y, cubriéndose con su bombín, tan ajado como el traje, huyó del *pub*.

Liz comenzó a insultar al tabernero mientras los dos compadres entrechocaban sus pintas, uno con la alegría de haber ganado y el otro picado por la derrota.

—Como sigas molestando a los clientes te tendrás que ir —dijo a Liz el tabernero, impertérrito, señalando la puerta.

La mujer, furiosa, contuvo su lengua y echó un vistazo para encontrar a otro primo al que sacarle los cuartos, alguien que no conociera ninguna de sus historias, pero todos eran viejos clientes y no parecían mostrar ningún interés por ella, lo que la deprimió aún más.

Elizabeth Stride, de nacimiento Elizabeth Gustafdotter y

conocida en la calle como Liz «la Larga» por su altura, era una sueca de cuarenta y cinco años tan bien llevados como los podría llevar cualquier mujer que durmiera un par de veces a la semana en la calle y el resto en cualquier camastro. De ojos grises deslucidos y pelo castaño casi negro, nunca había sido una belleza.

Como todos los desafortunados del mundo, había sido arrancada de su infancia muy pronto, para trabajar en una casa cuidando a los cuatro hijos de un matrimonio respetable. Respetable hasta que un día el ama de Elizabeth descubrió que esta se encontraba embarazada. Como la chica nunca abandonaba la mansión, aislada en la campiña, el mayordomo era demasiado mayor y el cochero medio tonto, la señora de la casa no necesitó mucha imaginación para adivinar que el padre del bastardo era el crápula de su marido.

Expulsada y sin carta de presentación, había viajado hasta Londres para buscarse la vida. Pudo trabajar como costurera hasta que se hizo evidente su embarazo, lo que hizo que la policía la catalogara como prostituta. Al cabo de los meses, Liz dio a luz una niña muerta, y eso fue todo lo cerca que estuvo de la maternidad.

En su vida apareció John Stride, un carpintero de barcos que le puso su apellido en una boda sin invitados. El matrimonio abrió una cafetería en Chrisp Street, en Poplar, un distrito de pocos habitantes al este de Londres. El negocio no iba mal, pero no tardaron en comenzar las disputas entre ellos, hasta que un día cerraron la cafetería y Elizabeth abandonó a su marido.

Sola, en una sociedad donde las mujeres dependían por entero de un hombre que las tutelara, se le comenzaron a cerrar todas las puertas, incluso las de sus numerosos amigos. Abandonada a su suerte, comenzó su devaneo con la ginebra y esta rápidamente la poseyó. Elizabeth, la mujer amable, siempre con un buen gesto para los demás, se convirtió en Liz la Larga, un ser amargado que no tardó en conocer los calabozos por estar borracha y provocar desórdenes.

Si algún don tenía Stride, este era el del teatro. Mitómana, se inventaba un pasado que nada tenía que ver con la realidad e, influida por el trabajo de su marido como carpintero constructor de barcos, aprovechó el hundimiento del *Princesa Alicia*, la peor tragedia marítima sufrida en el Támesis, en la que habían muerto casi setecientas personas, para «enviudar» y quedarse sin sus hijos,

que unas veces eran cinco y otras nueve, dependiendo de la cantidad de ginebra ingerida.

Pero, con don o sin él, Liz había perdido la ocasión de desplumar al hombrecillo de cráneo mondo y con ello la posibilidad de beber otro trago gratis. Viendo que el tabernero no la perdía de vista, le hizo un gesto obsceno con la mano y se largó del *pub*.

A la misma hora que Elizabeth Stride versionaba sus desventuras en el *Princesa Alicia*, en Aldgate High Street, el agente Louis Robinson, de la policía de la City, se abría paso entre la gente apiñada que formaba corro en torno a la figura de una mujer tirada en el suelo.

—Apártense, apártense —dijo el policía—. ¿Qué ocurre aquí?

En el suelo, manchada por el barro y el hollín del empedrado, más el de sus vómitos, Catherine Eddowes, más conocida por Kate, murmuraba maldiciones a la vez que agitaba débilmente las manos. El agente hizo un gesto de desesperación al reconocer a la mujer. Otra puta deslenguada a la que le gustaba enfrentarse con los agentes. De buena gana la hubiera esquinado y dejado dormir la mona, pero había demasiada gente que esperaba su reacción.

—Venga, arriba —dijo el agente, tocando con la puntera de su bota el brazo de la mujer, que no se inmutó—. ¡Vamos, levanta!

El agente la agarró de un brazo y a pulso la levantó, para apoyarla en una valla, pero Kate se volvió a caer, esta vez sobre un montón de excrementos de caballo, lo que amortiguó la caída pero no mejoró su aspecto.

—¿Qué sucede, Louis? —preguntó otro agente que venía de apoyo, avisado por algún ciudadano.

—Esta, que está como una cuba —contestó Robinson volviéndola a coger de un brazo y esperando que su compañero hiciera otro tanto del otro—. Lleva toda la tarde de un lado para otro cada vez más borracha.

La gente seguía apelotonándose, agradeciendo el espectáculo y aguardando a que la mujer comenzara a dar patadas a los agentes, algo que a buen seguro ocurriría.

—¿Sabes quién es? —preguntó el agente que había venido a socorrer a su compañero.

—Sí, es Kate. Era hija de buena familia, hasta que sus padres la

palmaron. Se juntó con un tipo llamado Conway, un pensionista de la Royal Irish al que le sacó hasta las muelas antes de mandarlo a paseo. Ahora lleva un tiempo con un tal Kelly. Se pasan el día peleando y alborotando. ¡Esta zorra tiene muy mal genio!

Robinson llamó con su silbato al carro de la carne, que hacía la ronda, y metieron dentro a la borracha.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó el sargento Byfield, de la comisaría de Bishopsgate, al ver entrar a la mujer colgando de dos de sus hombres—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Lo de siempre, sargento —contestó el agente Robinson dejando a Kate sentada en un banco—. Estaba en Aldgate tirada en el suelo, borracha perdida.

—No la dejéis ahí, chicos. Metedla en una celda.

Los policías volvieron a cargar con la mujer y la llevaron en vilo hasta una de las celdas, donde la dejaron encima del jergón para que durmiera la mona.

Encerrada allí, la mujer se encontraba en un doloroso duermevela. Un fortísimo dolor de espalda, los vómitos y la fiebre habrían alertado a un médico de que podía tener la enfermedad de Bright, si es que la desgraciada hubiera tenido dinero como para asistir a su consulta. Pero Kate no tenía ni una moneda. Aquella misma mañana habían empeñado las andrajosas botas de John Kelly, el novio con el que vivía a veces, y para el mediodía ya se había gastado los seis peniques que le habían dado por ellas. Ahora se encontraba sin dinero y sin botas. El pobre Kelly estaría andando descalzo por la calle, con los pies empapados en un día ventoso como el que hacía. «¡Que lo zurzan!», se dijo la mujer. Eso le estaba bien empleado por maltratarla. ¿Qué se había creído ese piojoso? Poco a poco, el sueño la venció y se quedó sumida en la paz de la inconsciencia.

A primera hora de la noche, Elizabeth Stride caminaba descuidadamente por Commercial Road hacia el norte. Había comenzado a llover y el viento arreciaba, lo que no animaba a quedarse al descubierto. Las farolas apenas podían con la oscuridad, y el cielo, cubierto como estaba, no dejaba ver la escasa luz de la luna, que transitaba por su cuarto menguante.

Mojada y aterida, la Larga decidió probar fortuna en el

Bricklayer's
Arms, en Settles Street. Al tratar de acceder, la puerta se abrió bruscamente y asomó un camarero que sacaba por las malas a un cliente muy borracho, sujetándolo con una mano por la cinturilla del pantalón y con la otra por el cuello de la camisa.

Liz aguardó a que el camarero se desprendiera de su carga arrojándola al empedrado y entró en el local, dejando una prudente distancia con el furioso tabernero, que maldecía a voz en grito y amenazaba a otro cliente con correr la misma suerte si continuaba dando golpes en la mesa con su jarra de cerveza.

La mujer echó un vistazo a su alrededor. Conocía a unos cuantos parroquianos y de otros vio que no aparentaban tener dinero siquiera para invitarla a un trago. Uno de ellos, sentado en un taburete frente a la barra de madera por la que pasaba un trapo mugriento el propietario, llevaba la ropa mejor arreglada que sus compadres y la gorra, demasiado pequeña para su cabeza, se veía con poco uso. Sin embargo, las botas rígidas lo identificaban como poli, Liz no le prestó más atención.

La puerta volvió a abrirse justo antes de que el camarero le advirtiera de que tendría que consumir o largarse, y por ella entró un hombre bajo con bigote, vestido con un traje oscuro que había conocido mejores días y un bombín. Liz evaluó al recién llegado. No parecía ningún dandi ni poseer mucho dinero, pero su aspecto no era del todo desagradable y tal vez se le pudiera sacar provecho.

Como a muchas de sus compañeras, a Liz no le gustaba ejercer la prostitución y solo recurría a ella cuando no le quedaba otra alternativa. La primera vez que se había prostituido, se había prometido que no habría una segunda vez. Después se engañó a sí misma durante un tiempo, autoconvenciéndose de que algún día abandonaría aquel humillante trabajo. Pero ese día nunca había llegado.

La especialidad de Liz era despertar lástima en los demás. Fingía con talento y teatralidad grandes dramas que se inventaba, como el del hundimiento del *Princesa Alicia*, y con ello se sacaba unas limosnas o vivía unos días en casa de algún protector. Además, recurría a la ayuda que la Iglesia sueca concedía a sus fieles y compatriotas.

En realidad, no profesaba fe alguna, pero hasta unos años atrás

todos los ciudadanos suecos debían pertenecer por ley a la Iglesia de Suecia. A ella le daba lo mismo una que otra si eso significaba unos chelines de vez en cuando. Claro que la ayuda era misérrima y solo la podía recibir una vez al mes, pero menos era nada.

La mujer se miró en el espejo que había tras las botellas que ocupaban la barra, se pellizcó con fuerza las mejillas para que le subiera un poco el color y se acercó a la mesa donde había tomado asiento el hombre del bombín.

—Hola, ¿me puedo sentar?

El hombre tenía en la mano una jarra de cerveza y se la quedó mirando antes de asentir sin abrir la boca.

—Hace frío en la calle —dijo Stride, abrazándose con sus largos brazos aparentando un escalofrío.

—¿Quieres un té? —preguntó el hombre.

—Preferiría un vaso de ginebra.

El hombre del bombín hizo un gesto al camarero, que enseguida supo qué debía llevar a la mesa.

—Ahora me encuentro mejor —dijo Liz, como si el tipo se lo hubiera preguntado—. Me llamo Elizabeth. Soy de Suecia. ¿Y tú?

—Yo no soy de Suecia —respondió el otro fríamente, sin aceptar estrechar la mano que se le tendía.

Liz hizo como que no se daba cuenta del desaire y dio comienzo a su lacrimógena representación. Mientras el hombre bebía su consumición en silencio, ella fue desgranando una vida de desgracias, sin percatarse de que los dos hijos que decía tener se habían convertido media hora más tarde en tres, ginebra mediante.

Las campanas de una iglesia cercana marcaban las once cuando la pareja salió abrazada del *pub*. Fuera, la lluvia había arreciado y, aunque Liz no se encontraba sobria del todo, no tenía ninguna intención de dejarse follar por aquel memo que apenas le llegaba al hombro. Mientras se besaban y el hombre le metía mano bajo el dintel de la entrada del
Bricklayer’s
Arms, dos hombres los apartaron sin demasiados miramientos para que los dejaran pasar. Liz aprovechó para hurgar en los bolsillos de la chaqueta de su nuevo amigo, solo para descubrir que estaban vacíos. Aquel pelele se había gastado todo el dinero que tenía y trataba de engatusarla para follar gratis.

Furiosa, Elizabeth le sacudió un guantazo que hizo volar el bombín del tipo hasta un charco formado en el adoquinado de la calle, y sin explicación alguna se adentró entre las sombras en busca de algún hombre menos miserable.

Kate despertó a medianoche con un dolor de cabeza horroroso. Tenía la boca seca y las sienes le latían como si alguien batiera un tambor dentro de su cráneo. Se incorporó despacio en el jergón y se apoyó en la pared, que rezumaba humedad. Con ambas manos se apretó las sienes, tratando en vano de mitigar aquel martilleo.

—¡Eh! Quiero agua —dijo todo lo alto que pudo con la cabeza entre las rodillas, sentada sobre el camastro.

Esperó, pero no alcanzó a escuchar ninguna respuesta, ruido de pasos, tintineo de llaves… Nada.

—¡Eh!, ¿no me oyes? ¡Quiero beber agua!

—¡Oh!, la princesa se ha despertado y quiere agua —se mofó el detenido de la celda de al lado, el mismo que la había mandado callar antes de que Kate se durmiera.

—¡A callar! —ordenó una voz autoritaria desde el acceso a los calabozos.

—¡Necesito beber! ¡Tráeme agua!

Ahora sí se oyeron los pasos apresurados del policía a cargo de los calabozos.

—No quiero oír ni una palabra más —ladró el agente, asomando la nariz entre los barrotes—. ¿Me has oído, zorra? Como tenga que volver, te patearé el culo.

—¿Hasta cuándo voy a estar aquí? —preguntó Kate mirando con furia al guardián—. ¿Por qué me habéis traído? ¡Yo no he hecho nada!

—Cierra la boca de una vez, no me obligues a abrir la puerta.

—¡Harvey! —se oyó una voz a lo lejos—. ¿Se ha despertado ya Eddowes?

—Sí, sargento —repuso el vigilante retirándose de la puerta de la celda.

—¿Y está sobria?

—Eso parece, señor.

—Déjala que se despabile del todo y, cuando se haya recuperado, tráela.

—Sí, sargento.

El agente William Smith hacía ronda con la cabeza perdida en sus pensamientos. Se había encaprichado de la hija de unos vecinos y creía que ella le correspondía. Mientras fantaseaba sobre cómo podría insinuarse sin que la arpía de su mujer se diera cuenta, caminaba manteniendo el ritmo, balanceando el farol acompasadamente.

En esos momentos pasaba por Berner Street, seguro de que el sargento Leach estaría aguardándolo en la esquina de Berner con Commercial Road para controlar que estuviera haciendo bien la ronda y que no se había escondido en algún portal oscuro a echar una cabezada. Continuó con su cansino paso. Estaba empapado. El capote reglamentario protegía contra la lluvia, pero no contra la humedad que atravesaba el uniforme y se metía hasta los huesos, agarrotando los músculos y destemplando el cuerpo.

Al llegar al siempre polémico Club Educativo Internacional de Trabajadores, donde se representaban obras de teatro de escritores revolucionarios rusos y a las que asistía toda la morralla anarquista del East End, Smith vio en la puerta a una pareja abrazada. A ella la conocía, era una puta a la que llamaban Liz la Larga. El tipo vestía como un marinero, parecía joven y llevaba en la mano un manojo de pasquines enrollados. El *bobby* de buena gana se los hubiera quitado, pero no era buena idea hacerlo enfrente de aquel nido de sabandijas, así que hizo como que no había visto nada y continuó su ronda.

Como sospechaba, en la esquina de Commercial Road se tropezó con el sargento Leach, que pareció desilusionado por no haberlo pillado in fraganti. Saludó a su superior y siguió andando por Commercial, sabiendo que no se lo volvería a cruzar en toda la noche.

Dos manzanas más adelante, se topó con un tipo que iba embozado en una capa. Smith se puso en alerta: estaban buscando a un asesino, y aquel tipo con el rostro tapado no le inspiraba confianza. Le dio el alto, le hizo mostrarle la cara y lo registró. Era un judío que no hablaba ni una palabra de inglés y no llevaba nada que pudiera usarse como arma. El policía lo dejó marchar y escupió al suelo cuando se hubo alejado. Malditos judíos, estaban por todos lados. Eran aún peor que los polacos y los anarquistas.

El judío con el que se había cruzado el agente Smith se llamaba Israel Schwartz, era natural de Hungría y había llegado hacía muy poco al Reino Unido con su mujer. Schwartz era un habilidoso tapicero y, dado que cobraba una miseria por su trabajo, este nunca le faltaba.

Volvía a casa después de haber estado ayudando a un primo suyo al que se le había desplomado parte del tejado de su casa. Su esposa Rebeca, una buena mujer, debía de estar ya preocupada por su tardanza. Aquellas calles no eran seguras para los judíos, y menos cuando caía la noche. Hasta los policías incomodaban a los judíos, tal y como había pasado con el agente con el que se había cruzado. Por fortuna, el *bobby* no había encontrado ninguna excusa para detenerlo e Israel había podido continuar su camino.

Dobló en Berner Street, el recorrido que a la inversa había hecho el agente, y más adelante, a la entrada del patio
Dutfield's,
vio que una pareja habla tranquilamente. Hasta que de pronto el hombre agarró a la mujer por el cuello y la tiró al suelo.

Schwartz se quedó quieto al abrigo de las sombras, pegado a la pared de la casa, sin saber qué hacer. El hombre parecía fuerte, y en Whitechapel convenía no meterse en asuntos ajenos. Mientras se debatía sobre si auxiliar a la mujer, que trataba de escapar de su agresor, otro hombre asomó al patio y, mirando a Schwartz, gritó: «¡Lipski!».

Israel no necesitaba entender inglés para saber a qué se había referido el recién llegado. Lipski era el apellido de un judío que se había hecho tristemente famoso el año anterior por envenenar a una mujer y cuya ignominia había caído sobre todo el colectivo. Amedrentado ante la posibilidad de convertirse en chivo expiatorio, Israel se alejó corriendo calle abajo, mirando de vez en cuando a ver si lo seguían, y no paró hasta llegar al portal de su casa.

El hombre se aseguró de que aquel maldito entrometido no dejara de correr y volvió su atención a la escena que se desarrollaba ante él. La zorra trataba de resistir, pero la presión en la tráquea le impedía respirar, y al final cayó desvanecida.

El asesino sacó el cuchillo y agarrando a la fulana por el nacimiento del cabello la degolló como a un carnero, cortando en

dos la tráquea. La sangre comenzó a empapar el suelo mientras él mantenía firmemente sujeta la cabeza de Liz para no mancharse él.

De pronto, mientras la desangraba, una sombra se materializó a su lado. Un hombre con una cachiporra en la mano lo atacó, y a duras penas pudo esquivar el porrazo. Soltó a la mujer y echó las manos al cuello del atacante, tratando de asfixiarlo.

Los dos hombres, aferrados por el cuello, intentaban ahogarse mutuamente. Sus fuerzas eran parejas y el resultado de la pelea resultaba incierto. El extraño que había atacado al asesino disfrutaba de una pequeña ventaja, ya que conocía algunas técnicas de lucha y las estaba poniendo en práctica. Poco a poco estaba doblegando al asesino.

Ese fue el momento elegido por el obispo para mostrarse de nuevo. Con el rostro crispado por la ira, recogió del suelo la cachiporra que había empuñado el intruso y lo atacó con rabia, acertando de pleno en su cabeza.

—¡Déjalo! —ordenó jadeando, agarrando por el hombro a su esbirro, que trataba de rematar a quien lo había atacado—. ¡Vámonos!

A la carrera, el obispo y el asesino se alejaron por Berner Street aprovechando la oscuridad, mientras el hombre que había llegado en auxilio de la prostituta trataba de incorporarse. Por fortuna, el golpe recibido no había impactado de pleno, pero había sido suficiente como para aturdirlo. Palpándose la zona donde el obispo le había atizado, se incorporó con un gesto de dolor.

Miró el bulto que tenía a sus pies. No hacía falta ser médico para saber que aquella mujer estaba muerta. Dudó un momento qué hacer. No podía alcanzar a los atacantes, las piernas apenas lo mantenían de pie. Y, si lo encontraban allí, se metería en un buen lío.

Oyó el estruendo de los cascos de un animal de tiro y el traqueteo de las ruedas de un carruaje. Maldiciendo, recogió la cachiporra del suelo, se la metió en el pantalón y escapó del patio justo cuando aparecía un nervioso poni tirando de un carro desvencijado.

Una hora después de la medianoche, otro carruaje más elegante con dos caballos azabache rompía el silencio en su carrera por Commercial Road. Las bestias, azuzadas por el cochero, llamaban la

atención de las pocas personas con las que se cruzaban y de algún vecino con el sueño ligero.

Dentro del vehículo, el obispo se aferraba desesperadamente al reposamanos. Estaba enloquecido, rabioso. La saliva le caía por los labios, contraídos, que dejaban al descubierto los dientes, apretados como si de un cepo se tratara, y los ojos inyectados en sangre se le salían de las órbitas.

—¡Para!, ¡para! —gritó al cochero, tratando de recobrar algo de cordura.

El cochero no lo oyó y siguió fustigando con el látigo los cuartos traseros de los caballos para que continuaran su desbocada carrera.

—¡Detente! —gritó aún más fuerte el obispo, sacando la cabeza por la ventanilla.

Aquella carrera los exponía peligrosamente. La zona estaba llena de policías, y si se cruzaban con alguno los haría detener para saber a qué venían aquellas prisas.

El cochero obedeció la orden y aminoró el paso.

Dentro del carruaje, el obispo se aseguró de que las cortinillas estuvieran bien cerradas y nadie pudiera ver su rostro desde fuera. Necesitaba pensar. Todo lo que podía salir mal había salido peor. Primero aquel maldito judío al que había visto de refilón espiando desde las sombras, justo cuando él asomaba para asistir al espectáculo, y después aquel otro hombre al que no habían visto llegar y que llevaba una cachiporra como las que usaba la policía.

La puta estaba muerta, de eso no cabía duda. Con el cuello seccionado hasta el hueso y sangrada como un cerdo, era imposible que continuara con vida. Tampoco el judío resultaría un buen testigo. Apenas había visto al cochero y acaso podría ofrecer una descripción de su ropa. A él no lo había llegado a ver, salvo tal vez su silueta. Más miedo le daba aquel intruso que los había interrumpido y al que había golpeado con la cachiporra todo lo fuerte de lo que había sido capaz. Resultaba aventurado saber qué podía haber visto. Si se trataba de un policía, como se temía, estaría acostumbrado a retener los detalles, lo que podía suponer un cierto peligro.

Con el corazón desbocado, el obispo intentó calmarse y rememorar cuanto había sucedido. El intruso había ido directamente a por el cochero. De haber presentido la existencia de

un segundo hombre, no le hubiera ofrecido la espalda. Eso quería decir que, seguramente, no lo había visto. Y, cuando lo había golpeado con la cachiporra, el hijo de perra estaba de espaldas.

¡Maldición! Aquello había sido un desastre. Un riesgo terrible y sin ningún resultado. Ofuscado e iracundo, necesitaba descargar su frustración. Debía encontrar a otra puta a la que destripar con saña. Y tenía que ser ya. No luego, ni mañana. Ahora mismo. No podía regresar por donde había venido con el rabo entre las piernas. Alguien tenía que pagar aquel fiasco. Buscaría a otra. En Whitechapel no era difícil encontrar víctimas. Las calles estaban llenas de putas a todas horas, rameras a las que llevarse a un hediondo callejón para abrirlas en canal. Si Dios existía, las había puesto allí para él.

Connery sentía que la excitación por el peligro corrido cambiaba por la de la perspectiva de conseguir otra víctima y terminar el trabajo. Rebosante de adrenalina, el obispo era incapaz de atender la llamada interna de alerta que sonaba desaforadamente. La cautela clamaba por la retirada. Abandonar las calles del East End esa noche, descansar, relajarse y reflexionar. Todo lo que fuera improvisar, buscando con el carruaje una mujer solitaria, era invocar a la fatalidad.

No poder comportarse con la prudencia que el momento requería era señal inequívoca de que erraba al confiar en sí mismo. Por mucho que tratara de engañarse, no tenía la situación bajo control. Caminaba con paso firme hacia el abismo y no era capaz de evitarlo.

—Busca a otra —ordenó al cochero con un hilo de voz, frotándose con rabia la cicatriz. Su mente enferma era recorrida por todo tipo de imágenes en las que se veía cortando, rajando, desgarrando y extrayendo trozos de músculo y órganos. Imaginaba al detalle qué haría con la próxima perra.

Ni siquiera era capaz de seguir viendo a sus víctimas como lo había hecho hasta esa noche: vulgares bestias que no merecían más atención que la que se muestra por un perro callejero o una rata. Sin rostro, carentes de humanidad. Indignas de respirar el mismo aire que él. Objetos creados para que él pudiera satisfacer sus instintos. Hasta entonces no había sentido por ellas pena, hostilidad o repugnancia. Solo la más absoluta indiferencia.

Ahora, en cambio, sentía un profundo odio por aquellas mujeres que no se dejaban degollar y que gritaban para evitar ser destripadas.

Kate caminaba por Aldgate High Street camino de Minories. Estaba casi serena y el dolor de cabeza había remitido. Pensaba que un vaso de ginebra le ayudaría a aclarar las ideas, pero no tenía ni un penique, así que tampoco la admitirían en el albergue de Flower & Dean Street, donde había dormido las últimas noches.

Quizá encontrara un cliente de última hora, uno de esos que están totalmente borrachos y a los que se les puede cobrar de más; así le llegaría para tomar un trago y dormir en una cama, aunque fuera compartida. Todo menos quedarse a la intemperie con aquella lluvia agitada por el ventarrón.

Frente a una taberna donde tenía el acceso prohibido, se topó con un tipo que parecía prometedor y se detuvo a hablar con él. Un rato de charla y poco más, porque el hombre se había gastado lo que le quedaba de paga como fogonero en un barco visitando todos los tugurios de Whitechapel.

Se despidió bruscamente de aquel muerto de hambre y continuó su camino en busca de otro cliente. Estaba a punto de llegar al cruce con los Minories cuando escuchó los cascos de unos caballos. Un coche elegante conducido por un cochero embozado hasta las cejas avanzaba por Aldgate dirección oeste. Kate no se hizo ilusiones. El que viajara en su interior no tendría ganas de tirarse a una fulana de Whitechapel poco agraciada como ella.

El cochero coceó dos veces en el exterior de la cabina, y el obispo Connery se atrevió a entreabrir la cortina. Frente a ellos, una mujer caminaba sola por la calle. Descuidando cualquier elemental cautela, Connery dio instrucciones al cochero para que se detuviera.

—¿Quieres entrar? —preguntó a la sorprendida mujer sin dejar que le viera bien el rostro. Cabía la posibilidad de que ella se negara. En tal caso, meterla en el coche a la fuerza en mitad de Aldgate High Street supondría un suicidio.

Por fortuna, la mujer pareció encantada de la invitación y, comportándose como pensaba que lo hacían las grandes damas, subió al carruaje y se sentó frente a Connery, que se apresuró a cerrar la portezuela para impedir el paso de la escasa luz de la calle. El cochero se puso en marcha inmediatamente y giró por Duke

Street. Al momento, la mujer intentó entablar una charla con su cliente. Connery la miraba en silencio, con una mezcla de asco, odio, excitación e impaciencia. Aquella puta iba a pagar su anterior humillación. Ajeno a la jerigonza de la fulana, el obispo miraba aquellos ojos color avellana que pronto iban a perder su brillo, cogiéndose una mano con la otra para evitar cerrarlas en torno a su cuello.

Se tuvo que recordar que eso no era lo que le procuraba placer. Años atrás había comprendido que le excitaba mucho más ver cómo otro se manchaba las manos de sangre, mientras él asistía en primera fila al espectáculo. Contemplar sin distracciones cómo se iba apagando la vida de su víctima. Ver abrirse los músculos al ser sajados con el cuchillo, admirar los órganos extraídos bañados en sangre. Eso lo llevaba al éxtasis.

Sus ayudantes siempre eran simples matarifes que cumplían al pie de la letra sus dictados. Él les iba ordenando cómo disponer el cuerpo y por dónde abrir la carne con el afilado acero.

Y para ello, Thomas Withers, su cochero, era ideal. Un idiota de pocas palabras y menos luces que obedecía perrunamente las órdenes de su amo y cuya mayor satisfacción era hacerlo feliz.

El coche comenzó a detenerse. La mujer empezaba a mostrarse un tanto nerviosa ante su silencio. Más valdría calmarla para que no empezara a sospechar y le diese por empezar a gritar.

—¿Bajamos? —preguntó el obispo, cediéndole el paso.

Kate descendió con cuidado el escalón, apoyada en la mano que le tendía el cochero. Aquello le daba mala espina: ese caballero escondido en las sombras al que había sido incapaz de ver el rostro y que no hablaba nada, un cochero embozado al que apenas se le distinguían los ojos… Un par de personajes siniestros. El miedo por los asesinatos en Whitechapel había empezado a desatarse dentro de aquel carruaje claustrofóbico con las cortinas echadas en plena noche.

Ahora, una vez al aire libre, aliviada, le dio una risa nerviosa por sus temores. El cliente debía de ser algún tipo importante del West End en busca de aventuras, un tipo con alguna fantasía que su santurrona esposa no querría satisfacer.

Sin previo aviso, unas manos se cerraron en torno a su cuello. Kate se intentó defender y le clavó las uñas. Sin aire y aterrorizada,

comenzó a dar patadas, aunque sus taconazos apenas conseguían impactar en las piernas de su atacante. Se aferró a aquellas manos intentando aflojar la presa, pero todo era inútil. La noche llegaba. Notó la humedad entre sus piernas cuando la vejiga se distendió y, a continuación, la oscuridad definitiva.

El cochero dejó a la mujer en el suelo. Había elegido Mitre Square porque había visto pasar al policía saliendo de Duke Street y sabía que dispondrían de quince minutos antes de que este regresara. A esas horas, la zona estaba desierta y los vecinos no se levantarían de sus camas solo por oír pasar a un carruaje.

—Rebánale el cuello —ordenó el obispo con la boca llena de saliva, esta vez no de temor, sino de la excitación que ya notaba en la entrepierna.

El cochero, como había hecho hacía unos minutos con la otra víctima, agarró a la mujer por el nacimiento del cuello, puso el filo del cuchillo por debajo de la mandíbula, y de un rápido y certero corte de izquierda a derecha la degolló. La sangre salió a chorros hacia delante.

Fue una orgía de sangre en la que un enloquecido Withers se dejó llevar por el odio de su amo e infligió las peores heridas posibles. Sacó los intestinos y los dejó sobre el hombro de la mujer para poder llegar hasta el resto de órganos. Dando cortes de forma espasmódica, arrancó un riñón y un trozo del útero, que alzó frente a él en la oscuridad de la noche, en un frenesí de sangre y tejidos. Luego sajó aquel rostro en el que se intuía la sorpresa, desfigurándolo por completo.

El cuerpo ya era irreconocible cuando el alienado obispo, perdida toda compostura, le arrebató el cuchillo y comenzó él mismo a cortar la carne hasta perder cualquier atisbo de razón. Párpados, orejas, trozos de piel arrancados de las mejillas…, todo acabó en el suelo, mezclándose con la sangre y con la humedad de los adoquines. Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo del obispo. Aquella sensación de poder era bestial, única.

Connery, de nuevo dentro del coche, se miró las manos teñidas de sangre. ¿Cómo había podido dejarse llevar así? Se había puesto a la altura de bestias como su cochero y había corrido un grandísimo peligro. Al final había logrado recomponerse lo suficiente como

para incorporarse, ver el resultado de su delirio y escapar de allí junto a Withers. El policía tenía que estar a punto de cumplir su ronda. No podían encontrarlos allí, ni siquiera oír cómo se alejaba el coche.

El obispo ya sentía la calma que llega después del orgasmo. La musculatura laxa se quejaba dolorosamente de la tensión de las últimas horas; parecía que se le hubieran escapado todas las fuerzas. Una sensación de bienestar lo inundaba. Todo había salido bien y había gozado como nunca. Incluso la sensación de peligro había aumentado su placer.

De camino a su domicilio no fue la única reflexión que hizo. Se había expuesto enormemente y no había sido capaz de evitarlo. Ahora, en calma, alcanzaba las mismas preocupantes conclusiones a las que había llegado antes, durante el fragor de la contienda. Apenas conseguía dominar ya a su demonio interior. Se había visto incapaz de seguir el dictado de la razón y de la prudencia. Era como si una parte de sí mismo deseara ser descubierto y eso lo forzara a arriesgar más cada vez.

No podía seguir así. La presión de la policía era inaguantable. Era cuestión de tiempo que lo pillaran, y entonces ¿qué? Él era un hombre inteligente, calculador. ¿Cómo se había dejado arrastrar por aquella posesión diabólica a pesar de saber que el barrio estaba tomado por la policía?

Había tenido varias señales de que su suerte estaba cambiando: primero el patrullero que días atrás lo expulsara del callejón y que por fortuna no lo había perseguido; después el testigo que los había visto huir y del que el cochero se había tenido que ocupar. Luego, la visita de su hermano con la sospecha de sus andanzas. Esa misma noche, el judío escondido entre las sombras y luego el hombre que los había atacado, impidiendo que descuartizaran a su víctima.

Debía protegerse. Cambiar de método. Tal vez volver a esconder los cadáveres de sus víctimas para que no fueran encontrados y la policía se relajase. Cambiar de ciudad; podía hacerlo. Coger un tren a Liverpool, por ejemplo…

Y sacrificar al cochero. Buscar otro ayudante y prescindir de Withers. Disponerlo todo para que la policía pensara que el cochero era el único asesino y dejarles su cadáver para que cerraran la investigación. Tal vez aquello bastara para calmarlos.

Y después comenzar de nuevo…

Capítulo 18

«Los judíos no son los hombres a los que se acusará por nada», grafiti en la calle Goulston

Domingo, 30 de septiembre de 1888. Whitechapel. Londres

—Inspector. ¡Inspector! Despierte.

Abberline se removió en el camastro dispuesto en su despacho. Últimamente dormía allí las horas sueltas que no estaba disponiendo la vigilancia, interrogando a sospechosos y testigos, compartiendo información con colegas, superiores, expertos…

Aquella noche del sábado al domingo se había acostado sobre las once, después de recorrer el East End junto al inspector Reid para cerciorarse de que todos los rincones y callejones estaban cubiertos, a pesar de ser conscientes ambos de que esto, en aquel laberinto que constituía Whitechapel, resultaba casi imposible. Una maraña de callejones, patios traseros, plazas, callejuelas, pasadizos, portales que comunicaban unas calles con otras… Un periódico de Estados Unidos había publicado la opinión de un alto cargo de la policía norteamericana, convencido de que aquellos crímenes no se hubieran cometido en su país. Según este oficial, la policía metropolitana debería haber colocado a un policía en cada cruce, de modo que, de un solo vistazo, hubiera podido controlar cuatro calles, evitando que cualquier incidente pasara desapercibido.

Abberline y sus colegas se habrían reído de no ser las circunstancias las que eran. Incluso habían sugerido al superintendente Arnold que invitara a aquella «eminencia» policial a visitar Whitechapel, para que pudiera comprobar con sus propios ojos que en aquel barrio no existían las esquinas formadas por calles paralelas y transversales.

—¡Inspector, tiene que despertar!

Abberline no lograba salir del sueño profundo que lo había vencido.

—¿Qué… qué sucede?

—Otro asesinato, inspector.

Abberline se incorporó como un resorte.

—¿Otro asesinato? ¿Dónde? ¿Qué hora es?

—La una y veinte, inspector.

—¿La una y veinte? —repitió torpemente Abberline, buscando la ropa para vestirse, hasta que se dio cuenta de que había estado durmiendo con ella puesta. Se la desarrugó un poco, estirándose la puntera de la chaqueta—. ¿Dónde ha sido?

—En Dutfield's Yard. La ha encontrado un carretero al pasar por allí. Según parece, su montura se ha puesto nerviosa por algo, pero el patio estaba demasiado oscuro para poder ver nada, así que ha ido tanteando con el látigo y ha encontrado el bulto de una mujer.

—¿Seguro que está muerta?

—Seguro, inspector —respondió el sargento, que ya perseguía a Abberline por el pasillo hasta la calle, donde aguardaba ya un coche —. El tipo ha ido a pedir ayuda al club de anarquistas que está en Berner Street y ha vuelto con otros dos hombres y un farol. Han visto que tenía el cuello cortado. También lo ha visto el agente Smith…

Abberline ya apremiaba al cochero para que no perdiera tiempo. Los caballos se agitaron al oír el restallido del látigo y emprendieron una alocada carrera por Commercial Street hacia el sur, sin preocuparse del pavimento, resbaladizo a causa de la lluvia y el hollín. Las calles estaban desiertas y no tardaron en llegar.

—¡No toquen nada! —ordenó Abberline, saltando del carruaje en cuanto el cochero consiguió detener los caballos.

—Es el doctor Blackwell, inspector —se adelantó un agente para evitar que el inspector cogiera del brazo al galeno—. Lo hemos llamado en cuanto hemos podido. Vive aquí cerca, en Commercial Road.

El médico lanzó una altiva mirada al recién llegado, sacudiéndose con una mano el brazo que Abberline no había llegado a tocar, como si solo la intención lo hubiera podido contaminar.

—Disculpe, doctor —dijo el inspector inclinándose sobre la mujer que yacía en el suelo. A la escasa luz de las linternas de los *bobbies* no se veía mucho, pero la mujer no aparentaba lesiones a simple vista—. ¿Podría decirme algo?

—Es una mujer de entre cuarenta y cincuenta años —explicó el médico sin cambiar la cara de disgusto—. Lo siento, pero no puedo ser más explícito. Como sabe, estas mujeres no llevan una buena vida y resulta extremadamente difícil cualquier otra estimación, lo que se complica aún más con la escasez de luz.

—¿Pero ha sido asesinada? —preguntó Abberline, que no quería tocar nada por el momento.

—Desde luego. Tiene una profunda incisión de unos quince centímetros que recorre el cuello por debajo de la mandíbula. Un corte limpio que ha seccionado las arterias y la tráquea. Yo diría que la incisión ha empezado en el lado izquierdo, donde la profundidad de la herida es mayor, y termina en el lado derecho.

—Gracias, doctor —dijo Abberline mirando el cadáver desvalido de aquella desgraciada, tratando de contener la rabia—. ¿Podría saber cuánto tiempo ha pasado?

—No mucho —contestó Blackwell limpiando sus lentes—. Yo he llegado unos minutos antes que usted, inspector, y la mujer aún tenía la cara, el cuerpo y las piernas calientes; no así las manos, que ya se habían comenzado a enfriar.

—El cochero que la ha encontrado cree que su poni se ha asustado al detectar la presencia del asesino, no por el cadáver, señor —intervino el agente Smith, que estaba apurado pensando en la cantidad de explicaciones que debería dar por haber sido en su zona donde habían acabado con la vida de la mujer. Desde que habían llamado al médico, había estado reconstruyendo mentalmente las últimas rondas para asegurarse de que sus superiores no pudieran achacarle una negligencia.

—¿Dónde está ese cochero?

—Aquí, inspector…

—¡Inspector, inspector Abberline!

Los gritos de un policía que llegaba a la carrera sobresaltaron a los allí presentes.

—¿Qué sucede? —preguntó molesto Abberline—. ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Otra mujer! —dijo el agente con los ojos desorbitados y jadeando sin apenas aire—. ¡Y esta vez ha sido espantoso!

—¿Otra mujer? ¿A qué se refiere? Y haga el favor de bajar la voz.

—Sí, señor —respondió el policía, tratando de guardar la compostura—. Han asesinado a otra mujer. Ha sido una carnicería. La han desfigurado horriblemente. En Mitre Square, en la City, señor.

El agente no podía haber visto a la víctima de Mitre Square porque era jurisdicción de la policía de la City. Otro agente se lo habría contado, y a él quizá también se lo hubieran contado, así que la información no sería demasiado fiable, se dijo Abberline mientras atendía la llegada de otro coche. De su interior descendió el doctor Phillips, médico de la policía, que había sido avisado para certificar la muerte de la víctima a la que estaban atendiendo.

—Buenas noches —saludó, cubriéndose con el sombrero de copa.

—Buenas noches, doctor Phillips —contestó el inspector Abberline y, señalando al hombre que estaba a su lado, lo presentó —. Es un colega suyo, el doctor Blackwell. Lo han llamado en primera instancia ya que vive aquí cerca.

Mientras los dos galenos examinaban de nuevo el cadáver, apareció el inspector Reid, al que también habían sacado de la cama.

—Edmund, ¿sabe lo de la otra mujer?

Reid no podía quitar la mirada del cadáver, pero asintió.

—Voy a ir hasta Mitre Square. Quiero saber exactamente qué ha sucedido. Si ha sido obra de nuestro hombre, quiero saber a cuál de sus dos víctimas ha matado en último lugar. El doctor Blackwell cree que esta mujer ha sido asesinada sobre la una. Despeje la zona. Espante a los curiosos. Deje aquí a los agentes imprescindibles para asegurarse de que nadie toca nada y para buscar testigos. Los demás, que corran la voz. Quiero que se detenga a todo aquel que se encuentre en la calle y que se compruebe si lleva un cuchillo o tiene manchas de sangre. ¡A todos!

Sabiendo que el caso quedaba en buenas manos, Abberline tomó el coche que había traído al doctor Phillips y ordenó al cochero que se dirigiera a toda velocidad a Mitre Square.

Abberline pertenecía al Departamento de Investigación Criminal central y, aunque este grupo formaba parte de la policía metropolitana, también colaboraba con la policía de la City, teniendo incluso un responsable para aquella zona. Abberline tenía

asignado el caso del que la prensa sensacionalista empezaba a conocer como Jack el Destripador, sin duda un nombre mucho más evocador que el de Delantal de cuero o el Asesino de Whitechapel, así que no tendría problema de competencias al presentarse en Mitre Square.

Minutos después, el carruaje se detuvo ante un numeroso grupo de gente que se amontonaba en el cruce. Abberline descendió del coche y se acercó a los policías que impedían acercarse aún más a los curiosos.

—Soy el inspector Abberline, de Scotland Yard —le dijo a un agente que le puso la mano en el pecho para que no pasara.

Ya habían llegado un par de inspectores de la City, un médico que examinaba las numerosas lesiones que presentaba la víctima, varios agentes de uniforme y un par de periodistas que trataban de pasar el cordón policial. Apoyado contra la fachada de ladrillo de una casa, un policía estaba sentado con la cabeza entre las manos. Era el agente que había encontrado el cadáver en su ronda. Según explicaba a sus compañeros, había visto un bulto tirado en la calle y, pensando que se trataba de un borracho o uno de aquellos «fantasmas» que deambulaban toda la noche sin un lugar donde dormir, había tratado de levantarlo. Al ver que no se movía, había enfocado con su linterna y se había topado con aquel rostro desfigurado y cubierto de sangre que lo había llenado de espanto.

Perdiendo la presencia de ánimo para tocar su silbato, había salido corriendo y se había topado con el vigilante de una fábrica, al que le había pedido con palabras inconexas que buscara ayuda. El vigilante había salido corriendo tocando su propio silbato, mientras el agente Watkins, que así era como se llamaba, regresaba junto al cuerpo.

Mientras trataba de recobrar la calma, había caído en la cuenta de que ni siquiera había comprobado si la mujer seguía con vida. Con cuidado y aprensión, había puesto los dedos en la muñeca de la mujer, ya que la sangre le cubría cuello y rostro. No había latidos. De cualquier forma, vista la cantidad de sangre y la profundidad de los cortes, habría resultado imposible que aún viviera.

Abberline se acercó al doctor que examinaba el cadáver y se puso en cuclillas a su lado. La mujer estaba tendida boca arriba, con la cabeza girada sobre el hombro izquierdo, los brazos extendidos al

costado, la pierna izquierda estirada y la derecha doblada hacia fuera. El abdomen, expuesto, era una masa sanguinolenta. Le habían extraído los intestinos, que se encontraban sobre el hombro derecho, y un charco de sangre empapaba el pavimento. El rostro era lo peor. Le habían cortado los párpados, la nariz y las orejas, y rajado los labios y las mejillas.

—¿Podría decirme sobre qué hora la han asesinado? —preguntó Abberline conteniendo la rabia; una mala consejera para un detective, pues podía dejar pasar algún indicio importante por su causa.

—Estimo que no más de media hora —contestó el doctor Brown, médico de la policía de la City—. Sobre la una y media. Aún conserva calor en las extremidades.

Abberline dedujo entonces que la mujer había muerto después de la víctima encontrada en
Dutfield's
Yard.

—¿Quién es usted? —preguntó a sus espaldas una voz en tono perentorio.

Abberline se incorporó y reconoció al recién llegado.

—Inspector Abberline de Scotland Yard, señor —se presentó ante el mayor Henry Smith, jefe de la policía de la City—. Estoy a cargo de la investigación de…

—Sé muy bien quién es usted —le cortó el mayor, al que no le había gustado nada que lo hubieran levantado de la cama, y aún menos para informarlo de que el maldito asesino había osado adentrarse en su zona—. ¿Es cierto que hay otra mujer asesinada?

—Así es, señor. En Dutfield's Yard. Precisamente vengo de allí.

—¡Dios mío! —exclamó el mayor Smith golpeando con su bastón en los adoquines—. ¡Y en una noche!

—En una hora, señor —puntualizó Abberline—. Las dos mujeres han sido asesinadas en el plazo de una hora.

—Tiene que ser el propio diablo. ¿Qué medidas han tomado?

—He dejado a cargo del primer crimen al inspector Reid, del Departamento de Detectives de Whitechapel, con instrucciones de buscar testigos y detener a todo el que se encuentre en la calle, pero me temo que no encontrarán nada. Si el asesino ha llegado hasta aquí, ya ha salido de su jurisdicción.

Dándose la vuelta, el mayor Smith ordenó secamente que formaran un dispositivo para acordonar toda la zona, siguiendo las instrucciones que Abberline había dado antes.

—Mayor —dijo un sargento, acercándose—. Han encontrado algo, señor.

—¿El qué? —quiso saber Smith.

—Un trozo de delantal manchado de sangre, señor.

Abberline se volvió a agachar junto al cuerpo y pidió a uno de los agentes que iluminara con su linterna. La mujer tenía uno de esos delantales que llevaban casi todas las mujeres en el East End, largo hasta los pies, cerrado a la espalda y con tirantes. A este le faltaba un buen trozo, que parecía haber sido cortado limpiamente.

—¡Traigan un coche! ¡Rápido! —ordenó Smith cuando Abberline le hizo ver el detalle—. ¿Dónde lo han encontrado?

—En Goulston Street, señor.

—¿Goulston? —se extrañó el mayor Smith—. ¿En Whitechapel? ¿Ese maníaco ha vuelto a Whitechapel? Acompáñeme, inspector.

Abberline tomó asiento en el coche frente al mayor, que iba maldiciendo en voz baja con el rostro rojo de furia.

No tardaron en llegar a Goulston Street. No eran los únicos. Allí ya se encontraban el comisionado Warren, de la policía metropolitana, el superintendente Arnold, de la División H de Whitechapel, y el inspector McWilliam, jefe del Departamento de Detectives de la City, además de varios agentes de la metropolitana. Los ánimos de todos estaban muy crispados.

—Buenas noches, mayor Smith.

—Buenas noches, comisionado Warren.

El saludo entre los máximos responsables de los dos cuerpos de policía de Londres resultó más frío que un témpano. Smith y Warren cultivaban una vieja enemistad. El comisionado no podía tolerar que un fragmento de la capital se encontrara bajo el mando de alguien que no fuera él, y por su parte el mayor Smith consideraba a Warren un patán y no perdía ocasión de vilipendiar al general, al que consideraba principal culpable de que el asesino aún anduviera libre por Londres.

El mayor Smith también había notado las tiranteces entre el jefe de detectives de la City y el comisionado. Aunque se encontraran en un terreno bajo la jurisdicción del comisionado, el mayor no dejaría

pasar la ocasión de discutir si lo consideraba preciso.

—He sido informado de que se ha encontrado algo —dijo el mayor, preparado para la refriega.

—Así es —asintió Warren, que no tenía ninguna intención de evitar el lance—. Había aquí mismo un trozo de tela correspondiente a un delantal que podría pertenecer al cuerpo aparecido en Mitre Square.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto —contestó Warren, haciendo un gesto a un agente para que se acercara con el fragmento del delantal.

Mientras el mayor Smith lo examinaba concienzudamente, como si fuera capaz de extraer alguna pista, Abberline se tuvo que enfrentar a la mirada reprobatoria de Warren, al que no le había hecho ninguna gracia que el jefe de la investigación apareciera en un coche de la mano de uno de sus mayores enemigos.

—Hemos encontrado algo más —añadió Warren, haciendo hincapié en el «hemos», cuando el mayor Smith devolvía el pedazo de paño—. Una inscripción en la pared. Se encuentra encima de donde estaba la tela.

Tanto el mayor como Abberline miraron donde les señalaba. Sobre el ladrillo oscurecido por el hollín, alguien había escrito con tiza: «Los judíos no son los hombres a los que se acusará por nada». Abberline no fue capaz de dar un sentido inmediato a la frase, pero intuyó que esta era el origen de la tensión que había detectado a su llegada.

—He pedido al fotógrafo que venga de inmediato —apuntó el inspector McWilliam, incapaz de no mostrar su postura en el litigio.

—Me parece muy razonable —contestó Smith, llegando a la misma conclusión que Abberline, pero sin saber aún cuál era la postura de Warren.

—Considero que esta inscripción no tiene ninguna relación con el caso y voy a ordenar borrarla —dijo Warren.

—¿Borrar una prueba? —protestó escandalizado el mayor Smith.

Abberline tenía la misma cara de espanto. No podían saber si la nota tenía o no que ver con el asesinato, pero resultaba inconcebible eliminarla sin, por lo menos, obtener una fotografía que permitiera continuar la investigación.

—Aquí vive una gran comunidad de judíos, mayor. Además, la

mujer asesinada en
Dutfield's
Yard se encontraba a las puertas de un club muy visitado por hombres de la comunidad judía. Si dejamos esta pintada, corremos el riesgo de nuevos altercados, como ocurrieron con el lamentable Delantal de cuero —dijo Warren, y dirigiéndose a uno de sus agentes ordenó tajante—: ¡Bórrenla!

—¡Alto! —se interpuso el mayor Smith—. No puedo dar crédito a tamaña negligencia, comisionado Warren. Podría tratarse de una prueba de vital importancia.

—Le recuerdo, mayor, que Goulston Street está bajo mi jurisdicción.

—Y yo le recuerdo, comisionado, que el cadáver ha aparecido en la City.

—No hay ninguna prueba de que ambos sucesos estén relacionados.

—El fotógrafo no tardará en llegar.

—Pero necesitará que se haga de día para poder obtener la instantánea. Los domingos se celebra aquí una feria, como sabrá. Acudirá mucha gente, y no estoy dispuesto a que se propaguen rumores que inciten a la violencia. ¡Bórrenla!

El inspector Abberline, al igual que el resto de los presentes, tal vez con la salvedad del superintendente Arnold, cuya lealtad hacia el comisionado era incuestionable, observó con horror cómo un agente procedía a borrar el escrito con un paño húmedo.

El mayor Smith sin esperar a que terminaran de eliminar la nota, rojo de ira, montó en el coche en el que había llegado y dio orden al cochero para que lo sacara de allí al instante.

Dos horas más tarde, ambos contendientes se encontraron en el despacho del ministro de Interior, el señor Henry Matthews. La reunión estaba siendo muy tensa, y los presentes a duras penas guardaban las formas. Warren sabía que Matthews no tenía en especial estima al mayor Smith, pero su enemistad con el comisionado era tal que aprovecharía cualquier resquicio para cargar contra él.

Tanto el mayor como el comisionado habían expuesto de nuevo sus razonamientos para tomar la postura que defendían. Smith

insistía en que podría haber sido una prueba crucial y que habría que haberla mantenido hasta fotografiarla en condiciones. Por su parte, Warren volvió a enfatizar que no había ningún tipo de prueba que relacionara el mensaje escrito en la pared con el trozo de delantal, y que este, además, tampoco había quedado suficientemente demostrado que perteneciera al delantal de la víctima.

—¿Consideró la posibilidad de acordonar la zona para preservar la nota hasta la llegada del fotógrafo? —preguntó el ministro de Interior, al que su expresión delataba.

—Por supuesto que lo hice, señor ministro. Pero resultaba del todo imposible. Es una zona muy poblada y antes del amanecer pasan por allí cientos de personas. Si se hubiera propagado el rumor de que el asesino culpaba a los judíos, se habría repetido la caza al hombre.

El ministro recordaba los numerosos incidentes a raíz de la acusación aparecida en prensa de que Delantal de cuero era de origen judío. Si un periodista hubiera tenido acceso a la nota escrita en la pared, seguro que esa misma mañana la habrían visto publicada en la primera página de algún diario vespertino y, habiendo dos víctimas, la información hubiese corrido como la pólvora.

Si la zona estaba tan expuesta como afirmaba Warren, la filtración, incluso por parte de la propia policía, habría sido inevitable. Además, si el asesino era efectivamente judío, ¿a qué venía ese mensaje críptico acusando a los de su comunidad? A su pesar, Matthews debía reconocer que lo más probable era que el mensaje en tiza estuviera ya escrito cuando arrojaron el trozo de delantal y que no tuviera nada que ver con los asesinatos.

Sin embargo, bajo ningún concepto admitiría ante el comisionado que probablemente había actuado con buen juicio.

—En la City tenemos *flashes* de polvo de magnesio que permiten tomar instantáneas incluso en los lugares más oscuros —intervino Smith, que había estado estudiando cómo atacar a Warren y poner en solfa sus argumentos.

—En la policía metropolitana también contamos con ellos, mayor —respondió Warren condescendiente, sin mirar a la cara a su rival—. Pero insisto en que corríamos un gran peligro de que se

difundiera. Y permítame recalcar, señor, que nada indica que la consigna esté relacionada con los crímenes. Esas pintadas pueden encontrarlas a decenas en cualquier sitio. Si el fragmento de delantal no se hubiera encontrado en ese punto sino cien pasos en cualquier otra dirección, habríamos hallado otros mensajes con diferentes argumentos.

Ante esto, el mayor Smith poco pudo rebatir y volvió a porfiar en que cualquier prueba, por insignificante que parezca, se debe preservar hasta comprobar su validez. El ministro comprendió que, mal que le pesara, la postura de Warren era intachable. La investigación por los asesinatos, por más importante que fuera, estaba supeditada al impedimento de todo tipo de revueltas. Consciente de haber perdido la batalla, optó por cambiar de tema y abordar el estado de las investigaciones y las medidas a tomar.

Capítulo 19

«Londres yace bajo el hechizo de un gran terror. Un depravado sin nombre, mitad bestia mitad humano, está suelto, y sacia sus instintos homicidas en las más miserables indefensas clases de la comunidad»
The Star

Martes, 2 de octubre de 1888. Londres

El obispo Connery, tendido en la cama, indicó al criado dónde dejar el desayuno. Por recomendación del médico, le habían servido una decocción tibia de una mixtura de hierbas diversas y un poco de queso suave. Nada de panceta, huevos, salchichas o café, que era lo que le gustaba desayunar.

No dijo nada. No tenía ninguna intención de tomar aquella infusión maloliente de color parduzco, similar al que adoptaba el agua de una pila después de lavar la ropa en ella.

Llevaba encamado desde la mañana del domingo, cuando regresó sudoroso y febril a su domicilio, escondido tras las espesas cortinas del carruaje. Unos escalofríos que le sacudían de pies a cabeza habían obligado a sus sirvientes a acompañarlo hasta su lecho y a avisar al médico. Este le había diagnosticado fiebres súbitas y había recetado descanso, dieta, paños fríos para bajar la fiebre y un jarabe de cocaína para calmar los nervios y estimular al paciente. Por supuesto, Connery no había hecho caso a ninguno de estos consejos y se había limitado a esconderse en sus habitaciones a oscuras, tapado y alerta cada vez que escuchaba pasos por la casa, temiendo que en cualquier momento apareciera la policía para llevárselo.

Sin embargo, nada de eso había sucedido, y poco a poco había ido recobrando la presencia de ánimo. Dos días habían pasado desde que cometiera los asesinatos y estos, lejos de calmar su sed de sangre, la habían agudizado.

Le había ocurrido con la primera fulana a la que habían cortado el cuello en
Dutfield's
Yard. La repentina presencia del intruso había impedido que llevaran a cabo la carnicería que el obispo deseaba, obligándolo a huir humillado. Había rebuscado sin suerte en la prensa por si se mencionaba algo relacionado con aquel entrometido, lo que había confirmado sus sospechas de que el tipo no era un valiente ciudadano, sino un policía vestido de calle.

En ese momento, Connery había achacado su sed de sangre a la frustración por no haber podido sajar a la puta. No obstante, había logrado desquitarse después con la furcia a la que habían mutilado a placer en Mitre Square. Incluso el obispo, enloquecido, había abandonado su papel de *voyeur* y se había manchado las manos de sangre, algo inhabitual en él.

No obstante, el placer, aunque intenso, había sido mucho más breve que en ocasiones anteriores, y, como sucedía con quienes estaban enganchados al opio, su demonio le exigía volver a matar.

Era consciente de que estaba perdiendo la cordura. Le costaba creer que hubieran pasado tan solo tres días desde que recibiera la visita de su hermano Aleksej. Entonces Connery se había mostrado convencido de poder controlar su «adicción». Aquella mañana que se le antojaba tan lejana, Dragan era todavía un hombre seguro de sí mismo que disfrutaba con sus «travesuras» y con el impacto que estas tenían en la prensa y en el Gobierno.

«¿Cómo puedo haber perdido la razón de semejante manera?», se preguntaba alarmado. Aquella forma de empujar a su cochero quitándole el cuchillo de la mano para sajar el rostro de la prostituta. El temblor incontrolable de las manos. Ese odio profundo a unas mujeres que no conocía. Tenía gracia que aquella misma mañana, con gran soberbia, se hubiera reído de su hermano afirmando justo lo contrario: que no sentía nada por ellas porque no las conocía.

¿Qué le estaba pasando? Semanas atrás hubiera comprendido el inmenso riesgo que habían corrido y la extrema fortuna de salir indemne, pudiéndose retirar a tiempo y sin consecuencias. Sin embargo, en la madrugada del domingo, poseído por el demonio, había cometido la locura de meter a una segunda mujer en su coche

para llevarla a un lugar apartado y ensañarse con ella. Resultaba inimaginable calcular el peligro, con todos los policías de Londres de un lado para otro, tocando sus silbatos y alertando a los compañeros.

Y no era eso lo único. No contento con matar a una segunda mujer, habían desandado con el coche el camino para regresar a Whitechapel y esconderse en la cochera en la que vivía Withers.

Ese era otro problema. ¿Qué hacer con Withers? El cochero había sido interrogado por la policía, al igual que el resto del vecindario, y el pobre imbécil se había alarmado. Connery lo había tenido que tranquilizar asegurándole que Scotland Yard no lo volvería a molestar. De hecho, aquella había sido la naturaleza del favor que Connery había exigido a monseñor Patrizi, su hermano Aleksej: hablar con el ministro de Interior Henry Matthews y quejarse por la forma en que la policía había maltratado al cochero del arzobispado, un débil mental que ahora se encontraba mortalmente asustado.

A buen seguro, su hermano habría llevado a cabo con éxito el trabajo encomendado. Era justo reconocer que Aleksej tenía un don natural para la diplomacia y la persuasión.

Sin embargo, ahora existía el peligro del policía que los había interrumpido con la primera zorra. Por más vueltas que le daba, Dragan estaba convencido de que resultaba imposible que el maldito agente llegara a ver bien al cochero. Pero a Connery los flecos le molestaban, y presentía que el cochero ya estaba marcado.

Tal vez había llegado el momento de deshacerse de él. Claro que supondría un engorro. Llegar a someter a alguien hasta convertirlo en un siervo que obedeciera las órdenes sin cuestionarlas y mostrase una fidelidad y sometimiento absolutos resultaba un trabajo arduo y arriesgado.

Aún recordaba al ayudante anterior a Withers, un irlandés pendenciero al que le gustaba beber y fanfarronear, y que se creía a su mismo nivel, hasta el punto de cuestionar, en ocasiones, al obispo. Aquel tipejo se había vuelto peligroso por su indisciplina. Era evidente que más pronto que tarde la policía lo atraparía y que con él caería Connery. Así que se había visto obligado a prescindir de él. Por fortuna, para entonces, ya tenía «amaestrado» a su sucesor, un joven idiota sin escrúpulos y leal, al que había ordenado

matar al irlandés y deshacerse del cuerpo.

Withers no había dudado. Como si se le hubiera mandado hacer un vulgar recado, el cochero había cumplido el encargo con rapidez y discreción, acabando con la vida de un tipo al que no había visto en su vida. Claro que llegar a este estado de adiestramiento tampoco había sido tan fácil.

El obispo se había topado con el extraño cochero una de sus noches de correrías cuando, entrada la madrugada, había solicitado los servicios de un coche en una de las paradas. Tras abandonar el local de mala reputación en el que se encontraba, vestido de seglar para no llamar la atención, se había aproximado hasta la parada donde un par de cabriolés aguardaban con sus monturas medio dormidas, y los cocheros, en fraternal conversación, recostados sobre las ruedas de sus carruajes.

El rostro huidizo del hombre llamó la atención del obispo, hasta el punto de tratar de entablar conversación con él. Pero Withers, así era su nombre, se había mostrado esquivo y poco hablador. A Connery no le había quedado duda de que sufría algún tipo de retraso, lo que lo convertía en más enigmático aún, pues de sobra eran conocidas las duras condiciones que los aspirantes a conductores de alquiler debían cumplir para obtener las correspondientes licencias.

Aquel trayecto hasta su domicilio solo había sido el comienzo de lo que se convertiría en una provechosa relación simbiótica, en la que el despotismo y seguridad del amo daba un sentido a la vida del servil cochero. Como había sospechado el obispo, Thomas Withers era un débil mental. Un pobre diablo infeliz, solitario y retraído. Su padre había sido cochero antes que él, hasta que un día el caballo del carruaje, asustado por un perro que se le había tirado a morder, se había encabritado y había arrojado a Withers padre del pescante rompiéndole la espalda.

Por entonces, Thomas trabajaba en el depósito de cadáveres de Whitechapel haciendo todo tipo de tareas, incluida la de limpiar los cuerpos. Sus compañeros, incómodos por su extraña forma de ser, lo rehuían aduciendo que atraía a la mala suerte. Sus jefes lo habían reprendido en varias ocasiones por manipular los cadáveres. Pero el tipo sentía una irrefrenable fascinación por aquellos cuerpos sin vida tendidos sobre las frías mesas que solo él velaba durante las

largas noches.

Una de aquellas noches, Withers cortó el cadáver de una mujer por la mitad, empezando en el cráneo, abriéndose paso por el esternón y acabando en el pubis. Por la mañana, el médico que debía hacer la autopsia comprobó con estupor que el cuerpo estaba dividido con precisión a lo largo y las dos partes separadas limpiamente sin desgarros. Thomas, que anteriormente había trabajado como aprendiz de carnicero en Spitalfields, había sajado pacientemente músculos y tendones con el afilado cuchillo usado para las disecciones, ayudándose de la sierra para cortar los huesos.

Aquello había sido demasiado para los responsables de la morgue, que lo habían puesto de patitas en la calle. Sin trabajo, con un padre paralítico, borracho y que, mientras había podido, los había maltratado a él y a su madre, un buen día Thomas lo había levantado del desvencijado sillón donde solía estar sentado, lo había extendido en el suelo pese a sus protestas, le había metido su propia gorra en la boca y con un fragmento de cristal le había hecho una incisión desde el cuello hasta el tobillo, pasando por los genitales, poniendo al descubierto órganos, músculos, tendones y huesos.

La madre, una desquiciada, había encontrado a su hijo de rodillas y cubierto de sangre, enredando en las entrañas de su marido, inmutable a la expresión de agonía y espanto de su progenitor, que aún emitía algunos gorgoteos a través de la gorra que le tapaba la boca.

Madre e hijo se habían deshecho del cuerpo y durante un tiempo habían vivido en paz en la cochera, junto a los caballos de tiro. A pesar de tener el coche, Withers no podía aspirar a heredar la licencia de su padre, dado que no cumplía los exigentes requisitos que el Ayuntamiento de Londres imponía a los conductores, así que se había visto obligado a realizar un servicio furtivo, sin detenerse en las paradas establecidas y recogiendo a clientes por las calles de la capital.

Por supuesto, sus compañeros, quienes sí poseían la licencia, pagaban sus impuestos por ello, y veían en Withers una competencia desleal, lo habían denunciado ante las autoridades, pero eso había sido antes de que uno de ellos sufriera un terrible accidente que lo dejara impedido y en la más absoluta miseria.

Connery había sabido apreciar el enorme potencial del infeliz.

Con cuidado de no asustarlo, se había ido granjeando su confianza. Había fingido simpatizar con él, llegando a convencerlo de que, en realidad, los demás lo odiaban injustamente porque lo envidiaban. La vida no había sido justa con Thomas Withers.

Él, Connery, sería su amigo. Más que un amigo, sería un padre. Él sabía qué era lo que Thomas necesitaba. Nunca más tendría miedo, porque Connery velaría por él y nunca lo abandonaría. ¿Por qué sentir dolor y miedo? Nada de eso era necesario. Thomas no tenía motivo para seguir siendo infeliz, no se lo merecía. A partir de ese momento, no volvería a conocer la desdicha. Connery le mostraría el camino de la felicidad.

A Thomas se le habían abierto las puertas del cielo. Con infinito placer, había acogido a Connery como su mentor. Ya no necesitaba pensar, algo que se le daba extremadamente mal. Solo necesitaba obedecer. Si cumplía las órdenes del obispo, ya no existirían el dolor, la incertidumbre, las penurias. Ya nadie volvería a reírse de él. Nadie lo trataría de loco, como había hecho el carnicero para el que trabajaba o sus compañeros de la morgue. Él sería alguien especial.

Con paciencia, Connery se había ganado la lealtad inquebrantable de quien, sabiéndose débil, entrega su destino a alguien mucho más poderoso. Connery se había convertido casi en un semidiós para Withers, una luz en la noche que solo debía seguir para llegar a buen puerto.

La primera prueba de aquella lealtad que Connery exigió, como dios supremo en el mundo del pobre infeliz, fue sacrificar a su propia madre. Al igual que Isaac en el Antiguo Testamento con su hijo, el cochero había obedecido la orden, y sin dudas, ni remordimientos, ni orden divina para detener el sacrificio, la había degollado.

Desde ese día, el cochero se había convertido en su mano derecha en la vida paralela del obispo. Un esclavo cuyo único afán era satisfacer los deseos de su amo con una entrega absoluta, hasta el punto, Connery no lo dudaba, de llegar a aceptar su propio sacrificio si él se lo exigía.

Y quizás ese momento hubiese llegado.

En Roma, donde había llegado unas horas antes, monseñor Patrizi atendía una llamada de larga distancia. Su interlocutor era un

extraño personaje al que había conocido en su viaje a Londres, recomendado por el capitán de la Guardia Suiza del Vaticano.

—… ¿Ha leído los periódicos? —preguntó una voz entrecortada y entre interferencias.

—Aún no —respondió Patrizi con una mezcla de extrañeza y alarma—. ¿Ha sucedido algo?

—… Ha vuelto a hacerlo. —La voz llegaba con bastante retraso, lo que enervaba aún más a monseñor.

—¿Cómo dice? —preguntó el cardenal, estupefacto, alzando la voz.

—… Su hombre ha vuelto a hacerlo.

—¿Cuándo?

Ahora la voz de monseñor Patrizi era casi un lamento, una imploración. Necesitaba saber que el sicario se había equivocado.

—… La misma noche que usted se marchó de aquí.

—No puede ser. ¿Está seguro?

—… Sí. Y esta vez por partida doble.

Patrizi se puso en pie de golpe. Boqueaba con fuerza, sin terminar de tomar aire. Sentía una dolorosa presión en el pecho. Aquello era una pesadilla. ¿Dos mujeres? ¡El mismo día que le había dado su palabra de no volver a hacerlo! Tenía que ser un error.

No era un error, por supuesto. El sicario que había contratado para que vigilara con discreción los movimientos de su maldito hermano, sin confesarle que se trataba de un pariente, por supuesto, había recibido instrucciones precisas. Y si decía que aquel degenerado había matado a dos mujeres más es que lo sabía con certeza.

Patrizi trataba de superar el espanto que lo atenazaba. Del otro lado de la línea solo llegaba el ruido de la estática. El hombre de Londres aguardaba pacientemente a que las noticias calaran en su cliente, atento por recibir nuevas instrucciones.

—Debemos hacer algo —dijo angustiado.

—¿Qué sugiere?

«¿Qué sugiere?», se preguntó con una seca risa de desesperación. ¿Qué podía sugerir? No le quedaba más que una alternativa. La había venido meditando durante el larguísimo viaje de regreso a Roma. Por más que le había dado vueltas al problema, no había sido capaz de encontrar otra salida. Había llegado a rezar

fervorosamente para que Dragan cumpliera su palabra y él no se viera forzado a tomar la drástica solución. Al parecer, Dios, una vez más, no había tenido a bien escuchar su plegaria.

—Hay que terminar con este problema —dijo en voz baja.

—¿Definitivamente?

Patrizi tomó asiento y se cubrió el rostro con la mano que tenía libre mientras con la otra sujetaba el auricular. No había otra solución. Y cuanto más la postergase, más riesgo de ser descubiertos correría.

—Definitivamente —respondió con un hilo de voz—. Me dijo que podría ocuparse…

—Desde luego.

—Debe ser discreto. No puede haber escándalos.

—… Entiendo. ¿Y su ayudante?

Patrizi pensó en el cochero del que le había hablado su hermano y por el que había tenido que interceder ante el propio ministro de Interior británico para que la policía lo dejara en paz. Le había costado convencerlo de que se trataba de un inofensivo idiota al que el arzobispado estaba ayudando caritativamente y al que la presión de los agentes lo estaba desquiciando.

El ministro Matthews se había extrañado un tanto de semejante ruego, pero, siendo católico y viniendo la petición de un nuncio pontificio, había accedido a recomendar a Scotland Yard que dejara tranquilo al tipo, para el que, según le asegurara Patrizi, había sólidas coartadas, ya que las noches de los asesinatos había estado trabajando para el propio arzobispo.

—¿Podría ponernos en un aprieto? —preguntó el cardenal después de una corta reflexión. La suerte del idiota le traía sin cuidado, pero prefería no aumentar la lista de sus pecados innecesariamente.

—No lo creo…

—Entonces déjelo.

—De acuerdo.

—Avíseme cuando todo acabe.

Llegó la confirmación desde el otro lado del canal de la Mancha, y después la línea quedó muerta. Igual que se sentía él.

Sentado en su despacho, Abberline releía los informes médicos sobre las dos últimas víctimas que los doctores Phillips y Brown

habían redactado, cada uno de ellos con el cuerpo de la asesinada en su jurisdicción.

No costaba mucho adivinar que el asesino había degollado a la primera de ellas, Elizabeth Stride, con la intención de mutilarla y que algo, quizá la llegada del carro con el conductor y su poni, había trastocado sus planes, forzándolo a huir y a culminar su sed de sangre con la segunda, Catherine Eddowes.

Las heridas que presentaba Eddowes eran de una brutalidad inimaginable. El asesino se había cebado con el cuerpo de la mujer que, a Dios gracias, era más que probable que no hubiera sufrido mucho, teniendo en cuenta que ya estaría muerta por degollamiento.

Abberline trataba de adentrarse en la mente de aquel demonio: escondido a la búsqueda de una presa, el sigilo y la vigilancia para sorprenderla en el mejor momento para él, el cuchillo cortando el cuello y la posterior huida al verse en peligro, sin poder llevar a cabo aberraciones como las que habría imaginado en su mente perversa. La frustración que le había costado la vida a la segunda mujer y que había sido la culpable de un ensañamiento inhumano.

El inspector dejó los informes y se recostó en el asiento. Se le cerraban los párpados. Hacía días que no se afeitaba ni bañaba. Se sentía derrotado por su rival. A pesar de todos sus esfuerzos, el asesino seguía suelto, y tenía la misma probabilidad de detenerlo ese día que cuando se puso al frente de la investigación.

Un detalle que no había pasado desapercibido para el inspector había sido el de la fase lunar. No había dado demasiado crédito al astrólogo que había señalado las noches entre el 25 y el 30 como aquellas en las que el asesino actuaría de nuevo hasta que el respetado alienista consultado, el doctor Tuke, confirmó que tal hecho podría influir en el comportamiento del asesino.

Y, a pesar del despliegue policial, el monstruo había vuelto a actuar la última de aquellas noches.

—Inspector, hay alguien con el que debería hablar.

El anuncio había sido pregonado por el sargento de guardia, un hombre con muy malas pulgas que tenía la fea costumbre de entrar en los despachos sin llamar previamente.

Sin esperar respuesta, el sargento hizo pasar a una pareja muy nerviosa. Se veía a las claras que eran judíos y que la policía no les

gustaba. Sin embargo, el sargento aseguraba que se habían presentado voluntariamente y que el hombre sabía algo sobre el primero de los dos asesinatos de aquel sábado.

—El hombre no habla una palabra de inglés —apuntó el sargento, invitándolos a sentarse en un par de sillas—. Ella lo chapurrea, pero, por si las moscas, hemos buscado un traductor. Son húngaros. Llevan poco tiempo en Inglaterra.

En ese momento la puerta se volvió a abrir y entró un tipo aún más nervioso que el matrimonio. También era húngaro, pero llevaba más tiempo viviendo en Londres y era conocido de la policía por meterse en problemas cuando estaba ebrio.

Abberline se había ido poniendo cada vez más tenso a medida que traducían las palabras del judío, que decía llamarse Israel Schwartz. Según había confesado a su esposa la madrugada del domingo, de regreso a casa había pasado por Berner Street. Al llegar al lugar donde la primera de las víctimas, Elizabeth Stride, había aparecido muerta, se había encontrado a una mujer acompañada de un hombre al que no había podido llegar a ver el rostro, pero sí había visto cómo este la arrojaba al suelo. Schwartz se había alarmado, pero, mientras decidía qué hacer, pues no quería problemas, había aparecido un segundo hombre al que no había visto hasta el momento y, dirigiéndose a Schwartz, había gritado «¡Lipski!».

Schwartz, temiendo por su integridad, había huido, pero fue perseguido por el hombre que le había gritado. Al final había llegado a casa y le había contado lo sucedido a su esposa, que había insistido en hablar con la policía.

—Y han hecho muy bien, señora Schwartz —aseguró Abberline cuando hubieron terminado de traducir—. Dígame, señor Schwartz, ¿recuerda algo de aquel hombre? Edad, complexión, altura, ropa, alguna cicatriz o deformación…

Abberline, con el corazón en vilo, esperó a que el improvisado intérprete tradujera la pregunta y la respuesta.

—Dice que tendría unos treinta años, metro setenta y algo de altura, corpulento, de tez blanca y cabello oscuro. Vestía un abrigo y un viejo sombrero de fieltro negro de ala ancha. Al hombre que le gritó no pudo verlo bien. Cree que era algo mayor que el otro y un poco más bajo, pero no está seguro.

—¿Le dio la impresión de que los dos hombres se conocían? —preguntó Abberline alterado—. ¿Podrían haber estado juntos?

—No lo sabe —tradujo el intérprete.

El matrimonio no pudo dar ningún otro dato, así que Abberline, después de darles las gracias sinceramente y advertirles de que no debían hablar con nadie de lo que había visto Schwartz, los acompañó hasta la puerta de su despacho y los dejó en manos de un agente para que los guiara hasta la salida.

De nuevo en su despacho, el inspector cerró la puerta y se recostó sobre ella. Dos hombres. Algo le decía que esos dos hombres estaban juntos. Lo había sospechado desde un primer momento, y Tuke no lo había descartado. Tenía que haber dos asesinos. O un asesino y un cómplice. Porque había detalles que no se explicaban de otro modo. Por ejemplo, ¿cómo evitar ser detenido? Cubriéndose las espaldas, por supuesto. Teniendo un compinche que vigilase mientras asesinaban. Además, dos hombres andando por el barrio despertarían menos sospechas que uno solo.

Tenía que ser eso. Schwartz se había cruzado con ellos y uno lo había espantado mientras el otro se encontraba en plena faena.

Abberline dio dos golpes con la parte trasera de la cabeza contra la puerta. Tenía que ser eso. Debían buscar a dos asesinos.

Capítulo 20

«La policía, completamente confundida. ¿Dónde está sir Charles Warren?»
The Star

Viernes, 5 de octubre de 1888. Londres

Abberline acechaba tras las hojas del *Evening News*, sentado en una cafetería cerca del hospital
Guy's,
al sur del Támesis. Aquel era el segundo día que tomaba asiento allí, lo que no había hecho demasiada gracia al propietario del establecimiento, ya que el inspector se había pasado casi toda la tarde en la mesa más cercana a la cristalera, consumiendo una triste taza de té y atento a lo que ocurría en la calle, a pesar de tener desplegado el diario.

Fuera llovía. Aún no eran las cinco de la tarde, pero las sombras ya se alargaban, aunque quedase todavía un buen rato para que se encendieran las farolas, que en ese barrio eran eléctricas en las calles principales, no así en las adyacentes, donde aún se mantenían los viejos faroles de gas.

El inspector, hombre paciente por naturaleza, escrutaba la acera sabiendo que no por mucho desearlo iba a conseguir lo que pretendía. La tarde anterior se había rendido sobre las nueve de la noche, tras calentar el asiento y los ánimos del propietario de la cafetería, durante casi cuatro horas.

Dio un breve sorbo a su taza y echó otro vistazo al periódico. Entre otras noticias, teorías, bulos y rumores, casi todas ellos sobre el asesino de Whitechapel, ya bautizado como Jack el Destripador, había encontrado una nota en la que se decía que John Pizer, el que fuera detenido por el sargento Thick acusado de ser Delantal de cuero y más tarde puesto en libertad por Abberline, había denunciado a varios periódicos por difamación.

El inspector se había alegrado al leer la noticia. Estaba hasta el gorro de los periódicos, los periodistas y las ganas de lavar los trapos sucios de los editores y propietarios de los diarios, que aprovechaban los asesinatos con fines económicos y políticos. El inspector confiaba en que el juez los obligara a pagar una buena suma al pobre hombre, al que casi habían logrado hacer linchar.

Ahora que pensaba en el juez, recordó al juez Langham, que el día anterior había abierto la vista por el asesinato de Catherine Eddowes en la City de Londres y a la que Abberline, a pesar de no ser jurisdicción suya, había acudido para asistir como espectador. Al entrar se había topado con el mayor Smith, jefe de la policía de la City, con el que había compartido coche desde el lugar donde apareciera el cuerpo de Eddowes hasta el arco en el que se había encontrado el trozo de delantal con manchas de sangre y la pintada que había originado la agria disputa entre los máximos responsables de los cuerpos de policía londinenses. El mayor Smith charlaba con el superintendente Foster y con el fiscal de Londres, y apenas había mirado de refilón al inspector, al que no reconoció, para alegría de Abberline.

La vista había atraído a gran cantidad de curiosos. Como si de una función de teatro se tratara, la gente se amontonaba a las puertas del edificio y abarrotaba de tal forma la sala que el alguacil se vio obligado a desalojar. El jurado, junto con el juez, el fiscal y los policías que llevaban la investigación, habían visitado previamente la morgue para examinar el cadáver de la difunta, y seguidamente habían comenzado los testimonios.

El juez había llamado en primer término a la hermana de Eddowes, después a John Kelly, el hombre con el que la finada había convivido los últimos años, luego el propietario del albergue donde solía pernoctar la asesinada y, para terminar, habían presentado testimonio el agente Watkins, que había encontrado el cuerpo, el inspector Collard, que estaba al frente de la investigación, y el doctor Brown, médico de la policía de la City a cargo de la autopsia.

La vista, tras las aburridas declaraciones de los testigos, se había pospuesto hasta el siguiente jueves y solo había arrojado un momento de interés cuando el doctor Brown declaró que, en su opinión, el asesino debía de poseer extensos conocimientos de

anatomía humana para poder extraer el riñón de la víctima de manera tan precisa.

Pasando la página del diario, ya arrugado de tanto manosearlo, Abberline examinó de nuevo la calle por encima del papel. De repente, se puso tenso. Allí delante, saliendo de un portal, estaba su objetivo. El hombre estaba mirando el cielo encapotado, tal vez meditando si coger un coche o caminar.

El inspector se apresuró a ponerse en pie, recoger su chaqueta y sombrero e ir poniéndoselos mientras se dirigía hacia la salida. Ya había pagado el té, y el camarero ya corría hacia la mesa para retirar el servicio, no fuera que aquel tipo se arrepintiera y pretendiese volver a sentarse.

Al salir a la calle, se aseguró de que el hombre no lo viera. Aún no había terminado de dejar atrás el portal al otro lado de la calle. Tal vez estuviera aguardando a alguien. Abberline confiaba en que solo estuviese armándose de valor para salir a mojarse. Si cogía un coche o se juntaba con alguien, mandaría los planes del inspector al garete.

Por si acaso, aprovechó el paso de un carro lleno de toneles para camuflarse detrás de él y caminar rápido hacia su izquierda un tramo. Desde allí todavía lograba ver el portal. El hombre ya se había decidido y echaba a andar en su dirección. Sin perder un instante, Abberline cruzó la calle y una vez en la otra acera cogió aire, ralentizó el paso como quien tiene un destino, pero no prisa, y fingió despreocupación mientras caminaba hacia el hombre con el que habría de cruzarse en unos segundos.

—¡Thomas! ¡Thomas Bright! ¡Qué sorpresa!

El hombre reaccionó poniéndose en guardia y escrutando a quien lo había llamado por su nombre.

—Frederick —contestó sorprendido, aunque se rehízo enseguida. Sus ojos recorrían la calle rebuscando algún peligro—. Cuánto tiempo.

—Demasiado —repuso Abberline con una amplia sonrisa—. ¿Tres años? Pero no has cambiado nada.

—Tú tampoco —dijo Bright cumplidor, aceptando la mano tendida antes de añadir—: ¿Qué haces por aquí?

Estaba claro que el tipo no se alegraba de ver a Abberline y que se mostraba receloso por su presencia.

—He venido a visitar a un familiar que está en el hospital —respondió el inspector, que ya tenía preparada su coartada aprovechando la cercanía del hospital fundado por el político británico Thomas Guy—. ¿Y tú?

—¡Oh! ¡Qué casualidad! Yo también venía del hospital de visitar a un amigo.

Ambos hombres sonrieron sin dejar de apretarse la mano, dando por buenas sus mentiras.

—Bueno, esto hay que celebrarlo —dijo Abberline, poniendo la mano libre sobre el hombro de Bright—. Vamos a tomar una cerveza, como en los viejos tiempos.

—Lo siento, no puedo —se apresuró a disculparse Bright, tratando de escabullirse—. Tengo una prisa terrible.

—Thomas, Thomas —dijo Abberline sin hacer caso y empujando suavemente a Bright—. ¡Siempre con prisa! La verdad es que yo también ando un poco apurado. ¡Son los tiempos que corren! Pero no podemos dejar la ocasión. Tomamos media pinta y charlamos un rato.

Bright intentó evitar el compromiso sin mostrarse descortés, pero Abberline insistía guiándolo hacia el café en el que había estado esperando pacientemente.

El camarero maldijo para sus adentros. Ahí estaba otra vez aquel tipo que ocuparía la mesa toda la tarde con una taza de té, y esta vez venía acompañado de alguien que a todas luces se encontraba incómodo. Ese molesto cliente que llevaba un par de días acodado en su local debía de ser un latoso de esos que nadie soporta.

Abberline ignoró la mirada del camarero y escogió esta vez un discreto reservado al fondo del establecimiento.

—¿Cerveza? —preguntó dirigiéndose a Bright, que apenas podía ocultar su malestar.

—No, no. Un agua de cebada.

—Excelente —aprobó Abberline, tomando asiento en el reservado, una mesa con dos bancos, separado por unas mamparas de madera—. ¡Dos aguas de cebada!

Mientras esperaban la bebida, comenzaron a charlar sobre los viejos tiempos. Abberline llevaba la voz cantante, y Bright se limitaba a asentir con la cabeza, aguardando impaciente la oportunidad de poder disculparse y largarse de allí.

Apareció el camarero con una bandeja y dos vasos con la tisana aguada hecha con los granos hervidos de cebada y zumo de frutas. A Abberline, aquel refresco tan empalagoso le repugnaba y no tenía ninguna intención de probarlo.

—Bueno, Thomas, ¿cómo te va la vida? —preguntó sonriente el inspector en cuanto el camarero los dejó solos.

—No me puedo quejar —respondió el hombre, evasivo—. ¿Y a ti?

Abberline lo escrutó. Un tipo escurridizo, anodino, con un rostro en el que todo era vulgar y muy fácil de olvidar. Ideal para su trabajo. El inspector se dijo que seguramente había sido su trabajo el que le había borrado aquella mirada franca que luciera en otra época, cambiándola por otra más desconfiada y alerta.

—Soy inspector de primera clase —contestó Abberline, orgulloso —. Estoy en el Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, ¿te imaginas?

—Enhorabuena. No tenía ni idea.

Abberline volvió a aceptar la mentira con naturalidad.

—¡Gracias! Fíjate, Thomas. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¿Te acuerdas de cuando comenzamos? Unos intrépidos patrulleros. Y mira ahora: yo inspector de primera clase y tú en la Rama Especial.

Bright se revolvió inquieto, mirando a todos lados por si alguien mostraba interés sobre lo que se decía en aquella mesa. Abberline fingió no darse cuenta y continuó hablando de aquellos tiempos en que recorrían las calles del barrio de Islington al servicio de la División
N.
Charlaba relajadamente, como si en verdad tuviera nostalgia de aquellas noches húmedas y frías patrullando las calles sin ver un alma, conversando subrepticiamente unos segundos con su compañero cuando las rondas de ambos coincidían en algún punto.

—Te juro que a veces echo de menos aquellos tiempos —confesó con un suspiro Abberline, percatándose de que su antiguo compañero tampoco había tocado su bebida y, aunque algo más relajado, seguía manteniéndose alerta y mirando para todos lados cada vez que detectaba algún movimiento alrededor—. Era un trabajo más sencillo. Patrullabas, tenías contacto con la gente. Los rufianes te temían, y los buenos te respetaban. Incluso te tomaban

cariño. ¿Te acuerdas de la viuda Archway y sus espantosas empanadas de carne? Las tirábamos en cuanto la perdíamos de vista y ni siquiera los gatos se las comían.

Bright sonrió un poco, asintió en silencio y cogió el vaso. Le dio unas vueltas en la mano, pero no llegó a beber.

—En cambio, ahora todo son problemas —continuó Abberline como si estuviera abriendo su corazón a un viejo compañero de fatigas—. Todo es secreto. Ya no me relaciono con la gente del barrio, a la que ni siquiera conozco, y me paso el día estudiando informes, asistiendo a autopsias, a juicios…

El agente de la Rama Especial volvió a asentir comprensivamente, pero sin decir nada. Tal vez aquel encuentro, al fin y al cabo, resultara ser casual y su antiguo compañero Frederick sencillamente necesitara desahogarse un poco.

—Ahora llevo el caso del asesino que está matando a mujeres en Whitechapel. Ese al que la prensa llama Jack el Destripador.

Bright se volvió a envarar.

—Algo he leído en los periódicos —contestó, tratando de mostrarse cortés y desinteresado a la vez—. El famoso inspector Abberline. Estás en todos los diarios.

—Es un caso descorazonador —confesó Abberline, pesaroso—. Llevamos semanas detrás de ese monstruo y estamos tan cerca de cogerlo como al principio.

Bright volvió a asentir. ¿Estaría Abberline pidiendo consejo a su antiguo compañero? En cualquier caso, debería mostrarse precavido. La Rama Especial era una división especial y, aunque en teoría pertenecía también a Scotland Yard, la realidad era que se gestionaba de manera independiente y solo tenía que rendir cuentas ante el Ministerio de Interior.

Pertenecer a la Rama Especial era un honor a pesar de lo que conllevaba: una vida de riesgos, anonimato, aislamiento, traición y desconfianza. Quien era escogido debía despedirse de amigos y viejos compañeros. Ya no existiría para ellos, no podría hablar de nada relacionado con su trabajo y a veces se le requerirían informes sobre sus excompañeros. Una labor sin horarios, ni festivos fijos, sin vida social. Una vida similar al monacato con su particular voto de silencio. Pero también significaba ser elegido entre otros muchos, un orgullo personal para una labor reconocida.

Aunque no todos los escogidos quedaban satisfechos. El propio Abberline había sido promocionado dos veces para integrar la elitista unidad y en ambas ocasiones había declinado, cerrándose él mismo definitivamente las puertas con esas renuncias. Nunca más volverían a ofrecerle el puesto. Claro que le traía sin cuidado. Lo suyo, para lo que él valía verdaderamente, era la investigación en la calle.

—¿No tenéis ninguna pista? —preguntó Bright sin querer ser curioso, más que nada por no permanecer todo el rato callado.

—Prácticamente nada —dijo Abberline alzando las cejas, desanimado—. Nadie lo ha visto, nadie sabe nada, nadie ha oído nada. Un fantasma. Creemos que vive o al menos tiene un escondite en el barrio. Tiene que conocer Whitechapel como el pasillo de su casa para poder moverse entre tantos policías y vigilantes, y luego poder escapar. De los dos últimos crímenes, el primero fue en el barrio y el segundo en la City. Pero después volvió a Whitechapel. ¿Para qué iría primero hacia el oeste y luego regresaría al este? ¿Por qué no seguir hacia el este después de matar a su segunda víctima y desaparecer, arriesgándose a volver donde más policías había?

—Igual tiene su guarida allí —sugirió Bright sin mostrar interés.

—Eso creemos. Hemos interrogado a todos los que ocupan los albergues, también a los carniceros, médicos y matarifes. Tenemos cientos de informes. Cientos de policías recorren las calles de Whitechapel todas las noches sin encontrar nada. Yo duermo en un camastro en comisaría, ¿sabes? Hace días que no paso por casa. Salgo por la noche, distribuyo a la tropa, recorro cuantos callejones, *pubs* y callejuelas me encuentro. Pero nadie sabe nada. ¿Cómo es posible?

El de la Rama Especial se encogió de hombros.

—Hay rumores, claro está —continuó Abberline, dándose cuenta de que Bright miraba discretamente el reloj de pared. En cualquier momento decidiría que ya no podía continuar charlando y se marcharía—. Siempre hay rumores, ¿verdad? ¿Recuerdas al sargento Thick?

Bright asintió distraídamente sin saber a santo de qué Abberline mencionaba al rudo y arisco sargento.

—Pues el otro día me contó algo —prosiguió Abberline, mirando

fijamente a Bright—. Un rumor.

—¿Qué clase de rumor? —preguntó Bright, volviendo a mirar el reloj de pared y disponiéndose a marcharse en cuanto Abberline le contara la nueva ocurrencia de Thick.

—Que la Rama Especial había tenido un encuentro con el asesino.

Bright se puso tenso como la cuerda de un violín, y sus ojos volvieron a barrer con desconfianza todo el establecimiento. Como sospechara desde que se había topado en la calle con su antiguo compañero de patrulla, el encuentro no había resultado una coincidencia.

—¿Sabes algo de eso? —preguntó Abberline tras un incómodo silencio, sin dejar de escrutar el rostro de Bright.

—No sé nada —respondió nervioso el agente de la Rama Especial—. Y, si supiera algo, sabes que no podría hablar de ello. Pero realmente no sé nada.

Abberline asintió tranquilo, observando cómo su viejo compañero se ponía a la defensiva.

—Según el sargento Thick, en el barrio se comenta que desde los crímenes la Rama Especial está más presente que nunca. Hay decenas de agentes camuflados moviéndose libremente entre los anarquistas, los socialistas y los irlandeses, vigilantes.

Bright no contestó.

—La noche que atacaron a las dos mujeres, la primera, Elizabeth Stride, se encontraba a las puertas del Club Educativo Internacional de Trabajadores. Lo conoces, ¿verdad?

A Bright no le quedó más remedio que asentir. Era imposible pertenecer a la Rama Especial y no conocer uno de los mayores nidos de anarquistas, terroristas irlandeses, polacos, rusos y cualquiera que tuviera relación con ellos.

—El caso es que, aunque todos los presentes en el club aquella noche juraron no haber oído ni visto nada, parece ser que alguien oyó un pequeño alboroto en la calle y vio cómo uno de los que había estado dentro, asistiendo a las charlas revolucionarias, participaba en una reyerta en el patio donde apareció la mujer. Luego huyó a la carrera sin que nadie lo haya vuelto a ver.

—¿Y qué tiene que ver la Rama Especial en todo eso?

—El supuesto testigo se extrañó al ver salir del callejón un tanto

tambaleante al tipo y que se pusiera a correr calle abajo como alma que lleva el diablo. Comido por la curiosidad, debió de mirar en el patio, pero no alcanzó a ver nada porque estaba muy oscuro, y siguió un rato al hombre que huía. Este se encontró con otros dos un par de calles más lejos. El testigo asegura que se comportaban como policías.

—Bueno. Y tal vez lo fueran, ¿no? —repuso Bright, que había recuperado parte del aplomo.

—No —contestó categórico Abberline—. En primer lugar, he comprobado que ninguno de los nuestros se encontraba cerca del club en ese momento. Y, por otro lado, ninguno de los tres tipos con pinta de poli llevaba las botas reglamentarias por las que se reconoce a todos nuestros agentes camuflados.

Esta incongruencia exasperaba al inspector. Los agentes vestidos de civil se negaban a utilizar otro calzado que no fuera aquellas botas, aduciendo no disponer de nada más. Pero el problema residía en que el servicio no era de su agrado y trataban de boicotearlo de esa burda manera.

Bright, ajeno a estos problemas domésticos de la policía metropolitana, enarcó las cejas sin entender qué conclusiones se podrían extraer de todo aquello.

—Escucha, Thomas —dijo repentinamente Abberline echando el cuerpo hacia delante en la mesa—. Sé que uno de los vuestros estaba allí aquella noche y quiero saber quién es.

El inspector se había echado un farol a partir de unos rumores sin fundamento que el sargento Thick le había comentado, pero la reacción de su viejo compañero le confirmó que este algo sabía.

—Vamos, Thomas. ¡No me fastidies! Ese club tiene que estar lleno de los tuyos. Uno de ellos tuvo un encuentro con el asesino, y necesito hablar con él.

Bright se echó para atrás en su asiento y entrecerró los ojos poniéndose a la defensiva. No quiso darle importancia al movimiento agresivo de su antiguo compañero, pero este debería saber que sus labios estaban sellados. Más valía que se despidieran ahora que aún estaban a tiempo.

—Me he alegrado de verte, Frederick —dijo Bright, recogiendo su sombrero.

—Thomas, no te vayas, por favor —rogó Abberline cogiéndole

con fuerza el brazo por la muñeca—. Necesito que me ayudes. Tengo que hablar con ese hombre.

—No puedo ayudarte, Frederick. No puedo —contestó con frialdad—. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Recuerdas nuestro juramento, Thomas? —preguntó Abberline, presionando aún más fuerte la mano del hombre—. «Proteger y defender al ciudadano y hacer cumplir la ley». ¿Aún lo recuerdas? A eso nos dedicábamos cuando nos dejábamos las suelas de las botas en esas calles. ¿Ya se te ha olvidado?

Bright se mantuvo unos segundos tenso, echando un pulso con el inspector, que no soltaba a su presa, con el rostro rojo por la rabia.

—¡Santo Dios! —ladró Abberline apretando los dientes—. Están muriendo mujeres. Y seguirán muriendo si no hacemos algo.

Con una mirada nerviosa a su alrededor para volver a comprobar que nadie mostraba interés por lo que estaba sucediendo en ese reservado, el agente de la Rama Especial volvió a tomar asiento y se sacudió de la presa del inspector.

—¿Qué quieres?

—Hablar con ese agente.

—Eso es imposible.

—¿Tú sabes qué ocurrió?

—Escúchame bien, Frederick —dijo Bright bajando la voz a casi un susurro y asegurándose de que no hubiera nadie mirando—. Me juego el cuello. Te voy a contar lo que sé, sin nombres, y después me marcharé.

—De acuerdo.

—El rumor que te ha llegado es cierto. Tenemos órdenes de vigilar el East End y a todos los posibles alborotadores. Tu asesino ha puesto nerviosa a mucha gente. Temen que haya revueltas. Ya sabes el caldo de cultivo que están creando esos anarquistas.

—¿Y por qué no nos facilitan la información? Si lo detenemos, todo volverá a la tranquilidad.

—Porque no hay gran cosa que facilitar. Efectivamente, uno de los nuestros se encontraba en aquel club. —Brigth no consideró de interés comentar que en realidad había más de un agente entre los asistentes a los actos en el club—. Salió y vio algo, unas sombras en el patio trasero. Pensó que pudiera tratarse de algún encuentro furtivo entre dirigentes subversivos y se aproximó sin dejarse ver.

Entró en el callejón y se encontró a un tipo con un cuchillo y una mujer en el suelo.

Abberline, inclinado sobre la mesa, no perdía detalle.

—Tenemos órdenes de no actuar bajo ninguna circunstancia, pero el agente desobedeció e intervino, imaginando de quién se trataba. Intentó detenerlo, pero el tipo era fuerte y forcejearon. En ese momento otra persona lo golpeó en la cabeza con su propia cachiporra, dejándolo casi sin sentido, y los dos atacantes escaparon a la carrera.

—¿Pudo escuchar o ver algo?

—No vio nada, la calle estaba totalmente a oscuras. Pero sí escuchó como el tipo que lo había golpeado ordenó al que forcejeaba con él en el suelo: «Déjalo, vámonos».

—Eso quiere decir que estaban juntos —dijo Abberline, recordando el testimonio dado por el judío que había presenciado el ataque y que había huido cuando una segunda persona le había gritado, aunque no había podido asegurar que estuvieran compinchados. Ahora Bright lo sacaba de dudas: el asesino no trabajaba solo, tenía un ayudante—. ¿Pudo escuchar algo más?

—Cuando los atacantes se largaron —susurró el hombre de la Rama Especial—, él se encontraba un poco mareado, pero se dio cuenta del peligro que corría si continuaba allí. De hecho, oyó llegar un carro, así que salió del patio y se largó corriendo. Mientras lo hacía, le llegó el ruido de un carruaje que se alejaba a toda velocidad. No era un carro, sino un coche de punto o un carruaje particular con al menos dos caballos.

Claro, un carruaje. Aquello tenía sentido. Un carruaje resultaba menos sospechoso y les permitía huir más rápido. Abberline ya había contemplado esta posibilidad. Un carruaje con dos personas, el cochero, alguien que podía vivir o conocer bien Whitechapel, y un pasajero con estudios anatómicos suficientes como para extirpar órganos. Además, el coche llevaría faroles que les permitirían alumbrar sus carnicerías en los callejones más oscuros.

Dos asesinos que podían cubrirse las espaldas y vigilar uno mientras el otro trabajaba, lo que les daba más ventaja. Dos bestias a las que no costaría demasiado esfuerzo silenciar a su víctima, evitando que opusiera resistencia e hiciese algún ruido que los delatara.

—¿La mujer estaba muerta? ¿Vuestro hombre se aseguró?

—Tenía la cabeza colgando. El agente tenía orden de no intervenir. ¿Qué pretendes que hiciera? Escapó de allí, pero un inspector se topó con él y, viendo su estado de agitación, la sangre en la cabeza del golpe y la ropa desordenada, lo interrogó allí mismo. No hemos vuelto a saber nada de él. Dicen que «el pequeño John» —explicó refiriéndose al jefe de la Rama Especial, John Littlechild— lo ha destinado muy lejos, pero nadie pregunta.

Bright se puso en pie de nuevo, echó un último vistazo al establecimiento, en el que la parroquia había ido en aumento, y bajó la mirada para enfrentarla a Abberline.

—Confío en que atrapéis a ese hijo de puta —dijo, tomando el sombrero—. En cualquier caso, adiós, Frederick. Espero no volver a verte.

Sin esperar respuesta, el agente de la Rama Especial se puso el sombrero y abandonó el café, dejando a un meditabundo inspector en el reservado del establecimiento.

En la antesala del despacho del ministro de Interior británico, el señor Monro aguardaba pacientemente a ser recibido. El antiguo asistente de comisionado se había traído unos dosieres para tratarlos con el ministro y, hombre puntilloso como era, aprovechaba la espera para volver a echarles un vistazo.

En Whitehall, los funcionarios que allí trabajaban lo miraban con recelo. Era un hombre enigmático que detentaba mucho poder, pero nadie sabía de dónde le venía ni a qué se dedicaba una vez presentada su dimisión por incompatibilidad con el comisionado Warren. Lo poco que se sabía era que Monro era el favorito del ministro Matthews, quien hubiera preferido aceptar la dimisión de Warren que la de su protegido. Sin embargo, el comisionado había sido una apuesta personal de la reina Victoria y, aunque muy desgastado, aún contaba con el apoyo de la casa real.

Monro, hombre más que capacitado para dirigir Scotland Yard y, a decir de muchos, el más indicado para hacerlo, había confiado demasiado en sus méritos y en la debilidad de su rival cuando había desafiado a Warren a raíz de una eterna disputa sobre quién dirigía el Departamento de Investigación Criminal, del que Monro era, al menos en teoría, el jefe, como tradicionalmente había ocurrido.

Pero Warren, como comisionado, había exigido el control

absoluto de todos los departamentos relacionados con Scotland Yard, incluido el Departamento de Detectives de Monro y la Rama Especial. Su victoria había sido parcial, ya que, a pesar de contar con el apoyo de la reina, la Rama Especial, que Warren despreciaba, había quedado fuera de su mando.

Así, al ministro de Interior, Matthews, no le había quedado más remedio que aceptar la dimisión de Monro, que no se lo esperaba, y no queriendo perderlo lo había nombrado jefe del Servicio de Detectives, un cargo creado ex profeso para él y que nadie sabía en qué consistía.

De esta extraña forma y para disgusto de Charles Warren, su enemigo Monro, al que creía derrotado, aún andaba metiendo sus narices en Scotland Yard, sin rendir cuentas a nadie y reuniéndose periódicamente, como en la actual ocasión, con otro de sus grandes y recalcitrantes enemigos, el ministro Matthews.

Para desgracia del comisionado, los inspectores de Scotland Yard continuaban mostrando fidelidad a su antiguo jefe y, siempre a escondidas de Warren, era notorio que consultaban con él, siendo alentados a ello desde el Ministerio de Interior.

—El ministro lo recibirá ahora —anunció formalmente el secretario de Matthews, esperando que el invitado lo siguiera hasta la puerta del despacho.

—Pase, pase, Monro —dijo Matthews, haciendo un gesto con la mano para que se sentara frente a él, al otro lado del escritorio—. Lamento haberlo tenido esperando.

—No se preocupe, señor ministro. La espera me ha permitido repasar los dosieres que traigo.

—Imagino que tendrán que ver con el informe sobre el estado en que se encuentra el funcionamiento de la policía metropolitana.

—Así es, señor —contestó Monro, volviendo a sacar sus papeles.

—¿Y bien?

—Me temo que los resultados no invitan al optimismo —repuso Monro con cara de circunstancias.

—¿Tan grave es? —dijo Matthews, poniéndose unas lentes para examinar el informe que le era entregado.

—Esas son mis conclusiones, señor ministro. Scotland Yard se encuentra sin dirección, y sus inspectores carecen de directrices sobre cómo desarrollar su trabajo. Los casos se amontonan y son

supervisados por un inspector jefe desbordado que, evidentemente, no es la persona indicada para dirigir el Departamento Central. A su vez, el cuerpo de policía uniformado se muestra descontento y falto de motivación. La rotación de sus agentes es más alta que nunca debido a la cantidad de ellos que son expulsados por pequeñas faltas, lo que provoca escasez de personal y nula preparación y experiencia.

—¿Qué me puede decir de la investigación en el caso del asesino de Whitechapel?

—Otro tanto, señor. En mi opinión, el inspector jefe que está a cargo del Departamento de Investigación Criminal debería ser quien asumiera el mando del caso, una tarea más acorde a su capacitación. Por otro lado, los inspectores de Scotland Yard asignados al East End se encuentran encorsetados por las órdenes del comisionado, quien no les otorga vía libre.

—Tenía entendido que el comisionado Warren había puesto a disposición del Departamento a todos sus agentes.

—Y así ha sido. Pero con sus propias instrucciones. Como bien sabe, Warren no confía en la labor de los agentes vestidos de paisano. Siempre se ha mostrado defensor de policías uniformados recorriendo las calles y aplicando la ley con rigor. Pero hay casos, como el que nos ocupa, que requieren paciencia, investigación y sutileza.

—Algo de lo que el comisionado carece —terminó la frase el ministro, que no dejaba de estudiar el dosier.

—No quisiera desprestigiar la labor del comisionado Warren —mintió Monro—. Sin duda el esfuerzo está siendo máximo. Sin embargo, creo que el enfoque no es el correcto.

—Warren me aseguró que seguiría sus indicaciones —señaló Matthews, mirando a Monro por encima de los papeles—. Me prometió más policías camuflados en la calle.

—Y lo cumplió a su manera, señor ministro. Es cierto que se ven más policías de paisano por Whitechapel. El problema es que son identificados en el acto. Hombres con sombra de barba, cuando no con bigotes, disfrazados de mujeres, mendigos corpulentos y bien alimentados, estibadores, marineros y otras ocupaciones, que se cubren de la lluvia con las capas del uniforme y calzan botas reglamentarias.

El ministro hizo esfuerzos por no estallar delante de Monro. Una vez más, Warren desautorizaba sus órdenes.

—¿Cree posible detener a ese asesino?

—Posible es, señor. Todo es posible. Pero por el momento no estamos cerca. No es fácil atrapar a alguien que ha actuado tan pocas veces.

—¿Qué pretende decir? —repuso Matthews arrugando el ceño —. ¡Ese criminal ha matado a seis mujeres!

—Sin duda, señor —se apresuró a añadir Monro—. Pero debe tener en cuenta que los inspectores de Scotland Yard tomaron las riendas del caso a raíz del tercer asesinato. Desde entonces, el criminal ha actuado dos noches: el 8 de septiembre y el pasado 30 de septiembre, cuando lo hizo por partida doble. Solo en una de esas dos ocasiones se le podría haber atrapado con las manos en la masa. Por ese motivo, insisto en que detenerlo sacando a la calle más agentes uniformados será tremendamente difícil. Hacen falta más inspectores recogiendo pruebas, interrogando a sospechosos, a testigos… Esto es lo que el comisionado Warren se resiste a llevar a cabo.

—¡Warren, Warren! Siempre Warren —se indignó Matthews tirando las hojas sobre el escritorio—. Escúcheme bien: el comisionado será cesado en cuanto acabe esta crisis. El primer ministro está de acuerdo conmigo en ofrecerle el cargo a usted.

—Será un honor, señor.

—Pero entretanto hay que atrapar a ese criminal. ¿Cuál es la fuerza desplegada en el East End?

—Ahora mismo hay quinientos cuarenta y seis agentes, veintinueve inspectores y cuarenta y cuatro sargentos.

—Lo reforzaremos con todos los agentes fuera de servicio. Daré orden para que los trasladen a Whitechapel. Los ciudadanos tienen que ver que estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario. La reina se muestra muy preocupada y el Gobierno teme las revueltas. Desde el día de los asesinatos ha habido cuatro asambleas populares para pedir el cese del comisionado y la prensa también es unánime en este aspecto.

—Quizá fuera buena idea relevarlo ahora —sugirió Monro—. Aliviaría la tensión.

—El primer ministro no lo cree así. Piensa que sería una

concesión a la prensa y a la presión pública que debilitaría al Gobierno. Está decidido a mantenerlo al frente hasta que ese criminal sea atrapado.

El ministro Matthews se cogió la cabeza con las manos tratando de recuperar la calma, mientras Monro esperaba pacientemente, sabiendo que acababa de ver confirmadas sus aspiraciones al frente de Scotland Yard. En cualquier caso, no se engañaba: la palabra de un político tenía tanto peso como lo tenía la última pronunciada.

—¿Cuál sería su proceder en este momento en el caso del asesino? —preguntó el ministro al cabo de unos instantes recobrando la compostura.

—La presencia de tantos agentes uniformados en la calle, así como otros vestidos de paisano, aunque fácilmente identificables, seguramente debería asustar al criminal —explicó Monro, señalando las hojas del papel olvidadas sobre la mesa—. Esto podría hacer que cambiara de barrio, incluso de ciudad, y que volviese a matar en un lugar más seguro para él, lo que nos colocaría en el punto de partida de nuevo.

—¿Entonces?

—No podemos retirar a los agentes uniformados porque los habitantes se soliviantarían, pero podemos no mandar más y destinar en cambio más inspectores para ayudar en las investigaciones, antes de que el criminal se desplace.

Matthews asintió en silencio, pensativo.

—¿Qué es esa historia de dos asesinos? —preguntó finalmente el ministro, mostrando un periódico que tenía en una esquina del escritorio.

A Monro no le hizo falta leer la noticia para saber de qué le estaba hablando. Había visto publicado en todas partes el testimonio de un judío que había presenciado el ataque de un hombre a la primera víctima del doble crimen y que, al acudir en su auxilio, se había visto enfrentado por un segundo hombre salido de las sombras. Al pobre hombre lo tildaban de cobarde y le dedicaban toda clase de improperios.

—He leído la declaración que presentó en comisaría ante el inspector Abberline, que es quien lleva el caso, señor. A pesar de las indicaciones que le dieron para que no hablara con la prensa, lo engañaron para que contara lo que había presenciado y

tergiversaron su declaración. En ningún caso afirmó que ambos hombres estuvieran conchabados.

—¿Y usted qué piensa?

—No lo contemplo, señor ministro. Creo que se trata de un solo asesino.

Matthews volvió a asentir. En el fondo él se mostraba de acuerdo. ¿Qué clase de mente enferma podría acceder a colaborar con otro lunático? Ya resultaba difícil admitir la existencia de una bestia carente de toda humanidad como para pensar que hubiera otra más.

—¿Ha comprobado lo que le pedí acerca de ese cochero? —preguntó Matthews al cabo de unos instantes de reflexión.

—Desde luego, señor ministro —afirmó Monro, extrayendo de su cartera otro dosier oficial, que tendió para que lo examinara Matthews.

Aquella petición había intrigado sobremanera al actual jefe de Detectives y futuro comisionado. ¿Qué circunstancias se habían dado para que el ministro de Interior conociera la existencia de un vulgar cochero, residente en Whitechapel y que había sido interrogado rutinariamente, como el resto del vecindario, acerca de los asesinatos?

—Este hombre trabaja para alguien importante —explicó Matthews, leyendo la ficha policial del cochero y adivinando la perplejidad de Monro—. El tipo debe de ser un débil mental al que han dado trabajo como acto de caridad. Al parecer, el pobre idiota fue interrogado con cierta rudeza por algún agente y se ha quedado aterrorizado.

Monro era incapaz de entender cuál era el problema. A pesar de no reconocerlo abiertamente, para no otorgar méritos a su rival el comisionado Warren, aprobaba la medida de ir casa por casa interrogando a todos los vecinos. Él hubiera ordenado lo mismo.

—El ilustre caballero que ha pedido mi intercesión atestigua que el cochero en cuestión se encontraba a su servicio fuera de Londres en las fechas de los crímenes y que se mostraría dispuesto a testificar si lo consideráramos necesario. Veo que este hombre no tiene antecedentes.

—Así es, señor. Ciertamente, se trata de un hombre con algún tipo de retraso. Vivía con sus padres, que han muerto, y ahora lo

hace solo.

—¿Hay algún motivo por el que se le pudiera considerar sospechoso?

—Ninguno que yo sepa. El interrogatorio fue rutinario, y el agente que lo llevó a cabo destaca su idiocia. No puede tratarse del asesino, pues necesariamente debería tener cierto nivel de inteligencia.

—Según parece, el cochero se encuentra terriblemente asustado y se cree perseguido por la policía hasta el punto de descuidar sus deberes. Además, el caballero se encuentra molesto por lo que en su opinión pudiera ser un descrédito para su persona, en caso de que trascendiera que uno de sus criados está siendo investigado.

—Pero no es el caso, señor. Los interrogatorios se han hecho indiscriminadamente a todos los residentes en la zona.

—Así se lo aseguré, pero el caballero parecía preocupado. Es una persona muy importante y no me gustaría indisponerme con él.

—Bueno, por lo que veo nadie le ha vuelto a molestar, señor.

—Creo que ya tenemos demasiados frentes abiertos como para enredarnos en otro más —dijo Matthews, doblando por la mitad el informe oficial y rasgándolo en dos y después en cuatro, ante el gesto sorprendido de Monro—. El importante caballero que le he mencionado responde por él. Veo innecesario dar más importancia a este detalle.

Monro, alarmado, se agarró con fuerza a los brazos de su sillón, con la musculatura tensa ante lo que estaba viendo. Destruir un documento oficial, en este caso la ficha de un investigado, por inocente que pareciera, resultaba una grave infracción. Pero no se atrevió a señalar lo que a todas luces resultaba una injerencia del ministro en la investigación. Pensando en el próximo ascenso al frente de la policía metropolitana, confirmado por el ministro, su gran valedor, se dijo que no merecía la pena indisponerse por un motivo tan nimio y guardó silencio, viendo cómo este se deshacía de los fragmentos de papel arrojándolos a la chimenea.

Monseñor Patrizi mantenía el rostro enterrado entre las manos, arrodillado en su reclinatorio de madera y terciopelo rojo frente al *Salvator Mundi* que dominaba su despacho. Llevaba más de media hora en esa posición, sin moverse, y había dado instrucciones a su

preocupado secretario, el padre Giacomo, para que nadie lo molestara.

A pesar de los días trascurridos, no conseguía sacarse de la cabeza la conversación con su hermano. ¿Cuándo había perdido Dragan todo resto de cordura? Aún con los ojos abiertos, era capaz de seguir reviendo su sonrisa trastornada y el brillo enfebrecido de sus ojos. El lobo. Él era el lobo de sus pesadillas.

Al término de aquella perversa reunión, había visitado al ministro de Interior británico, el católico Henry Matthews, una figura importante en el Gobierno que no pasaba por su momento de mayor popularidad, en parte debido a los asesinatos cometidos por Dragan.

La visita, un gesto de cortesía, había resultado un fiasco. Ninguno de los dos hombres parecía tener la cabeza despejada y, aparte de mantener el tipo de conversación intrascendente en estos casos y las muestras de respeto que se intercambiaron, uno para con los gobernantes británicos y el otro para con el pontífice, la audiencia había dado poco más de sí.

Monseñor Patrizi, a petición del arzobispo Manning, le había transmitido al ministro la inquietud del arzobispado por las interminables trabas que el alcalde de Londres, un impenitente antipapista, ponía en el avance de las obras de la nueva catedral, sobre la que Matthews mostró interés.

Al final de la audiencia, Patrizi había sacado otro tema. El que le impusiera Dragan antes de abandonar el despacho de Manning. No había resultado fácil tratar el tema sin despertar las sospechas del ministro, quien se había mostrado extrañado ante la naturaleza de la petición. Con circunloquios, Patrizi le había explicado que en el arzobispado tenían trabajando a un cochero por el que se estaba haciendo una buena obra, dada su dificultad para encontrar un empleo debido a su leve retraso mental. El caso era que este pobre hombre se sentía perseguido por la policía y no se atrevía a abandonar la residencia arzobispal donde residía, ni siquiera para cumplir con sus obligaciones. Por supuesto, el ministro se había mostrado dispuesto a interceder ante el alcalde de la ciudad para facilitar las labores y licitaciones pertinentes, y a tomar medidas para que el pobre débil mental no sufriera más molestias.

Este último punto, el del cochero, había sido determinante para

Dragan, que veía en la visita de la policía al pobre desgraciado el único motivo de inquietud. Si llegaba a despertar sospechas, podía convertirse en un grave problema. A cambio de esta intercesión por parte del secretario de Estado, Dragan se había comprometido a no volver a matar.

Monseñor Patrizi había querido creerlo. Necesitaba creerlo. Se había dicho a sí mismo que, al menos durante una temporada, su hermano cumpliría su promesa, lo que le daría tiempo para encontrar una solución. Sin embargo, Dragan no había tardado más que unas pocas horas en romper su juramento, demostrando bien a las claras que jamás dejaría de matar.

Incluso, recordaba con dolor, se había reído cuando Patrizi le había preguntado sobre lo ocurrido al predecesor de Dragan en su cargo de obispo auxiliar, el padre James Logros, repentinamente fallecido. Dragan se había encogido de hombros, y con un tono irónico que no engañó al cardenal, había asegurado que el obispo auxiliar estaba «viejo y anticuado» y que la Iglesia precisaba «de sangre nueva».

Monseñor había cumplido su pacto con el diablo. Había intercedido por el cochero y, al término de la audiencia con el ministro Matthews había abandonado Londres, tras anular el resto de las audiencias concertadas de antemano, tal y como le exigiera Dragan.

Todas menos una. Una muy especial que le había concertado el capitán de la Guardia Suiza con un tipo furtivo y poco hablador, al que había pagado para que vigilara al obispo auxiliar Liam Connery, sin dar cuenta del parentesco que los unía, por supuesto, y lo mantuviera al tanto de sus andanzas. Un extraño y siniestro tipo que le había puesto al corriente del doble crimen cometido por Dragan la misma noche de su partida, y al que ahora había dado orden de acabar con su propio hermano.

Sentado en un banco en los jardines del Hospital Real de Bethlem, el tipo al que monseñor Patrizi había contratado leía el periódico, ajeno al escaso movimiento en el edificio. El trasiego de monjas era puntual, y en alguna ocasión se veía acompañado de algún visitante o un grupo de curiosos con ganas de echar un vistazo a las celdas de los chiflados y reírse de sus locuras a cambio de un par de peniques cada uno.

A pesar de que el hospital se levantaba a medio centenar de metros, el hedor le llegaba a oleadas arrastrado por el viento. Precisamente este era el motivo por el que la construcción carecía de ventanas en los huecos de sus fachadas: para poder ventilarlo de los efluvios de sus pacientes.

Elegantemente vestido con un traje negro y un bombín, tenía previsoramente a mano un paraguas del mismo color, aunque en ese momento no estaba lloviendo. En realidad, lo único que no era negro en aquella figura estilizada era su camisa blanca almidonada, su piel de un tono similar al de la camisa y sus ojos, a medio camino entre el de la camisa y el del traje. Había llegado hacía un buen rato y, tras pasar un pañuelo por el asiento para retirar el agua de lluvia tiznada de hollín, lo había arrojado a una papelera y había tomado asiento erguido como un ciprés.

Si la postura ofrecía la espalda al hospital de lunáticos, lo encaraba a la catedral de Saint George, más concretamente a la fachada principal, donde aguardaba un coche que había llegado a la par que él. Solo alguien que hubiera mostrado una notable curiosidad y mucha atención se habría percatado de que el hombre parecía estar atento a cuanto sucedía en las inmediaciones de aquel carruaje de dos caballos con un cochero inmóvil en el pescante.

Una hora más tarde, de la catedral salió un hombre con sotana. Se montó en el coche y este se puso en marcha, coincidiendo con el momento en que el hombre vestido de negro recogía su periódico, se lo guardaba en un bolsillo de la chaqueta y caminaba hacia una bicicleta apoyada en unos arbustos mal cortados, que pretendían dar algo de intimidad a la institución sanitaria.

Equilibrado sobre el artefacto, con el paraguas bajo un brazo, el hombre tomó la misma dirección que el carruaje, sin acercarse demasiado, pedaleando con tranquilidad, pero no permitiendo que el denso tráfico de peatones, carros, carruajes, coches de punto, ómnibuses, mulas de carga y hermosos caballos montados por jinetes le hiciera perder de vista el carruaje que llevaba siguiendo dos días.

Capítulo 21

«Whitechapel abandonado por todos en la noche,
excepto por policías y unos pocos merodeadores»
The Star

Sábado, 6 de octubre de 1888. East End de Londres

Abberline colgó el teléfono, dio un profundo suspiro, algo en lo que parecía haberse especializado en las últimas semanas, y se recostó en su asiento.

Acababa de hablar a través del teléfono con su esposa Emma. La pobre se encontraba muy preocupada por su salud. A pesar de que el inspector trataba de no delatarse, el agotamiento era manifiesto en su voz, y Emma se había percatado. Además, llevaba varios días sin pasar por su casa y ni siquiera había tenido oportunidad de cambiarse de camisa.

La conversación se había vuelto algo tensa al recordarle Emma que le debían al inspector varios días de asueto por la investigación anterior y que apenas había podido disfrutar de uno solo. Abberline le había contestado que así se lo habían requerido, pero ella lo conocía bien y sabía que el trabajo era para su marido mucho más que un sueldo.

En la puerta del despacho se oyeron unos golpecitos y Abberline recompuso su figura antes de dar permiso para que entraran.

—Buenos días, Edmund —saludó al inspector Reid, que asomaba por la puerta—. Ha llegado temprano.

—Lo mismo podría decir de usted, Frederick. ¿O tampoco ha regresado esta noche con su esposa?

Reid se sentó en la silla que le señalaba Abberline mientras este sacaba de un cajón del escritorio una botella de *whisky* y un par de vasos.

—Creo que vamos a necesitar esto —señaló Abberline, sirviendo el *whisky*—. ¿Qué tal fue la vista?

—Nada especial —contestó Reid, tomando el vaso que se le tendía—. El juez Baxter volvió a llamar a declarar al doctor Phillips y después a su colega, el doctor Blackwell. Ninguno de los dos aportó ninguna pista nueva. Después compareció un pastor de la Iglesia sueca al que Baxter le estuvo preguntando mil y un detalles cuya utilidad no quedaba muy clara ni siquiera para el pastor. Luego el juez llamó a varios testigos, incluidos dos de los policías que acudieron al lugar del crimen, y a mí me dejó para el final.

—¿El jurado sacó algo en claro?

—Me extrañaría. Baxter estimó que la sala del Instituto de los Jóvenes Obreros se quedaría pequeña para tanto asistente y trasladó la vista a la iglesia de Saint George, en Cable Street, para que pudiera entrar todo el mundo, incluida la prensa, que acudió con dibujantes para inmortalizar el evento. Tanto ajetreo distrajo al jurado, más interesado en saludar a sus conocidos presentes en la sala que en atender a las exposiciones.

—En cualquier caso, poco importa —señaló Abberline, dando un placentero sorbo a su *whisky*—. Al juez no le gusta que el jurado discrepe de sus opiniones ni le reste protagonismo. Un jurado despistado le permite poder llamar la atención repetidamente e imponer sus conclusiones.

El inspector tenía hambre y sed, pero sobre todo tenía sueño, mucho sueño. Le dolían hasta los huesos por la necesidad de acostarse y descansar, y sentía que, si se acostaba en su cama, entre las sábanas blancas y sin arrugas como le gustaba a Emma, podría estar durmiendo durante una semana entera.

—¿Y cómo se encuentra usted? —preguntó Reid, solícito, apreciando los signos de fatiga en su colega.

—Bien, bien —mintió Abberline, evasivo. Había aprendido a confiar en el inspector del Departamento Local, pero aun así no estaba por la labor de contarle nada relacionado con la forzada entrevista mantenida con su antiguo compañero, el agente de la Rama Especial.

Abberline se quedó en silencio unos instantes. Debía dar la noticia de que los asesinos eran dos y que se movían en un coche, pero, por mucho que se había estado estrujando los sesos para hacerlo de modo que no delatara al de la Rama Especial, no había encontrado la manera, así que se limitó a soltarlo con crudeza.

—¿Entonces son dos asesinos? —preguntó Reid, sin mostrar sorpresa.

—Eso es, Edmund. Si lo piensa, es lógico. ¿Cómo puede un solo atacante moverse con tanta facilidad por el barrio sin que nadie lo vea? Porque alguien le cubre las espaldas. Dos hombres no despiertan tantas sospechas como uno solo si caminan juntos por esas calles y tienen más fácil asesinar a su víctima sin que esta pueda ofrecer resistencia o consiga dar la alarma. Son dos asesinos, Edmund.

Reid asintió con la cabeza, absteniéndose de preguntar de dónde había obtenido Abberline la información. Tenía sus sospechas, pero lo que importaba era que ahora veían confirmada una teoría sobre la que habían hablado largo y tendido: que los asesinos eran dos.

Habían comenzado a intuir algo así con la primera de las víctimas, la que había fallecido en el hospital al día siguiente del ataque. La mujer, Emma Smith, había afirmado que sus atacantes eran dos o tres. Más tarde varios indicios los habían llevado en la misma dirección y ahora parecían confirmarse.

—¿Sabemos algo más? —preguntó con discreción el inspector Reid.

—Se mueven en un carruaje.

Reid volvió a asentir con la cabeza. Aquella era otra de las hipótesis que también habían contemplado. Un carruaje resultaba muy ruidoso, lo cual era un grave inconveniente, pero les permitía moverse con rapidez, resultaría menos sospechoso, y los asesinos quedarían fuera del alcance de la vista de molestos testigos, encerrado uno de los criminales en el coche y el otro sentado en el pescante por encima de los posibles testigos, que no podrían apreciar aquel rostro. Además, eso explicaría cómo habían podido extirpar los órganos en callejones oscuros. Se habrían servido de los candiles del coche para iluminar la escena.

—Imagino que nuestro siguiente paso será comprobar todos los coches de Londres y a sus conductores.

—Por ahora nos limitaremos a aquellos que viven en Whitechapel. El asesino tiene que conocer a la perfección esas callejas y patios, con sus enrevesados pasadizos.

—¿De cuántos cocheros y carruajes podemos estar hablando?

—Más de un centenar. Y eso solo los que viven aquí y en

Spitalfields.

—Necesitaremos ayuda para entrevistarlos a todos.

—Por ahora lo haremos nosotros, Edmund. Tengo la sospecha de que se nos ha escapado algo. Alguien no ha sido todo lo minucioso que debería.

Reid se limitó a asentir una vez más.

—Al menos podremos dejar de investigar a los marineros enrolados en los navíos de ganado que habían atracado en las fechas de los asesinatos.

—Algo es algo, Edmund —respondió resignado Abberline, que añadió con una sonrisa desenfadada—: ya nos lo advirtieron los *médiums*.

El inspector se refería a la multitud de consejos gratuitos y no solicitados que les habían llegado de todos los rincones del Reino Unido. Desde que el caso se había convertido en la principal noticia, foco de todos los cotilleos y elucubraciones, y causa de los desmayos de las histéricas mujeres de alta cuna, adivinos, clarividentes y brujos de todo tipo en busca de fama se habían ofrecido para atrapar al asesino gracias a sus percepciones extrasensoriales.

Una mujer que afirmaba hablar con los muertos aseguraba haberse puesto en contacto con el fantasma de Elizabeth Stride, y que este no solo le había dado el nombre de su asesino, sino también la dirección de su casa, sosteniendo que el criminal era miembro de una banda de doce asesinos. Otro ocultista manifestaba que si se trazaba una línea sobre un plano de Whitechapel uniendo los puntos donde habían sido asesinadas las mujeres, encontrarían la silueta de una daga y, siguiendo la dirección hacia la que apuntaba el arma, la policía podría llegar hasta el asesino.

—Tal vez podríamos comenzar por aquellos que viven cerca de Flower & Dean Street —insinuó Reid echando un vistazo a una lista de nombres que habría que interrogar en profundidad.

—¿Sigue convencido de que el tipo ronda por allí?

—Es una corazonada, Frederick —respondió Reid encogiéndose de hombros—. Sus víctimas residían habitualmente en casas de alojamiento cerca de allí. Emma Smith, la primera, vivía en George Street. Tabram, en George Yard. Nichols vivió durante un tiempo en Thrawl Street. Chapman, en Dorset Street. Stride lo hizo en Flower

& Dean Street, al igual que Eddowes. Todas en un radio de un par de cientos de metros. No puede ser casualidad.

—La mayoría de las casas de alojamiento están en esas calles o cerca de ellas —asintió Abberline no muy convencido—. Pero es una base tan buena como cualquier otra para comenzar.

Martes, 9 de octubre de 1888. Southwark. Londres

El obispo Connery sorbía distraído la sopa que le habían servido. Si le hubieran preguntado de qué era, se habría mostrado incapaz de decirlo. Su cabeza se hallaba a mucha distancia de allí.

Se encontraba relajado. La tarde anterior, había acudido a uno de los fumaderos chinos clandestinos del East End que visitaba regularmente. En medio de una ahumada penumbra, tumbado sobre un lecho de cojines y telas y rodeado de otros clientes, había fumado opio con una de aquellas largas pipas que calentaban en una lámpara de aceite. El sabor intenso de la adormidera lo había hecho caer en un delicioso sopor en el que los miedos de los últimos días se diluían.

Había pasado más de una semana desde la noche en que la locura se apoderara de él hasta un extremo que lo había aterrorizado incluso a él mismo. Ahora, visto desde la lejanía que daba el paso del tiempo, caía en la cuenta de que el proceso de autodestrucción en el que se encontraba inmerso auguraba un final trágico.

Debía volver a tomar el control de sus actos. No podía permitirse esos ataques de locura. Se le había llenado la boca de espuma con el odio hacia aquellas vulgares putas. Unos simples trozos de carne que estaban ahí para su goce. ¿Cómo se podía odiar a una chuleta o un filete? ¡Aquello era absurdo!

Sin embargo, había perdido la cabeza. Dominado por la sinrazón, se había puesto en peligro al buscar una segunda víctima que saciara esa insoportable sed de sangre, dando vueltas en el carruaje por las calles llenas de policías. Algo lo había poseído, empujándolo a encontrar otra mujer a la que poder cortar y destripar.

No podía negar que había tenido suerte. A pesar del riesgo corrido, había salido indemne. No obstante, había estado muy cerca. Aquel judío, ese policía salido Dios sabía de dónde. Indicios de un desastre que no había llegado a tener lugar. Un ángel

guardián debía de haber abierto una brecha por la que, incomprensiblemente, poder escapar entre el apretado armazón que la policía había tejido.

—Excelencia, ¿se encuentra bien?

Connery giró la cabeza sin conseguir reconocer a quien le hablaba. Arrugó la frente tratando de hacer memoria. Aquel rostro preocupado que lo observaba y detrás una chica joven, no muy agraciada, que lo miraba con ojos de espanto a la vez que sujetaba un plato.

—Sí. ¿Qué ocurre?

Él mismo se dio cuenta de que la voz era átona, como si no proviniera de él. Se hallaba como adormilado. Parecía sufrir algún retraso entre sus pensamientos y sus movimientos. Le sucedía lo mismo con el habla. Su boca pronunciaba palabras, pero tardaba en escucharlas, lo que producía un extraño efecto de eco.

—¿Desea acostarse? ¿Llamo al médico?

Connery volvió a examinar aquel rostro que hasta hacía un momento le resultaba extraño, y se dio cuenta de que se trataba del mayordomo. La chica que se encontraba detrás era la criada, por supuesto, que traía uno de los platos de la cena.

La espesa niebla en la que se hallaba sumergido su cerebro comenzaba a disiparse. Estaba en su casa, cenando. Había tomado una sopa y ahora le traían el plato principal, pero sus sirvientes, por alguna razón, se hallaban espantados.

Todavía un tanto confuso, el obispo miró la mesa del comedor y se dio cuenta de qué era lo que había asustado a los criados. En la mano derecha empuñaba el cuchillo y lo había clavado al menos una docena de veces sobre su lustrosa superficie, causando profundas marcas.

Y no solo era la madera la que había resultado dañada. De la fuerza con que la había apuñalado, su mano se había deslizado por el mango y ahora se cerraba en torno a la hoja, dejando únicamente un par de centímetros de la punta al aire y tiñéndolo de rojo por la sangre de la palma lacerada.

Dejó el cuchillo y se miró la mano. Era extraño. No le dolía a pesar de los varios tajos que se había hecho. Cogió una servilleta de hilo y se limpió la sangre, que enseguida volvió a manar. Tomó entonces la copa de agua y se la echó sobre las heridas, empapando

mesa, mantel, servilletas y platos, ante la incredulidad de los criados.

De pronto, tiró la silla para atrás ruidosamente y se puso en pie de un salto, asustando aún más a su mayordomo y provocando que a la criada le faltara muy poco para dejar caer el plato donde un pescado asado lo miraba con la boca abierta y los ojos vidriosos.

—Estoy bien —dijo tomando otra servilleta y envolviéndose la mano en ella—. Llame al cochero.

Sin decir nada más, Connery abandonó la estancia sin darse cuenta de que la servilleta se teñía de rojo.

Fuera, en la calle, el cochero dormitaba en el pescante. No llovía y, aunque la noche era fresca, no resultaba desagradable estar a la intemperie. De haber estado lloviendo, se hubiera metido dentro del carruaje sin ningún rubor, corriendo el riesgo de que el obispo se enterara. El patrón tenía muy sensible el olfato y era capaz de saber si se había sentado sobre los asientos de terciopelo.

Acababa de orinar sobre la rueda izquierda del carruaje, algo que al policía que paseaba por delante no parecía haberle gustado. Sin embargo, los cocheros tenían esa dispensa y, siempre que se cubrieran con la capa y no lo hicieran en otro lugar que no fuera esa rueda izquierda, la ley les permitía hacerlo.

—El obispo te llama —lo despertó la voz del mayordomo.

Thomas Withers sacudió la cabeza para despejarse y descendió del pescante. Tal vez le fueran a ofrecer algo de cenar. Sin embargo, el mayordomo ya le había dado la espalda y volvía a la casa. Aquel hombre no era del agrado de Thomas. Sus ínfulas no le gustaban, tampoco el desprecio con que lo trataba.

—Su excelencia te espera en la biblioteca.

Thomas no pronunció ni una palabra mientras seguía a la criada hasta la sala donde aguardaba el obispo. Al parecer, el olor que despedía el cochero no resultaba del agrado del mayordomo, porque, obviando sus obligaciones, había mandado a una simple criada a guiarlo hasta su señor.

Todo esto, sin embargo, traía sin cuidado a Thomas. Él se debía únicamente al obispo, aquel hombre maravilloso que le había ofrecido su mano. A veces, a Thomas le gustaba pensar que el obispo era un amigo, incluso un padre para él. Un padre de verdad, de los que se preocupan por sus hijos y los quieren. Un padre recto

que sabe lo que es más conveniente para su hijo.

Claro que el obispo era algo más que un simple padre. Era un faro en la noche. A su lado, la oscuridad retrocedía, y a Thomas las dudas se le esfumaban. Ya no necesitaba pensar en lo que debía hacer. Tan solo tenía que obedecer. El obispo lo sabía todo. Era un sabio y se preocupaba por Thomas. Únicamente tenía que cumplir su voluntad y el obispo nunca lo abandonaría en las tinieblas.

—Pasa, Thomas —dijo el obispo sin mirarlo cuando la criada abrió la puerta.

Thomas hizo como se le ordenaba. Aguardó servil a que se cerrara la puerta a sus espaldas y a que el obispo tuviese a bien expresarle cuál era su voluntad.

Cerca de donde estaba el coche de Thomas Withers, al abrigo de las sombras, el hombre del traje y el bombín negros aguardaba pacientemente. Estaba acostumbrado a las esperas largas. A diferencia de Withers, él sí había cenado, aprovechando el paso de un vendedor ambulante que vendía empanadas de carne y sidra.

En la cercana catedral de Saint George acababan de sonar nueve campanadas. Aún era demasiado pronto como para abandonar por esa noche. Lo más probable era que el obispo no volviese a salir ya, pero dadas sus aventuras nocturnas era preferible esperar un poco más.

Y mientras pensaba esto, el mayordomo había salido de la casa para dirigirse al cochero, que a todas luces estaba dormido, a punto de caerse del pescante. Desde donde se encontraba, el hombre del traje y el bombín negros no podía escuchar qué le decía, pero acto seguido el cochero había descendido del carruaje y había seguido al criado hasta el interior de la casa, lo cual alimentó su sorpresa.

Decidió aguardar a que el cochero saliera. Si cuando lo hiciera se marchaba con el carruaje, pondría fin por aquella noche a la vigilancia. Se frotó las manos, echando el vaho de su respiración en ellas. Debía haber traído un abrigo, pero habría resultado sospechoso mostrarse en público toda la jornada con un abrigo puesto, dado que el día había sido templado y soleado.

Hasta él llegó el olor de castañas asadas. Mirando a su derecha, vio a una mujer que se acercaba llevando en la mano una cesta tapada con una manta renegrida y doblada. Sin salir de las sombras, le hizo un gesto para que se acercara y comprobó si el género aún

estaba caliente. Satisfecho, sacó dos peniques de un bolsillo y se los tendió a la mujer, que a cambio le dio un cucurucho de papel de periódico en cuyo interior metió una docena de castañas bien calientes.

El hombre vestido de negro se metió media docena de castañas en cada bolsillo de su traje y hundió las manos en ellos. Pronto el calor de las castañas empezó a calentarle el cuerpo. En realidad, a él no le gustaban las castañas, pero serían una buena compañía, y con un poco de suerte tardarían más en enfriarse que el cochero en salir de la casa.

Connery salió de la casa, poniéndose la capa, seguido por el cochero, que se apresuró a abrirle la portezuela del carruaje, y acto seguido se encaramó ágilmente al pescante, tomó el látigo y azuzó a los caballos, que ya dormitaban.

El coche dio una vuelta entera y se dirigió hacia el puente. En el interior del carruaje, Connery iba en silencio. Sus ojos ya no mostraban signos de adormilamiento, sino que brillaban en la oscuridad, desvelada de vez en cuando por las luces de las farolas. Cosa extraña en él, el obispo llevaba descorridas las cortinillas.

Tras cruzar el Támesis, Thomas encaminó el carruaje hacia el este, dejando que los caballos avanzaran a un ritmo cómodo. Satisfecho, sonreía encaramado al pescante. Una vez más, iba a demostrar a su benefactor que había hecho bien escogiéndolo. Thomas siempre sería su más fiel servidor y llevaría a cabo cualquier trabajo que él le mandara. Y más si eso suponía volver a salir de cacería.

El hombre de negro pedaleaba rítmicamente tras el carruaje. En las calles aún había trajín, pero se podía permitir dejar margen. Quería saber, sin ser detectado, dónde se dirigía el obispo. La dirección que llevaban, paralela al Támesis hacia el este, no dejaba muchas dudas. Si el cochero no tomaba otro sentido en alguna de las esquinas, pronto llegarían a Whitechapel.

Dejando a su derecha la guarnición de la Torre de Londres, continuaron hacia los muelles del puerto y se adentraron en los almacenes. Aún se veía algo de movimiento, pero aquella zona estaba muy tranquila. Los estibadores y marineros estarían cenando o bebiendo en las tabernas infectas de Whitechapel y las furcias

harían su ronda de local en local buscando aligerar los bolsillos de los clientes.

El carruaje, que ya iba muy despacio, se detuvo ante uno de los almacenes. De su interior, el obispo, ahora cubierto con un sombrero de cazador con la visera bien calada para esconder el rostro al abrigo de su sombra, descendió y, arrebujado en su capa, se dirigió a la puerta del hangar sin mirar a su alrededor.

El hombre vestido de negro vio que el carruaje estaba ligeramente por delante de la puerta del almacén. Tal vez era su oportunidad. Podría deslizarse hasta allí y entrar sin que el cochero, que se había quedado esperando en el pescante y le ofrecía la espalda, se diera cuenta.

Aprovechando las sombras, y tras dejar la bicicleta tras un montículo de piedras, se pegó a la fachada y avanzó sigiloso. Solo rompían el silencio los movimientos de las cabalgaduras y los cascos de las bestias de tiro cuando cambiaban de postura.

Alcanzó la puerta del almacén, la entreabrió con cuidado y echó un rápido vistazo en su interior. No se veía nada. No tenía ni idea de qué estaría haciendo el obispo allí dentro. Tal vez se estaba cambiando de ropa para no mancharse la que llevaba puesta cuando volvieran a cortar el cuello de otra puta.

El cochero, aún sobre el pescante, parecía haberse quedado traspuesto. Con cuidado, el hombre de negro traspasó el umbral del almacén y entró. Era bastante grande y estaba lleno de cajas y barriles. La parte de arriba era acristalada, lo que permitía que algo de la luz proveniente de las lámparas que iluminaban tristemente los muelles se adentrara y posibilitaba distinguir las siluetas de la mercancía. Del obispo no se veía ni rastro. Tendría que revisar los pasillos hasta encontrarlo.

Avanzó con cautela. ¿Habría concertado el obispo alguna indiscreta cita al amparo de aquellas paredes? Tal vez quisiera comprar opio o alguna otra droga. O tratar negocios turbios. Tal vez era allí donde escondía el cuchillo con el que degollaba a sus víctimas. Pronto lo sabría. Moviéndose despacio, torció en una esquina formada por un montón de cajas apiladas.

La sorpresa que se llevó al ver la sonrisa taimada y peligrosa del obispo a pocos palmos de su rostro duró un instante, el que tardó en perder el conocimiento al recibir un terrible golpe en la parte

trasera de la cabeza.

Cuando despertó, se encontró desnudo tumbado en el suelo y atado de pies y manos. Inclinado frente a él, vio el rostro que albergaba aquella abominable sonrisa augurando lo peor.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó con suavidad el obispo, fingiendo preocuparse por él.

—Me duele la cabeza —contestó el hombre del traje y el bombín negros.

—No se preocupe, enseguida dejará de dolerle —respondió sonriente Connery, incorporándose—. Dígame, ¿quién lo envía?

—¿Cómo dice?

—¡Oh!, por favor. No sea estúpido. Dígame, ¿ha sido mi hermano?

—Desconozco quién es su hermano.

El cochero le pegó una coz en la atormentada cabeza a un gesto del obispo.

—Nos encontramos solos en este almacén. Aunque gritara, nadie lo oiría desde fuera. Le aseguro que le vamos a hacer mucho daño. Pero tal vez acabe con usted más rápido si responde a mis preguntas.

El hombre vestido de negro era un sicario y había estado en bastantes circunstancias parecidas, afortunadamente siempre en el otro lado, como para saber que el obispo tenía decidido matarlo. De poco serviría tratar de ganar tiempo o engañarlo. Un profesional experimentado como él sabía cuándo había acabado la partida. Solo, tendido en el suelo, atado como un cordero y frente a dos hombres dispuestos a acabar con su vida, ¿para qué sufrir innecesariamente?

—Me contrató monseñor Patrizi. —El sicario no tenía la menor idea de que su distinguido cliente fuera familia de aquel loco.

—Hermanito, hermanito —canturreó alegremente el obispo, moviendo la cabeza de lado a lado—. ¿Cuánto te pagó? ¡No! No me lo digas. Seguro que me ofendería. —Y dirigiéndose al silencioso cochero le ordenó—: Coge una de esas botellas.

El cochero hizo como se le pedía. Agarró por el cuello una botella de un montón de cajas de cerveza y un trapo grasiento tirado que le señalaba el obispo.

Siguiendo las indicaciones, embutió el trapo en la boca del

sicario. Golpeó la botella contra el suelo y la rompió. El hombre vestido de negro seguía sus movimientos y ahora miraba las afiladas y largas lenguas de cristal.

—Ábrelo —se limitó a decir Connery.

Obediente, el cochero puso la lengua de cristal más larga en el pubis del hombre. Apretando, comenzó a ascender entre las sacudidas del sicario, que se retorcía tratando inútilmente de aullar. Del estómago abierto empezaron a asomar los intestinos sanguinolentos, pero el improvisado bisturí continuó sajando.

—¡Espera!

El cochero dejó de inmediato el tajo, que ya había llegado casi al final del esternón, y aguardó indicaciones.

Connery se había inclinado sobre el sicario, ladeándole la cabeza sin miramientos. Había visto algo que le había llamado la atención. La oreja derecha del hombre del traje y el bombín negros estaba deformada y tenía el aspecto de una coliflor. El obispo se imaginó que la lesión sería secuela de alguna pelea. En cualquier caso, podría utilizarla.

—Arráncale la oreja.

El cochero cogió con la mano izquierda el apéndice y con la botella cortó la oreja; tuvo que pasar varias veces la lengua de cristal para poder desprenderla. Siguiendo las instrucciones, dejó la oreja mutilada en el suelo, metió los dedos de las manos en la herida del vientre y abrió los sangrientos labios de la incisión practicada con la botella mellada. Metió una mano hasta el fondo y sacó los intestinos, que enrolló luego en torno a su cuello. Después le mutiló los genitales y los introdujo en el hueco que habían dejado los intestinos.

—Rematálo y tíralo al agua —dijo el obispo, que se estaba aburriendo. Aquello carecía de la excitación que le producía abrir los cuerpos de las zorras. El tipo, aún con un hálito de vida, se retorcía como una anguila, lo que le privaba de deleitarse con los cortes—. Que no lo encuentren.

Sin mirar una última vez a aquel sanguinolento despojo, Connery se agachó, cogió la oreja, la envolvió en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo. Luego se dirigió a la entrada, mientras su esbirro terminaba el trabajo degollando al sicario de oreja a oreja.

No perdió un instante. Metió el cuerpo en un saco de arpillera

medio podrido de los que abundaban en el almacén, añadió varias piedras y lo aseguró con varias vueltas de cuerda. Asomó la cabeza por la puerta, se aseguró de que no había nadie al acecho y, con el bulto al hombro, se apresuró a llegar hasta la orilla del muelle, donde lo arrojó a las oscuras aguas, haciendo desaparecer para el mundo al hombre del traje y bombín negros.

Miércoles, 10 de octubre de 1888. Estación Victoria. Londres

Acomodado en el compartimento del tren, Connery miraba con aprensión los andenes llenos de gente que llegaba o se marchaba y de familiares y amigos que acudían a saludarlos o despedirlos. Mozos cargando baúles y maletas, carboneros, mecánicos, guardagujas, sirvientes…

El obispo se sentía moderadamente a salvo. La noticia de la desaparición del sicario no había podido llegar a Roma aún. Solo habían pasado unas cuantas horas desde que su cochero lo arrojara a las sucias aguas del puerto envuelto en un saco de arpillera, y el tipo no parecía tener ningún compinche.

No había resultado difícil descubrirlo. Desde que su hermano Aleksej dejara Londres, no muy convencido de que él mantuviera la palabra dada y no volviera a matar, Dragan había estado dando vueltas a la situación en la cabeza. El riesgo que corría su hermano como secretario de Estado, firme candidato a reemplazar a León cuando el viejo Papa expirase, era enorme. Si el obispo era detenido, el escándalo que se desataría resultaría fatal para la Iglesia católica. Especialmente en el Reino Unido, donde sus numerosos enemigos, muchos de ellos en las más altas esferas de poder, desenvainarían las espadas y exigirían a la reina Victoria que volviera a privarlos de sus privilegios.

Claro que el asunto se pondría mucho peor de saberse que ese asesino que se había estado riendo del Gobierno y de Scotland Yard era el hermano del secretario de Estado vaticano, hombre de confianza del Papa. Un secretario de Estado que no solamente compartía la sangre de la bestia, sino que, además, la protegía a sabiendas de sus atroces actos. El seísmo que sacudiría la milenaria institución sería de proporciones apocalípticas, sin duda. Podría suponer incluso su fin. Los pocos gobiernos que aún la defendían la dejarían a su suerte en manos de otros más bélicos. Italia, Francia, Alemania… verían llegada la hora de quitarse de encima a un

molesto vecino.

Monseñor Patrizi no podía permitirse este escenario catastrófico. Dragan sabía que siempre había ejercido una mezcla de fascinación y temor en su hermano Aleksej, pero también sabía que este había madurado. Ya no era aquel muchacho dispuesto a taparlo en sus correrías tantas veces como hiciera falta. Ahora era un hombre maduro y ambicioso.

Y Aleksej debía de saber mejor que nadie que Dragan era una bomba que podía explotar en cualquier momento. En el camino de vuelta a Roma, el secretario de Estado habría estudiado todo tipo de medidas para evitar que el embrollo estallara y, como no podía ser de otra manera, habría llegado a la única conclusión que podría ponerle a salvo: la desaparición de Dragan.

Dragan se podía imaginar la cara que habría puesto Aleksej al enterarse de que, la misma noche en la que abandonara Londres, su hermano mayor había roto su solemne promesa y por partida doble.

Llegado a este punto, el obispo había alertado al cochero y ambos habían cuidado sus espaldas hasta descubrir a aquel hombre de traje y bombín negros que nunca parecía estar haciendo nada y que siempre se encontraba en las cercanías, no tanto como para levantar sospechas, pero sí lo suficiente como para no perderlos de vista.

Claro que ahora, cuando Aleksej viera que no le llegaban noticias satisfactorias desde Londres, se temería lo sucedido y enviaría más sicarios. Roma tenía suficiente dinero y medios como para desembarcar un pequeño ejército y liquidarlo. La siguiente vez no sería tan fácil descubrirlos y derrotarlos.

Sin embargo, no había podido resistirse a la tentación de demostrar que era más listo que Aleksej. Para que a su hermanito no le cupiera ninguna duda de qué había sucedido con el sicario contratado, le había mandado, bien empaquetada en una cajita de cartón embreada para que no se deshiciera con la humedad de la sangre, la oreja mutilada.

Le tocaba mover pieza al secretario de Estado. Tal vez era mejor desaparecer un tiempo y confiar en que las aguas volvieran a su cauce. Aleksej estaría furioso, pero, si sus hombres no lograban dar con él, tal vez recapacitara y decidiera no correr más riesgos.

Decidido a poner tierra por medio, había hablado con el

arzobispo Manning sobre su quebrada salud, algo que no había extrañado a su superior, alarmado ante la evidente desmejora de Dragan en las últimas fechas. Con su beneplácito y bendición, habían acordado que se tomara unos días de descanso en la iglesia de San Juan Evangelista, en la ciudad de Bath, a ciento veinte millas al oeste de Londres.

Por supuesto, el obispo no tenía ninguna intención de llegar hasta aquella ciudad. Manning no dudaría en comunicar a Roma dónde se encontraba su obispo auxiliar, así que unas cuantas estaciones antes, vestido de tal forma que nadie pudiera sospechar que se trataba de un hombre de la Iglesia, desaparecería por una larga temporada.

Jueves, 11 de octubre de 1888. Victoria Embankment. Londres

El inspector Abberline subió las escaleras apresuradamente hasta llegar a la planta donde se encontraba el despacho del inspector jefe Swanson. Había sido convocado con premura para que acudiera a la sede de Scotland Yard, por lo que había salido como una exhalación de la comisaría de Commercial Street para tomar un coche que lo trasladara a Victoria Embankment.

—Pase, pase, Frederick.

El inspector hizo como pedía un inspector jefe Swanson con el rostro demudado. No se encontraba solo. En el amplio despacho, aparte de su ocupante, se hallaba George Lusk, el flamante jefe del Comité de Vigilancia de Whitechapel, aquella pandilla de matones que se habían erigido en salvadores del East End.

Muy a su pesar, Abberline debía reconocer que aquel hombre parecía honrado y sinceramente preocupado por los terribles sucesos que estaban sacudiendo el barrio en el que tenía sus negocios. Había hecho varias propuestas para acabar con aquel terror, además de organizar el Comité de Vigilancia, entre ellas la petición formal al ministerio de Interior para que asignara una recompensa económica a quien facilitara información que condujese a la detención del asesino.

La última de esas propuestas había sido solicitar un indulto por parte del Gobierno para quien, siendo cómplice, revelase la identidad del asesino. La propuesta, bien acogida por parte del comisionado Warren, había sido, no obstante, denegada por el ministro de Interior Matthews, cuya enemistad con el comisionado

se había agudizado recientemente.

—El señor Lusk ha recibido esto por correo.

Abberline cogió la carta que se encontraba sobre el escritorio y leyó:

Desde el infierno.

Señor Lusk. Le envío la mitad del riñón que tomé de una mujer. La preservé para ustedes. La otra parte la freí y me la comí, fue muy agradable. Quizá les envíe el ensangrentado cuchillo que lo sacó, si esperan un poco más.

Firmado:

Atrapadme si podéis.

—La carta ha llegado junto a este paquete.

Abberline prestó atención a una cajita de cartón con manchas rojas depositada sobre un pañuelo también manchado de rojo. Mirando a su superior, el inspector abrió la tapa e hizo un gesto de asco. En el interior había un órgano mutilado, a buen seguro el riñón al que se refería la carta.

—¿Cuándo lo ha recibido?

—Esta mañana, inspector —respondió Lusk, al que se veía claramente afectado por el contenido del paquete—. Al principio he pensado que se trataba de una broma macabra, pero por si acaso he mandado a uno de mis ayudantes que lo llevara al Hospital de Londres para que lo examinaran.

—¿Y bien?

—El doctor Openshaw, patólogo del hospital, asegura que es humano; el riñón izquierdo de una mujer adulta afectada por la enfermedad de Bright.

—Según la autopsia realizada a la última víctima, Eddowes, esta padecía esa enfermedad —apuntó Swanson con semblante serio.

—Como la mayoría de las mujeres que viven en el East End, señor —repuso Abberline—. ¿Dijo algo más ese tal doctor Openshaw?

—Según el patólogo, el riñón ha estado un tiempo conservado en algún compuesto químico. No puede garantizar cuánto, pero afirma que bien pudieran ser las casi dos semanas desde que mataron a las dos mujeres.

—Gracias por su colaboración, señor Lusk —dijo el inspector

jefe Swanson, apoyando la mano en el hombro del comerciante y acompañándolo hasta la puerta.

Lusk se mostraba reacio a marcharse sin escuchar la opinión de Abberline sobre la autenticidad del órgano y de la carta, pero la presión en su hombro era firme, aunque suave.

—¿Qué opina, Frederick? —preguntó Swanson cuando cerró la puerta a espaldas de Lusk.

—Que podría tratarse de una broma pesada, señor. La letra de la carta no se parece a las últimas que hemos recibido. En cualquier caso, no nos va a aportar ninguna pista. Tanto si es de Eddowes como si no, no cambia nada.

—Eso es cierto, Frederick. Por si acaso, mande que lo vuelvan a analizar. Quién sabe. Tal vez sea cierto y el asesino guarde aún la otra parte del riñón. Sería una prueba si lo encontráramos.

—Por supuesto, señor.

—Bien —dijo Swanson sentándose al frente del escritorio y tratando de no tocar la caja con el trozo de riñón—. ¿Hay alguna novedad en la investigación?

—Seguimos entrevistando a cocheros y comprobando sus coartadas, señor. Pero resulta difícil. Les cuesta colaborar y no ponen demasiado interés en recordar dónde se encontraban las noches de los crímenes, y cuando lo hacen es complicado corroborarlo.

—Todo esto habría sido más fácil si todos los carruajes de la ciudad llevaran una placa identificativa, como lo hacen los coches de punto —masculló Swanson, haciéndose eco de una reclamación de la policía al Gobierno para facilitar su labor.

—Desde luego, señor —coincidió Abberline. Le había detallado al inspector jefe el contenido de la charla mantenida con su antiguo compañero de la Rama Especial, pero sin desvelar su fuente, algo que Swanson, policía de la vieja escuela, se había abstenido de preguntar—. Si hubieran visto la identificación del carruaje, ya lo tendríamos detenido.

—El que no la lleve tampoco nos permite eliminar a los coches de punto —añadió Swanson manifestando lo evidente—. Un coche que no quisiera ser identificado no tendría más que retirar la placa y parecería un coche particular. De acuerdo, Frederick, continúe con su trabajo.

Viernes, 26 de octubre de 1888. Roma

Al secretario de Estado del Vaticano, monseñor Patrizi, también habría de llegarle un extraño paquete sellado en Londres.

Habían sido semanas de congoja y nerviosismo, con largos días de inquietud y noches todavía más largas en las que el poco descanso llegaba por agotamiento. El rostro macilento del cardenal y su evidente pérdida de peso estaban alimentando todo tipo de rumores en la Ciudad Santa, y monseñor ya creía ver a los buitres revoloteando, aún alto en el cielo.

No llegaban noticias de Londres, y la falta de ellas era en sí misma una mala noticia. ¿Qué había pasado con el sicario? No había dado señales de vida. Según sus informadores, nadie conocía el paradero de su hermano Dragan, pero, si el obispo auxiliar había muerto, ¿por qué no tenía noticias? ¿Dónde se había metido el sicario? Le había dado órdenes precisas de que se pusiera en contacto con él en cuanto hubiera llevado a cabo el trabajo.

Pensar que a buen seguro su hermano yacía en el Támesis y que realmente eso era lo importante no calmaba sus nervios. Necesitaba la confirmación de primera mano de que el maldito Dragan ya no habitaba el mundo de los vivos. La incertidumbre lo estaba matando.

Aquella mañana le había llegado el paquete. Envuelto en papel de estraza y cuerda, con su nombre, pero sin remitente. No era muy grande. Sentado ante su mesa, utilizó unas tijeras para abrirlo. Se le había acelerado el pulso. Algo en su interior le conminaba a apartar el paquete, como si tuviese la peste, pero continuó deshaciendo el envoltorio.

Dentro había una vulgar caja de cartón. ¿Lo habría mandado el sicario? ¿Una prueba de que su trabajo estaba concluido?

Abrió con cuidado la cajita. Dentro, cuidadosamente envuelta en papel de periódico para evitar que se rompiera durante el trayecto, había una pequeña botella de cristal rellena de un líquido claro y algo más. Algo sanguinolento que parecía un trozo de carne.

Con mezcla de asco, fascinación y horror, sacó la botella de cuello ancho, cerrada con lacre, y la observó con atención. Debido a la deformación del desecho, le costó reconocerlo. Se trataba de una oreja. Más bien, el muñón de una oreja. Y no pertenecía a su hermano Dragan. Conteniendo un grito, Patrizi recordó dónde había

visto una oreja con esa deformación.

Tiró la botella sobre el escritorio y se puso en pie, mordiéndose una mano para no chillar de rabia. Sus ojos se toparon con un sobre que había en el fondo de la caja. Con dedos temblorosos, lo abrió. En su interior había una nota sin firma.

Monseñor leyó la nota y la tiró al suelo antes de derrumbarse en su silla, golpeando el escritorio con los puños una y otra vez mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Había reconocido la letra de quien había empuñado la pluma y la cita de Virgilio:

«La Fortuna ayuda a los audaces».

Capítulo 22

«¿Tragedia o broma? La mitad de un riñón humano enviado por correo»
The Star

Domingo, 4 de noviembre de 1888. Vaticano

En el apartamento del secretario de Estado se respiraba la tensión. Monseñor Patrizi daba vueltas por el salón de su apartamento mientras el capitán de la Guardia Suiza se mantenía en pie con postura marcial en un costado de la pieza, siguiendo con la mirada al cardenal.

Patrizi había convocado al capitán con la mayor discreción posible, consciente de que en el Vaticano la reserva absoluta no había existido nunca. Por fortuna, era domingo, y el ajetreo en los despachos de la curia era menor. Pocos eran los auxiliares que transitaban por ellos y menos los altos cargos de la Iglesia, algunos de los cuales habían abandonado las murallas para disfrutar de un fin de semana en la campiña.

El cardenal había meditado durante días de qué manera hacer acudir al capitán de la guardia, a qué hora y, sobre todo, hasta dónde contarle la verdad de la crisis que les ocupaba, no solamente a él, se recordó, también a la Iglesia católica, de la que Patrizi era su representante máximo solo por detrás del pontífice.

Al final había decidido llamar al capitán por medio de su secretario, el padre Giacomo, con instrucciones de que se presentara en su apartamento a una hora que no llamara demasiado la atención, las nueve de la mañana, después de que Patrizi hubiera celebrado la audiencia con el papa León, que aquella mañana había sido inusualmente corta y desprovista de interés, sobre todo por parte del secretario de Estado, cuya mente se encontraba muy lejos, concretamente en la capital del Reino Unido.

Cuando el padre Giacomo se retiró y cerró las puertas del

despacho a sus espaldas, monseñor Patrizi se quedó mirando fijamente al silencioso capitán de la guardia. Era un auténtico oficial de carrera, un hombre duro, no muy alto, pero compacto y musculoso, fogueado en mil batallas en las que había empuñado su arma contra los enemigos del Papa.

En esta ocasión, la batalla a la que se enfrentaban requería otro tipo de armas, y el cardenal se preguntaba si el hombre que tenía frente a él estaría capacitado para salir victorioso de ella. Aún meditabundo y sin tenerlas todas consigo, Patrizi había reiniciado su agitado paseo en torno al salón que, pese a ser espacioso, ahora mismo se le antojaba angosto.

El secretario de Estado se detuvo para contemplar una vez más el *Salvator Mundi*. En esos instantes no encontraba la paz en el Cristo con la mano levantada dando la bendición y su bola de roca cristalina, símbolo de la esfera celeste. Parecía que el hijo de Dios le estuviera taladrando con una mirada de reproche por el tremendo error cometido y el abismo al que se asomaban.

—Mire lo que hay en el interior de esa botella de cristal que está sobre mi escritorio —dijo Patrizi sin darse la vuelta, con la mirada clavada en los ojos del Cristo, al que parecía implorar que volviera a echar mano de su poder y lo librase de aquella pesadilla.

Obedeciendo, el capitán tomó el frasco y contempló el despojo sin mostrar la menor sorpresa.

—¿Cree que es de su hombre? —preguntó Patrizi, dándole la espalda desde el otro lado de la estancia.

—No hay duda, monseñor —contestó el capitán con calma—. Tenía la oreja mutilada de una pelea. Es muy reconocible.

Patrizi suspiró, y sus hombros bajaron un poco. No se había permitido engañarse a sí mismo. Sabía que el sicario contratado había fracasado y que su hermano ahora estaría más alerta, después de deshacerse de él. Ahora tocaba decidir cuál debería ser el siguiente paso para exorcizar el peligro.

—¿Podríamos encontrar a otro hombre que pueda terminar la tarea?

El capitán de la Guardia Suiza no se molestó porque el cardenal le mostrara la espalda, ni por el eufemismo empleado para referirse a un asesinato. Como alto oficial, estaba curtido en las intrigas palaciegas y sus retorcidos enredos.

—Ahora mismo creo que no, monseñor. El hombre que mandamos sabía moverse en aquella ciudad y era un profesional eficaz. Si él fue descubierto, no puedo garantizar que otro tenga más éxito.

Monseñor Patrizi guardó silencio un largo rato que el oficial respetó sin abandonar su rígida postura marcial. El secretario de Estado, que había contado con esa respuesta, meditaba si la alocada idea que iba a proponer resultaba un clavo ardiendo o podía convertirse en la solución a sus problemas.

Antes de viajar a Londres para entrevistarse con el arzobispo, y temiendo lo que iba a encontrar, Patrizi había solicitado al discreto capitán de la Guardia Suiza que buscara a un hombre dispuesto a llevar a cabo una tarea con eficacia y tacto. Si al capitán le había sorprendido la confidencia, se había abstenido de hacer cualquier comentario; solo le facilitó un nombre.

Ahora Patrizi precisaba de la opinión del capitán y, para que este pudiera emitir un juicio de valor, debería explicarle de una manera más detallada el problema que lo acuciaba. La clave era: ¿hasta dónde debía confesar la gravedad de la situación?, ¿y qué datos eran los imprescindibles para que el capitán se hiciera una idea exacta de lo que se les venía encima?

—Hay un problema en Londres —comenzó el cardenal con lo evidente, encarándose con el oficial—. El obispo auxiliar del arzobispado. Está implicado en un escándalo que, de conocerse, y el Gobierno del Reino Unido está próximo a hacerlo, acarrearía consecuencias catastróficas para la madre Iglesia.

—¿No es posible llamarlo a Roma? —preguntó el capitán.

—Lo he intentado personalmente, pero se ha declarado en rebeldía. Debemos evitar que todo esto salga a la luz. Hay que hacer algo y rápido. Y, por supuesto, con la máxima discreción.

El secretario de Estado volvió a sus furiosos paseos a través del salón, mientras con la mirada fija en el suelo de mármol desgranaba el desesperado plan que había urdido.

—La única opción que nos deja, visto que atraerlo es inviable y que no tenemos tiempo para mandar a alguien que se ocupe de él —dijo Patrizi, evitando por todos los medios utilizar términos como «matar» o «asesinar»—, es que otros se ocupen de él.

—¿Otros? —preguntó el capitán, viendo que el cardenal no

continuaba.

—Me refiero al propio Gobierno británico.

—Creo que no lo entiendo, monseñor.

—El primer ministro británico, Salisbury, está muy preocupado por la deriva que lleva su Gobierno y teme revueltas —explicó Patrizi, detenido ante uno de los ventanales con la mirada perdida —. Los liberales, anarquistas e independentistas irlandeses han visto las debilidades del Gobierno y preparan movilizaciones y atentados. Incluso la reina está angustiada, hasta el punto de que ha aumentado la seguridad por todo el país.

—Lo sé, monseñor. La Rama Especial ha duplicado el número de sus agentes.

—Bien —asintió Patrizi dando unos pasos hasta quedar cara a cara con el capitán, que no se había movido un ápice de su sitio—. Tal vez podríamos filtrar información sobre la relación del obispo Connery con los terroristas fenianos.

—Disculpe, monseñor. No entiendo en qué podría beneficiar que la Rama Especial detuviera al obispo. ¿No sería contraproducente? Si el obispo se viera acorralado, podría destapar el escándalo al que se refiere.

—No, si acaban con él.

—¿Y por qué querrían acabar con él? —cuestionó el capitán frunciendo el ceño.

—Connery nació en Irlanda, hijo de mineros —mintió Connery con la historia inventada de su hermano—. Sus padres fueron listos y lograron llegar a Londres pronto, antes de que comenzaran las grandes migraciones por la hambruna. Sin embargo, mantuvieron lazos con su tierra. Que su hijo Liam Connery alimentara resquemor por el trato dado por los ingleses a sus compatriotas no es de extrañar. No es el primer sacerdote que lo hace.

—Precisamente ese sería un buen motivo por el que la Rama Especial preferiría detenerlo con vida. No lo dejarían marchar sin interrogarlo a fondo.

—Tal vez si la información revelara algún tipo de complot para cometer atentados en breve, el Gobierno británico se mostrase abierto a ofrecer algún tipo de contraprestación. Un mensaje desde el Vaticano revelando la implicación del obispo en una trama terrorista, para evitar una horrorosa carnicería. Esta información

vendría dictada por nuestra conciencia, dado que la Iglesia católica rechaza absolutamente cualquier tipo de violencia. Un paso muy doloroso para nosotros, ya que se trata de un hermano en Cristo que, además, resulta ser un alto representante en las islas.

Patrizi volvió a su paseo por la estancia, mirando de tanto en tanto al oficial de la guardia, que aún no veía claro el final de la explicación.

—Pondríamos condiciones —argumentó el cardenal—. Nada de detenciones y torturas para sacarle información. Nada de escándalos. La Iglesia no puede verse implicada de ninguna forma.

—Una ejecución —señaló el oficial con un gesto de escepticismo dibujado en su rostro.

—Exactamente. *Quid pro quo*. La ofrenda del obispo a cambio de una muerte rápida y de evitar el escándalo.

Al capitán de la guardia no se le pasó por alto que el cardenal, por primera vez, había utilizado la palabra «muerte».

—No creo que lo respetaran, monseñor —dijo el oficial, incómodo—. Si los británicos creen de verdad que el obispo es un feniano, lo capturarán e interrogarán. La Rama Especial sabe bien cómo hacerlo. No tardarán en saber la verdad, y pensarán que los hemos engañado.

—¿Usted cree?

—Yo así lo haría, monseñor. Para empezar, me resultaría extremadamente sospechoso que Roma no hubiera intentado solucionarlo por su cuenta, por lo que supondrán que lo hemos hecho, lo que tampoco les va a gustar. En mi opinión, llevarán a cabo la detención en secreto y nadie más volverá a saber nada del obispo. Sin duda se preguntarán qué hay detrás de todo esto. Mucho me temo que lo mantendrán con vida hasta sacarle todo lo que sepa. Nunca llegaremos a saber qué le ha sucedido.

—¿Tal vez podríamos pedir alguna prueba?

—¿Como una oreja? —preguntó el capitán, que se dio cuenta demasiado tarde de su impertinencia.

—Entiendo lo que quiere decir —repuso el secretario de Estado pasando por alto la salida de tono. Se encontraba al límite. Estaba desesperado y aquella locura en la que iba a depositar su confianza era prueba de ello—. Lamentablemente, no tenemos muchas opciones. ¡Es apremiante que terminemos con esta situación ya!

El capitán de la Guardia Suiza mantuvo un silencio que revelaba su opinión sobre lo absurdo de aquella alternativa.

—Antes me ha dicho que no posee ningún contacto para que acabe con el obispo —dijo Patrizi, en un último intento por no lanzarse al abismo.

—No, monseñor —tuvo que reconocer el capitán.

—En ese caso puede retirarse —contestó el cardenal, volviéndose hacia la ventana para no tener que mirarlo.

Patrizi esperó a que la puerta se cerrase para terminar de derrumbarse. Desquiciado, golpeó la frente contra el marco de la ventana. El siguiente paso que iba a dar era irrevocable: ponerse en contacto directo con el ministro de Interior británico, Henry Matthews, y apelar a su fe católica y a su obediencia a Roma para asesinar a un hombre. Y no a un hombre cualquiera. ¡Ni más ni menos que a un obispo!

Arrastrando los pies, hundido por el peso que transportaba en sus hombros, se acercó hasta el sillón y se dejó caer. Debería arrancar una sagrada promesa al ministro de que el obispo sería eliminado. ¿La mantendría?

Con la cabeza entre las manos, monseñor Patrizi se sabía acabado. Aquel era su final, por mucho que tratara de aferrarse a un tablón en medio de un tormentoso océano tras el naufragio.

Aquella noche había vuelto a tener la pesadilla. No había resultado más turbadora que otras veces, salvo al final, cuando el malévolo y risueño lobo lo había mirado fijamente a los ojos y había podido reconocer inequívocamente aquel rostro siniestro que en el sueño premonitorio amenazaba con la destrucción total de la Iglesia católica.

Porque aquel maligno rostro de la bestia no era, como le había parecido noches atrás, el del cardenal Galimberti, ni tampoco el de su hermano Dragan, obispo auxiliar de Londres y asesino de mujeres.

El rostro que veía frente a él era el suyo propio.

Sentado frente a una pinta de oscura cerveza, Thomas Withers miraba de refilón unas mesas más allá, donde bebían ginebra cuatro mujeres en distinto estado de ebriedad. Se encontraban en el Prince Albert, un *pub* en la esquina de las calles Brushfield y Steward, un

local algo más elegante y respetable que los antros a los que estaba acostumbrado, donde la cerveza era tan mala como la reputación de su clientela.

Sin embargo, la situación había cambiado. Ahora Withers era alguien, aunque no pudiera proclamarlo a los cuatro vientos. Todavía. Él era el famoso Jack del que todos hablaban. Ciertamente desconocía de dónde habían sacado aquel nombre: Jack el Destripador. Decían que estaba escrito en una carta que el asesino había mandado a la policía. Él de eso no tenía la menor idea. Tal vez fuera cosa del obispo, un gran hombre que sabía reconocer a un buen ayudante como él.

La fama también había llegado acompañada de dinero contante y sonante, algo de lo que nunca había andado sobrado, pero que tampoco había sabido utilizar. Aunque ahora, en el Prince Albert, rodeado de los vecinos del East End entre los que se encontraban rudos estibadores del puerto, marineros y todos cuantos podían permitirse un trago, incluidos algunos prósperos comerciantes del barrio, había encontrado el verdadero sentido a aquellas monedas brillantes que cambiaban constantemente de mano y que servían lo mismo para comprar un par de botas que para follar con una mujer.

La esposa del propietario del Prince Albert, una vieja desagradable, volvió a gritar a la mesa de las mujeres para que bajaran la voz y no alborotaran tanto, pero estas se limitaron a reír y seguir con sus historias, aunque en un tono algo más bajo.

La atención de Withers estaba centrada en la más joven. La preciosa muchacha de largo cabello entre rubio y rojizo, ojos azules como el cielo cuando el negro hollín y las nubes lo permitían ver, alta, esbelta y con un buen par de tetas.

Withers no olvidaba el primer día que había visto a Mary Jane. La muchacha había llegado a Whitechapel con una pequeña bolsa de tela en la que cabían de sobra sus escasas pertenencias y una mirada perdida e inocente. Como un corderillo, había tomado el coche que conducía Withers, y el flechazo que sintió el cochero había sido instantáneo.

Mary Jane, que andaba por la veintena, se había apeado temerosa frente a una de las casas de acogida de Flower & Dean Street, la peor calle del East End. La muchacha estaba tan intimidada por aquella muestra de diversidad humana que

deambulaba sin rumbo a su alrededor que olvidó pagar el viaje y se quedó inmóvil frente al establecimiento.

Por desgracia, un borracho pendenciero había tratado de subirse al carruaje de Withers, lo que había roto la magia del momento, y, por más que el cochero se desembarazara del tipo con unos enérgicos golpes de látigo, la muchacha ya no estaba allí cuando volvió a buscarla con la mirada.

Withers la había vuelto a ver en numerosas ocasiones y, como le ocurriera la primera vez, se había perdido en aquellos ojos azules. El cochero fantaseaba. En su imaginación, Mary Jane era suya. Un alma pura a la que Withers debía liberar de la inmundicia de aquel barrio.

En realidad, esa muchacha dulce, inocente y cariñosa que imaginaba solo existía en la cabeza del enamorado Withers. Lo cierto es que Mary Jane Kelly era joven y bella, pero con un agrio carácter que se acentuaba cuando le daba a la botella, como podían atestiguar los *bobbies* que patrullaban por las calles de Whitechapel.

Withers la había visto en varias ocasiones en ese lamentable estado, sin poder ponerse de pie, con la cara desencajada, insultando a quien se pusiera por delante y agresiva con los *bobbies*, que no tenían recato en darle un par de guantazos si se excedía demasiado. En tales ocasiones, el cochero optaba por negar la evidencia, darse la vuelta y alejarse para borrar su memoria. No permitía que nada ni nadie mancillara la imagen endiosada de su amada.

Claro que todo aquello iba a cambiar, se decía. Él ya no era aquel tipo del que todos se reían. Ahora era un hombre nuevo que casi había logrado olvidarse de las humillaciones que sufría por su cortedad mental y que lo convertían a menudo en el hazmerreír de la gente.

Mary Jane ya no tendría que volver a abrir las piernas para que aquellos cerdos se desfogaran por unas pocas monedas. Él la libraría de esa vida. La sacaría de la calle, le compraría una bonita casa y solo tendría que ocuparse de él y de sus hijos, cuando estos llegaran.

Y todo se lo debería a su amo, el obispo.

Una nueva ola de risas ebrias y trompazos con las sillas azotó el *pub*, avivando la ira de la propietaria, que volvió a amenazarlas con

echarlas. Al resto de los clientes no parecía molestarles, incluso algunos se habían girado para participar del alboroto.

En realidad, el bullicio que estaban causando las cuatro mujeres sí molestaba a un cliente. A Withers le incomodaban profundamente los gritos, carcajadas, maldiciones y blasfemias que lanzaban aquellas tres putas que rodeaban a su amada Mary Jane. En cambio, el hecho de que esta participara en el jolgorio, y muy activamente, por cierto, parecía no calar en él, que solo veía aquel cabello dorado y esos luminosos ojos.

Withers venía decidido a hablar por fin con ella, pero, ahora que la tenía delante, toda la confianza que había ido desarrollando en las últimas semanas amenazaba con esfumarse. Por fin, y sabiendo que si aguardaba más no se atrevería, se levantó de la silla y, bordeando el resto de mesas, se acercó hasta la de las mujeres.

—¡Vaya, un chico guapo!

Withers hizo caso omiso al impostado piropo lanzado por aquella zorra y continuó mirando embelesado a Mary Jane.

—Vaya, Mary Jane, parece que este mocetón se ha enamorado.

El comentario mortificó a Withers. Escuchar de aquella boca inmunda el nombre de Mary Jane, el airear sus sentimientos y las risotadas generalizadas, no solo del resto de mujeres sino también de otros parroquianos, y lo que era peor, de la propia Mary Jane, le hicieron dudar. Notaba el sudor que empezaba a correrle por la espalda, el rubor en el rostro y el corazón acelerado.

—¿Te ha comido la lengua el gato, patán? —dijo otra de las furcias, concitando las risotadas del resto.

Mary Jane también reía, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Withers la miraba incrédulo. ¿Podía ser que no lo reconociera como el hombre que la había salvado aquella noche, cuando un asqueroso cliente la había intentado asfixiar?

—¿Te gustan mis tetas? —preguntó la muchacha inclinándose para delante sobre la mesa y levantándose los pechos con las manos para aumentar su tamaño—. ¡Por un chelín te dejo que las toques un rato!

El resto de la parroquia estalló en carcajadas y silbidos de rechifla, mientras la propietaria continuaba con sus amenazas. Una de las prostitutas perdió el equilibrio y se cayó de la silla, lo que provocó más risas. Un par de vasos arrastrados por la mujer cayeron

al suelo, y sus dueños arremetieron contra la fulana, propinándole varias patadas por haber derramado sus bebidas, mientras ella trataba inútilmente de levantarse.

En el *pub* Prince Albert todos parecían haberse olvidado de Thomas Withers, el cochero más buscado por la policía, el asesino de Whitechapel, el terror de las mujeres del East End.

Lunes, 5 de noviembre de 1888. Londres

El inspector Abberline se encontraba de nuevo en el despacho del reputado alienista Daniel Hack Tuke. Había pedido una nueva consulta llevado por la desesperación, sin tener demasiado claro qué ayuda pretendía encontrar en el psiquiatra.

Le había contado el plan que la policía había llevado a cabo para atrapar al asesino en aquellas pasadas noches de luna nueva, cuando el criminal, según la teoría del astrólogo de la influencia lunar, debería haber vuelto a actuar.

—Creo, inspector, que la teoría no se sostiene —dijo Tuke desde su silla al otro lado del escritorio, con la misma postura adusta e inmóvil que mantuviera la vez anterior durante toda la entrevista—. Ciertamente, el asesino podría mostrarse convencido de estar bajo su influencia, pero los últimos sucesos, en mi opinión, lo descartan.

—Tal vez el criminal se ha visto presionado por el despliegue de policías —sugirió Abberline.

—No se trata solamente de eso, inspector. Desde luego, la presencia de agentes por doquier ha podido desanimar a su hombre. Pero encuentro dos razones para suponer que, en realidad, el asesino nunca se ha dejado llevar por esa supuesta influencia lunar.

El alienista hizo una pausa como para poner en orden sus pensamientos. A Abberline, aquel hombre sensato le transmitía tranquilidad y confianza, más allá de la ayuda que pudiera ofrecerle. Tal vez ese era en realidad el motivo por el que había vuelto a visitarlo.

—En primer lugar, está la sospecha de que el criminal se encuentra fuera de todo control. Hasta ahora se ha mostrado prudente, prácticamente no ha cometido fallos. Ha calculado las rondas policiales, se ha expuesto evaluando los riesgos y sin ponerse en peligro. Esto no concuerda con los últimos asesinatos, que fueron precipitados, sobre todo el segundo, propio de un psicópata a las

puertas del colapso.

Abberline había llegado a una conclusión similar. El asesino burlón, como lo definía el inspector, al que le gustaba jugar con su víctima, con la policía y con la prensa, se había comportado la noche del doble crimen como un vulgar asesino, aunque había tenido la suerte de poder escapar.

—Hay otro motivo que me lleva a pensar que el asunto de la luna ha sido una simple coincidencia —continuó el alienista—, y es la firme sospecha de que el criminal ya ha tenido contacto con la policía. En algún momento ha sido interrogado o visitado por sus agentes. Conoce la zona, y todo me lleva a pensar que tiene un escondite en Whitechapel, por lo que, dado que sus agentes han interrogado a una gran cantidad de vecinos, lo más probable es que lo hayan hecho también con él. Si vive o se esconde en Whitechapel, ha tenido que sorprenderse por el despliegue de policías y, siendo hasta la fecha un hombre calculador y astuto, necesariamente ha tenido que abandonar su intención de matar en alguna ocasión en la que su seguridad se haya visto cuestionada.

—No entiendo dónde quiere llegar.

—Si el criminal, presionado por la afluencia de agentes, dejó pasar alguna ocasión de matar, por fuerza esta ha tenido que ser en fechas en las que la luna no estaba en la fase óptima que indica esa teoría lunar. Es decir, lo habrá intentado en otras fechas.

—En fechas aleatorias, sin relación con las fases lunares —dijo Abberline meditabundo—. Así que no está influido por la luna.

—Efectivamente.

—¿Qué me dice del riñón que supuestamente ha enviado? —preguntó el inspector tras una breve pausa. Ya había puesto en antecedentes al alienista sobre la extirpación del órgano a una de las víctimas y cómo se había recibido un paquete con un trozo de un riñón—. ¿Cree que ha podido ser él?

—Perfectamente. Su hombre es frío y calculador. Pero también le gusta demostrar que es más listo que los demás. Dejar los cadáveres a la vista es un acto de exhibicionismo. Quiere que la gente admire su obra. Desde luego, no puedo asegurarle que perteneciera a una de sus víctimas, pero no sería de descartar.

—Tengo la firme certeza, doctor Tuke, de que tratamos con dos asesinos —dijo Abberline, removiéndose en su asiento sin entrar en

detalles—. Se lo pregunté la anterior vez que hablamos, y usted no lo descartó. Un hombre de buena posición y otro que reside en Whitechapel. Usted dijo que la relación sería de dependencia, no de igualdad. En este caso, ¿quién sería quién, doctor?

—Sin duda el psicópata sería el hombre de recursos y el dominado el que vive en el East End. De eso no tengo duda. La inversión de los roles sería altamente improbable. No digo que no haya psicópatas entre los habitantes del East End, ni personas influenciables entre los que residen en el West End. Pero el que uno y otro lleguen a contactar lo suficiente como para establecer una relación de este tipo me resulta francamente improbable.

—Según sus palabras, en algún momento, el ayudante, por así llamarlo, habrá tenido contacto con la policía. ¿Por qué se nos ha escapado? ¿Qué debemos buscar?

Tuke se tomó unos segundos para reflexionar antes de responder.

—El motivo por el que se les ha escapado es que, realmente, no parece sospechoso. Hay muchos motivos por los que pueda aparentarlo: que la edad no coincida, que sea una mujer, un policía, un juez. Alguien que, por cualquier motivo, escapa de toda sospecha. A diferencia del psicópata, el ayudante, como lo llama usted, no tiene por qué ser inteligente ni saber mostrarse encantador. Es muy posible que sea un tipo retraído, solitario, con alguna tara física o mental. En cualquier caso, no despierta sospechas.

Abberline también había llegado a la misma conclusión. Los investigadores habían estado buscando a un hombre con unas características que probablemente no eran correctas.

—Respecto a qué deben buscar, la respuesta es mucho más difícil. Ya lo han tenido delante y se ha escurrido. Posiblemente, con un interrogatorio mucho más intenso el criminal terminaría por delatarse, algo que seguramente no ocurriría con el psicópata.

—Es imposible someter a todo el East End a interrogatorios como los que usted propone —contestó contrariado Abberline antes de volver a cambiar de tema—. Dígame, doctor, ha dicho que el asesino se encuentra a punto de colapsar. Imagino que se refiere al que usted denomina psicópata. ¿Qué quiere decir con «colapsar»?

—El criminal ha llegado a una etapa, que yo catalogaría como

final, en la que su ansia de matar es lo único que cuenta. Abandonará toda sutileza y cautela, lo que lo hará más fácil de atrapar, pero también más impredecible y peligroso. La última vez mató a dos mujeres. No sabría decirle a cuántas asesinará la próxima vez, pero sí que será dentro de poco.

—Ha pasado más de un mes desde los últimos asesinatos —adujo Abberline—. Según su teoría, debería haber vuelto a actuar y no alargar los plazos entre sus crímenes.

—Ciertamente —respondió Tuke sin mostrarse cuestionado, con la misma voz tranquila y suave de siempre—. He estado meditando sobre ello y solo llego a una conclusión: el asesino, por el motivo que sea, no ha tenido opción. Bien porque ha sido detenido por algún otro crimen, bien porque ha muerto, lo han internado en un sanatorio, ha enfermado o se ha marchado lejos de Londres.

—Así que, si vuelve o se recupera, volverá a matar pronto.

—Y más despiadadamente, inspector. Durante estas semanas sin poder dar rienda suelta a sus instintos, la presión en su interior habrá crecido como el vapor en un calderín, y cuando estalle lo hará con toda su violencia.

En los pasillos del palacio de Westminster el ajetreo era constante. Parlamentarios, secretarios, bedeles, mayordomos, criados y asesores iban de un lado para otro, conscientes, cada uno en su medida y a menudo con exageración, de la importancia de su labor.

Los parlamentarios se habían tomado un receso y lo aprovechaban para refrescarse, negociar pactos, consultar con sus asesores, discutir o tomar algún refrigerio que entonara el ánimo. En un rincón de uno de los largos pasillos, dos hombres conversaban discretamente, sin que el resto osara molestarlos. Se trataba del primer ministro, lord Salisbury, y el ministro de Interior, Henry Matthews. Ambos mantenían una expresión seria y disgustada que ahuyentaba al resto de sus colegas.

—Esto no puede continuar, Henry —decía Salisbury conteniendo su vozarrón para no ser escuchado más allá de su interlocutor—. Estamos siendo el hazmerreír. La prensa pide cabezas. ¿Ha leído los titulares?

—Desde luego, primer ministro —contestó Matthews, tratando de apaciguar los ánimos.

—Policías de otros países se atreven a sugerir cómo atrapar al

criminal. La prensa nos llama inútiles cuando no algo peor, incluso la extranjera. Todos se preguntan por qué Scotland Yard se muestra incapaz de terminar con esta barbarie. ¡Ponen en duda nuestra gestión y capacidad! —La última frase había sido proferida levantando la voz hasta el punto de atraer algunas miradas indiscretas—. Y encima me entero de que los dos jefes de policía andan a la gresca. ¿Qué es eso de un escrito del criminal que el comisionado Warren eliminó?

—Una pintada aparecida cerca del lugar del último asesinato —respondió Matthews, incómodo—. La mujer fue asesinada en la City, pero el mensaje se encontró en terreno de la policía metropolitana. El comisionado Warren optó por borrarla para evitar disturbios. Debo reconocer que, aunque no suelo estar de acuerdo con su forma de comandar la fuerza, en esta ocasión acertó al borrar la pintada, lo que no gustó en absoluto al mayor Henry.

—Mientras los jefes de policía se pelean por demostrar quién ostenta más poder, el criminal sigue campando a sus anchas —protestó lord Salisbury, con el rostro congestionado por no poder mostrar su enfado de manera más enfática—. La reina me ha vuelto a llamar, Henry. Está cada vez más preocupada. Considera que la posibilidad de una revuelta es más evidente que nunca. Y no tengo forma de poder tranquilizarla.

Matthews, con cara de circunstancias, guardó silencio y miró de refilón a su secretario, que aguardaba discretamente retirado, para indicarle que no era el momento de interrumpirlo.

—¿Cómo ve a Warren?

El ministro no contestó enseguida. Salisbury conocía de sobra su antipatía por el comisionado, así que era probable que la pregunta tuviera trampa. Si aprovechaba para poner a Warren a los pies de los caballos, tal vez provocara los recelos del primer ministro, y este se preguntaría si su antipatía venía ocasionada por la propia incapacidad de Matthews para continuar al frente del ministerio.

—Sabe muy bien, primer ministro, que el concepto del comisionado Warren sobre la labor que debe ejercer la policía metropolitana es diametralmente opuesto al mío. No es algo que haya ocultado nunca. La visión totalitarista y marcial de Warren choca contra los ideales que trato de representar.

—Lo sé, Henry —lo cortó lord Salisbury, mostrando impaciencia

—. Warren fue una elección personal de la reina en un momento en que era necesario un liderazgo fuerte. Bien quedó demostrado el año pasado que tal vez la elección no fuera la más acertada, pero eso es lo que tenemos ahora. Lo que le pregunto es: ¿está el comisionado Charles Warren en condiciones de seguir liderando Scotland Yard?

—En mi opinión, Warren se encuentra superado por la situación —contestó, arriesgándose a mostrar crudamente su opinión—. Se ha desentendido del cuerpo de detectives, que ahora se encuentra dirigido *de facto* por un simple inspector jefe, en absoluto apto para conducir la caza de ese criminal, y continúa convencido de que una presencia masiva de agentes uniformados en Whitechapel terminará por acorralar al asesino hasta apresarlo.

—Y usted no lo cree así.

—Los agentes están agotados y desmoralizados. Se han eliminado todos los permisos y se les carga con más rondas. Por las calles de Whitechapel, ya de por sí complicadas debido al laberinto de callejones y patios, están patrullando agentes de otros distritos, que bastante tienen con no perderse al término de sus largas e infructuosas veladas. El Departamento de Investigación Criminal está perplejo; sus recomendaciones no se cumplen, se les asignan más detectives, pero sin ningún tipo de liderazgo ni coordinación. Dan palos de ciego con más voluntad que resultados. Se enfrentan a una situación nueva que nunca había tenido lugar y lo hacen sin jefe y con la arrogante indiferencia de su máximo responsable.

—Su destitución supondría un golpe de efecto —dijo Salisbury bajando aún más la voz, porque en esos momentos pasaba por su lado un grupo de parlamentarios que saludaron respetuosos con una inclinación de cabeza antes de continuar su camino hacia sus escaños, ya que la sesión parlamentaria estaba a punto de reanudarse—. La reina se muestra dispuesta a relevarlo.

—Sin duda sería bien visto por los londinenses, al menos por los del East End. Como sabe, primer ministro, su figura está muy debilitada desde el Domingo Sangriento del año pasado, y las últimas actuaciones del comisionado y sus declaraciones a la prensa cada vez que tiene la oportunidad lo han desgastado aún más.

—La prensa también accedería a darnos una tregua si Warren es cesado —estuvo de acuerdo el primer ministro—. Imagino que tiene

pensado a quién propondríamos para que lo sancione la reina.

—Desde luego, primer ministro. James Monro, el antiguo jefe del Departamento de Investigación Criminal y ayudante del comisionado.

—¿El que dimitió por diferencias irreconciliables con Warren? —preguntó lord Salisbury, enarcando las cejas y tratando de hacer memoria.

—El mismo. Es apreciado y obedecido por sus hombres. En el Departamento de Detectives, su liderazgo es indiscutible. Entre los agentes uniformados, es respetado. También goza de popularidad en la prensa. Ha seguido el caso desde el comienzo y está al tanto de las investigaciones. No me cabe duda de que es el hombre indicado para cerrar esta crisis.

—Está bien —asintió lord Salisbury—. Apoyaré a su candidato. Espero que no se equivoque, Henry.

Con estas palabras, el primer ministro terminó con la improvisada reunión y se dirigió hacia la cámara, donde aún debería lidiar con el resto de parlamentarios, dejando tras de sí a un ministro de Interior contento por poder desembarazarse al fin de un molesto problema y al mismo tiempo preocupado por el significado encubierto de las últimas palabras del jefe del Gobierno, que había dejado claro quién sería el siguiente cabeza de turco si, llegado el caso, fuera necesario sacrificar a alguien más.

Martes, 6 de noviembre de 1888. Londres

Un coche se detuvo dos manzanas antes de llegar a la catedral de Saint George, en el distrito de Southwark, y de su interior descendió torpemente un hombre con el cuello deformado por el bocio. El hombre entregó unas monedas al cochero para pagar el viaje y esperó a que este se marchara para echar a andar.

Por detrás, otro coche también se había detenido, un poco más lejos, y su pasajero había saltado del interior con agilidad ocultándose entre las sombras. El agente de la Rama Especial Alfred Vassily no perdía de vista al hombre del bocio y se preguntaba hacia dónde se dirigía. En la profesión de espía siempre resultaba arriesgado aventurar los movimientos de la persona a seguir, pero en muchas ocasiones era imprescindible para poder adelantarse a los acontecimientos.

En esta ocasión el agente estaba a oscuras, y no solo porque

habiendo caído la noche la visibilidad fuera escasa, sino porque no conseguía predecir cuál era el destino del dirigente anarquista, muy alejado de su territorio en el East End y al que sus movimientos furtivos delataban.

El hombre del bocio, con su andar lento y bamboleante, continuaba avanzando en dirección a la catedral. En la calle había bastante movimiento. Coches de punto, elegantes carruajes y gente de paseo aprovechaban uno de los puntuales paréntesis que dejaba la lluvia. La niebla londinense había hecho su aparición hacía un rato, la «sopa de guisantes» de la que hablaban sus ciudadanos, con ese color entre amarillento y verdoso que dificultaba la visión y calaba hasta el tuétano, por más ropa que se llevara para protegerse de la humedad.

Al llegar al edificio anterior a la catedral, el hombre se acercó a la entrada. Llamó a la puerta con la aldaba. Mientras aguardaba a ser atendido, se giró y revisó la calle a un lado y otro, y pareció quedarse tranquilo al ver que nadie parecía mostrar ningún interés por sus andanzas.

El agente de la Rama Especial se había detenido ante un puesto de venta de periódicos, donde había comprado un ejemplar del *Times*, el segundo que compraba aquel día, y fingía mostrar interés por las noticias publicadas, escondiendo en parte su rostro en él.

La puerta de la casa se abrió, el hombre del bocio pasó al interior, y la puerta se volvió a cerrar. El agente Vassily esperó un poco tras las páginas del diario y, plegándolo con cuidado, se acercó paseando hasta la puerta por donde había desaparecido el hombre. En el muro había una placa de latón y leyó el nombre que venía escrito. Agente veterano como era, acostumbrado a ver de todo, no expresó sorpresa al descubrir que era el domicilio del obispo auxiliar del arzobispado católico.

Miércoles, 7 de noviembre de 1888. Londres

El obispo Liam Connery despidió a su cochero y buscó en el semblante habitualmente inexpresivo de este indicios de que había entendido lo que se le requería, pero Withers, impertérrito, se limitó a hacer girar a los caballos y guiarlos por donde habían llegado. Connery se dio la vuelta y caminó unos pocos pasos hasta la puerta de su domicilio sin descuidar estudiar los alrededores. Así había

conseguido descubrir al sicario que su hermano había mandado para acabar con su vida. La suerte se había aliado con él para descubrir a su perseguidor. Tal vez la siguiente vez no tuviera tanta suerte. Por eso había decidido ausentarse unos días de Londres.

Pero ya había vuelto. Los días pasados en Bath le habían supuesto un calvario. Aquejado de temblores y fiebres, otro síntoma de que había perdido cualquier dominio sobre sí mismo, finalmente había tomado un tren de regreso a la capital y, sin poderlo evitar, había convocado al cochero. En su ausencia, le había ordenado esconderse, no dejarse ver y no sacar el carruaje de la cochera, para lo cual le había hecho entrega de una buena cantidad de dinero que le permitiera mantenerse en su casa encerrado.

El regreso a Londres no había mejorado la situación. Le embargaba una sensación de fatalidad ante la perdición hacia la que se dirigía, junto a la de no controlar su entorno, donde las cosas sucedían arbitrariamente y no, como estaba acostumbrado, de acuerdo con sus designios.

El arzobispo Manning había tomado otro obispo auxiliar durante aquel mes en el que Connery se había ausentado, y aquel mequetrefe creía poder quedarse con su cargo. El propio Manning no había mostrado especial alegría al tenerlo de vuelta, su cómplice Withers parecía ocultar algo y encontrarse de un humor agrio, y su hermano había conspirado para acabar con su vida. Incluso su propio cuerpo ya no lo obedecía, con aquellos temblores, calenturas, falta de concentración, una desesperación ante lo que intuía que estaba por llegar y esa obsesión por volver a matar que lo arrollaba como un alud de nieve, llevándose cualquier precaución por delante.

¿Cuándo había sido la última vez que sus deseos habían sido cumplidos al instante, sus órdenes acatadas y sus amenazas temidas?

Sin ir más lejos, el día anterior había recibido la visita inesperada y enormemente desafortunada de aquel desagradable hombre con un enorme bocio con el que se había asociado para hostigar aún más al Gobierno y meter miedo a los temerosos ricachones, a los que había amenazado veladamente para sangrarles parte de sus fortunas. Ahora al desquiciado obispo ya no le resultaba tan satisfactorio el negocio que aún le unía con los

terroristas fenianos, con los que había contraído una gran deuda, temporalmente aplazada mientras les resultara de utilidad, por haber proporcionado los nombres de los participantes en los llamados «crímenes de Phoenix Park», seis años atrás.

Había sido un buen trato para el obispo. Mantener la cabeza unida al cuerpo y un buen montón de libras esterlinas a cambio de extorsionar a los odiados ingleses, enemigos de los irlandeses independentistas. Pero ahora el trato estaba cambiando. Los fenianos se habían cansado de repartir la tarta, la querían toda para ellos, y habían mandado al hombre del bocio a reclamarla.

Su mayordomo había anunciado la inoportuna visita, y Connery había tratado de echarlo con cajas destempladas. Preso de una notable agitación, había proferido todo tipo de exabruptos y amenazas contra el visitante por haber tenido la osadía de presentarse en su casa. Los gritos habían alarmado al servicio, pero no al hombre del bocio, que tenía muchas tablas como para caer en semejantes provocaciones.

Aquel repulsivo personaje se había limitado a darle un plazo de tiempo, muy breve, para reunir una desorbitada cantidad de dinero, del que el obispo no disponía. Sin levantar la voz ni amenazas. En un tono bajo y pausado, entre las angustiosas aspiraciones a las que la enfermedad lo sometía, se limitó a concluir la conversación anunciando que, si para la fecha anunciada, sus reclamaciones no eran atendidas, la asociación a la que representaba daría el trato por finiquitado.

Connery no se llamaba a engaño. Lo que aparentaba ser la simple extinción de un contrato mercantil suponía en realidad su propia condena a muerte. Comprendiendo que tenía demasiados frentes abiertos como para granjearse un peligroso enemigo más y prometiéndose a sí mismo terribles represalias contra aquel hijo de perra en cuanto la situación se mostrara más favorable, tuvo que plegarse al chantaje, aunque no tenía la menor idea de cómo podría conseguir tan fabulosa cantidad de dinero en tan poco tiempo.

¡Necesitaba recuperar el control! La policía seguía confundida, nada lo relacionaba con los asesinatos; el cochero debía continuar viéndolo como su amo y no como un pelele tembloroso. Aquel tipo del bocio debía pagar su audacia, su hermano temerlo de nuevo y todo tenía que volver a ser como antes. Nunca más podía volver a

mostrar sus debilidades. No debía correr riesgos absurdos, ni precipitarse, ni dejarse llevar por su demonio interior. Pensar, necesitaba pensar. Y hacerlo con tranquilidad, como había hecho siempre.

Sin embargo, no se podía decir que hubiera comenzado bien. Nada más llegar a Londres había mandado llamar al cochero para hacerle un encargo: localizar a una ramera con la que desahogarse y poder recuperar la calma perdida. En esta ocasión no tentarían a la suerte, que día a día se mostraba más esquiva. No la matarían en la calle, a la vista de cualquiera que pasara por allí y de las hordas de policías, sino que lo harían en una de aquellas habitaciones que las fulanas alquilaban para llevar a cabo su asqueroso trabajo.

Al abrigo de miradas indiscretas, podrían dedicar toda su atención a la víctima, a la que despiezarían a conciencia. Withers debería elegir bien la caza y su madriguera. Volvería a ver aquella cara de sorpresa, como había ocurrido con sus anteriores víctimas, cuando la zorra se percatase de que el supuesto cliente llegaba acompañado de un secuaz, y la comprensión reflejada *in extremis* en sus ojos sobre la inevitabilidad de su muerte, en una agónica y lenta asfixia.

Y, una vez satisfechos sus deseos, recuperaría la confianza perdida.

Capítulo 23

«Seis prostitutas, contentas de vivir.
Una topa con Jack, y solo quedan cinco.
Cuatro y prostituta riman muy bien,
lo mismo que tres, y yo
incendiaré la ciudad y solo quedarán dos…»,
poema que se recitaba por las calles del East End

Jueves, 8 de noviembre de 1888. Whitehall. Londres

En su despacho, el ministro de Interior, Henry Matthews, discutía con su hombre de confianza, el señor James Monro, acerca de la sorprendente y extraña llamada recibida desde Roma con una información que, de ser cierta, entrañaba mucho peligro y dejaba en mal lugar a la Rama Especial.

El ministro se había guardado la asombrosa noticia durante todo el día anterior sin saber muy bien qué pensar y con quién consultar. En un primer momento había sopesado la posibilidad de hacer partícipe al primer ministro, pero la reunión informal mantenida con lord Salisbury en los pasillos del Parlamento le había hecho desistir.

Henry Matthews, como católico practicante que era, una rareza en el parlamento británico, debía cierta obediencia hacia Roma, pero su cargo como ministro de Interior del Reino Unido estaba por encima y su lealtad no podía ser cuestionada. ¿Sería posible conjugar ambas lealtades? Algo le decía que no.

La conversación telefónica no había podido resultar más extraordinaria. La había recibido muy tarde, cuando ya se disponía a cerrar la jornada y abandonar su despacho. En ese momento, su secretario, con la incredulidad fijada en el rostro, le había indicado que tenía una llamada desde Roma y que era el secretario de Estado, monseñor Patrizi, quien estaba al otro lado de la línea.

Matthews había cambiado rápidamente su sorpresa inicial por

una sensación de alarma. Algo verdaderamente grave tenía que haber ocurrido para que el alto cargo romano lo requiriera a una hora tan intempestiva. ¿Habría muerto el Papa?

Sin embargo, al santo padre no le ocurría nada. Un azorado monseñor Patrizi había necesitado tiempo y circunloquios para confesar un terrible complot terrorista contra el Gobierno de su majestad, en el que estaba implicado un alto cargo de la Iglesia católica. No había desvelado el cardenal cómo había llegado a su conocimiento dicho complot, simplemente se había limitado a expresar la inmediatez del mismo. El Vaticano no disponía de muchos datos. Solamente quién era uno de sus máximos cabecillas y la certeza de que, acabando con él, el ataque sería erradicado.

El ministro no había obtenido más explicaciones por mucho que preguntó. Patrizi aseguraba desconocer más detalles y la identidad de otros cómplices. Si había llamado era por su lealtad hacia el Gobierno británico y, desde luego, para proteger a la Iglesia de un lamentable escándalo.

La extraña conversación había concluido con la más extraña de las peticiones. A cambio de la información facilitada y del nombre del alto cargo implicado, Roma pedía un favor para defender su nombre: el obispo Connery, cerebro del complot, debía ser discreta y rápidamente eliminado y su cuerpo trasladado al Vaticano en cuanto resultara posible.

Matthews había colgado el auricular lentamente, sin terminar de dar crédito a cuanto había escuchado. Desde luego, se habían tomado las medidas pertinentes para comprobar la llamada, aunque no había dudado de su autenticidad, ya que había reconocido la voz de monseñor Patrizi, con el que había conversado en diferentes ocasiones, la última en persona semanas atrás.

Al final había decidido consultar con Monro, un hombre inteligente, buen analista, experimentado y precavido. Justo lo que se precisaba en ese momento. El ministro, sentado bien erguido detrás de su escritorio, aguardaba pacientemente la reacción del hombre a quien tenía pensado nombrar nuevo comisionado en cuanto aquella crisis terminase.

—El obispo auxiliar pertenece a los fenianos —repitió Monro mirando a un punto por detrás del ministro, totalmente perplejo—. Y Roma quiere que acabemos con él.

—¿Le parece posible?

—¿Que sea verdad? —preguntó sorprendido Monro, volviendo la vista al político—. Ciertamente. No se ofenda, señor, pero no sería el primer sacerdote partidario de los independentistas irlandeses. Las iglesias católicas han acogido a menudo a los dinamiteros.

—¿Qué es lo que tanto le sorprende, entonces?

—Imagino que lo mismo que a usted, señor. Si esa información es cierta, ¿por qué Roma no se ha hecho cargo del asunto? Para ellos habría sido menos comprometido.

—Según parece, el obispo ha hecho oídos sordos a regresar a Roma.

—Y por eso lo quieren matar —dijo Monro, al que todo aquello le sonaba muy sospechoso—. Si quisieran acabar con él, no dudo de que hubieran tenido ocasión y capacidad como para hacerlo ellos mismos. El Vaticano tiene larga experiencia con envenenamientos y «accidentes», y discúlpeme por señalarlo, señor.

—Tal vez ya lo hayan intentado —propuso Matthews.

—Sin duda lo habrán hecho. ¿Pero qué ha fallado? ¿Y por qué no lo han vuelto a intentar?

—Aseguran que el atentado sería inminente.

Monro mostró su escepticismo. No era un especialista en terrorismo feniano, pero le gustaba estar al día y, cuando dirigía el Departamento Central de Scotland Yard, acostumbraba a leer cuanta información caía en sus manos sobre el tema. Le resultaba difícil creer que se estuviera preparando un atentado sin que la Rama Especial tuviera la más mínima sospecha.

—¿Por qué no han seguido los conductos habituales de comunicación? —preguntó Monro, haciendo hincapié en otro de los detalles que le habían llamado la atención—. ¿No le parece extraño, señor, que el secretario de Estado en persona lo llame a usted para ponerlo al corriente de esa conspiración?

—He de confesar que en un primer momento me sorprendió —contestó el ministro, dejando pasar la excesiva confianza que se estaba permitiendo su hombre. Al fin y al cabo, para eso lo había convocado, para que hiciera las preguntas pertinentes y pudiera ayudarlo a enfocar una situación irregular—. Resulta que conocí personalmente hace pocas semanas al secretario de Estado,

monseñor Patrizi. Vino a Londres para reunirse con el arzobispo Manning y aprovechó para saludarme.

—¿No es eso de por sí extraño, señor? La visita de un personaje tan importante hubiera debido conllevar una recepción diplomática.

—En este caso, no. Monseñor Patrizi, según me confesó, debía tratar asuntos con el arzobispo Manning y regresar de inmediato a Roma. El hecho de que decidiera visitarme de improviso, algo realmente irregular, como usted señala, se debió a la brevedad de su reunión con Manning. Con tiempo para aguardar a que su tren partiera, el secretario pensó, según sus palabras, hacerme una visita que sirviera para estrechar los lazos de amistad.

—Y casualmente, unas semanas después, el mismo secretario de Estado, la mano derecha del pontífice romano, lo llama personalmente para advertirle de que el obispo auxiliar de Londres es un terrorista feniano.

El ministro guardó silencio. Compartía la extrañeza de Monro. Como político con un cargo muy importante, debía desconfiar de este tipo de coincidencias. En su opinión, un político, por definición, debía ser mentiroso. Y estaba claro que el cardenal Patrizi era antes un político que un humilde siervo de la Iglesia católica.

—Discúlpeme si le parece impertinente la pregunta, señor. ¿De qué hablaron ustedes dos en aquella improvisada recepción? Sé que no es asunto mío, pero me pregunto cómo han llegado a saber en Roma que el obispo es un feniano. Se me antoja que alguna relación con la visita debe guardar.

—Bueno. No hablamos de ningún tema en particular —respondió Matthews, cada vez más inquieto, viendo que sus sospechas iniciales podían no ser producto de la desconfianza innata entre dirigentes políticos—. Parecía una simple visita de cortesía. Ahora que recuerdo, el secretario de Estado me hizo una petición en apariencia inofensiva.

Monro se quedó sin saber qué tipo de «petición inofensiva» había hecho el nuncio, porque el ministro se levantó bruscamente y se dirigió a la ventana, donde se quedó mirando el exterior sumido en sus pensamientos.

«Timeo Danaos et dona ferentes», recitó para sus adentros el ministro. Se había asomado a la ventana, furioso consigo mismo.

Fuera estaba lloviendo de nuevo. Una lluvia fina y pertinaz que lo empapaba todo y calaba tanto el cuerpo como el espíritu de los londinenses, que, a pesar de estar acostumbrados, notaban el peso de aquella luz plomiza bajo los densos nubarrones. Personas y animales se desplazaban carentes de alegría de un lado para otro, llevando a cabo sus rutinas diarias como aletargados. Ese era el mismo ánimo en el que se encontraba en ese preciso momento Henry Matthews.

«Temo a los griegos incluso cuando traen regalos». ¿Por qué le había venido a la mente la frase de la *Eneida* de Virgilio, al que había leído en su juventud? Había acogido aquella inesperada entrevista del nuncio papal como un gesto de respeto hacía el Gobierno británico y hacia su persona en particular. Pero ahora se cuestionaba si había sido una mera visita de cortesía o una calculada maniobra política.

Monseñor Patrizi se había mostrado agitado, pero se había disculpado por ello aduciendo las incomodidades del viaje de regreso a Roma que estaba a punto de emprender y una leve indisposición. Matthews había aceptado las explicaciones con naturalidad, aunque ahora se cuestionaba si aquel nerviosismo no sería fruto de alguna otra inquietud.

La conversación con el cardenal romano había sido distendida, sin abordar ningún tema espinoso. Noticias sobre el papa León XIII, al que todos deseaban prosperidad, o del caluroso verano italiano, muy diferente al británico. Del magnífico solar que el arzobispo Manning había adquirido para levantar lo que debería ser el mayor templo de culto católico en las islas, la maravillosa catedral de Westminster, para la cual seguían diseñando proyectos, y de la salud de hierro de su majestad la reina Victoria y su duelo crónico por la muerte de su marido el príncipe Alberto.

Nada en todo ello podría haber levantado sospecha alguna en el ministro, que había compartido aquel momento con el nuncio como un oasis en medio del desierto, permitiéndose charlar con afabilidad de asuntos mundanos con un gran pensador.

Y sin embargo ahora le asaltaba la duda.

—¿Cuál fue aquella petición, señor?

La voz de Monro lo arrancó de su ensimismamiento.

—El cardenal me comentó, sin darle demasiada importancia, la

desazón que tenía el arzobispado porque uno de sus empleados, un vulgar cochero, estaba siendo acosado por la policía con motivo de esas muertes en Whitechapel.

James Monro se hundió en su asiento y abrió la boca, desolado. Así que el nuncio era aquel ilustre que había presionado al ministro para que se deshiciera de la ficha del cochero. Y él, Monro, que se ufanaba de ser un profesional íntegro y capaz, había asistido a la destrucción de aquel documento sin siquiera hacer constar su protesta.

—En ese momento yo también me sorprendí —confesó Matthews, enrojeciendo un tanto al ver en el rostro de su consejero la reprobación por lo que había hecho—, pero no le di demasiada importancia. El cochero es un débil mental. Usted mismo lo confirmó.

—¿Y por qué querría el nuncio destruir su ficha? —preguntó Monro, al que no se le había escapado la última frase del ministro, implicándolo a él directamente en la toma de una mala decisión.

—Roma temía el desprestigio para la Iglesia de saberse que un criado suyo era investigado en relación con esas muertes —se defendió el ministro, volviéndose a sentar frente a su escritorio, viendo cada vez con mayor claridad que aquella charla informal había sido una trampa—. Por ese motivo solicitó que se destruyera la ficha.

«Se destruyera la ficha». Monro volvió a entender entre líneas. La ficha policial, como documento oficial que era, «se había destruido». Impersonal, como si un rayo la hubiese carbonizado y no hubiera sido la propia mano del ministro la que la había arrojado a esa misma chimenea donde crepitaban unos trozos de carbón.

—El obispo ha resultado ser un feniano, de acuerdo. ¿Y qué papel juega el cochero? —preguntó Monro intentando minimizar los daños ante el abatimiento del ministro, que parecía haber encajado un duro golpe.

—No lo sé —confesó Matthews, sacudiendo la cabeza, desazonado—. La conversación fue breve. El cardenal Patrizi no se refirió al cochero y, francamente, alarmado por las noticias que llegaban, no relacioné ambos hechos.

—¿Podemos suponer que el cochero es también un terrorista

feniano? —propuso Monro, tratando de dar un sentido a todo aquello—. Tal vez ese fuera el motivo verdadero por el que desde Roma querían que se destruyera cualquier mención del criado que obrara en nuestro poder.

—Tal vez.

—¿Y a este no hay que matarlo? —preguntó con incredulidad Monro—. Me resulta muy extraño.

—¿Qué opina, Monro? —quiso saber el ministro. Se sentía débil, vulnerable—. ¿Cree que habría que aceptar su petición?

—Podríamos esperar un poco, señor —contestó Monro pellizcándose el labio, pensativo—. Vigilarlo, ver dónde nos lleva o a quién. Si es un terrorista, tendrá importantes contactos entre la cúpula feniana.

—El cardenal ha insistido en que están planificando acción inmediata. Tal vez no quede tiempo. Roma no quiere arriesgarse a un escándalo. Si creen que no hemos tomado en cuenta su advertencia, tal vez traten de acabar con él de otra manera…

—Es posible —admitió Monro, pensativo.

—¿Y qué papel jugaría el cochero en todo esto?

—¿Un intermediario? Si el obispo se reuniera con los dirigentes fenianos personalmente, correría un gran riesgo.

—¿Qué cree que deberíamos hacer?

—En mi opinión, señor, lo más prudente sería detener al obispo. Podríamos demorar la entrega del cuerpo el tiempo suficiente como para interrogarlo. Lo mantendríamos oculto, nadie llegaría a saberlo. Así evitaríamos cualquier escándalo y lograríamos saber qué está ocurriendo realmente.

El ministro hizo un gesto de rechazo. Sabía que aquellas tácticas se utilizaban, pero no era partidario de ellas. Matar a un obispo, aunque fuera con la bendición del santo padre, era terrible. Pero encerrarlo y torturarlo hasta su muerte era más de lo que podía aceptar.

—Es necesario que sepamos qué está sucediendo, señor —dijo en voz baja Monro, alarmado por el semblante del ministro, temiendo que este decidiera seguir a rajatabla las instrucciones del mentiroso cardenal—. Si la información es cierta, nos llevará a más detenciones. Y si no lo es, sabremos qué papel juegan el obispo y el secretario de Estado vaticano en todo esto.

Matthews volvió a levantarse y a acercarse a la ventana. Estaba indignado por cómo había sido utilizado por monseñor Patrizi, aunque cabía la posibilidad de que el propio cardenal hubiera sido engañado. Según le había confesado a través de la línea telefónica, había sido aquella extraña petición de olvidar al cochero la que llevara al nuncio a efectuar sus propias investigaciones y establecer la conexión del obispo auxiliar con los independentistas irlandeses.

¡Pero asesinar a un obispo católico!

—Dos días —concedió finalmente sin darse la vuelta—. Tiene dos días para sonsacarlo. Después cumpliremos nuestra parte del trato.

Mary Jane Kelly se incorporó con dificultad en su camastro y, mientras con una mano se apoyaba en el mugriento colchón, con la otra se aferraba la cabeza, que parecía que le iba a estallar. Poco a poco fue entreabriendo los ojos y consiguió sentarse en el borde de la cama, sin atreverse a levantar la cabeza. Todo le daba vueltas. A pesar de ser ya mediodía y haber dormido unas cuantas horas, todavía tenía demasiado alcohol en la sangre.

Era una afortunada. En aquel mundo de depravación, miseria, suciedad, pobreza y violencia, Mary Jane, gracias a su belleza, que le permitía cobrar más caros sus servicios, tenía su propio cuarto en Miller's
Court. Ella no necesitaba frecuentar aquellos inhumanos albergues de acogida, donde los últimos en el escalafón social debían aguantar hasta que les llegaba la muerte.

Como el resto de sus compañeras, con las que se llevaba bien siempre que no hubiera bebido demasiado, Mary Jane había estado aterrorizada durante las últimas semanas por culpa de aquella espantosa bestia que se movía por las calles de Whitechapel en busca de presas a las que abrir en canal y llevarse sus entrañas para comérselas, según aseguraban algunos en el barrio.

La consecuencia de aquel desmedido temor era que Mary Jane había abandonado las calles durante aquel tiempo, logrando sobrevivir de préstamos de algunos pretendientes, que no le faltaban, y de no pagar el alquiler del cuarto a cuatro chelines semanales.

Sin embargo, el tiempo pasaba, los pretendientes se cansaban de

costearle sus borracheras y el casero, el señor McCarthy, llevaba días detrás de ella para que abonara los atrasos, sin que las carantoñas que la muchacha le hacía surtieran ya efecto. El diabólico asesino llevaba más de un mes sin dar señales de vida, por lo que Mary Jane había vuelto a buscar clientes que llevarse al inmundo agujero que componía su hogar.

El día anterior había sido muy bueno. Los clientes, ávidos de una carne tersa, ya que durante todo octubre se habían tenido que contentar con las putas más viejas y feas, las que no habían podido dejar la calle a pesar del peligro, le habían llenado los bolsillos de monedas y el estómago de ginebra.

Había sido una noche de gran ajetreo, de un ir y venir sin parar de clientes dispuestos a desfogarse entre aquellas sábanas llenas de mugre. La vecina que vivía en el cuarto de arriba había tenido que golpear varias veces el suelo para que dejaran de alborotar, sin que Mary Jane le hiciera el menor caso, hasta bien entrada la madrugada, cuando había caído rendida en el jergón.

Con un tremendo esfuerzo, consiguió levantarse y apoyarse en la mesita, sobre la que había una jofaina desportillada y encima un espejo con manchas de humedad. Lo que vio en él no la sorprendió, pero tuvo que retirar la mirada. Sabía que aparentaba diez años más de los que tenía y que, de seguir con aquella vida, en menos de una década estaría muerta o recogida en uno de aquellos albergues a los que había jurado no volver.

La realidad es que estaba dispuesta a cumplir su juramento. La muerte la aterraba, ¿y a quién no?, pero supondría un descanso, y por Dios que ella lo necesitaba. Tal vez caer en manos de aquel destripador no fuera tan malo. Decían que mataba a sus víctimas rápidamente. ¿Qué más daba lo que hiciera después con su cuerpo?

A fin de cuentas era una vida miserable la que llevaba y, debía dejar de engañarse, nunca volvería a la que había conocido antes de su llegada al East End de Londres, huyendo de la mala suerte y con una confianza inmotivada en que la capital británica la ayudaría a recuperarse.

Mary Jane había nacido en Irlanda y se había desplazado junto a sus padres y sus siete hermanos a Gales, confiando en encontrar un trabajo para el padre de familia, un esforzado herrero. Con dieciséis años, se había enamorado perdidamente de John Davies, un minero

con el que se había casado antes de cumplir los diecisiete. Pero la felicidad no había durado mucho. Una explosión en la mina, un par de años después de la boda, se había llevado a la tumba a Davies y con él, el futuro y la ingenuidad de Mary Jane.

Atolondrada por la repentina viudedad, abandonada por todos y sin recibir la paupérrima indemnización que la empresa minera debía abonar a los familiares de los mineros fallecidos, Mary Jane se había marchado a Cardiff, a casa de una prima, hasta que esta la echó para meter a un amante.

Y así había decidido viajar hasta Londres, la capital de la que todo el mundo hablaba con grandes elogios, donde las calles se iluminaban por las noches con elegantes luces que funcionaban sin gas, donde había grandes teatros y las mujeres lucían esplendidos vestidos. Un lugar de ensueño para comenzar una nueva vida.

Mary Jane había conseguido durante un tiempo atisbar esa vida de lujo y glamur en elegantes salones y cómodas alcobas. Sin embargo, la ginebra y su mal carácter cuando llegaba al fondo de la botella la habían echado a las calles. Y en ellas mandaba la policía metropolitana, que no deseaba prostitutas rondando y mucho menos a aquellas que daban problemas.

La enésima vez que un *bobby*, uno especialmente fortachón con malas pulgas, la detuvo por alterar el orden, comprendió que sus días en el West End estaban contados y que sería conveniente salir de allí.

Sin saber adónde ir, había tomado un coche conducido por un tipo raro, al que más tarde vería de vez en cuando por los barrios bajos de Londres, siempre con una mirada inquietante que la turbaba, llegando hasta el East End, la zona olvidada por los londinenses de bien.

Su mundo de ensueño se había hecho trizas al bajar del coche y enfrentarse a la peor calle de Londres, la Flower & Dean Street, donde tuvo que pernoctar durante varias noches de horror.

Pronto descubrió que su única alternativa a morir de inanición era, una vez más, vender su cuerpo, muy codiciado entre gentes que pagaban por tirarse a viejas inmundas. El reparo que le daba tener que levantarse las faldas en callejones infectos y oscuros para que asquerosos desechos humanos la penetraran con su hedionda verga no tardó en disolverse en el alcohol de la ginebra.

Sin embargo, su ligera cabeza no terminaba de aceptar que aquel era el mundo al que pertenecería de por vida, una cárcel de la que jamás podría escapar, y esta resistencia a aceptar la realidad la llevó a inventarse un pasado misterioso en el que, con el nombre de Marie Jeannette, había residido en París al amparo de un rico caballero que la colmaba de caprichos, hasta que un desgraciado accidente acabó con su vida. En Whitechapel todos tenían sus propias historias inventadas para enfrentarse a la crueldad de su existencia, y ellos mismos acababan por creérsela, sin lograr engañar a los demás, así que Mary Jane no fue tachada de mentirosa y sus compañeros de miseria aceptaron la piadosa historia sin hacer más preguntas.

Con el tiempo había prosperado. Solicitada como estaba, Mary Jane había podido ir seleccionando a sus clientes subiendo sus tarifas por encima de la media, lo que le había permitido una mejor vida que, sin ser lo que ella esperaba, era sin duda más de lo que la mayoría de sus compañeras soñaban.

La muchacha había pasado por las manos de varios proxenetas, a cada cual más brutal, y había cambiado de dueño por deudas entre ellos, apuestas o amenazas, ya que todos la querían tener bajo su dominio, visto que las ganancias eran jugosas. Y todos la habían tratado como a una vulgar yegua.

Esa era la triste realidad de la mujer que Mary Jane veía reflejada en el espejo de su habitación, por mucho que ella intentara maquillar esa realidad con falsas promesas de que pronto cambiaría su suerte. Jamás podría dejar los bajos fondos de la capital británica, ni convertirse en una dama respetada que asistiera al teatro, a bailes y recepciones.

Mientras se arreglaba con los dedos la melena, la puerta de su cuarto, que daba directamente al callejón de
Miller’s
Court, se abrió y entró Maria Harvey. Maria era otra prostituta que por edad podría haber sido su madre, y era con ella con la que compartía su cuarto algunas noches. También era el motivo por el que su último amante, Joseph Barnett, la había abandonado después de la bronca que tuvieron precisamente por la presencia en el cuarto de Maria. En la riña habían volado enseres y se había roto el cristal de la ventana con una palmatoria que usaban para

alumbrar la habitación.

—Hola, Mary Jane, ¿qué tal te encuentras? —dijo Maria con esa voz suave y cariñosa que a Mary Jane le recordaba a la de su madre cuando aún era muy niña—. Mira, te he traído desayuno.

Mary Jane echó un vistazo al bulto que Maria mostraba envuelto en un pañuelo no muy limpio. Un trozo de pastel de pasas y otro de un queso blando. No tenían demasiada buena pinta, pero Mary Jane estaba hambrienta, y seguro que le sentaría bien y le ayudaría a asentar el estómago.

Mientras devoraba el desayuno, Maria comenzó a peinarla con un cepillo de púas. El efecto del masaje en el cuero cabelludo y el rítmico cepillado ayudaron a disipar la resaca. La tensión de su largo cuello se aflojó y Maria se lo acarició con suavidad con la mano libre, descendiendo cada vez más por el generoso escote, hasta coger uno de aquellos grandes pechos blancos y masajearlo, apretando el pezón entre el índice y el pulgar. Mary Jane gimió de placer.

La muchacha se dejó llevar de nuevo al camastro. Ya no era aquella muchacha un tanto ingenua que arribara a la capital cuatro años atrás. Si la mujer estaba con ella, era por aquella habitación y porque Mary Jane acostumbraba a tener con qué invitar a un vaso de ginebra, pero no le importaba. Sus amantes masculinos la habían utilizado igualmente. Al menos Maria la hacía gozar intensamente y era cariñosa. En un mundo donde todo era bestial, la sensibilidad con la que la trataba suponía un oasis. Nada que ver con aquellos salvajes que la montaban sin darle tiempo siquiera a bajarse la ropa interior. Brutos que la pegaban, como aquel que noches atrás había intentado asfixiarla porque le excitaba joder pensando que era el temido Jack el Destripador.

Para Mary Jane se había tratado tan solo de otro episodio más de malos tratos a los que se veían sometidas las mujeres como ella. Había conseguido escapar, sin ser consciente de que tal vez aquel animal fuera en realidad el asesino de Whitechapel. Y, por supuesto, ignoraba que un desconocido la había salvado y su atacante descansaba ahora en el fondo de las aguas del puerto.

¿Cómo iba a sospechar Mary Jane, aturdida por los efectos del alcohol, que en el infierno del East End podía haber un ángel misericordioso que la había protegido? ¿Cómo imaginar que su

salvador era aquel cochero que la había llevado de la zona rica de Londres a las letrinas de la ciudad, el mismo al que había ridiculizado en el *pub* delante de todos? ¿Cómo adivinar que aquel desgraciado estaba perdidamente enamorado de ella desde aquel día? ¿Y cómo presagiar que aquel ángel, que en realidad era un demonio, era el temido asesino de Whitechapel, Jack el Destripador, y que por su culpa se encontraba profundamente herido?

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —dijo el inspector Edmund Reid por tercera vez en las dos últimas horas, sin dejar de revisar los listados de los cocheros que vivían en Whitechapel.

La empresa era ingente. Ya habían examinado varias veces las decenas de nombres que figuraban en el listado, y eran pocos los que habían logrado tachar. Se habían centrado en aquellos que figuraban en el censo de la ciudad, pero había muchos otros que estaban empadronados fuera de Londres. También los había que, por no pertenecer al gremio de chóferes, no figuraban inscritos en el registro. Y los que, temerosos de la policía, habían cambiado de domicilio nada más largarse los agentes.

Los inspectores Abberline y Reid comparaban aquellos listados con los de las entrevistas que la policía había hecho casa por casa y el de los cientos de personas que por los motivos que fueran habían sido detenidos como sospechosos de tener algo que ver con los asesinatos.

—¡Estos desgraciados dan cada vez un nombre distinto! —exclamó desesperado Reid—. Tengo tres malditos Robert Watkins en tres domicilios diferentes.

Abberline disculpó el exabrupto. Todos estaban agotados. Él había conseguido ir a dormir a su casa solo dos veces en el último mes, y sabía que al resto de sus hombres les había sucedido otro tanto. Jornadas larguísimas que comenzaban por la mañana y se extendían hasta bien entrada la noche, cuando volvían de las rondas que todos ellos cumplían a pie por los callejones y patios, igual que hicieran años atrás al enrolarse en el cuerpo de la policía metropolitana.

Lo que más le frustraba era que, a pesar del empeño y el trabajo, apenas habían conseguido avanzar en la investigación. Sabían muy

poco. Dos hombres, uno de ellos con cierto poder adquisitivo, ya que se podía permitir un carruaje, aunque aún ignoraban si era de su propiedad o alquilado, y un cochero que posiblemente residía en el East End, como la mayoría de ellos, o al menos tenía allí un escondite.

Abberline dejó sobre el secante del escritorio la declaración que estaba leyendo, tomada a un vecino de la calle Freeman, y echó el cuello para atrás, haciendo crujir las vértebras, lo que supuso un alivio. Cerró los enrojecidos ojos para darles un descanso. Ya apenas lograba enfocar la visión para leer los nombres que se sucedían sin descanso y los cientos de testimonios que se amontonaban en la mesa. Tal vez, cuando todo aquello terminara, debería consultar con un doctor para ponerse alguna de aquellas lentes que facilitaban la lectura.

En su mente bailaban nombres, apellidos, domicilios. Los testigos se mezclaban con los sospechosos y con los que habían sido, por las buenas o por las malas, interrogados por vivir cerca de donde se habían producido los asesinatos.

Números de licencia de coches de punto, números de domicilios, números de testigos, de fechas, números de fichas policiales, números, números, números…

Ya no le decían nada. Todos eran iguales. El 67 podía corresponder a un carruaje, el portal de una calle, el lugar que ocupaba un testigo en el listado, los años de un sospechoso, su año de nacimiento, los días que llevaba sin poder dormir bien, el de agentes que patrullaban en un momento dado por el barrio.

Dichosos números. Abberline los odiaba pese a su carácter metódico y exacto, como buen relojero que había sido en una casi olvidada vida anterior. Entonces no existían asesinos que iban destripando a mujeres en la calle para quitarles algún trozo de órgano. O, al menos él, no lo sabía.

¿Por qué aquella fijación con los números? Necesitaba descansar. Todos necesitaban descansar. ¿Les sucedería a sus compañeros lo mismo que a él? ¿Veían ellos los dígitos en su cabeza, en una danza sin música, asociándose para formar cadenas que componían a su vez otros números más largos?

De pronto, abrió los ojos y se incorporó bruscamente. Tras un instante de concentración, mirando sin ver a su compañero,

Abberline se levantó, dio la vuelta a su escritorio y se aproximó a otra mesa, donde se apilaban en altas torres las declaraciones que los inspectores habían conseguido arrancar a trancas y barrancas a los vecinos del East End.

Fue comprobando montón tras montón mientras Reid continuaba con su búsqueda entre los listados que se acumulaban frente a él. Al terminar de examinar las montañas de papeles y apilarlas correctamente para que no se desmoronasen, volvió a su mesa y se puso a rebuscar entre los dosieres que había estado revisando. Iba pasando cada expediente sin prisas, cuidadosamente, comprobando que no se dejaba ninguno por mirar. Cuando hubo terminado, volvió a repasar el montón una segunda vez, aún más despacio.

—Falta una —dijo con voz pausada.

—¿Cómo dice? —preguntó Reid un tanto distraído pasando páginas.

—Falta una ficha. La que tiene asignada el número 602.

El inspector Reid, sentado en otra mesa frente a él, se lo quedó mirando sin comprender bien a qué se refería. Pero enseguida se puso en pie y se acercó a comprobar el montón de documentos apilados en la mesa, y que Abberline había dividido en dos grupos más pequeños.

—Hay una ficha que no aparece —explicó Abberline con tono neutral. Aquello era lo que le había llamado la atención en el subconsciente. La ausencia de una declaración. Por eso había comprobado minuciosamente todos los montones, por si se hubiera traspapelado. No significaba nada. Seguramente alguien la habría cogido y no la había devuelto, o la habían perdido. Pero el inspector sentía el pálpito de que habían dado con algo.

Sin mediar palabra, los dos hombres revisaron todo el despacho, del que no debería haber salido ninguno de aquellos documentos. Cajón por cajón, estanterías, archivos. Incluso la papelera, que ese día aún no había sido vaciada. Volvieron a examinar el resto de declaraciones por si se encontrara dentro de una de ellas.

—Qué raro —dijo Reid cuando terminaron de buscar en todos los rincones.

Abberline tomó el libro de asientos donde un inspector había ido registrando cada declaración que caía en sus manos y les iba

adjudicando un número. Con el dedo resiguió los números. Todos los asientos estaban correctamente tomados.

—Thomas Withers —se limitó a enunciar cuando llegó al asiento número 602, correspondiente a la declaración que había desaparecido.

—No me dice nada ese nombre. ¿Y a usted, Frederick?

—Tampoco —contestó Abberline, tratando de pensar. Que la declaración se hubiera perdido o traspapelado suponía una grave negligencia, pero nada que no pudiera subsanarse. Sin embargo, ¿qué otra posibilidad había? ¿Estaría en manos de algún otro inspector que había olvidado reintegrarla? Abberline recordó que todos los policías estaban muy fatigados, y con la fatiga aparecían los errores. ¿Sería este uno de ellos?—. Hay que preguntar a todos los inspectores y a cuantos tengan acceso a estas declaraciones —resolvió sin mostrar premura. Sentía que tenía algo, pero no le gustaba dejarse llevar por la agitación. La explicación más sencilla solía ser la verdadera, así que no debían precipitarse—. Quiero saber qué ha pasado con esa declaración y por qué. También quiero saber quién es ese Thomas Withers, dónde vive y en qué trabaja. En cuanto lo encuentren, que lo traigan aquí. Tenemos que volverlo a interrogar.

El inspector Reid asintió con gravedad y se dispuso a impartir las órdenes oportunas para que las instrucciones de Abberline se cumplieran al pie de la letra y a la mayor brevedad. Cogió su sombrero y chaqueta del perchero y se preparó para salir. Estaba dispuesto a ser él mismo quien trajera al tal Withers a comisaría en cuanto dieran con él. Antes de dejar el despacho, echó una mirada al reloj de pared. Las ocho y cuarto de la tarde. Iba a ser otra larga noche.

El hombre de la Rama Especial bostezó sin disimulo. Apoyado contra la fachada del edificio que se encontraba enfrente y a la izquierda de la casa del obispo Connery, disponía de una buena visión del portal y de la calle sin apenas exponerse. Vassily llevaba prácticamente todo el día vigilando la entrada, cambiando de escondite para no llamar la atención de los vecinos, y apenas había visto movimientos, salvo el del servicio para aprovisionarse o hacer recados.

El obispo, en cambio, no había dado señales de vida en toda la

jornada. No había salido, nadie había venido a visitarlo. De no haber sido porque lo vigilaban estrechamente y estaban seguros de que permanecía en su interior, el agente hubiera dado por hecho que el obispo no estaba en su domicilio.

Cambió el peso de una pierna a otra. Le pesaban ambas. Tantas horas parado de pie le habían producido hinchazón en los pies. Además, tenía ganas de orinar, y si su jefe, que pasaba cada cierto tiempo para asegurarse de que la vigilancia se mantenía, no aparecía pronto, se vería obligado a dejar momentáneamente la guardia para satisfacer sus perentorias necesidades.

Con estos pensamientos, oyó los cascos de unos caballos. Un elegante carruaje se acercó hasta detenerse unos metros más atrás de donde se encontraba. El cochero se apresuró a descender del pescante y a abrir la portezuela para que una dama de avanzada edad descendiera, ayudada por la mano que le era tendida para no tropezar en el escalón.

Al ver cómo el cochero acompañaba a la mujer, que avanzaba con un cansino paso a un portal al otro lado de la calle, el agente se planteó utilizar la rueda trasera del carruaje para orinar, como acostumbraban a hacer los cocheros. Cierto es que estos tenían permiso de las autoridades para hacerlo, pero si se daba prisa nadie caería en la cuenta de que él no era el cochero.

Volvió a comprobar que en el portal del obispo no había asomo de actividad y se decidió. No aguantaba más.

—Alfred.

El agente Vassily se giró como un rayo. Al otro lado de la calle, el jefe se acercaba. No lo había visto llegar, lo cual era un fallo imperdonable. Culpar a su vejiga a punto de reventar no justificaba su error.

—Lo siento, señor —dijo Alfred apretando las piernas dolorosamente—. Necesito orinar. No aguantaba más.

—Vale, tranquilo. Te espero —dijo el inspector Stephen Hawkes.

El apurado agente salió corriendo y se metió entre dos edificios muy juntos entre sí. Sabía que en la parte trasera había un patio donde los vendedores ambulantes presentaban sus mercancías para que las amas pudientes escogieran a su satisfacción sin necesidad de acudir al mercado. A esas horas estaría desierto, así que sería difícil tropezarse con alguien, pero si aparecía alguien se haría el borracho

y el que lo descubriese a buen seguro se contentaría con espantarlo a gritos.

Minutos después, con el rostro más relajado, el agente Alfred Vassily regresó a su puesto, donde el inspector vigilaba el portal del obispo mientras mordía media manzana que había sacado del bolsillo.

—¿Quieres un poco? —preguntó, ofreciendo la fruta, de la que aún quedaba un cuarto.

Alfred negó con la cabeza, aliviado, y echó otro vistazo al portal, que seguía tan desierto como lo había estado todo el día.

—¿Qué hora es?

Su superior sacó un pequeño reloj de un bolsillito en su chaleco, sujeto con una cadena, lo abrió y lo giró para que la luz artificial de la calle diera en la esfera y le permitiese encontrar las agujas.

—Casi las once y cuarto.

—¿Hasta qué hora tenemos que estar? —preguntó Alfred—. No ha salido en todo el día. No creo que lo vaya a hacer ahora.

Hawkes asintió. Era responsabilidad suya dar el servicio por terminado. Sabía por experiencia que Alfred estaba cansado y con ganas de marcharse a su casa, cenar y acostarse. Los días que habían estado vigilando al obispo, este se había retirado pronto; seguramente podrían arriesgarse a dejarlo por hoy.

—Continúa hasta medianoche. Si no ha habido ningún movimiento, márchate a casa.

Alfred, resignado, asintió con la cabeza. Había confiado en poder largarse ya, pero aún le quedaba un rato. Por fortuna, había dejado de llover. En cuanto su jefe se marchase y lo dejara allí solo, compraría algo para cenar a uno de los vendedores ambulantes. Estaba muerto de hambre y de sed. Aunque debería esperar a terminar la vigilancia para beber algo. No estaba dispuesto a pasar otra vez por la necesidad de tener que orinar con urgencia y ser descubierto.

En la comisaría de Commercial Street había un gran revuelo. Todos los inspectores habían negado haber extraviado o retirado ninguna de las declaraciones, y los agentes se afanaban en buscar el documento que faltaba por cualquier rincón.

Nadie recordaba haber oído hablar de Thomas Withers. El tipo carecía de antecedentes y, no estando fichado, era imposible saber

su domicilio. Abberline había ordenado a un inspector ir en busca de algún secretario del Ayuntamiento que estuviera dispuesto a rebuscar a esas horas entre el censo para dar con Withers, pero no tenía muchas esperanzas de lograrlo.

El inspector cada vez estaba más seguro de que aquella extraña desaparición estaba relacionada de alguna manera con la búsqueda que estaban llevando a cabo. Había mandado a Reid a preguntar por el tal Withers en las tabernas de baja estofa, confiando en que alguien lo conociera y quisiera compartirlo con la policía.

Continuaban poniendo todo patas arriba, ante las risas beodas de los últimos detenidos que aún aguardaban sentados en un alargado banco a que los metieran en las celdas, cuando se abrió la puerta de la calle y entró el inspector Reid a la carrera.

—¡Frederick, Frederick!

El inspector Abberline, que estaba revisando por tercera vez un archivador sin ninguna fe, levantó la mirada ante los gritos y se incorporó agitado. El estado en el que llegaba Edmund Reid presagiaba noticias frescas. Faltaba por saber si serían buenas o malas.

—¿Qué sucede, Edmund? —preguntó Abberline tomando del brazo al alterado inspector.

—He dado con Withers. ¡Es un cochero!

—Cálmese —dijo Abberline, sintiendo como el corazón se le desbocaba—. Venga, entremos en el despacho.

Empujó al inspector local hacia su oficina y cerró la puerta a sus espaldas, dejando al resto de los policías elucubrando sobre lo que estaba sucediendo.

—¡Tiene que ser él, Frederick!

—Cuénteme lo que ha sucedido —ordenó Abberline, tratando de transmitir una tranquilidad que estaba lejos de poseer.

—He preguntado por Withers en varios tugurios —explicó Reid con ojos de lunático—, pero nadie parecía conocerlo, o al menos nadie ha querido confesarlo. Después se me ha ocurrido preguntar a un grupo de cocheros que se calentaban en torno a un brasero para asar castañas. Al fin y al cabo, estamos buscando a un cochero.

—¿Y?

—Dos de ellos lo conocían. No le tenían ningún aprecio. Según ellos es un bicho raro. No se relaciona con nadie. Es un furtivo que

trabaja sin licencia. Lo han denunciado varias veces, pero debió de dar un escarmiento a uno de ellos y desde entonces nadie se atreve a indisponerse con él. Me han hablado de la desaparición de su padre, que era el propietario del carruaje y que quedó lisiado en un accidente con el coche. Según me han asegurado, lo mató su propio hijo.

—¿Y ha averiguado dónde vive ese tal Withers?

—¡En Greenfield Street!

—Vamos de inmediato para allí. ¡Y no olvide su revólver!

Los dos inspectores salieron a trompicones de la comisaría dejando con la boca abierta al resto de policías. Ya en la calle, gritaron hasta que un coche se dio por aludido y se acercó hasta ellos.

—¡Rápido, a Greenfield Street! —ordenó Abberline, tomando asiento al lado de Reid—. ¡Dese prisa!

Los caballos, azuzados por el látigo del cochero, agitaron las cabezas y salieron corriendo, provocando un estrépito que disgustó a algunos de los paseantes nocturnos que aún andaban por la calle.

Por el camino, Abberline le pidió al inspector Reid que volviera a relatarle lo sucedido, aunque no había mucho más que contar y enseguida se quedaron en silencio, con el corazón latiendo más rápido que el golpeteo de los cascos sobre el adoquinado.

Cuando llegaron a Greenfield Street, se bajaron de un salto, antes de que el carruaje terminara de detenerse y comenzaron a buscar por toda la calle. Según los otros cocheros, Withers disponía de una cochera donde alojar su carruaje y mantener a los caballos, así que no les sería difícil dar con él.

—¡Allí! —señaló Reid, apuntando con el dedo a un solar oscuro como el carbón.

En la calle había dos faroles de gas, uno a cada extremo, que apenas servían para provocar alargadas sombras.

Los inspectores corrieron hasta la puerta y comenzaron a golpearla con el puño. Nadie contestó. Si en el interior había alguien, no tenía la menor intención de abrirles.

—Saltaré la valla —decidió Reid, corriendo hacia el vallado de madera.

Abberline se acercó rápidamente a la valla, entrelazó los dedos de ambas manos y, sirviéndose de este improvisado estribo, Reid

pudo alzarse lo suficiente como para saltar al otro lado.

Instantes después, la puerta de la casa se abrió desde dentro, y los dos inspectores se cruzaron en el dintel. Abberline se temió lo peor.

—No está —confirmó Reid furioso, propinando una patada al marco de la puerta—. Tampoco el coche, ni los caballos.

Capítulo 24

«Perdón para cualquier cómplice del demonio de Whitechapel que lo delate»
Evening Star

Jueves, 8 de noviembre de 1888. East End de Londres

Abrumada por un sentimiento de soledad y desesperación, Mary Jane Kelly trataba de ahogar su lástima por sí misma con la ginebra. Por suerte, le quedaban todavía un par de vasos gratis, regalo del dueño del *pub* Britannia en el que se encontraba, en agradecimiento al rato pasado en la bodega sobre unas cajas de botellas de cerveza.

El gordo tabernero era un ser infame. Ni siquiera su mujer quería follar con él y, cuando no tenía más remedio, lo hacía dándole la espalda para no tener que soportar su sudoroso rostro ni su hedionda boca, pues, con problemas crónicos de estómago, su marido apestaba como una alcantarilla. Mary Jane no tenía un olfato tan delicado, así que no le afectaba demasiado y, por unos cuantos tragos gratis al calor de la trastienda, se ofrecía a que el tabernero se tumbara sobre ella, con las piernas en torno a su grasiento cuello, y la penetrara sin miramientos mientras bufaba agitadamente.

Ahora Mary Jane disfrutaba del «elixir del olvido». Dolorida, se masajeaba la rabadilla, donde se le había clavado el cuello de una de las botellas mientras el cerdo la arremetía jadeante. Lo peor de todo era que, en caso de no encontrar un alma caritativa que se ofreciera a costearle el resto de los tragos, tal vez tuviera que visitar de nuevo la bodega.

Porque se hallaba sin blanca. Ni un miserable penique. Los pingues beneficios de la noche anterior, que alcanzaban incluso para satisfacer parte de la deuda contraída con su casero, el señor McCarthy, se habían esfumado. O más bien se los habían robado.

El día anterior, aquella puta de Maria Harvey, aprovechando

que Mary Jane se había quedado traspuesta tras su encuentro amoroso, se había largado con todo su dinero. No era la primera vez. Mary Jane se había desgañitado amenazando a los cuatro vientos con arrancarle los ojos en cuanto le pusiera las manos encima, pero Maria, zorra vieja, había logrado engatusarla y redimirse con una sesión de sexo que la había hecho derretirse.

Esta vez no sería igual. En cuanto la viera, porque volvería, no tenía la menor duda, no la dejaría hablar con aquella voz de serpiente. La agarraría de los pelos, la abofetearía hasta hacerla sangrar y luego la arrastraría por la calle para que todo el mundo comprobara lo desagradecida que era aquella inmundicia a la que había acogido en su cuarto cuando no tenía donde caerse muerta.

Ahora estaba sola. ¡Dios, echaba en falta las manos de aquella puta sobre su piel! Maria sabía qué fibras tocar para hacerla vibrar como un violín. También, pero de otra forma, echaba en falta a Barnett. Precisamente aquella misma tarde y, cómo no, por culpa de Maria, habían tenido otra bronca, esta vez aún más desagradable de lo habitual.

¿Por qué no aceptaba la proposición de Barnett? La vida que llevaba en el East End era un infierno. Manoseada y vejada por unas pocas monedas que solo servían para conseguir alcohol y un inmundo lugar donde dormir. Y ella era una afortunada. Su juventud y belleza le permitían tener un buen número de clientes y cobrar sus buenos dineros. ¿Qué pasaría cuando esa belleza se marchitase, los pechos se deshincharan y los dientes comenzaran a caerse? Había engordado en los últimos meses, como les ocurría a las demás putas. ¿Qué haría cuando los clientes se cansaran de ella?

Pero lo que le proponía Barnett no podía aceptarlo. Era un buen hombre que la quería y la protegía, al menos de los demás, ya que no podía hacerlo de sí misma. Sin embargo, Mary Jane no quería volver a pasar por lo mismo: dejar Londres y volver a vivir en uno de aquellos pueblucho donde Barnett tenía un primo que le podía encontrar trabajo en la mina. Una existencia miserable, cuidando de una chabola a la que llamarían casa pero que en realidad sería más pequeña que el cuarto que ahora ocupaba, un chamizo siempre negro del hollín, y siempre aguardando oír la explosión que rompía los cristales y la convertiría de nuevo en viuda. No, no era eso lo que quería.

Sería mejor que se pusiera a trabajar antes de emborracharse aún más. A los clientes no les gustaba que no fuera capaz de mantenerse de pie. Es más, preferían que fueran ellas las que los sostuvieran. Tendría que aparcar los sombríos augurios de Barnett sobre el asesino que acechaba el barrio y ponerse en marcha. Levantó la mirada del vaso donde acostumbraba a buscar las respuestas sobre los motivos de su miserable vida y recorrió el local. Ya comenzaba a llenarse. Algunos hombres parecían disponer de dinero, y un par de ellos la miraban con lascivia.

Se ajustó con las manos el sostén para que el busto se le marcara más y se levantó de la mesa. Los dos hombres que se la comían con la mirada estaban en mesas separadas, uno acompañado de otros dos tipos que discutían entre sí; el otro, sin compañía.

Mary Jane decidió comenzar por el que estaba solo. Su vaso estaba casi vacío y podía largarse en cualquier momento, mientras que en la otra mesa parecía que tenían para un buen rato y continuarían con sus pintas, aún terciadas, cuando acabara con el otro.

No le hizo falta más que un gesto seductor con la cabeza y echar los hombros para atrás para que el tipo solitario dejara el vaso sobre la mesa. Convencida de que el hombre la seguía, Mary Jane se dirigió a la puerta y aprovechó para guiñar un ojo al que compartía mesa con los litigantes prometiendo ocuparse de él enseguida. Quién sabía, ¡quizá pudiera hacerlo con sus amigos también!

11:30 de la noche del jueves. West End de Londres

Tres agentes de la Rama Especial descendieron del carruaje cerrado en cuanto los caballos se detuvieron y se sumieron en la sombra que proyectaba el edificio. A la vuelta de la esquina se encontraba la casa del obispo católico al que habían venido a detener.

A todos les había sorprendido la noticia, pero, cuando el propio jefe de la Rama Especial, John Littlechild, llamaba por teléfono a esas horas de la noche y ordenaba detener a alguien, nadie lo cuestionaba y se procedía con la máxima diligencia.

—¿Dónde estará Alfred? —preguntó el inspector Stephen Hawkes en voz baja, forzando la vista para tratar de encontrar al agente que debería estar vigilando la entrada de la casa.

—Se habrá ido a mear otra vez —repuso, cáustico, el sargento Krantz.

—No creo —contestó el inspector, echando un vistazo a su reloj de bolsillo—. Confío en que no se haya marchado a su casa. Debía estar hasta medianoche.

—Pues su reloj marcha mal —comentó Krantz.

—Más le vale que no sea así —refunfuñó Hawkes guardando el reloj en el bolsillo—, o se tragará las próximas guardias nocturnas. Pat, revisa la siguiente manzana por si Alfred hubiera cambiado de puesto. Duck, tú quédate aquí vigilando la entrada. Yo miraré en el callejón, por si estuviera meando de nuevo.

El sargento Patrick Krantz, al que todos llamaban Pat, dio la vuelta a la casa para no pasar por delante del portal del obispo, mientras su compañero, el sargento Walter Johnston, un tipo duro con una pierna más corta que la otra por culpa de una mala soldadura de los huesos rotos en una explosión de los terroristas fenianos, se apostaba en la esquina desde la que había estado vigilando Alfred.

Cinco minutos después, los tres agentes se volvieron a juntar en el mismo sitio.

—¡Maldita sea! —estalló Hawkes—. Le dije que esperase hasta medianoche.

Los dos sargentos guardaron silencio imaginando las desagradables consecuencias que sufriría su compañero por haberse largado antes de la hora que se le había ordenado. Desobedecer a un superior era una falta grave en el cuerpo de policía. Hacerlo en la Rama Especial era aún peor.

Seguramente, el sargento Vassily habría pensado que, para lo que restaba hasta medianoche, no merecía la pena seguir mojándose a la intemperie con aquella lluvia racheada. La orden de detención contra el obispo había dado un vuelco a la situación, y ahora el sargento tendría problemas para poder justificarse.

—Venga, vamos —ordenó Hawkes de mala gaita, encaminándose hacia el portal de la casa del obispo. Ya arreglaría cuentas con Alfred en cuanto lo pillara.

—¿Acercamos el coche? —preguntó Pat, señalando el carruaje en el que habían llegado.

—No, lo dejaremos aquí —contestó el inspector Hawkes—. Lo haremos discretamente. Sacaremos al obispo de su casa y lo traeremos hasta aquí. No quiero que ningún vecino sospeche, así

que seamos sigilosos y rápidos. Espero que el obispo no ofrezca resistencia, pero, si lo hace, nos lo llevaremos a la fuerza. Recordad que la orden es tajante. Hay que atraparlo de una sola pieza.

Los agentes se dirigieron hacia el portal moviéndose rápido y con discreción, algo difícil para Walter Johnston, cuya pierna más corta que la otra le hacía andar como un pato, lo que le hacía ser conocido como «Duck» entre sus compañeros.

El inspector Hawkes llamó a la puerta. En la calle nada se movía. Por si las moscas, los sargentos Patrick y Duck la recorrían con la vista de una esquina a la otra. Nunca estaba de más ser precavidos, y el estar alerta en todo momento era la seña de identidad de la Rama Especial.

Volvieron a llamar, esta vez con más fuerza. En el interior no se oía ni una mosca y todas las luces se encontraban apagadas. Al parecer sus moradores se habían retirado ya. Pero las órdenes eran claras: el obispo tenía que acompañarlos a la sede de la Rama Especial.

A la tercera fue la vencida, y un adusto mayordomo asomó indignado por el alboroto.

—Rama Especial —dijo Hawkes mostrando su credencial—. Queremos hablar con el obispo Liam Connery.

—No son horas de molestar en una casa decente —contestó el mayordomo, que no parecía haber entendido quiénes eran los inoportunos visitantes.

—Si no desea ser detenido —cortó en seco Hawkes, sin ganas de perder el tiempo—, le aconsejo que nos deje entrar, despierte de inmediato al obispo y haga cuanto se le ordena.

El tono autoritario del inspector pareció despejar al criado. Por fin la expresión «Rama Especial» había calado en su cerebro. No se trataba de la policía metropolitana, sino de aquella oscura y peligrosa organización gubernamental que tenía las manos libres para detener a quien quisiera.

—El señor obispo no se encuentra en casa —acertó a decir el asustado mayordomo, al que se le había borrado de la cara cualquier asomo de indignación y engreimiento.

—¿Cómo que no está en casa? —bramó el inspector, que temía alguna artimaña del criado—. ¿Dónde está?

—No lo sé, señor. Salió hace cuestión de media hora.

—¿Y dónde ha ido?

—Lo ignoro, señor —repuso servil el mayordomo—. Nunca lo dice. Tomó un coche de punto y se marchó.

Hawkes, furioso, dio vueltas en la cabeza a aquellas palabras. Si eran ciertas y el obispo había salido, a buen seguro el sargento Vassily lo habría seguido, de ahí que no se encontrara en su puesto frente a la casa. ¿Pero dónde habría podido ir el obispo a aquellas horas? La ignorancia del mayordomo parecía sincera y, realmente, sería muy extraño que un hombre de categoría desvelase a sus lacayos dónde tenía pensado ir.

Por si acaso el criado era más listo de lo que aparentaba y les estaba mintiendo, registrarían la casa. Con un empujón, el inspector apartó al sirviente del quicio de la puerta, terminó de abrir y accedió al vestíbulo con la tranquilidad que daba el saber que la inviolabilidad de un domicilio no regía para los miembros de la Rama Especial.

—Registrad toda la casa, rápido —ordenó a sus hombres, subiendo él las escaleras que daban al piso de arriba para mirar en las habitaciones particulares del obispo—. No dejéis nada sin comprobar. Daos prisa.

Diez minutos después, los tres agentes regresaban a toda prisa al carruaje. El mayordomo no había mentido. Connery no se encontraba allí. Ahora Hawkes estaba seguro: el agente desaparecido lo habría seguido y por eso no se encontraba vigilando la casa. Solo hacía falta saber hacia dónde se habían dirigido.

—A Whitehall —ordenó Hawkes en cuanto se hubo sentado dentro del coche con las cortinas negras echadas, dejando que el espigado sargento tomara las riendas y arreara a los caballos.

Volverían a la sede de la Rama Especial, le contarían a Littlechild lo sucedido, y este impartiría las órdenes. Tal vez incluso ya supieran dónde se encontraba el obispo. Aunque Alfred Vassily ignoraba que las órdenes habían cambiado y que ya no había que limitarse a vigilar al obispo, sino que urgía su detención, no descuidaría dar aviso de sus movimientos, bien fuera mediante una llamada telefónica, si es que encontraba algún aparato allá donde estuviera, o mediante un mensajero.

Mientras los agentes de la Rama Especial se dirigían hacia Whitehall para recibir instrucciones, Thomas Withers se movía

como pez en el agua por los estrechos y oscuros callejones de Spitalfields.

El cochero había dejado al obispo dentro del coche, al que había quitado la placa para que nadie tuviera la ocurrencia de fijarse en ella si se extrañaba de ver un solitario carruaje estacionado al lado de la acera en aquella zona de la ciudad.

El obispo le había encargado buscar una puta que tuviera un cuarto para ella sola, donde pudieran «trabajar» en completa tranquilidad. Thomas nunca había cuestionado las órdenes de su amo, como si fuese el propio Dios quien se las diera. Ni siquiera cuando había preferido dejar a la vista los cadáveres de las mujeres que asesinaban, en vez de arrojarlos al Támesis o buscar otra forma para hacer desaparecer los cuerpos.

Sin embargo, aquella idea tan perturbadora había tenido unas consecuencias insospechadas para Thomas: con las macabras exposiciones, el pánico se había ido extendiendo como la marea por el barrio, y ahora el asesino de prostitutas era nombrado en voz grave con una mezcla de temor y respeto.

Esa sensación de poder había subido la autoestima del cochero. Ya no se sentía un imbécil al que todos podían humillar. Se había percatado de que entre el resto de cocheros era evitado y observado de soslayo con desconfianza, como si pudieran suponer que él, Thomas, era el famoso y aterrador Jack el Destripador, famoso en todo Londres.

Ahora, sin embargo, el obispo prefería no exponerse. Esto no le gustaba demasiado a Thomas. Él se sentía invulnerable. Nadie había podido dar con ellos. ¿Por qué cambiar su forma de actuar? Pero Thomas jamás habría osado cuestionar las órdenes de su amo. Si él quería una mujer con habitación propia, donde poder descuartizarla sin ser molestados, es lo que tendría.

Y Thomas sabía quién sería esa zorra.

¿Acaso no lo había humillado delante de todo el mundo? ¿No se había burlado de él, sin un atisbo no ya de amor, sino de caridad? Mary Jane no era un ángel, era una zorra, como todas las demás. Durante años había velado por ella, propinando más de una paliza a desagradables clientes, mientras fantaseaba cómo sería su vida al lado de la muchacha. Por ella había matado a su propia madre. El obispo se lo había ordenado, cierto. Pero él se había mostrado de

acuerdo. Necesitaba un hogar para su amada, para poder alejarla de la calle sin que tuviera que acostarse con cualquiera por unas monedas. Claro que nunca se había atrevido a insinuarse. Pero ahora él era el famoso Jack el Destripador. El terror de Whitechapel. El hombre más buscado por la policía. El que hacía temblar a los más curtidos maleantes con solo escuchar su nombre.

¿Y qué había hecho la muy desagradecida? Reírse de él. Eso había hecho. Nada más que reírse de él. Y Thomas había tenido que soportar verse humillado una vez más, aturdido por las carcajadas de todos los miserables de aquella taberna, hasta el punto de tener que abandonarla a trompicones, mortificado. Si por un momento había llegado a soñar que al Mary Jane lo seguiría, avergonzada por su comportamiento, la ilusión se había roto como una de aquellas copas de delicado cristal en las que había visto que los ricos bebían.

A Thomas le había quedado claro que aquella puta lo despreciaba, incluso más que a sus clientes, aquellos cerdos que la montaban contra la fachada de un edificio, sobre un tonel de cerveza o en el mismo suelo.

Ahora la zorra pagaría por su escarnio. A Withers, dolido profundamente por la humillación, la orden del obispo de buscar una fulana que tuviera su propia habitación le había parecido un mensaje divino. Se había convencido a sí mismo de que su amo, de alguna forma, se había enterado de su desgracia y le ofrecía la oportunidad de castigar la ofensa.

Tras echar un vistazo al interior del Ten Bells, se encaminó hacia el Britannia, en la esquina de Commercial con Fish Hill. Había comenzado de nuevo a llover con fuerza, y en Commercial Street los operarios esparcían grava fina sobre el adoquinado para que los caballos no se resbalaran en el desfile de lord Mayor que se celebraría al día siguiente, el segundo sábado de noviembre, como marcaba la centenaria tradición.

En cuanto entró en el *pub*, la vio. Estaba engatusando a un posible cliente, pero este no parecía muy dispuesto a pagar demasiado por una puta tan ebria que le costaba permanecer de pie. Al final, Mary Jane, ofendida por ser rechazada, había tratado de propinarle un bofetón, pero el tipo la había empujado y la había tirado al suelo entre las mesas, tan larga como era. En un primer momento, a Thomas se le había encendido la sangre y ya estaba

dispuesto a golpear al agresor, pero recordó su misión.

—Dime, encanto. ¿Quieres pasar un buen rato con la cariñosa Mary Jane?

La muchacha no lo había reconocido, lo que le dolió, aunque se rehízo enseguida. Estaba más borracha de lo que pensaba. Iba a costar razonar con ella y llevarla al cuartucho. No hizo amago de ayudarla a levantarse del suelo. Temía que el contacto la hiciera dudar, y no debía. Ella, que lo había rechazado y se había burlado de él, estaba a punto de ser suya. Sería la última vez que alguien la tocaría, y el suyo sería el último rostro que vería en esta vida. Pero eso sería en la habitación, no antes.

Thomas sacó de su bolsillo dos chelines y solo permitió que fuera la muchacha quien pudiera verlos. A Mary Jane los ojos se le abrieron como platos. A pesar de la borrachera, aún era capaz de apreciar el brillo de las monedas. Por ese dinero, cualquiera podría acostarse con una mujer todas las noches durante una semana.

—Venga, vamos al callejón —dijo Mary Jane poniéndose en pie con dificultad.

Thomas echó un vistazo al local, pero todos parecían tener mejores cosas que hacer que perder el tiempo con las andanzas de una puta borracha. Ni siquiera los taberneros parecían interesados, pues mientras el hombre sudaba para cambiar un barril de cerveza, la bruja de su mujer intervenía en una disputa de borrachos que amenazaba con ir a más. Thomas negó con la cabeza y volvió a mostrar las monedas a Mary Jane, señalando ahora la puerta del local.

A esta le costó entender qué pretendía aquel tipo.

—¿No quieres hacerlo en el callejón? —preguntó, alzando las cejas.

Thomas volvió a negar con la cabeza.

—¿Prefieres que vayamos a mi casa?

En esta ocasión, el hombre asintió.

—Como quieras, guapo —dijo Mary Jane, que seguía sin reconocerlo—. Ven, es por aquí.

Thomas sabía de sobra dónde estaba el cuarto y también que para llegar hasta él deberían pasar por delante de su coche, donde aguardaba el obispo.

Aprovechando la escasa luz proporcionada por los faroles de gas,

el cochero siguió a la mujer, evitando mostrar el rostro cuando se cruzaban con alguno de los transeúntes que deambulaban por la calle, bien trabajando bien en busca de una taberna donde echar un trago o bien dejando pasar la noche a la espera de que llegara el alba, sin un sitio donde descansar los huesos.

Thomas tuvo un momento de pánico cuando, al doblar una esquina, casi se topan de frente con un *bobby*. Mary Jane fue lo bastante espabilada como para no poner en riesgo el brillante negocio que tenía entre manos y, en vez de dejar brotar su naturaleza salvaje y meterse en un lío, se disculpó y rodeó al agente, que pareció satisfecho y apenas lanzó una mirada carente de interés a su acompañante masculino.

Antes de cruzar por Dorset Street, avistaron el coche donde lo había dejado. Thomas, al pasar, golpeó suavemente con los nudillos en la portezuela, en una señal convenida. El oído atento del cochero apreció el ruido que hacía la manilla al girar.

El vello del cogote de Thomas se erizó. La trampa se estaba cerrando.

En menos de un minuto entrarían en
Miller's
Court, accederían a la habitación de la zorra y, antes de que se cerrara la puerta a sus espaldas, el obispo accedería al interior.

Y Mary Jane sería suya y solo suya. Él la haría temblar de miedo. Ella rogaría piedad con los ojos anegados por las lágrimas mientras él la estrangulaba. Lo haría de frente y no de espaldas, como otras veces, tal y como le gustaba al obispo, para poder contemplar la extinción de la vida. En esta ocasión sería él quien se enfrentaría a aquellos ojos que por fin comprenderían.

Vería en ellos el reconocimiento, el arrepentimiento y el temor. Sin embargo, Thomas no se echaría atrás. Cuando la muchacha perdiera el conocimiento, le rebanaría el cuello, la desangraría como a un gorrino y después la tumbaría en el inmundo camastro de su cochiquera y disfrutaría cortándola según las indicaciones del obispo, que, a buen seguro, dispondría un fino y delicado espectáculo.

Excitado, Thomas Withers aceleró el paso.

Medianoche del jueves al viernes

Los miembros de la Rama Especial llegaron a la estación de metro de Aldgate East, donde aguardaba impaciente Alfred Vassily. En cuanto lo vio, el sargento Patrick Krantz tiró con violencia de las riendas y detuvo el carruaje, de donde saltaron, aún en movimiento, el inspector Hawkes y el sargento Duck Johnston.

—¿Dónde los has perdido? —preguntó el inspector sin ceremonias.

—En la estación de tren de Fenchurch Street —contestó Vassily.

El sargento se movía alterado de un lado para otro. Tenía la ropa desordenada y el pelo pegado por el sudor. Cualquiera hubiera dicho que había participado en un combate de boxeo callejero, pero la realidad era que el motivo de su desastrada imagen era culpa de la inesperada persecución que se había visto obligado a llevar a cabo.

Siguiendo las órdenes recibidas, Vassily había permanecido en su puesto de vigía, echando ocasionales vistazos a su reloj de bolsillo, deseando que llegara la hora de marcharse a su casa, donde, con un poco de suerte, su mujer tendría preparada aquella sopa de pularda que tanto le gustaba.

Pero sus deseos se habían visto truncados con la llegada de un coche que se había detenido ante la puerta de la casa del obispo. En cuanto el carruaje frenó, la puerta de la casa se había abierto y un hombre había salido con premura para subirse al coche, que arrancó de inmediato.

Con la poca luz que iluminaba la calle y los escasos segundos en que la furtiva figura se había expuesto, a Vassily le había resultado del todo imposible confirmar la identidad de quien había entrado en el carruaje. Tan solo podía especular. Un criado no hubiera tomado un coche, y menos a aquellas horas, salvo que su amo lo enviara a buscar un médico por una indisposición o algo de similar gravedad.

El carruaje ya se alejaba por la calle en dirección norte cuando el miembro de la Rama Especial se decidió a seguirlo. No tenía forma de dar aviso a su departamento de aquella discreta escapada que le parecía sumamente sospechosa, pero por fortuna disponía de una bicicleta con la que había tratado de no perder de vista el coche, del que no conseguía distinguir su número de licencia.

Afortunadamente, el tráfico no era denso y, aunque el carruaje

tomaba cada vez más distancia pese a los esfuerzos de Alfred, las calles que cruzaban eran anchas y rectas, lo que facilitaba la persecución.

Sin embargo, al llegar a la estación de tren, donde aún había cierto trajín, el coche se había mezclado con otros vehículos. Esa confusión de carros, carruajes y ómnibuses, en calles cada vez más estrechas y cortas con numerosos cruces y revueltas, había hecho que Vassily perdiera de vista a su presa.

Sin saber qué hacer, había optado por dar cuenta a sus superiores de lo sucedido. No temía represalias. No era la primera vez, ni sería la última, que perdían a quienes debían seguir. Cuando se trataba de un objetivo importante, eran varios agentes los que se relevaban para la persecución, y siempre tenían a mano un coche o un cabriolé, más ágil y mejor dotado para la caza entre el tráfico londinense. Pero por el momento el obispo no tenía esa categoría. Simplemente era una persona de la que querían conocer sus movimientos, y por ese motivo solo tenía una «sombra».

Vassily había abandonado la búsqueda, concentrado en encontrar un teléfono mediante el que pudiera recibir instrucciones de sus jefes, así que había metido la bicicleta dentro de la estación y había urgido a uno de los empleados para que lo acompañara hasta un aparato telefónico. En casos así, la identificación como miembro de la temida Rama Especial llevaba a cabo milagros, y en un santiamén Alfred estaba en comunicación con la oficina de Whitehall.

Todo el sofoco que lucía en su rostro había desaparecido de golpe al escuchar a través del auricular cómo la caza del obispo se había convertido en prioridad absoluta y, anonadado, había escuchado las instrucciones antes de colgar y abandonar la estación, sin dirigir la palabra al intrigado empleado que lo había ayudado.

—Nos dividiremos —ordenó el inspector Hawkes—. Duck y Alfred, buscad al sur de Aldgate hasta Leman Street. Pat y yo lo haremos hacia el norte. Nos encontraremos aquí de nuevo en media hora. Si lo encontráis, que uno se quede con el coche y el otro vuelva a informar. Vamos, en marcha.

Media hora después, los cuatro hombres se reunían de nuevo frente a la estación de Aldgate East. Ninguno de ellos había tenido suerte.

—Tal vez deberíamos volver a vigilar la casa y detenerlo en cuanto regrese —propuso Duck, al que la pierna mala lo estaba atormentando de tanto andar corriendo de un lado para otro.

—No —dijo el inspector Hawkes—. Si está por aquí, solo hay una explicación. Ha tenido que venir para reunirse con algún dirigente feniano. Tenemos que echarles el guante a cuantos se junten con él.

—¡Pero esto es como buscar una aguja en un pajar! —protestó Duck—. No tenemos ni idea de dónde pueden estar.

—¿Por qué no revisamos la zona del mercado? —propuso Pat, flemático como siempre—. Allí se reúnen los de peor calaña.

Hawkes se mostró de acuerdo con la propuesta, y los cuatro montaron en el carruaje para dirigirse hacia el norte por Commercial Street. El inspector no quería resignarse. La orden de Littlechild era tajante. El obispo debía ser detenido y aislado de inmediato.

Muy cerca del mercado de Spitalfields, en Miller's Court, el hombre al que buscaba la Rama Especial asistía absorto y alienado a la espantosa carnicería que había provocado su cochero, Thomas Withers. Con los ojos abiertos de par en par para no perderse ningún detalle, admiraba la sangrienta obra que se esparcía ante él.

Según lo convenido, había bajado del carruaje a la señal de Withers, para seguir a la pareja a suficiente distancia como para no despertar sospechas, medida del todo innecesaria, porque la puta tenía tanto alcohol dentro de su cuerpo que no se habría percatado siquiera si Connery se hubiera puesto a su lado.

El cochero había acompañado a la fulana hasta la puerta de aquel repugnante tugurio donde se revolcaba con los de su clase. Connery debía reconocer que la prostituta era bastante más bella y joven que sus anteriores compañeras. Seguramente, en otros tiempos se hubiera dignado a acostarse con ella.

Al llegar a la habitación, la furcia había abierto con su llave y accedido a la estancia por delante del cochero, sin advertir que este dejaba la puerta entornada para que pudiera pasar el obispo. Con sigilo, Connery había cerrado la puerta a su espalda, tras asegurarse

de que no había miradas indiscretas, sin que la mujer se percatara aún de su presencia.

Con calma, el obispo se había quitado el sombrero de cazador con el que camuflaba sus rasgos, mientras estudiaba a la trémula luz del fuego del hogar a quien iba a ser su próxima víctima.

Tambaleante, la furcia se giró. Mostró su sorpresa, pero tardó demasiado en comprender qué estaba ocurriendo. Sin darle tiempo a reaccionar, el cochero la agarró por el cuello y comenzó a apretar.

Colgando de las manos de su agresor, la prostituta intentó zafarse. En vano. Aquellas zarpas parecían las mandíbulas de un cepo metálico y la estaban dejando sin aire. Arañó, pataleó e intentó buscar los ojos de aquel demente con fuego en los ojos y una espantosa sonrisa que le cruzaba la cara.

Extasiados, los dos hombres gozaban viendo cómo la vida abandonaba su cuerpo. El rostro congestionado, la lengua asomando de aquellos labios gruesos y los ojos que iban perdiendo el brillo saliéndose de sus órbitas. En el suelo de la habitación, un reguero húmedo se extendía entre las punteras de sus pies. La muerte estaba próxima.

Sin embargo, en aquella ocasión Withers no estaba dispuesto a mostrarse caritativo, y dejó de apretar en cuanto la mujer hubo perdido el sentido. Como si de un pelele se tratara, la dejó caer sobre el sucio colchón. Se quitó el abrigo. Atado a un antebrazo llevaba el largo y afilado cuchillo de cirujano que utilizaba para descuartizar a sus víctimas.

Agarrando a la mujer del nacimiento del cabello y tirando hacia atrás, con el fin de exponer el cuello, se lo rajó de una profunda cuchillada. El obispo contemplaba embelesado el chorro de sangre a borbotones que manaba del cuello como si de un inagotable géiser se tratara, empapando el cuerpo, las sábanas y el jergón, admirado de la cantidad de fluido que podía contener un ser humano.

Si Connery hubiera sido capaz de prestar atención a cualquier cosa que no fuera aquel cadáver, relamiéndose solo de pensar la manera en la que iba a ser profanado, se habría dado cuenta de que el cochero mostraba una expresión extraña. Su mirada, clavada como la del obispo en Mary Jane, era siniestra, aunque a la vez reflejaba alivio, arrepentimiento, dolor, obsesión y locura. Sobre todo, locura.

Pero a Connery no se le pasaba por la cabeza perder un solo instante de placer, y menos aún para tratar de adivinar los pensamientos de su criado, al que tenía en la misma consideración que a un perro sarnoso.

Finalmente, el géiser disminuyó su caudal hasta convertirse en un fino reguero. Connery se acercó al cadáver todo lo que permitía el charco de sangre y ordenó a Withers que lo desnudara y que arrojase los andrajos al escaso fuego que ardía en la chimenea, para así avivarlo y poder admirar mejor su obra.

Lo que sucedió después resultó el paroxismo de la locura. Una orgía de sangre y violencia, mancillando y descuartizando el cuerpo hasta convertirlo en un despojo del que apenas se podía adivinar su humanidad. A las órdenes del obispo, Withers cortó con saña. Extirpó el abdomen, lo vació de sus vísceras, cortó y amputó los senos, mutiló piernas y brazos… Carne, piel, tejidos y sangre tiñeron de rojo el suelo y las paredes de aquel mísero lugar.

Según iba cortando, como si de las piezas de una res se tratara, el cochero disponía encima de la mesa los diversos trozos: un pecho, el útero, los riñones, el hígado, los intestinos…

Enardecido y fuera de control, comenzó a desfigurar el rostro para evitar reconocerlo. No quería que aquellos ojos sin vida que había amado lo condenaran por lo que estaba haciendo. Sajó en todas direcciones: nariz, mejillas, labios, párpados…, todo acabó en el suelo, componiendo un cuadro bestial. Incluso extirpó las orejas, arrancándolas cuando aún estaban sujetas a la cabeza por hebras de piel y músculo.

Cuanto mayor era la violencia empleada, más frenesí lo poseía. Empapado en la sangre de su víctima y a la luz danzante del fuego, semejaba un demonio salido de lo más profundo del averno, de la más terrible de las pesadillas. Aquello era una orgía de locura, el sueño de una mente perturbada.

Connery, hipnotizado, se relamió al contemplar cómo el cochero hundía su cuchillo en un muslo de la mujer y comenzaba a sajar con destreza hasta descarnarlo, dejando el fémur limpio como si del de una gallina se tratara. Luego lo observó arrojar la masa de carne extirpada sobre la mesa a medida que la rebanaba, y aquello fue el paroxismo.

Withers trató de decapitar a la chica, pero el cuchillo se le

resbalaba de las manos por culpa de la sangre y no lograba partir las vértebras, lo que lo enfureció aún más. En pleno delirio, el enloquecido cochero volvió a ensañarse con el busto, ya espantosamente mutilado.

De repente, el obispo, como si despertara alarmado de un profundo sueño, volvió a ser consciente de lo que ocurría a su alrededor. Algo iba mal. Terriblemente mal. Con los cinco sentidos alerta, trató de apresar aquella sensación y descifrar cuál era el motivo de su alarma. Observó cómo su esbirro, ajeno a todo, abría el esternón de la mujer y metía la mano en la caja torácica para hacerse con el corazón, que ya había dejado de latir hacía rato. La imagen del asesino alzando el corazón de su víctima frente a las llamas era una oda a la locura. Hasta al propio obispo le pareció perturbadora.

Connery cayó en la cuenta de qué era lo que marchaba mal. Llevaban demasiado tiempo en aquella habitación, que se había vuelto un horno con el fuego del hogar y apestaba con el tufo de los intestinos, la sangre y el contenido a medio digerir y desparramado del estómago abierto.

¿Qué hora era? Fuera aún estaba todo a oscuras, pero no podían continuar allí. El coche, sin nadie en el pescante, podía levantar sospechas. Tal vez alguien los hubiese visto y hubiera avisado a la policía. Tenían que terminar y largarse. Por otra parte, poco quedaba de aquel cuerpo que se pudiera destrozar aún más.

—¡Vámonos! —ordenó perentorio.

Pero el cochero parecía no haberlo oído. Mantenía el corazón en alto mirándolo a la luz danzante del fuego con sus ojos enfebrecidos.

—¡Vámonos! —Connery repitió la orden más fuerte.

Withers lo volvió a ignorar y propinó un salvaje mordisco al corazón, ante el horror del obispo.

—Pero ¿qué haces, alimaña?

El cochero continuaba tironeando para arrancar el bocado que se había metido en la boca con la sangre goteándole por las mejillas. Se había hundido en un mundo de locura del que no podría volver a salir. El obispo no tardó en darse cuenta de que en aquel ser infernal no quedaba nada de Thomas Withers. Había terminado por sucumbir a la bestia que llevaba dentro.

En la calle se escuchaban unos pasos apresurados. Aún sin dar crédito a lo que estaba presenciando, Connery se asomó a la sucia ventana y miró a través de uno de los cristales, que se encontraba roto. Fuera había dos hombres que se movían con sigilo. Parecían buscar algo desesperadamente.

Connery los miraba asustado. La forma de vestir y sus gestos clandestinos los delataban como policías. ¡Los estaban buscando a ellos! ¿Cómo los habían encontrado? Ahora todo eso daba igual. Tenían que desaparecer de inmediato. Dejar el cuarto antes de que alguno de ellos se asomara por el mismo hueco que él para ver quién estaba en aquel lugar a la luz anaranjada de un fuego.

Presa del pánico, agarró del brazo al cochero para arrastrarlo hasta la puerta, pero el otro, enajenado, se revolvió y le lanzó un mandoble con la mano que empuñaba el largo cuchillo. En un movimiento instintivo, Connery logró esquivar el ataque y librarse de ser degollado, pero no fue lo suficientemente rápido para evitar que la hoja le seccionara una oreja.

Sin poder evitarlo, lanzó un grito de dolor y se aferró aún más fuerte a su atacante para impedir que este volviera a blandir el arma. El cochero intentó zafarse, sin reconocer a su amo, y lo agarró por el pecho con la mano que hasta ese momento sostenía el corazón, empujándolo hacia la pared.

El obispo, aterrado, sentía como si una enorme roca lo aplastase impidiéndole coger aire. En su delirio, el cochero poseía una fuerza sobrehumana, y Connery a duras penas lograba mantener el brazo que portaba el cuchillo lejos de él. Pero no podría aguantar mucho más.

En las inmediaciones de Dorset Street, los sargentos Duck Johnston y Vassily oyeron el grito de dolor del obispo. Acababan de descubrir el coche de punto abandonado en uno de los callejones, sin nadie en su interior. Alfred no podía confirmar que se tratase del mismo vehículo en el que el obispo se había montado, pero el hecho de que le faltara la placa con el número de licencia lo hacía aún más sospechoso.

Siguiendo su intuición, los dos miembros de la Rama Especial regresaron al lugar de donde creían que podía haber provenido el grito. En el patio de

Miller's Court todo parecía en calma. Revisaron las puertas a su paso, mirando las ventanas de las fachadas.

La bailarina luz naranja del hogar encendido llamó la atención de ambos hombres, y se acercaron a mirar. Agachándose, Duck echó un vistazo, y lo que vio le heló la sangre. Incapaz de explicar el horror que había contemplado a su compañero, se acercó como un rayo a la puerta del cuarto y la abrió de golpe, seguido por Vassily, que no había podido ver qué ocurría en el interior.

Ante ellos, un demente embadurnado de sangre trataba de acuchillar con un largo y espeluznante cuchillo a un hombre al que apenas le quedaban fuerzas para repeler el ataque.

Los dos agentes sacaron sus revólveres British Bulldog y, tras conminar en vano al agresor para que cejara en su intención de asesinar al obispo, dispararon prácticamente al unísono.

El ensordecedor estampido fue seguido por la caída del cuerpo aún con vida del cochero. Con el pulso tembloroso, se acercaron sin dejar de apuntar. Uno de los disparos le había entrado por el conducto auditivo y había arrancado en su salida el costado del rostro, y la otra bala le había alcanzado entre las costillas. Aquel hombre todavía respiraba, pero estaba sentenciado.

—¡Gracias a Dios que han aparecido! —exclamó Connery jadeando—. Este loco me quería matar. Pasaba por aquí y he oído un grito. Cuando me he asomado y he visto lo que estaba haciendo con esa pobre mujer, he tratado de evitarlo, pero este salvaje era demasiado fuerte para mí.

Los hombres de la Rama Especial no le prestaban atención. Hablaron un instante entre sí, y Alfred salió corriendo de la habitación, mientras Duck cerraba la puerta y descargaba su peso sobre ella para que nadie pudiera abrirla.

—Déjeme marchar —pidió Connery—. Yo no tengo nada que ver con todo esto y prefiero no verme implicado.

Pero el sargento Johnston se llevó el dedo índice a los labios e hizo un claro gesto para que el obispo guardara silencio.

Connery estaba aterrado. La única forma de escapar de allí era a través de aquella puerta que el policía bloqueaba.

—¡Le ordeno que me deje salir!

Duck levantó su revolver y apuntó al pecho del obispo, que se

quedó clavado en su sitio. Tenía que largarse de allí. Desesperado, trató de pensar una manera de hacerlo.

No le dieron demasiado tiempo. En la puerta se oyeron unos golpecitos, y cuando el sargento abrió la puerta entró el inspector Hawkes, acompañado por los sargentos Pat Krantz y Alfred Vassily.

Sin perder un instante, el inspector dio las instrucciones. Alfred volvió a salir a la carrera en busca del coche de punto que había traído al obispo y a su cochero. Mientras Duck esposaba con sus grilletes al primero, al que tuvieron que amordazar para que no chillara, Pat recogía una colcha que Mary Jane solía emplear en las noches más frías, y entre él y el inspector Hawkes envolvieron con ella el cadáver del cochero.

En cuanto Alfred apareció con el coche, salieron sus compañeros, llevando con ellos al obispo y el cadáver del cochero. En total habían pasado menos de diez minutos desde que el sargento Duck Johnston mirara a través del cristal roto cuando abandonaban el patio, para salir a Dorset Street y alejarse entre las sombras.

5 de la mañana del viernes 9 de noviembre. Whitehall

Reunidos en el despacho del ministro de Interior, se encontraban el comisionado de la policía metropolitana, Charles Warren, y su antiguo auxiliar, James Monro, en calidad de asesor del ministerio. El ministro fue directamente al grano, y les resumió su conversación con el inspector jefe a cargo de la Rama Especial, John Littlechild.

—¿El obispo católico es el asesino de Whitechapel? —preguntó incrédulo el jefe de policía cuando el ministro hubo acabado su exposición.

—Así es, comisionado —repuso Matthews, con el rostro demudado aún por la terrible noticia.

—¿Y por qué no ha sido entregado a la policía?

—Este asunto requiere de cierto tacto —repuso Matthews, que ya contaba con la resistencia de Warren—. La propia reina Victoria ha pedido discreción.

—¿Discreción? —preguntó alterado el comisionado—. ¿A qué se refiere? El obispo deberá personarse ante el juez para dar cuenta de sus crímenes y entonces estallará el escándalo.

—No será llevado ante ningún juez.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Warren incrédulo.

—Que no será llevado ante la justicia —repitió el ministro.

—¡No puedo permitirlo!

—Lo que usted pueda o deje de poder me trae sin cuidado —replicó Matthews, hastiado—. Hay motivos que lo hacen necesario. Le he llamado porque quiero que comience a retirar agentes de la calle con la máxima discreción. Hay que cerrar el caso cuanto antes, pero sin alertar a los ciudadanos ni a la prensa.

—Debo dejar constancia de mi firme desacuerdo.

—Es una orden.

—¡En ese caso, presentaré mi dimisión! —amenazó Warren.

—No dude de que será aceptada —dijo el ministro, poniéndose en pie—. Redáctela en cuanto tenga tiempo, Warren, pero no olvide que nada de lo que ha escuchado en este despacho puede ver la luz.

El comisionado se levantó como un resorte y con aire marcial abandonó la estancia, dejando la puerta abierta tras de sí.

—Debo decir, señor ministro, que yo tampoco lo comprendo del todo —señaló con suavidad Monro cuando el secretario del ministro hubo cerrado la puerta del despacho, sin saber muy bien qué postura tomar.

—La suerte de Warren estaba echada desde que el primer ministro ha sido informado —contestó Matthews tomando asiento de nuevo tras su escritorio—. Usted ocupará su lugar. El caso debe ser cerrado. En cuanto se calmen los ánimos, después de que la prensa se entere del terrible asesinato que ha tenido lugar esta madrugada, quiero que comience a desplazar a los hombres. Que regresen a sus puestos anteriores. Whitechapel debe recuperar la normalidad.

—La prensa y la gente se preguntarán por qué —comentó Monro, tratando de que sus palabras no reflejaran oposición a las órdenes—. Si el obispo compareciera ante el juez, se podría cerrar el caso sin despertar sospechas.

—¡No! —cortó el ministro tajante haciendo un esfuerzo por controlarse—. Nada debe saberse. Hay un buen motivo para ello. El maldito obispo ha sido interrogado. Littlechild en persona se presentó en mi casa para ponerme al corriente de lo sucedido.

Monro guardó silencio ante aquellas palabras.

—Hay una grave complicación en este tema —explicó el ministro, girándose para mirar el cielo aún oscuro a través del

ventanal—. El obispo auxiliar Connery es hermano del secretario de Estado vaticano, el cardenal Patrizi.

Epílogo

«Desde el Infierno», título de una carta supuestamente enviada por el asesino

Acto I

Viernes, 25 de diciembre de 1892. Piccadilly. Londres

El servicio religioso acababa de terminar, y los feligreses abandonaban ordenadamente la iglesia de Saint James, esperando turno para saludar ceremoniosamente al pastor que había dirigido el oficio y desearle una feliz Navidad.

Entre los distinguidos caballeros que aguardaban pacientemente se encontraba el antiguo comisionado de la policía metropolitana, James Monro, que actualmente se ocupaba de la Misión Médica Cristiana Ranaghat, que él mismo había fundado en la India, donde había estado destinado antes de dirigir el cuerpo de policía de la capital británica y donde había regresado en calidad de abogado y magistrado.

El señor Monro, acompañado por su esposa Ruth, había aprovechado la celebración de las Navidades para visitar en Londres a su familia y amigos, a los que llevaba sin ver desde que volviera a la India dos años atrás.

Habían sido jornadas agotadoras cumpliendo las convenciones sociales, algo que no gustaba especialmente al antiguo comisionado, pues se había visto obligado a explicar a cada sorprendido amigo y familiar los motivos que lo habían llevado a instalarse en el extremo norte del país asiático. Por fortuna, ya había cubierto el expediente, y los días que le restaban en Londres iba a poder aprovecharlos con largos paseos y algunas excursiones.

En la fila donde se juntaban los feligreses, se intercambiaban felicitaciones, buenos deseos, sonrisas amables y educados piropos hacia las damas, vestidas con sus mejores atuendos. Era un día

señalado; en sus casas habían abierto sus regalos y ahora les esperaba el pavo relleno, el pudin de Navidad y una agradable sobremesa en compañía de sus seres queridos, así que todos se encontraban de buen humor. El antiguo comisionado departía agradablemente con un viejo compañero, abogado como él, que había hecho una buena carrera como magistrado en la corte británica y al que llevaba varios años sin ver. Corteses saludos, apretones de mano e inclinaciones para saludar a las damas.

Por fin le tocó a Monro ser atendido por el pastor, al que felicitó por el servicio y deseó una feliz Navidad. Mientras recibía de este su deseo de un buen viaje de regreso a la India, Monro vio por encima del hombro del oficiante a una persona que parecía estar esperándolo.

Con elegancia, fue saludando a unos y otros, acercándose hasta la figura que aguardaba ligeramente apartada de los ruidosos feligreses.

—Inspector jefe Abberline —saludó sonriente el antiguo comisionado, extendiendo la mano para estrechar la del inspector —. Qué alegría más inesperada.

—Feliz Navidad, comisionado —repuso amistosamente Abberline, con un sincero apretón de manos—. No tuve la oportunidad de despedirme de usted antes de que partiera a las Indias y había oído que se encontraba en Londres de visita.

—Ha sido usted muy amable. Pero, por favor, no me llame comisionado. Cada vez que oigo esa palabra se me eriza la piel.

Los dos hombres rieron la ocurrencia. Abberline conocía el motivo por el que Monro había pasado a la historia como el comisionado que menos tiempo había permanecido al frente de la policía metropolitana. Sus enfrentamientos con el ministro de Interior, quejándose por la escasez de agentes, el equipamiento de estos y el sistema de pensiones para los policías, lo había hecho popular entre sus hombres, pero había terminado en un grave desencuentro con el mandatario, tal y como le había ocurrido a su antecesor en el cargo, Charles Warren.

Monro aprovechó la llegada de una pareja mayor que deseaba saludarlos para dejar a su esposa con ellos mientras se distanciaba un poco con el inspector jefe para charlar unos minutos.

—Dígame, Abberline —dijo Monro, saludando con un gesto de

la mano y una sonrisa a un caballero que se alejaba—. ¿Qué lo trae por aquí?

Si algo había caracterizado a James Monro en su dilatada vida, sin duda era que no se andaba por las ramas e iba enseguida al meollo de la cuestión.

—Quiero saber qué sucedió —contestó Abberline, mirándolo directamente a los ojos y aceptando hablar sin rodeos.

—¿Se refiere al caso de la calle Cleveland?

El antiguo comisionado se refería a un escándalo que había tenido lugar en Londres y que había sacudido a la flor y nata de la nobleza británica tan solo un año después de los crímenes del asesino de Whitechapel. El inspector Abberline, que aún no había sido ascendido a inspector jefe, había sido retirado del caso del asesino para dirigir aquella investigación. La policía había descubierto un burdel homosexual en el que trabajaban menores de edad que era frecuentado por importantes personalidades, entre ellas el príncipe heredero Albert.

Como no podía ser de otro modo, y para evitar que el escándalo fuera aún mayor y pudiera desencadenar otra oleada de graves protestas, el asunto fue oportunamente silenciado y dejado en el olvido. Se cerró el local, su dueño fue detenido y expatriado con una bonita cantidad de dinero para evitar que divulgara cuanto sabía, y los policías tuvieron que retirarse frustrados, de nuevo sin poder aplicar la ley a quienes detentaban el poder. El propio Abberline había protestado enérgicamente sin que le sirviera de nada, y su insistencia había puesto en peligro su carrera.

—No, señor —contestó ahora Abberline, sabiendo que el antiguo comisionado sabía a qué se refería—. Hablo del asesino.

—El asesino —dijo Monro con un suspiro y sin necesidad de preguntar a qué asesino se refería el actual inspector jefe—. Yo creía que ese caso seguía abierto, ¿no es así, inspector jefe? Incluso apareció en el río el cadáver del posible criminal, si mal no recuerdo.

—El caso sigue abierto, señor. Es cierto. Pero no tardará en cerrarse. Y sin haber entregado al culpable a la justicia.

Monro se recogió en su abrigo. Era un día despejado sin una sola nube en el cielo, y el frío azotaba. Con la mirada perdida en el horizonte, buscaba a amigos o colegas a los que saludar; no parecía

preocupado por las palabras del inspector jefe.

—De eso hace mucho, Abberline. Ya no ha vuelto a haber más muertes. ¿Por qué le preocupa tanto?

—Porque no se ha hecho justicia, señor. Nadie conoce la identidad del criminal. ¿O tal vez usted sí, señor?

Monro no se inmutó ante la velada acusación. En su cabeza, aquellos crímenes horrorosos habían tenido lugar en otra vida. Los recuerdos cada vez eran más borrosos. Dentro de unos días abandonaría de nuevo Londres, quién sabe por cuánto tiempo, y retomaría su vida de misionero en la India. Un sorprendente cambio, ciertamente.

—¿Cree que hay una conspiración, inspector jefe?

—No lo creo, señor. Lo sé.

—¿De verdad? —dijo Monro fingiendo sorpresa, mientras se quitaba la chistera e inclinaba la cabeza en respuesta al saludo de un hombre que pasaba cerca de él junto a su esposa—. ¿Y qué lo lleva a sospechar tal cosa?

—Después del asesinato de Mary Jane Kelly, la última víctima, hubo otros dos asesinatos de prostitutas. Sin embargo, tan solo un mes más tarde de la espantosa muerte de Kelly, usted fue retirando paulatinamente policías de la calle, sin haber llegado a coger al culpable. Menos oficiales y menos agentes patrullando por la noche.

—Como usted bien ha dicho —intervino Monro—, esos crímenes no habían sido cometidos por la misma persona.

—Pero eso no lo sabíamos en aquel momento. De hecho, aún no estamos seguros de ello. A menos que alguien conociera la identidad del criminal y supiera que este había muerto o sido detenido. ¿No le parece, señor?

Monro no contestó y siguió mirando a lo lejos.

—El mismo día que apareció el cadáver de Kelly, su antecesor, el comisionado Warren, presentó su renuncia por sorpresa. Warren tenía muchos defectos, pero la cobardía no. ¿Por qué dimitió?

Monro se encogió de hombros, aunque continuó en silencio.

—Aquel mismo día identificamos a uno de los asesinos. Porque había dos asesinos y no uno, ¿lo recuerda, señor? Un tal Thomas Withers, un cochero, antiguo ayudante de un carnicero que trabajó en una morgue de la que fue expulsado por manipular cadáveres a los que extraía sus órganos. Misteriosamente, desapareció junto a su

coche y sus caballos el mismo día que Mary Jane Kelly fue asesinada. Nadie ha vuelto a saber nada de él.

—Tal vez huyó.

—O tal vez fuera de Withers el cuerpo que apareció en el Támesis poco después y que, según Scotland Yard, pertenecía a un tal Montague Druitt. ¿Sabía, señor, que Druitt era un magnífico deportista y un buen nadador? Sin embargo, según la versión oficial, se ahogó en el río. Sorprendente, ¿no le parece?

—Si se trataba del verdadero asesino, tal vez se suicidase en un ataque de locura o presa de los remordimientos.

—¿Con dos balazos mortales de necesidad? —preguntó irónicamente Abberline.

—No recuerdo haber leído nada en el informe de la autopsia sobre heridas de armas de fuego.

—Eso es porque el forense recibió órdenes muy concretas sobre lo que debía escribir, señor.

—¿Esas sospechas vienen avaladas por pruebas o son simplemente rumores?

—Digamos que lo sé de buena tinta —contestó Abberline, sin querer admitir que había sido el propio forense quien se lo había confesado—. En la vista previa sobre la última muerte, la más horrible de todas, el juez Baxter fue apartado del caso y la instruyó en su lugar McDonald. Se arguyó que McDonald era juez en el distrito al que se trasladó el cadáver de Kelly. Una irregularidad, ya que la víctima fue asesinada en un distrito perteneciente a Baxter.

—Edwin Baxter era un incordio para todo el mundo —argumentó Monro—. Usted lo sabe muy bien. No perdía ocasión de culpar a la policía y al Gobierno de cualquier cosa que sucediera.

—Y por eso le dieron el caso a McDonald, que, en su prisa por cerrar la vista en una sola mañana, algo insólito, se olvidó de llamar a importantes testigos. Aunque curiosamente llamó a otros que aseguraban haber visto a Mary Jane Kelly entre las seis y las ocho de la mañana, a pesar de que los médicos dictaminaron la hora de la muerte en torno a la una de la madrugada. Unos testigos que, luego se comprobó, no residían en Spitalfields ni eran vecinos de Kelly.

—Veo que ha encontrado numerosas irregularidades, inspector jefe.

—Desde luego, señor. Fue ese el motivo, sospecho, por el que fui apartado del caso meses después y en mi lugar pusieron al inspector Henry Moore, un hombre de brillante y meteórica carrera, si me permite decirlo.

—Lo necesitábamos a usted en el caso de la calle Cleveland.

—¿Y para qué habrían de necesitarme, señor? —preguntó Abberline fingiendo sorpresa—. El caso estaba muy claro. Lo único que hacía falta eran carruajes para trasladar a los detenidos ante el juez. Pero esos carruajes nunca llegaron, y los acusados fueron rápidamente absueltos.

—Escúcheme, inspector jefe Abberline —dijo Monro, mirándolo fijamente a los ojos—. Siempre he pensado que era usted un magnífico detective. Lo mismo pensaba mi antecesor y adversario, sir Charles Warren, aunque tal vez no lo crea. Pero resulta usted muy irritante. No sabe cuándo debe dejar correr las cosas. En el caso de Cleveland, molestó a mucha gente con su actitud pretoriana. Mucha gente importante, quiero decir. No tiene la menor idea de lo que me costó que no lo despidieran o lo destinaran a algún rincón dejado de la mano de Dios.

—Y yo se lo agradezco, señor.

—Pero sigue haciendo lo mismo. Ha venido aquí, tres años después, a interrogarme sobre los asesinatos de unas prostitutas que siguen muriendo, y lo seguirán haciendo, a manos de gentuza de la peor calaña. ¿Qué cree que va a conseguir ahora? ¿No me ha dicho que el asesino apareció en el río muerto por un tiro en la cabeza?

—He dicho que apareció con dos balazos, señor. Pero no he dicho nada de dónde los había recibido.

Monro se sonrojó muy a su pesar.

—Quiero al otro asesino, señor —apretó el inspector jefe con tono grave—. Withers era un idiota. Un débil mental. El que empuñaba el cuchillo. Pero el que ordenó los asesinatos fue otro. Alguien importante al que el Gobierno trata de proteger. Quiero saber de quién se trata y por qué, señor.

—¿Y qué espera conseguir? ¿Llevarlo ante el juez? Olvídelo. Deje el caso, inspector jefe. Yo propuse que fuera ascendido, ¿lo sabía? Pensaba que usted sería lo suficientemente listo como para entender que debía dejar las cosas como estaban.

—Quiero saber quién era ese segundo hombre, señor.

Monro lo ignoró y dio dos pasos a un lado para estrechar la mano de un caballero con el que estuvo dialogando hasta que apareció su carruaje.

—Disculpe. Era lord Wilson. Un gran hombre que colabora con mi misión en la India.

Abberline seguía esperando con los puños apretados escondidos en los bolsillos de su abrigo.

—¿Ha leído la prensa últimamente, inspector jefe? —preguntó Monro, ajustándose la bufanda alrededor del cuello—. ¿Y ha visto alguna noticia relacionada con aquellos asesinatos? ¿No? Por supuesto que no. Ya nadie se acuerda de ellos, solo usted.

—La prensa fue silenciada, señor.

—Tal vez hubiera buenos motivos para ello. ¿Se le ha ocurrido pensarlo?

—La gente merecía conocer la verdad y la identidad del asesino.

—¿De verdad cree que a la chusma le importan esas cosas? —dijo Monro riendo de buena gana—. No se engañe, inspector jefe. El tal Jack el Destripador tuvo su momento de gloria, pero nadie quiere saber quién fue. Solo quieren continuar con sus miserables vidas. Tener para comer, beber y fornicar. Si encontrara a ese supuesto segundo hombre, ¿cree en serio que lo aplaudirían? Va a resultar que es usted más ingenuo de lo que pensaba.

—Quiero a ese hombre —repuso Abberline sin perder la compostura.

Monro levantó una mano en dirección al grupo formado por su esposa y otro matrimonio con el que la había dejado para indicarles que enseguida se reuniría con ellos. Habían llegado dos coches, y los conductores se impacientaban.

—Debe dejar todo esto atrás, inspector jefe, créame. No le conviene continuar importunando en busca de respuestas que nadie quiere conocer.

Monro le ofreció una mano enguantada, y Abberline, pese a sus reticencias, logró abrir el puño para aceptarla en silencio.

—Es usted un gran policía. Hágame caso. No malogre su carrera. Olvídelo.

Monro se soltó, dio la espalda a Abberline y se dirigió hacia el grupo que lo aguardaba. Pero apenas había dado tres pasos cuando se detuvo.

—¿Conoce usted Colney Hatch? —preguntó, dándole la espalda —. Hay allí una casa de salud. Tiene una reputación excelente.

Abberline no conocía personalmente Colney Hatch, pero sí su reputación, y esta distaba mucho de ser excelente, tal y como afirmaba Monro.

—Visítela. Aire puro, tranquilidad, tiempo para reflexionar. Es justo lo que usted necesita para ver el asunto en perspectiva. Estoy seguro de que le resultará muy inspirador.

Abberline no entendía a qué se refería el antiguo comisionado. ¿Aire puro y tranquilidad? ¿Tiempo para reflexionar? ¿Para reflexionar sobre qué exactamente? ¿Y qué pretendía insinuar con que le resultaría «muy inspirador»?

—Adiós, inspector jefe Abberline —se despidió Monro, sin darse la vuelta para mirarlo y, mientras caminaba hacia el grupo donde su esposa se mostraba ya molesta por la tardanza, añadió—: Regreso pronto a la India, por lo que no creo que volvamos a vernos. Le deseo la mejor de las suertes.

Un mes más tarde, a finales de enero, el inspector jefe Frederick Abberline se encontraba frente a la puerta de una celda de aislamiento, de las que el sanatorio de Colney Hatch disponía para aquellos pacientes peligrosos que no podían permanecer en compañía de otros. A través del ventanuco con barrotes de la maciza puerta de madera, en parte podrida por la humedad en los bordes, Abberline contemplaba al recluso sentado sobre el jergón firmemente fijado a la pared. El paciente tenía la mirada perdida en la especie de tronera sin cristales por la que entraba algo de luz, a suficiente altura como para impedir que los internos pudieran encaramarse.

Desde su llegada, el enfermo no había movido un músculo. Ajeno a la presencia del inspector jefe, mostraba síntomas de estar drogado. Los párpados, un tanto caídos; la boca semiabierta, por donde caía un hilo de baba. Extremadamente delgado, con la piel blanca como la leche, aparentaba muchos más años de los que en realidad tenía.

Abberline no pudo reprimir un sentimiento de piedad. Aquel hospital era lo más parecido a un infierno sobre la tierra que había podido ver en su vida. El olor a excrementos y orines era espantoso, a pesar de la ausencia de cristales en las ventanas, por donde

entraba un viento gélido. A cada instante se oía algún aullido de dolor y otros ruidos que sobrecogían y cuya procedencia era mejor ignorar. Las paredes de aquel lugar destilaban sufrimiento.

—Este nunca habla —explicó el celador al que había sobornado para que le permitiera la visita—. Se amputó él mismo la lengua de un mordisco.

El vigilante, un tipo miserable carente de cualquier caridad para con aquellos despojos que cuidaba por un sueldo, se rio, imaginando cómo debía de haber sido el terrible espectáculo.

Abberline no contestó. Aquel hombre le daba asco, pero necesitaba su ayuda para encontrar lo que buscaba. Había tardado casi un mes en comenzar la búsqueda, atareado como estaba con su trabajo. Por fin había conseguido terminar el caso que se traía entre manos y había viajado hasta el extremo norte de Londres para visitar el asilo mental.

A su llegada, se había quedado impresionado. No esperaba que el edificio fuera tan grande. El personal de la institución no se había mostrado demasiado contento de encontrarse ante un inspector jefe de policía, temiendo seguramente que su presencia tuviera que ver con algún paciente con el que se les hubiera ido la mano.

Por fortuna, Abberline había dado con aquel perverso celador que mejor hubiera estado ingresado como paciente en vez de cobrando por satisfacer con ellos su sadismo. Conseguir la lista de los que se encontraban entre aquellas paredes le había costado al inspector jefe cinco chelines. Abberline estaba convencido de que por mucho menos la hubiera podido obtener, pero tenía prisa y no quería llamar la atención.

Lista en mano, había comprobado que en el centro había dos mil quinientos setenta y tres pacientes internados. Se había centrado en aquellos que habían sido ingresados en los seis meses siguientes al último asesinato, el de Mary Jane Kelly. Eran quince. De ellos, siete no se correspondían con la edad que el asesino debía de tener en ese momento. Había decidido entrevistar a los ocho restantes.

El celador, creyendo que podría sacar más dinero, le había pedido otros cinco chelines por llevarlo a las celdas, pero Abberline, que ya no lo soportaba, le había insinuado la posibilidad de detenerlo por algunas de las cosas que había presenciado. Después de amenazarlo con hablar con el director, el celador se había dado

por contento con los cinco chelines.

Los cuatro primeros no aportaron nada. Por un motivo u otro, el inspector jefe terminó por descartarlos. Con el quinto hubo un problema, porque el celador se mostraba reticente a mostrarlo. Según aquel animal, el paciente ocupaba una de las celdas especiales y estaba absolutamente prohibido tener relación con él. Abberline pensó al principio que se trataba de alguna argucia para sacarle más dinero, pero al final se convenció de que le estaba diciendo la verdad.

Tuvo que presionar un tanto al celador, dominado por un pálpito de que aquel tenía que ser el hombre que estaba buscando. Un tipo aislado sin posibilidad de relación alguna y mudo. La historia de que él mismo se hubiera amputado la lengua tal vez fuera cierta, pero tal vez no. Quizá se la hubieran cortado para que no largara cuanto sabía.

El inspector jefe entró en la celda, a pesar de las protestas del celador. El paciente ni se inmutó. Abberline, en voz baja para que no le llegara al vigilante que se había quedado fuera y que, a buen seguro, trataría de escuchar la conversación, hizo las preguntas que lo habían llevado hasta allí. ¿Quién era? ¿Cuál era su nombre? ¿Qué tenía que ver con las muertes de las prostitutas? ¿Conocía a Thomas Withers?

El paciente desconocido se mostró impávido. Abberline dudaba que pudiera haber comprendido siquiera alguna de las preguntas. Continuaba con la misma mirada apagada y drogada dirigida hacia la luz. Al inspector jefe le dieron ganas de zarandearlo por los hombros para que lo mirase a la cara.

—¿Eres tú el asesino? —masculló impotente, acercándose aún más a aquel rostro carente de vida—. ¿Eres Jack el Destripador?

No hubo respuesta. Pero Abberline apreció cómo los párpados de aquel ser se abrían algo menos de media pulgada y sus ojos brillaban de malicia un instante antes de volverse a apagar definitivamente.

Eufórico, el inspector se incorporó. No había ninguna duda. Aquel era el hombre que buscaba. Por fin, después de tantos años, contemplaba el rostro del horror. El del monstruo de Whitechapel.

Sin embargo, seguía sin saber quién era. Desconocía la identidad de aquel criminal inhumano. Años atrás había soñado con este

momento y con la posibilidad de matarlo con sus propias manos, pero ahora, después de la euforia inicial, solo sentía frustración. Por no saber su nombre ni su historia. Por verlo allí como un fantasma en vez de ante un juez. Por no haberse hecho justicia. Castigo, sí, lo había tenido. ¿Qué castigo podía ser peor que acabar los días en la más apartada celda de un asilo lleno de dementes?

Sin embargo, eso no era justicia.

Abberline salió de allí, echó un último vistazo a aquel criminal al que había perseguido con todas sus fuerzas y siguió al celador hacia la puerta del sanatorio. Ahora sabía dónde buscar. No cejaría hasta dar con la identidad de aquel hombre.

En la puerta se encontró con una compañía inesperada. Dos hombres, uno muy alto y robusto y el otro más bajo, pero con aspecto de ser el más peligroso de los dos, lo aguardaban. Por sus vestimentas y su pose, al inspector jefe no le cupo duda alguna de que pertenecían a la Rama Especial.

—¿Inspector jefe Abberline? —dijo el más pequeño, un tipo nervudo con pinta de saber pelear, mientras su compañero, un matón con pinta de boxeador escocés, tapaba la puerta de salida—. Si fuese tan amable de acompañarnos…

—¿Por qué habría de acompañarlos? —preguntó Abberline, mirando a uno y a otro—. ¿Quiénes son ustedes?

—Lo siento, no podemos contestar a esa pregunta —respondió el pequeño, fingiendo que lo lamentaba—. Pero tenemos instrucciones de que venga con nosotros.

—¿Y si me niego?

—Tenemos instrucciones de que venga con nosotros —volvió a decir el tipo, sin inmutarse—. Fuera tenemos un coche esperando. Por favor.

Y dando por supuesto que el inspector lo iba a seguir, se dio la vuelta y abrió la marcha hacia la puerta mientras Abberline, después de haber sopesado las inexistentes alternativas, hizo como se le pedía, sonriendo irónico al pasar por delante del grandullón para demostrar que no lo inquietaba. Tenía curiosidad por saber quién estaba detrás de todo aquello. Alguien importante debía de ser cuando tenía suficiente poder como para enviar a un par de agentes de la Rama Especial a secuestrar a un inspector jefe de Scotland Yard.

Abberline montó en el carruaje que los hombres tenían a su disposición y se sentó frente a estos. Las cortinillas estaban corridas, así que no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían. A pesar de que su curiosidad iba en aumento, desistió de preguntar nada a los silenciosos agentes.

El enigma se resolvió en cuanto el coche paró y descendieron. Whitehall, el despacho del ministro de Interior, Henry Matthews. Aquello sorprendió a Abberline. Tenía que tratarse de algo gordo para que todo el mundo se tomara tantas molestias.

—Buenas tardes, inspector jefe Abberline —saludó el ministro, sentado tras su escritorio.

—Buenas tardes, señor ministro —respondió Abberline tomando asiento en la silla que se le indicaba.

—Le agradezco que haya podido venir —dijo el ministro, juntando las yemas de los dedos con los codos apoyados sobre el secante.

—Me ha parecido que no tenía muchas alternativas, señor ministro.

—Lamento las molestias —dijo este, ignorando la ironía—. Dígame, inspector, ¿qué buscaba en el sanatorio mental?

—No estoy muy seguro, señor. Tal vez usted me lo pueda decir.

—No sé qué buscaba, pero sí lo que puede encontrar, inspector jefe —repuso el ministro con voz seria y amenazadora—. Problemas. Problemas muy graves.

—¿Por tratar de averiguar la verdad, señor? Creía que me pagaban por hacerlo.

—La verdad —repitió Matthews reclinándose en su asiento, como si la pregunta filosófica que planteaba requiriera de una gran reflexión—. ¿Qué es la verdad, inspector jefe? ¿Usted lo sabe?

—La verdad es que en ese sanatorio hay encerrado un asesino que debería haberse sentado ante un tribunal para responder por sus crímenes, junto a ese otro que sacaron del río y que aseguraban se trataba de Montague John Druitt, quien por cierto se encuentra en perfecto estado afincado en un pueblecito de Francia —repuso Abberline, alterándose cada vez más a medida que iba desgranando su indignación—. Ese cadáver pertenecía a Thomas Withers, el ayudante del hombre que esconden en Colney Hatch. La verdad es que ustedes han sabido todo esto durante este tiempo y lo han

encubierto. La verdad es que ese criminal está siendo sistemáticamente drogado para que no pueda contar nada a nadie y que ustedes, por alguna razón que escapa a mi entendimiento, lo mantienen aislado del mundo para que nadie conozca esta verdad.

—Como nos sucede a todos en esta vida —explicó didácticamente el ministro, sin dejarse amilanar por el rostro desencajado del policía—, usted solo ve la verdad bajo su prisma. Algunos, afortunadamente, disfrutamos de más información y tenemos otros prismas, aunque al final la verdad no deja de ser algo relativo.

—¿De verdad lo cree, señor? —contestó Abberline echando el cuerpo hacia delante en su silla—. Tal vez pudiera explicarles esa verdad relativa a aquellas mujeres a las que esas bestias descuartizaron. Pero no puede. ¡Porque están muertas, señor!

—Inspector jefe Abberline —replicó el ministro sin perder la compostura—. He querido hablar con usted porque me aseguran que se trata de un buen detective y un hombre de honor que antepone los intereses de Estado a cualquier otro interés. Pero no olvide con quién está hablando. Puedo hacer que lo manden a cualquiera de nuestras colonias lejos de estas islas o que acabe sus días acompañando a ese hombre que ha visitado, como vecino de celda. Puedo hacerlo, y lo haré si me obliga a ello.

Abberline se mordió la lengua para no responder.

—Usted me habla de la verdad, inspector jefe —dijo Matthews reclinándose de nuevo en su silla y mirando especulativamente al policía—. Debe saber que la verdad no es siempre beneficiosa ni recomendable. Todos tenemos secretos. Un cadáver en el armario. Usted también, ¿no es cierto?

Abberline se quedó petrificado. ¿A qué se refería el ministro? Por su mente pasó como un rayo la imagen de Martha, su primera esposa. La mirada vidriosa y suplicante. Una Martha que ya no era la que había conocido. Un fantasma que lo perseguía.

—Veo que sabe a lo que me refiero, inspector jefe —continuó Matthews en tono más conciliador—. Usted hizo lo que cualquier buen marido hubiera hecho en su lugar. Librarla del tormento al que la sometía su enfermedad. Pero lo cierto es que usted cometió un crimen. Fue un acto caritativo contrario a la ley. ¿Esa es la verdad a la que se refiere? ¿Entiende ahora por qué no siempre

debe salir a la luz?

—Pero esto es diferente… —se defendió Abberline sabiendo que había perdido.

—¿Lo es? La verdad es siempre la verdad. ¿No han sido esas sus palabras? Pero eso es lo de menos. En este caso priman los intereses de Estado, inspector jefe. Su majestad, la reina Victoria en persona, es la que ha tomado la decisión. La policía seguirá un poco más con el caso abierto. Al final se cerrará, y con el tiempo caerá en el olvido.

Abberline, todavía aturdido por el golpe recibido, no fue capaz de ofrecer resistencia.

—Créame, inspector, comprendo su indignación —añadió Matthews, más amable—. Yo mismo no opinaba muy distinto. Pero al igual que usted debo cumplir órdenes. Como le he dicho, aquí entran motivos de Estado que no está en condiciones de entender.

—¿Quién es ese hombre? —quiso saber el policía con voz tensa tratando de recuperar su presencia de ánimo. No podía salir de allí sin una respuesta.

—Nadie, inspector jefe Abberline. No es nadie. Tan solo otro loco internado en un asilo. Déjelo estar, y yo no le preguntaré cómo llegó hasta él. Ni volveremos a tratar las circunstancias de la muerte de su primera esposa. Es mejor así, créame.

—Yo no lo veo así, señor ministro —contestó Abberline derrotado.

—Escúcheme —insistió Matthews en un último intento de razonar—. Usted quería justicia para esas mujeres. Pues bien, uno de sus asesinos está muerto y el otro lo hará cuando le llegue el momento. Mientras tanto, jamás abandonará esa celda donde usted lo ha visto. ¿No considera que se ha hecho justicia?

—No, señor, no lo creo. Para eso existen los jueces y los jurados. El sistema debe garantizar los derechos de todos los ciudadanos, tanto de las víctimas como de los criminales, por mucho que nos cause repulsión.

—¡Esos hombres son culpables, inspector Abberline! —repuso el ministro alzando las manos, sorprendido—. ¡Los atraparon in fraganti!

—Aun así, deberían haber sido puestos ante un tribunal. Esto no es justicia.

—¡Eran monstruos! —exclamó Mattews sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡No! —saltó Abberline sin poder contenerse—. ¡No lo eran! Eran unos asesinos o unos locos. El monstruo lo han creado ustedes al no ponerlo en manos del juez.

—¿A qué se refiere? —preguntó Matthews atónito.

—A Jack el Destripador, ese mito que se perpetuará —contestó el inspector, casi levantándose de su silla a causa de la frustración que sentía—. Las mujeres seguirán saliendo con miedo a las calles. Las madres amenazarán a sus hijos con que se los llevará si no se duermen y se portan bien, como lo hacen ahora con el Dullahan, el Jinete sin Cabeza del que hablan las leyendas irlandesas. El mito irá creciendo. Cualquier abominación que se cometa se la adjudicarán a él, y la policía siempre quedará en evidencia. Porque los ciudadanos sabrán que no podemos derrotarlo y se preguntarán para qué estamos, mientras se esconden bajo las sábanas. Y surgirán otros lunáticos que lo conviertan en un ser inmortal y quieran emularlo.

—Exagera, inspector —repuso el ministro a la defensiva, echándose para atrás ante la vehemencia del policía.

—En absoluto, señor. Jack el Destripador es el primero de su especie, y será recordado como el asesino despiadado que burló una y otra vez a Scotland Yard, y no como el ser criminal y despreciable que fue. Al no detenerlo, le han quitado su humanidad, su vulgaridad como persona común, y han creado un ser superior.

—No diga sandeces —replicó despectivo el ministro, pero con un punto de duda en su voz—. Ya nadie recuerda lo sucedido.

Y al borde del desacato, incorporado sobre su asiento, el inspector Abberline sentenció:

—Se equivoca, señor ministro. El proceso ya ha comenzado. En cualquier calle, en cualquier taberna de Whitechapel donde se pronuncia en susurros el nombre de Jack, un velo de terror acaba con las conversaciones. Los hombres palidecen, las mujeres se estremecen y los niños lloran. —Y terminando de ponerse en pie sin importarle la falta de respeto concluyó—: Recuerde esto, señor ministro. Dentro de cien años, el mundo entero recordará el nombre de Jack el Destripador.

Acto II

Agosto de 1903. Ciudad del Vaticano

En la aparente seguridad que le ofrecía su apartamento, monseñor Patrizi se disponía a cenar, inmerso en negros presagios. Era curioso que, ahora que todo se había torcido definitivamente para él y para su idea de una Iglesia con un futuro prometedor, aquella pesadilla del lobo destrozando el rebaño, un lobo que había resultado ser él mismo, no se repitiera.

Al final, como todo ser humano, por mucho que fuera el sucesor de Pedro en la tierra, el papa León XIII había fallecido tras una dilatada vida en el papado que había sorprendido a propios y extraños, habida cuenta de su precaria salud y su avanzada edad.

Más sorprendente aún había sido el sucesor salido del cónclave de cardenales. Muerto Galimberti, monseñor Patrizi se había quedado sin grandes adversarios. El cónclave había comenzado con incertidumbre y muchos nervios. Los papables tanteaban el terreno en busca de apoyos, y nadie se atrevía a dar un paso en falso entre aquella camarilla de hienas.

El secretario de Estado había resultado victorioso en las dos primeras votaciones, pero sin alcanzar una mayoría que le permitiera alzarse con la tiara papal. De sus rivales, todos de escasa enjundia, solo se mantenía en pie el cardenal Giuseppe Melchiorre Sarto, al que le llegaban los votos de los enemigos de Patrizi.

Pero monseñor sabía cómo desenvolverse en el barro. Con promesas, veladas amenazas y cobrando viejos favores, se había asegurado prácticamente la victoria para la tercera votación.

Y entonces había llegado el desastre.

Justo antes de que diera comienzo la que parecía iba a ser la última votación, uno de los cardenales, monseñor Puzyna, había entregado una nota al camarlengo mediante la cual el emperador austriaco, Francisco José, reclamaba una antigua potestad a la que tenía derecho, al igual que los reyes de España y Francia.

Algunos de los asistentes al cónclave ni siquiera recordaban el *ius exclusivae*, el derecho a veto que los tres soberanos detentaban. Al camarlengo, muy enfadado y molesto, no le había quedado más remedio que dar lectura en voz alta al documento, que terminaba con la sentencia: «… deseando su majestad hacer uso de un antiguo derecho y privilegio, pronuncia el veto de exclusión contra el

eminentísimo señor cardenal Ignazio Patrizi».

Ni el posterior murmullo de indignación por la injerencia de los poderes terrenales en los celestiales ni la revisión de la jurisprudencia habían servido para contrarrestar el veto ejercido y, automáticamente y con alivio indisimulado por parte de los rivales del secretario de Estado, la candidatura de monseñor Patrizi había sido retirada.

Giuseppe Melchiorre Sarto había sido elegido Papa con el nombre de Pío X, y había elegido un nuevo secretario de Estado afín a su candidatura. Monseñor Patrizi, desahuciado y abandonado por sus leales, había tenido que empezar a vigilar sus espaldas, esperando que en cualquier momento aparecieran los cuervos para repartirse sus despojos.

Las razones para ese sorprendente veto del emperador Francisco José habían sido muchas: Patrizi era demasiado amigo de los franceses y, por tanto, enemigo de los austriacos; se decía que pertenecía a la masonería; se le consideraba demasiado progresista… Pero el cesado secretario de Estado estaba convencido de que, en realidad, el veto tenía su origen fuera del continente. Más concretamente, en el Reino Unido.

Como le advirtiera el capitán de la Guardia Suiza, la idea de solicitar al Gobierno británico que acabara de una manera rápida y discreta con Dragan, bajo la acusación de colaborar con el terrorismo irlandés, había supuesto su ruina. Los británicos lo habían traicionado al detener a Dragan en vez de acabar con él.

Mediante torturas, no habían tardado en obtener su confesión. Efectivamente, se trataba del criminal más buscado en toda la isla. Los policías británicos se debían de estar felicitando por haber detenido al monstruo cuando Dragan había confesado algo aún más jugoso y sorprendente: él y el secretario de Estado del Vaticano eran hermanos y este se encontraba al corriente de las criminales andanzas del obispo.

El Gobierno británico, con la reina Victoria al frente, consciente de la terrible arma que tenía entre sus manos, no había dudado en utilizarla y mandar un mensaje muy claro a Roma: el obispo asesino permanecería encerrado de por vida como garantía de que el Vaticano evitaría cualquier nueva injerencia en el Reino Unido.

Aquello había resultado un golpe mortal para Patrizi. Este veía

desmoronarse sus sueños de utilizar las islas para desembarcar en los cada día más poderosos Estados Unidos, objetivo de vital importancia para asegurar el futuro de la Iglesia católica.

Atado de pies y manos, el secretario de Estado había continuado su carrera para alcanzar la silla de Pedro. Sin embargo, desarmado y a merced del chantaje británico, que no perdía oportunidad para influir en sus decisiones e incluso tenía la osadía de exigirle que llevase a cabo puntuales tareas, como si de un vulgar espía se tratara, Patrizi no había podido tomar las medidas oportunas que lo alzaran al trono.

Resultaba irónico. Había perdido la capilla blanca vaticana, donde se elegía el Papa, por culpa de Whitechapel, la capilla blanca británica. Aquel maldito barrio londinense, llamado así por una capilla bautizada como St. Mary Matfelon y construida con escombros de tiza blanca, había terminado siendo conocido como Whitechapel, la «capilla blanca», incluso años después de que esta se derruyera.

Lo único bueno que Patrizi podía salvar de aquel desastre era que, por fin, ya no estaría en manos de la desagradable reina Victoria ni del Gobierno británico que la soberana manejaba con mano de hierro. Ya no más presiones, ni favores, ni amenazas. Patrizi ya era un cardenal acabado al que tan solo le quedaba conocer qué tenía pensado el nuevo Papa para él, sin duda un destino alejado de Roma y del centro del poder.

Abatido, monseñor Patrizi se encaminó al comedor para tomar la cena que le tendría preparada la señora Greco y que a esas horas ya habría servido en la mesa su marido Andrea. El matrimonio solo sabía que Patrizi no sería el nuevo Papa, pero ignoraba las consecuencias que tendría la noticia para ellos: un viaje lejano o dejar de servir a su señor. Patrizi aún no había decidido cuál de las dos opciones le resultaba más conveniente.

Al abrir una de las dos hojas de madera que daban a la estancia, se quedó sorprendido al mirar la amplia mesa de madera oscura. Donde debía haber un plato de sopa, una copa de vino y una ornamentada jarra de cristal de Murano con agua, solo encontró una pequeña bandeja de plata con una copa y un sobre cerrado.

Intrigado, Patrizi rasgó el sobre, en el que no venía nada escrito, y extrajo de su interior una fotografía. Lo que vio lo impactó hasta

el punto de derrumbarse en una silla.

En la fotografía, de gran calidad, aparecía un hombre. A pesar de su macilento estado, monseñor no tuvo ninguna duda de que se trataba del obispo auxiliar Liam Connery, su hermano Dragan. El mayor de los hermanos Mlekuc aparecía degollado brutalmente, con la garganta abierta.

Sin poder retirar la mirada de la imagen, supo que los británicos habían llegado a su misma conclusión: Patrizi estaba acabado, y ya no podrían utilizar a Dragan para presionarlo. Ya no les servía de nada mantenerlo con vida y habían decidido acabar con él de la misma manera en que el obispo había asesinado a sus víctimas.

Con mano temblorosa, Patrizi examinó de cerca la instantánea y le dio la vuelta. En el reverso venía una cita bíblica. El versículo 10:11 del Evangelio de san Juan: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas».

La sala parecía ahora más grande, silenciosa y amenazadora que nunca. Ni rastro de sus fieles sirvientes. Estaba solo. Solo con aquella copa de plata labrada con suma sencillez, como si de un cáliz se tratara.

«El buen pastor da su vida por las ovejas».

Tenía gracia. Patrizi, que en su pesadilla había sido el lobo, ahora volvía a ser pastor. Y la vida de su rebaño, el de los fieles de la madre Iglesia, reclamaba la suya propia. ¿Estaría el nuevo Papa al corriente de todo aquello?

Ya no importaba. A pesar de su soledad, sentía la presencia del capitán de la Guardia Suiza en el espeso silencio que lo rodeaba, donde hasta el aire estaba paralizado. Esperando.

Aleksej Mlekuc alargó la mano y tomó la copa. Tuvo que sujetarla con las dos manos para no derramarla. «Has ganado, hermano», pensó amargamente. Qué atrás quedaban los tiempos en los que cuidaba aquel rebaño de cabras, en los fríos montes de su Eslovenia natal.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a todos vosotros, lectores, por llegar hasta aquí y haberme ofrecido vuestra confianza.

El lobo de Whitechapel es mi quinta novela, aunque debería haber sido la primera. Si en su día tuve que aparcarla por no encontrar la manera de desarrollarla, en esta ocasión, y gracias a la colaboración desinteresada de muchas personas, he conseguido llegar a poner el punto final. No podría hacer una relación exhaustiva de todas ellas, así que nombraré a quienes han estado más presentes.

Francisco Indias, Carlos García Roldán y Marian de Celis, por su apoyo y asesoramiento constante.

Mi hermano, Pablo, mi mujer, Rebeca, y mi gran amigo, Evaristo, por su ayuda, correcciones, sugerencias y por rescatarme tantas veces.

Mi hijo, Luca, por hacerme recordar que la imaginación es lo más maravilloso que tenemos y que con ella podemos conquistar el espacio exterior o los mares más profundos.

Como siempre, debo agradecer también a aquellas personas que confiaron en mí y consiguieron que mis novelas vieran la luz. Montse Yáñez, Elena Ramírez y, por supuesto, Penélope Acero, mi editora en Edhasa, una persona con una dedicación y energía extraordinarias.

IÑAKI BIGGI. Nació en San Sebastián (Gipuzkoa) en 1965. Estudió psicología en la Universidad del País Vasco, y es un apasionado autodidacta de todo lo que tiene que ver con la Historia. Hasta la fecha tiene publicadas las novelas: *El Santuario* (2005), *La fórmula Stradivarius* (2007), *Valkirias* (2018), *Proyecto Moisés* (2020) y *El lobo de Whitechapel* (2022).

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Agradecimientos